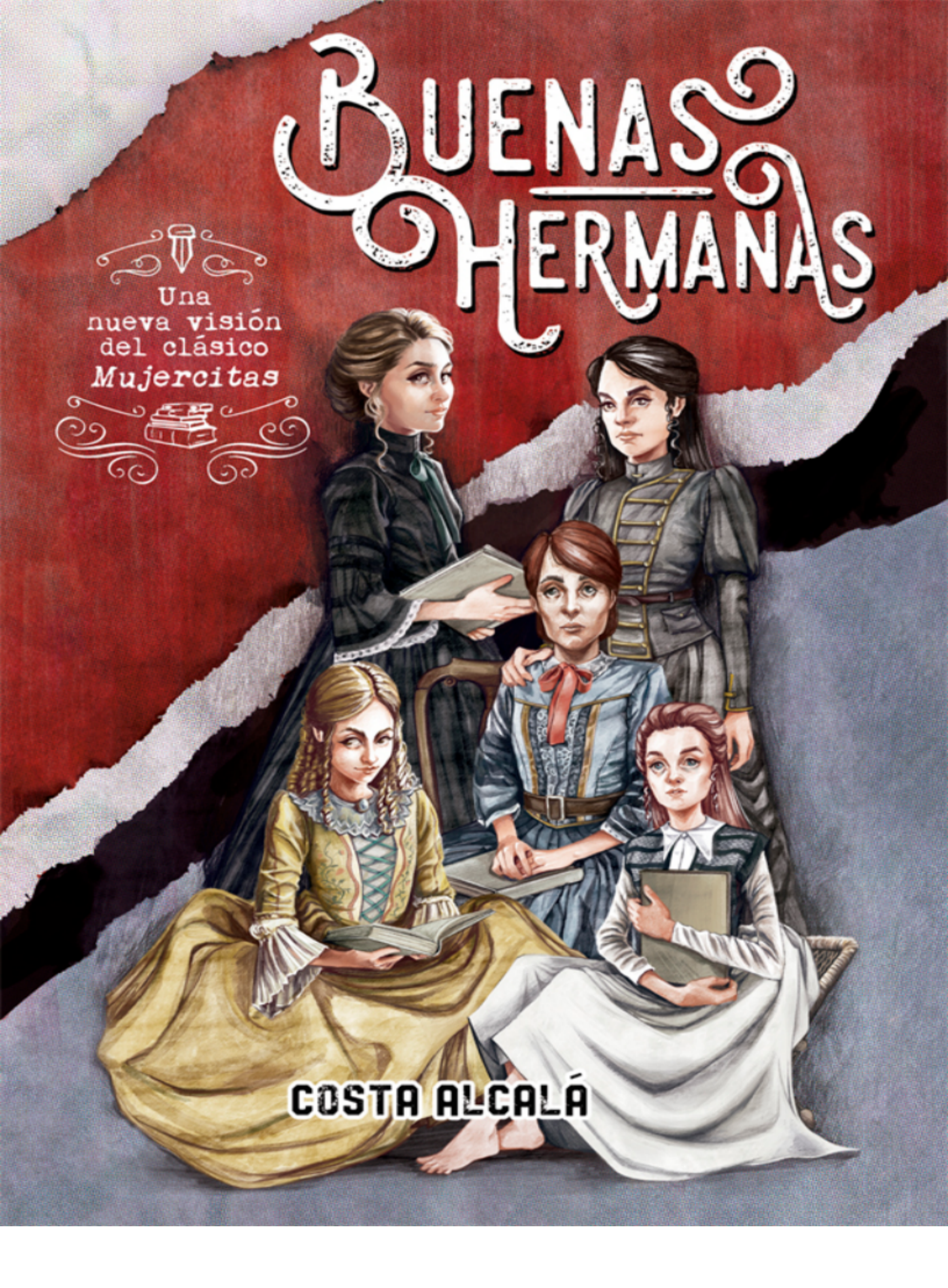

Buenas Hermanas
Una nueva visión del clásico *Mujercitas*
Costa Alcalá

¿Qué pasaría si las hermanas March, las queridas protagonistas del clásico *Mujercitas*, hubieran nacido en una sociedad totalitaria?

En la ciudad ideal de Concordia, todos son buenos ciudadanos. Su día a día es plácido y sin sobresaltos, al menos mientras obedezcan las normas y al gobierno que los vigila en todo momento.

Entre los buenos ciudadanos, la familia March es una de las más respetadas, y las hijas de la familia son todo lo que se espera de ellas: talentosas, dóciles, buenas hermanas y buenas ciudadanas. Todo esto cambiará en cuanto comiencen a ver las fisuras del sistema y comiencen a preguntarse si ese mundo en el que viven es tan ideal como parece.



Costa Alcalá es el seudónimo utilizado por los autores Geòrgia Costa y Fer Alcalá para escribir a cuatro manos.

Geòrgia Costa estudió Historia y Arqueología y hoy en día se la puede ver mientras pasea turistas por las ruinas romanas de Tarragona. Ha publicado en solitario los libros 22 *misterios de la Historia y Monstruos del mundo*, y a cuatro manos como Costa Alcalá la trilogía *La Segunda Revolución.*

Fernando Alcalá estudió filología inglesa y ahora trabaja como profesor de Educación Secundaria. Es el autor de *Ne obliviscaris* y *Tormenta de verano* y quedó finalista del I Certamen HQÑ con *Carlos, Paula y Compañía*. También hizo una traducción adaptada al público juvenil de *Sentido y sensibilidad*, de Jane Austen y junto a Geòrgia Costa escribió la trilogía *La segunda Revolución*, cuyo primer volumen ganó el premio Templo de las mil puertas y el premio Kelvin 505 a la mejor novela juvenil en castellano publicada en 2017.



Costa Alcalá

LUNA ROJA

En una época de engaño universal decir la verdad es un acto revolucionario.

George Orwell

Parte 1

Malpensamiento



1

Jo! ¿Todavía estás así?

Josephine March se quema los labios con el té recién hecho y tiene que reprimir una maldición.

—¿Ya es la hora? —pregunta girándose hacia su madre, que le responde con una ceja ligeramente arqueada. La señora March, o Marmee, como la llaman sus hijas, una dama de cabello rojizo y facciones amables, posee la habilidad de comunicar mensajes complejos con el mínimo esfuerzo. En esta ocasión, el ángulo minúsculo de su ceja derecha indica que sí, que ya es la hora y que más le vale darse prisa.

Josephine March deposita la tacita en el plato de porcelana y echa a correr hacia su habitación escaleras arriba mientras se arremanga la falda para no tropezar.

En la habitación que comparten, casi siempre en paz y armonía, su hermana Amy ya está frente al tocador dándose los últimos retoques. Al verla entrar, Amy frunce los labios pero Jo no sabe identificar si lo ha hecho en señal de desaprobación o para aplicarse una sombra de carmín.

—Apenas tardaré un minuto —le aclara, porque se teme que la mueca de su hermana tenga más que ver con lo primero que con lo segundo.

—Te he dejado el vestido verde sobre la cama. Es el favorito de tía March.

—¡El vestido verde es horrible! —se queja Jo de inmediato.

—No, mi nariz es horrible —responde Amy arrugando una nariz que no es ni la mitad de desastrosa de lo que ella misma opina. En realidad, resulta ser una naricita de lo más graciosa: pequeña, salpicada con una constelación de pecas traviesas. Lo que sí ocurre con la nariz de Amy es que carece de la *gravitas* que alguien tan encantada de conocerse a sí misma como Amelia Curtis March desearía—. El vestido verde no es la última moda, pero a la tía March le gusta y te resalta la figura. De todas formas, Jo, ¡por todas las virtudes!, si tenemos que encontrar un vestido que sea apropiado y de tu gusto llegaremos tarde a la contrición. ¡Así que apresúrate!

Amy se vuelve hacia su hermana y, con una sonrisa encantadora, que es el único tipo de sonrisas que ella sabe hacer, se aplica unas gotas de perfume en las muñecas y en el cuello, y abandona la habitación dando pasitos cortos.

Del cuarto de enfrente, una voz tan dulce que solo puede pertenecer a su hermana mayor, Meg, añade:

—Sé buena chica, Jo, y póntelo. Si quieres, te presto alguno de mis broches para disimularlo un poco.

—Tendría que ser un broche enorme… —murmura ella entre dientes mientras pone los ojos en blanco. Por mucho que sea el favorito de su tía March, Jo aborrece con absoluta vehemencia esa pesadilla de tafetán, larga hasta los pies, todo lazos y volantes, sin olvidar esas costuras insoportables.

Aun así, comienza a desvestirse.

Luego, se detiene.

La cámara.

Se ha olvidado completamente de la cámara. Mira de soslayo hacia la ventana de la habitación y, después, hacia el poste que se ve a través de los cristales. Allí hay una semiesfera de color negro. La luz parpadeante de un verde intenso y el objetivo cubierto por un cristal oscuro, como el ojo de un animal salvaje, le confieren el aspecto de una cosa casi viva.

Sus hermanas nunca le han dado importancia, ni a esa ni al resto de cámaras que hay por toda la ciudad. Al fin y al cabo, están ahí por su bien y por su protección; todo el mundo sabe que el peor enemigo está oculto dentro de cada uno.

Josephine camina hacia un rincón del dormitorio, allí donde cree que queda fuera del encuadre de la cámara. En esa zona acaba de ponerse el horrendo vestido verde mientras, en el piso de abajo, la voz de su madre emite numerosos armónicos de impaciencia.

Todavía peleándose con la última horquilla que debe recoger su larga cabellera castaña en un moño prieto, Jo baja al recibidor donde Marmee, Meg y Amy ya están esperándola. Las tres forman una perfecta estampa de compostura con los abrigos bien cepillados y los guantes de encaje blanquísimos.

—¿Lo veis? Dije que estaría lista enseguida. No había razones para alterarse tanto.

Pero no ha terminado la frase cuando Amy le quita la horquilla rebelde de la mano y, con dedos ágiles, arregla eso que Jo, muy erróneamente, considera un peinado apropiado. Por su parte, Meg, siempre solícita, le tiende un abrigo, porque la noche anterior ha nevado.

—No nos alteramos, Jo. Pero debemos irnos ya.

Josephine asiente y luego golpea las tablas de madera con fuerza tres

veces: una despedida. Un instante después, se detiene en la puerta.

—Esperad. ¿Y mi bufanda? —Jo repasa con la mirada el recibidor al tiempo que se abrocha todos los botones del abrigo por el frío y porque, cuanto menos se vea el vestido verde, mejor—. ¿Alguna de vosotras la ha cambiado de sitio? Estoy segura de que ayer la dejé colgada en el perchero.

—Jo, por favor, no nos entretengas más —implora Meg, pero no dirigiéndose a su hermana, sino a su madre, porque de ese modo cree que surtirá más efecto.

—Por un día que no te la pongas no pasa nada, querida —responde Marmee inmediatamente con el tono de voz que otros usarían para domar fieras, pero que ella siempre reserva para su hija mediana—. Ya la buscaremos después.

Sin embargo, Jo ya se abalanza hacia el perchero y empieza a retirar abrigos y sombreros, dejándolos sin ningún cuidado en el suelo.

—Será un segundo. Tiene que estar por aquí…

—Jo, olvídalo. —Las notas de enfado apenas disimuladas en la voz de Amy indicanque su paciencia no es infinita—. Además, ¿para qué quieres llevar siempre esa bufanda apolillada? No solo no combina en absoluto con tu abrigo, sino que además la gente debe de pensar que nos vestimos con ropa prestada. ¿Por qué no lo dejas estar por una vez?

Jo se vuelve furiosa hacia Amy. De repente, ha nacido en ella la firme sospecha de que su hermana tiene algo que ver con la desaparición.

—¿Dónde está?

—¿Por qué no puedes ceder ni una sola vez, Jo?

—¡Porque es de papá! Y ya que de momento no parece que papá vaya a regresar de la… —«De la maldita guerra. De la maldita maldita maldita guerra», piensa. No lo dice. No podría, no debe. Tampoco se atreve a mirar hacia la cámara que se ve a través de la ventana del recibidor, como si su silencio y la presencia del aparato junto a la puerta no tuvieran ninguna relación. Relaja los músculos de la cara para mostrar una expresión neutra—. Ya la buscaré luego.

—Si no nos apresuramos, llegaremos tarde de verdad.

La voz serena de su madre por fin zanja la conversación.



El día ha amanecido frío, encapotado. La humedad del ambiente se mezcla con el humo de las factorías de las afueras creando una niebla espesa y grisácea con un ligero hedor a huevos podridos. La familia March camina por unas calles de postal, entre jardines primorosamente cuidados y casitas pintadas de colores alegres. Muchos vecinos que salen en este momento de sus casas se saludan los unos a los otros para después caminar calle abajo con la cabeza gacha y sus mejores galas.

«Una ciudad limpia es el reflejo de una sociedad limpia.»

—Jo, ¿este eslogan es tuyo? —pregunta Amy leyendo en voz baja el cartel luminoso que preside la siguiente intersección. En esa mañana gris, las luces de las pantallas de información pública iluminan más que nunca.

—Creo que no —le responde Josephine. Aun así, la muchacha levanta la mirada hacia el panel que domina el cruce hacia la siguiente calle.

—Bueno, sea como sea —responde Meg, poniéndose a su lado—, la frase es inspiradora, ¿verdad, Marmee? —La señora March asiente en silencio—. Es más, ¿no os parece que la ciudad está más sucia de lo habitual?

Jo y Amy se miran antes de levantar la vista hacia las calles tan ordenadas de Concordia sin notar incidencia alguna ni en la limpieza ni en las formas perfectamente rectilíneas de los setos que limitan los jardines.

Mientras caminan, el eslogan en las pantallas cambia con un destello. «Todos los ciudadanos están hoy llamados al acto de contrición en la plaza de la Paz. Es una responsabilidad asistir, un deber, una buena acción.» La frase, anunciada a través de la megafonía pública, reverbera por toda la calle.

—Quizá tengas razón —murmura Amy al fin, agarrándose del brazo de su hermana mayor.

—Y aunque no la tuviera —añade Marmee entonces—, la frase no deja de ser menos cierta. Si es tuya, querida Jo, enhorabuena. Todos tenemos que colaborar con la limpieza y con el orden en nuestra ciudad. Nunca está de más recordarlo.

Dicho esto, la familia sigue avanzando.

Concordia es una ciudad perfecta. Es una utopía plasmada sobre el mapa. Tiene una forma circular, porque el círculo denota perfección, y su centro geográfico se encuentra en la plaza de la Paz, hacia la que se dirigen Jo y sus hermanas y que, a su llegada, ya está a rebosar de gente. También es circular, flanqueada por edificios de tres plantas unidos por un porticado bajo en el que cobijarse en caso de lluvia o excesivo sol. En uno de los extremos de la plaza, se distingue una tarima de madera. Las pantallas a su alrededor siguen invitando a cada vez más ciudadanos a acercarse.

Repartiendo amabilísimos «Disculpe», «Perdone» y algún que otro ligero empujón, Jo y su familia, con Marmee a la cabeza, se encaminan hacia allí. El

acto de contrición tendrá lugar en unos pocos minutos y nadie quiere llegar tarde.

—¡Cuánto lo siento! ¡Eh! —Jo se vuelve hacia la persona con la que acaba de chocar, que justo en ese momento deja caer una hoja de papel que ella se apresura a recoger—. ¡Eh! ¡Disculpe! ¡Se le ha caído…!

Por desgracia, solo alcanza a ver la espalda de un abrigo negro escabulléndose entre la multitud.

Tendría que haber dejado el papel en el suelo, piensa después, pero alguien podría acusarla de haberlo tirado ella. Josephine March en su vida ha quebrantado las normas, y no ve ningún contenedor de reciclaje cerca. Otea nerviosamente a su alrededor hasta localizar el poste de vigilancia más próximo, coronado con un racimo de cámaras negras con sus objetivos apuntando en todas las direcciones. Así pues, dobla cuidadosamente la hoja de papel, la guarda en el bolsillo de su abrigo y luego sonríe visiblemente para que los ojos detrás de las cámaras entiendan que es una buena ciudadana.

Su familia la ha dejado atrás. Sin perder el ánimo positivo, Jo sigue avanzando apresuradamente, con empujones menos disimulados y palabras de disculpa más esporádicas. Por fin, encuentra a sus hermanas y a su madre en el graderío que preside la plaza, un lugar de honor, sin duda. Están junto a la tía March, que al verla da unos golpecitos enérgicos en la única silla que queda libre.

—Buenos días, tía March —la saluda mientras se sienta a su lado. Después, se vuelve a levantar un segundo, cuando un gesto alarmado de Marmee le indica que se le está arrugando la falda.

La tía March la observa con una de sus miradas de legendaria intensidad. Mientras nota que se le seca la garganta, la muchacha se pregunta cuál de los dos ojos de la tía March no es verdadero. Es uno de los secretos mejor guardados de Concordia.

—¿Dónde te habías metido, Josephine?

—He tropezado, tía March —se justifica ella, ignorando mentalmente el tono con el que siempre la llama «Josephine», que odia casi tanto como el vestido verde—. Siento haberte hecho esperar.

Parece que la tía March acepta su disculpa. Aprieta los labios, finísimos, y le dedica a su sobrina una leve inclinación de cabeza. Es una mujer autoritaria, de piel tersa, cabello corto y gris, y con un uniforme impecable que lleva a sus cincuenta y pocos años como quien lleva un trofeo, con orgullo y un punto de desafío.

—¡Oh! ¿No opináis que hay mucha más gente que la última vez? —Mientras Amy plantea la pregunta con voz melodiosa, gira su hermosa cabecita coronada por bucles rubios a un lado y a otro sin perder su posición

erguida—. ¿Cuándo fue? ¿Hace un mes? ¡Oh! ¡Por las siete virtudes! —Por un momento, su expresión se ilumina, no sin razón: no muy lejos de ellas, en un lugar privilegiado de la tarima puede ver a los Optimates. Se trata de dos hombres y dos mujeres, los ciudadanos más sabios, más honrados, más rectos de toda Concordia, que son sus guías, sus modelos. Jamás ha tenido la ocasión de verlos tan de cerca. Lo único que empaña el momento para Amy es que el colegio de los Optimates no está al completo, ya que uno de ellos, el venerable Horatio Breda, falleció pocos días atrás. Amy deja escapar un suspiro de pura satisfacción y luego se dirige hacia sus hermanas—: Sí, estoy convencida. ¿No os parece emocionante?

—Me parece que sí que hay más gente, querida. —Meg, la hermana mayor, aprovecha para dedicarle una inclinación de cabeza a la tía March—. O quizá es porque desde aquí arriba se ve todo mucho mejor. Muchas gracias otra vez por reservarnos unas localidades tan buenas, tía March.

En este preciso instante, mientras la tía March asiente y Meg hace otra reverencia apresurada a su familiar, las sirenas, alarmas de toda Concordia, marcan el cambio de hora. Es la señal para que empiece el acto. Las contriciones siempre son momentos especiales. Mantienen la ciudad limpia, sana; aumentan la cohesión social, y, según dicen los estudios, la felicidad.

Como un solo ser, todos los ocupantes de la plaza se ponen en pie.

Mientras se despliega la bandera de la paloma de la paz, que cae con un rumor pesado desde todos los balcones y arcadas de la plaza, suena el himno de la ciudad, una marcha majestuosa que la multitud recibe con los corazones inflamados de patriotismo. Luego se hace un minuto de silencio en recuerdo al fallecido Horatio Breda, cuya ausencia entre los Optimates duele todavía como una herida abierta. Cuando, poco a poco, ese silencio comienza a llenarse de pequeños murmullos, toses o incluso del crujido de un caramelo al ser desenvuelto con mucho cuidado, comienza la ceremonia.

Desde el fondo de la plaza una pequeña comitiva se abre paso entre la multitud. Se trata de dos grupos de personas. Los primeros llevan el uniforme azul celeste, elegante y tranquilizador, propio de los agentes del Secretariado de Higiene Social. Rodean a un grupo de personas más reducido que lleva ropas dispares, correspondientes a orígenes y clases distintos. Con un chasquido, las pantallas de la plaza comienzan a retransmitir con todo tipo de detalles los rostros sudorosos de los hombres y las mujeres que van a ser sometidos al acto de contrición. Pueden identificarse cada una de las imperfecciones de su piel, los pequeños espasmos musculares alrededor de los ojos y en las comisuras de los labios. Avanzan rápido porque todo el mundo se apresura a apartarse de ellos. Esta vez, los guardias vestidos de azul no tienen que intervenir, todos se mueven por voluntad propia.

Jo fija la mirada hacia un punto lejano. A sus diecisiete años, ya tiene tanta práctica que apenas necesita un pequeño esfuerzo para hacer que sus ojos se relajen, que todo se vuelva borroso y, a pesar de ello, aparentar que sigue el ritual con interés. Por la respiración contenida de su hermana Meg, sabe que los penitentes han subido ya a la tarima.

Uno a uno, se acercan a un micrófono que hay sobre la tarima. Algunos hablan con voz clara, otros tienen la garganta seca y sus palabras suenan ahogadas, demasiado agudas o demasiado graves, pero todos, tarde o temprano, acaban explicando sus faltas a la multitud expectante.

—He cometido maledicencia —declara un hombre joven—. He mentido y he engañado sobre mi persona y sobre los demás por soberbia.

—He cometido *malacción* —susurra una mujer, una anciana en realidad, de cabello cano, manos tan arrugadas que parece imposible que sean culpables del crimen que está confesando—. La semana pasada, tomando el té con mi buena amiga la señora Farners tuvimos una discusión. Nos peleamos, la empujé y cayó al suelo. Ahora, su dolor es mi dolor.

—He malpensado —confiesa entonces otra mujer mucho más joven. Su expresión es fervorosamente devota. Tiene entre las manos un libro. No cualquier libro, desde luego: el Libro. El Libro del Buen Ciudadano—. He despreciado a los que son peores que yo, y he envidiado a los que son mejores. Tengo dudas en mi corazón y eso me hace infeliz —dice ante una multitud silenciosa.

Y así, uno a uno, las personas que han llegado custodiadas por los guardias del secretariado confiesan sus faltas.

Tiene que ser así, en público.

Con un chirrido metálico, una docena de postes emerge del centro de la tarima. De cada uno de ellos, pende una cuerda.

Las faltas, después de la confesión, deben ser extirpadas de raíz, como se haría con una enfermedad, con la ciudad como testigo. «La infelicidad es un mal peligroso», reza a diario la información pública en las pantallas de cada calle y cada plaza, «la infelicidad es contagiosa como la *malasangre* y solo la contrición es capaz de erradicarla».

Ahora sí, ahora Josephine aprieta los dientes. Escucha a sus hermanas moverse, contener el aliento. Los penitentes se adelantan en la tarima, en ese momento, si la joven no se equivoca, se estarán colocando la soga alrededor del cuello.

Puede dejar que su vista se ausente, pero no puede evitar que sus oídos capten el restallar de cuerdas tensándose y un sonido débil como el aleteo de un pájaro herido. Luego, el silencio.

Transcurren apenas unos segundos en los que le parece que el mundo

entero contiene la respiración. O quizá solo la está conteniendo ella.

Después, llegan los aplausos, los vítores. El murmullo siempre ordenado de Concordia transformándose en un grito de júbilo al que se unen Marmee, Meg, Amy, incluso Jo, mientras un escalofrío le recorre la espalda. «Esta vez ha sido rápido», piensa con alivio. A veces, los pobres infelices tardan varios minutos en dejar de sacudirse.



El acto todavía dura unas horas más: los cuerpos de los penitentes son descolgados con la mayor de las reverencias. Luego, uno a uno, los miembros del colegio de los Optimates hablan para un pueblo que se bebe sus palabras. Cuando por fin Jo y sus hermanas se despiden de la tía March y abandonan la plaza de la Paz, las pantallas públicas repiten con letras blancas sobre fondo negro los crímenes de los que en este día han purgado todas sus culpas. Por megafonía, una voz femenina, alegre y patriótica, agradece a todo el mundo su asistencia.

Ha empezado a nevar cuando la familia March llega a las inmediaciones de su casa. Meg y Amy van charlando alegremente del brazo de su madre. Jo, en cambio, se ha quedado un poco más atrás. Le gusta atrapar copos de nieve y ser testigo de un instante de perfección justo antes de que estos se fundan con el contacto de su piel. De alguna forma, a ella le parece poético y Jo tiene por costumbre atesorar todas las cosas poéticas que la rodean, que son escasas y a veces no muy legales.

Un cristal de hielo se le posa en la mano enguantada. Sin saber por qué, ese pequeño detalle hace que Jo se ría, aunque procura no hacerlo de forma estentórea y se lleva la mano a la boca para lamer la nieve convertida en una gota de agua. Casi puede escuchar a su madre reprendiéndola porque atrapar copos de nieve es algo que podían hacer de niñas, no ahora que ya son unas señoritas. Sin embargo, por si acaso, mira traviesa a su alrededor para asegurarse de que nadie la haya visto.

Está todavía lejos del siguiente poste de vigilancia y las casas circundantes no parecen tener cámaras en la fachada. De todos modos, Jo da un respingo al encontrar otra cosa observándola: dos ojos.

Ya lo ha visto otras veces: ojos oscuros, cabello ondulado, tez pálida como si no le diera el sol lo suficiente. Se trata del nieto del señor Lawrence, su vecino, que la observa desde una de las ventanas de la vieja mansión. Durante

años la casa ha estado habitada solo por el anciano y muy honorable Lawrence. No se trata de un ciudadano cualquiera, sino del secretario de Higiene Social de Concordia. Jo cree haberlo visto pocas horas antes, en el acto de contrición.

Sí, siempre lo han visto a él, con unos pocos sirvientes y ayudantes, pero desde hace unas pocas semanas ha llegado un nuevo inquilino. Uno de los mayores entretenimientos de Jo y sus hermanas es imaginar las historias que se ocultan tras las puertas de la mansión Lawrence. Que es un cautivo, ha aventurado Amy alguna vez con voz soñadora. Que su abuelo lo mantiene oculto en la casa por envidia, o venganza, como los héroes trágicos de las novelas que leen por las noches junto al fuego, conjeturó unos días atrás Meg. Jo, para asustarlas, a veces les ha contado que en realidad esa figura en la ventana no es el nieto de nadie sino un fantasma, un alma en pena que deambula por los pasillos polvorientos de la casa.

«¿Puede ser cierto?», se pregunta de pronto, aunque ella misma se reprende por tener una imaginación demasiado fértil.

Permanece unos segundos quieta, sin saber qué hacer, y luego se marcha apresuradamente hacia su casa.

—¡Jo! ¿Qué estabas haciendo ahí afuera? —le pregunta su madre mientras se sacude en la entrada los zapatos cubiertos de nieve—. Acércate, criatura, o te vas a resfriar. Ha habido otro corte de electricidad y hoy solo tendremos el fuego para calentarnos.

Josephine se detiene contrariada.

—¿Crees que habrá un bombardeo esta noche?

Se gira; está anocheciendo ya, pero las farolas de la calle no se han encendido. Solo hay luz en la mansión Lawrence y en las pantallas de información pública.

Tras pensárselo un segundo, su madre niega con la cabeza.

—No lo sé, querida. Si se produce un bombardeo, iremos al refugio y no nos pasará nada.

Mientras de fondo escucha un lamento de Amy en respuesta a la falta de energía eléctrica, Josephine entra en la casa.

—¿Tú crees en fantasmas, Marmee? —La señora March se yergue, pues en ese momento estaba avivando el fuego del salón, y le dirige una mirada extraña a su hija. Los habitantes de Concordia creen en muchas cosas. Por ejemplo, creen en que todo el mundo tiene derecho a la felicidad y que a la felicidad se llega a través de una vida recta, del respeto a las normas. Cree en la infinita benevolencia del Ministerio de Sanidad y de sus respectivos Secretariados. Sin embargo, en el Libro del Buen Ciudadano no se menciona si deberían creer en fantasmas o no—. Perdona, déjalo, no importa.

Jo golpea el suelo con los pies de nuevo, aunque ya no haya rastro de nieve en sus zapatos. Se quita los guantes y, luego, con los dedos entumecidos por el frío, comienza a desabrocharse el abrigo. Cuando deja su Libro del Buen Ciudadano sobre la consola que hay en la entrada de la casa, se acuerda del papel que ha recogido del suelo. Todavía se encuentra en su bolsillo, doblado por la mitad, y Jo piensa que este es el momento idóneo para tirarlo si no quiere pasear esa nota por toda Concordia durante semanas. Casi sin pensarlo, tras cogerlo del bolsillo del abrigo, lo lee.

No tendría que haberlo hecho.

Sabe perfectamente que husmear en las cosas de los demás no está bien. Incluso si se trata de un papel olvidado, es de mala educación. En su defensa, Josephine diría que no lo ha hecho por malicia, sino por pura curiosidad; pero nada más leer las pocas palabras impresas en él siente como si se le desgarrara la boca del estómago.

«La bondad no se encuentra en un libro.»

Josephine March arruga el papel apretando la mano con tanta energía que piensa que no podrá abrirla de nuevo jamás.

Necesita de todas sus fuerzas para no mirar hacia la cámara que da al vestíbulo. Se encuentra a su espalda. Es imposible que esos ojos que lo vigilan todo hayan leído lo que hay escrito en el papel. «Es imposible», se dice con una voz que querría imitar la de su madre, siempre tan serena.

Conteniendo la respiración, con movimientos lentos que, en realidad, tratan de ser naturales, vuelve a introducir el papel arrugado en el bolsillo de su abrigo. Traga saliva y siente la garganta seca. ¿Qué va a hacer? No puede tirar el papel a la basura, se dice. Cualquiera podría encontrarlo, cualquiera podría descubrirlo. Necesita pensar fríamente. Josephine entonces suspira. Mete una mano en el bolsillo de su abrigo, como si estuviera buscando cualquier cosa, y deja el papel definitivamente allí. Después, con infinito esfuerzo, sonríe con inocencia mientras levanta la cabeza. Se da media vuelta.

—¿Jo, querida?

No percibe cambio alguno en el ritmo desaforado de su corazón al encontrarse de cara con su madre. No hay ya margen para que su ritmo cardíaco se acelere más. Por fortuna, las cámaras no pueden captar sus latidos desbocados. Solo su gesto. Su rostro es ahora sonriente y plácido, una máscara de piel y carne que nota muy tensa, como si llevara el pelo en un recogido demasiado apretado.

—Sí, Marmee —responde, las manos contra el regazo, la espalda recta, el tono tan suave que su madre levanta una ceja, un tanto sorprendida.

—Compórtate como un ángel y baja al sótano a por más leña. ¿Quieres? Aunque tengas que demorarte un poco.

Que su madre le dé permiso para bajar al sótano tendría que haber sido motivo de alegría para Jo. Pero esta vez no es así. Esta vez, bajar al sótano le recuerda demasiado que por mucho que aparenten ser buenas ciudadanas, por mucho que ella, su madre y sus hermanas tengan esa apariencia virtuosa, en el sótano ocultan un crimen.

—Podrían… ¿podrían ir Amy o Meg esta vez?

La ceja de Marmee March, esa ceja de grandes dotes comunicativas, se levanta un poco más, la sospecha acumulándose justo en su ángulo superior.

—Por supuesto, querida.

—Me encuentro algo indispuesta —se excusa Jo bajando la cabeza. Sus propias palabras y su propia decisión le duelen, porque, crimen o no, en el sótano la espera una de las cosas que más quiere en este mundo; pero el miedo se ha convertido en un manto insoportablemente pesado.

2

Un nuevo día es un nuevo comienzo.» Esta es una de las máximas en la vida de Josephine March. Nuevo día, *tabula rasa.* Quizá por esa razón a la mañana siguiente se levanta llena de energía. Lejos quedan ya todos los acontecimientos que la han mantenido despierta durante una buena parte de la noche. Lejos, tan lejos que si no se esfuerza demasiado no puede recordarlos, especialmente ese feo asunto del papel arrugado en el bolsillo de su abrigo. Un papel *peligroso.* En realidad, Josephine se encuentra como siempre puesto que sus sufridas hermanas y su madre tienen que aguantar pacientemente a que recorra la casa como un torbellino mientras intenta vestirse, tomar algo de desayuno y recoger sus bártulos para ir al trabajo, todo al mismo tiempo.

—¡Meg! ¡Amy! —grita ahora mientras sus pies arrancan una sinfonía de crujidos a las escaleras al bajar hacia el recibidor de la casa—. ¡Marmee! ¿Estáis listas?

—Marmee se ha marchado hace un buen rato, Jo —la informa Meg, que ya espera frente a la puerta con el abrigo puesto. Se trata de una prenda de color oscuro y elegante pero triste. Un abrigo de viuda prematura.

—¿No te acuerdas? ¡Qué cabeza la tuya! Hoy el comité de damas del barrio ha hecho reparto de comida caliente para los más necesitados y ya sabes… —dice Amy, que en ese instante atraviesa la puerta del salón y se cubre los bucles rubios con un sombrero de fieltro adornado con una única pluma de faisán.

—Sí, sí, ya sé las colas que se forman en días como este —le responde Josephine mientras baja los pocos escalones que quedan hasta el rellano para reunirse con sus hermanas—. Pobre Marmee, siempre tan atareada... — Ciertamente, Marmee está siempre ocupada desde que les falta su padre—. ¿La puerta del sótano está cerrada?

—La ha cerrado Marmee antes de salir —responde Amy con una sonrisa que es toda afabilidad, como si el hecho de que el sótano quedara bien cerrado y protegido de miradas indiscretas fuera una cuestión trivial. Al pasar por

delante de la ventana del vestíbulo, como de costumbre, hace una pequeña genuflexión para la cámara que se ve a través del cristal.

En cambio, Josephine golpea el suelo tres veces con los pies y entonces descuelga su abrigo del perchero de la entrada. Al hacerlo, le parece mucho más pesado de lo que debería y, aun habiendo comenzado el día de un modo tan enérgico, piensa que la culpa y el remordimiento, no ese papel que sigue arrugado en el bolsillo, son el mayor peso de todos.

Por fin, la muchacha se abrocha el abrigo y luego levanta el cuello para protegerse del viento. Tampoco ha tenido tiempo ni cabeza para buscar la bufanda de su padre y prefiere pasar frío antes que ponerse otra.

—¿Ya lo tenéis todo? —les pregunta Meg.

—¡Espera, espera! —En ese momento se produce un pequeño tumulto en el recibidor de la casa cuando las tres hermanas se detienen casi a punto de salir y, por encima del caos, se alza una pregunta indignada de la menor de las March—: ¡Jo! ¿Esto es tuyo?

Josephine parpadea dándose cuenta de su error. Mientras tanto, todos parecen juzgarla en silencio: Amy, Meg, y el libro de cubiertas desgastadas que reposa sobre la consola del recibidor.

—Es el mío, sí… Me lo dejé aquí ayer por la tarde, qué cabeza...

—Perderías la cabeza si no la tuvieras pegada al cuello, querida. Toma, no vuelvas a dejarlo en cualquier parte —la amonesta Meg con una sonrisa triste. Las sonrisas de Meg son tristes desde hace meses, pero por lo menos esta tiene la virtud de hacer que Josephine se sienta más ligera y, a juzgar por un movimiento resignado de cabeza, de que Amy se sienta menos alarmada, ya que Jo ha estado a punto de olvidarse su Libro del Buen Ciudadano en casa.

Por fin, las tres hermanas salen a la calle cubierta de escarcha. Al mismo tiempo que lo hacen, docenas de puertas se abren también en el resto de casas del vecindario, tan pulcras y ordenadas como la suya.

«Un nuevo día es una nueva oportunidad», les saluda la información pública. El domingo fue día de descanso, pero hoy hay que levantar la ciudad con ánimo alegre y actitud diligente.

Así, Concordia se pone en marcha como un mecanismo de relojería. A las siete, vecinos y vecinas, buenos ciudadanos todos, salen de sus casas. Se dirigen a los pequeños anfiteatros comunales que se encuentran cercanos. Son, a duras penas, unas pocas hileras de bancos de piedra dura encarados hacia una tarima y una pantalla. La emisión matinal empieza con un hiriente pitido de micrófonos acoplados al que sigue el parte informativo de la mañana. «Buenos días, conciudadanos, el bien amado Gobierno os desea un feliz lunes y una feliz semana. Hoy, información especial: estudios recientes confirman que en este último año, los ciudadanos se han sentido de media un veinte por

ciento más felices que en el período anterior, un gran éxito para las políticas de nuestro querido Ministerio de Sanidad.»

—¡Un veinte por ciento! —exclama Meg, admirada.

Otros de los que han ido a escuchar el informativo hacen lo mismo, pero todos callan con la aparición de nuevas noticias en la pantalla.

A las ocho, el informativo llega a su fin. Un sol en ascenso acompaña a las hermanas March, que se dirigen ya, alegres y decididas, a sus puestos de trabajo.

Una buena parte del recorrido lo hacen juntas. Los distintos barrios de la ciudad tienen forma de anillos concéntricos, y cada anillo está dividido en doce sectores. Ellas se dirigen desde su casa en el tercer anillo, un barrio de lo más respetable, hacia el centro, y lo hacen cuchicheando y riéndose como cuando todavía eran niñas. La primera en tomar una bifurcación es Meg, que se despide de sus hermanas con otra de esas tristes sonrisas que la acompañan desde que su prometido, el bondadoso John Brooke, se marchara a la guerra pocos días después de que lo hiciera su padre. De él no tienen ni siquiera una bufanda como recuerdo.

Todo fue culpa de ese horroroso incendio. Fue una noche negra para todas ellas.

Josephine y Amy todavía caminan la una junto a la otra durante unos minutos más. Poco a poco, el paisaje urbano cambia. Las casitas con jardín dan paso a grandes edificios gubernamentales, a bloques de oficinas, avenidas anchas llenas de luz.

Antes, o al menos eso cree Josephine, había luz en todas partes. Antes de la guerra. Algo le contó su padre cuando era niña, aunque él también hablaba de oídas, porque la guerra se remonta a muchas generaciones atrás. El señor March comentaba con sus hijas la existencia de un mundo hecho de estrellas en la tierra. No habría sido mejor que el suyo, desde luego. Vivían en el mejor de los mundos, eso lo sabía, pero Jo a veces se pregunta si sería, quizá, más bonito.

Por fin, el camino de las dos hermanas se desvía frente a una avenida ancha.

—Que pases un buen día, querida —le desea Josephine a su hermana.

—Y tú no te metas en líos. Y transmítele nuestro más sincero afecto a la tía March.

—No lo dudes —le responde Josephine, regocijándose en secreto por que su respuesta sirva para ambas recomendaciones de su hermana—. Y pinta mucho.

Amy es la única de las hermanas March que todavía no trabaja. Meg ejerce como institutriz de dos niños revoltosos pero encantadores y Josephine ayuda

a la tía March en el Secretariado de Bienestar Moral. En cambio, Amy estudia en la Academia de Buenas Artes de Concordia, y sueña con convertir la pintura en su vida.

Tras despedirse de su hermana, Josephine acelera el paso. No hay nada que la distraiga y caminar por las mismas calles la aburre, de modo que intenta pasar el trámite cuanto más rápido mejor. Todo sería distinto si todavía funcionara el sistema de transporte metropolitano público, una maravilla de la técnica que movía a decenas de pasajeros bajo tierra, pero eso hace también mucho tiempo que se ha perdido, de modo que tiene que caminar hasta la plaza de la Paz.

La plaza de la Paz. Es un orgullo para cualquiera trabajar allí. El centro y corazón de Concordia y, por lo tanto, el lugar más importante. El propio nombre lo dice todo. Este sitio es el símbolo de aquello que han conseguido como sociedad: paz, respeto. Durante generaciones sus conciudadanos han desterrado el conflicto de sus vidas y ahora son más felices, más cultos, más honrados. Concordia es el mejor lugar del mundo en el que vivir. Es una utopía hecha realidad.

Josephine, desde luego, *ama* trabajar en la plaza de la Paz.

Aun así, sus pasos se hacen más lentos de lo que deberían.

Josephine March *ama* su trabajo en el Secretariado de Bienestar Moral. ¿Cómo no va a amarlo? ¡Sería impensable!

Incluso así, se descubre arrastrando los pies. Josephine siente el peso de toda su culpa en el bolsillo del abrigo, un peso terrible, aunque el responsable sea un diminuto papel. Apenas legible. «La bondad no se encuentra en un libro», recuerda. ¿Qué querrá decir esa frase?

Mueve la cabeza con vigor. Josephine se da cuenta de que prácticamente se ha detenido y reanuda la marcha. Avanza, ahora sí, y llega hasta los escalones de la entrada con ese paso enérgico, paso de ciudadana dispuesta a levantar su país sobre sus hombros, al edificio del Secretariado. En el frontón que decora la fachada hay un roleo de hojas de olivo esculpidas y, dentro de este, se encuentra una gran paloma de la paz hecha de mármol. No es solo un símbolo, también es un deseo para que acabe la guerra.

Josephine se agarra el borde del vestido para subir los escalones, enseña los sellos de su Libro al guardia con expresión neutra de la puerta, y este la deja pasar.

Entrar en el Secretariado es como hacerlo en otro mundo. Josephine cierra los ojos para disfrutar del contraste entre el frío que se ha apoderado de ella en la calle y la temperatura mucho más cálida que se nota en el interior del edificio. También se deja deslumbrar por las lámparas eléctricas que aquí jamás sufren cortes de luz. Tras unos minutos de deambular, que a ella le

parecen eternos, la muchacha llega a la oficina donde trabaja con la esperanza de no encontrarse con la tía March.

—Llegas tarde, Josephine.

Desde luego, la esperanza es fútil. Allí está la tía March, en la entrada de la sala, con los brazos cruzados y la mirada inquisidora.

Cree haber escuchado un resoplido a lo lejos, entre el sonido de las máquinas de escribir, pero teme habérselo imaginado. Ninguna de sus compañeras redactoras haría algo de tan mal gusto.

—No volverá a ocurrir, supervisora March —responde Josephine inclinando la cabeza y quitándose su abrigo.

Al fondo de la sala hay un reloj. «He llegado tarde por unos segundos», piensa Jo. Mañana tendrá que hacerlo mejor.

Nada hace pensar que la tía March se crea sus palabras. Tiene los ojos, uno más claro que el otro, uno real y el otro mecánico, entrecerrados.

Parece que la tía March vaya a decir algo pero, al fin, la mujer se retira sin decir nada. Esa es la señal para que Josephine se apresure a ocupar su lugar en el largo banco corrido que ocupa la sala, saludando a sus compañeras con una inclinación de cabeza, y comience a trabajar.

Durante casi toda su infancia, ni Jo ni sus hermanas tuvieron mucho contacto con su pariente. Era una figura lejana, casi anecdótica: la hermana de su padre con una carrera fulgurante, que ostentaba un alto cargo en el Secretariado de Bienestar Moral del Ministerio de Sanidad. Cuando el señor March tuvo que marcharse a la guerra, la tía March reapareció en sus vidas y por alguna misteriosa razón tomó especial afecto por Jo y la acogió bajo su protección.

Desde entonces, como lo hace en ese momento, Josephine March se sienta y escribe. «Una historia de superación», comienza. Hace mucho que no necesita ver el teclado. «En el círculo tercero, sector primero, la encantadora familia Lawson ha dejado marchar a uno de sus hijos afectado de *malasangre*.»

Jo escribe historias inspiradoras sobre buenos ciudadanos de Concordia, inventa eslóganes y mensajes que mejoren su sociedad y redacta recomendaciones, consejos y pequeñas notas patrióticas que aparecen en las pantallas de información pública.

«Aun siendo inconmensurable el dolor, hoy debemos regocijarnos: la señora Lawson, buena ciudadana, está encinta de nuevo.»

Amy le contó esta historia unos pocos días atrás y supo al instante que debía compartirla. Según su hermana, cuando los Lawson descubrieron la *malasangre* en su hijo menor, lo llevaron a la Casa de Salud sin derramar una sola lágrima. No se esperaba menos de ellos. Son un ejemplo a seguir. Aun

así, Josephine ha escrito su relato con los dientes apretados y hielo en los huesos.

No, no va a quejarse porque es gracias a este trabajo que su pequeña familia capea el temporal al encontrarse en una situación tan delicada como es la ausencia de su padre. Además, trabaja para el país, para su país, y eso es algo de lo que no muchos pueden presumir, puesto que presumir irremediablemente lleva a la soberbia y la soberbia a la falta, algo inapropiado para una señorita de su estatus.

«La familia Lawson es un ejemplo para todos.» Josephine presiona con cuidado la tecla para el punto final, saca el papel de la máquina de escribir y lo deja a su lado en el escritorio. Se frota los ojos. Tiene la impresión, fundamentada o no, de que ha tardado más de lo normal en redactar esta pequeña noticia.

Sin dejar de mirar la pantalla que tiene delante, coloca una nueva hoja en la máquina.



Si el día, para Josephine March, ha empezado de lo más tormentoso, para su hermana menor no ha sido mucho mejor. Después de que sus caminos se separaran, a la señorita Amy March todavía le quedaban unos minutos de trayecto, que ha hecho sin prisas.

La Academia de Buenas Artes de Concordia se encuentra en una de las avenidas radiales que parten de la plaza de la Paz, la avenida tercera, donde se concentran la mayoría de los museos de la ciudad. La academia es un edificio de formas armoniosas, con una columnata perimetral inspirada en los templos clásicos que empequeñece al visitante como el arte empequeñece al artista. Por su excelente orientación, el sol entra a raudales por las ventanas, justo lo que necesitan los futuros pintores, escultores, dibujantes, retratistas y demás destinados a hacer de su mundo algo todavía más bello.

En opinión de Amy, la academia es como un segundo hogar. Jamás pierde la ocasión de hablar de su trabajo aquí, de lo mucho que aprende, de la admiración que siente por sus profesores y el afecto que experimenta por sus compañeros, pero, ¡oh!, dentro de unos instantes, la pobre Amy va a recibir un rapapolvo de campeonato…

—Chissss, March. —Amy March desprecia ese «Chissss» con toda su alma por indecoroso y maleducado así que, levantando el mentón, ni se digna

a contestar. Aguanta el gesto mientras el profesor Smith pasa por delante de ella—. March. —Escucha Amy otra vez. Ella elige seguir pintando pero, para su desesperación, la voz continúa sin darle cuartel—: Señorita March, he intentado retrasarlo, pero necesito el color ocre. Si fuera tan amable…

Amy March transforma la mueca de sus labios en una media sonrisa magnánima, porque una nunca sabe cuándo los demás pueden estar observándola. Luego, sin demorarse mucho, coge el tubo de pintura ocre y gira el torso hacia atrás para encararse con el motivo de tanta distracción.

—Aquí tiene, Müller.

Oliver Müller, que no solo necesita el color ocre sino que es uno de los compañeros de Amy en la academia, coge el tubo con una mano manchada de pintura.

De este modo tan pacífico acaba este primer incidente. Una luz lechosa, perfecta, entra por los grandes ventanales de la sala y Amy aprovecha para pintar con ahínco. No dispone ya del color ocre pero se ha aprovisionado de rojos y amarillos de todos los tonos, del más pálido al más encendido, y trabaja con seguridad, porque Amy March, si de algo está segura, es de su talento. Por eso, las palabras de su profesor, unas horas después de haber acabado el ejercicio, le duelen muchísimo:

—Vuelva a empezar.

Es una pesadilla. Amy siente cómo le escuecen los ojos.

Es como si un abismo se abriera a sus pies mientras una docena de miradas asombradas, las que pertenecen a sus compañeros, se vuelven hacia ella. Amy abre la boca, en un gesto de sorpresa y de protesta.

Le tiemblan las manos de repente, así que las apoya sobre su regazo. El profesor Smith enarca una ceja como si esperara ávidamente una protesta. Ella no va a cometer ese error. Tras una pausa, la muchacha, pregunta:

—Si fuera tan amable, profesor, de indicarme mis fallos para poder enmendarlos. No volverá a ocurrir.

Amy se atreve a levantar la mirada y a observar su trabajo, esa explosión de colores cálidos que pacientemente ha plasmado sobre la tela.

—Les he encargado que representaran la guerra. —Es la respuesta del profesor—. Y la guerra… —El profesor Smith toma aire. Cuando habla, una fina película de saliva blanquecina se le acumula en las comisuras de los labios—. La guerra es gloriosa. Observe.

Se refiere, claro, a los cuadros que a lo largo de la mañana han estado pintando sus compañeros. Son obras de colores fríos, azul oscuro, verde militar. Todos sus compañeros han elegido, como centro de su composición, la figura de los soldados, representados en sus uniformes negros y brillantes, como siluetas musculosas la mayoría en movimiento, a la carga, desplegando

una fuerza que va más allá de lo meramente humano. Amy, entonces, contempla su propia composición. Es parecida. No solo a la de sus compañeros, sino también a muchas otras que ha pintado en el pasado, pero parecida no significa que sea idéntica. El color es distinto. Predominan esos rojos y amarillos que han estado acaparando tanto su mente como su paleta toda la mañana. Son colores que no se ven a menudo en la academia, los colores del fuego y de la sangre.

Un golpe, el producido por el tacón del profesor Smith en el pavimento, la arranca de sus pensamientos.

—¿Dónde está la gloria, ciudadana March? —Ella no sabe responder. Para ahogar las ganas que tiene de replicar, se muerde la parte interna de las mejillas— ¿Dónde están nuestros soldados victoriosos? ¿Dónde?

Hay una figura medio confundida con el resto de la composición. Es igual de musculosa, igual de fuerte que en las obras de sus compañeros, pero Amy se da cuenta, como si no hubiera sido suya la mano que sostenía el pincel, que su rostro emborronado mira hacia abajo. Es un soldado, sí, pero un soldado derrotado.

El profesor Smith comienza a gritar.

Amy toma aire. Podría decir algo en su defensa, piensa la muchacha. Ojalá pudiera, pero los gritos del profesor no le dejan espacio en la cabeza para nada más.

El profesor Smith grita ante un aula petrificada. Se le acerca, se inclina hacia ella hasta el punto de que Amy nota perfectamente su aliento sobre la piel, pero no comete el error de apartarse mostrando asco.

Poco a poco, se va enfadando. Es un enfado virulento pero que no llega a transmitirse hacia el exterior y es un enfado dirigido especialmente hacia sí misma.

Amy lo sabe todo sobre la guerra. Reciben noticias cada día, los Optimates en sus informes diarios hablan acerca de ello, y su labor, la labor del artista, es convertir la guerra en algo de lo que sentirse orgulloso, puesto que luchan por ellos mismos, por esta ciudad, por los buenos ciudadanos. ¿Por qué, entonces, ha pintado algo tan aborrecible?

Ha cometido un error, sí. Ahora los gritos del profesor, que amainan, le parecen más que merecidos.

Al final, el profesor pierde interés en ella y en su fracaso, y sigue paseando por la gran aula como si nada. Los compañeros de Amy, que han estado espiándola de reojo, cuidándose de mostrar ninguna alegría o ninguna pena por la bronca que acaba de recibir su compañera, vuelven a sus quehaceres.

Todos menos uno. O, por lo menos, la joven de los March se da cuenta, mientras respira hondo, que justo detrás de ella no escucha ninguna actividad,

que el compañero que tiene ahí sentado no está trabajando.

Cuando se da la vuelta para comprobarlo, Oliver Müller está observándola sin ningún disimulo, con sus manos y su ropa manchadas de pintura y el cabello como siempre alborotado.



No existe nada más que el papel en el que está escribiendo. No para Josephine.

Los primeros días de trabajar en el Secretariado de Bienestar Moral Josephine pensó que jamás conseguiría redactar lo bastante rápido. Pensó que se le acabarían las palabras, las historias y los consejos. Sin embargo, con el tiempo, Josephine ha aprendido a intercalar rumores y anécdotas reales con otras de ficticias, citas solemnes del Libro del Buen Ciudadano y máximas sobre moral y virtud que conoce de memoria, como todo buen Ciudadano. No se trata de ser original. Ese no es su trabajo. Se trata de dar un mensaje. En las paredes de la sala de redacción, una serie de pantallas lanzan datos y estadísticas que las redactoras pueden usar en sus eslóganes.

«No olvidemos la guerra», escribe ahora. «El enemigo siempre acecha y la unidad es…»

—La unidad es… —murmura Jo.

Jo siempre ha sido una redactora competente, fiable. Más competente y más fiable de lo que se ha sentido jamás con su familia, por lo menos, ya que, aunque ellos siempre la han querido, a la vez también la han considerado demasiado explosiva y atolondrada como para depositar su confianza en ella.

Josephine examina cualquier carencia que pueda haber en su interior, tal y como siempre le han dicho que haga. Busca cualquier cosa que pueda estar afectándola y la encuentra, desde luego, sin gran dificultad.

«La bondad no se encuentra en un libro.»

¿Por qué tuvo que recoger ese dichoso papel del suelo?, se pregunta por enésima vez. Se habría ahorrado una multitud de malos tragos. Es más, ¿por qué no confesó la noche anterior al descubrir lo que había escrito en él? Lo que hay escrito en ese papel es algo peligroso.

Incluso esta mañana podría haber subido a grandes zancadas a la tarima del anfiteatro del barrio y contar a todo el mundo su falta.

La respuesta es simple: Josephine teme el castigo. Es algo muy humano, lo

sabe. Tras confesar, todos esperarían que fuera ella misma quien se autoimpusiera un castigo, y es en este punto donde los pensamientos de Jo se han atascado, desatendiendo a todo lo demás.

—Supervisora March.

Josephine parpadea al escuchar una voz, tímida. Una de sus compañeras, sentada unas sillas más allá, ha levantado el mentón pero le tiembla la voz.

Josephine vuelve a parpadear. Ni siquiera se ha dado cuenta de que la tía March se encuentra de nuevo en la sala de redacción.

—Supervisora March, ya es la hora —repite la misma compañera de Josephine que ha hablado antes. Se trata de la señorita Higgs, una muchacha de su misma edad cuyas facciones, por sus ojos saltones y sus dientes prominentes, recuerdan a las de una ratita hacendosa. Justo en ese momento, un tañido grave, que parece provenir de las mismas entrañas del edificio, lo llena todo.

¿Ya ha transcurrido una hora?

Josephine estira los dedos agarrotados mientras su compañera, a un gesto afirmativo de la tía March, se levanta y comienza a recoger las hojas de papel con los mensajes que todas las trabajadoras han escrito. Cada sesenta minutos hay que llevar los nuevos eslóganes para que puedan ser introducidos en el circuito de información pública.

Cuando la señorita Higgs llega a su lado, Josephine extiende una mano. Sabe que apenas ha escrito nada. Una página. No quiere que lo vea, no quiere que lo sepa, que no ha trabajado ni ha cumplido con su tarea.

—Dis… disculpe —titubea Josephine. Ni siquiera sabe cómo continuar, de modo que deja que su impulso inicial tome el control. Se levanta. Tanto alboroto hace que sus compañeras alcen la cabeza, y que la tía March lo haga también—. Disculpe, señorita Higgs —le insiste a su compañera, la cual a falta de palabras frunce los labios—. ¿Le importaría si hoy fuera yo quien lleve los documentos?

Las redactoras sentadas en su larga mesa contienen el aliento, las cejas de la señorita Higgs se unen al gesto enfadado de sus labios. La joven dirige una mirada rápida hacia la tía March. Josephine las observa a las dos, sintiéndose mareada por lo que acaba de hacer.

Acaba de romper el protocolo.

El protocolo es que la señorita Higgs lleve los papeles. Es un privilegio, el de salir, el de contactar con otros departamentos, que se ha ganado a pulso con su perfecta puntualidad, su pulcritud en el trabajo y sus buenos resultados, pero Josephine ya no se ve capaz de detenerse. Echa el cuerpo hacia delante, un gesto brusco que causa un sobresalto en la pobre señorita Higgs.

—Tengo… Necesito… Es una urgencia. Íntima.

Al instante, sus mejillas se llenan de rubor y de una vergüenza que quema. La tía March la observa, sus compañeras también. Josephine siente el corazón desbocado, porque nadie, mucho menos una señorita de su categoría, debería mencionar algo tan sucio como sus funciones fisiológicas, pero ella lo ha hecho.

¿Y para qué? ¿Y si su salida de tono no sirve para nada? ¿Y si la tía March se da cuenta de que realmente ha estado perdiendo el tiempo, y luego indaga más y más, y acaba descubriendo la falta de Jo?

Tras unos instantes, la tía March entorna esos ojos desiguales que tiene, como si con ellos pudiera escrutar su fuero más interno, y hace un gesto apenas perceptible con el mentón.

—No tarde, señorita March.

Jo no se hace de rogar. Prácticamente arranca los papeles de las manos de la señorita Higgs, y luego coge la triste hoja solitaria que ha sido capaz de producir ella. Con un «Muchas gracias, supervisora March, no volverá a ocurrir», en un último arrebato, se lleva también su abrigo, tan pesado.

Ya en el pasillo, Josephine tarda todavía unos segundos en recomponerse. Siente un temblor que se extiende desde la base de su diafragma, porque ha mentido. Ha dicho una mentira mirando a los ojos a su tía, sin titubear, y se ha salido con la suya.

Josephine aprieta las manos sujetando con fuerza los papeles que las redactoras han preparado con tanto tesón.

Tiene una amiga aquí. Una buena amiga en el Secretariado y algo dentro de Jo le dice que ella encontraría las palabras para calmarla, pero ¿y si no es posible?

¡Esa alternativa, simplemente, la aterra! Todo la aterra en este momento.

Ojalá estuviera permitido correr en el Secretariado. De ese modo, Jo podría expulsar todos esos sentimientos en ebullición que le oprimen el pecho.

Tiene que conformarse con ir a un paso marcial hacia el centro del edificio. Algunos la miran: funcionarios, agentes del Secretariado de Higiene Social con sus uniformes azules que patrullan por el lugar como lo hacen a todas horas por toda Concordia, pero Josephine avanza por los pasillos altos, sumidos en un silencio opresivo.

—Usted no es la señorita Higgs, señorita March —dice una mujer mayor que ella cuando por fin llega a su destino. Se trata de una sala mucho más pequeña que la de redacción. Allí solo hay una mesa en la entrada, frente a la que se ha detenido Jo, y detrás otra, cubierta de cables, de misteriosos paneles luminosos. También hay en esa mesa una mujer hablando a través de un gran micrófono negro. Su voz es la misma que se escucha por toda la ciudad, el mismo soniquete que les acompaña a todos, todo el día, cada día de sus vidas.

—Se trata de un cambio de última hora. Aprobado por la supervisora March. —Josephine quiere sonreír pero no atina a hacerlo.

La mujer mueve la cabeza sorprendida pero aun así coge el pliegue de papeles que le tiende Jo.

Ella le da las gracias, hace una profunda reverencia y se marcha.

Un peso menos, se dice. Un peso menos en su conciencia. Las pruebas de su inacción durante la mañana ya no están en sus manos.

Por desgracia para Jo, la muchacha sigue sujetando su abrigo en el brazo. Y allí, en el bolsillo, está su otro pecado.

Jo, al darse cuenta de que no sabe adónde ir, frena el paso. Su cuerpo toma el control, hace que se gire dando la espalda al grupo de cámaras más próximo.

—¿Adónde? ¿Adónde ahora? —se dice en voz alta. A Jo siempre la ha ayudado poner sus ideas fuera de sí, en voz alta o por escrito. Es el único modo que tiene de que se estén quietas—. ¿Adónde?

Se limpia la frente con una mano. Está sudando.

Es precisamente esto lo que le proporciona una dirección, un paso más.

En las casas corrientes solo poseen chimeneas o, los más afortunados, alguna estufa de carbón para calentarse. En cambio, el calor sofocante del Secretariado se origina en un intrincado sistema de tubos que transportan agua caliente a través de las paredes, un lujo que nadie puede costearse ya.

Josephine ha visto las calderas. Una sola vez.

Ni siquiera sabe cómo ha encontrado el camino y cómo lo ha hecho tan rápido. La joven, cada vez más cansada, con el brazo agarrotado de sostener su abrigo, un abrigo pesado de invierno, que teme que en cualquier momento pueda arrancar miradas suspicaces de la gente con la que se cruza, sale a un patio interior. Es un espacio amplio, pero desangelado. Sucio incluso. Aun estando en el exterior, a pesar de que en los bordes del tejado se puedan ver pegotes de nieve negruzca, en el patio hace un calor sofocante.

Las calderas rugen. Josephine pasa junto a montañas de leña que esperan para ser combustible. Son gigantescas, metálicas. Cinco grandes calderas que braman como bestias, con unas diminutas rejillas de ventilación en el centro de sus puertas que hacen las veces de dientes.

Hay una cámara en el patio, pero está rota. Descubrió este lugar por casualidad, cuando todavía se perdía por la inmensidad del Secretariado, y ya entonces se sorprendió de ver la esfera negra rota y la cámara, un cubo metálico con una gran lente, colgando de varios cables como venas. Quizá nadie la había reparado porque, al fin y al cabo, nadie viene a este lugar más que por las mañanas para alimentar las calderas..

Josephine se acerca pensando mil excusas para estar en este lugar, aunque

no se vea ni un alma. Solo mete la mano, una mano sudorosa presa de temblores, en el bolsillo del abrigo cuando el calor que emana de las calderas prácticamente la abrasa.

Lo hace rápido, muy rápido. La aterra la posibilidad de entretenerse demasiado. Josephine March localiza ese papel que tanto la ha hecho sufrir convertido en una pelota dura y lo aprieta con los dedos durante un segundo. «Aquí acaba todo», se dice. Adelanta una mano. A través de la rejilla de la puerta puede ver un interior incandescente.

«La bondad no se encuentra en un libro», dice ahí.

Pero ¿dónde se encuentra?

El papel, cuando la muchacha lo introduce a través de la rejilla, produce un siseo apagado. Todo está bien, todo se ha solucionado ya, aunque, con las prisas, Josephine no se da cuenta de que sus nudillos rozan el metal al rojo vivo. Solo nota una breve tirantez al tiempo que retira la mano. Allí, en la piel, aparece una marca que en ese momento parece blanquecina, pero que rápidamente se volverá roja.

La quemadura comienza a dolerle mientras se aleja a toda velocidad.

Josephine March cruza el patio y se adentra en los pasillos grises del secretariado. Se siente más ligera. Quizá incluso, si ahora lo comprobara, descubriría que sus pies realmente no tocan el suelo de pura satisfacción.

A medida que se aproxima a la sala de las redactoras, Josephine March cree que respira mejor. Todo ha pasado ya.

Entonces se detiene. En el fondo del vestíbulo, hay un grupo de conserjes del secretariado. Por instinto, no se fija en ellos. No son buenos ciudadanos. Están en el escalafón más bajo, el de los desahuciados. Lo que llama la atención de la muchacha son los grandes sacos que cargan a la espalda.

—Cartas —murmura Josephine para sí misma, apretando las manos contra el pecho. Apenas nota el dolor que le produce esa quemadura reciente, pero es del todo justificable: hace meses que no reciben ninguna carta del frente.



El resto del día, Amy March trabaja, aún, con más ahínco que nunca. No solo en la clase de pintura con el profesor Smith, sino también en el taller escultórico. Incluso en la siempre aburrida clase de literatura, donde aprenden las fuentes apropiadas en las que inspirarse.

Hay un fragmento de un texto que han trabajado en la academia: *El viaje del ciudadano*, en el que le gusta pensar a veces. En él, escrito por un miembro de los Optimates unas pocas generaciones atrás, se compara el camino hacia la bondad como un itinerario lleno de obstáculos. Así se siente ella, a la vez desanimada y resuelta a triunfar. Todo lo que ha hecho a lo largo del día, su esfuerzo y su dedicación redoblados, ha sido para, al salir por fin de la Academia de Buenas Artes por la tarde, poder hacerlo con la cabeza muy alta. Amy camina por las calles de Concordia, de nuevo bulliciosas mientras la mayoría de ciudadanos salen de sus puestos de trabajo, observando a su alrededor. A esa hora, las pantallas omnipresentes en cruces y fachadas de las casas se encuentran en plena actividad, acompañando la familiar voz de la megafonía pública. Ella lee cada mensaje, se fija en cada imagen que aparece en su camino para recordarse que eso es a lo que aspira. A ser una buena ciudadana, a colaborar, dentro de sus humildes posibilidades, a que su mundo sea un buen lugar.

Al tiempo que ya vislumbra el tejado de su casa por entre los demás de la misma calle, Amy está ya convencida de haber dejado atrás esta funesta jornada. Sonríe, una sonrisa discreta pero inequívoca, que se trunca al ver a su hermana Josephine junto al porche de la entrada. Está nerviosa, puesto que Josephine no para de andar arriba y abajo del caminito junto a la entrada. Al verla llegar, Josephine deja escapar una gran exclamación, y al tratarse de Jo, como no podía ser de otro modo, echa a correr hacia ella levantándose el borde de su vestido para no tropezar.

—¡Amy! ¡Amy! —grita Josephine, apenas capaz de contener la emoción. Esta mañana ha visto a los funcionarios llegar al Ministerio con las sacas llenas de cartas. Olvidándolo todo: su miedo, su traición, aunque hubiera sido una traición completamente involuntaria, Josephine ha corrido hacia su puesto de trabajo con los ánimos renovados, dispuesta a ser la mejor versión de sí misma, dispuesta a ser todo aquello que se espera de ella. Aun así, las horas hasta el final de su jornada laboral han sido una verdadera ordalía no solo para Josephine, sino para la pobre redactora sentada a su lado, que ha tenido que aguantar sus suspiros de impaciencia y su golpeteo en el suelo con el tacón de sus botines—. ¡Amy! ¡Hemos recibido una carta de papá! ¡Me la ha dado la tía March!

—Esto es… —comienza a decir Amy, pero en ese momento su hermana la agarra por el brazo y da un tirón en dirección al caminito de la entrada a la casa. La nieve, que por la mañana había sido de un blanco inmaculado, está deshecha por los paseos frenéticos de Josephine.

—Ya sé que habríamos tenido que esperar a que la carta nos llegara a casa —susurra Josephine inclinándose junto a su oreja—. Pero si la tía March ha

decidido darme la carta en mano… En el fondo lo único que ha hecho ha sido ahorrarles trabajo a los carteros y, al final, eso es un beneficio para todos, ¿no te parece?

—Sí… Supongo… —atina a responderle Amy.

—Por supuesto que sí. ¿A qué esperamos? —Vuelve a darle un tirón. Amy observa aturdida a su alrededor. Puede estar mirando cualquiera. ¡Qué dirá la gente! La vista se le va a la mansión Lawrence, la casa de sus vecinos, pero esta vez no encuentra ninguna silueta melancólica observando por las ventanas—. ¿Por qué seguimos fuera con el frío que hace? ¡Vamos a leer la carta! ¡Una carta de papá después de tantos meses!

—Pero ¿y Meg y Marmee? ¿Y no deberíamos prepararnos para el informativo de la noche?

—Meg y Marmee ya están dentro. ¿No te he dicho que hace mucho frío aquí fuera? ¡Vamos! ¡Vamos! Luego iremos al anfiteatro para el informativo. ¡Luego!

No solo Josephine pone todo su empeño en arrastrar a su hermana los últimos pasos que quedan hasta la calidez de su hogar, sino también Amy se deja llevar, contagiada, aunque se cuide de demostrarlo, de la emoción de Jo, porque la información que llega del frente siempre es demasiado escasa y dilatada en el tiempo, y recibir una carta de su querido padre justo en ese día es un pequeño milagro.

Ambas hermanas entran por fin en la casa y echan a correr hacia el salón donde ya las esperan Marmee y Meg, sentadas con serena impaciencia.

Sobre la mesita de costura de Marmee hay una carta. Aun habiendo pasado por muchas manos y muchas millas antes de llegar hasta ellas, el sobre sigue liso y el papel sin manchas de modo que las mujeres de la familia March son muy conscientes de cuánto cuidado se pone en hacerles llegar los mensajes de sus seres queridos.

—¡Ábrela, ábrela, Marmee! —Meg es la primera en perder la compostura, inclinándose hacia delante y arrugando la falda de su vestido con las manos.

Marmee por fin asiente. Jo se da cuenta de que su madre se ha arreglado para la ocasión: su cabello rojizo recogido elegantemente, un vestido menos viejo que los que lleva habitualmente. Incluso se ha colgado alrededor del cuello una cadena dorada de la que pende una sola perla. Las manos le tiemblan sutilmente mientras corta el borde del sobre con un abrecartas.

—«A mis queridas esposa e hijas» —empieza a leer Marmee tras un segundo de pausa—. «Todo está tranquilo en el frente. Las noches son frías, pero estamos bien avituallados y a salvo. La moral de los hombres es excelente, estamos felices de seguir luchando por el Ministerio, por la ciudad y por y nuestros conciudadanos. La victoria está cerca y mi total redención

también. Mis más afectuosos recuerdos, J. March.»

En un arrebato de emoción, Marmee aprieta la carta contra el pecho tras leerla. Inmediatamente después, Meg se lanza a los pies de su madre y Amy sigue su ejemplo, las tres fundidas en un abrazo tan aparatoso como feliz. Han esperado tantos meses para recibir esa carta, y aunque breve, la alegría se derrama de ellas con tanta fuerza que tardan unos segundos en advertir que todavía falta alguien en la escena.

—¿Jo? ¿Estás bien, hija?

Jo sigue en su sitio. La voz de Marmee hace que sus pensamientos regresen al salón tenuemente iluminado por la luz de la chimenea. Se da cuenta de que está retorciéndose la falda de su vestido con tanta fuerza que la tela ha quedado arrugada y sudorosa.

—Lo siento. Estoy… estoy tan feliz, Marmee…

Hace un esfuerzo sobrehumano para que el nudo en su garganta se deshaga. Marmee sonríe dulcemente y extiende una mano como indicando que todavía queda espacio en el abrazo para una hija más. Jo se siente enseguida mucho mejor cuando, arrodillada en el suelo con sus hermanas, se deja arropar en esa burbuja de tranquilidad. Solo algo en el fondo de su mente, como una hebra de hilo escapando entre sus dedos, le recuerda su desasosiego anterior. Algo está mal en la carta. No sabe exactamente qué, únicamente es un mal presentimiento que se apresura a empujar tan lejos como puede en lo más recóndito de su cerebro. Obviamente, la carta de su padre la ha hecho feliz. No puede ser de otra manera.

3

Al final del día, esa carta que han recibido las mujeres de la familia March tiene los pliegues desgastados. El papel ha perdido firmeza después de ser manipulado, leído y releído decenas de veces, y lo habrían leído incluso más si no fuera porque, al final, la señora March toma una decisión expeditiva. Le arrebata el papel a Amy, que ha dejado su labor de costura a un lado para recitar esas pocas palabras que a fuerza de repetir ya conocen de memoria, e ignorando a sus quejumbrosas hijas, lo guarda en el sobre.

—No necesitamos una carta para tener a vuestro padre en nuestros corazones —les explica Marmee. Entonces, la señora March se acerca a la chimenea del salón y toma una cajita de madera labrada que preside la repisa del hogar—. La guardaremos aquí, junto a las otras.

Dentro de la cajita hay seis cartas más, las únicas noticias que han recibido de su amado padre en los casi dos años que lleva luchando en la guerra. Todas han sido leídas con la misma devoción y todas han acabado cuidadosamente guardadas en el mismo lugar.

—Amy —susurra Josephine unos minutos después. Se encuentra enfrascada en la costura ella también, aunque lo hace con resultados mucho menos satisfactorios que su hermana. Aunque se trate de una actividad muy apropiada para señoritas, lo cierto es que las hermanas March la practican por pura necesidad práctica, ya que solicitar ropa nueva al ministerio es un trámite engorroso y no siempre fructífero—. Amy —repite al ver que su hermana no le hace caso.

—Dime, Jo —responde la muchacha, bastante tarde, porque es de mala educación dejar a alguien con la palabra en la boca, aunque no se tengan muchas ganas de charlar.

Josephine frunce el ceño luchando para que sus puntadas con la aguja salgan tan rectas como las de su hermana.

—La carta… A ti no te ha parecido… —Se detiene abruptamente. Escucha el trajín de la cocina, donde Meg y Marmee preparan la cena y se teme que

alguna de ellas regrese al salón, pero en apenas unos segundos continúa hablando—: Las cartas de papá siempre son tan cortas y tan…

Josephine querría decir que las cartas que a lo largo de esos últimos meses han recibido han sido prácticamente idénticas. Lo sabe bien; esas también las han releído hasta desgastar el papel. Sin embargo, la muchacha acaba por morderse el labio y, en su afán por seguir cosiendo, se pincha un dedo con la aguja.

—Papá tiene cosas mucho más importantes que hacer que escribirnos cartas, Jo.

—Lo sé. —Imagina la batalla, lo imagina derrochando valor y bondad, dos virtudes que le sobran— Pero ¿no te gustaría recibir una en que nos contara qué hace, cómo está, si está… bien…? —La voz de Josephine es apenas más alta que el crepitar del fuego en la chimenea. Levanta un instante los ojos de su labor. Desde donde están sentadas en el salón se divisa la esfera negra de la cámara que enfoca el recibidor de la casa y esa luz verde que siempre la acompaña. Está segura de que, si han sido capaces de escucharla, nada de lo que ha dicho puede interpretarse como que duda del trabajo de su padre en el frente—. Solo me gustaría recibir unas líneas más, eso es todo.

—Eso nos gustaría a todas, Jo. Piensa en que nuestra situación podría ser peor. ¿Te acuerdas de los Pritchard? —Josephine no conoce a nadie llamado así—. Pues no solo uno, sino los tres hijos están en el frente. ¡Tres, Jo! ¡Por las siete virtudes!

Amy frunce los labios en una mueca con reminiscencias infantiles, aunque la muchacha haya cumplido ya los dieciséis años.

Mientras tanto, Josephine mueve la cabeza. Sabe perfectamente que su hermana tiene razón. Podría ser mucho peor; su padre podría haber muerto.

Podría haber muerto y ellas haber acabado en los suburbios, con los desahuciados, pero papá eligió el camino del honor. Para redimir su falta hizo el más grande de los sacrificios: se ofreció voluntario como soldado. El señor March fue a la guerra y Jo, Amy y toda la familia March solo esperan que regrese pronto.

Y, mientras tanto, ellas deben resistir y afrontar cada nuevo día como una nueva oportunidad; sonreír, luchar, trabajar. Deben aportar su granito de arena en el conflicto bélico porque cada esfuerzo, cada sonrisa, cada contratiempo cuenta si se le hace frente con buena cara. Eso mismo es lo que, muchas veces, escribe Josephine en su trabajo en el Secretariado de Bienestar Moral, pero esa noche, a la luz de la lumbre y todavía con el recuerdo de las escasas y frías palabras de su padre, Josephine March…

Josephine duda.

Es apenas un instante de flaqueza, como si alguien hubiera retirado una

alfombra mullida de sus pies de un tirón y luego hubiera vuelto a colocarla pero ella, en su fuero interno, ya está tambaleándose.

Josephine March abre mucho los ojos.

Josephine, además, deja su desastrosa labor de costura a un lado y se alisa la falda del vestido con las manos agarrotadas. Da una respiración profunda hasta que siente crujir las costuras de su corpiño y, luego, se levanta. Deja a Amy, ignora sus labios fruncidos y la indignación en su naricilla respingona y se encamina hacia la cocina donde su madre y su hermana siguen atareadas. Justo en el instante que entra en la estancia, con diferencia la más caldeada y agradable de toda la casa, ve a Meg inclinada sobre los fogones.

Se da cuenta de que no puede estarse quieta, de modo que hace amago de marcharse.

—Qué bien que hayas venido a ayudar, Jo.

Las palabras de Meg la detienen tanto como la culpabilidad repentina que siente. Ella se ha acercado a la cocina como habría podido ir a cualquier otro lugar de la casa. Está inquieta. Jo mira por la ventana. Está nevando otra vez.

—Hoy hemos conseguido un poco de proteína para acompañar las verduras asadas. Qué suerte hemos tenido a estas alturas del mes, ¿verdad? —comenta Marmee entonces con expresión alegre, pero de inmediato esta se vuelve seria. La señora March conoce sobradamente a sus hijas, especialmente a su alocada hija mediana, como para saber que algo no anda del todo bien. Deja a un lado el cuchillo con el que estaba trinchando el bloque grisáceo de proteína sintética y se limpia las manos con el delantal—. Josephine.

—No me pasa nada, Marmee —responde ella rápidamente. Es una reacción automática, la que sabe que se espera de ella—. Todavía estoy asimilando la alegría que me ha producido la carta, nada más.

La más dulce de las sonrisas aparece en el rostro de su madre. Como si fuera todavía una niña, Marmee le acaricia una mejilla, aunque sin creerse una palabra de lo que le ha dicho Jo.

—¿Por qué no…? —A Marmee no le cambia la expresión ni un ápice—. ¿Por qué no bajas a por un poco de leña, querida? Vamos a necesitarla para cocinar. Sí, podrías bajar, pero regresa rápido para cenar. Si luego necesitamos más, ya lo harás después.

Josephine responde únicamente con un gesto de asentimiento. Incluso, con un poco de esfuerzo, logra demostrar algo de fastidio, aunque espera que su madre detecte el alivio en su mirada. No suelen permitirle bajar al sótano a esas horas. Podrían verla.

El corazón ahora le late rápido.

—Por supuesto… Lo que tú digas, Marmee.

Su madre, siendo la dulzura personificada, asiente. Coge un paquete

embalado con papel de estraza que reposa al lado de los fogones y se lo pone en las manos mientras le da un leve empujón

—Ya que vas a bajar, querida, sé un ángel y aprovecha para dejar esto en el sótano. Aquí estorba.

El paquete todavía está tibio y desprende un aroma de especias.

Sin perder ni un instante, Josephine se dirige hasta el vestíbulo de la casa. Esta vez no se le olvida hacer su pequeña, y recomendada, reverencia a la cámara que se ve desde la ventana y a quien la esté observando y luego avanza hacia el fondo del pasillo. La puerta del sótano queda justo tras un pequeño recodo.

No lo diseñaron así. Es más, con toda seguridad, ahora este pequeño espacio, este ángulo ciego, no estaría permitido. Pero existe, y fue de tantísima ayuda en el pasado…

Tras ese recodo hay una puerta cerrada a cal y canto.

Tras la puerta se precipitan unos escalones sucios, desnivelados. Josephine cuenta tres y el cuarto lo evita dando un paso más largo, porque allí hay una baldosa suelta. Uno esperaría que el sótano fuera la habitación más fría de la casa, pero a medida que llega al final de las escaleras Josephine puede percibir el aire caliente ascendiendo. La poca electricidad que reciben al día, la dedican a caldear esta única habitación.

—¿Jo?

Aún tan débil, como el aleteo de un pájaro herido, en esa voz hay un torrente de emoción contenida. No es que la pequeña Elizabeth no quiera a sus hermanas Amy y Meg o a su madre, pero Josephine, que baja los últimos peldaños de esa empinada escalera a toda prisa, la alegra más que nadie.

—Te traigo algo de comer —dice Jo.

La joven, que normalmente habla con un enérgico tono de contralto, suaviza la voz mientras, con la mención de la comida, su hermana sonríe con cierta desgana.

Luego, la muchacha apoya las manos en los cojines de la butaca donde pasa gran parte del día y trata de incorporarse un poco.

—¿Ha ocurrido algo? He escuchado mucho ruido arriba. Y es muy temprano todavía, Jo.

—No. Espera, te ayudo. —Josephine se apresura a colocarse a su. Cuando la sujeta, los huesos de su hermana le parecen hechos de un material especialmente frágil. Duda un segundo, preguntándose si quizá las noticias la alterarán demasiado, pero al final Josephine resopla. De nuevo esa duda, ese temblor dentro de sí misma, la asalta—. Hemos recibido una carta de papá.

Luego, Josephine baja la cabeza. Tiene los dientes apretados y, aunque trata de recordarse a sí misma que debe suavizar su expresión, que las muecas

no favorecen a nadie, no es capaz. Al menos, no hasta que una mano fría, porque Beth siempre tiene las manos frías a pesar del calor del sótano, se le posa en la mejilla.

Solo entonces Josephine levanta la mirada para encontrarse con los ojos de su hermana, que siempre han sido grandes y tristes y tan llenos de bondad. Ella es, de hecho, la mejor de las cuatro. Todo el mundo lo decía cuando eran niñas.

—¿Papá está bien?

Josephine respira profundamente. Siempre que baja a ver a su hermana al sótano, Jo lleva con ella anécdotas e historias, reales o no, para entretenerla. Aquí abajo Beth no tiene más compañía que algunos libros y las voces que escucha a través de las tablas del techo. Sin embargo, en ese momento Josephine no sabe qué responder a su pregunta, ni si debe o puede contarle sus preocupaciones.

Pero no puede, piensa Jo amargamente. No puede quedarse toda la preocupación para sí.

Josephine se levanta. En unas pocas zancadas da la vuelta al sótano, de la butaca donde Beth pasa los días al diván donde duerme. Acaba apoyándose en el otro extremo de la estancia, cubierta con un alegre papel pintado.

—No se lo cuentes ni a mamá, ni a Meg ni a Amy, pero creo…



Amy March odia la comida fría. La proteína sintética, cuando se deja enfriar, desprende un ligero aroma a papel mojado, pero Marmee, Meg y ella siguen con las manos entrecruzadas sobre el regazo sin probar bocado. Amy respira profundamente tratando de serenarse.

—¡Esta Jo! ¡Seguro que se ha distraído con cualquier cosa! —exclama levantando los hombros y el mentón.

—Pero pronto regresará con la leña.

Marmee pronuncia esa última frase con un matiz de advertencia. Eso enfada a Amy. Como si las palabras de su madre insinuaran que ella podría levantarse y bajar al sótano a por Jo y ponerlas a todas en peligro. Es muy consciente de que deben llamar la atención lo menos posible sobre el escondite de Beth, pero está hambrienta y una especie de malestar que no logra identificar se ha apoderado de ella durante toda la tarde.

Esperan unos minutos más sumidas en un silencio tenso. En la casa solo se escuchan sus propias respiraciones y la voz de la megafonía pública que proviene del exterior.

Un suspiro profundo rompe esa calma tensa que reina en la casa. Es Meg que, con un gesto, busca el Libro del Buen Ciudadano que guarda siempre cerca de ella y comienza a hojear sus pasajes favoritos. Amy se resiste. De veras, ella se arrodillaría, juraría que su voluntad no ha flaqueado hasta el último momento, pero al fin cae en la tentación de dar dos golpecitos impacientes sobre la mesa.

«A mí, o a Meg, no nos lo permitirías.»

El pensamiento está a punto de escaparse, pero aquí sí, en el último instante, Amy es capaz de morderse la lengua. Lo hace, aunque está segura de tener razón, pero incluso así no quiere, ni debe, empezar una pelea.

«¿Por qué tiene el privilegio de ser cómo es? ¿Por qué lo que en ella es normal, o casa con su carácter, en Meg y en mí eso es una falta?» Este es otro pensamiento que cruza la cabeza de la joven, pero que no llega a materializarse.

Acaba por levantarse. Al hacerlo, su madre y su hermana la observan asombradas. Todavía tiene las manos entrecruzadas al frente.

Por desgracia para Amy, se ha levantado sin pensar qué haría luego, de modo que necesita un segundo para observar a su alrededor y sopesar la situación. Examina cuidadosamente sus emociones y encuentra un desasosiego que no es solo fruto de la tardanza de Jo. Le vienen a la mente la guerra y su pintura de un soldado derrotado que tan duras críticas ha recibido esa mañana. Se acuerda de la carta de su adorado padre.

—Madre, ¿podéis excusarme de la mesa, por favor?

Quizá su madre dice que sí de pura sorpresa. Esos desmanes, efectivamente, siempre han sido más propios de Josephine, no de ella. En todo caso, Amy sabe aprovechar la ocasión. Sale a la calle lamentándose de inmediato de haber dejado el abrigo colgado en el recibidor con los demás. Una capa de nieve nueva ha cubierto la entrada de la casona de la familia March y Amy se queda allí de pie, sobre esa capa blanca que cruje bajo sus zapatos. Copos blanquísimos comienzan a caerle sobre las manos, sobre los tirabuzones rubios con los que se ha peinado por la mañana y sobre esa nariz que tanto dice aborrecer.

—Todo va bien —susurra para sí misma—. Ha sido un día de emociones fuertes para nosotras, eso es todo. Yo tampoco me permitiría hacer las cosas que hace Jo.

De repente, Amy echa la cabeza hacia atrás y abre la boca y, cuando un copo de nieve rebelde no quiere caer sobre su lengua, se lanza hacia delante

para atraparlo.

Tampoco se permitiría cosas tan inocentes como esa pero por una vez lo ha hecho y se siente bien.

Es más, Amy se ríe. La nieve le hace cosquillas en su horrible nariz.

Es entonces cuando Amy March advierte que en la casa de al lado, la lúgubre mansión de los Lawrence, brilla luz en una de las ventanas. Está segura de que se trata de ese muchacho otra vez. En las semanas anteriores han fantaseado con quién podría ser esa silueta que parece observarlas continuamente desde esa ventana alta, pero esta vez Amy no tiene ganas de verlo ni de ser vista.

Quiere hacer algo. Quiere hacer algo con todas sus fuerzas aunque no deba, pero, ¿quizá es ese el secreto? ¿Quizá si se comporta como su hermana, al final ella también podrá actuar de aquella manera y la gente solo encogerá los hombros y dirá: «ella es así»?

Amy se agacha sumergiendo las manos en la nieve hasta que se quedan insensibles. Forma una bola y la lanza con todas sus fuerzas hacia la ventana. Su proyectil traza una parábola perfecta y golpea de lleno el alféizar.

La luz se apaga de inmediato.

Sigue nevando. La megafonía justamente hace aquí una pausa y a la pobre Amy le parece que es que está conteniendo expectante la respiración.

Un crujido débil la asusta. Luego, otro un poco más fuerte hace que levante la mirada.

Al hacerlo, contempla al joven inmóvil frente a la entrada de la mansión. Es alto, de porte elegante.

Aunque el muchacho da un paso extendiendo una mano hacia ella, señal inequívoca de que quiere hablar, Amy grita. Amy, después, retrocede. Está convencida de que el nieto del señor Lawrence, ya que solo puede tratarse de él, ha bajado a reprenderla por esa bola de nieve lanzada contra su ventana, así que se da media vuelta y se mete dentro de la casa sin mirar hacia atrás.

4

Es un nuevo día en casa de la familia March y en toda Concordia.

Es, también, un día distinto a los demás. No solo ha llegado ya el sábado, jornada de descanso, de reflexión y de solidaridad. También la llegada de una tarjeta de invitación, con los rebordes dorados y escrita en una exquisita caligrafía, ha provocado el caos más absoluto en la casa de los March.

—¡Jo, sé razonable! —exclama Meg mientras dirige una mirada de impotencia hacia su madre.

—¡Jo, por favor! —La voz de Amy suena tan aguda, además de alterada, que es capaz de atravesar el grueso almohadón con el que su hermana se tapa los oídos. Habla como si sus argumentos fueran cuestión de vida o muerte, que para una muchacha de dieciséis años ciertamente lo son—. El señor Lawrence nos ha invitado a las tres… Si por culpa de tu cabezonería, no podemos ir, ¿cómo seremos capaces de salir después a la calle? ¿Qué dirán nuestros vecinos? ¡Oh, Jo! ¡Di que sí, di que sí, por favor!

Algo molesta, Jo aparta el almohadón lo justo para poder susurrar:

—¿Podemos marcharnos ya? ¿Por qué seguimos aquí perdiendo el tiempo? Vamos a llegar tarde por culpa de un estúpido baile.

—Josephine, ese lenguaje —le advierte su madre que, con el sombrero ya puesto, aguarda a que sus hijas dejen de pelearse para salir.

Josephine tiene razón en una cosa: se está haciendo tarde y no pueden permitirse un desliz así.

—¡Un estúpido baile! ¡Un estúpido baile! —clama Amy al cielo, con tanta afectación y sentimiento que su madre ya no se siente capaz de amonestarla —. ¡Va a asistir lo mejor de la sociedad de Concordia y tú dices que es solo «un estúpido baile»! ¡Va a haber una orquesta! ¡Y champán! ¡Eres imposible, Jo March!

Amy agita la elegante invitación como si fuera la prueba de un gran crimen y luego deja escapar un gritito tan sulfurado que tiene que sentarse por el esfuerzo.

Poco a poco, aprovechando un instante de silencio, Josephine aparta el almohadón de encima de su cabeza. El cuadro resulta de lo más desalentador: Amy abanicándose con la tarjeta de la discordia, su graciosa naricita arrugada de indignación; Meg, en el otro lado de la sala, sentada con la espalda muy recta, pero manteniendo la compostura a duras penas; Marmee, en la puerta. A la desesperada, Josephine golpea el suelo con el pie.

—¿Por qué tengo que ir yo también? Vosotras dos lo pasaréis mucho mejor sin tener que arrastrarme por todas partes ni estar pendientes de que haga algo impropio o diga algo fuera de lugar. Siempre que voy a un evento así me siento como un pez fuera del agua.

—Si no pusieras tanto ahínco en aborrecer este tipo de eventos, Jo, te sentirías más cómoda asistiendo, querida. —Marmee muestra una expresión serena, pero un tanto cansada al tener que lidiar con tres jóvenes díscolas tan temprano por la mañana—. Quiero que vayáis las tres. Es lo adecuado, puesto que el señor Lawrence os ha invitado a las tres. Y un poco de frívola diversión os hará bien a todas, Jo. Haz el favor de comportarte como es debido y acepta la invitación, aunque solo sea por el bien de tus hermanas.

—Podríais decirle al señor Lawrence que estoy enferma…

—Eso sería una *mentira* —objeta Meg al instante— y la mentira es la madre de la…

Traición. Aunque Meg no haya llegado a decirlo, todas saben cómo acaba la frase porque la han oído miles de veces a través de la megafonía pública, que periódicamente se encarga de recordar a los buenos ciudadanos de Concordia cómo ser todavía mejores.

Marmee entonces levanta la cabeza en un gesto lleno de resolución.

—¿Habéis cerrado la puerta del sótano? —En cuanto sus hijas asienten, ella añade—: ¿Todas lleváis vuestro libro? —Josephine está segura de que su madre se dirige sobre todo a ella—. Entonces, vámonos; ya hemos perdido suficiente tiempo en nimiedades.

Las tres hermanas se ponen en marcha como si su disputa hubiera quedado completamente olvidada.

—Un momento. Me gustaría buscar la bufanda de…

—Ahora no, Josephine.

Hay algo en la voz de su madre que hace que la bufanda de su padre, la misma que hace días no logra encontrar, quede olvidada de momento. La que no olvida nada es Amy quien, al pasar junto a Jo, agita la tarjeta dorada, algo que no se ha visto en años en la residencia de los March, para dejarla sobre la repisa de la chimenea.

—De todos modos, ni siquiera entiendo *por qué* nos ha invitado. Desde que… —Josephine deja en el aire el final de su frase. No hace falta que la

acabe, porque todas saben perfectamente que el señor Lawrence no tiene relación con su familia desde que su padre se marchó a la guerra.

—Todo el mundo puede cambiar —contesta Meg, porque ella siempre ve lo mejor de las personas.

—Lo sé —gruñe Jo.

Todavía enfurruñada, la muchacha se abalanza hacia los cuatro voluminosos paquetes envueltos en papel de estraza que reposan junto a la puerta de la casa. Entonces, elige el más grande y pesado y sale con paso impetuoso al jardín. La calle ya está repleta de vecinos y conocidos, todos llevando paquetes cuidadosamente embalados. Se dirigen hacia los anfiteatros vecinales. La megafonía pública les llama.

Al otro lado del jardín se encuentra la lúgubre mansión de los Lawrence, que Josephine observa haciendo una mueca.

Todavía recuerda cómo, cuando era niña, el señor Lawrence era un buen vecino. No le parecía nunca amable, pero sí cordial. A veces, él y su padre hablaban durante horas cada uno desde su propio jardín, discutiendo sobre moral, teoría ética, historia y política. No debería haber cambiado nada porque, con ir al frente, su padre redimía sus faltas. Pero Josephine recuerda de repente algo que papá les decía, algo que no estaba en ningún libro que ella hubiera leído jamás: «Habrá ocasiones, niñas, en que solo podréis confiar en vosotras mismas».

Tan ocupada está Josephine con sus muestras de desagrado que no se da cuenta de que a Amy, al pasar frente a la mansión, también le cambia la cara. Claro que Josephine no sabe que es porque Amy acaba de recordar que unas pocas noches atrás, cuando, furiosa, arrojó una bola de nieve contra la ventana de sus ilustres vecinos, ese muchacho apareció en la puerta de la casa como un fantasma.



La charla matinal ha ido acorde con la importancia del día hoy. El rostro que ha aparecido en la pantalla era el de la Muy Honorable Grace Wedgwood, la decana más antigua en el colegio de los Optimates que, con su voz firme aunque algo rasposa, ha hecho un alegato a favor de la generosidad, de la belleza inherente que existe en todo acto desinteresado.

Son palabras con peso, palabras cálidas que acompañan a toda la familia March y con toda seguridad al resto de sus vecinos mientras sujetan con

fuerza sus paquetes y sus regalos, y marchan en dirección a los barrios de extrarradio.

De entre todos ellos, una de las que más alta lleva la cabeza, una de las que camina con más orgullo, es Amy March. Aun así, esta actitud se difumina cuando un ruido procedente de muy cerca hace que la joven se detenga.

Eso que tanto ha alterado a Amy es, de hecho, un carruaje. Más concretamente, se trata de un calesín abierto, de madera pintada de un blanco resplandeciente, que avanza entre las personas que se apartan. El vehículo está tirado por un caballo de color grisáceo, cuello arqueado y paso brioso. Al identificar a los pasajeros, a Amy le da un vuelco el corazón: uno de los ocupantes del calesín es el señor Lawrence. El otro es el mismo muchacho elegante que apareció entre la nevada, su nieto.

Amy continúa su marcha. Intenta ocultar el rojo alarmante de sus mejillas con el paquete que lleva. Esta semana han conseguido reunir una cantidad considerable de comida, todo un logro.

Se dirigen a las afueras de su propio círculo residencial.

«Día de intercambio», grazna la megafonía sin parar. Mientras, en las pantallas, se suceden imágenes de personas felices, personas que entregan regalos, que los reciben. Ese es el modelo, la meta que todos quieren alcanzar. «Regocijémonos una vez más con la generosidad de nuestros vecinos.» Los mensajes siempre parecen más alegres y patrióticos hoy que el resto de días de la semana.

El baile, los Lawrence y la trifulca posterior han pasado a un segundo plano para la señora March y sus dos hijas mayores, pero no para la tercera. Amy no para de pensar en ese baile al que, sea como sea, tiene que asistir.

Mira de reojo a Josephine, su único obstáculo, y luego asiente para sí misma.

La ciudad de Concordia, al igual que otras tantas del país, está formada por una sucesión de círculos concéntricos. Es el mejor de los urbanismos: en cada círculo, un sector diferenciado de la sociedad. Más cerca del centro están, claro, las mansiones de los Optimates. Luego, las casitas de los buenos ciudadanos donde ellas todavía residen, y donde quieren quedarse en un futuro. Separados por un gran anillo verde, finalmente, están todos los demás.

Aquí llegan, por fin, después de una larga caminata.

Amy busca, aún con disimulo, las figuras azul celeste de los agentes del Secretariado de Higiene Social. Hay unos cuantos a lo lejos. Desde luego, los sábados de intercambio son momentos de regocijo, no debería ocurrir nada malo, pero la tranquiliza su presencia. Esa sensación, por supuesto, queda anulada al divisar por el rabillo del ojo al señor Lawrence y a su nieto, pero Amy pone una sonrisa animosa ante tanta adversidad.

Todavía no se ha rendido con lo del baile.

—Es agradable ver que haya venido tanta gente…

Por su rubia cabecita pasa una idea fugaz: quizá si lograra hablar con el señor Lawrence podría convencerle de que las invitara solamente a ella y a Meg a su baile, de modo que Jo dejaría de ser un problema… o quizá, piensa en ese momento, si consigue que Josephine hable con el señor Lawrence o con su nieto, igual ellos llegarían a esa conclusión *motu proprio*.

—¿La tía March va a venir? —pregunta Jo en ese momento, rompiendo el hilo de sus pensamientos.

Marmee niega con la cabeza.

—No te lo sabría decir, querida. Vuestra tía es una mujer muy ocupada, como ya sabéis. ¿Por qué quieres verla?

—Por nada… —murmura Josephine—, porque sé que a la tía March le gustan los días de reparto, eso es todo.

—A mí también me gustan los repartos de comida —interviene Meg.

Se la ve más alegre de lo habitual. Incluso sonríe mientras observa las hileras ordenadas de personas que forman en el lado opuesto de ese jardín anular.

Marmee le pone una mano en el hombro como si con ello quisiera recompensar la compasión de su hija mayor. Se vuelve también hacia Josephine y Amy, su sonrisa dulce transformada en una de determinación.

—Vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos para ayudar.

El de ese sábado es un ritual conocido. Ha sido igual desde que ella y sus hermanas eran niñas, y así será, si la providencia lo quiere, y los buenos ciudadanos perseveran durante muchas generaciones más.

Las hermanas March se acercan a las largas mesas que se han colocado en el jardín para la ocasión y se ponen manos a la obra al mismo tiempo que lo hacen otros de sus vecinos. Ese jardín estrecho, y tan largo como para abarcar todo el diámetro de esta zona de la ciudad, se llena del sonido del papel de estraza siendo cuidadosamente desembalado mientras, al otro lado, los menos afortunados que ellas aguardan ordenados en filas tan rectas que parecen trazadas con un tiralíneas.

«Es el deber de los que más tienen regalar a los más desfavorecidos. Es deber de los más desfavorecidos aceptar los regalos con humildad, hacer el juramento de ser mejores, de ser dignos», les recuerda la megafonía con voz amable. Inconscientemente, muchos, a un lado y al otro del reparto, asienten.

—Oh, santo cielo, mirad —susurra Meg mientras dejan a la vista el contenido de sus paquetes. Hay varias hogazas de pan todavía blando, unos pocos botes de compota de frutas, un saco pequeño de legumbres secas, té y lo que ha sobrado de las proteínas sintéticas de la noche anterior. Frente a ellas

en la mesa se encuentra expuesto, en realidad, mucho más que allí donde les señala Meg con el mentón—. Mirad a la pobre señora Hobbs.

Como si la hubiera escuchado, Community Hobbs, que vive a unas pocas casas de distancia de la suya, observa muy nerviosa el escaso montón de víveres que tiene delante y, luego, se gira hacia los funcionarios del Secretariado que todavía están lejos de las mesas.

—Su marido ha muerto —murmura Amy.

No son las únicas que se han dado cuenta de la situación. La muchacha percibe, por lo menos, dos cuchicheos maliciosos que se refieren a la pobre mujer.

Sus hermanas asienten con pesar. Apenas unos meses antes la señora Hobbs habría asistido a un día de reparto con la cabeza bien alta; pero su marido, un hombre callado y enjuto que trabajó toda la vida como sastre, pasó a mejor vida dejando a su esposa en una posición más que precaria.

—Seguramente ha pasado hambre esta semana para reunir esos productos —murmura Meg, moviendo la cabeza con pesar.

—Pero eso lo hemos hecho todas. —Josephine habla a sabiendas de que sus palabras provocarán un pequeño revuelo, pero es cierto.

Ahora, gracias a sus respectivos trabajos, solo tienen que ayunar un poco de vez en cuando, situación muy beneficiosa para el cuerpo y la mente como todo el mundo sabe. Sin embargo, llegaron a irse a dormir con un pozo en el estómago las semanas después de que el señor March se alistara, y todo para que sus paquetes de intercambio no se vieran mermados, para no parecer de menos, para no alarmar a nadie, especialmente a los funcionarios del Ministerio de Sanidad y a los agentes del Secretariado de Higiene Social.

Ellas llevaban la misma expresión que la señora Hobbs, una incertidumbre clavada por no saber si sus regalos serían suficientes, si eso les afectaría en su estatus de Buenas Ciudadanas.

—Podríamos darle… —comienza a decir Jo, aunque no termina la frase.

Los funcionarios del Ministerio se acercan al mismo tiempo que suena una fanfarria de tonos patrióticos. Es la señal que inicia el reparto y ninguna de las hermanas March quiere demorarse más.



Nadie recuerda cuándo se produjo el primer reparto. Como la guerra, como

los recuentos de méritos y como muchas otras cosas que son parte consustancial de su mundo, es algo que viene de muchas generaciones atrás. Simplemente es; simplemente ocurre.

No es lo mismo que las obras de caridad que llevan a cabo las damas respetables de Concordia como la señora March. El reparto mensual es un recordatorio. Un recordatorio para los buenos ciudadanos, para que sepan que con lo que a ellos les sobra, otros viven. Un recordatorio para los desahuciados, los habitantes de los suburbios en los anillos exteriores de la ciudad, de cómo puede cambiar su vida si solo se esfuerzan, si solo lo desean de verdad.

La ceremonia tiene lugar como un baile, como un mecanismo bien engrasado. Llegan los funcionarios del Ministerio de Sanidad, que documentan y ayudan en este y en cualquier otro ritual ciudadano siempre seguidos de cerca por los agentes de Higiene Social, que supervisan que no haya altercados y, en apenas unos minutos, se extienden grandes mesas, gigantescas, larguísimas. Mesas que son señal, al fin y al cabo, de generosidad, de convivencia. Unos se colocan a un lado de las mesas, dejando allí la comida y los regalos, los otros forman una fila en el lado contrario. Todos, sin excepción, sonríen.

—Que este alimento te traiga bienestar y fortaleza.

«Que esta ceremonia nos traiga paz y prosperidad», corea la megafonía pública.

—Gracias, señorita —contesta un niño que no tiene más de diez años inclinando la cabeza, mientras Amy le da un paquete con varias onzas de arroz.

Amy, por supuesto, se conmueve. Siente los ojos anegados en lágrimas y tiene que mirar hacia el cielo para secárselas. Siempre le ocurre lo mismo, se le mezclan las lágrimas de emoción y felicidad al recibir los agradecimientos de toda la gente que necesita su ayuda, y el alivio de encontrarse al lado correcto de la mesa.

Levanta la cabeza un momento al escuchar una exclamación ahogada. La pobre señora Hobbs se ha quedado ya sin nada. Uno de los oficiales del Secretariado de Higiene Social la está observando. También un par de funcionarios del ministerio. Amy decide que más le vale seguir centrada en sí misma.

—Que este alimento te traiga bienestar y fortaleza —sigue diciendo una y otra vez a las cabezas gachas y a las manos extendidas que se van sucediendo frente a ella.

Tiende un paquete a una familia, a más niños, a una pareja de ancianos sucios y desaliñados, pero que llegan y se van de la mano. Estos son los que la

entristecen más, puesto que la mujer recibe el paquete que le da la joven con un temblor en sus brazos. *Malasangre*. Los agentes del Ministerio lo han visto también.

—Que este alimento te traiga bienestar y fortaleza —repite mientras le ofrece, a un último par de manos, un paquete prácticamente entero de azúcar.

—Espero que así sea, señorita March.

Amy, asustada, mira a ambos lados. Nadie, ni Meg ni su madre que están a poca distancia parecen fijarse en el joven, alto y rubio, de pelo revuelto y manos manchadas de pintura. La ha llamado por su nombre. Jo tampoco se ha dado cuenta porque no está allí en estos momentos.

No. Jo se ha marchado unos minutos antes. Ella siempre es la primera en acabar su reparto, porque regala la comida y otros enseres sin pausa, como si le quemaran. Poco le importan la compostura y el ser observada (y admirada) por sus buenos vecinos, además de que hay algo, Amy no sabe qué, que siempre la ha incomodado de este tipo de ceremonias.

De todos modos, en esta ocasión Josephine se ha esmerado más de lo que es habitual porque ha visto a alguien que ha llamado su atención: la tía March. Destaca entre todos por no llevar un vestido, sino el adusto uniforme gris de los altos funcionarios.

También entre los buenos ciudadanos hay rangos, y los mejores, aquellos cuyas casas colindan con el centro de la ciudad, los más felices, los de mejores sellos en el Libro y mejores cargos, están en las primeras mesas. Son más que buenos; son ciudadanos honrados. Jo ha observado a su tía durante un tiempo prudencial. Le ha visto dar paquetes de todos los tamaños de una montaña que no parecía querer acabar jamás pero que, sin embargo, lo ha hecho. Luego, ha esperado pacientemente a que la tía March se apartara de las mesas, de las hileras de desahuciados que todavía esperaban, y se pusiera a charlar animadamente con sus iguales.

—Ahora —se ha dicho para darse ánimos.

Josephine se aproxima a ella controlando esas zancadas que tanto afean su modo de caminar pero que, por otro lado, tan útiles le son para llegar rápido a cualquier parte.

Espera a estar junto a su tía, a que esta centre su atención en ella, antes de hablar.

—Tía March, qué agradable sorpresa —dice con una genuflexión que, lo sabe al momento, no ha sido ni lo bastante adecuada ni lo bastante duradera para el gusto de su tía. Como para enmendarse, dirige otra hacia el caballero con el que está hablando—. Señor Lawrence.

Al muchacho que está a poca distancia del anciano caballero no le hace ningún caso, aunque lo ha reconocido al instante: se trata del joven Lawrence.

Este es, como tantos otros de una buena casa en Concordia, alto, bien parecido, vestido y peinado como si lo acabaran de planchar. Jo y sus hermanas han visto, en numerosas ocasiones, su lánguida silueta en algún ventanal de la mansión, pero cree que si el muchacho quiere conocerla de un modo más formal, ese es su deber, el de presentarse, no el de ella.

—Josephine —dice la tía March—. Pensaba que estarías más ocupada.

—Ya he acabado. Todo debe tener su justa mesura, excepto la generosidad —replica citando el Libro del Buen Ciudadano.

La mujer la observa con una expresión que parece querer analizar las intenciones de su sobrina. Por unos segundos, también vuelve la mirada hacia el señor Lawrence. Sin embargo, al final, la tía March relaja su rictus.

—Tienes toda la razón, querida.

Más que un silencio, lo que sigue a la frase de la tía March es una invitación a que Jo se marche. Una invitación que la muchacha desoye. Quizá el joven Lawrence se da cuenta de ello porque, mientras Josephine vuelve a la carga con una expresión que es la viva imagen de la inocencia, el muchacho deja que una sonrisa pícara llene sus facciones.

—Tía March, hoy que es día de generosidad, querría darte una cosa aprovechando que nos hemos visto.

Como ya le ocurriera unos días atrás, Josephine siente ese mismo tirón en el bajo vientre, como si fuera a deslizarse a mucha velocidad hacia abajo. Ante la mirada atónita de su tía y de su acompañante, que hace una pausa para frotarse la punta del bigote con los dedos índice y pulgar, Josephine rebusca en su abrigo hasta dar con un sobre arrugado.

Las manos de la tía March se crispan alrededor de esa carta que Jo ha escrito en un momento de tristeza, y que su sobrina le entrega en un momento de desesperación.

—Sé que no es el canal de distribución oficial. —En realidad, existe en el edificio donde trabaja Jo, el Secretariado de Bienestar Moral, una ventanilla, con una azafata de sonrisa deslumbrante, que se encarga de recibir y de enviar las cartas que los ciudadanos mandan a los soldados en el frente, pero Josephine no puede esperar más—. Te lo suplico, tía March, por el espíritu de este día. ¿Puedes hacer llegar esta carta a mi padre?

Una de las cosas que más reprochan a Josephine March es su tono de voz natural, que para muchos resulta molestamente alto. Ciertamente, la discreción nunca se ha encontrado entre las virtudes de Jo, de modo que sus palabras han atraído sin remedio la atención de cuantos están a su alrededor.

El mayor problema, en este sentido, es que también se ha centrado la atención en la tía March, que entorna los ojos. Jo juraría que ha escuchado un suspiro muy débil que proviene de su muy enfadada tía.

Intenta arreglarlo. Josephine hace amago de recuperar la carta.

—Solo es que…

—No, no —la corta la tía March, que dirige una mirada rápida al señor Lawrence, quizá una disculpa por el carácter tan impetuoso de su sobrina. Entonces dobla la carta y la guarda en el interior de su chaqueta—. Es lo menos que puedo hacer por un buen soldado.

Se escucha un murmullo de aprobación entre la gente que, con relativo disimulo, estaba atenta a la conversación.

Los gritos se escuchan inmediatamente después.

Son gritos de asombro y de indignación. Alguno, rápidamente silenciado, musita: «Tiene que ser un acto de protesta de los Infelices», mientras los ciudadanos levantan la cabeza hacia un cielo de un azul helado, sin nubes, que de repente se ha llenado de una miríada de objetos. Parecen mariposas. Josephine ha visto algunas en el jardín botánico de Concordia revoloteando entre flores traídas de lugares remotos. Un segundo vistazo le hace darse cuenta de que en realidad se trata de papeles. Centenares que, a causa de su ligereza y un golpe afortunado de viento, han alzado el vuelo.

La ilusión dura apenas unos instantes. En un parpadeo, los papeles comienzan a caer sobre la gente que, horrorizada, intenta esquivarlos como si de bombas se trataran.

La muchacha los reconoce en seguida. Por el tamaño y por una frase escrita en letras emborronadas como si provinieran de una máquina de escribir antigua. No sabe si tendrán la misma frase que el papel que ella encontró. No quiere ni siquiera recordarlo, solo retrocede. Lo hace rápido al mismo tiempo que los agentes, manchas de color azul celeste, corren a formar una barrera entre la muchedumbre y los pasquines que siguen cayendo como una lluvia tóxica. Deben de haberlos lanzado desde el tejado de una de las casas circundantes, piensa Josephine. Se ha atrevido a mirar, pero allí, sobre los tejados de plancha metálica, no hay nadie.

—¡ATRÁS! ¡ATRÁS! —gritan los agentes del Secretariado de Higiene Social—. ¡EN ORDEN!

Josephine retrocede. También se mueve con una calma autoimpuesta, el tipo de sosiego que la protege en caso de tumulto, y busca a sus hermanas y a su madre con la mirada, pero no las encuentra. Incluso busca a la tía March, sin éxito. La multitud se ha apiñado a su alrededor y no la derriban solo porque ella se resiste con toda la cabezonería de la que tanto se lamenta siempre Marmee.

—¡EN ORDEN, EN ORDEN! —insiste el grupo de agentes avanzando en su dirección. Hacia el otro lado, otro pelotón empuja a los habitantes de los suburbios hacia la zona en la que viven de la ciudad—. ¡Identificación!

La muchacha deja escapar una maldición por lo bajo. Si hay una ocasión para hacerlo con propiedad, es esta, porque si les piden que se identifiquen, significa que la situación es grave. «Identificación» aparece de repente en las pantallas como un fogonazo, una chispa que prende con violencia. El jardín está lleno de cámaras, como el resto de la ciudad.

Sumida en una angustia cada vez mayor, Josephine se lleva la mano a los botones de su abrigo, que desabrocha con premura. Busca el libro en el bolsillo interior. Está segura de haberlo cogido, no es tan inconsciente como para no haberlo hecho.

Mucha gente a su alrededor ya tiene sus respectivos libros abiertos por la mitad. Los agitan en el aire, con la esperanza de que se vean bien.

—Vamos, vamos… —se dice mientras trata de recordar dónde ha guardado el libro.

Tan concentrada está que esta vez su tozudez no evita que alguien choque contra ella y la derribe. Es la señora Hobbs, con ojos llorosos y agarrando su Libro del Buen Ciudadano con ambas manos como si se tratara de una ofrenda. Ni se vuelve a mirarla, mucho menos trata de ayudarla. Josephine ve acercándose a trompicones a un agente, y se le encoge el corazón al comprobar cómo este aparta a la señora Hobbs con desdén.

Josephine farfulla otra palabra malsonante cuando un caballero de mediana edad tropieza con sus piernas y con su aparatoso vestido, y cae al suelo junto a ella. Los agentes siguen gritando. Algunos ya se abalanzan sobre las personas, una por una, para observar sus libros abiertos y comprobar sus datos, junto a esos sellos que les acreditan como ciudadanos de bien.

Josephine pone una mano en el suelo para levantarse y tiene que apartarla al recibir un fuerte pisotón. Es en ese momento cuando dos manos la sujetan por debajo de las axilas y la levantan casi en volandas.

—Gracias… —balbucea recordando unos modales que raramente utiliza.

El joven que la ha salvado es casi tan alto como ella, de ojos oscurísimos, pestañas largas y gesto adusto. Le dedica una sonrisa enseñándole los dientes antes de perderse entre la multitud.

—¡Identificación!

Ya tiene a uno de los agentes de Higiene Social encima. Josephine le tiende su Libro del Buen Ciudadano. Está todo en orden, de eso está segura, y tiene todos los sellos en regla. Aun así, está asustada.



Sorprendentemente, poco más de media hora después, ha sido como si no hubiera ocurrido nada. Los papeles han quedado recogidos y las personas, separadas entre las distintas clases, han regresado a la normalidad, se han vuelto a reunir con esos a quienes han perdido durante el rifirrafe y charlan entre ellos de cualquier cosa excepto del incidente que acaban de presenciar.

Todo, sí, todo está tranquilo. Este altercado no ha existido, como tampoco existen los Infelices, personas enemigas del orden y del Ministerio de sanidad que se ocultan como la *malasangre* entre los buenos ciudadanos.

—¿Amy? ¿En qué piensas?

La muchacha levanta la mirada. Josephine la observa con curiosidad y su madre y su hermana también, pero Amy March no cree que haya estado especialmente pensativa durante el trayecto desde el parque anular hasta su casa.

—Nada.

No es una mentira, se dice. De veras no estaba tan distraída mientras pensaba en lo que ha ocurrido unos pocos minutos antes.

«No lo haga», le ha dicho el descarado de Oliver Müller, su compañero en la Academia de Buenas Artes. «Por caridad.»

Pero en cuanto vuelva a poner los pies en la Academia de Buenas Artes de Concordia, Amy informará que uno de sus compañeros es uno de los desahuciados. No sabe cómo lo ha hecho, cómo ha logrado ser admitido en la Academia pero lo que sabe Amy es que la Academia solo es lugar para los ciudadanos que se lo merecen. Oliver Müller debe de haber dicho una mentira o, peor, cometido alguna clase de *malacción* para estar estudiando en la Academia de Buenas Artes y es su deber denunciarlo.

—Pues no tienes cara de estar pensando en «nada», Amy —contesta Josephine, aunque Amy está segura de que su respuesta es solo para fastidiarla.

—Estoy pensando en la horrible experiencia que hemos vivido hoy. Y en que no quiero que se repita nunca más —le responde la joven.

Al hablar, la voz resulta chillona, casi infantil, cosa que hace que Amy se sienta todavía más enfadada y acelere el paso para no tener que continuar con esa conversación.

«Es usted un mentiroso», ha reprochado Amy a su compañero, aunque no ha sido ese, realmente, el comentario que habría querido hacer porque en ese caso conocía la respuesta. Aquellos que viven en los barrios periféricos, los que deben recurrir a la caridad de sus superiores para sobrevivir, están en esa situación porque quieren. Todo el mundo sabe que con esfuerzo y perseverancia y rectitud moral, se puede progresar en la vida. Por esa misma razón, después de ese comentario fallido, Amy ha añadido: «El lunes voy a

contarles todo esto a nuestros compañeros de la academia».

«Por favor, tiene que guardarme el secreto», ha dicho él. Luego, estalló aquel revuelo y el muchacho huyó con los suyos.

—Los secretos generan desconfianza y la desconfianza genera miedo —repite para sí misma.

Aunque es una buena frase del Libro del Buen Ciudadano, esta frase no se suele leer en casa de la familia March. Pues tienen un secreto viviendo bajo sus pies. A lo lejos, en esa misma calle, ya se adivina el tejado de su vivienda y la joven de los March aprieta el paso. Se nota las orejas rojas y no sabe por qué.

El calor a ambos lados de su cabeza se intensifica al divisar que delante del porche de su casa les espera alguien. Lawrence, el joven, hace una reverencia ante las mujeres de la familia March que resulta tan protocolaria que casi llega a tocar el suelo con ella.

—Señora, señoritas —saluda con voz zalamera. Tiene, desde luego, una sonrisa muy bonita—. Disculpen mi intromisión, pero quería asegurarme de que esta mañana les ha llegado cierta invitación por correo. Sería un honor para mi abuelo y para mí que la aceptasen.

5

Los Lawrence, piensa Josephine March el fatídico día del baile, deben de ser muy buenos ciudadanos. Es decir, sabe que lo son, puesto que el anciano Lawrence no solo es el Secretario de Higiene Social de Concordia sino que Amy le contó los rumores que circulan unos pocos días antes: se encuentra muy bien posicionado para ocupar una silla en el colegio de los Optimates, la silla que muy oportunamente dejó vacante el muy Honorable, recientemente fallecido, Horatio Breda.

Sí, se convence Jo. Deben de ser, quizá por los años acumulados, mucho mejores ciudadanos que ella o que su familia, lo bastante como para merecer esa casa.

Posiblemente, mientras se acercan, es la primera vez que Jo se fija realmente en la mansión. Por supuesto, han pasado por su lado incontables veces, pero la casa de sus vecinos, de tan familiar, se ha convertido en cierto modo invisible a sus ojos. En cambio, esta noche, Jo sí repara en la extensión del jardín trasero, con un templete al fondo, en los cuatro pisos de altura y en las estatuas que, dentro de pequeñas hornacinas, decoran todo el ático del caserón.

—¿Nos das tu palabra de que te comportarás, Jo? —susurra Amy mientras se aproximan a la puerta de entrada—. Hasta que las cosas mejoren para nosotras, lo único que tenemos a nuestro favor es nuestra belleza y nuestras buenas maneras, no lo olvides.

Como olvidarlo, si aquel parece ser el mismísimo eje central de su vida. Jo, entonces, respira profundamente. Antes de un acontecimiento social, sus hermanas siempre tienen a bien recordarle cómo debe comportarse.

—Prometo que seré un perfecto ángel. Sonreiré aunque algo me desagrade y hablaré con mucha amabilidad, aunque solo con la gente de buena posición social para no avergonzar a la familia.

—¡Jo! —protesta Meg quien, ante la ausencia de su madre, ha adoptado el papel de guía para sus hermanas menores por una noche—. Seremos felices si

te conformas con no hablar a gritos como haces en casa.

—¿Sabes lo que es encantador? Cuando sonrías, baja un poco la barbilla. Así —la ilustra Amy—. Como si te avergonzaras. Da resultado siempre.

—¿Qué resultado da?

—No me hagas decirlo en voz alta, Josephine. Lo sabes perfectamente.

Josephine no puede reprimir una sonrisa al tiempo que ve cómo su hermana menor se sonroja. Al fin y al cabo, solo tiene dieciséis años, por muy mayor que se crea.

—Sí, lo sé —acaba por admitir Josephine.

Por supuesto que lo sabe. Todas las señoritas de cierta cuna terminan por aprender estos temas. No, que los cielos las asistan, porque nadie se lo haya contado. Eso sería terrible. Incluso Jo ha aprendido por una cierta osmosis social, a comportarse para agradar, especialmente en relación con los futuros maridos.

—Siempre puedo hacer acto de presencia y luego retirarme discretamente —murmura Josephine por último. Este le parece, con diferencia, el futuro más feliz de todos. Podría entrar en la casa, sonreír, agradecer a los anfitriones la invitación y marcharse antes de provocar algún incidente diplomático. Para la hora de la cena, podría estar haciéndole compañía a Beth, si Marmee cree que es lo bastante seguro bajar al sótano. Desde que visitara a su hermana el día anterior, Jo ha pensado en dos historias nuevas que contarle—. Ni siquiera necesitaría un acompañante para regresar a…

Sus dos hermanas la chistan al mismo tiempo. Ya han llegado a la entrada de la casa. Allí esperan cuatro agentes de Higiene Social para comprobar el Libro del Buen Ciudadano de todos los asistentes al baile. Una vez hecho el trámite, las hermanas cruzan el amplio vestíbulo hacia el salón principal, de donde proviene el murmullo de las conversaciones.

Incluso hay música. Eso es algo que, *a priori*, a Josephine le interesa. La joven afina el oído: ¡es un vals! Pocos quedan ya sin censurar y, aunque no tenga ni la más mínima intención de bailar, a Jo le gusta escuchar la música. Piensa entonces que, ojalá, Beth pueda oírlo desde casa.

—Mirad —les dice Meg, que incluso toca el brazo de sus hermanas en un gesto de emoción contenida.

Está claro qué ha provocado esa reacción en Meg: hay cuatro personas en el salón principal, cuatro personas a las que todo el mundo observa, alrededor de las que todo el mundo se mueve.

—No sabía que iban a asistir…

Aunque estén lejos todavía, aunque ni siquiera hayan advertido su presencia (¿cómo iban a hacerlo?), Meg hace una pequeña reverencia hacia los cuatro Optimates. El señor Lawrence, el anfitrión, está junto a ellos.

—Parecen tan... como nosotros —musita Jo.

—Pero no lo son. Son *mejores* —susurra Meg de inmediato. La mano que tiene sobre el brazo de Jo hace más presión todavía—. ¿Creéis que el señor Lawrence va a ser elegido como dicen? ¡Mirad! ¿Vosotras sabíais que también estaba invitada la tía March? —En efecto, la figura regia de la tía March, vestida con su sempiterno uniforme gris del Secretariado de Bienestar Moral, destaca entre los invitados mientras se acerca al señor Lawrence y a los Optimates—. Ahora debemos tener un comportamiento todavía más irreprochable. No podemos, de ningún modo, dejar en mal lugar a la familia.

Meg pronuncia los plurales «debemos» y «podemos» cuando en realidad solo se refiere a Jo.

Las hermanas, formando un frente decidido, siguen avanzando por el salón principal. Aquí todo es de una riqueza imponente. Hay cuadros en las paredes, una orquesta de cámara y suficiente luz eléctrica como para iluminar el vecindario entero. Como siempre ocurre, Amy es la primera en adelantarse, saludando a todo el mundo. Meg no le va a la zaga, aunque es más tímida y deja que sean los demás quienes se aproximen a ella, siempre tiene una palabra amable preparada o recuerda algún detalle de la vida de sus interlocutores que la ayuda a entablar conversación.

Jo, en cambio, allí se queda, sola y con la vista clavada en el bufete de aperitivos.



—Que acabe de pasar una buena velada. Sí. Desde luego que lo haré —responde Amy.

Está esforzándose de veras para no perder su sonrisa. Le encantaría, sí, porque el caballero que se ha acercado a hablar con ella, un tal Derry que conoció a su padre años atrás, le ha explicado largo y tendido el correcto uso de la perspectiva en el arte de la pintura. Y eso ha ocurrido *después* de que ella le explicara, con orgullo, que estudiaba en la Academia de Buenas Artes de Concordia.

Evidentemente, se dice Amy, el caballero la ha visto tan joven, una señorita tan solo, que ha considerado su deber ayudarla. Eso, dijo uno de los Optimates hace poco en uno de sus discursos, no es motivo de enfado, sino de gratitud.

Aun así, Amy siente un gran alivio al perder de vista al caballero. Da

media vuelta. Espera que, por unos minutos, nadie se le acerque. Quiere hundirse en ese derroche de luz y colores que desde hace mucho es impensable en su casa. Quiere perderse entre ese mar de personas con vestidos exquisitos y uniformes a medida, tan hinchadas de orgullo por reconocerse entre la flor y nata de Concordia. Tan hinchadas que parecen a punto de salir volando hacia la lámpara de araña que cuelga del techo.

Amy se muerde la lengua.

Ese, reconoce, ha sido un pensamiento cruel. Fruto de la envidia.

Falta de pensamiento. Es el primer paso hacia la *malacción*. Como si fuera un primer paso hacia el abismo.

Murmura una disculpa. Lo hace en voz alta como de costumbre, porque siempre hay alguien observando.

Después, Amy levanta la barbilla dispuesta a enmendarse. Se recuerda que pocas muchachas hay en la sala tan agraciadas y educadas como ella, si acaso hay alguna. Se recuerda también que las han invitado, que merece estar en esta fiesta llena de un lujo que no ha visto antes, que su familia y ella son pobres, pero su pobreza está llena de dignidad porque el patriotismo de su padre redime todas sus faltas.

Amy reanuda su paseo por la sala con un ánimo renovado. Trata de unirse a algunas conversaciones, unas veces con éxito y otras simplemente disimula cuando los corrillos a los que se acerca no se abren para incluirla. Se aproxima también a la orquesta de cámara. Para su decepción, no hay nadie bailando la polca. De no ser así, hubiera podido permanecer donde está, con la cabeza algo baja y una expresión de ensoñación hasta que algún joven la sacara a la pista. Quizá, piensa inocentemente, el nieto de cabello ensortijado del señor Lawrence.

Por lo que sabe de las fiestas de la alta sociedad, una no puede quedarse mucho tiempo en el mismo sitio, de modo que Amy sigue caminando hasta que ve, con alivio, a ciertas personas que conoce. Son compañeras suyas en la academia. Está segura de que la van a incluir en su grupo.

—Pobre criatura —está diciendo en ese momento May Chester, una muchacha de casi su misma edad—. Lo más asombroso es que no sabe lo que la gente comenta de ella.

«Las habladurías son como un lobo disfrazado de cordero», afirma siempre Marmee, pero Marmee no está allí y Amy afina el oído, curiosa por saber a quién se refieren sus amigas.

Se acerca. Ve a May Chester señalar con el mentón hacia el fondo de la sala.

Amy se lleva los dedos a los labios. De no haberlo hecho, habría murmurado: «Meg».

Porque a ella se refieren, por supuesto. A su hermana que está en un rincón de la sala, al mismo tiempo discreta y deslumbrante gracias a su belleza natural, hablando con una pareja de mediana edad.

—No nos lamentemos antes de hora —susurra otra de las muchachas, Fidelity Gardiner, que es otra compañera suya en la Academia—. Si su prometido muriera en el frente, nuestra querida Meg podría buscarse otro pretendiente, y esta vez quizá supiera elegir a uno mejor.

Amy quiere apartarse. Le duelen esas palabras sobre su propia hermana. Da un paso hacia atrás, cree que nadie la ha visto. ¡Qué equivocada está! Antes de poder marcharse, Fidelity se vuelve hacia ella y pregunta:

—¿Usted qué opina, señorita Amy?



«Jo, querida, no te atiborres de aperitivos, o la gente pensará que en nuestros suministros mensuales solo recibimos pan seco y sopa de sobre», se han olvidado de advertirle sus hermanas.

Ahora ya es demasiado tarde. Cuando se ha acercado a la larga mesa que ocupaba uno de los lados del gran salón, la comida le ha parecido sacada de un vídeo propagandístico preparado en el secretariado, tan perfecta que prácticamente había esperado que, al elegir un fresón de una de las bandejas, este fuera solo de decoración. Al comprobar que no es así, Josephine ha dado buena cuenta no solo de los fresones, sino también de unos diminutos cubos de queso ensartados en un palito, queso de verdad, no proteína láctea coagulada.

Mientras come, piensa Jo, nadie la molesta y, más importante todavía, ella no molesta a nadie.

Un criado pasa por su lado para dejar otra bandeja sobre la mesa. Huevos, hervidos y partidos por la mitad, rellenos.

—Hacía tiempo que no veía... —comienza a decir ella, pero el criado le dirige una mirada alarmada, así que calla, desanimada. En el secretariado, a los trabajadores de menor rango sí les está permitido hablar con los buenos ciudadanos como ella.

Josephine March piensa brevemente en su amiga Frida, y en Beth de nuevo. Ojalá pudiera contemplar todo esto. Las luces y el lujo, esos huevos rellenos y el queso cortado a cubos.

Todos esos lujos, Josephine lo *sabe*, son fruto de la bondad, del trabajo

duro, aunque no conoce a nadie que sea más bueno que su hermana Beth, a pesar de su enfermedad que denota *malasangre*, y no conoce a nadie más trabajador que...

—Pero si es la encantadora señorita March…—dice entonces una voz junto a ella, a traición.

Ned Moffat. Jo fuerza una expresión alegre con bastante poco éxito. No es exactamente que Ned le desagrade. Simplemente es otro más de sus vecinos, sin ningún interés especial ni opinión realmente propia. Medianamente acomodado, medianamente atractivo. Pelirrojo como las llamas del infierno. Incluso cree que es razonablemente inteligente, obviando el hecho de que, cada vez que coinciden, Ned insiste en adularla quién sabe con qué intenciones.

«Estúpido, *estúpido baile*», piensa Josephine March.

—Ned —pronuncia su nombre recordando las indicaciones de Amy.

Jo sonríe, ladea la cabeza, pero se arrepiente de inmediato.

—Qué coincidencia tan encantadora encontrarla aquí. ¿Sus hermanas y su madre se encuentran bien de salud? ¿Está disfrutando de la velada, señorita March?

—Oh, sí, hasta ahora ha sido muy agradable.

Ned Moffat se acerca medio paso a Jo, y ella retrocede otro tanto, deseando que él se dé cuenta de su incomodidad.

—Es curioso que lo diga. Creía recordar que a usted no le gustaban los acontecimientos sociales.

—Pero la comida es estupenda.

Entonces Ned echa la cabeza hacia atrás para reír. Se trata de una risa un tanto exagerada para un comentario solo algo ingenioso, pero entonces el joven se pasa los dedos por entre el cabello rojizo. Tiene la mirada fija en la orquesta y en el espacio vacío de enfrente, reservado a los potenciales bailarines y bailarinas.

Presa de una fatal y repentina sospecha, Jo retrocede de nuevo hasta chocar contra la mesa de aperitivos y hace tambalear las bandejas coronadas con gelatina de frutas.

—Ha sido un placer charlar con usted, Ned —se apresura a decir—. Pero pobre de mí si privara de su atenta compañía al resto de muchachas de la sala. No me lo perdonarían jamás.

La joven intenta apartarse cuando Ned Moffat la sujeta por la muñeca, no ha sido lo bastante rápida.

—No se vaya todavía, señorita March. Qué poco considerada.

Jo sonríe.

«Mujer, sé siempre amable, sé mansa y agradable a los demás, puesto que esta es tu naturaleza», recuerda, aunque en su fuero interno nunca le ha gustado esta frase.

—Mis hermanas me están esperando.

Esta es la primera excusa que se le ocurre, al menos la más plausible y que no pueda ofender al joven Moffat.

—Seguro que están muy entretenidas en la fiesta, no la echarán de menos…

Josephine habría dado cualquier cosa por poder darle un empujón a Ned Moffat. Ojalá hubiera alguna prescripción moral, alguna frase en el Libro que dijera: «Ciudadana, nadie debería tocarte sin tu permiso», en vez de tantas a favor de que las mujeres sean mansas y complacientes.

El muchacho se acerca más y más. Un empujón o un grito, piensa Josephine. Con un grito de advertencia tendría bastante, pero entonces todos se volverían hacia ella, todos se preguntarían qué ocurre, qué ha hecho esa vez la salvaje hija mediana de los March.

Finalmente, lo que Josephine hace es apartarse tan rápido que Ned Moffat, por la inercia, acaba precipitándose sobre los aperitivos. Lo escucha decir una palabrota que desde luego va a canjearle unas cuantas miradas de desaprobación, pero ella ya se encuentra lejos.

Mientras la orquesta ataca una polca con ímpetu militar, Jo huye entre los grupos de gente.

Una rápida ojeada a su espalda, en que la ve una llamarada de pelo rojo, le provoca un arañazo de angustia en la boca del estómago, así que con un último esfuerzo busca una vía de escape definitiva. Esta se manifiesta, muy oportunamente, en forma de una puerta de servicio en un lateral del salón. Jo no se lo plantea dos veces, simplemente cruza los dedos para que Ned la haya perdido de vista por unos segundos, tira del picaporte con todas sus fuerzas y cruza la puerta.

Y allí se encuentra con una mirada oscura, conocida, y nada más poner un pie en la habitación, Jo ya empieza a retroceder.

—¡Espere! ¡No se vaya, no se vaya!

6

No se vaya! ¡No se vaya! Soy Theodore Lawrence. Somos vecinos.

—Eso ya lo sé. Durante muchas semanas, ha estado usted espiándonos desde esa ventana suya. Como para no darnos cuenta.

Josephine se arrepiente enseguida. Primero, porque el exabrupto está lejos de la fría cortesía que, se supone, debería usar una señorita de bien con un desconocido. Segundo, por la expresión alarmada del joven Lawrence.

Aun así, Josephine no quiere perder el tiempo. Ned Moffat podría estar siguiéndola para pedirle un baile.

—Tengo que irme.

Sujeta el borde de su vestido como previsión de la carrera que se avecina y luego busca una buena vía de escape. La salita de servicio a la que ha llegado tiene una puerta abierta al fondo que comunica con un corredor. Para ella es suficiente que el pasillo se aleje del salón principal y, en consecuencia, del baile.

Josephine se lanza a la carrera. Cruza la salita, se interna en el corredor y, entonces, esboza una mueca porque, al parecer, es el joven Lawrence y no Ned Moffat quien ha decidido seguirla.

—¿De quién huimos?

—De nadie.

—Pero estamos huyendo, ¿verdad? — insiste el joven Lawrence.

—Yo estoy huyendo, usted haga lo que le plazca.

Josephine acelera sus zancadas. En el pasillo solo hay espacio para una persona así que el joven Lawrence se queda detrás. Incluso así, no se da por vencido, de modo que ambos llegan al final del corredor casi a la vez.

Josephine se detiene de golpe. Han llegado a una sala en penumbra. Lo que la ha hecho detenerse es, precisamente, el contraste con la luz, el color y el ambiente que ha dejado atrás en el salón donde se está celebrando la fiesta. Esta nueva habitación, si se pudiera describir con una palabra, sería «triste».

En el centro de la sala hay un objeto voluminoso tapado con una sábana

blanca. La muchacha enseguida adivina por su forma que se trata de un piano. Se le encoge la boca del estómago. Entonces, escucha un suspiro junto a ella.

Josephine da un respingo, por un instante se ha olvidado completamente del joven Lawrence.

—¿Le gusta la música?

Ella asiente. Ni siquiera sabe por qué lo hace. Sí, asiente, pero de inmediato añade:

—Mi hermana Beth habría amado este instrumento. Ella era la melómana de la familia.

Su hermana Beth tocaba el piano y todavía suspira por hacerlo. Siempre dice que es una de las cosas que más echa de menos.

—Entonces su hermana habría hecho buenas migas con mi madre. Le perteneció a ella, ¿sabe? Murió —añade el joven Lawrence, con una voz admirablemente serena.

Josephine ladea la cabeza. Lo que está comenzando a contarle su vecino no solo es íntimo sino que, por el velo sombrío que ha cubierto su mirada, también es terriblemente trágico.

Josephine siente fascinación por las historias trágicas. Las escribe para el regocijo (y cierto reparo, pero mayoritariamente regocijo) de sus hermanas, y las lee siempre que consigue de alguna vecina una nueva novela, amarillenta y medio deshecha tras pasar por innumerables manos. Aun así, en seguida piensa en ese cabello de fuego y en la mano de Ned Moffat agarrándola. No. Piensa, más bien, en la impotencia que ha sentido en ese momento. Observa a su alrededor. La respiración vuelve con violencia a su pecho.

—Si lo desea, puedo guiarla hasta el exterior de la casa, donde su huida será desde luego más completa.

Josephine necesita unos segundos para decidirse. El joven Lawrence no deja de observarla durante ese breve instante con esos ojos tristes, casi ocultos por un mechón de cabello ensortijado.

Piensa en qué dirían sus hermanas si se enteran de que no solo ha escapado de la fiesta, sino que además se plantea salir de la casa en compañía de un joven del sexo contrario sin acompañantes.

—Vamos.

Acaba de convencerse al pronunciar la frase. El rostro de su vecino se ilumina mientras comienza a caminar.

—Por aquí, señorita.

Lo que hace Jo en ese momento solo puede describirse como un acto de fe. Sigue al muchacho por pasillos, algunos lúgubres y destinados al servicio, otros llenos de esplendor. Lo sigue a través de salones primorosamente decorados y, al fin, llegan al jardín a través de una de las múltiples puertas

laterales.

Este lugar, iluminado por esa miríada de bombillas que tanto la han impresionado al llegar, está prácticamente desierto. El cielo está despejado y eso hace que el frío arrecie todavía más.

—Creo que aquí estaremos a salvo —susurra el vecino.

Tiene una sonrisa que Josephine no sabe interpretar.

—No creo que usted haya estado en peligro en ningún momento. Y dudo que yo tampoco. Ned Moffat no es más que un pesado.

—Ah, ¿era de Ned Moffat de quien escapábamos?

—¿Lo conoce?

—Por desgracia.

Jo ríe por lo bajo ante las palabras del joven Lawrence. No debería, porque se estaría riendo de un conciudadano de intachable reputación, pero cuando echa una mirada rápida a su alrededor no ve cámaras. Eso es extraño. Más incluso, excepcional, pero lo aprovecha para permitirse una carcajada solitaria.

—Y ahora que está a salvo —comienza el joven Theodore Lawrence—, puedo dejarla tranquila.

—Ya estoy muy… Oh, no.

Por cómo frunce el ceño el joven Lawrence también se deduce que la ha visto: una figura castigada con una mata de pelo rojizo sobre la coronilla acaba de salir por la puerta principal de la mansión.

—Es un cazador incansable, pero nosotros tenemos un último recurso…

El joven Lawrence ha vuelto a sonreír de esa forma tan extraña. Lo hace con la cabeza medio ladeada, de modo que, según se interprete la sonrisa, podría ser o bien un gesto triste o bien uno travieso.

Josephine tarda bien poco en descubrir que se trata de eso último.



Mientras la duda todavía se enciende dentro de Josephine, otro sentimiento muy distinto se está apoderando de su hermana Amy: vergüenza.

—Lo cierto es que Meg es tan gentil que *a ella* no le importa —replica mientras aumenta esa vergüenza abisal que ha ido haciendo mella en su interior desde que escuchara las críticas a su hermana y a su pobre, en todos los sentidos, prometido—. Ni siquiera se tomó un tiempo recomendable a la

hora de aceptar su proposición de matrimonio.

No ha podido hacer más. No le han dado más opción que participar.

—¿Cómo fue capaz? —pregunta Fidelity Gardiner arrugando su nariz, pequeña, perfecta, y muy envidiada por Amy.

—Dijo que el señor Brooke carecía de suficientes méritos en su Libro, pero que se había mostrado convencido de que, con su trabajo y buena disposición, pronto podrían prosperar, y mi pobre hermana lo creyó, por supuesto…

Dice esto aunque hasta ese momento John Brooke le había parecido un buen partido para Meg. Las pocas veces que lo había visto, primero trabajando a las órdenes de su padre en el Ministerio de Sanidad o luego cortejando a su hermana, le había parecido un hombre bueno sin reservas, atento. No nadaba en la abundancia, eso desde luego, pero parecía que Meg era feliz y con eso a Amy le bastaba.

Ahora se da cuenta de cuánto ha perjudicado a su imagen la elección de Meg. Mientras el resto de muchachas asienten apesadumbradas, Amy tiene que refrenar sus ganas de llorar. La cabeza se le llena de terribles escenarios en los que su futuro queda empañado por las erróneas decisiones de sus hermanas. Por mucho que se esfuerce, porque Amy ante todo se esfuerza por actuar correctamente, por ser una buena ciudadana, nunca será suficiente. Y si algún día, piensa, alguien hablara de ella a sus espaldas como están haciendo con Meg, ¡se moriría allí mismo del horror!

Se siente tan indispuesta que una de las señoritas, una tal Chastity Swagg a quien no conoce, le pone una pesada mano sobre el antebrazo.

—Señorita March, está usted muy pálida.

—Disculpen —musita ladeando la cabeza. Ante la mirada de preocupación de las futuras damas de la alta sociedad de Concordia, Amy March se retira—. Estoy bien, no se preocupen, no se preocupen.

Tiene que insistir para que la dejen marcharse. La muchacha se interna entre la gente con la cabeza gacha, alejándose del centro del salón. Ve, no muy lejos de ella, a Meg. Se ha quedado sola y permanece en un rincón de la sala con las manos cruzadas sobre su regazo. Inexplicablemente para Amy, no parece preocupada en lo más mínimo.

En el interior de Amy March comienza a librarse una gran batalla. Una parte de ella sigue pensando en su arruinada reputación, que no mejorará especialmente si ahora la ven con Meg. La otra parte de la muchacha, en cambio, es la que ya se está arrepintiendo en este instante de sus palabras, porque Meg es su hermana y porque lo que ha dicho, de tan mezquino, está cercano a la maledicencia.

Al final, Amy da media vuelta y comienza a alejarse en el sentido contrario. Con exquisita educación pide permiso para adelantar a los

asistentes a la fiesta. Va acercándose más y más a su destino elegido, un rincón tranquilo junto a la entrada, hasta que encuentra a una persona que no le cede el paso.

—Amy, niña, ¿ocurre algo?

Amy March siempre ha necesitado un poco de fuerza de voluntad para mirar a los ojos de la tía March, ya que ha escuchado rumores que dicen que con su ojo mecánico es capaz de leer las faltas en los rostros de aquellos que las cometen. Eso es, objetivamente, falso. Una mentira, porque el rumor no es nada más que el hijo precoz de la mentira, y el Libro dice que hay que evitarlo a toda costa. Por eso reúne todos los ánimos de los que dispone mientras hace una pequeña reverencia ante ella y ante el caballero que la acompaña, que resulta no ser otro que el señor Lawrence.

—Señor Lawrence, querría, primero de todo, agradecerle su invitación a esta velada tan encantadora —dice, aunque el anciano caballero solo da por aceptados sus agradecimientos con un gruñido inaudible. Luego, se vuelve hacia su tía—: Qué alegría verte, tía. Te pido disculpas. Pensé en venir a saludarte antes, pero había tanta gente que me ha sido imposible. Estoy bien —añade la muchacha al recordar la pregunta que le han hecho—. Solo me encuentro algo cansada, demasiadas emociones en un día.

Por un instante, Amy llega a creer que lo que comentan del ojo de la tía March es cierto, mientras escudriña la sala hasta posar la mirada sobre el grupito de muchachas que siguen charlando animadamente.

—Ya veo. Límpiate la cara, Amelia.

Como si fuera por arte de magia, un pañuelo que huele levemente a lavanda se materializa en la mano de la tía March, y esta se lo ofrece a Amy, que lo acepta con gesto agradecido.



—Vamos, por aquí —la anima Theodore Lawrence tendiéndole una mano que Josephine ignora.

—No veo nada —le responde ella en un susurro.

Se ha hecho un feo rasgón en el bajo de su vestido pero está segura de poderlo arreglar. O, quizá, de convencer a Meg de que lo haga por ella. Corre hasta llegar junto al muchacho y ambos se detienen al lado de un gigantesco rododendro que preside una zona ajardinada entre las casitas.

Ha sido idea de Teddy. Así es como Josephine ha comenzado a llamar, al

menos en su fuero interno, al joven Lawrence, principalmente porque «joven Lawrence» se le antoja demasiado largo y porque visto que la ha metido en un lío, por lo menos se ha permitido pensar en un apodo para él. Al ver a Ned Moffat buscándola en los jardines, Theodore, ahora Teddy, ha puesto esa sonrisa ambigua y ha señalado hacia la verja que rodea la propiedad de los Lawrence. Luego, ha murmurado en un tono burlón: «Solo hay una escapatoria posible, si usted confía en mí». Lo cierto es que Josephine no confía en Teddy Lawrence. Apenas lo conoce pero, a pesar de todo, su compañía ya le parece mucho más agradable en apenas unos minutos que la de Ned Moffat después de conocerse durante prácticamente toda una vida, así que ha acabado aceptando y se ha convertido en una sombra del muchacho, escabulléndose a través de la puerta hacia una ciudad dormida.

Josephine da una vuelta sobre sí misma. Las únicas luces que se ven en la zona provienen de las pantallas que emiten eslóganes cambiantes, y de la mansión Lawrence, que queda ya lejos detrás de ellos.

Algunas veces, ella se ha entretenido mirando a través de la ventana; pero lo habitual y lo adecuado es que los buenos ciudadanos permanezcan en sus casas a partir de la puesta del sol.

—Nunca había salido a la calle tan tarde.

—¿No?

—¿Y usted?

—¿Por quién me toma?

Otra vez esa sonrisa. Theodore Lawrence ladea la cabeza para que sus bucles oscuros no le caigan sobre la frente.

—Tengo problemas en saber quién es, si le soy sincera. No puedo fiarme de usted, todavía.

—Disculpe. No me he presentado —responde él con una reverencia y una floritura con la mano—. Theodore Lawrence, a su servicio.

—Theodore Lawrence es solo un nombre. No dice mucho de quién es usted en realidad.

El muchacho deja escapar una risotada mientras Josephine sigue observándolo con las cejas arqueadas.

—De todas formas —añade él entonces—, no crea que la ciudad por la noche es mucho más apasionante que durante el día. Más tranquila, sí. Nada más. Ni siquiera hay motivo para no salir. No está… —Quizá para enfatizar sus palabras, el muchacho da un paso hacia atrás alejándose de Josephine y del árbol que los cobija, y continúa—: … prohibido.

—Pero no es recomendable —le contesta ella que, para su propia sorpresa, ha introducido la mano en ese bolsillo oculto de su vestido, cerca del corazón, donde guarda el Libro del Buen Ciudadano—. La noche es el tiempo para las

reflexiones y el reposo, no para el ocio.

Theodore Lawrence retrocede un paso más. Ahora, su figura queda claramente delimitada a la luz de la luna.

—En la antigüedad, también sirvió para muchas más cosas. Para divertirse, para intimar… ¡Pero bueno…! ¿Qué hace?

Si alguien se lo preguntara, Jo se defendería a sí misma y declararía que el empujón que le acaba de dar a Theodore Lawrence ha sido fruto de la casualidad.

—No diga esas cosas.

La noche, en el pasado, también fue un tiempo para el crimen y para la perversidad. Muchas cosas malas ocurrían al amparo de las sombras hasta que el Ministerio de Sanidad tomó riendas en el asunto y comenzó a recompensar a quienes se comportaban como es debido y a invitar a la reflexión (y al castigo cuando fuera menester) a los que no.

—No me diga que se ha escandalizado. Nunca lo habría imaginado de usted.

—Usted *tampoco* me conoce a mí, Theodore Lawrence. No es vergüenza, sino simplemente que ahora somos mejores que eso. Una persona se parece a una gema preciosa. Cuando nace, es una piedra en bruto. Una vida recta, como bien sabrá, pule...

—Pule las imperfecciones —continúa él. No es de extrañar; acaba de recitar uno de los pasajes más conocidos del Libro—. Una vida sin mácula da como fruto un tesoro. Lo sé. Pero he oído cosas. De cómo era todo antiguamente. Antes de la guerra...

—Cosas. Claro. El Libro del Buen Ciudadano deja muy claro qué hay que hacer con las habladurías. No quiero escucharlas.

—Había electricidad en todas las casas.

Justo en este instante pasan junto a una de las grandes pantallas de la calle: «Ciudadano, recuerda: no hay recompensa sin sacrificio, y el sacrificio es la mejor recompensa».

—Había una gran infelicidad —le replica Josephine.

Teddy Lawrence da un minúsculo salto del bordillo de la acera a la calzada. Se acerca a ella, sus manos casi se rozan y Jo tiene la impresión de que no es casualidad.

—No existían los rituales de contrición. No existían las confesiones públicas.

—Las confesiones públicas son un acto de generosidad hermoso. Es una demostración de amor al prójimo y a la comunidad.

Jo ladea la cabeza al pronunciar estas palabras. La discusión ha perdido parte de su encanto jocoso y se está cansando, aunque parece que Teddy

Lawrence sigue fresco como una rosa.

—Antes había teatros. Había entretenimiento. Esa hermana suya de la que me hablaba antes lo pasaría bien yendo de un espectáculo a otro, cada día.

Josephine respira.

—Esa hermana ha muerto.

Odia con una pasión irrefrenable decirle a la gente que Beth está muerta. En esta ocasión, ve a Teddy Lawrence boquear, luego entristecerse profundamente en una fracción de segundo.

—¿Qué ocurrió?

No es algo que las personas decentes pregunten. Jo frunce las cejas mientras observa al joven Lawrence, pero no le parece que el muchacho quiera saberlo para burlarse o para criticar, sino por verdadera empatía, de modo que ella susurra:

—*Malasangre.*

No necesita decir nada más. La *malasangre*, lo que antiguamente se llamaba *enfermedad*, todavía es una de las mayores lacras de Concordia.

—Mi madre. O más bien dicho, mis padres, murieron también. Hace muchos años.

—Lo acompaño en su pérdida.

—Yo la acompaño en la suya, señorita...

La frase del joven Lawrence se queda huérfana al final. Algo lo ha hecho callar: el silencio. No se trata de un silencio real, sino que la megafonía pública ha quedado muda y su ausencia ha dejado un vacío entre el resto de ruidos de la noche.

Y, justo después, es el turno de una estática opresiva que les hace querer taparse los oídos.

Finalmente, comienzan las sirenas. Primero suenan lejos, como si dieran la alerta desde la periferia de la ciudad hacia el centro. Entonces, cada vez más cerca hasta que el sonido estalla prácticamente encima de ellos. La noche, de repente, es cualquier cosa menos plácida. Se llena de luces parpadeantes, rojas, blancas, rojas, blancas, que se reflejan desde las pantallas que dominan cada encrucijada. Las sirenas suenan por todos lados, atronadoras. Tapándose los oídos con ambas manos, Josephine mira a su alrededor hasta descubrir que justo encima de ellos, casi oculto por ese rododendro que les ha dado cobijo, se encuentra un poste de megafonía pública.

—¡No podemos quedarnos aquí! —grita la muchacha.

«Alerta de bombardeo. Busquen refugio. Busquen refugio.» En la pantalla aparecen imágenes de casas destruidas, de fuego.

—¿Dónde…?

Las palabras de Teddy quedan tapadas bajo los tonos más agudos de la sirena, pero Josephine sabe que pregunta por el refugio más cercano. Eso es lo que tienen que hacer cuanto antes; buscar un lugar seguro, porque las sirenas avisan de un inminente bombardeo.

La guerra, siempre la guerra. No se han producido bombardeos desde hace semanas, y por alguna razón, este hecho la enfada todavía más.

—¡Por aquí!

Da unos pocos pasos. En caso de bombardeo, es vital conservar la calma. Entonces, Jo se detiene al ver que su acompañante sigue en su sitio mientras el sonido que escupe la megafonía justo encima de sus cabezas se vuelve cada vez más insoportable. El joven tiene los ojos muy abiertos y la expresión lívida que, siguiendo las palpitaciones de las luces, se oscurece y se ilumina de un rojo sangre.

—Vamos, tenemos que buscar refugio —insiste la muchacha.

Avanza unos pasos más, pero en esta ocasión el chico tampoco se mueve. Parece paralizado, como si el anuncio de bombardeo lo hubiera sorprendido, de modo que Josephine no ve otra solución que agarrar a su vecino por el brazo y tirar de él con fuerza. Lo arrastra lejos del árbol que los cobija y, también, lejos de la torre de megafonía. A medida que se alejan, el sonido se hace menos intenso y, aunque el aullido de las sirenas sigue estando omnipresente por toda la ciudad, al menos Josephine nota que le deja espacio en la cabeza para pensar.

—Refugio —repite—, vamos a buscar un lugar seguro.

Se acercan a la casa más próxima, subiendo los escalones del porche a trompicones. Josephine, aprovechando la inercia de la carrera, se abalanza sobre la puerta y comienza a llamar.

—¿Hay alguien? ¡Abran! —Golpea dos, tres, cuatro veces—. ¡Necesitamos que alguien nos acoja!

En el centro de Concordia existen grandes refugios públicos para cuando un bombardeo los sorprende en sus puestos de trabajo, pero en los barrios residenciales prácticamente cada casa consta de un sótano que hace esa misma función. En su casa, en la residencia de las March, ese sótano, ese refugio, además, esconde a su hermana Beth.

Pero nadie acude a abrir la puerta. Quizá no haya nadie dentro, piensa Josephine, maldiciéndose por haber elegido, de entre todas, una casa vacía. Se da un segundo para respirar hondo. Ahora que ya no tienen las sirenas encima, Teddy parece más espabilado. No mucho, pero a la muchacha le da la impresión de que, por lo menos, podrá moverse por sí mismo.

—Vamos a probar en otra —dice tratando de mantener la calma.

Los bombardeos se avisan con suficiente tiempo. Está convencida de que

no les ocurrirá nada.

Josephine, con Teddy a la zaga, se aleja en dirección a otra vivienda. Allí vuelven a llamar a la puerta y, esta vez, el resultado es el mismo: nada. Josephine maldice su suerte mientras el aullido de las sirenas se escucha cada vez más frenético indicando la inminencia del ataque.

Nunca, nunca, y eso que ha vivido innumerables bombardeos, se ha encontrado fuera de un refugio seguro. Nunca.

—Allí… —susurra Teddy. Le tiembla, además de todo el cuerpo, la voz—. Allí hay luz.

El muchacho señala una casa al final de la calle donde, como bien dice, se entrevé un resplandor débil en una de las ventanas. Josephine y el muchacho llegan allí a la carrera, sin aliento, pero esperanzados.

—¡Disculpen las molestias! ¡Solo pedimos un refugio seguro!

A Josephine ya le duele la mano de golpear la madera maciza de las puertas, pero lo hace con una energía renovada. No hay puertas cerradas en Concordia, nunca se echa la llave al caer la noche pero esta está cerrada. También la anterior.

Esperan unos instantes. Todo el mundo sabe que, en caso de un ataque a la ciudad, los buenos vecinos tienen que colaborar entre ellos. Está escrito en el Libro.

Josephine contempla esa luz que sigue viéndose a través de la ventana. El corazón entonces le da un brinco al distinguir en la penumbra un rostro impasible que los observa.

—¡Abran! ¡Por caridad!

La persona en la ventana, de quien apenas logra identificar la forma de su cabeza y un par de sombras oscuras donde deberían estar los ojos, no se mueve. Teddy deja escapar un gemido angustiado. Ambos entienden que esa casa también permanecerá cerrada para ellos.

«¿Cuántas caras más —se pregunta— estarán observándolos desde las ventanas sin hacer nada por ayudarnos?»

—¿Hay un refugio en tu casa? —le pregunta a Teddy cogiéndolo por las solapas de su elegante traje. Cuando el muchacho, en vez de responder, solo abre la boca, Josephine lo zarandea—. ¿Tienen un refugio, sí o no?

Cree distinguir que el joven asiente. Por eso mismo quiere arriesgarse. Vuelve a sujetarlo. Teddy tiene la mano lívida y la sigue casi por inercia, como si su voluntad hubiera quedado anulada, por las calles que apenas unos minutos atrás estaban en completa calma.

Ambos corren sin hablar. Tampoco habrían podido escucharse debido a las sirenas. Por fin, cuando Josephine piensa que podría ahogarse por el vestido que le aprisiona el pecho, se reencuentran con la mole de la mansión

Lawrence.

A pocos pasos de distancia, Josephine se dobla sobre sí misma mientras desea con todas sus fuerzas poder agarrar el borde de ese estúpido vestido que ha tenido que ponerse para el estúpido baile y rasgarlo para así poder respirar.

Entre sus jadeos, que le retumban en los oídos, puede escuchar, entonces, las explosiones.

Nunca antes ha oído algo así. Toda su vida, ha vivido los bombardeos acurrucada en el sótano de su casa con su familia, o bien en uno de los grandes refugios públicos.

Es un estruendo monstruoso. Es un ruido que parece capaz de partir el mundo por la mitad. Jo se tapa los oídos mientras busca a su alrededor algún resplandor, señales de un incendio, de destrucción, pero no ve nada.

El miedo vuelve a espolearla. Josephine agarra con firmeza a Teddy y se obliga a caminar unos pasos más. La mansión de los Lawrence está cerca, está convencida de que podrán lograrlo.

—No tenemos por qué entrar en la casa, al refugio se accede desde el jardín.

—Bien —dice ella.

Pueden distinguir ya claramente las bombillas que decoran la fachada. Se pregunta por qué siguen encendidas, ya que Josephine, por experiencia, sabe que, en caso de bombardeo, lo primero que cae es la red eléctrica de la ciudad ya que toda la energía se desvía hacia las defensas antiaéreas.

«Los Lawrence —piensa— son mejores ciudadanos que mi familia.»

Un último esfuerzo. Cruzan la calle adyacente a la mansión el uno al lado del otro, todavía agarrados de la mano. Josephine siente que sus músculos arden mientras se aproximan a la sombra de la gran verja de hierro que rodea la propiedad. Las puertas, construidas con una intrincada obra de forja, están abiertas.

Quiere entrar. Necesita, con todo su corazón, entrar, bajar al refugio, sentirse a salvo, pero de repente la mano de Teddy se cierra alrededor de la suya y corta abruptamente su carrera.

—¿Qué está…?

—Chisss…

Hay dos figuras de pie en las escaleras de la mansión. En primera instancia, Josephine no entiende por qué Teddy la retiene. Imagina que esas dos personas simplemente son unos rezagados, como ellos, que se dirigen también a un lugar seguro.

Sin embargo, para su sorpresa, las figuras no se mueven. No parecen inmutarse con las sirenas ni con el sonido del bombardeo, que en cambio sí hace que Teddy y ella se estremezcan con cada explosión.

—¿Qué hacen esas personas aquí? —susurra—. ¿Por qué no buscan…? ¡Cielo santo!

—¿Los ha reconocido ya?

Cómo no hacerlo. Un anciano de pelo y barba canosa, pero de porte orgulloso. Una mujer alta y delgada, vestida con uniforme gris. El señor Lawrence y la tía March.

No lo entiende. No es capaz de entender por qué están frente a la puerta de la mansión.

—¿Y si están fuera porque nos están buscando?

Ese pensamiento la llena de inmediato de culpabilidad. De ser así, están poniendo en peligro sus vidas por algo de lo que solo Teddy y ella son culpables pero, entonces, el muchacho mueve la cabeza.

—¿A usted le parecen muy preocupados?

Desde luego, un segundo vistazo le confirma que están el uno junto al otro, hablando. La tía March, impasible y el señor Lawrence, gesticulando como si quisiera darle una mayor vehemencia a unas palabras que, por culpa del omnipresente estruendo de las sirenas, no pueden escuchar.

Estalla una explosión por encima de todo el ruido, una que podría hacer tambalearse a la ciudad entera. Ni la tía March ni el señor Lawrence parecen haberla escuchado.

—Entonces, ¿qué hacen? —Si Theodore conoce la respuesta a su pregunta, no lo dice, de modo que Josephine decide reformularla—: ¿Qué podemos hacer nosotros?

—Podemos ir y… ¿No hay un refugio en su casa, señorita March?

Lo hay, piensa Josephine mientras un escalofrío le recorre el cuerpo. Pero no puede arriesgarse porque, cuando descubrieron la *malasangre* de Beth no lo denunciaron como habrían debido, sino que la escondieron.

Cometieron un crimen, dijeron una mentira, y ahora va a decir otra:

—No.

Un tercer ruido, distinto al de las sirenas y al de las explosiones, les hace girar la cabeza en ese momento. Es un sonido ronco, mecánico. Josephine deja por un segundo de observar a la tía March y al señor Lawrence, y vuelve la cabeza hacia el final de la calle en la que se encuentran. Allí, ve luces. Unas luces que, con el sonido, se acercan a gran velocidad.

Josephine pega la espalda al muro de ladrillos. Si ver a la tía March y al señor Lawrence discutiendo en la puerta de la mansión durante un bombardeo ya resulta extraño, el vehículo que se aproxima todavía lo es más. No se ven muchos de esos en Concordia, ni muy a menudo, pero está segura de que se trata de uno de los vehículos de motor de uso exclusivo del Ministerio o de alguno de sus secretariados. Quizá, piensa, el bombardeo haya afectado a

algún edificio público o alguna casa, y ese vehículo transporta la ayuda necesaria.

Por alguna razón, por instinto, por miedo, Josephine no quiere que los vean. Busca con la mirada algún refugio, pero el vehículo se acerca hasta el punto de que el rugido del motor es perfectamente audible, incluso más fuerte que las propias sirenas. Nota también a Teddy Lawrence apoyando su peso contra el de ella.

—Agáchese, agáchese —susurra el joven nervioso.

Esa es una opción como cualquier otra, así que Josephine obedece. Se acurruca en el suelo, pegada a Lawrence, que respira agitadamente a su lado, y a la pared de ladrillo.

Los vehículos, ya que resultan ser no uno sino media docena de autopropulsados pintados con el azul del Secretariado de Higiene Social, llegan a su altura. Josephine y Teddy se estrujan el uno contra el otro. Salen dos agentes. Josephine pensaría que, igual que ellos, a pesar de todo, los agentes caminarían con la clara intención de ponerse a cubierto. Pero no lo hacen. Caminan erguidos y con paso firme hasta donde están situadas las figuras del señor Lawrence y la tía March. Cuando llegan hasta ellos, se produce un breve intercambio y una nueva explosión hacia la que ninguno de los cuatro parece prestar atención y, tras un saludo marcial, vuelven al autopropulsado.

Luego, con un estruendo que disminuye paulatinamente, el vehículo se marcha.

Minutos después, minutos en los que no se han atrevido a moverse de donde están, las explosiones dejan de retumbar y las sirenas enmudecen.

Eso es todo por esta noche. El bombardeo ha acabado tan rápida y repentinamente como ha empezado. La ciudad vuelve a estar a oscuras salvo por las luces en la mansión Lawrence y las pantallas de publicidad institucional. «Fin del bombardeo. Buenas noches.»

Josephine es la primera en levantarse. Lo hace lentamente, sacudiéndose la falda del vestido que le ha quedado cubierta de hojas secas. Teddy la imita. Sigue pálido. De la tía March y del señor Lawrence ya no hay ni rastro.

—Será mejor… —comienza a decir. Sigue pálido—. Creo que lo más inteligente será que nos esperemos a que salgan todos los que se hayan ocultado en el refugio…

—… Y aprovechemos la confusión para fingir que hemos estado todo el tiempo dentro —concluye Josephine.

Se miran el uno al otro con una complicidad nueva. El joven Lawrence, que ya parece totalmente repuesto de su pánico durante el bombardeo, le guiña un ojo.

Prácticamente al mismo tiempo, escuchan un alboroto que proviene de los jardines. Se trata de varias voces de timbres y tonos distintos. Los invitados a la fiesta, al parecer, que han empezado a salir del refugio.

Es el momento, pues. Josephine y su compañero de aventuras se encaminan hacia allá con la actitud más inocente y tranquila que consiguen adoptar. Al final del jardín, entre un estanque decorativo y un templete redondo, de inspiración griega, hay una gran trampilla de hormigón y acero de la cual comienzan a emerger los invitados a la fiesta con paso digno y charlando animadamente, como si el bombardeo solo hubiera sido uno más de los entretenimientos del baile.

—Recuerde que, de todos modos, no hemos hecho nada malo —susurra Teddy mientras saluda con una inclinación de cabeza a algunos de los invitados—. No está prohibido caminar de noche por la ciudad.

Jo asiente al tiempo que un torbellino rubio la atrapa por la espalda.

—¡Aquí estás! ¡Por las siete virtudes, Jo, pensábamos que te habías metido en algún lío!

Jo se gira. Su hermana Amy es experta en parecer enfadada sin fruncir el entrecejo porque siempre dice que, aunque las arrugas sean inevitables, lo mejor es no contribuir a su aparición. Ese problema no lo tiene Meg, que la observa con las cejas convertidas en casi una línea recta. Su gesto, sin embargo, se suaviza al instante al comprobar quién es el muchacho que se coloca al lado de Jo y hace la más gesticulante de las reverencias.

—¡Ah! Ustedes deben de ser las hermanas de la señorita Josephine, la señorita Meg y la señorita Amy. —Desarma a Amy con una sonrisa y un saludo a la antigua, besándole los nudillos—. Encantado. Theodore Lawrence, para servirla. Déjenme confesarles que la encantadora Josephine y yo nos hemos rezagado un poco a la hora de entrar en el refugio y puede que por eso no nos hayamos encontrado. Ha sido indiscutiblemente culpa mía. He reclamado su completa atención toda la noche, muy egoístamente. Acepten mis disculpas, por favor.

Unas mejillas sonrojadas después, Amy primero mira su mano allá donde Lawrence la ha besado, y luego a la sonrisa inocente de Jo.

—Ah… Bien.

—Y ahora, si me disculpan, creo que mi abuelo me reclama —dice el joven haciendo otra floritura.

Antes de marcharse, le guiña un ojo cómplice a Jo, y otro con un significado bastante distinto a Amy.

El efecto no dura demasiado. Amy mueve la cabeza con gesto resuelto. Hace una pequeña reverencia en la dirección hacia la que se ha marchado Theodore Lawrence y luego agarra a Jo de una mano. Parece mentira que

alguien tan delicado y elegante como Amy tenga tanta fuerza.

—¿Ese era el nieto del señor Lawrence? ¡Cuéntamelo TODO ahora mismo! ¡Ha dicho que eres encantadora!

—Es que soy encantadora. ¿No opinas lo mismo?

—Amy —la amonesta Meg con voz tranquila—, ¿insinúas de veras que Jo no es encantadora?

Amy decide no contestar a eso, ya que duda poder dar una respuesta agradable y veraz al mismo tiempo. Además, hay cosas que le interesan mucho más.

—Dime, ¿cómo es?

—¿Cómo es qué?

—¡Lawrence!

Josephine se gira hacia el extremo del jardín por el que se ha marchado el muchacho.

—Todavía no lo sé.

7

Qué triste colección de objetos encuentran Josephine y Amy unos días después del desastroso baile en la mansión Lawrence. Tristes, sí, pero también pulcramente expuestos en la acera frente a la casa de la señora Hobbs.

—¿Así al final ha tomado la decisión? —pregunta Josephine. Intenta alegrarse por su vecina con todas sus fuerzas.

Amy asiente, en silencio, mientras Meg susurra con gesto de admiración:

—Y es una decisión que la honra.

El día anterior, como tantos otros, se reunieron para ver el informativo diario. Cuando, como siempre, los buenos ciudadanos se disponían a regresar a sus casas para cenar y reflexionar sobre las lecciones recibidas, la aparición de una figura sobre el minúsculo escenario que hay en todos los anfiteatros comunales los hizo detenerse. No es lo habitual. Al fin y al cabo, el ser humano es débil y voluble. En su barrio las confesiones espontáneas, sin la asistencia de los agentes del ministerio, escasean desde que años atrás muriera el anciano señor Morel, que inefablemente subía cada noche a la tarima a contar los pormenores de su vida y luego se castigaba a sí mismo sin cenar. Sí, quizá la última confesión espontánea fue cuando su padre subió dos años antes al escenario de ese mismo anfiteatro y se ofreció a ir a la guerra como compensación por los daños sucedidos en el incendio del Ministerio de Sanidad, donde trabajaba. Igual que le ocurrió entonces a la señora Hobbs, al patriarca de las March también le temblaban las piernas.

Jo, Amy y Meg se acercan a esa montañita pulcra, pero mermada, de pertenencias. A un lado hay unos zapatos de piel blanca, o bien nuevos o bien primorosamente cuidados, esperando a que alguien los quiera.

Esto no lo hicieron con su padre. Las pertenencias de un nuevo soldado solo se reparten cuando el que se marcha no tiene nada ni a nadie. Papá las tenía a ellas. Sin embargo, la señora Hobbs…

Aunque no quiera, Jo piensa en la anciana sobre el escenario, sus piernas temblorosas y su voz quebrada mientras contaba que había decidido

marcharse como voluntaria. A la guerra. La escasez de recursos para compartir durante el día de reparto la había hecho tan infeliz que solo entregándose a sí misma en el frente sería capaz de recuperar la felicidad perdida tras la muerte de su marido. Cuando todo acabó, la gente, entre cuchicheos, se disolvió afirmando que era lo mejor que podía hacer. Ir a la guerra, el sacrificio último.

Cuando su padre confesó delante de los demás, se pregunta Josephine, cuando declaró en voz alta y para todos que el incendio en el Ministerio había sido culpa suya… ¿la gente pensó lo mismo? ¿Lo perdonaron y lo alabaron a la vez?

Y, como siempre, Josephine también se pregunta sobre el estado, sobre el paradero de su padre: «¿estará bien? ¿Pensará en ellas?».

Justo en este instante Jo escucha un suspiro. Meg siempre suspira cuando sus pensamientos se centran en John Brooke.

—Espero que la señora Hobbs esté bien. ¿Qué creéis que va a hacer?

No, ninguna de ellas se imagina a la señora Hobbs en el frente, luchando contra el enemigo.

Meg mueve la cabeza.

—Quizá… quizá pueda cocinar. O cuidar de los heridos. Quién sabe qué ocurre allí.

—Esperemos que regrese sana y salva, una ciudadana renacida. Buenos días, señor Brown —saluda Amy sin dudar cuando un caballero de rostro enjuto pasa junto a ella. Para Amy, conocer el nombre de los demás es su pequeño acto de caridad diaria. Todo el mundo se siente bien, todas las personas se sienten importantes si una muchacha hermosa los recuerda—. Pero su decisión la honra. Y, además, se libra de la vergüenza de ir al próximo intercambio sin nada.

Jo asiente mientras se acerca un poco a las escasas posesiones de la señora Hobbs. Entre vestidos pasados de moda y unos cuantos utensilios de cocina muy gastados por el uso, ve algo que llama su atención: una pluma estilográfica de color negro, pero que amarillea por el centro, como si una mano gentil la hubiera utilizado horas y horas. Ella escribe a máquina, pero entonces otra ciudadana se aproxima, se detiene como ellas junto a las pertenencias de la señora Hobbs y observa precisamente esa misma pluma. Jo siente una punzada ansiosa en uno de sus costados durante unos segundos.

Esto hace que se decida. Coge la pluma con reverencia. Casi al mismo tiempo, Amy se ha inclinado y, tras una rápida comprobación, no solo se decanta por esos zapatitos de piel teñida que hay en un rincón de las cosas de la señora Hobbs, sino que se los calza con aire de satisfacción.

—¿Qué haces? —le pregunta Meg alarmada. Ella no ha tocado las

pertenencias de la señora Hobbs. Apenas si las ha mirado.

—Los míos me están pequeños y están llenos de remiendos… —explica Amy con la expresión de un gato que acaba de cazar un ratón.

Jo mueve la cabeza. Intercambia una mirada, breve y cómplice, con su hermana mayor.

—Puede que haya alguien que los necesite más que tú, Amy —la reprende Meg—. Es un act…

—Vámonos o llegaremos tarde. —Es Jo quien corta las palabras de Meg mientras le da un suave toque en el hombro a su hermana menor para que también la ignore.

Sin embargo, Amy no se mueve. Está mirando hacia el final de la calle, igual que lo hacen otras personas, alertada por el ruido. Se acerca un calesín tirado por un caballo gris de porte arrogante, aunque no tanto, desde luego, como su conductor.

—Pero bueno… —El joven Lawrence se detiene a su lado y, tocándose el borde de su sombrero de ala ancha, las saluda—. Buenos días. ¿Van a alguna parte, señoritas?

Cuando le explican que van a trabajar, Teddy las mira como si la palabra lo horrorizara. Al final es Meg quien pregunta, amablemente:

—¿Usted no tiene que trabajar, señor Lawrence?

—Mi abuelo me ha dado unos meses de descanso.

Quién tuviera unos meses de descanso, piensan las hermanas, las tres a la vez, debatiéndose entre la envidia y su propio orgullo, ya que son conscientes de la influencia positiva del trabajo en sus vidas. Dice el Libro: «Del aburrimiento nace la ociosidad; de la ociosidad, la pereza, y la pereza es un lienzo en blanco para el resto de faltas».

—Nos alegramos inmensamente por usted si así es. —Es Meg, por ser la mayor de las tres, quien responde, con la barbilla levantada y la pose propia de una dama—. Nosotras, en cambio, debemos apresurarnos si no queremos llegar tarde. Que pase un buen día, señor Lawrence.

Sin embargo, hace falta mucho más que eso para desanimar a Theodore Lawrence.

El joven se pone derecho en el pescante del carruaje. Azuza el caballo hasta colocarse justo en paralelo con las tres señoritas, una claramente más decidida que las otras, que se alejan.

—Sería un honor para mí acompañarlas…

Meg, siempre tan sensata, se apresura a responder:

—No, gracias.

Pero el mundo, desgraciadamente (al menos para la mayor de las March), a

veces no responde a sus deseos. En cuanto la joven comienza a alejarse de nuevo, sus hermanas se apresuran no solo a detenerla, sino a tratar de sacarla de su error.

—El joven Lawrence tiene una posición privilegiada, ¿cómo vamos a decirle que no? —replica Amy con su voz más serena.

—Al fin y al cabo, Meg, ¡nos invita a ir en calesín! ¡En calesín! ¿Cuántos años hace que no montamos en uno? —suplica Jo.

—No hay nada de malo en ello, Meg… —le recuerda Amy.

—Es ostentación —puntualiza su hermana rápidamente, dirigiendo todavía una mirada dubitativa a Theodore Lawrence y su calesa, que permanecen apartados unos pasos, aparentemente (y solo aparentemente) ajenos a la conversación de las hermanas March—. No debemos llevar vidas ostentosas…

—El señor Lawrence es un ciudadano honrado y, por lo tanto, tiene todo el derecho a poseer un calesín… —comienza Amy—. ¿Acaso renunciamos nosotros a nuestra casa? ¿Acaso no aceptamos como un honor el alimento que nos corresponde cada mes?

—Pero todo eso son cosas que *merecemos*, como el señor Lawrence merece su carruaje. Pero nosotras no merecemos lo que le pertenece a él. Todavía tenemos que esforzarnos mucho para que nuestros méritos nos permitan dejar de ser buenas ciudadanas y convertirnos en ciudadanas honradas.

Aun así, con todos sus argumentos, Meg pierde la discusión. Lo más seguro es que Amy, amenazándola con un berrinche en plena calle, tenga algo que ver, quién sabe. El resultado de todo ello es un gran suspiro de Meg, que pone de manifiesto que ella va a seguir a pie para conservar toda su dignidad, mientras que sus hermanas se acomodan con una sonrisa enorme en la calesa de Theodore Lawrence.

La despiden con la mano cuando su simpático vecino chasquea la lengua y el caballo se lanza hacia delante con un trote elegante.

¿Cómo debió ser Concordia antes, cuando por las mismas avenidas que recorren en la calesa circulaban vehículos autopropulsados? ¿Cómo debió ser con legiones de personas moviéndose por la ciudad, por la superficie o por las comunicaciones subterráneas, y haciéndolo libremente?

Todas estas preguntas revolotean en la cabeza de Jo, pero lo hacen rápidamente, igual de rápido que contempla el paisaje. Ella se agarra fuerte al borde del calesín. Las calles de Concordia jamás les han parecido tan excitantes como en ese momento, cuando Teddy obliga al carruaje a doblar una esquina a una velocidad vertiginosa. Amy, a su lado, suelta un gritito emocionado. Incluso el viento, que por ser helado no le habría gustado lo más

mínimo, en esta ocasión le parece uno más de los alicientes del juego.



—Ha sido un recorrido maravilloso —afirma Amy cuando se detienen frente a la columnata de la Academia de Buenas Artes. Como si fuera una acción habitual, la muchacha desciende del vehículo con un elegante saltito. Ni siquiera se ha despeinado—. Muchas gracias, señor Lawrence. Bendiciones, Jo. Sé buena hoy.

Hace una reverencia ladeando ligeramente la cabeza en un gesto coqueto. No va solo dirigido hacia Lawrence, sino también a todo aquel que pase por la calle en ese instante. Aunque aquí y allí se adivinen las esferas negras de las cámaras de videovigilancia, son los ojos de sus conciudadanos los que realmente saben en todo momento qué ocurre en Concordia.

Mientras la calesa se aleja, Amy sube sin prisas la escalinata que va de un extremo al otro de la fachada del edificio y se adentra en la columnata de la entrada.

El guarda de la puerta, un muchacho de aproximadamente su edad, la observa con gesto curioso. Ni siquiera se fija en el Libro, que Amy le ofrece con orgullo.

Se encuentra ante un edificio desierto. Gracias a la amabilidad de Theodore Lawrence, ha llegado mucho antes que ninguno de sus compañeros, pero no importa, a Amy le gusta la Academia vacía. Le produce un *déjà vu* romántico contemplar cómo el sol, tras pasar por un filtro de nubes rosáceas, penetra en las aulas desocupadas.

La joven avanza a paso lento, mientras va curioseando aquí y allá. El invierno ha tomado toda la ciudad desde hace meses, pero, así como en la mayor parte de los edificios este inconveniente se intenta paliar de algún modo, en su *alma mater* parece que la dirección opina que el frío ayuda a espabilar a las musas. Amy deja escapar una bocanada de aire que se convierte de inmediato en vaho opaco.

Al fin, se detiene en la puerta de su aula, en el ático del edificio. Aquí, una galería de arcos de medio punto se abre a una de las vistas más hermosas y también más desconocidas de Concordia: se ven las moles de los secretariados en la plaza de la Paz, se distinguen los tejados de las zonas residenciales, de los suburbios, e incluso más allá, las llanuras que rodean la ciudad.

A pesar de todo, Amy esta vez no se fija en nada de eso. Tiene la mirada

ocupada en otra cosa. Resulta que en medio de la sala hay fuego.

No se trata de un fuego real, por supuesto. El fuego que tiene a Amy hipnotizada es uno inmóvil, pintado con tanta maestría que parece que, de un momento a otro, vaya a consumir virulentamente la tela en la que una mano anónima lo ha plasmado.

Mucho tiempo atrás, Marmee subrayó una frase en su Libro como recordatorio: «No sientas envidia, sino vergüenza por tus propias carencias». Amy aprieta las manos que tiene cruzadas en el regazo.

Se acerca a la pintura. Está, puede comprobarlo en ese momento, todavía fresca. También puede distinguir que lo que ha tomado por una pintura de un fuego en realidad esconde algo más. Las líneas, según se acostumbra el ojo, se vuelven más visibles. Entonces se adivina la arquitectura familiar de su ciudad, entre llamas más encendidas de colores que van del blanco al rojo. Es un cuadro de Concordia en llamas.

Hay rabia, mucha, muchísima rabia en ese cuadro de Concordia consumida por el fuego, una rabia que no parece ni siquiera real. Nadie podría odiar tanto un lugar en el que todos son felices.

Amy se acerca todavía más. Está segura de que en la Academia no les han encargado nada ni remotamente parecido a esta pintura. En realidad, no sabe siquiera si le gusta, pero desde luego ver aquello la remueve por dentro. Sus cuadros serán estéticamente bonitos. Patrióticos. Pero esta pintura es distinta.

—¿Qué hace usted aquí tan temprano?

Amy March se da la vuelta con desgana al escuchar la voz. No le sorprende en lo más mínimo saber quién es la persona que acaba de dirigirse a ella, como tampoco la sorprende que sea, o al menos eso cree, el autor de ese cuadro.

—Me han traído —responde levantando la barbilla. Espalda recta, recuerda, manos a ambos lados del cuerpo. Luego, añade—: Me ha traído un caballero en su calesa.

Desde luego, se ha apresurado a remarcar la palabra «caballero», pero Müller, porque bien pensado Amy March ni siquiera se extraña de que él sea el autor de la pintura, no se inmuta. Al contrario, acaba por encoger los hombros mientras se acerca, pero no a ella, sino a la tela que sigue en el centro de la habitación.

—Usted no tiene que pasar ningún control para llegar hasta aquí, ¿verdad?

Amy se siente ligeramente ofendida por la pregunta.

—Por supuesto que no. Yo soy una buena ciudadana. Yo y mis antepasados nos hemos ganado ese privilegio.

Oliver Müller no parece, ni por asomo, impresionado.

—Hay días que los controles son rápidos y entonces aprovecho el tiempo

aquí. La luz es mucho mejor.

—No creo que *eso* —señala el cuadro—, sea aprovechar el tiempo.

Amy intenta pensar en qué diría el profesor Smith si lo viera. Piensa, también, en Müller el día del reparto y en lo que le dijo. Que el intercambio no era caridad, sino una humillación impuesta. Al recordar esas palabras, tan peligrosas, Amy siente un escalofrío.

—Usted lo que debería hacer es agradecer la oportunidad que se le ha dado para estudiar aquí en vez de dedicarse a hacer arte… arte…

—Arte degenerado —concluye el muchacho para ayudarla a completar la frase. Así es cómo lo llaman en la Academia—. ¿A usted su soldado del otro día le pareció degenerado?

—Me equivoqué y el profesor Smith tuvo a bien explicarme cuáles fueron mis errores. Lo que me parezca a mí no tiene ninguna importancia.

—A mí me pareció interesante. Pero no se preocupe porque, antes de que comiencen las lecciones, voy a destruirlo. Las únicas personas que sabemos que ha existido seremos usted y yo. ¿Va a guardarme este secreto también? Por favor.

Amy retrocede un paso, ofendida.

—No le permito ese «también». Yo no estoy guardándole ningún secreto.

—Mientras no me delate ante nuestros compañeros, entiendo que sí lo está haciendo.

Un cúmulo de sensaciones se desata dentro de Amy. Indignación, enfado, pero aun así, la vista se le va una y otra vez al lienzo que hay en el centro de la sala. Quién sabe cuántas veces Müller ha llegado temprano a la Academia, cuántas ha pintado una de esas obras degeneradas, terribles, para luego destruirlas.

Amy no entiende, en este instante, por qué entre todos esos sentimientos que la abruman de repente se abre camino la pena.

—Pienso mantener mi palabra —replica Amy, orgullosa—. Voy a contarles a todos de dónde proviene usted.

El muchacho, lejos de responder, coge el lienzo. Lo raja primero por la mitad manchándose los dedos de rojo y amarillo, y luego esos trozos también, hasta que todo queda irreconocible.

Amy experimenta una sensación extraña, de pérdida.



Pérdida. En eso también piensa Josephine March cuando, por fin, su sombrero decide liberarse de todas sus ataduras y sale volando hacia atrás.

La joven alcanza a decir:

—¡Nos vamos a matar!

Aunque, para ser sinceros, lo hace medio doblada por la risa, una risa que le sirve para convencer a Teddy Lawrence de que lo que en realidad necesitan es *ir más rápido*.

El muchacho, entonces, sacude las riendas de la calesa y el caballo que tira del vehículo da un salto hacia delante con un relincho.

Los buenos ciudadanos de Concordia, expertos en el arte de caminar deprisa sin perder la compostura, observan, quizá no con desagrado, pero sí con sorpresa, la calesa que avanza a gran velocidad. «El orden es el germen de todas las cosas buenas», anuncian las pantallas, prácticamente como si se dirigieran a ellos. «Orden social, orden moral, orden espiritual, todas las virtudes se desprenden del orden. ¡Ciudadano, no lo olvides!»

Theodore, a pesar de los ruegos de Josephine, no obliga al caballo a frenar hasta que llegan a la plaza de la Paz, e, incluso así, tira de las riendas con una brusquedad despreocupada, que hace que la calesa se tambalee.

—Estoy segura de que nos hemos metido en un buen lío —lo reprende Jo cuando, por fin, puede preocuparse por hablar y no por sujetarse con todas sus fuerzas al borde de la calesa.

—No sea exagerada, mujer. —Teddy Lawrence arquea las cejas un par de veces en un gesto burlón—. No ha pasado nada. Estamos bien. ¡Sería distinto si hubiéramos atropellado a alguien!

—¡Estaría bueno! —exclama ella como respuesta. Quizá todo esto sea más de lo que Jo puede asumir en un solo día—. ¡Llevarnos a algún pobre inocente por delante…! Detenga la calesa, ¿quiere? Es mejor que me baje.

Con un murmurado «Sí, señorita», el muchacho conduce el carruaje hacia uno de los lados del edificio del secretariado. Allí ya aguardan una ristra de vehículos, tanto de tracción animal como autopropulsados.

Josephine descubre, alarmada, como un agente de azul del Secretariado de Higiene Social los observa fijamente. Ella, desde luego, no ha hecho nada malo. Nunca ha tenido nada que temer de los agentes que, al contrario, están ahí para su protección y bienestar.

No obstante, una náusea le sube por el esófago.

El agente mira en su dirección, levanta las cejas por la sorpresa, pero acaba por darse la vuelta. Acto seguido, un mozo de servicio se apresura a sujetar el caballo por el morral mientras el joven Lawrence baja de un salto de la calesa. Josephine hace lo propio, pero el corazón todavía le late en el pecho, excitado, y decide saltar del vehículo ella sola, sin ayuda de nadie.

—De todos modos —le hace saber a su vecino—, le agradezco su compañía y el trayecto.

—Ha sido un placer, señorita March.

Se supone que debería hacer una pequeña reverencia, pero en ese momento la muchacha decide que no. Teddy Lawrence tendrá que conformarse con que le ofrezca la mano.

Sus hermanas y Marmeese escandalizarían sobremanera si la vieran; pero después de su aventura en la calesa, Josephine se siente muy valiente esta mañana.

Después de que un perplejo, aunque divertido, Theodore Lawrence estreche su mano a modo de cortesía, ella se dirige hacia el secretariado con paso rápido.

Una vez cruza las puertas, su día se vuelve idéntico a tantos otros. Llega a la oficina de las redactoras, se sienta tras dedicar una sonrisa a sus compañeras y deja que sus dedos vayan dando forma a los discursos que aparecen luego en la información pública. De vez en cuando, la actividad en la sala se vuelve más frenética en cuanto la tía March, la supervisora March como quiere que la llamen, aparece.

Aun así, Josephine siente un vértigo en el abdomen, el mismo que sentía mientras iba a toda velocidad sobre el carruaje, que no la abandona con el paso de las horas.

Es más, esta tirantez en el bajo vientre se intensifica cuando escucha por todo el secretariado el sonido de las sirenas. Es ya la hora del almuerzo. Jo se levanta, demasiado rápido quizá, y se obliga a respirar profundamente porque, si se pone en pie muy deprisa, entonces parecerá que no le gusta su trabajo y, si su quehacer diario no la satisface, eso la convierte en una desagradecida. Y Josephine agradece mucho, *muchísimo*, su trabajo.

Muchas de sus compañeras se preparan para ir a la gran cantina que hay bajo el mismo secretariado pero Josephine, como hace a menudo, sale en sentido contrario junto a su fiambrera y una sonrisa expectante.

Va a almorzar con su amiga. Sí, esa amiga (y única) que tiene en el trabajo.

Las primeras semanas de Jo como redactora fueron las más solitarias de su vida. Aunque se encontraba casi siempre rodeada de gente, era completamente distinto del bullicio continuo, de los gritos (mayoritariamente de cariño) que siempre han reinado en su casa. Un día, solo uno, Jo intentó almorzar en la cantina. El silencio sepulcral que allí encontró la hizo desistir. Entonces, comenzó a investigar. Descubrió que no había ninguna norma, de moral o de organización, que prohibiera salir al exterior durante los descansos.

Por ello, esos primeros días, Jo salió por una de las puertas laterales del secretariado como hace ahora. Y, también como hace en este preciso instante,

se sentó en un banco rodeado de parterres de flores y dejó sobre sus rodillas una tartera de metal desgastado, la misma que usaba cuando era una niña mucho menos cuidadosa de lo que es ahora.

—Lamento llegar tarde.

La voz, suave y tan querida, hace que Jo se dé la vuelta.

—Al contrario, llega usted justo a tiempo —responde mientras se hace a un lado en el banco.

Estar con su amiga Frida Bhaer produce en Jo un efecto similar al que siente cuando acompaña a Beth. Todo en ella, todo su interior, parece sosegarse. La cadencia de su voz parece más suave también y su sonrisa más dulce.

Frida se queda a su lado, de pie. Lleva el cabello pulcramente recogido, cosa que despeja su cara y resalta sus pómulos altos, una nariz que es más bien aguileña y que siempre logra atrapar la atención de Jo, incluso a veces mucho más que los ojos tan azules de su amiga. Ojos que, ahora, la observan interrogantes.

—Me han contado que hoy ha hecho una entrada triunfal en el secretariado, señorita March.

De inmediato, Jo se tapa la boca con las manos ¡Qué bochorno pensar que su amiga se ha enterado de sus carreras con Theodore Lawrence!

—Sí... —comienza. En un instante, Jo piensa en diez inicios de frase seguidos, docenas de excusas—. Ha sido… ¡Ha sido Theodore Lawrence, nuestro vecino, quien ha insistido en llevarnos a mis hermanas y a mí…!

Frida ladea ligeramente la cabeza. Sus ojos azules parecen más inquisitivos que nunca.

—¿Lawrence? ¿Acaso es pariente del honrado Lawrence, el caballero al frente del Secretariado de Higiene Social?

Jo asiente sin pensarlo, aunque enseguida comienza a notar una presión de vergüenza en el estómago. Es una sensación que no debería tener, pero que tampoco puede evitar, cuando está junto a su amiga. Aquí están, hablando de carruajes, de ciudadanos honrados, cuando Frida, que es una de las mejores personas que Jo conoce, cuando Frida…

Sí, se avergüenza de hablar de algo que Frida no podrá tener seguramente nunca, pero más vergüenza siente Jo cuando piensa en el día que conoció a su amiga. Ese día estaba sentada en el banco, estaba comiendo, y vio a la muchacha acercarse. Frida no era muy distinta de lo que es hoy; quizá llevaba otro tipo de peinado, otro vestido bajo su guardapolvo gris, pero era la misma que ahora está sentada a su lado. La diferencia es que, aquella primera vez, Josephine no la miró. No hizo ni siquiera amago de cederle espacio en el banco.

Pero es que eso hay que hacer con los desahuciados: ignorarlos siempre que sea posible, y ese guardapolvo, propio de los limpiadores del secretariado, la señala como a alguien que hay que evitar.

—¿Cómo es? —pregunta entonces Frida antes de añadir—: ¿Cómo es montar en carruaje? Nunca tuve la oportunidad…

Frida no siempre se contó entre los desahuciados. Había sido una buena ciudadana, había vivido en una casa en los barrios residenciales, como ella. Jo cierra los ojos.

—¿Conoce esa sensación de estar cayendo que se tiene a veces justo antes de dormirse? — Espera a que Frida asienta, y luego continúa—: Pues similar. Mucho menos intensa, pero más duradera. Divertido —sentencia al fin—. Es divertido.

—Me alegro de que lo pasara bien. Y de que hiciera buenas migas con su vecino.

—Es un muchacho… peculiar —A medida que habla, Jo puede sentir la idea formándose en su cabeza—. Oiga… la próxima vez que lo vea en su calesa podría preguntarle… podría preguntarle si no le importa llevarla a dar una vuelta a usted. ¿Qué le parece?

No es hasta que Jo acaba de hablar que se da cuenta de su error. ¡Qué desastre! Frida la mira con temor, ya que incluso plantearse aceptar la propuesta comportaría falta de mal pensamiento.

—No creo que sea… No, no creo que sea ni por asomo apropiado… No puedo. Pero que usted me lo cuente es suficiente.

—Lo siento, no había pensado que…

—No se preocupe —la corta Frida.

—Pero…

—No se preocupe, querida. —Para acabar de convencerla, Frida le pone una mano tranquilizadora en un brazo. Aunque Jo sigue sintiéndolo profundamente, porque los Lawrence son ciudadanos honrados y, por lo tanto, están en lo más alto del escalafón social y Frida se encuentra en el más bajo, y es su deber recordarlo—. Dígame, señorita March, ¿qué trae hoy para almorzar?

El cambio de rumbo en la conversación es, para Jo, una ayuda inestimable. Trata de ignorar su metedura de pata y palmea la tartera metálica que tiene sobre las rodillas.

—Empanada de carne. ¿Le apetece?

—¿Y cómo, bondad graciosa, ha conseguido la carne?

La señorita Bhaer levanta las cejas, sorprendida. Es, sin exagerar, una cabeza más baja que Jo. Todo en ella es suave y redondeado, acogedor, aunque hay una punta de tristeza en la comisura de su sonrisa.

—He dicho carne, pero debería llamarla proteína. ¿Acaso no es lo mismo en esencia? —responde Jo rápidamente—. Mi hermana Meg la ha preparado. Ella siempre dice que con un poco de cultivo de proteína, harina y verdura liofilizada puede cocinarse un pastel de carne como los de antes.

A Jo le hace una cierta gracia que Meg diga eso cuando no queda nadie en el país lo bastante anciano como para recordar cómo eran los pasteles de carne de verdad. A la señorita Bhaer le hace reír también.

—Cuando vea a su hermana, señorita March, acuérdese de decirle de mi parte que soy su más ferviente admiradora.

Mientras Jo asiente, Frida procede a preparar su propio almuerzo. Vierte el contenido de un sobre de plástico metalizado en un cuenco que luego se dispone a rellenar con agua caliente de un termo. Incluso los más pobres entre los desahuciados reciben sopa de sobre en sus raciones estipuladas, y la que va a tomar Frida no tiene mal aspecto.

Durante unos pocos minutos comen en silencio. Eso mismo hacían al principio, cuando Jo se sentaba sola en el banco y Frida repetía la acción exacta. Cada una almorzaba por su cuenta, aunque se miraban de reojo. Así pues, llegó un buen día, quizá por cansancio de verse siempre y no hablar, que Frida Bhaer comenzó una conversación que todavía no se ha acabado.

—Hoy se cumplen cuatro años —afirma Frida de repente, mientras deja su cuenco de sopa a un lado.

Jo tarda unos segundos en entender a qué se refiere. Incluso así, se demora un breve tiempo en plantear la pregunta:

—¿Va a dejar el luto entonces?

Hace cuatro años, según sabe Jo, el prometido de la señorita Bhaer murió. Fue un caso de lo más trágico, ya que el joven falleció en uno de los bombardeos que periódicamente azotaban a la ciudad. Frida pudo mantener su estatus durante un tiempo con mucho esfuerzo, pero inevitablemente llegó el día en que sus méritos no fueron suficientes. Tuvo que dejar su casa, su trabajo y su vida. El fin de los cuatro años de luto parecen una nimiedad pero Jo se alegra por su amiga. Quizá podrá vestirse con más colores que no solo sean el negro y el gris, y también podrá pasar página, perder ese punto de tristeza en la sonrisa.

—Todavía no lo he decidido.

Jo asiente. Ella también ha acabado de comer y deja que su mirada se desvíe hacia la zona ajardinada en la que se encuentran. Este lateral del secretariado es siempre tranquilo en contraposición al bullicio de la entrada principal. Ni siquiera hay pantallas aquí.

—Pero… —comienza Frida un instante después—. Esto me hace pensar en su hermana.

—Meg todavía tiene esperanza… —se apresura a decir ella.

La tiene. Si alguien cree, confía con todas sus fuerzas, con toda su alma, esa es su hermana Meg.

—Me alegro, ¿sabe? —Hay una cadencia extraña en las palabras de Frida. Pesada, lenta, como si eligiera cada término, uno a uno, antes de pronunciarlos—. Me alegro mucho. Y espero que el señor Brooke regrese del frente sano y salvo. Lo deseo de veras.

—Todos lo esperamos.

Frida Bhaer asiente. Entonces, abre la boca. Vuelve a cerrarla. La mano de la joven, que estaba apoyada en su regazo, se pone tensa.

—Señorita March, me gustaría contarle…

—¿Sí? —interviene Jo, pero Frida no responde.

Al contrario, aprieta los labios y observa a su alrededor, aunque no haya nadie. Solo una cámara instalada bajo la cornisa de la fachada del edificio del secretariado, pero está muy lejos.

—Nada. No es nada.

Jo vuelve a asentir un segundo después, más para sí misma que para su amiga, y luego la observa de reojo. Está deseando decirle alguna cosa. No solo eso. Siempre que está con ella Jo siente un impulso traidor bajo las costillas, uno que parece empujarla a estar más cerca de Frida, a acortar la distancia que las separa en el banco, a inclinarse en su dirección.

Josephine March, de repente, mueve la cabeza. Abre los ojos como si acabara de salir de un encantamiento.

—Ya es la hora —musita, no sin un punto de fastidio en la voz.

Ambas jóvenes van juntas hasta la puerta de acceso al secretariado. Aquí, sus caminos tendrán que separarse, y quizá sea por eso que siempre remolonean algo más.

—Que tenga usted un buen día, señorita March —dice Frida por fin.

—Que tenga usted todas las bendiciones en el día de hoy, señorita Bhaer —le responde Jo, poniendo una mano en el picaporte.

Entran. El calor dentro del secretariado, ese calor bochornoso, provoca que sus mejillas se sonrojen.

Las pausas para el almuerzo apenas duran unos pocos minutos, pero Josephine las espera cada día con ansia. Quizá su relación con Frida no vaya más allá del trabajo (no puede ir más allá del trabajo, puesto que son demasiado distintas) pero, de todos modos, esos minutos que comparten son siempre un momento perfecto. Un momento de calma.

Aunque piensa que hoy algo la inquieta. Esa cosa que Frida quería contarle, que luego ha callado. Antes de separarse de su amiga, Jo la observa

por si ahora quisiera decir lo que no se ha atrevido antes, pero Frida Bhaer le sonríe, le toca la mano con suavidad a modo de despedida.

—Intentaré estar mañana en el mismo lugar a la misma hora.

Josephine se marcha en dirección a la sala de redactoras. Su amiga, con su guardapolvo de color gris, se va a reunir con el resto del personal de limpieza.

8

Qué sería de la gente sin los chismes? Los chismes, las habladurías, desde luego que están mal vistos en Concordia, porque todo lo que se aleje de la verdad se considera falta. Aun así, tradicionalmente, se ha hecho la vista gorda ante pequeñas habladurías que no hacen mal a nadie, pero que provocan que este invierno, que parece no querer irse del todo, sea más soportable.

Una de las más jugosas esta semana en la ciudad trata, por ejemplo, de las protagonistas de esta historia. Sí. Las hermanas March, las dos menores, Josephine, siempre tan indómita, tan impulsiva, y (para sorpresa de muchos) su hermana Amy, a quien todo el mundo considera una señorita perfecta, han sido vistas en compañía del joven Theodore Lawrence.

No solo en compañía. Lo cierto es que desde ese primer día en el que el joven Theodore, el nieto del honorable señor Lawrence, secretario de Higiene Social, decidió ofrecerse a llevar a las hermanas March en su calesa, ha seguido haciéndolo a lo largo de toda la semana. Durante estos días, las calles de Concordia se han agitado al paso de la calesa de color blanco inmaculado recorriéndolas a una velocidad que rozaba lo temerario. Incluso de vez en cuando los vecinos han levantado las cejas, sorprendidos, al escuchar algún chillido de emoción.

El fin de semana, que se supone de descanso y recogimiento, amanece con un cielo teñido de tonos rosados, tonos de frío intenso. Eso no preocupa ni lo más mínimo a Josephine March, que sigue dentro de la cama, tapada con las mantas. Al fin y al cabo, después de los días de trabajo, necesita el confort de un sueño reparador.

Un sueño reparador que, para desgracia de ella, se rompe. Pasos apresurados suben por las escaleras. En otras circunstancias, habrían horrorizado a quien está provocando ese mismo estrépito, que no es otra que la joven Amy. Por desgracia, Amy siente demasiada urgencia por despertar a su hermana como para preocuparse por dar los pasitos, cortos además de silenciosos, que se esperan de una señorita de bien.

—¡Jo! ¡Jo! ¡Josephine, despierta!

No contenta con gritar desde la puerta de la habitación, Amy entra y se sienta sobre la cama de Jo que, como respuesta, ya se había dado la vuelta.

—Apenas acaba de salir el sol. Todavía puedo dormir unos minutos más. Amy, por caridad…

—¡Está aquí!

Jo esconde la cabeza bajo la colcha, pero no por eso Amy se rinde. Al contrario:

—¡Está *aquí*!

De repente, esta frase consigue que la muchacha se levante de golpe a pesar del frío y del sueño, y que lo haga con el corazón acelerado. Tanta emoción, piensa Josephine, tanta prisa por despertarla cuando el sol apenas asoma, solo puede significar que…

—¿Quién? ¿Es pa…?

No logra acabar la frase, Amy la interrumpe:

—¡El joven Lawrence! ¡Pregunta por ti!

Y así como Amy pronuncia estas palabras con un soniquete agudo, sin duda fruto de la emoción, a Josephine March le provocan lo mismo que un cubo de agua fría lanzado directamente sobre su cabeza. Todavía tarda un segundo en asimilar que Theodore Lawrence ha dejado de ser una figura silenciosa en la ventana de la casa de al lado para volverse tangible, un ser de carne y hueso. Los recuerdos de toda la semana la asaltan a medida que se despierta. Piensa en el baile y en todo lo que ha ocurrido después, y luego considera que de ninguna manera el joven Lawrence está en la casa por ella.



Superada la incredulidad inicial, Jo se acicala a toda prisa, como siempre de espaldas a la ventana. Tras pensárselo unos segundos, decide no ponerse el vestido verde que le gusta a la tía March, un atuendo que, de todos modos, aborrece como el primer día. Opta por un vestido azul, mucho más sencillo. Una prenda que no hace destacar ni su figura, ni su pelo ni sus ojos, pero tampoco, se dice para tranquilizarse, hay nada que deba realzarse. El señorito Lawrence habrá venido a una visita de cortesía, como hacen los buenos vecinos.

Se lo encuentra sentado a la mesa de la cocina tan radiante, tan limpio y tan

planchado como lo vio la noche del baile.

Al darse cuenta de su presencia, Lawrence se levanta apresuradamente, poniendo en juego la estabilidad de la mesa y, por ende, la de un montoncito de pastas de aspecto celestial que reposa sobre ella. Al mismo tiempo, Meg corre a sacar del fuego una tetera que ha elegido justo ese instante para comenzar a silbar, y Amy deja escapar una exclamación de asombro, con toda seguridad por culpa de la indumentaria de Jo.

Ella, mientras tanto, respira hondo. Theodore Lawrence es la primera visita que tienen en años. Sabe que Beth, en su escondite, está a salvo. Lo sabe, pero, aun así, se siente zozobrar un instante.

—Señorita Josephine, le pido disculpas. Acabo de comprobar que en mi afán por aprovechar este día me he presentado a una hora demasiado temprana, aunque déjeme decirle que está usted encantadora.

—¿De veras no se ha dado cuenta de que era tan temprano? ¡Apenas ha salido el sol!

Josephine ignora la mirada de inquietud que proviene de su madre y sus hermanas, así como el cumplido que acaba de recibir. De inmediato, Lawrence echa la cabeza hacia atrás en una risa despreocupada.

—Le prometo por mi honor que no me había dado cuenta. Me he levantado con energía y no me he parado a pensar en que quizá era yo el único en hacerlo. ¿Puedo ofrecerle una galleta como ofrenda de paz?

Antes de que el muchacho pueda hacer nada más que acercarle la bandeja, Meg se le adelanta.

—Son galletas hechas con verdadera mantequilla. ¿Te lo puedes creer? —Eso era verdaderamente extraordinario. Hace generaciones que nadie ve una vaca en Concordia—. Ven, Jo, ven. Siéntate aquí —añade, empujándola suavemente, pero con firmeza, hasta la silla junto a la de Lawrence—. De mantequilla. Parece mentira.

—El señorito Lawrence ha sido muy amable —la corta Marmee, encargada en última instancia de que sus hijas no se dejen llevar por la excitación de tener no solo a un joven, sino también uno de tan elevada posición, en la cocina de su casa y no en el saloncito de las visitas—. De hecho, me atrevo a decir que ha sido demasiado amable. Galletas de mantequilla verdadera, habrá sido una odisea encontrar algo así.

—Le suplico que no repita eso —responde el muchacho, raudo—. ¿No es una virtud el compartir? Todo es poco para mis buenas vecinas.

Todas en la casa se fijan en que ha dicho esas palabras con la vista puesta en Jo.

Marmee, con una mirada rápida, le indica a Meg que es el momento de servir el té mientras el joven, con una sonrisa radiante, luminosa incluso, va

ofreciendo el platito con las asombrosas y delicadas galletitas: primero, a Marmee y, luego, al resto de las señoritas March. La sonrisa se hace todavía más ancha al comprobar cómo la cantidad de galletas baja significativamente y, después, al reparar en el piano que ocupa un lado del ya de por sí abarrotado salón.

—¿Alguna de ustedes toca el piano?

No podría haber planteado una pregunta más desafortunada, claro. Lo demuestra el silencio sombrío que se hace en el salón casi al instante, un silencio que tiene la virtud de recordarle a Theodore Lawrence una conversación que ya ha mantenido con Jo días atrás.

—Disculpen… lo había olvidado. Les pido mil disculpas.

—De niña sufrió un brote de poliomielitis —interviene Marmee con tristeza, aunque manteniendo la perfecta compostura que se espera de una mujer de su categoría. Este discurso, palabra por palabra, es el mismo que han repetido madre e hijas a todo el mundo que quisiera escucharlo durante años. Cada palabra está dicha con la cadencia perfecta, la mezcla idónea de entereza y pena, y cada palabra también tiene un efecto devastador en Josephine—. Pero, gracias a las virtudes y a su buen corazón, pudo superar la enfermedad. No fue hasta hace dos años que descubrimos las secuelas que aquello había dejado en la pobre Beth. La *malasangre* volvió a manifestarse. Ni siquiera vivió lo suficiente como para ser ingresada en una de las casas de salud.

En realidad, Beth quería ir a las casas de salud. Cuando la enfermedad regresó, cuando ya no podía controlar los síntomas con los analgésicos que recibía periódicamente, ella, tan joven y frágil, decidió aceptar su destino. Era, al fin y al cabo, un sacrificio por el bien de todos. Fueron ellos, Marmee, papá, sus hermanas, quienes la convencieron. Quienes pensaron en un plan y cometieron la falta. Sí, la historia de Beth, su sacrificio, no hace más que estremecer a Jo. Aun así, parece que surte efecto en Theodore Lawrence porque el muchacho asiente, solemne.

—Entiendo. La muerte de un ser querido siempre es motivo de tristeza, siempre. Les pido disculpas otra vez por mencionarlo.

—Pero en esta casa siempre hemos amado la música —responde Marmee, con voz dulce—. De modo que hablar de ello es un homenaje a nuestra pequeña Beth así que, se lo ruego, no esté triste. No hay maledicencia en sus palabras, solo desconocimiento.

A Theodore Lawrence parece que lo convencen, incluso lo tranquilizan, las palabras y el gesto maternal de Marmee, quizá por ser él, a su vez, un huérfano. Todavía se demora unos segundos en coger de nuevo el plato de galletas y en seguir hablando, aunque lo hace con voz más suave y gestos más estudiados. Poco a poco, la conversación vuelve a animarse, pasa del baile al

que las hermanas asistieron, a las últimas noticias en Concordia, a las idas y venidas de las figuras más prominentes de la ciudad. Este es, en realidad, un desayuno de lo más agradable, uno de esos que recordarán las hermanas March, a pesar de la tensión que irá creciendo en la familia a medida que transcurra el tiempo.

—En fin, señoritas, señora… —sentencia finalmente el encantador Lawrence. De las pastas de mantequilla verdadera, a estas alturas, quedan poco más que migajas y la gran tetera que ha preparado Meg ya está fría. El joven Lawrence se levanta de su silla con un movimiento de paso de baile que las hermanas March siguen con la mirada—. Voy a dejarlas con sus quehaceres diarios. Ya les he robado demasiado tiempo.

De inmediato, se arma un revuelo excitado, una avalancha de frases corteses sobre lo agradable de la visita. Aun así, Lawrence se levanta.

—Pero esperamos que vuelva a visitarnos, ¿verdad, ciudadano Lawrence? —Suspira Amy con aire esperanzado.

El muchacho se vuelve hacia ella, aunque no sin antes dedicarle un guiño de ojo a Jo, que primero piensa haber imaginado, y luego recuerda que, por alguna razón, el joven le ha dicho que estaba encantadora con su vestido azul.

—Si ustedes me lo permiten, volveré encantado.

Una segunda oleada de frases de cortesía invade el saloncito mientras Lawrence se deshace en elogios y compone cuatro reverencias, una para cada una de ellas.

Abre la puerta de la casa entre una tercera y última lluvia de cordialidades. Theodore Lawrence está sonriendo mientras se aleja.

Al cerrar la puerta detrás de él, la casa queda sumida en un silencio extraño. Madre y hermanas se miran entre ellas. Jo, consciente de estar de espaldas a la cámara que se ve desde el vestíbulo, es la única que dirige una mirada nerviosa hacia el fondo del pasillo, allí donde está el acceso al sótano. En cuanto pueda hacerlo, se dice, bajará a hablar con Beth.

Meg es la primera que rompe el silencio.

—Galletas —dice, moviendo la cabeza con incredulidad—, galletas de mantequilla verdadera. Vivir para ver.



Podría haber quedado en una sola visita de cortesía. Al fin y al cabo, la

amabilidad entre vecinos no solo es algo visto con buenos ojos en Concordia. Es algo deseado, positivo. No en vano, la solidaridad es una de las siete virtudes del buen ciudadano.

Así pues, las hermanas March no habrían esperado, ni tampoco habrían exigido nada más de Theodore Lawrence. Cuál es, sin embargo, su sorpresa cuando, pocos días después, el muchacho vuelve a llamar a la puerta de la casa armado con una sonrisa que habría derrumbado murallas y, por si hiciera falta, también una nueva remesa de galletas de mantequilla verdadera. A lo largo de las semanas, las visitas y los paseos en la brillante calesa de la familia se han vuelto tan habituales que el joven Lawrence, con su sonrisa aparentemente infinita, educado, ingenioso, ha pasado a ser algo tan familiar en la casa como si de la decoración se tratase.

Por si fuera poco, ha ocurrido otra cosa, otra cosa extraordinaria, ciertamente, durante estos días: la música ha regresado a la casa March. Notas de piano, bellísimas, llenas de sentimiento, que desde hace días salen de la mansión Lawrence y se cuelan por puertas, por ventanas, por todos los recovecos de la casa.

¿Quién sabe qué otras cosas maravillosas pueden ocurrir de la mano de esta especie de pariente que acaba de entrar de la familia? Es de lo más normal que, inquieta por esta pregunta, Amy lleve días con el sueño ligero, levantándose temprano e intentando averiguar qué novedad le deparará el día que comienza.

Hoy vuelve a ser día de descanso, pero incluso así, Amy March hace lo mismo que últimamente: se despierta, se prepara primorosamente la cara, el cabello, la indumentaria, y todo ello lo lleva a cabo cuando afuera todavía es de noche.

Ella ya está lista cuando su madre se despierta la primera y luego lo hace Meg. Está igualmente preparada cuando un golpe en el suelo indica que Jo también se ha puesto en pie.

Theodore Lawrence ha aprendido la lección. Llega justo con la primera señal de la megafonía pública, a la hora de desayunar, y lo hace cargando un capricho mucho más exótico que unas galletas: una cesta llena de naranjas. Tan frescas y tan brillantes que parecen sacadas de un cuadro de Amy. El joven aguanta estoicamente el interrogatorio al que es sometido, se niega a revelar el origen de la fruta, justificándose con un «¿Acaso van a saber más dulce?»

—En realidad —añade Theodore, muy divertido al ver cómo las hermanas March observan ese nuevo regalo con devoción. Ni siquiera se le pasa por la cabeza que, quizá, sea la primera vez en su vida que ven una fruta así—. Tengo una propuesta. Si a la señora March le parece bien, por supuesto.

La interpelada, Marmee, levanta una de esas cejas suyas, una ceja levantada como aviso de que a ella con regalos y zalamerías no se la puede comprar. Imperturbable, Theodore mantiene su sonrisa.

—Hoy es día de descanso —comienza a decir, aunque para las jóvenes March esas palabras ya empiezan a sonar excitantes—. Hoy no hay reuniones, ni penitencias, ni cosas por el estilo. Puedo, oh, puedo, por piedad… ¿Puedo llevar a las señoritas de la familia March a pasear?

Hace demasiado tiempo que Marmee March no ríe de esa forma, echando la cabeza hacia atrás, como si hubiera recibido un golpe en medio del pecho que la dejara sin aliento. Es una carcajada amable, sin atisbo de burla. Cuando se recupera, la mujer mira a los ojos suplicantes del muchacho y luego a los de sus propias hijas. Por lo menos, a los de dos de ellas.

—¿Meg? —la llama, porque su tercera hija, en cambio, tiene la cabeza baja en un gesto avergonzado. También tiene cruzados los brazos y girado el cuerpo de espaldas a ella—. Meg.

—¿Podemos ir, Marmee? ¡Por favor! —exclama Amy ajena a todo. Todavía tiene entre las manos una de las naranjas que les ha traído su vecino. Ha alabado largamente el aroma de la fruta y ha prometido que la tendría con ella todo el día solo para disfrutar de él, y ahora agita la naranja con un gesto enérgico—. ¡Por favor!

—Y hoy… Hoy es día de descanso —repite con fervor Jo. Al ver lo distinta que es su actitud ahora, comparada con la angustia que fue convencerla para ir al baile de los Lawrence, Amy hace una mueca—. Hoy se supone que debemos descansar,¿verdad, Meg? —añade la joven.

Pedir la opinión de Meg es la baza más segura con la que cuenta Jo, ya que su hermana mayor es indudablemente la voz de la sensatez en esa casa. Aun así, no todo sale como Jo pretende, pues Meg ladea la cabeza. Tiene la mirada perdida en un punto más allá de la ventana.

—No lo sé… No sé si…

—Si es un problema, no… —intenta decir Theodore, aunque no parece que alguna de ellas esté interesada en su opinión.

—Meg, querida…

Marmee ya se acerca, mientras Meg hace un mohín de disgusto.

—¡Pero Meg! —Amy clama al cielo con esa dichosa naranja todavía en las manos—. Bien que fuimos al baile, tú misma…

—¡El baile era un acontecimiento oficial! ¡Nos invitó el señor Lawrence y por lo tanto fue lo correcto ir! Pero exhibirse de este modo como lo habéis hecho estos días… ¿Qué dirá la gente? ¡No puedo permitírmelo!

Meg no grita jamás. Meg es la personificación de la calma, una muchacha más que dulce, dócil. Por eso, su grito sorprende tanto a sus hermanas.

También se sorprende, a decir verdad, ella misma. La joven cierra la boca con fuerza, mira a su familia, alarmada. Meg se siente al borde del precipicio, pero no quiere desmoronarse.

—Meg —la llama Marmee, con la esperanza de detener el terremoto que se avecina.

Amy le toma las manos temblorosas.

—Meg, cálmate. Por favor, piensa en…

Pero Meg hace algo impensable. Meg se desmorona en una cascada de llantos y de hipidos mientras repite una letanía que dice así:

—No puedo permitírmelo. No puedo. No puedo…

Como si se tratara de un pequeño *ballet* familiar, las otras mujeres se ponen en marcha. Marmee, el pilar de todas ellas, rodea a su hija mayor con ambos brazos. Amy corre hacia la puerta de la cocina y la cierra, y ajusta también los postigos de las ventanas mientras que Jo tiene el deber de ir a preparar una tetera y unos paños mojados con agua fría para detener cuanto antes este despropósito.

—¿Qué puedo hacer yo? —pregunta Theodore Lawrence, y nadie le responde.

Durante unos minutos, Meg sigue hecha un mar de lágrimas y repitiendo esas palabras de antes, unas palabras que su madre y sus hermanas no entienden, hasta que Meg añade:

—No puedo permitirme ninguna falta.

No es de extrañar que sea Marmee quien, por fin, la comprenda. No en vano, se encuentran en una situación parecida.

—Meg —la llama, como queriendo que su hija regrese de ese lugar terrible dentro de su cabeza que la tiene atrapada—, haces muy bien. Tu comportamiento ejemplar, no me cabe duda, ayuda al pobre señor Brooke. Seguro que sus superiores allí lo tienen en cuenta, querida. Seguro que el comportamiento de todas nosotras, que es siempre excelente, ayuda también a vuestro padre. No llores, Meg. Esa sí es una debilidad imperdonable.

Esas palabras son como un revulsivo para Meg. La joven, con todo su aplomo, yergue el cuello y toma el paño mojado que le tiende Jo para frotarse los ojos. Le quedan colorados, una marca de vergüenza que ella odia de inmediato.

—Es una debilidad imperdonable —repite—. No volverá a ocurrir. No volverá a ocurrir, lo juro.

Meg acompaña sus palabras con la más feliz de las sonrisas. Como debe ser.



En pocos minutos, este pequeño incidente queda olvidado. Se decide por unanimidad que serán los más jóvenes, es decir Theodore, Josephine y Amy quienes salgan a disfrutar del día.

¡Qué caras de regocijo las suyas cuando abandonan la casa cargando con una cesta que les ha preparado Meg con todo su afecto! ¡Qué ufano camina Teddy, qué ilusionada va Jo, cuan henchida de orgullo avanza Amy hasta la mansión Lawrence, donde ya les espera la calesa blanca!

Es una bonita estampa verlos a los tres marchar calle abajo. Esta vez, quizá por el recuerdo todavía reciente del incidente con Meg, Teddy mantiene la velocidad de la calesa bajo control. De este modo, también quedan más expuestos a las miradas de sus vecinos que también han aprovechado el día de descanso para pasear bajo un sol que de tan brillante que es, aunque calienta muy poco, parece pintado en el firmamento. Pero ¿acaso les importa ser vistos? No, al contrario.

—¡Mirad! —exclama Amy cuando ya están a medio camino de su destino —. ¿Podemos acercarnos?

La pregunta de Amy responde a que otro carruaje ha aparecido por la calle, uno cuyos ocupantes la joven cree conocer.

—No solo esto, señorita Amy… ¡Agárrese!

A un gesto del muchacho, su calesa se echa hacia delante a toda velocidad hasta el punto que no solo alcanza, sino que supera rápidamente, al otro vehículo. Mientras se alejan, los tres saludan con la mano al pasar, como dictan las reglas de la buena educación. La que lo hace con más entusiasmo es Amy al reconocer que en el carruaje, efectivamente, va su compañera en la Academia Fidelity Gardiner y que, además, su calesa es más vieja y va tirada por un caballo mucho más cansado que el suyo.

Entre risas (¿qué mal hay en unas pocas risas inocentes?), la calesa blanca de los Lawrence llega al más interior de los jardines concéntricos de Concordia, el que separa los suburbios residenciales de la plaza de la Paz y de la miríada de oficinas y secretariados que allí hay.

Es un lugar hermosísimo en cualquier época del año, tremendamente popular entre los buenos ciudadanos que vienen a pasear y a que les dé el aire. «*Mens sana in corpore sano*», suelen recordar las pantallas de los alrededores. Es aquí donde almuerzan Teddy, Jo y Amy, sentados sobre un mantel de

cuadros blancos y rojos, y bien abrigados con mantas mullidas que el joven Lawrence ha sacado de debajo de los asientos de la calesa.

Es, para ellos, una velada memorable: comen patatas y proteína vegetal estofadas, galletas, un pan plano y cocido directamente en el horno de la casa, todo fruto de las artes culinarias de Meg. La conversación es también de lo más agradable, ya que Teddy solo quiere escuchar las anécdotas y las historias que tanto Jo como Amy le cuentan encantadas sobre su familia.

Al mediodía, podría decirse que el sol calienta. Los restos del almuerzo yacen a su alrededor y Teddy da un bostezo perezoso.

—Señoritas, hoy estoy a su entera disposición, de modo que es mi deber preguntarles si quieren ir a alguna otra parte… Adonde sea.

Hay muchos lugares que visitar en Concordia. Al fin y al cabo, allí se vive bien. El día de descanso los buenos ciudadanos pueden ir al parque, visitar la pinacoteca o algunos de los museos nacionales, pueden reunirse en la plaza de la Paz o en cualquiera de los anfiteatros vecinales para escuchar la sabiduría de los Optimates, y siempre hay alguna actividad temática. Por esa razón, Teddy frunce los labios cuando Amy pregunta de repente:

—Sé que parecerá extraño, pero… ¿ha ido alguna vez a los suburbios?

No solo eso; ocurre algo inaudito, prácticamente un milagro, una bendición. Jo está de acuerdo con su hermana y exclama:

—Exacto… ¿Ha estado allí? ¿Alguna vez?

Teddy Lawrence, ante esa petición tan rara, no sabe qué responder. No se lo esperaba ni por asomo, pero, aunque él no lo sepa, ambas jóvenes tienen motivos más que suficientes para querer visitar, aunque solo sea desde lo alto de la calesa, los suburbios. A pesar de todo, la situación le parece el inicio de una estupenda aventura, de modo que se incorpora, y luego les ofrece una mano a cada una de ellas para levantarse.

—Como he dicho, señoritas, estoy a su total disposición —afirma, produciendo la enésima sonrisa del día.

Y hacia los suburbios se dirigen Theodore Lawrence, Josephine y Amy March. Desde el jardín circular toman una de las avenidas que se aleja del centro de Concordia. No tiene pérdida. Van a paso tranquilo, pero seguro. La arquitectura misma de la ciudad los guía, ya que a medida que ponen más distancia con el centro, las casas se vuelven más pequeñas, las calles más estrechas, hasta que se atisba el siguiente jardín anular, el que separa los barrios distinguidos, aquellos en los que viven los buenos ciudadanos, de los suburbios.

Pero ¿por qué tanta insistencia en ir? ¿Qué las mueve a ello?, se preguntarán algunos. Lo cierto es que cada hermana March tiene motivos distintos. En el caso de Amy, todo es culpa de su compañero de la Academia,

Oliver Müller. Esta, por mucho que lo ha intentado, no ha podido quitárselo de la cabeza desde que lo sorprendiera con ese cuadro que representaba un incendio.

Amy tampoco ha hecho efectivas sus amenazas. Ni ha desenmascarado a Müller delante de toda la Academia como lo que es (un desahuciado, un paria, alguien que no pertenece allí) ni tampoco lo ha denunciado ante sus profesores.

Oliver Müller se ha convertido para Amy en una piedra dentro de su zapato y esta señorita March siempre procura tener sus zapatos no limpios, sino prístinos por dentro y por fuera. La joven quiere verlo. Solo eso. Desea conocer de primera mano el mundo del que procede, no se conforma con lo que ve gracias a la información pública, ni con lo que lee en el Libro.

Quizá, si conoce el mundo de Oliver Müller, pueda verlo también a través de sus ojos.

En el caso de Josephine, su interés es, en realidad, más sencillo. Desde que conoce a la señorita Bhaer, desde que son amigas, ha intentado averiguar cómo es su vida. Cómo es vivir más allá del segundo anillo de la ciudad, pero Frida no ha querido contárselo nunca. Esta deliciosa excursión, acompañada de Teddy, que hasta ahora ha demostrado ser un gran compañero, y de Amy, que casualmente quiere lo mismo que ella, es el momento ideal para descubrir, por lo menos, algo de la realidad en la que vive su amiga.

Aun así, ni la una ni la otra comparten los motivos ni durante el trayecto ni cuando ya, por fin, Teddy afloja las riendas de la calesa. Han llegado al parque anular, el mismo en el que una vez al mes se celebra la ceremonia del reparto.

—¿Verdad que podemos avanzar un poco más? —pregunta Amy. Tiene una mano sobre el corazón, la otra se aferra al borde de la calesa.

Teddy alza la barbilla.

—Por supuesto que sí. Podemos ir a donde nos plazca —añade, poniendo más empeño en su voz que en el gesto pueril que hace para azuzar al caballo.

El parque, desde luego, no es tan grande ni tan hermoso como el del primer sector. Se ven aquí y allí bandas de tierra sin césped, y nadie se ha molestado en darles formas regulares a los árboles y a los setos. En este lugar también hay algo más que no se encuentra en el primero: una verja y, luego, un control.

Tres agentes del secretariado de Higiene Social los observan. Sus reflejan las luces cambiantes de las pantallas que se extienden a lo largo de toda la verja perimetral.

—¿No va a detenerse? —pregunta Jo, inclinada hacia delante para no perderse ningún detalle.

—Saben quién soy. Todos los agentes del secretariado me conocen.

La calesa sigue trotando alegremente hacia el control.

—Pero deberíamos detenernos igualmente —apunta Amy con voz dulce, y luego añade, aunque por la posición social y moral de Teddy seguro que conoce estas palabras—: Nadie, ni el mejor ni el más honrado, está por encima de lo que dictan las normas.

Teddy no frena. No. Con mano segura, guía la calesa hacia el control. Tiene una sonrisa en los labios que es tan tensa, tan desafiante, que Josephine y Amy intercambian una mirada de asombro.

Y ahí está el control. Los agentes, bien parecidos, siguen en medio del camino.

—¿Puedo confesarles una cosa, señoritas?

—¿Cree de veras que este es el mejor momento? —pregunta Jo, sopesando seriamente si quitarle las riendas a Teddy de un empujón.

Los agentes del secretariado siguen en el mismo sitio, y sí, es perfectamente consciente de que están para su protección, que debe admirarlos y quererlos porque son los garantes del orden y de la felicidad en Concordia, pero a veces hay gente que no es tan consciente de eso. En ocasiones, las personas se comportan como lo que son: seres falibles, y entonces el secretariado actúa sin demora y, a menudo, sin piedad.

—Somos buenos ciudadanos, ¿verdad? —comienza Teddy. La sonrisa no le ha abandonado en ningún momento— … ¿Creen que vayan a amonestarnos?

—¡Deténgase! —le ordena Amy, en vano. Ante esta situación, forcejea con el bolsillo de su vestido para sacar su Libro de allí, porque sospecha que va a necesitarlo.

—Pues bien… —explica Teddy. Parece talmente que vayan a chocar—… Ni a mí ni a ustedes pueden decirnos nada.

Amy y Jo se agarran al carruaje.

Están a punto de cruzar el control al trote.

Una vez, de niñas, vieron algo horrible. Estaban las cuatro hermanas. Estaban paseando con su padre por los alrededores de la casa March, cerca de un parque al que solían ir cuando eran pequeñas. Entonces escucharon gritos, movimiento, y vieron a una mujer joven correr. Era, a todas luces, una desahuciada. Corría y corría. En algún punto de su carrera se detuvo y miró a la familia March. Extendió las manos hacia ellos, pero en aquel instante llegaron sus perseguidores.

Los agentes, sin quitarles los ojos de encima, comienzan a moverse.

Luego supieron que aquella mujer se había saltado un control, que no tenía suficientes méritos como para salir de su sector.

—¡Los controles realmente están para quien *pretenda* salir! ¡No para quien

quiera *entrar*! —grita Teddy mientras vuelve a azuzar al caballo.

Los agentes, entonces, se apartan. La calesa blanca atraviesa sin ningún tipo de impedimento las puertas que forman la barrera. Entran en los suburbios mientras Teddy Lawrence, ante el asombro de las hermanas March, estalla en grandes carcajadas.



Concordia no es infinita. Puede parecerlo a sus ciudadanos, que jamás han salido de sus límites y jamás lo harán. Concordia, en su perfección, puede parecer un mundo entero, pero desde luego tiene un límite.

Cuando Josephine observa a su alrededor, se marea. Sus ojos no son capaces de abarcar la vasta llanura que tienen delante.

Por lo menos hace una hora que han cruzado el control hacia los suburbios mientras Teddy no paraba de reír.

En realidad, una sonrisa burlona lo ha acompañado mientras recorrían los suburbios, manzana tras manzana de casas tristes primero, de calles atestadas, de grandes factorías que escupen un humo negro y pestilente al cielo después. Tiene la misma sonrisa cuando han llegado a su destino y ha comenzado a explicarse:

—Deben saber que no hay nada que impida a un buen ciudadano entrar en los suburbios. Nada, claro, salvo su propia moral, su propio decoro.

Josephine, tras escucharlo, se ha sentido inmediatamente enfadada.

No con Teddy, por supuesto, sino consigo misma. Con sus padres y su entorno. Con todo lo que alguna vez en la vida la ha llevado a asumir que cruzar aquella línea no estaba permitido. Porque si hubiera estado en sus manos, habría venido aquí muchas veces antes. A este confín.

Percibe cómo su hermana, a su lado, suspira.

Les llega un viento que no es solo helado, sino que es rápido, que tiene aristas y corta. Es un viento que ha recorrido una llanura entera antes de estrellarse contra sus cuerpos inmóviles en los límites de la ciudad.

Porque eso es lo que hay al final de los suburbios: casas que apenas son una habitación y un patio trasero, un último jardín anular y, a partir de aquí, una llanura gigantesca. Oh, las hermanas March *sabían* que existía, pero no la habían visto nunca y nada, nada en ellas, nada en su cabeza o en sus vivencias personales las había preparado antes para aquella visión. Apenas puede

creerlo ahora, y lo tiene delante: hasta donde alcanza la vista se extiende una llanura salpicada de hierba del color del óxido y de grandes extensiones de plástico brillante. Invernaderos, un mar de ellos, conectados por grandes raíles hacia la ciudad, para alimentar a toda la población. Sabe, aunque no lo ha visto nunca, que en unas horas la planicie se llenará de trabajadores que regresan para dormir a la gran urbe.

—Eso es el horizonte —murmura Amy con asombro. Estas son las primeras palabras que pronuncia desde hace un buen rato—. Hasta ahora solo lo había pintado…

Jo da un paso hacia delante. Si entorna los ojos, si se esfuerza, distingue una silueta justo en la línea de ese horizonte que acaba de descubrir. Se trata de otra ciudad, idéntica a Concordia. ¿Qué horizontes se verían desde allí?, se pregunta. ¿Qué realidades distintas?

—¿Se ve la guerra desde aquí? —quiere saber de pronto, aunque en seguida se da cuenta de lo poco acertada que resulta su curiosidad, y la embarga una vergüenza repentina por su ignorancia porque no, por supuesto que no se ve. La guerra es tan terrible como lejana.

Piensa, como piensa en tantas ocasiones, en su padre. Y en el pobre señor Brooke, y en Meg que lo espera. Jo hace una mueca y retrocede al tiempo que lo hace Teddy Lawrence, como si la visión de aquél horizonte le hiriera la vista.

—¿Se han preguntado nunca qué pasaría si pudiéramos marcharnos de la ciudad?— dice el joven de repente.

—¿Y a dónde iríamos?— se apresura a replicarle Amy, alarmada. No hay nada más allá del horizonte. Lo sabe todo el mundo. Es un hecho. Más allá de concordia está la guerra y, más allá todavía, sus enemigos. Teddy, entonces ríe. No lo hace para sí, sino de sí mismo.

—Recuerdo bien pocas cosas de mis padres— dice— pero una de ellas es que querían marcharse. Soñaban con hacerlo. Y quizá algún día yo pueda hacer lo mismo…

Las hermanas March ríen, esta vez, de lo que les parece que es una broma, una fantasía de Teddy Lawrence para escandalizarlas, pero luego quedan en silencio.

Nadie, ni Teddy ni Amy ni Jo, añade nada más durante un largo lapso de tiempo. Desde donde están les llegan olores que son prácticamente desconocidos en Concordia: tierra, polvo, el metal oxidado que queda como tal.

—Deberíamos regresar —propone Amy al fin. El sol, una esfera de color naranja brillante, ha encendido los tejados de los invernaderos y amenaza con ocultarse en unos minutos—. Si no, no llegaremos al informativo vespertino.

Ni siquiera la perspectiva de perderse el informativo es suficiente como para arrastrar a Teddy y a Jo, que se resisten y remolonean hasta que un chirrido horrible invade la llanura. A los pocos segundos, esta se llena de motas. Cada una de ellas es una persona diminuta que sale de los invernaderos y regresa a la ciudad. El mismo chirrido, casi un grito agónico, comienza a extenderse por los alrededores. Proviene de las factorías con chimeneas negras que hay en todo el círculo exterior de la metrópoli.

Josephine se dirige a Teddy con un semblante que refleja preocupación:

—¿Qué está ocurriendo?

—Es la señal para abandonar los respectivos trabajos —responde él, aliviado porque tanto Jo como su hermana ya se mueven en dirección a la calesa.

Cuando llegan al vehículo, él se apresura a abrir la puerta para que las muchachas puedan subir. Amy lo hace de inmediato, pero Jo permanece inmóvil, con un semblante de intensa concentración.

—Pero hoy es día de descanso.

—Sabes perfectamente que hoy es día de descanso solo para los que nos lo hemos ganado —replica Amy, ya acomodada en el mejor asiento del carruaje —. ¡Vamos, Jo! ¡No nos entretengas más!

La joven sube al vehículo, sí, pero lo hace todavía con docenas de preguntas dentro de la cabeza. Amy, ahora que lo reflexiona con calma, tiene razón. Sí sabe que los descansos son uno de los muchos privilegios de los verdaderos ciudadanos. En los suburbios, es algo impensable, incluso entre los que trabajan en los barrios buenos. Lo sabe, sí, lo sabe, vuelve a decirse Jo, pero no quería recordarlo.

Mientras Teddy azuza al caballo, Josephine se pregunta (y es una cuestión tan rápida que apenas queda registrada en su mente) qué es lo que ha hecho ella realmente para merecer la calesa y el descanso, y vivir en una casa bonita con sus hermanas.

La pregunta, claro, queda sin respuesta, queda borrada como el *malpensamiento* que es mientras la calesa cruza unas calles mucho más llenas que antes de desahuciados que salen de sus trabajos entre fogonazos de luz y mensajes. En las pantallas, todas a la vez, se ve una imagen hermosa: un trabajador de mirada limpia y rostro rudo. La figura, que podría haber pintado Amy perfectamente, representa, sin duda, a un trabajador de una factoría.

«Ante la adversidad, ¡TRABAJO, TRABAJO, TRABAJO!»



Como ocurre a menudo, el trayecto de ida se hizo prácticamente eterno para los tres aventureros, porque todo era nuevo y excitante. En cambio, el de regreso se les antoja cortísimo incluso teniendo que pasar el control de vuelta a los barrios residenciales.

Pero, aunque se les haga corto, lo cierto es que han tardado un buen rato en regresar, y eso les va a traer problemas.

Ya está anocheciendo cuando los ocupantes de la calesa ven la gigantesca mansión Lawrence a lo lejos y, luego, las formas mucho más humildes de la casa March.

—Vamos a llegar, pero por muy poco —murmura Teddy Lawrence, con una sonrisa que se le ha quedado eterna en los labios—. No creo que tengamos tiempo, siquiera, de llegar antes a nuestras casas para refrescarnos…

—¿Cómo? Eso es terrible…

—No, terrible es si no llegamos a tiempo, Amy, así que tendremos que aguantarnos… —comienza a explicar Josephine mientras Amy, preocupada por el efecto que tendrá sobre su pelo y sobre su ropa el haber estado todo el día fuera, cruza los brazos y hace un mohín de disgusto.

Y, a pesar del enfado de la joven, resulta que Teddy tiene razón, igual que Jo. La calesa ya está avanzando por su calle cuando las señales acústicas les hacen dar un respingo. Siete, las siete de la tarde. Allí, al fondo, ven sus casas, pero Teddy detiene la calesa mucho antes, en la intersección de dos calles. Ya hay gente, varias docenas de personas. La mayoría ya están sentados, unos pocos levantan la cabeza al verlos llegar.

En las primeras sillas del anfiteatro se adivinan las siluetas de Marmee March, de Meg, y también a un lado está el regio señor Lawrence. Ellos, en cambio, tienen que sentarse en la última fila de ese recinto ciudadano y lo hacen con la vergüenza reflejada en sus mejillas.

—Por esto vamos a perder méritos. Estoy convencida. —Tiene tiempo de susurrar Amy antes de que el resto de las pantallas de la calle se apaguen y solo quede la que tienen delante, la más grande, la más alta, la de colores más brillantes.

La emisión comienza como es habitual con una música de marcha militar. Luego, un fogonazo blanco y después la imagen familiar del gran escritorio en

el que se sientan los Optimates, el mismo que, desde el Ministerio de Sanidad, se graba y se emite cada noche. La silla que está vacía, la que perteneció al anciano Horatio Breda, duele a la vista.

Es, como siempre, un discurso magnífico, razonado. Las palabras de los Optimates les recuerdan sus deberes y sus obligaciones, así como que el camino hacia la honradez y la perfección es difícil, pero no imposible.

Como cada noche, también hablan del enemigo. El que está fuera, acechando, el que envía las bombas y se lleva a los soldados. No olvidan tampoco cuestiones internas: la infelicidad, la mentira, la desobediencia. Son palabras que sosiegan el alma y tranquilizan el corazón.

Y, finalmente, los ocupantes del anfiteatro reciben una noticia que les llena de regocijo: en poco menos de un mes se va a elegir el nuevo miembro del colegio de los Optimates. Será durante el recuento trimestral de méritos, cuando el ministerio recopila todos los datos recogidos sobre todos y cada uno de los ciudadanos de Concordia y se actualizan los sellos y los méritos en el Libro. Josephine recuerda entonces que los rumores apuntan al señor Lawrence como candidato y observa a Teddy de reojo, pero este no parece percatarse de ello.

Cuando acaba la retransmisión y la pantalla se apaga, Josephine tiene la cabeza mucho más despejada, se siente limpia. Cierra los ojos. Respira hondo. Todas esas dudas que tenía de camino hacia aquí han desaparecido.

Está a punto de levantarse pero una mano la sujeta con fuerza.

Josephine March abre los ojos al mismo tiempo que una silueta conocida sube los escalones hacia la tarima.

Dos años atrás lo hizo su padre. Apenas unas semanas atrás, la pobre señora Hobbs. Ahora es Meg, su hermana Meg, quien sube las escaleras de la tarima. Jo quiere levantarse, pero solo se yergue nerviosa. Amy la imita. También debe de estar preguntándose exactamente lo mismo: ¿qué hace Meg? ¿Por qué sube a confesarse ella, que nunca ha cometido ninguna falta?

En el anfiteatro se hace un silencio atronador, todos observan a la muchacha. Meg parece la personificación de la pureza y de la virtud.

Ella, a su vez, observa a todos sus vecinos, a su comunidad.

—Hoy… —comienza. Todo en ella es hermoso, incluida su voz— … he cometido una falta por *malpensamiento*.

La audiencia, si cabe, escucha con más atención.

—Hoy, un buen vecino ha traído un regalo a mi familia —continúa Meg al tiempo que Teddy, sabiéndose el buen vecino del ella que habla, se estremece —. Hoy, un buen vecino ha traído también alegría para mis hermanas y para mí misma, y yo no he sabido verla. Esta es mi falta: he dudado, me he acercado a la infelicidad. Mi prometido está en la guerra. —Un murmullo,

aquí, la interrumpe, pero Meg es valiente—. En vez de alegrarme por él y por su redención he sido egoísta, he deseado que volviera cuanto antes a mi lado. Me he sentido insatisfecha, me he sentido infeliz cuando tengo todo lo que podría desear. He dudado de mí misma, de mis iguales, y la duda me ha hecho ser débil. Y pido perdón humildemente por ello.

Meg ha pronunciado todo su discurso con la cabeza gacha, las manos entrelazadas y retorciéndose nerviosamente, pero ahora alza la mirada hacia el público.

Una ráfaga de viento helado elige este preciso instante para cruzar toda la plataforma del anfiteatro.

Están esperando. Algunos con curiosidad. Otros, los que quieren a Meg, con temor, para ver qué castigo va a imponerse.

Esta, al fin y al cabo, es la parte más importante de una penitencia. La persona que ha cometido la falta, dice el Libro, debe examinarse atentamente, y debe proponer un castigo.

A lo largo de la historia han corrido ríos de tinta sobre qué penitencia corresponde a una u otra falta. En casa de las March hay tomos y tomos de lecturas piadosas sobre estos temas y también es uno de los más recurrentes en los discursos de los honrados Optimates. El mal pensamiento, por su naturaleza fugaz y también muy humana, es la falta más leve de todas, pero, aun así, cuando Meg abre la boca, sus hermanas esperan con temor cualquier cosa.

—Redoblaré mis esfuerzos —declara Meg. Hace una pausa, y esta es para sacar del bolsillo su Libro, que observa con determinación—. Recaudaré el doble de alimento para el próximo reparto, trabajaré dos veces más de tiempo para los míos, para mi comunidad. Voy a llevar una vida más recta, más pura y más buena, y si no lo consigo, si dentro de siete semanas exactamente no hay una mejora visible, volveré aquí, a este lugar, para confesarme de nuevo.

Meg levanta la mirada. Este es el momento en que las manos se entrelazan de nervios, cuando decenas de alientos quedan atrapados en las gargantas de los presentes. Es el momento en que los demás ciudadanos escuchan la pena y, o bien la aceptan, o bien la rechazan.

No suele ser buena señal para el penitente que sus pares rechacen una pena.

Los temores de todos son, sin embargo, infundados. Sus vecinos, sus amigos, se levantan y comienzan a marcharse. Eso significa que la penitencia queda aceptada y las faltas, perdonadas.

Es ya de noche cuando el anfiteatro comunal comienza a vaciarse. La familia March forma una silenciosa comitiva, acompañada de un también taciturno Theodore Lawrence que ha decidido hacer a pie las últimas yardas del camino y sujeta por el bocado al caballo que tira de la calesa.

Se separan con cortesías, con una reverencia por parte de Teddy y la promesa de verse al día siguiente. El grupo que tantas aventuras ha vivido a lo largo de la jornada toma dos rumbos distintos. Por un lado, están las muchachas March, que entran en su casa cada una sumida en sus propios pensamientos. Amy incluso está a punto de olvidarse de hacer la reverencia a la cámara que hay frente a su casa de tan distraída como va.

Por el otro, Theodore. Teddy Lawrence se acerca a la mansión. Él mismo lleva el caballo que ha sido su fiel compañero durante todo el día, lo desengancha del carruaje, lo cepilla y le da alimento mientras algunos de los mozos que normalmente atienden sus cuadras lo observan.

—Te has ganado un buen descanso, amigo —se despide con una sonrisa.

El dócil animal, como si lo entendiera, mueve las orejas.

Ahora sí, no puede retrasarlo más. Teddy entra en la mansión por la puerta principal. Sus pasos son lentos, la mirada baja. No quiere llamar la atención, él desearía poder cruzar los salones y las galerías de la casa sin ser visto, refugiarse en su alcoba sin más, pero el abuelo está allí. Está esperándolo a los pies de las escaleras que llevan al piso superior.

—¿Y bien? —pregunta, sin especificar. En realidad, Teddy ya sabe a lo que se refiere.

Cierra los ojos un segundo. Piensa en el día que ha tenido, que ha sido una bendición.

—Creo que ya me he ganado su confianza, señor.

—Perfecto —musita el abuelo Lawrence, no para su nieto, sino para sí mismo—. No lo olvides, Theodore —repite—. *No lo olvides.*

9

Algo curioso ocurre, pocos días después, en la casa March. Algo que revoluciona sobremanera la plácida vida familiar, que provoca carreras, cuchicheos alarmados y un gran berrinche en la persona menos esperada.

—¿Por qué no puedo quedármelo? ¡Quiero quedármelo! ¡Es para mí!

Beth, la pequeña y plácida Beth, sujeta el origen de todo ese alboroto con fuerza y con lágrimas en los ojos.

—¡¿De dónde lo has sacado?! —exclama Marmee con mucho cuidado para no levantar demasiado la voz.

Jo da un paso hacia un lado en un intento de acercarse a su hermana.

—Habrá entrado por uno de los respiraderos o se habrá colado por una puerta mal cerrada… ¿Por qué no me lo das, Beth? No puedes tenerlo aquí abajo…

Llega a estirar los brazos hacia Beth, pero esta se aparta.

—¡No!

—¡Pero Beth! —Tampoco las palabras de Amy parecen calmarla, ni tampoco todas las que, acto seguido, le dedica Meg.

En toda esta debacle, el único que no dice nada, el único que las observa con ojos enormes y amarillos es el Señor Bigotes. Así es como ha bautizado Beth al gatito de un blanco inmaculado que ha aparecido en el sótano como por arte de magia y que, con sus maullidos, ha alertado a toda la casa de su presencia.

Ahora, Josephine se arrepiente de haber bajado al sótano a investigar esos ruidos tan extraños. De no haberlo hecho, su hermana habría tenido, por lo menos, unas horas de tranquilidad, ya que no habría recibido ninguna visita más hasta la noche.

—Es mío, es para mí. Puedo alimentarlo con mi comida. Nunca tengo hambre de todos modos… —insiste Beth mientras el gatito levanta el morro para olisquear una lágrima que ha resbalado de las mejillas de la muchacha y que ha caído sobre su lomo—. Me paso el día sola. Sola, muy sola…

—Pero tienes tus partituras y tus juegos… —intenta animarla Marmee.

—Y tus libros… —continúa Amy.

—Y venimos…

A Josephine el corazón se le parte a medida que habla. Visitan a su hermana, sí. Cada noche. Pero no suelen (porque, en realidad, no pueden) hacerlo durante la mayor parte del día. En realidad, ella misma se da cuenta de que Marmee lanza miradas inquietas hacia arriba porque, por la hora que es, ya deberían estar listas, incluso deberían salir ya por la puerta para ir a trabajar.

Al final, no valen ni los ruegos ni las amenazas. Beth las derrota a todas. Primero, a Marmee y a Meg, que tienen que marcharse antes por miedo a no llegar a sus respectivos trabajos. Luego, Josephine y Amy también tienen que dejarla en el sótano, todavía con los ojos enrojecidos de llorar, pero con una sonrisa satisfecha y con el gatito, el Señor Bigotes, en brazos.

—Quizá sea bueno para ella tener a alguien que la haga compañía… Si alguien nos pregunta, podemos decir que hay ratones en el sótano —interviene Amy.

—Quizá sí.

Jo asiente ya en el piso de arriba. Allí se pone el abrigo, la bufanda que perteneciera a su padre ya dada por perdida. Sabe que Amy está diciéndole algo porque la escucha hablar, pero lo cierto es que no está atenta, solo tiene en la cabeza a Beth, su llanto y lo que ha dicho: «Sola, muy sola…».

También está viva, eso es cierto. Cuando la enfermedad rebrotó, tendrían que haberla llevado que llevarla a una casa de salud, pero no lo hicieron. Fue una decisión temeraria, egoísta. Jo recuerda la noche en que sus padres reunieron a todas las hermanas y les explicaron lo que pretendían hacer. Lo que no recuerda es la opinión de Beth aquel día nefasto.

No, piensa Jo, mientras por fin sale a la calle. Es tarde y ya ha sonado la señal acústica para el inicio de la jornada de modo que deberían apresurarse. No recuerda que Beth dijera nada. Ni siquiera recuerda si la vio llorar.

—Crees… —comienza a preguntarle a su hermana un tiempo después, tras asistir al informativo de la mañana.

Amy hoy se ha puesto un sombrerito de ala corta de color granate, a juego con su vestido, y tiene la cabeza ladeada como si practicara para sí el arte de mirar de soslayo.

—¿Sí?

—No, nada —acaba por decir Jo, no solo porque no sepa exactamente qué quería preguntar, sino porque allí están esperándolas la calesa blanca, el caballito incansable y Teddy, su amigo, con una sonrisa.

Teddy las acompaña, como lleva haciéndolo estas últimas semanas. La

primera en bajar de la calesa es Amy y, pocos minutos después, el calesín ya se detiene frente al Secretariado de Bienestar Moral. Si este fuera un día como los demás, Jo descendería del coche sin ningún tipo de ayuda y se despediría de Teddy con un gesto de la mano entusiasta hasta que este desapareciera calle abajo.

Pero, ante la sorpresa de Jo, este día Teddy dirige la calesa hacia un lado de la plaza donde ya hay unos cuantos vehículos esperando y, cuando Jo baja de un salto, él la imita.

—¿Qué haces? —pregunta ella, divertida. Su relación se ha fortalecido de tal forma, Teddy es ya como un hermano mayor y revoltoso, que se atreve a tutearlo.

—¿No te lo he dicho? ¡Es mi primer día de trabajo!

Teddy ni siquiera puede aguantar serio un segundo. Ante la expresión de sorpresa de Jo, se echa a reír.

—¡No, no! Mi abuelo tiene unos asuntos pendientes en el secretariado y me he ofrecido a solucionarlos…

—Era demasiado bonito para ser verdad… —le replica ella, que se dirige hacia la entrada del edificio con paso resuelto. Al hacerlo, Jo levanta la barbilla, yergue la espalda y trata de ralentizar su avance añadiendo movimiento de cintura para abajo, como sabe que harían sus hermanas.

La farsa dura solo unos segundos porque se siente muy ridícula. «Ni siquiera pretendo impresionar a Theodore Lawrence», piensa apretando los labios.

Es una suerte para ella el haber venido en la calesa de Teddy, porque es el primer día del mes. Eso significa que tienen que hacer cola para pasar el control de entrada al edificio y que, una vez dentro, los pasillos están atestados de ciudadanos atareados con sus gestiones. Hay una ventanilla de atención al público que tiene una cola particularmente larga: es la destinada a mandar cartas a los voluntarios en el frente de guerra. Por las condiciones de la contienda, solo se permite enviar cartas una vez al mes, de modo que las colas son más que comprensibles.

En momentos como estos, Jo se alegra de haber sido lo bastante valiente como para haberle dado su carta a la tía March el día del reparto. Después de los días que han pasado, seguro que su padre ya ha recibido la misiva y la habrá leído docenas de veces.

—En fin, aquí creo que nuestros caminos se separan —informa a Teddy cuando llegan frente a la oficina de las redactoras.

En el momento en que Jo va a entrar, el joven se coloca delante de ella para que se detenga.

—Espera… ¿Ya? ¿No puedes llegar tarde al trabajo unos minutos? Este

lugar es magnífico, no había entrado nunca y tú serías una guía excelente…

—Un momento, un momento… ¿Acaso no tenías unos asuntos pendientes de tu abuelo? —responde ella, ofuscada, a lo que Teddy agita la cabeza.

Josephine entonces abre la boca formando una «O» casi perfecta que primero es de sorpresa y luego de indignación al darse cuenta de que la mueca de su amigo indica que la ha engañado.

—Es decir… Tengo que hacer algún recado. Pequeño. Pero después tendré mucho tiempo libre, y me ha parecido interesante que fueras tú quien me lo enseñara todo…

—Que pase un buen día, señor Lawrence —le desea a su vecino.

Jo tiene el buen tino de detener aquí la conversación, antes de que Teddy le proponga algo estúpido, pero peligroso. Aunque lo oye protestar, Josephine ya ha abierto la puerta de la oficina.



A pesar del modo tan extraño con el que ha comenzado la mañana, Josephine está convencida de que lo que queda del día transcurrirá con calma. Tras dejar a Teddy en el vestíbulo del secretariado, atraviesa la sala de redacción saludando a algunas de sus compañeras y se sienta. Hoy no llega tarde, pero, aun así…

¡Ah, la tía March! Esa mujer… incluso habiendo llegado a tiempo… Nada más verla, Jo piensa en la cola para mandar cartas al frente y arde en deseos de acercarse a la mujer que pasea severa entre las redactoras, y preguntarle por su epístola, por si sabe si ya ha llegado al frente o si todavía no, si hay respuesta.

No lo hace. No sería ni apropiado ni justo pero, por lo menos, ese pensamiento la mantiene ilusionada buena parte de la mañana. Los dedos de Josephine vuelan por el teclado, sus ojos saltan de las pantallas que les sirven de inspiración a los comunicados que redacta sin parar. Escribe sobre las nuevas tendencias en peinados, el rescate de una familia durante un terrible incendio en la ciudad vecina de Temperanza. Incluso redacta sin inmutarse una noticia breve sobre la alta sociedad y cómo, la próxima primavera, se reiniciará la temporada de bailes. Sus compañeras, todo ese tiempo, la observan con admirado asombro.

—Señorita March. —Josephine sigue escribiendo—. Señorita March —le insiste una voz de nuevo. Josephine parpadea y, por un momento, las letras

rojas sobre el fondo negro de la banda informativa quedan grabadas en su retina. Estira los dedos de la mano, agarrotados, mientras la señorita Higgs se inclina hacia ella, sus ojos de ratita entornados—. Es hora del almuerzo.

¿El almuerzo? ¿Ya? Ni siquiera es consciente del tiempo transcurrido, solo de que nota el cuerpo decaído y de que la invade un ligero mareo.

—Bien. Gracias por avisarme.

Se levanta con energía. Al haber alcanzado un buen ritmo, le sabe mal dejar de escribir, aunque lo cierto es que tiene mucha hambre.

Además, como cada día, va a almorzar con su amiga Frida, de modo que al final Josephine sale de la sala de redacción con ánimos renovados.

—¡Menuda casualidad!

Aunque, desde luego, casualidad no podría ser la palabra adecuada. No es ninguna casualidad que Teddy esté justo en el exterior de la sala de redacción risueño como siempre. Es una sonrisa que equivale a un ejército conquistador.

—Justo ahora he acabado mis gestiones. ¿Y tú?

—Es la hora del almuerzo, Teddy.

—Qué coincidencia más afortunada. Yo también dispongo de tiempo para almorzar.

—Tú dispones de todo el tiempo del mundo, *señorito* Lawrence. En realidad, podrías ir a almorzar a tu casa perfectamente.

—Pero ¿por qué almorzar solo si puedo hacerlo en compañía de una de las encantadoras hermanas March?

A pesar de que Theodore Lawrence hace poco que forma parte de su vida, Jo tiene la sensación de conocerlo más de lo que el tiempo pueda opinar. Sigue siendo alguien nuevo, eso sí, alguien nuevo y excitante de quien descubrir multitud de cosas y, por eso, Jo todavía se siente ligera ante la perspectiva de pasar ese tiempo con alguien que no sea ninguna de sus hermanas.

Por eso, acaba acercándose a Theodore Lawrence, a Teddy. Por eso, decide que si no come con Frida Bhaer seguramente su amiga se lo perdonará, ya que no es, en absoluto, una falta grave y, por la misma razón, accede a enseñarle, cuando él se lo pide con expresión traviesa, los rincones del secretariado.

Josephine no sabe hasta qué punto esta pequeña aventura, tan inofensiva como parece, va a cambiarle la vida.

—¿Y por aquí? ¿Hacia dónde se va? —pregunta Teddy mientras se detiene ante una puerta de madera oscura.

Juntos han recorrido el vestíbulo y algunas de las salas accesibles al público, han visto las oficinas encargadas de la megafonía y las pantallas de información pública, y también, aunque muy de lejos, la sala donde, tras cada hora, se entregan los mensajes que ella misma y sus compañeras teclean en la

sala de redacción.

Quién sabe por qué jugarreta del destino, Teddy ha decidido preguntarle por esa puerta en particular.

—Conduce a la zona de servicios del secretariado. Allí no hay nada importante, solo algunos almacenes y sistemas auxiliares. Muy poca gente la visita —responde Josephine.

También están las calderas, por supuesto. Casi sin quererlo, se toca los nudillos allí donde se quemó semanas atrás. La herida primero formó una costra oscura y tirante pero, ahora, ha sanado dejando una marca rojiza sobre su piel.

—¿Podemos ir?

—Teddy…

—Vamos, Jo —al decirlo, el muchacho se recrea un poco más de la cuenta en el nombre de la chica. Nadie la llama así fuera de su casa, pero a los dos les parece un intercambio justo—. Solo será un momento. ¿Tienes tiempo todavía?

—Lo cierto es que no… Además, no sé hasta qué punto la entrada a personas ajenas al…

—No nos van a ver. Tú misma has dicho que ahí no va nunca nadie…

—Precisamente por eso no vale la pena.

Se encuentra en la misma situación que cuando se conocieron en la fiesta. Josephine tiene ante sí un dilema y, también, la mano extendida de Teddy. Una mano que promete una aventura y Josephine, acostumbrada a vivir ese tipo de experiencias solo en el papel, bien sea en las historias que inventa para Beth o bien leyendo las novelas pías que de toda la vida ha visto en su casa, desea con todas sus fuerzas aceptar.

Y lo hace.

Como bien le recordó Teddy la noche que el bombardeo los sorprendió en el exterior, como bien volvió a hacerlo el día que se adentraron en los suburbios, no está cometiendo ninguna falta, no está prohibido, ambos son buenos ciudadanos y, como tales, van a comportarse aunque lo que vayan a hacer sea algo inaudito entre las buenas conciencias de sus pares. Comprueba con una mirada rápida que no haya nadie cerca. Coloca una mano sobre las pesadas hojas de madera, y luego las empuja para que se abran.

Los recibe ese frío invernal que lleva semanas azotando la ciudad. Aparte de eso, todo está tranquilo.

Con unas pocas zancadas, Teddy se planta en el centro del patio.

—Qué lástima. Este sería un lugar de lo más agradable si no estuviera tan lleno de desperdicios.

Pueden escuchar una especie de rumor seco que proviene de las grandes

chimeneas de la sala de calderas. Las puertas de la habitación están abiertas de par en par y desde donde están pueden ver un resplandor rojizo que se derrama hacia el exterior. Las calderas que proporcionan bienestar y calor a todos los ocupantes del Secretariado deben de estar funcionando a toda potencia, a juzgar por los torrentes de humo negruzco que escapan por la chimenea.

—No hay mucho más que ver —murmura Josephine mientras cruza los brazos por culpa del frío.

La joven da un paso tentativo hacia la puerta, por si Teddy tiene a bien seguirla, y luego se detiene. Algo nuevo ha captado la atención de la muchacha: entre los trastos y objetos amontonados en el patio hay una serie de contenedores que no vio la última vez. Está segura de ello. Josephine todavía estaría a tiempo de ignorar ese hecho, arrastrar a Teddy de vuelta al secretariado y olvidarlo todo pero, entonces, se da cuenta de lo que los contenedores contienen.

—¡Mira!

Se acerca, llena de regocijo. Por un momento se olvida incluso del frío al ver las cartas, centenares o más, quizá miles de cartas listas para llegar al frente, que reposan dentro de los contenedores, todas con el nombre de algún familiar querido escrito con caligrafía temblorosas. Teddy también se acerca mientras ella coge una de las cartas y acaricia el papel rugoso.

—Espero que estas cartas les traigan consuelo… —susurra Jo.

—¿Lo ves? ¿No es una visión bonita? Ya te dije que debíamos venir… De no haberme hecho caso…

La muchacha deja, por fin, la carta en su sitio entre tantas otras. Ahora sí, cree que es el momento de marcharse. Se vuelve hacia la puerta, justo a tiempo de escuchar un chirrido agudo, un traqueteo y, luego, una palabrota.

Alguien se aproxima. La primera reacción de Josephine habría sido quedarse donde está. Al fin y al cabo, es una trabajadora del secretariado. No tiene nada que ocultar, no está haciendo nada prohibido pero, al mismo tiempo, le incomoda la idea de que alguien la encuentre allí, sobre todo por las preguntas que podría suscitar y, con razón, la presencia de Theodore Lawrence a su lado.

Por suerte, si hay algo en ese patio lleno de desperdicios son escondites. Josephine y Teddy se ponen a salvo justo en el momento en que los ruidos se hacen más audibles. Al patio entran entonces dos trabajadores de uniforme negro. Josephine los reconoce al instante por el color del uniforme que llevan, igual que el de los soldados que han ido a la guerra: son retornados. Resoplan por el esfuerzo de arrastrar un nuevo contenedor. Lo dejan al lado de los demás y entonces uno de los operarios, el más alto y fornido de los dos,

masculla:

—Este es el último.

El Ministerio de Sanidad, en agradecimiento a su labor en la guerra, proporciona a cada regresado de la misma un trabajo firme y estable que les permita, por sus acciones, convertirse en los buenos ciudadanos que siempre debían haber sido. Hasta que lo consigan, hasta que su Libro no ostente los sellos correspondientes, sus uniformes son negros como recordatorio (para sí mismos y para todo aquel que los vea) de la penitencia que tuvieron que cumplir en su camino hacia la redención y la felicidad.

—Bien —responde su compañero. Desde su escondite, agazapada tras lo que parecen viejas piezas del sistema de calefacción, Josephine contiene la respiración. Su padre fue un miembro destacado del Ministerio de Sanidad, se encargaba de la gestión de todas las casas de salud de Concordia, no le gustaría que, a su regreso, terminara con un uniforme negro—. Vamos retrasados y no deberíamos. La puntualidad es indicio de limpieza de espíritu —concluye el operario regresado citando uno de los pasajes más famosos del Libro.

Los dos retornados mueven la cabeza con resignación y se ponen uno a cada lado del primer contenedor. No llegan a arrastrarlo muy lejos, porque se detienen al llegar una tercera persona al patio.

Josephine ahoga una exclamación de sorpresa al verla: la tía March, acercándose a zancadas marciales. Su mera presencia hace que ambos funcionarios se encojan ligeramente.

—¿Por qué está esto todavía así? —pregunta con el mismo tono de desaprobación que usa cuando sus sobrinas, especialmente (casi exclusivamente) Josephine, la decepcionan. Del mismo modo, ambos hombres se encogen visiblemente. La voz de la tía March es la voz de alguien acostumbrado a que se le haga caso—. Las cartas siguen llegando sin parar. Vamos. ¡Vamos!

El último grito de la tía March resuena por todo el patio haciendo que tanto Josephine y Teddy como los hombres del ministerio den un respingo. Al instante, los operarios se ponen en marcha. Sujetan entre los dos uno de los contenedores llenos de cartas y, resoplando, siguen arrastrándolo.

Josephine se encuentra buscando la mano de Teddy. Necesita algo a lo que agarrarse, algo en lo que descargar una tensión que, de repente, la ha invadido por completo.

Los hombres deberían llevar los contenedores al exterior, quizá para cargarlos en algún convoy de autopropulsados que transportara todas esas cartas, que no son solo hojas de papel, sino pedazos de esperanza, de recuerdo, hacia ese frente de guerra que tanto les ha arrebatado. En cambio,

entre resoplidos y maldiciones, los hombres arrastran el primer contenedor hacia la sala de calderas.

Allí quedan fuera de su vista, pero, a los pocos segundos, el humo de las chimeneas se vuelve más blanco e intenso que nunca.

—No pueden, no… —La mano de Teddy, fría, que desprende un olor ferroso por culpa de su escondite, la detiene antes de que pueda decir nada más.

Los agentes salen de la sala de calderas arrastrando un contenedor ya vacío. La mano de Josephine se aferra todavía más fuerte a la de Teddy mientras sujetan el segundo contenedor bajo la atenta mirada de la tía March, que golpetea el suelo con la punta de su bota, impaciente.

La chimenea vuelve a escupir su humo blanco, densísimo.

Josephine tardó prácticamente una tarde en escribir la carta a su padre. ¿Cuántas más horas, cuántas palabras de esperanza, de amor, de añoranza, están escapando por esas chimeneas altísimas?

—Alto —ordena la tía March de repente, con voz dura.

Los retornados se detienen antes de levantar el tercer y último contenedor.

Josephine y Teddy observan, con el aliento contenido, cómo la mujer se acerca a las cartas. Jo imagina, porque siempre le han dicho que tiene una imaginación desbocada, salvaje, que su tía se ha arrepentido, que esas misivas por lo menos se van a salvar.

Cuan equivocada está: en ese momento la tía March saca algo del bolsillo interior de su uniforme gris. Un rectángulo de papel. Una carta. Jo reconoce la mancha de tinta con la que, por accidente, emborronó el sobre el día que la escribió.

No es un consuelo para Jo que en la cara de la tía March haya una expresión de profundo pesar mientras deja caer su carta encima de las otras. Luego, hace un gesto a los operarios para que acaben el trabajo antes de marcharse apresuradamente.

10

Qué día más terrible está siendo para las hermanas March. Primero, Jo, que en el Secretariado de Bienestar Moral acaba de hacer un descubrimiento terrible, y luego, Amy…

Pobre Amelia Curtis March, ella también está pasando un rato de lo más desagradable; está experimentando una sensación a lo que no está en absoluto acostumbrada: decepción. Oh, Amy se ha sentido decepcionada por mucha gente a lo largo de su vida. Lo que resulta una novedad, realmente, es que en esta ocasión se haya decepcionado a sí misma.

Desde que descubriera la verdad sobre Oliver Müller, y no solo la verdad sobre quién es, sino también la verdad sobre sus actividades en la Academia antes de las lecciones, parece que no haya tenido ocasión de cumplir sus amenazas y denunciarlo. No lo hizo semanas atrás, ni hace unos pocos días, ni tampoco lo ha hecho hoy.

Lo que sí ha hecho es mirar de reojo (¡ni siquiera eso, lo ha visto prácticamente por accidente!) el trabajo de Oliver Müller en la lección de Color y Composición y ha comprobado que el joven quizá no deba pertenecer a la Academia de Buenas Artes porque no es lo bastante buen ciudadano, pero tiene que reconocer, sin embargo, que es un artista excelente.

El día acaba y la muchacha sigue con esa quemazón que no puede quitarse de encima. Amy ha sido siempre una alumna no solo aplicada, sino entusiasta. Siempre ha asumido cada reto como el primero y nadie ha dudado nunca de su habilidad pero, hoy, todo lo que ha hecho le ha parecido poco. Todo lo que han producido sus manos y su mente le ha parecido idéntico a lo anterior, falso y plano. Llegados a este punto, alrededor de la hora del almuerzo, ha querido romper todos sus bocetos y destrozar su trabajo escultórico, aunque al final ha desistido. La jornada, en definitiva, se le ha hecho agotadora.

Aun así, el mal trago le ha servido para tomar una decisión. Hay algo en Müller, su actitud o su forma de hacer, que impiden que Amy se decida a denunciarlo como debe. Pues bien, hoy va a enfrentarse a él. Va a darle una

oportunidad, que le explique qué ha hecho para ser admitido en la Academia, que le cuente la mentira al menos a ella para que, así, al menos diga una vez la verdad. A fin de cuentas, es un acto de benevolencia. Si no la convence, sin embargo, definitivamente lo denunciará.

—Señorita Amy, señorita Amy —la llama una voz mientras, al son del timbre que indica el fin de sus lecciones, la joven guarda su colección de carboncillos en una caja. La última clase del día es la de Dibujo al Natural, que habría sido una de sus favoritas si no le dejara siempre las manos teñidas de negro.

Amy se da la vuelta, preparando ya su expresión más serena y agradable.

—Buenas tardes, señorita Gardiner. —Fidelity Gardiner no es solo una de sus compañeras, sino que también asistió al baile del señor Lawrence y formó parte del corrillo de señoritas de buena cuna que se estuvo burlando de su hermana Meg. Amy le dedica una pequeña reverencia. De reojo ve a Müller recoger sus cosas—. ¿En qué puedo ayudarla?

Fidelity Gardiner esconde una risita con el dorso de la mano.

—Me preguntaba si tiene algún compromiso. Sería un placer invitarla a una pequeña soirée que hemos organizado en mi casa. Van a asistir unas pocas amigas, muchachas a las que ya conoce seguramente. El orgullo de nuestra ciudad.

Amy se arriesga a mirar hacia la salida del aula. Müller está entretenido hablando con el profesor Smith, así que no tardará en marcharse.

La joven resopla. No entiende cómo Müller, a quien considera ya su más acérrimo enemigo, puede estar tan calmado cuando ella misma podría desenmascararlo de un momento a otro.

—¿Y esta *soirée* cuándo tendría lugar? —En cualquier otra circunstancia, en cualquier otro día de su vida, esa invitación la habría tenido en éxtasis, pero…

—Hoy mismo.

Amy tiene la sensación de que el suelo se abre bajo sus pies. ¡Hoy mismo! ¡No hay otro día para un acontecimiento social de ese calibre!

—Hoy…

Müller se está despidiendo del profesor Smith y el docente tiene una sonrisa henchida de orgullo que Amy odia de inmediato.

—Por supuesto —añade la señorita Gardiner con voz melosa—, tengo al cochero con el carruaje esperando afuera. Va a llevarnos allí y luego puede acompañarla a su casa, así le evita el mal trago de caminar…

—Oh, no tengo ningún inconveniente en caminar —responde ella—. Es más, considero que se trata de un ejercicio muy sano, tanto para la mente como para el cuerpo. Y para la figura, por supuesto —añade sin atisbo de

mala intención.

Müller acaba de salir por la puerta.

—Por desgracia. —No hay vuelta atrás. Ha tomado una decisión—. Hoy tengo la tarde absolutamente comprometida. Que tenga…

Amy estaba ya alejándose cuando una mano de manicura perfecta y sujeción férrea la agarra.

—Oh, cuánto lo lamento… —Fidelity parece consternada durante un período de tiempo muy breve—. ¿Acaso se trata de un compromiso social? Se dice que su familia ha hecho muy buenas migas con el nieto del señor Lawrence… De ser así, entienda que mi invitación se hace extensiva a ese caballero tan amable, y también, desde luego, a sus encantadoras hermanas.

—Es usted muy considerada. —No supone para Amy ninguna sorpresa descubrir el verdadero motivo de la invitación—. Somos buenas vecinas del señor Lawrence y de su nieto, y debo confesarle que nos honra que alguien de una posición tan elevada pase tanto tiempo con nosotras. El señor Lawrence sénior fue un buen amigo de mi padre y también del señor Brooke, el prometido de mi hermana. Aunque supongo que ya lo sabe… Ambos son un gran apoyo para nosotras en estos momentos en que, si bien estamos contentas de que nuestros seres queridos estén al servicio de nuestra ciudad, lo cual es el honor y el regalo más grande que podemos ofrecer, también nos entristecemos de vez en cuando.

—Desde luego, los sacrificios de su familia son admirables…

—Sí que lo son —musita Amy, convertida en la viva imagen de la humildad—. Por eso, le agradezco de nuevo su invitación, señorita Gardiner. Y será un honor asistir a una de sus reuniones más adelante.

Si no se apresura, Oliver Müller estará demasiado lejos para alcanzarlo. El cuerpo de Amy, casi involuntariamente, se aleja un paso de la señorita Gardiner, que la observa perpleja después de que haya declinado su generosa oferta. Sale del aula y, cuando está segura de que nadie la ve, Amy comienza a correr con todas sus fuerzas. Con una mano sujeta el borde del vestido, con la otra su bonito, pero poco práctico, sombrero. Gracias a la providencia, Amy puede bajar al piso principal de la Academia sin caer por las escaleras.

Unos frenéticos minutos después, Amy sale al exterior. Gira la cabeza hacia todos los lados buscando a su objetivo. ¡Allí está! ¡Allí está, alejándose! Amy, con energías renovadas, va tras él, tan rápido que lo alcanza, casi lo alcanza…

A los pies de la escalinata que conduce hacia la calle, Müller se detiene, y luego se da la vuelta bruscamente.

—¿Por qué me sigue?

—¿Por qué debería seguirlo? —Amy levanta orgullosa la barbilla.

—Usted sabe el motivo muchísimo mejor que yo. Antes de que se abochorne preguntando, mejor lo damos por sentado.

Un calor volcánico amenaza con colorear las mejillas de Amy que boquea, anonadada tanto por la desfachatez del muchacho al asumir que ella tenga algún interés por su compañía, y por la vergüenza de haber sido cazada *in flagrante delicto*. Apenas si puede responder con nada más que un resoplido mientras Müller se da la vuelta de nuevo y sigue caminando con paso acelerado.

Amy lo ve alejarse. Entrelaza las manos nerviosamente contra su regazo, mirando a su alrededor.

Ella estaba convencida. Estaba segura de querer enfrentarse a su adversario. Müller es un apéndice extraño, un intruso. Recuerda ese cuadro que vio días atrás, ese incendio plasmado en un lienzo, símbolo de todo lo que Oliver Müller representa de peligroso. ¿Por qué?, oh, ¿por qué ha tenido que recordarlo ahora? Al hacerlo, siente un escalofrío, y se da cuenta, demasiado tarde, de que tiene un cierto regusto causado por la envidia.

Todavía incapaz de moverse, la muchacha ve bajar a Fidelity Gardiner por el extremo opuesto del edificio en dirección al espacio delimitado para que calesas y carruajes vayan a recoger a sus mejores alumnos. La joven, con la camarilla de compañeros que siempre le van a la zaga, sube en uno de los vehículos. Ni siquiera se despiden de Amy.



Ha sido una gesta de mención arrastrar a Jo, a quien le fallaban las piernas, de vuelta a la sala de redactoras. En cuanto los operarios se han marchado dejando detrás de ellos tres contenedores vacíos y el olor amargo del papel quemado, la muchacha se ha desvanecido. Se le han doblado los brazos, las piernas, pero no se ha caído del todo. Teddy la ha sujetado, ha tenido que recordarle que no llorara, al contrario, que sonriera.

Jo apenas podía tenerse en pie, pero ha entrado en la sala de redactoras con la barbilla bien arriba.

Hace horas de esto. Horas que Teddy Lawrence ha pasado solo, sentado en la calesa, a la espera. ¿Qué más puede hacer si no?

Al fin, con el sol que ya está bajo en el horizonte, suenan las señales acústicas. La jornada laboral se da por terminada. A los pocos segundos, las puertas no solo del Secretariado de Bienestar Moral sino también del

Ministerio de Sanidad y del resto de secretariados que ocupan la plaza se abren. Ríos de funcionarios anegan la plaza de la Paz; pero Teddy solo tiene ojos para una figura que baja con una expresión tan radiante como forzada. La misma que, cuando Teddy se acerca a ella, cuando Teddy la acompaña dulcemente y la ayuda a subir al carruaje, todavía mantiene.

Ni siquiera cuando se ponen en marcha Jo se atreve a dejar que se le relajen los músculos de la cara. Su sonrisa helada, sus ojos muy abiertos, su espalda recta, actúan como una barrera impenetrable entre su exterior, tan sereno como se espera de ella, y un interior que bulle y se desmorona.

—Josephine. Jo.

Ella levanta la mirada. Se da cuenta de que están frente a su casa, el familiar y acogedor hogar con el tejado a dos aguas, el porche sobre columnas de madera y el jardín delicadamente cuidado.

Entonces, la muchacha baja la vista otra vez. Siente una suave presión en el dorso de la mano.

—Vamos —dice Teddy mientras, con extrema ligereza, la coge de la mano —. Los vecinos están mirando.

Y no solo los vecinos. Josephine suspira profundamente, como si ese aire entrándole en los pulmones fuese a originar una respuesta más rápida de su cuerpo. Hay muchos ojos observándolos. Toda la vida los ha habido. Las siluetas en las ventanas ni siquiera se esconden, pero también los vigilan desde los postes en las esquinas y Josephine March jamás ha odiado tanto esas cámaras como este día. «Espalda recta», se dice. Porte, elegancia, todo lo que la han enseñado y que, desde luego, la indómita hija de los March jamás ha querido aprender lo pone en práctica bajando de la calesa, apoyada en la mano de Theodore Lawrence como si fuera el pilar alrededor del que gira toda su existencia.

Sintiendo la boca seca, el cuello encogido, Josephine se vuelve hacia su casa.

—No sé… —Lo que la muchacha pretende es agradecer la ayuda que le ha prestado Teddy o, por lo menos, indicarle que no sabe cómo agradecérsela. El joven no la deja continuar. No una, sino las dos manos de ella quedan aprisionadas entre las de Teddy, que tira de la joven hasta que Jo le presta atención.

—Tiene que haber una explicación para todo esto. —Teddy tiene una expresión animosa que a Jo le produce un escalofrío, porque en su fuero interno sabe que no hay ninguna explicación más allá de lo que han visto sus ojos. Lo sabe incluso cuando habría deseado que fuera todo lo contrario—. Una buena explicación —insiste Teddy, aun cuando ella intenta zafarse de él —. Ven, vamos a buscar un lugar donde sentarnos…

—No.

Jo logra, no sin resistencia por parte del muchacho, apartarse. La joven March trastabilla hacia atrás, escapa subiendo las escaleras del porche agarrada con fuerza a la baranda pintada de blanco.

Frente a la puerta de la casa, atina, finalmente, a darse la vuelta de nuevo. Teddy sigue en el mismo lugar, con aspecto consternado. El muchacho da un paso en su dirección, pero ella lo detiene con un gesto antes de entrar rápidamente dentro de la vivienda.



—Chisss, Chisss. Ya ha pasado. Ya ha pasado…

Para Josephine March este es el sonido más tranquilizador de la Tierra. Es el que la ha llevado a este lugar.

Se frota los ojos. Una mano pálida le ofrece un pañuelo limpio.

Hace unas horas que ha entrado como un torbellino en la casa, dejando a Teddy en la calle, la cabeza gacha y los dientes apretados, y algo dentro del pecho a punto de estallar. Josephine se ha encontrado con Marmee, su querida Marmee, en el vestíbulo. Su madre tenía las manos blancas de harina, porque ha salido de la cocina de esa guisa nada más escuchar su presencia.

La mujer, al verla, ha comenzado a plantear preguntas, pero Marmee, como la mayoría de madres, posee la habilidad innata de saber cuándo algo preocupa a su prole, y la suficiente sensibilidad como para descubrir que su hija en ese momento no la necesitaba a ella, así que la ha mandado, con la excusa de ir a buscar leña, al sótano de la casa.

Jo, que hasta ese momento había podido contener ese llanto arrebatador, temía que las lágrimas comenzaran a derramarse ante las palabras de su madre, de modo que ha bajado a toda prisa las escaleras al fondo del vestíbulo. Allí la han recibido los brazos abiertos de Beth, como si los sonidos que se escuchan desde la casa la hubieran avisado de que su querida hermana se lanzaría de rodillas al suelo y se derrumbaría ante su regazo.

Desde entonces, Jo llora. Ni siquiera le importa que con su llanto esté mostrando su infelicidad, Beth no va a juzgarla por eso.

—Sigo sin entenderlo… Teddy dice… —Trata de sonarse la nariz con escaso éxito—… que tiene que haber una buena explicación…

—¿Teddy?

Hay algo de sorna en la voz de su hermana. Jo levanta la cabeza para mirar aquel rostro tan querido y tan demacrado.

—Theodore Lawrence, el vecino —responde Jo sin darle más importancia.

—Ya sé quién es. Toca el piano.

—Sí… Teddy… Theodore es un nombre demasiado largo y pomposo, y no podría llamarlo jamás por el apellido. Ha… Estaba allí conmigo. En realidad… En realidad… ¡ha sido culpa suya! —La exclamación de Jo hace que el Señor Bigotes, el gatito, dé un respingo. Josephine musita un «Perdón» y se frota los ojos a pesar de que Beth la haya advertido en contra de ello, porque así solo conseguirá irritárselos más—. Ha sido él quien me ha tentado a explorar el secretariado… ¡Por todas las Virtudes, Beth! ¡Daría lo que fuera por no haberlo visto en absoluto! ¿Crees que…? ¿Qué haces?

Aunque al llegar Jo se lanzara a los pies de su hermana, pronto han cambiado las tornas. Jo ha acabado sentada en el cómodo diván y Beth se ha recostado en su regazo, con el Señor Bigotes entre sus brazos. Lo que ha llamado la atención de Jo es que, ahora, su hermana acaba de tomar un mechón de su larguísimo cabello castaño y se lo ha puesto sobre la frente.

—¿Crees que me favorece? —Mientras trata de mirar hacia arriba, Beth deja escapar una risilla que al instante se vuelve un tanto triste—. Para cuando se me caiga del todo.

—Antes de que eso ocurra… —Los ojos de Jo están llenos otra vez de lágrimas, pero no por culpa de las cartas quemadas. El cabello de Beth siempre fue hermosísimo—. Voy a cortarme la melena y te la daré. Para mí es solo un engorro que hay que peinar cada mañana, y veo que a ti te favorece mucho.

Esas palabras tienen la virtud de arrancar una nueva sonrisa, un poco más alegre, de los labios de Beth. El esfuerzo la agota en seguida, de modo que la joven deja caer de nuevo la cabeza sobre el regazo de su hermana.

—Lo siento, te he interrumpido…

—No te preocupes. —Cuando Jo piensa en Beth y en su situación, todo lo demás parece ligeramente menos descorazonador. Josephine se recuesta más cómodamente en el diván, dispuesta a seguir hablando, y se percata de que en el piso superior se escuchan pasos rápidos—. No lo sé, Beth. Trato de encontrarle alguna explicación a por qué han destruido las cartas. ¿Por qué? ¿Para que los soldados no las reciban? ¿En qué los beneficia eso? ¿Y cómo pueden perjudicarles los mensajes de sus seres queridos y de sus amigos? No logro quitármelo de la cabeza y estoy muy furiosa, Beth, muchísimo.

—¿Estás furiosa contra la tía March? ¿Contra el Ministerio de Sanidad? ¿El secretariado? ¿Contra el colegio de los Optimates? —pregunta Beth, con un hilillo de voz.

Unos pocos segundos después, Jo susurra, con un tono todavía más bajo:

—Sí. Con todo.

Las dos hermanas se miran en silencio, conscientes ambas de la magnitud de lo que acaba de decir Josephine. Es algo terrible (más que terrible, es una falta grave, gravísima), pero no por eso resulta menos cierto. Sí, Josephine se siente furiosa con el ministerio, con la tía March, con los dos operarios, incluso, que han lanzado las cartas a las calderas. Con ello han privado a los soldados del consuelo que es recibir misivas, a su padre de tener noticias de sus hijas.

Además, ¿y si esta no ha sido la única vez que han quemado cartas? ¿Y si eso de lo que ha sido testigo involuntario es algo habitual? ¿Cuántos soldados, hombres y mujeres, incluido su propio padre, llevan meses, tal vez años, en la cruel guerra sin el ánimo de sus seres queridos?

Han mentido, les han mentido a todos, y la mentira es el origen de todos los males. Es algo que Josephine sabe perfectamente. Desde luego que está furiosa.

—No se lo voy a contar a nadie —susurra Beth entornando los ojos para acurrucarse todavía más contra su hermana. Es muy tarde y Beth pronto necesitará dormir.

Nuevos golpes y unos pasos moviéndose a la carrera las obligan a incorporarse ligeramente. Josephine que, por influencia de Beth, ha comenzado a adormilarse también, abre los ojos de repente. La única persona de la casa capaz de correr de ese modo es ella misma, de forma que debe de estar ocurriendo algo fuera de lo normal.

—Beth… —susurra con delicadeza para no obligarla a moverse demasiado. Jo se va incorporando.

—Espera… —Una mano frágil se posa en su brazo—. ¿Y si…? ¿Y si alguien ha descubierto lo que has visto?

Jo se detiene en seco con el corazón en la garganta.

—Entonces asumiría mi culpa. Es lo que tendría que hacer, ¿verdad? Pero no… no será eso. Estoy segura de que nadie me vio…

Está, por lo menos, casi convencida de ello. En todo caso, tiene que subir porque, si los temores de Beth fueran ciertos, por muy infundados que sean, entregarse siempre es mejor opción si no quiere que su castigo se extienda a su familia, y Josephine jamás permitiría algo parecido. Se pone en pie lentamente para acostumbrar al movimiento sus piernas entumecidas y se aleja unos pasos de Beth, aunque se detiene al escuchar un «Jo» pronunciado con voz temblorosa.

—Seguro que no es nada. Voy a averiguar qué ocurre y luego regresaré contigo, ¿de acuerdo?

El silencio de Beth tiene que servirle de respuesta. Jo, como siempre hace, carga con un buen haz de leña y abre como puede la puerta del sótano, donde hay, le ha parecido, algunas marcas más que los días anteriores, y comienza a subir los peldaños combados que llevan a la planta principal de la casa. A medida que asciende, los ruidos se hacen más audibles. No solo son pasos sino también conversaciones apresuradas. Josephine supera los últimos escalones con el corazón en un puño. Sale al vestíbulo al tiempo que casi choca con Amy. Su hermana deja escapar un gritito mientras Jo suelta los troncos y las ramas, dejándolo todo lleno de astillas secas.

—¡Jo!

—¡Amy! ¿Qué ocurre?

—¡Jo! Ven, ven… —Amy, en condiciones normales, nunca la hubiera agarrado con tanto ímpetu de la muñeca, pero en esta ocasión no solo lo hace, sino que también tira de ella hacia delante—. ¡Ha ocurrido un milagro! ¡Bondad de los cielos! ¡No te lo vas a creer!

—¿Qué tengo que creer?

—¡Tendrás que verlo!

Amy no solo arrastra a Jo hasta el salón principal de la casa, sino que la mete dentro de un empujón.

Jo permanece inmóvil en medio de la habitación, desorientada, unos segundos. Luego, observa a Marmee, de pie junto a la chimenea y con expresión anonadada. Después, se fija en Meg, tan feliz… y, finalmente, en el hombre que, con aspecto cansado y las facciones absolutamente demacradas pero conocidas, ocupa el sillón que perteneciera a su padre y en el que ni ella ni sus hermanas osan sentarse.

—John Brooke… —dice Jo casi sin aliento.

John Brooke ha regresado de la guerra.

Parte 2
Maledicencia



11

Son días dichosos en Concordia. No solo ha regresado, como pudo comprobar Josephine March en cuanto subió apresuradamente del sótano, el largamente añorado John Brooke, sino que una veintena más de soldados también han vuelto a sus casas sanos y salvos. Lo han hecho sin previo aviso y sin grandes ceremonias, como ocurre siempre. Solo apareció una escueta nota informativa en las pantallas unos pocos días después para recordar a los habitantes de Concordia que la mejor forma de honrar y celebrar la vuelta de esos héroes es con silencio y discreción, pero aun así…

—Ya está ahí otra vez —murmura Josephine frente a la ventana del salón, que da a la parte delantera del jardín. Hace una mueca que ella cree amenazadora hasta que la anciana que se ha parado delante de su casa prosigue su camino.

—Estoy segura de que es todo casualidad, querida —le dice Marmee pero Jo sacude la cabeza todavía con gesto afectado.

—Ayer también pasó por aquí a esta misma hora. Por todas las bendiciones, Marmee, ¿de veras no puedo salir y decirle que nos deje en paz? ¿Que John Brooke ya no está aquí?

Marmee la observa, comprensiva y seria, antes de negar con la cabeza, pero allá donde Marmee no reprende a Jo, está su hermana para hacerlo:

—Eso sería sumamente impertinente por tu parte, Jo, además de una demostración intolerable de mal genio. Ahora, haz el favor de no perder más el tiempo. Tú tienes que ir a trabajar y a mí me esperan en la Academia de Buenas Artes.

A Josephine no le queda otra que hacerle caso a Amy. Se aparta de la ventana y sigue preparándose para salir, aunque de vez en cuando echa una ojeada hacia el exterior. Lo que más la enfada es que, desde luego, ella también ha hecho lo mismo que la anciana señora Cudier en innumerables ocasiones. El regreso de los soldados siempre es un tema que se trata con discreción y, aun así, las noticias de algún modo se transmiten de persona en

persona. Apenas dos años atrás, sus hermanas y ella pasaron prácticamente una tarde entera paseando frente a una casa donde se rumoreaba que había regresado un joven soldado, aunque está segura de no haber resultado tan molesta.

—¿Y si no se lo digo *a ella*? —pregunta alzando la voz. Ya está casi lista y puede escuchar a Marmee atareada en algún rincón de la casa—. ¿Y si por casualidad al salir afirmo en voz alta que John Brooke está en su propio hogar, que es donde debería estar? ¿Qué opinas, Marmee? ¿Amy?

El silencio es la mejor de las respuestas. Josephine, resoplando, mete unos pocos enseres en una bolsita de mano, su Libro en el bolsillo de la pechera y se dispone a ponerse el abrigo. Antes de salir, como siempre, hace la reverencia, golpea el suelo con los tacones para que Beth la oiga y, finalmente, se marcha con Amy. Desde que regresara John Brooke, Meg sale temprano de casa para asistir a su futuro marido en todo lo que pueda necesitar mientras se aclimata.

Frente a la puerta ya las espera la calesa y un mozo que sostiene por las bridas el caballo tordo que tira del coche. Sobre el pescante está, como siempre, su amigo Teddy.

—¡Buenos días, señoritas March! —las saluda él alegremente.

—Buenos días, *señorito Lawrence* —responde Josephine mientras se apresura a subir al carruaje. Con una mano se sujeta al pescante y con la otra se levanta la falda.

Todo está bien. Todo, por lo menos a ojos de cualquiera que los observe desde una distancia prudencial, es normal.

—Señoritas, ¿adónde vamos?

Teddy, inclina la cabeza con un gesto cortés, aunque se le adivina una sonrisa a duras penas contenida. Mientras, Jo se deja caer a su lado en el pescante del carruaje y suspira.

—A la Academia, por favor —le sugiere Amy, siguiéndole el juego.

—Y luego, al trabajo.

—Aaah, sí. —Con un chasquido de lengua y otro de su fusta, Teddy hace que el caballo se ponga en marcha—. ¿Es cierto eso que dicen? ¿Que el trabajo nos honra y nos hace mejores?

—Todo parece indicar que sí. Quizá, si tuvieras uno, podrías confirmarlo.

—Lo he tenido, por si no lo recuerdan las señoritas —replica Teddy de buen humor—. Pero no lo echo de menos.

Josephine, igual que Teddy y su hermana, se ríe, pero piensa en uniformes azules y en que son los agentes del secretariado los que controlan las cámaras de la ciudad.

Dos cosas adora Jo del trayecto desde su casa hasta la plaza de la Paz: la

primera, la conversación, una charla que parece brotar de modo natural entre ellos, hasta el punto que Jo ya considera a Teddy un fiel amigo. La otra es que, aun dejando a Amy en la Academia, llegan tan pronto a la plaza que todavía tienen unos minutos para ellos.

—Te acompaño hasta la puerta.

Teddy le ofrece un brazo a Jo, que lo acepta de buen grado. Siguen así cuando, frente a la puerta, Jo nota que le fallan las piernas.

Únicamente es un instante, pero Teddy se da cuenta al igual que lo ha hecho en todas las veces anteriores.

—Es solo un día más. Uno exactamente igual a los otros —le susurra a Jo al oído, sujetándola disimuladamente, pero con fuerza.

—Lo sé.

En realidad, los momentos de flaqueza han ido disminuyendo con el paso de los días. Solo se repiten aquí mismo, en la puerta del secretariado, que Josephine en ese momento observa con detenimiento. Sigue siendo incapaz de creer lo que vio. Si pudiera, Josephine habría dudado de sus propios ojos, de modo que lo único que le queda es no pensar en ello hasta que hacerlo sea inevitable.

En vez de avanzar más hacia la gran puerta de entrada al secretariado, Josephine entorna los ojos. Todavía no han sonado las señales acústicas que llaman al inicio de la jornada de trabajo, de modo que pueden descansar en el gran banco corrido que rodea la plaza entera.

Lleva unos minutos sentada, con la vista fija en el reloj para no llegar tarde, cuando por fin dice:

—Quizá había algo malo en las cartas. Tal vez eran demasiado largas, o eran perjudiciales para la moral de los soldados… ¿Había, tú crees, algo en la mía? Solo le contaba a mi padre unas pequeñas anécdotas, nada más… —Esa es la posibilidad que le ronda por la cabeza desde hace unos días. Tiene sentido. Al fin y al cabo, se imagina cómo se sentiría ella lejos de casa, enfrentándose al enemigo sin descanso. Si recibiera una larga carta de sus seres queridos, quizá lucharía con más ahínco, sí, pero quizá también echaría de menos su casa y a los suyos o se preocuparía si en alguna alguien le contara un disgusto—. Pero entonces… —Antes incluso de que Teddy se lo pueda decir, Jo también se da cuenta de que su pregunta ya tiene respuesta—. Pero entonces, ¿por qué hay un día para escribir cartas y mandarlas? ¿No sería más fácil, simplemente, no enviarlas?

—No sé si sería más fácil para nosotros…

Ella, claro, asiente.

—Quizá tengas razón. Quizá, aunque nos dijeran que las cartas son contraproducentes por cualquier motivo, no lo aceptaríamos. Al fin y al cabo,

¿no estamos en un viaje continuo para dejar de ser imperfectos, falibles, y llegar a la…?

«La bondad no se encuentra en un libro.» Esta odiosa frase le viene de repente a la cabeza. Josephine cierra la boca, aprieta con fuerza los labios y sacude la cabeza.

Teddy le dedica una mirada de preocupación.

—¿Jo?

Ella inspira profundamente para serenarse.

—Estoy segura, completamente convencida, de que hay una buena explicación. Aunque yo sea incapaz de descubrirla ahora.

Sonríe para Teddy y para las cámaras que rodean la plaza y para toda la gente que está entrando ya en los distintos secretariados.

Quizá esa explicación que busca pueda justificar también esa carta tan fría que recibieron de su padre. La misma que desencadenó ese tumulto de emociones dentro de Josephine. Quizá su padre, que siempre ha sido tan bondadoso, tan dado a las palabras amables y sinceras, en el frente simplemente solo tenga fuerzas para esos vocablos huecos.

Josephine se pone en pie enérgicamente. En su interior, todo sigue siendo un gran embrollo.

Ella, con Teddy a su lado, se dirige ya hacia el secretariado. Mientras lo hace, por costumbre, se fija en las pantallas de la plaza, las más grandes y brillantes de toda Concordia, y en los mensajes que va narrando la megafonía pública inmisericordemente. Información y más información. Estadísticas de crecimiento económico, consejos de carácter moral, eventos y sucesos. Su vista, como la de tantos otros transeúntes, observa las palabras que van apareciendo y desapareciendo.

—¿Te has fijado?

—¿En qué tendría que fijarme?

Teddy le ofrece el brazo para que se apoye en él, pero Josephine, alisándose la falda con ambas manos, reemprende la marcha sola.

—Apenas hay información sobre la guerra.

—Eso no es cierto. Cada día nos hablan de ella varias veces.

—Sí, para informar de que va bien, para saber que tal o cual batalla se ha ganado… —Claro. Eso no lo duda. Ni se atreve a dudarlo en su fuero interno —. Pero… ¿Y el porqué?

—¿El porqué de qué?

—Por qué la guerra.

—No, por qué te lo preguntas.

—¿Tú no lo has hecho nunca?

—No, sé el porqué. Todos lo sabemos, Jo —responde Teddy con una sonrisa orgullosa—. La guerra existe para preservar nuestros valores como sociedad. Para defendernos de quienes nos quieren atacar y para fundamentar nuestra paz. La guerra nos ha mantenido a salvo durante generaciones y, aunque la violencia sea un mal, es un mal necesario.

Esa es exactamente la misma respuesta que habría dado Josephine a la pregunta y esa certeza le produce una especie de desasosiego en la boca del estómago. Se siente tonta, ni siquiera sabe por qué ha iniciado esta conversación sobre la guerra.

Se gira de nuevo hacia las pantallas. Noticias y más noticias, siempre comentadas con la voz suave de la megafonía, un sonido tan conocido que la mayor parte de las veces se olvidan de que existe. Tiene que marcharse ya.



Hoy, Amy March también piensa en la guerra. Es más, se siente culpable porque la encuentra hermosa. Es una guerra no como la de verdad, la que se ha llevado a tantos de sus vecinos y que milagrosamente ha devuelto, sano y salvo a John Brooke, sino una guerra de formas. Son líneas expandiéndose, formas que no existen en ninguna parte del mundo excepto en ese trozo de papel que, a pesar de ser estáticas, a los ojos de Amy parecen estar en una lucha encarnizada.

Debe de ser, o al menos eso se imagina ella, una lucha parecida a la que se está desarrollando en su interior. Ahora mismo, Amy se siente profundamente traicionada por su cuerpo, que quiere acercarse, mientras que su cabeza se niega a hacerlo.

Porque, ¿y si lo hiciera? ¿Y si Oliver, que está ahí, a apenas unos pasos, pintando, la viera? ¡Se moriría de la vergüenza!

Amy se apoya en el quicio de la puerta. Desde que Teddy las acompaña en la calesa llega mucho antes que el resto de sus compañeros. La mayor parte de las veces consigue distraerse con un paseo por los jardines interiores de la Academia, o avanza alguna de las tareas que tiene pendientes, pero en algunas ocasiones, como hoy, cae en la tentación.

El Libro siempre la ha advertido sobre lo peligrosas que son las tentaciones.

Hoy ha subido al aula donde encontró a Oliver pintando, y el corazón le ha dado un vuelco cuando lo ha visto (afortunadamente para ella, de espaldas),

creando esa guerra de colores y formas.

Amy abre la boca, siente que se le atasca el aliento.

«Es un desahuciado», se dice con voz de reprimenda. «No es digno.»

Acaba de decidirlo: se marcha.

—No tiene por qué marcharse si no quiere.

Helada. Así queda Amy March; helada, lívida, como si acabara de fulminarla un rayo allí mismo. Por desgracia para ella, no existe ninguna posibilidad de que Müller se esté dirigiendo a otra persona.

—No… —Amy pasa rápidamente de la vergüenza al orgullo y levanta la barbilla, resuelta—. No pretendía marcharme.

El muchacho no deja de pintar, ni se inmuta, pero asiente con la cabeza, cosa que hace caer un mechón de cabello rebelde sobre la frente.

—Bien. Me alegro.

—¿Se alegra?

Amy ni siquiera se da cuenta de que ha dado un paso hacia el interior del aula. De repente, se siente expuesta, pero ese movimiento le sirve por lo menos para una cosa: para verse a sí misma, su expresión de cautela, reflejada en las cristaleras al fondo de la sala. Es así como Oliver la ha descubierto antes, y es a través de la misma cristalera como la vigila ahora mientras avanza.

—Es decir, puede hacer usted lo que más le plazca. Tiene tanto derecho a estar aquí como yo pero, si se acerca, quizá es que realmente mi trabajo no le parece tan reprobable y entonces podría ser que usted no me denunciara, y eso sería maravilloso.

Amy ladea contrariada la cabeza. No quiere discutir con Müller. Podría hacerlo, desde luego. Al fin y al cabo, ella es, objetivamente, mejor ciudadana y mejor persona y, con toda seguridad, podría superarle en una discusión; pero no sería propio de una señorita bien educada rebajarse a ello.

—Siento decirle que sí —le replica finalmente—. Sí me parece reprobable. —En las manos de Müller, esa guerra de líneas se desarrolla todavía con más virulencia—. No solo a mí; el profesor Smith lo aborrecería. Esto que está pintando… no tiene significado, no representa nada…

—Que no represente nada, ningún objeto físico, no implica necesariamente que no tenga significado…

—Esto que me está diciendo es una aberración. Además de feo, como su dibujo —le espeta Amy, severa.

Por fin, Müller alza la mano, manchada irremediablemente de carboncillo, y también la mirada. A continuación, se levanta y le tiende a Amy la hoja de papel rugoso en la que ha estado pintando.

—Incluso pareciéndole horrible, ¿le apetece probar?

Amy, por supuesto, no hace amago ni de cogerlo.

—Llevo los guantes puestos —dice a modo de excusa—. No voy a mancharlos.

Tampoco lleva puesta la bata que usan todos los alumnos de la Academia para preservar sus trajes y vestidos impolutos, sino que esta sigue guardada en un armario al fondo del aula junto con todo su material.

Müller todavía sostiene la hoja unos segundos frente a ella, pero luego, con un chasquido de lengua, un sonido horrible parecido al que emiten los cocheros al conducir un caballo y que Amy odia, lo aparta.

—De todos modos, ya están a punto de llegar los demás. Si mañana vuelve a estar aquí a primera hora, quizá tenga tiempo de quitarse los guantes.

Amy decide ignorar ese malsano comentario. De hecho, decide ignorar a Oliver Müller por completo desde ese mismo instante en que, efectivamente, se escuchan las primeras conversaciones por los pasillos de la Academia.

Lo ignora también a lo largo de todas las lecciones, desde Perspectiva y Proporción hasta Escultura. Ese día, en realidad, Amy March es lo que todo el mundo espera de ella: una estudiante modélica y una señorita encantadora que además lleva a cabo, según afirmarán luego todos sus instructores, unos de sus mejores trabajos en el tiempo que lleva en la Academia de Buenas Artes.

Y, a pesar de todo, el final de la jornada sorprende a Amy March de mal humor, convencida de que ha estado perdiendo el tiempo.

Es culpa de Oliver Müller, de sus palabras impertinentes y de su pintura degenerada, se repite en cuanto acaban las lecciones del día. Por eso no se permite a desahuciados entrar en la Academia. Ya podría haber sido otra quien hubiera descubierto que Müller lo era. Amy agarra la falda de su vestido mientras baja los escalones de salida, de uno en uno. Su sombrero se tambalea furiosamente por culpa de la velocidad a la que se mueve pero Amy está tan enfadada (no con lo que ha ocurrido o, ni siquiera realmente con Müller, sino consigo misma) que no se da cuenta ni de eso, ni de que alguien está llamándola desde el final de la calle.

—¡Amy!

De hecho, cuando por fin levanta la cabeza puede ver, mortificada, que media calle se ha girado en dirección a los gritos. Unos gritos que, por supuesto, vienen de la única criatura sobre la tierra capaz de llamar la atención de ese modo: su hermana Jo.

—Buenas tardes, señorita Amy.

Para más inri, su hermana no va sola, sino que se encuentra sentada en el pescante de la calesa de Teddy Lawrence, como si se tratara de un muchacho.

—Vamos, sube, Amy.

Jo le tiende una mano como si de veras pretendiera que Amy fuera a subirse a ese vehículo de un salto. Por suerte para ella, Teddy, dando buen uso de su educación, baja del carruaje para abrirle la puerta con una reverencia.

—Jo me ha contado los planes que tienen para hoy y debo decir que me parecen sumamente admirables…

Entonces, sí, Amy toma su mano con mucho gusto. Muchísimo más, de hecho, al ver que en ese momento la señorita Fidelity Gardiner sale del edificio. Todavía le duele no haber podido asistir a su soirée, de modo que se asegura de subir al carruaje cuando ella los está mirando.

El trayecto, bastante plácido teniendo en cuenta el estilo de conducir de Teddy, Amy lo vive en silencio. No por voluntad propia, porque la joven tiene una panoplia de temas de conversación listos para ser usados, pero Teddy y su hermana, en los asientos delanteros del carruaje, no paran de charlar durante todo el rato sin tener el buen gusto de invitarla a ella a la conversación.

Minutos después, Teddy detiene el coche frente a una casita que, si bien todavía se encuentra dentro de la zona residencial, también está peligrosamente cerca de los suburbios. De hecho, se distinguen claramente las puntas de los árboles del jardín anular entre las casas. Todo lo que ve es, quizá, un poco menos nuevo, un poco menos bonito que su propio sector residencial.

En ese momento, Amy recuerda las palabras hirientes, aunque ciertas, de Fidelity Gardiner y de todos sus acólitos el día del baile de los Lawrence, pero se apresura a poner una sonrisa animosa al tiempo que Teddy se aleja con la promesa de recogerlas luego, y Meg sale por la puerta de la casita con los brazos abiertos.

—Queridas, os lo agradezco tanto… Pasad, pasad. —En la expresión de Meg hay una felicidad que, por lo menos a Amy, le parece genuina. A Josephine, en cambio, le hace fruncir el ceño y no sabe por qué. Ambas hermanas se dejan guiar hacia el interior un tanto sombrío de la vivienda—. El recibidor es un poco estrecho, pero eso es lo de menos. Después, la casa se vuelve mucho más amplia y luminosa, ya veréis… —se disculpa Meg luchando por coger los abrigos de sus hermanas y colgarlos, aunque la temperatura gélida dentro de la casa no invite a hacerlo.

Dentro, el aire tiene una consistencia pesada, de polvo acumulado, y todo parece un tanto descuidado, lo cual es comprensible al tener en cuenta que ese hogar lleva años desocupado. Por esa misma razón, Josephine y Amy se han ofrecido para ayudar a su hermana mayor a adecentarlo un poco.

—¿Está el querido John en casa? —pregunta Josephine, escabulléndose entre sus hermanas para buscar un poco de espacio al fondo del recibidor.

—Está… —comienza a decir Meg, pero quizá sea su calma natural, su

costumbre de no decir nunca una palabra más alta que la otra, lo que la lleva a frenar su respuesta.

Ella querría decir que su futuro marido estaba descansando, pero Josephine no llega a escucharla, de modo que la joven empuja con su ímpetu habitual la puerta que se encuentra al final del minúsculo corredor.

Y luego, Jo se detiene con el aliento atrapado en el pecho.

Ha entrado en una sala en penumbra por culpa de las gruesas cortinas que ocultan las ventanas. La única luz proviene de un fuego que no logra del todo rebajar el frío del ambiente. Al lado del hogar, hay una butaca de piel, un mueble antiguo, que parece prestado o regalado por algún vecino bienintencionado. Sentado en ella, como si quisiera tragárselo, está John Brooke. No ha hecho ningún gesto al escucharla entrar. Tiene el Libro en las manos y lo está leyendo con devoción.

—Buenas… buenas tardes… y perdón —se disculpa Jo.

Sus palabras, que han sido pronunciadas extraordinariamente flojas pese a tratarse de Jo, quedan silenciadas por los pasos apresurados de Meg. En apenas un segundo ya está a su lado con esa sonrisa que antes la ha hecho estremecer.

—¿Es la señorita Josephine? —John Brooke levanta la mirada un instante.

—No pidas perdón, mujer, no has hecho nada malo. —Meg comienza a moverse por la habitación, toca las cortinas como si dudara entre abrirlas o no, se acerca al fuego y luego a la figura sentada de John Brooke—. John está muy contento de verte. De veros a las dos, en realidad. Radiante, ¿verdad, querido? —le pregunta y, ante su silencio, decide responder ella misma—: Por supuesto que sí. Radiante. Ha mejorado mucho desde que regresó.

—¿Quiénes son? —murmura John Brooke entonces, aunque parece ser que Meg no lo escucha.

Josephine y Amy intercambian una mirada de fraternal complicidad, aunque Amy luego la convierte en una sonrisa dirigida hacia su otra hermana.

—Por supuesto que sí. Tienes razón, ya tiene mejor cara… ¿verdad, Jo?

Josephine solo asiente porque cree que así la mentira será menos grave. John Brooke ni tiene mejor cara ni parece haberse recuperado en absoluto.

John Brooke vuelve a mirarlas al tiempo que Meg se apresura a colocarle bien las mantas que le cubren el regazo. Hay algo en la mirada de John Brooke que a Josephine le da escalofríos, como si sus ojos se movieran a velocidades distintas, mientras que Meg no ha perdido la sonrisa con la que las ha recibido: radiante, estirada como la piel de un tambor, una sonrisa de futura esposa devota.

—Amy y Jo han venido a ayudar con la casa, querido John—susurra la joven mientras, tras asegurarse de que su prometido queda bien abrigado, se

acerca a sus hermanas y con extrema amabilidad las echa de la habitación.

Después de este extraño episodio, las tres hermanas se disponen a hacer todo lo necesario para convertir la casa de Meg en un hogar, dos palabras que parecen iguales, pero que en realidad no lo son. Las ventanas recuperan su claridad tras una buena limpieza; las telas, las cortinas y las alfombras son implacablemente sacudidas hasta liberarlas de polvo; los suelos quedan barridos. Las hermanas trabajan en silencio, cada una ocupada en sus propios pensamientos, pero, de las tres, la que más intensamente piensa es, cómo no, Josephine.

Piensa en John Brooke. Piensa en los días felices de antes de que se marchara, Josephine recuerda un hombre serio, pero afable, siempre a la sombra de su padre en el Ministerio de Sanidad, un ayudante de actitud impoluta, el tipo de actitud que proviene de una admiración sana hacia su superior. Esa admiración desembocó en cada vez más invitaciones a compartir cenas y momentos en casa de las March, donde Jo descubrió que John Brooke era una especie de versión masculina de la propia Meg, tan bueno, tan formal y, desde que se prometiera con su hermana tras un cortejo lleno de miradas desviadas y sonrojos mutuos, un miembro más de su pequeña familia.

Josephine, por un instante, deja de barrer. Ha comenzado en el piso superior de la casita, empujando concienzudamente hasta la más mínima mota de polvo escaleras abajo y se encuentra ya en el recibidor dispuesta a echar toda la suciedad a la calle. No puede evitar una mirada rápida hacia la puerta cerrada de la estancia donde Brooke descansa.

La noche que regresó, John Brooke parecía otra persona. Durante horas, se quedó en el salón de la residencia March, sentado en ese sillón que fuera de su padre y, durante horas, no dijo ni una palabra, aunque aceptó una taza de té caliente que Meg le puso servicialmente en las manos.

Jo vuelve a barrer con mayor ímpetu si cabe. Una montaña de polvo, de pequeños insectos muertos, se acumula frente a la puerta.

No, John Brooke no está bien por mucho que Meg afirme lo contrario. John Brooke, al fin y al cabo, acaba de regresar de la guerra.

Ese pensamiento comienza a eclipsar todo lo demás.

Josephine se muerde la comisura del labio. Es una costumbre que su madre aborrece.

El montón de suciedad se queda donde está. Josephine apoya la escoba contra la puerta y, mientras se asegura de que sus hermanas siguen ocupadas en el piso de arriba, entra en el salón de la casa.



No hay nada, dice el Libro, que una voluntad firme y un corazón dispuesto no logre conquistar, y las páginas no mienten. Amy March resopla para apartarse un mechón de cabello rubio de la frente. Luego, se lo piensa mejor y se dispone a colocárselo bien sujetándolo con la horquilla de la que se ha escapado.

Mira a su alrededor. La habitación que será, en un futuro, la alcoba de matrimonio, está irreconocible, así que la muchacha se siente satisfecha.

—¿Meg? Meg, ¿he acabado ya con esta habitación? —pregunta en voz alta, pero, a pesar de que transcurren unos cuantos segundos, no obtiene respuesta—. ¿Meg? Meg, querida.

Amy se dirige, nerviosa, a la habitación contigua. Allí está Meg: con una mano sostiene su Libro del Buen Ciudadano y con la otra se frota las mejillas. Se acaba de secar las lágrimas, pero el rastro del llanto está ahí, en sus ojos y en su nariz enrojecidos por mucho que su hermana trate de ocultarlo con esa sonrisa que desde hace días le enrarece la expresión.

—He pensado que en casa tenemos ese florero. El de vidrio azul. ¿No quedaría encantador en el recibidor de aquí?

Amy contiene el aliento y Meg, en ese momento, hace lo mismo. La mano de la joven se aferra a la de su hermana y lo hace con tanta fuerza que Amy tiene que ahogar un gemido de dolor. Meg abre la boca. Algo aflora en su expresión, un miedo a zozobrar que todas han sentido alguna vez en la vida, pero del que siempre, por suerte, logran sobreponerse. Meg entonces dirige la mirada hacia su Libro. Lo tiene abierto por esa página que les sirve de guía, la página de la vida, la página donde cada ciudadano debe apuntar sus logros personales, decorada con esas hermosas ilustraciones que todas las hermanas March admiraran de niñas. Meg respira hondo.

—Creo que debemos hacerle caso a la artista y, además, me atrevería a decir que tienes razón, el jarrón quedaría muy llamativo en la entrada —murmura ladeando la cabeza. En un instante, todo su dolor se ha disipado—. Pero ¿estás segura de que Marmee podrá prescindir de él?

Amy no llega a contestar afirmativamente, puesto que un estrépito repentino les hace dar un respingo. Proviene del piso inferior de la casa. Se trata de un alarido seco, brevísimo, que las lleva a bajar por las estrechas escaleras hacia la planta de abajo, manteniendo siempre una pose serena y una

perfecta compostura. Luego, ven la escoba y el recogedor apoyados en la entrada y la puerta abierta del saloncito.

El cuadro que encuentran es el siguiente: Jo está a un lado del salón y John Brooke se ha puesto en pie. Suyo ha sido, seguro, el alarido, porque todavía está jadeando. Parece que se ha levantado con tanto ímpetu que ha tumbado la butaca donde llevaba sentado quién sabe cuánto tiempo.

—¡Oh! ¡Qué susto nos habéis dado, y todo por la culpa de una tonta silla…! —Con gesto alegre, Meg entra en la habitación, coloca bien la butaca y comienza a recoger las mantas que también han caído al suelo—. Pero esto tiene fácil arreglo…

Al mismo tiempo, Amy se vuelve hacia Jo.

—¿Qué has hecho?

Pero su hermana tiene una expresión inocente en el rostro.

—Estaba limpiando. Era eso, ¿verdad? A eso hemos venido.

Amy *sabe* que Jo está ocultando algo. Alguna cosa tiene que haber hecho para haber provocado esa reacción en John Brooke. Porque John Brooke, por mucho que su hermana mayor se empeñe en obviarlo, no está bien.

—¡Josephine! —la advierte de nuevo, pero antes de que Jo pueda arrepentirse de nada, o explicar lo que realmente estaba haciendo en la habitación, Meg interviene:

—Te agradezco que hayas venido a limpiar aquí también. —Con mano firme, ayuda a su prometido a sentarse otra vez—. Pero tienes que ser más cuidadosa, Jo. ¡Todavía tenemos tan pocos muebles! ¡Hemos de tratarlos lo mejor posible hasta que podamos conseguir algunos nuevos!

Muy a su pesar, a Amy se le escapa un resoplido. Entiende la actitud de Meg: siempre buena cara ante la adversidad, dejar atrás, como aconsejan los textos y las guías morales, lo malo, pero al mismo tiempo le molesta que Meg obvie tan flagrantemente la realidad. Al fin y al cabo, ¿eso no es también un tipo de mentira? Al menos, una mentira hacia sí misma.

—Tampoco las recuerdo.

Amy y sus hermanas se giran hacia John Brooke.

—No las recuerdo, señorita Josephine —repite John Brooke con voz angustiada, y acto seguido se frota los ojos con fuerza—. Las cartas. Cartas, decía, ¿verdad?

—¿Qué cartas? —Amy casi puede escucharse a sí misma recordándose que la curiosidad no se cuenta entre las siete virtudes.

Amy se vuelve hacia sus hermanas. Meg parece consecuentemente sorprendida, mientras que Josephine, lejos de ello, tiene una expresión en la cara difícil de catalogar, porque parece de enfado, pero un tipo de enfado distinto al cotidiano, el que uno podría esperar de las riñas entre hermanas.

—Nos habría gustado —murmura Brooke. El hombre se agita de tal modo que las mantas que Meg ha colocado tan delicadamente sobre su regazo se resbalan, dejando entrever un par de piernas delgadas, demasiado flacas, como todo él—. Le pido disculpas por haberla asustado antes, no era mi intención.

Amy decide que ya ha visto suficiente. Brooke se está agitando por momentos y aunque Meg se haya apresurado a poner las mantas en su sitio de nuevo, algo en ella le indica que está a punto de perder la compostura definitivamente. La más joven de las March entonces agarra a Jo por la muñeca y tira de ella, sacando fuerzas para mover a su hermana del fastidio que le produce ser, al parecer, la única de la familia con la cabeza bien puesta sobre los hombros.

Arrastra a Josephine hacia el recibidor y luego, con cuidado de no pisar el montón de polvo y suciedad que se ha quedado, típico de Jo, en la puerta esperando a ser barrido, sale al exterior con ella. No se detiene hasta llegar al jardín trasero de la casita, apenas un rectángulo lleno de maleza que Meg fantasea con convertir en un pequeño huerto algún día.

—¿Qué le has dicho? ¿Qué está ocurriendo? —Los postes de vigilancia más próximos se encuentran en la calle principal. Está razonablemente segura de que no hay nadie que las escuche ni tampoco presencias curiosas en las ventanas de los alrededores, pero su voz es apenas un susurro—. Josephine, ¿qué le has preguntado al pobre John Brooke? ¿Qué es eso de unas cartas?

—Nada.

Oh. Ese es uno de los «Nada» de Jo, uno de los que dice con la cabeza gacha y los dientes apretados. Es el mismo «Nada» que respondía cuando, tras una travesura, los adultos la interrogaban sobre qué había hecho exactamente aquella vez.

—¿Tiene que ver con la carta de papá?

Josephine es así de cabezota. Siempre lo ha sido y ese mal vicio no se le ha quitado jamás, porque, en cierto modo, siempre se lo han permitido. Seguramente aún tiene en la cabeza esa idea absurda de que ocurría alguna cosa extraña con la carta, esa maravillosa carta que recibieran por parte de su padre unas pocas semanas antes. Amy espera pero su hermana sigue con esa misma expresión, cerrada como los postigos de una casa abandonada, de modo que la pobre muchacha al final solo puede dejar escapar un exasperado:

—¡Oh, Josephine! ¡Eres imposible!

Lo último que querría Amy es montar una escena. Desde luego, *podría* hacerlo porque bien que Josephine se siente con libertad absoluta para llevar a cabo una. Tiene motivos suficientes. Su hermana ha arruinado una tarde perfectamente agradable y, además, ha alterado al pobre y querido John a sabiendas de que el modo correcto de actuar, siempre, absolutamente siempre,

sea el de no mencionar la guerra para sanar cuanto antes mejor las heridas que esta ha dejado.

Al final, decide ser la más sensata de las dos. Se marcha de la compañía de Josephine, empeñada todavía en no decir nada, y regresa a la casa. Allí, en la puerta, está Meg con su expresión tranquila de siempre.

—Voy a preparar té. ¿Crees que Jo querrá una taza?

12

No las recuerdo —dijo John Brooke la noche anterior—. Nos habría gustado.

Desde luego, sus palabras no deberían haberla sorprendido, se dice Jo con fastidio golpeando el suelo con el tacón de sus botines negros. Apenas ha amanecido y estar parada en medio de la calle con un viento helado que ulula por la ciudad, está acabando rápidamente con su paciencia.

No, las palabras de Brooke no deberían haberla sorprendido porque, al fin y al cabo, le preguntó por las cartas buscando exactamente esa respuesta, aunque en el fondo de su corazón, todavía deseaba que fuera otra.

Pero ¿de qué le sirve? Allí está ella, a la mañana siguiente, con los mismos latidos acelerados de su corazón, las mismas ojeras y las mismas dudas, la misma culpabilidad enjaezada en su conciencia.

«La confusión es el umbral de la desazón y el primer paso hacia la infelicidad», decía el Libro del Buen Ciudadano. Para Jo, desde siempre, esa frase ha sido la piedra más molesta en su zapato. Porque siempre se siente confusa. Como si los demás pensasen en una dirección distinta a la suya.

Y, aun así, nota que esta vez su confusión es diferente. La ahoga. Solo necesita saber por qué. Solo eso. Está segura de que hay una buena razón por la que las cartas son incineradas. Simplemente necesita saberla.

—Theodore Lawrence, ¿dónde te has metido? —musita para sí justo después de darse un poco de aliento cálido en las manos.

Hasta Amy se ha cansado de esperar y se ha marchado a pie a la Academia de Buenas Artes. Es algo inaudito. Amy nunca pierde la oportunidad de que la vean bajar de la calesa Lawrence, pero Jo casi la comprende. Quizá le suceda lo mismo que a ella porque lo último que quiere Jo esta mañana es llegar tarde al trabajo. Sueña con ese momento en que se sienta en su puesto y se pone a teclear, dejarse llevar por el sonido de las máquinas de escribir de sus compañeras junto a la suya, trabajando al unísono, siendo una misma voz para, de alguna manera, lograr sentirse parte de eso que es lo bueno, lo que se

espera de ella.

Suspira golpeando el suelo de nuevo, aunque desde luego su inocente topetazo no es comparable al que, justo en ese momento, se escucha retumbar en la calle. Un golpe que proviene, indudablemente, de la mansión Lawrence.

Escucha dos golpes más que hacen que se encoja, arrebujada en su abrigo. Por norma general, la mansión de sus vecinos está en silencio salvo por esas notas de piano, un tanto melancólicas, que a veces se escapan por las ventanas.

La puerta de la mansión Lawrence se abre entonces como si los dos grandes batientes hayan sido empujados por un vendaval. Teddy sale de golpe, el cabello alborotado, su elegante pañuelo rojo mal anudado al cuello. Su mirada transmite un tipo de penuria que solo dura un instante, interrumpida por un mal paso que le hace rodar hasta el suelo por las escaleras del porche.

Josephine March no se lo piensa dos veces, salta la verja que separa ambas propiedades sin importarle que pueda engancharsele la falda y corre hacia donde ha caído su amigo.

—¡Teddy!

No ha hecho más que llegar hasta él cuando Teddy se levanta de un salto sin permitir que lo ayude. Parece que ni siquiera haya reparado en su presencia, se pone en pie, como intentando negar la realidad de su caída, mientras se sacude la nieve que se le ha quedado pegada en el abrigo marrón y en los pantalones. Tarda unos segundos que a Jo se le hacen eternos en recobrar no solo la compostura, sino también ese aire que le acompaña siempre, de buena cuna, de ligero desdén y aburrimiento por todo lo que no sea él mismo y sus propios intereses.

—¿Estás bien? —le pregunta ella con cautela.

Su amigo simplemente la aparta con el mismo gesto distinguido con que se está quitando la nieve, casi como si ella tan solo fuera parte de ese paisaje adherido a su ropa, y avanza hacia el calesín con la barbilla elevada sin mirar atrás. Jo tiene que acelerar el paso para ponerse a su altura y, cuando lo hace, se da cuenta de que su amigo sangra por la frente.

No parece grave, un mero rasguño fruto de la caída, probablemente, y Jo duda, de nuevo, esas dudas que la llevan al miedo y a la infelicidad, antes de coger un pañuelo de su bolsillo para limpiársela.

—Tienes una herida —se justifica—. Quizá con un poco de nieve... —dice ella, agachándose para coger un puñado de nieve blanca y fresca para envolverla con el pañuelo.

—Déjalo. —Teddy hace un ademán para apartar el pañuelo que ella le ofrece y sube de un salto al pescante de la calesa—. ¿Te llevo o no?

Josephine sube en silencio al vehículo y se sienta a su lado. Teddy azuza con fuerza al caballo que tira de él y, con un relincho, se pone al galope sin que a ella le dé tiempo a sujetarse. Sucede como si en el transporte se desatase una tormenta o quizá sea que a Josephine se le queda atragantado un grito de sorpresa en la garganta. Las calles de Concordia, con sus fachadas limpias y lustrosas, los senderos de cada jardín pulcramente rastrillados y sin nieve se suceden ante sus ojos como un velo opaco mientras ella hace esfuerzos por mantener los ojos abiertos.

—¡Teddy!

Por fin, sale en forma de nombre el grito que se tenía atorado en la garganta y, gracias a él, es como si su acompañante fuese consciente de que no está solo y, de un tirón de las bridas, logra que el caballo aminore la marcha. De este modo, Concordia recupera su ritmo pausado y perfecto.

—¡Podríamos haberle hecho daño a alguien! —se queja Jo atropelladamente mientras recupera el resuello—. ¿Qué habrán pensado nuestros vecinos?

—¿Ahora te importa lo que piensen, Jo? —pregunta él secamente y Jo percibe como si, de pronto, la escarcha que cubre los cristales de las ventanas a su alrededor se le acomodara también en el pecho.

Josephine March no es dada a la contención, ni tampoco al decoro, no. Se deja llevar, a veces se siente como una peonza incapaz de mantener el control, pero eso no significa que no le importe. ¿Qué se piensa Teddy que es ella? Jo podrá cometer errores, enormes equivocaciones de las que luego se arrepiente, siendo ese arrepentimiento la mayor penitencia; pero le importa, claro que le importa. ¿Cómo si no es lo que se espera de ella?

Traga saliva. Da una bocanada de aire y mira al frente. Continúan en silencio, en el trayecto más largo que Josephine ha sentido desde que comenzara a montar en la calesa de Teddy.

Sin embargo, ya se avistan la Plaza de la Paz y el secretariado. Jo está a punto de bajarse de un salto, correr hacia el interior para olvidar esa pregunta de Teddy, el estado de John Brooke y la sonrisa congelada de su hermana, esos sentimientos agrios y dolorosos contra los que tiene que luchar a diario y con tanto ahínco, cuando de pronto, Teddy la sujeta del brazo.

—Lo siento, Jo —se disculpa con la mirada baja—. Te pido perdón. No pensaba en lo que estaba diciendo.

Jo se queda tan helada por dentro como ya lo estaba por fuera, pero no dice nada, no quiere hacerlo porque, en ese caso, probablemente sus palabras sean tan ásperas como el tono que ha tenido Teddy con ella. Tampoco se siente con fuerzas para tirar del brazo y bajar definitivamente del carruaje.

—¿Qué te ha sucedido, Teddy?

No escucha nada tras de sí, donde está el muchacho, que aún sigue sujetándola. Pero tras un par de segundos, siente cómo se desarma la fuerza de su agarre y, por fin, el joven Lawrence dice:

—Mi abuelo…

—¿Habéis tenido una riña? —pregunta Jo, que sabe perfectamente los estragos en el ánimo que puede causar el roce de la convivencia. A fin de cuentas, ella vive con Amy y de disputas y roces y palabras elevadas sabe más de lo que desea.

Todavía agarrándola del brazo, Teddy tira de ella y quedan frente a frente. Por primera vez, quizá desde que se conocen, Jo lo mira fijamente a los ojos. Lo nota muy cerca y la incomodidad le bulle en el pecho con una fuerza inusitada, una alerta tensa y estridente que le grita con todas sus fuerzas que se aparte. Pero hay algo en esa mirada de Teddy, una fragilidad que ella no espera en él, un temblor junto a una bocanada de aire a destiempo.

—No… —responde él—. No es eso… Bueno, sí. Pero no es… Él ha dicho… Ha dicho… Quiere… —Teddy al final la suelta. Jo, sin saber por qué, percibe que ese momento extraño entre ambos ha llegado a su término. Teddy se yergue, recupera la compostura acostumbrada y añade—: Él quiere que siga sus pasos. Quiere para mí un futuro brillante, un trabajo de oficina con el que, a base de esfuerzo y dedicación, pueda llegar hasta donde está él, a lo más alto. Tendría poder, posición, sería todo lo bueno que necesita nuestra patria.

Josephine abre la boca, pero luego vuelve a cerrarla. El primer pensamiento que ha tenido con respecto a lo que le acaba de decir Teddy es que la influencia y el poder y el contarse entre los mejores de su sociedad es un verdadero honor, pero entonces una nueva idea se forma dentro de su mente:

—¿Y tú qué quieres?

Nunca antes una carcajada ha resonado tan fuerte en esa calle.

Teddy no llega a responder, pero Josephine piensa de inmediato en ese piano cuyas notas melancólicas tienen tan fascinada a su hermana Beth.



En la Academia de Buenas Artes de Concordia, Amy March, en vez de mirar su obra, se mira las manos.

—A mí me ocurrió exactamente lo mismo.

Al llegar al aula ha decidido quitarse los guantes y, sin saber exactamente por qué, ese hecho la abruma. No sabe por qué hoy no ha querido esperar a Teddy y su calesa. Aunque en realidad sí que lo sabe porque, en cuanto ha llegado a la Academia, ha encontrado a Oliver Müller a la hora en la que los rayos de luz entran prácticamente perpendiculares por las ventanas del fondo de la sala. Amy se le ha acercado, ha cogido un lienzo ignorando la mirada entre extrañada y divertida del joven y se ha quitado los guantes para pintar.

Pero, en lugar de eso, ahora mira la tela en blanco durante un largo, larguísimo, rato. Un poco más allá, a su derecha, el sonido con el que los pinceles rasgan la tela del joven Müller, unido a los suspiros largos y lentos que se le escapan como pájaros al vuelo, no hace sino aumentar en su pecho una sensación fría y desnuda de frustración, de vacío absoluto.

Mira a Oliver de soslayo. Se ha apartado de su lienzo, la paleta de madera entre los dedos, llena de mezclas que oscilan desde el azul más oscuro hasta el gris más plomizo, el pincel entre los dientes, un ojo entornado y la nariz arrugada en un gesto que Amy no sabe si es de concentración o censura.

¿Qué le sucede? ¿Por qué esas imágenes que aparecen en su cabeza, de vez en cuando, sobre todo en el momento que se va a la cama y apaga la luz después de la letanía correspondiente, se niegan a mostrarse?

Amy suspira hondo. Piensa en paisajes nevados y en el lago cerca de su casa donde, un invierno hace mucho tiempo cuyas heladas fueron más fuertes de lo habitual, fue a patinar con sus hermanas. Piensa en la calidez de su hogar y en los pasteles de fresa que ya no pueden preparar por falta de suministros, pero cuyo gusto todavía es capaz de recordar. Piensa en ese sótano desvencijado, en ese sofá lleno de muelles y en ese camastro donde Beth pasa las horas consumiéndose poco a poco sin que ella pueda hacer nada por evitarlo y, de golpe, la imagen llega a su cabeza.

No solo la imagen, también la necesidad.

Es a Beth a quien desea pintar, mantenerla siempre presente, en ocres y encarnados, como el fuego de la estufa que calienta el sótano, en castaños y claros, como esa frágil cabellera de su hermana que, cada día que pasa, conserva menos cabellos.

Lleva al lienzo el lápiz de carboncillo. Sabe exactamente cómo comenzar, ha hecho muchísimos retratos y conoce el rostro de su hermana de memoria. Los ojos grandes, almendrados, algo hundidos por culpa de esa *malasangre* que se la está llevando; los pómulos huesudos; esa constelación de pecas que resaltan cada vez más contra la palidez y unos agrietados, apenas visibles en una sonrisa débil, consciente del destino que acarrea pero, al mismo tiempo, llena de fuerza.

Conoce de memoria el rostro de su hermana y sabe lo que quiere transmitir

con ese retrato, pero, aun así, es incapaz de trazar una sola línea, de marcar un solo punto de fuga.

—Le repito que a mí me ocurrió exactamente lo mismo —dice Oliver Müller, que la observa. Ella simplemente alza la barbilla.

—No me ocurre nada.

Pero es mentira.

Amy March ha sentido miedo en pocas ocasiones. No tiene por qué hacerlo. A fin de cuentas, es una buena ciudadana y sus acciones así lo constatan: los buenos ciudadanos están protegidos por sus obras y ella es siempre muy consciente de cada cosa que hace o dice.

Algo muy distinto es lo que piensa o lo que siente a veces. Envidia, ira, desencanto. Pero los años de práctica le han permitido crearse una máscara perfecta, infranqueable, todo lo que un buen ciudadano puede aspirar a ser.

Solo en las ocasiones en que ese muro se resquebraja, en situaciones como esa, siente miedo. Como si la mentira, el miedo, o las virtudes no lo quieran, ese regusto a infelicidad, todos esos sentimientos y secretos que ha aprendido a ocultar tan bien fueran visibles a través de cada poro de su piel.

Porque, claro, tiene miedo de que en sus ojos Oliver pueda conocer la existencia de Beth; tiene miedo de dejarse llevar con esa pintura y crear ese retrato que sus dedos están deseando perpetrar, y tiene miedo porque nunca antes, jamás en la vida, se ha quedado en blanco delante de un lienzo.

Y, entonces, es consciente.

En la Academia, las jóvenes promesas del arte de Concordia siempre reciben los consejos de un profesor que se encuentra muy cerca de ellos, proponiéndoles los temas que deben tratar, recordándoles las rectas proporciones, las combinaciones de colores permitidas. «Pinta una de las siete virtudes», le ordenan. Y ella obedece. «Modela una escultura de un campesino o el retrato de uno de nuestros Optimates» y Amy jamás ha dudado, jamás se ha sentido tan incapaz como ahora.

Se aparta. No pretende mostrarle a Oliver su desasosiego así que se acerca a la ventana trasera del aula. Muy pronto llegarán sus compañeros. Desde luego, Amy no desea que, por ella, Oliver Müller deje de trabajar también, pero lo hace.

Amy no pretende husmear. ¿Cómo va a husmear en lo que hace el muchacho, que la trae verdaderamente sin cuidado? Pero, poco a poco, va acercándose al puesto de Müller y reconoce lo que está pintando: una calle. Sin más. Una calle del barrio de la periferia; pero los colores no son los correctos, no son realistas porque hay muchos contrastes, sombras rojas y azuladas y la proporción de las figuras también resulta deformada a sus ojos. No se parece a nada que Amy haya visto antes.

—¿Cuándo fue la primera vez? —Las palabras le cuestan como si pesaran toneladas, pero, a fin de cuentas, otra de las faltas que Amy se esfuerza tanto por ocultar es una curiosidad infinita que siempre parece dejarla sedienta. Esta vez, quizá, piensa Amy, ni siquiera pretende hacerlo porque *necesite* saber. Ante su pregunta, Oliver la mira y ella continúa con la barbilla elevada pese a que le tiembla la voz—: Ha dicho que en algún momento le ocurrió lo mismo que a mí.

—Me ocurrió lo mismo que a usted —responde el muchacho con una ligera sonrisa ante la que Amy se sonroja pues, implícitamente, se ha dejado descubrir a sí misma dándole la razón. Sin embargo, a pesar de la sonrisa, Oliver no hace mayor aspaviento—. Fue aquí, en esta misma aula. —Quién sabe qué ha cambiado en los días anteriores para que Oliver Müller decida en aquel momento sincerarse con ella de algún modo. Quizá sea porque, sin desearlo, ha dejado escapar todas esas faltas y sentimientos y él se ha dado cuenta—. Siempre nos dicen qué debemos hacer y cómo, al final, todo lo que hacemos parece igual… con mejor o peor técnica, pero… pero las personas no deberíamos ser iguales. En ningún aspecto. No lo somos.

—Esto parece una charla propia de los infelices o los desahuciados. —Amy se tapa la boca, consciente del nombre que acaba de pronunciar, teniendo en cuenta lo que es él. Aunque todo el mundo sepa de su existencia, una señorita de bien ni siquiera *reconocería* que sabe que existe ese tipo de gente.

—¿Cree que pintar lo que yo quiera y como quiera me hace infeliz?

Ah, esa hoja que aún sigue en blanco sobre su propio atril. Amy vuelve a mirarla.

—La felicidad está en el recto comportamiento, en la obediencia y en la conciencia limpia —dice apenas sin pensarlo.

—¿Es eso cierto? ¿Está segura?

Amy asiente. Con un movimiento demasiado brusco, se aparta. El esfuerzo y el temor de esas palabras provocan que se le arrebolen las mejillas. No lo reconocería, pero, en realidad, se retira porque acaba de sonar la campana que anuncia el inicio de la clase y ya puede escuchar un murmullo sordo, ordenado, de pasos que se acercan por el corredor. No quiere que sus compañeros la vean entablando conversación con Müller. Como si sus ideas y su pobreza fueran una enfermedad contagiosa que, en realidad, desde que decidió no delatarlo ya no está tan segura de no haber contraído.



Josephine March piensa que se sentirá mejor, seguramente volviendo a la rutina acostumbrada, se le aligerará el espíritu. A la hora en punto, momento en que todas las sirenas de Concordia tocan al unísono indicando el comienzo de la jornada laboral, ella se separa de Teddy y se encamina con paso firme hasta el secretariado. Pero no se siente mejor.

Desde que conociera y entablara amistad con Theodore Lawrence, el de hoy ha sido el trayecto más desagradable de todos y está deseando alejarse de él y de su carruaje. No se encuentra bien. Algo vibra en su interior y se siente incómoda en su propia piel, como si le apretaran los zapatos, el corsé. Le cuesta respirar y ya no sabe si es culpa suya, de Teddy o de lo que ha pasado desde que descubrieran todo el asunto de las cartas.

Cruza la puerta, avanza por el vestíbulo y pasa junto a sus conciudadanos que vagan perdidos por el gran edificio en busca de una u otra oficina. Algunas de sus compañeras la saludan y ella les devuelve la sonrisa y la pequeña reverencia que se espera de su educación. Tampoco esto mejora su ánimo. Son sus gestos habituales, lo convenido. Todo buen ciudadano en Concordia debe comportarse con la rectitud indicada, con la dosis exacta de amabilidad. Jo sabe que lo está cumpliendo, que ahora mismo es la versión de sí misma que todo el mundo querría ver. Pasos lentos, manos cruzadas por delante de la falda, el cabello recogido bajo el sombrero atado a la barbilla, botas impolutas. Pero ¿y qué? ¿Qué supone todo aquello? ¿Qué hace con ese fuego ardiente que cada vez le quema más en el interior? ¿Cómo lo apaga? ¿Cómo hace para olvidar todo lo que ha visto?

No puede. Eso Josephine lo sabe tan claramente como que unos ojos limpios son capaces de reconocer las bondades, tal y como establece el Libro del Buen Ciudadano. Pero ella no es capaz de ver bondad en lo ocurrido, en que nadie sepa lo que está sucediendo. Ha intentado buscar esa bondad, por todas las virtudes que lo ha intentado, pero no sabe reconocerla. ¿Quizá es que sus ojos no están tan limpios como creía? ¿Es culpa suya no ser capaz de mirar tal como debe hacerse en Concordia?

Respira hondo. Debe guardar muy profundo todo eso que siente, olvidarlo. Porque, como decía su padre, a veces la comprensión y la razón no son muy distintas a mantener un gato encerrado. Un esfuerzo vacuo, innecesario, que se aleja de todo lo bueno, porque todo lo bueno es fácil de entender: el rumor entre las hojas de los árboles, el fuego de la chimenea, el placer por el deber

cumplido.

El recuerdo de su padre le provoca la aparición de lágrimas en los ojos, que se apresura a limpiar. Nadie puede verlas. Solo tiene que pasar un día más. Y otro, y otro, y cada día, se sentirá un poco mejor. Seguro. La vida es una montaña que uno debe subir poco a poco, sin detenerse a pesar de los obstáculos y las partes difíciles. Es algo que su padre decía siempre. Un camino que a veces se hace cuesta arriba pero que, de vez en cuando, también cambia. Todo pasará.

Josephine entra en la sala de redacción con la cabeza baja.

—Buenos días, ciudadana March —la saluda una voz a su derecha. Es la señorita Higgs, Charity Higgs, que siempre habla con esa voz de ratita.

Un último esfuerzo, una última sonrisa y reverencia que Josephine intenta, pero que no logra completar satisfactoriamente. Quizá no haya bajado suficientemente la cabeza, tal vez su sonrisa no ha sido lo bastante sincera, pero en todo caso la señorita Higgs sigue caminando hacia su puesto de trabajo con expresión ofendida.

Josephine le da unos pocos segundos de ventaja, ya que se sienta a su lado. Eso es, a todas luces, un error. Jo todavía no lo sabe, desde luego. Pero al estar quieta en medio de la sala, la muchacha destaca claramente por entre todas sus compañeras, que ya van ocupando sus asientos, de modo que la mirada siempre atenta de la tía March se fija en ella.

—Josephine.

No importa que la joven se quede en su sitio. La tía March jamás se acerca a ninguna de sus subordinadas sino que, con una llamada, pronunciando un nombre aunque solo sea a media voz, estas se aproximan a ella siempre con la cabeza baja en señal de respeto. Sin embargo, esta vez parece hacer una excepción y se detiene junto a Jo.

—Antes de que comiences con tus tareas, quería preguntarte por cómo ha amanecido el señor Brooke esta mañana. —Son más de dos segundos los que tarda Josephine March en entender qué le está preguntando su tía, tan metida está en sus propios pensamientos y elucubraciones. Pero la perplejidad no la abandona. ¿Acaso sabe que ella le preguntó por las cartas? Y de ser así, ¿cómo lo sabe?—. ¿Y bien? ¿Josephine?

La mira a los ojos. No lo ha hecho nunca antes, al menos en el secretariado, donde la mayor parte de ocasiones tía March la ha tratado como a una más, sin hacer distinciones de sangre ni de parentesco, siempre correcta en el trato, pero, al mismo tiempo, exigente como solo puede esperarse de ella. Hasta hace unos días, ser pariente de una mujer tan recta y tan bien posicionada como la tía March le había causado cierto regocijo y orgullo en las poquísimas ocasiones en que esta se había dirigido hacia ella por su

nombre, distinguiéndola en cierto modo del resto de las trabajadoras. Sin embargo, en esta ocasión, Josephine se encoge. «Espalda recta», recuerda.

—Igual. Como se espera de un retornado —responde en cuanto sus miradas vuelven a cruzarse—. Pío como ninguno, se esfuerza por mantenerse recto en su camino. —Entonces regresa ese pensamiento, ese recuerdo de lo sucedido, ese no saber a qué cartas se refería Jo con su pregunta. Y el pensamiento viaja con facilidad por la garganta de Jo—. Pero no se acuerda de las cartas, tía March. Y sé que Meg le ha mandado muchas. Igual que a padre. Le pregunté por ellas y ¡no las recuerda! Y yo… y yo…

No puede seguir. Pero no porque Jo no quiera, las palabras siguen acumulándosele en la garganta, pugnando por salir a la superficie. Es por otra razón. La tía March le da un tirón de la manga, tan seco y fuerte al mismo tiempo que Jo trastabilla mientras las palabras mueren a media voz.

—¿Qué has hecho, Josephine? ¿Qué haces ahora? —sisea la tía March en un susurro que, a pesar de todo, a Jo le recuerda un grito.

—Yo…

La tía March le hace un gesto con la cabeza para que la siga y ella la obedece. Camina tras ella tratando de imitarla, pero con nefasto resultado. La tía March, encajada en su uniforme de hechuras perfectas, las costuras absolutamente alineadas, camina firme, en línea recta, como si hace apenas unos segundos, su pregunta susurrada no hubiera tenido notas de pánico. La cabeza erguida, los brazos junto a las caderas. El recogido de su pelo cano en un intrincado moño de trenzas perfectas que no dejan escapar ni un solo cabello.

Jo trata de imitarla, pero de pronto siente que tropieza con los bajos de su falda, que le sobran la mitad de miriñaques, enaguas y cancanes. Las prendas de ropa le pesan sobre el cuerpo o, quizá, sea algo más lo que le pesa, algo distinto que le impide avanzar con paso firme en la dirección a la que la se está dirigiendo su tía. Quizá sea la intensidad de esa mirada que le ha lanzado, una que parecía contener el peso del mundo en dos pupilas que la han atravesado como si su cuerpo no tuviese sustancia.

—¿A qué han venido tus palabras, Josephine? —le pregunta de nuevo en un susurro a pesar de que la haya llevado a un aparte de la oficina, una esquina alejada del resto de trabajadoras, donde se acumula material ordenado en cajoneras de barnizado perfecto.

Josephine no sabe qué decir porque, simplemente, ha respondido a la pregunta que le ha hecho y su cerebro no ha parado de girar sin descanso a toda velocidad, como antes de cruzar las puertas del secretariado. No ha medido sus palabras. Quizá ha pasado algo por alto, quizá no ha entendido bien la pregunta, tan obcecada como está en sus propias elucubraciones.

—Es… la verdad —dice lentamente porque la verdad es importante, eso lo ha aprendido (y Josephine también lo sabe). La verdad es bella y es buena y en ningún momento ha llegado a dudarlo ni un segundo.

La tía March, después de comprobar que sus compañeras están afanadas en sus quehaceres, vuelve a tirarle de la manga del vestido para atraerla hacia sí. Se acerca tanto a ella que su boca le queda a Josephine muy cerca de la oreja y siente su aliento cálido y húmedo. Quiere desasirse, separarse, pero no encuentra las fuerzas para hacerlo.

—¿La verdad? —pregunta la tía March—. ¿La verdad? —repite—. ¿Quién te ha dado permiso a ti para contar la verdad? ¿Cómo crees que podrían sentirse tus compañeras de haberte escuchado? ¿Eh, muchacha?

Josephine no sabe si la tía March se está dando cuenta, pero sigue tironeándole de la manga mientras ella se siente como una muñeca. «He respondido con la verdad», se repite en su cabeza constantemente. No ha hecho nada malo.

—¿Querías alterar su bienestar con la preocupación por nuestra familia? No te gustaría llevar ese desasosiego en tu conciencia por haber sido tan egoísta como para decir lo primero que se te ha pasado por la cabeza, por muy cierto que sea. ¿Qué dice el Libro, Josephine? *¿Qué dice el Libro*?

Jo siente cómo la sangre le abandona el rostro para regresar de nuevo como en una erupción creciente. «El Libro, el Libro…», piensa, pero no es capaz de responder nada. Porque el Libro dice que la verdad es lo más importante.

—Que la verdad es una de las siete virtudes —contesta ella con miedo, a pesar de ser muy consciente de que eso no puede negárselo nadie.

La tía March debe de pensar lo mismo porque no replica al instante. La suelta como si le quemara entre los dedos y toma aire, lo retiene durante unos segundos y, después, lo expulsa lentamente antes de responder:

—¿Y dónde queda la bondad? ¿Dónde quedan la bondad y la avenencia? También son virtudes, Josephine. Y la bondad está por encima de todas porque evita el sufrimiento innecesario del prójimo.

Jo pestañea. ¿Qué está queriendo decir la tía March: que la mentira es aceptable cuando alivia el espíritu del otro, cuando le permite vivir ignorante, pero feliz? ¿Qué significa todo esto? ¿Qué?

—La mentira puede hacerte sufrir tanto o más que la verdad —sentencia.

No es intencionado. De hecho, en cuanto las palabras salen de su boca, Jo está tentada a tapársela, pero no lo hace. No lo hace porque, de pronto, esa frase ha resonado más en su interior que cualquier cosa que le hayan dicho antes o que haya leído en el Libro. ¿Acaso no está ella sufriendo por la mentira que ha descubierto acerca de las cartas? La verdad y la mentira son como las dos caras de la misma moneda. Quizá lo que ella creía hace unos

pocos minutos de su mirada sucia, distinta a la de cualquier otro ciudadano de Concordia, solo resulta ser una mirada a la que se le han sustraído las vendas y los antifaces. Una mirada directa, verdadera.

El corazón le late a la altura de la garganta mientras espera la respuesta de la tía March. Nunca antes de ese momento se ha sentido capaz de contradecirla y, en realidad, no sabe qué le ha sucedido para hacerlo. No solo le debe respeto como su superior en el ministerio, sino que también forma parte de su familia. Pero no se arrepiente. Josephine March no se arrepiente de haberle replicado y eso es lo que más le extraña de todo. Mucho más cuando la tía March se da la vuelta y, en ella, comienza a aflorar un sentimiento que, hasta ese momento, había tratado de esconder por debajo de cada capa de la piel, con todas sus fuerzas: rabia.

13

Aunque haya sonado la campana que indica el comienzo de las clases, aunque el profesor Smith les haya dado instrucciones, aunque se haya separado de Oliver Müller para situarse recta, decidida y elegante en su puesto de trabajo, delante de un nuevo lienzo en blanco, la señorita Amy March no es capaz de arrancarse de dentro la imagen del retrato que, unos minutos antes, deseaba hacer de Beth. Tiene los dedos entumecidos y la boca seca. Nunca antes ha deseado pintar algo con tanto ahínco, con tanto deseo. Porque esa es la palabra, piensa Amy mientras el profesor Smith corrige detrás de ella a Lorraine Jacobs, deseo. Una pasión que siente como irrefrenable y que ha despertado en su interior. O quizá ya estaba despierta desde hacía tiempo y lo único que ha sucedido esta mañana, simplemente, es ser consciente de ella.

—El sosiego, la paz, la esperanza. La corrección de nuestros espíritus ha de estar presente en cada trazo y en cada punto de fuga, pues es durante los momentos de asueto cuando mejor brilla la reflexión.

Deben ilustrar una escena campestre. La primavera todavía está lejana y el profesor ha pensado que de ese modo sus espíritus se aligerarían, aunque Amy no puede quitarse de la cabeza que campos como los que están pintando, idílicos, perfectas perfectas cápsulas de naturaleza domesticada, no se parecen en absoluto a los invernaderos y las máquinas oxidadas que realmente rodean Concordia.

Aun así, Amy se pone manos a la obra y se afana en dibujar como nunca ha hecho. Su lienzo representa a la familia perfecta, un padre, una madre y sus dos hijos en la orilla de un lago. Colores claros, pasteles. Un cielo limpio, prístino, como solo puede esperarse de la ciudad de Concordia. Poses sosegadas, estilizadas y canónicas, tal y como ha visto antes en las salas de exposiciones o en las pinacotecas de la localidad.

No quiere desviar la vista de la pintura que está creando, pero, a pesar de todo, en más de una ocasión sus ojos se dirigen al rincón más apartado del aula, donde Oliver Müller trabaja a solas en su obra. Nunca se ha percatado

hasta este momento, pero, al mirar en su dirección, se da cuenta de que existe entre Oliver y el resto de sus compañeros una barrera que es más que física, un espacio vacío que lo separa del resto. ¿Hasta qué punto ha sido una decisión propia? ¿Es Oliver Müller quien ha decidido trabajar en ese rincón apartado, carente de iluminación o han sido ellos, los demás, los que se han aislado de él a propósito?

—Ese brazo, señorita March —le dice el profesor Smith, haciéndola regresar a su cuadro.

Pero no hay nada de extraño en ninguno de los brazos que está pintando. Las figuras tienen una proporción perfecta, de siete cabezas. La madre echa las manos hacia delante, ha decidido pintarla abriendo una cesta de mimbre que, Amy imagina, está llena de esas viandas que tan a menudo comían antes de que su padre se marchara a la guerra y que ahora solo puede recordar o imaginar. El padre está alzando en brazos a uno de los pequeños mientras el otro niño pesca apaciblemente a orillas del lago. No ve nada extraño en las proporciones, pero, al mismo tiempo, no se atreve a replicar al profesor Smith. Decide que acortará los brazos de la madre. Sí, quizá el profesor tenga razón y los ha hecho demasiado delgados. Sin embargo, cuando acerca el pincel para corregirlo, el profesor Smith insiste:

—No en su obra, señorita March. Hablo de su postura. Enderece la espalda, no mire a su alrededor y coloque la paleta contra la cadera, en la posición adecuada para alguien de su clase.

Por supuesto, Amy ya lo sabía.

No hay nada malo en su obra, sino en sí misma. A veces, por las noches, piensa en ello. Da igual cuánto se esfuerce, cuántas veces lo intente, que el profesor Smith siempre encuentre un motivo para criticarla. Ahora ha sido su postura. Y, de acuerdo, el profesor Smith tiene razón porque una misma debe ser el reflejo de su obra.

Pero a ella le rechina la idea. Mucho más hoy, después de la conversación con Oliver. Casi tiene más sentido lo opuesto, que la obra de una refleje lo que es.

Sin embargo, sin rechistar, con una sonrisa y un asentimiento, Amy March obedece y se coloca en la postura que le han enseñado a pesar de que el hecho de estar tantas horas así, al final del día, le provoque dolor de espalda.

Nada más hacerlo, escucha una risita proveniente del fondo de la clase y no le hace falta mirar para saber que se trata de Oliver. El día anterior, seguramente, habría decidido vengarse de él por esta acción, por haber dejado escapar aquella carcajada. Hoy, sin embargo, no lo piensa.

Hoy ya no lleva careta y Oliver sabe que, por mucho que ella lo niegue, en el fondo, está de acuerdo con él. Es ridículo. Hoy, Amy se siente ridícula y

asustada, y fuera de un ambiente donde siempre se ha movido como pez en el agua. No. No desea pintar esa escena que le parece tan irreal como falsa, no desea pintar en esa postura impostada, tan ficticia como lo que les enseñan a retratar en la escuela. Solo desea dejarse llevar, sentir que el pincel se desliza por el lienzo como si las pinturas se crearan solas y ella simplemente fuese el brazo ejecutor de una voluntad superior, no la del profesor Smith, no la de los Optimates que tanto aman y se preocupan por sus conciudadanos, ni siquiera la suya propia.

Pero Amy March no decidió ingresar en la Academia de Buenas Artes de Concordia de manera inconsciente. Lo había deseado desde siempre, desde que garabateara en hojas sueltas de papel retratos de sus padres y sus hermanas cuando era pequeña, y no está dispuesta a perder nada de lo que ha conseguido por sus propios medios a causa de una estúpida incomodidad o un absurdo dolor de huesos. Ni siquiera está dispuesta a perderlo por un deseo. Los deseos son vanos, dice el Libro del Buen Ciudadano; son la expresión más egoísta del ser humano.



Y si el deseo es reprobable, mucho más reprobable es la rabia que siente Josephine, que apenas puede contener mientras la tía March se aleja, no sin dirigirle una mirada de advertencia antes.

Todavía de pie, la mediana de las March no sabe qué hacer con las manos, las piernas. Le cosquillea todo el cuerpo. Así se siente Josephine March: incómoda no solo en su propia piel, sino, de pronto y por primera vez en la vida, en el mundo en el que vive, como un vestido deshilachado que poco a poco va perdiendo las piezas.

Decide volver a su lugar de trabajo. No porque lo desee, sino porque, en realidad, no sabe qué otra cosa hacer. Todavía guarda la misma esperanza que la ha acompañado cuando entrara en el edificio tras dejar a Teddy: que la rutina logre darle esa paz de espíritu que tanto necesita.

Y lo hace. Lentamente, bajo las miradas de soslayo de sus compañeras, Josephine March se acerca a su escritorio y, muy despacio, tratando de no arrastrar la silla, que es lo que desea, se sienta.

Un sitio conocido, una obligación clara. La muchacha hace un pequeño gesto crujiendo los dedos para desentumecerlos. Fija la mirada en la pantalla mientras espera que su rabia, esa rabia que la está anegando, se diluya poco a poco. A su derecha, la señorita Higgs la está mirando. Josephine no permite

que su cabeza siga elucubrando acerca de lo que puede haber escuchado de su conversación con la tía March así que decide que, simplemente, la está mirando para saludarla, como es lógico. Le dedica una inclinación rápida de barbilla y una sonrisa que, de todos modos, le sale fingida.

Jo coloca las manos sobre su teclado. Sin mirarlo, no lo necesita, conoce todas las teclas por su posición y por su tacto; son viejas amigas. Sabe hacer su trabajo. Podrían echarle en cara muchas cosas, recordarle muchos fallos en su actitud, pero ese no.

Pero hoy no puede.

Las palabras le salen a un ritmo dolorosamente lento y su forma de teclear en la máquina semeja ser un instrumento desafinado y a destiempo dentro de una gran orquesta.

Sabe que no lo está logrando porque todavía lleva esa rabia dentro. Respira hondo. Golpea las teclas con rapidez y sin mirar, como la han enseñado. La tía March le ha dicho que, desde luego, la bondad es lo más importante. Pero para Josephine March no es suficiente. Las buenas intenciones, eso lo sabe bien porque ella misma ha cometido muchos errores precisamente por tenerlas en cuenta, nunca son suficientes si no van acompañadas de La Verdad.

La verdad, la que sale en mayúsculas en el Libro del Buen Ciudadano y que debe guiar todos los actos. Los de ella, los de todos.

Vuelve a respirar y, ahora sí, escribe.

Escribe palabra tras palabra sin pensar apenas, golpeando frenéticamente las teclas. Es una catarsis, una liberación en la que cada letra que aparece plasmada en el papel parece llevarse un poco de sí misma y, con ello, un poco de esa rabia que la consume.

Al fin, los dedos de Josephine quedan inmóviles. La muchacha parpadea. En su máquina hay una hoja mecanografiada idéntica a todas las demás, las que están redactando sus compañeras en ese preciso instante, pero en esta no hay ni eslóganes ni citas piadosas.

Coge la hoja con cuidado. No quiere leer qué ha escrito. Solo ha sido un desahogo. Un desahogo necesario, sin más. La deja a un lado y, cuando toma una larga bocanada de aire, le parece que sea la primera vez que respira de verdad en días. En semanas.

Vuelve a respirar una segunda vez, maravillada.



El Libro dice: aquél que siembra, recoge. Para Amelia Curtis March, el día había comenzado con mal pie, pero se encuentra, a la final de la jornada en la Academia, con una recompensa inesperada.

Antes de que termine la última clase de la tarde, la de Modelado, la directora Holt, la funcionaria al cargo de la Academia, entra en el aula. Es una mujer altísima, de hombros y huesos anchos, como sacada de un cuatro de temática épica que, ante el asombro de todos, les comunica que todo el cuerpo estudiantil está convocado en la galería principal.

—En motivo del próximo reparto de méritos, que tendrá lugar dentro de cuatro semanas, el claustro de profesores ha decidido que ya es hora que los alumnos más aventajados demuestren sus habilidades ante sus conciudadanos.

La directora Holt deja de hablar, consciente de nada podría evitar el murmullo excitado que recorre ahora el aula.

—Ya lo han oído— les apremia la señora Swaggs, su maestra de Modelado que tiene la voz más suave de toda la Academia—. Hay que ir de inmediato al paraninfo de la Academia.

Sin mediar palabra, los estudiantes van saliendo en silencio del aula con una coreografía que, de haber sido ensayada, seguramente hubiese salido mal. Son los años de práctica, la necesidad de sentirse una parte más, ordenada y funcional, de los engranajes de la sociedad de Concordia lo que hace que todos reaccionen así.

Amy abandona el aula cuando llega su turno y, aunque sabe que no debe hacerlo y ni siquiera pensarlo, dirige su mirada hacia atrás hasta que localiza a Oliver. Él también la está mirando a ella. Sus hombros parecen más relajados que los de los demás, lleva las manos en los bolsillos y la cabeza alta. ¿Por qué él no recibe las reprimendas del profesor Smith? Amy está segura de que, si fuera ella quien caminara en esa postura, no tardaría ni dos segundos en hacérselo saber.

Pero en vez de sentir enfado o desazón ante ese pensamiento, como le habría sucedido en cualquier otro instante, Amy se da cuenta de que lo que siente es una lástima profunda por el muchacho. Quizá el profesor no le reprenda porque lo considera un caso perdido.

Una vez que todos los estudiantes se han colocado en posición en el paraninfo, una amplia galería con grandes ventanales donde se celebran los actos de la Academia, la directora comienza a hablar y una de las primeras cosas que die es su nombre: «Amelia March».

Amelia March es una de las elegidas para la exposición.

Por un instante a Amy no le importa Oliver, no le importan sus manos temblorosas incapaces de pintar hace unas horas, no le importa que el profesor Smith la reprenda más veces de lo debido, porque lo ha logrado, ha

conseguido lo que cualquier alumno de la Academia de Buenas Artes de Concordia busca: ser seleccionado para la exposición del Día del Recuento de Méritos, la jornada más grande entre todos los acontecimientos importantes de la ciudad.

Lleva todo el curso esperándolo. Por las siete virtudes, casi lleva esperándolo toda la vida: ser reconocida, alabada, bendecida por su trabajo. Sabe que es un sentimiento un tanto egoísta; pero a Amy March, que también sabe dibujarse a sí misma como buena ciudadana igual que sabe dibujar lo que todo el mundo espera de ella, no le importa lo más mínimo. Un par de palabras humildes satisfarán a cualquiera que le pregunte cómo se siente.

Pero el orgullo dura poco, lo que la directora tarda en pronunciar el nombre de Oliver Müller mientras un jadeo de indignación le indica que la señorita Fidelity Gardiner no ha sido elegida. Vuelve a mirarlo y no es capaz de atisbar en él un solo gesto de vanidad, de satisfacción. Entonces, Amy March recuerda. Se le viene a la mente lo que ha sentido esa misma mañana ante el deseo de pintar a su hermana Beth.

Si en este instante Oliver Müller volviera a preguntarle si es feliz, Amy no sabría qué responderle.



En el secretariado de Bienestar Moral, un timbre recorre toda la sala. Como si fuera la primera vez que lo escucha, Josephine March da un respingo y se percata, demasiado tarde, de que ese sonido indica el final de la jornada y esto significa que se necesita la última tanda de noticias para alimentar las pantallas de información hasta la próxima jornada.

Jo observa cómo la señorita Higgs se pone en pie. Ha recogido sus propias noticias redactadas, las de la muchacha que se sienta a su lado derecho y las de la muchacha sentada a su lado izquierdo, que no es otra que ella misma.

—Disculpe, señorita Higgs. —Todo el aire con el que ha conseguido llenar los pulmones se le escapa de golpe. Se levanta bruscamente. Al hacerlo, arrastra la silla hacia atrás y crea un estruendo terrible, sin lugar a dudas, lo último que necesita—. ¿Me permite?

Alarga las manos hacia la señorita Higgs, que retrocede un paso.

—Puedo llevarlas yo —insiste Josephine. Mostrarse sosegada le está costando más que sus propias fuerzas—. Tengo que… Tengo que… —comienza a decir.

Le funcionó una vez por lo menos, hace semanas, cuando necesitó salir para deshacerse de ese papel que parecía haberlo precipitado todo en su vida; pero la señorita Higgs se inclina hacia ella. Tiene una sonrisa en los labios pero la mano con la que le toca el antebrazo es como una garra.

—No crea que va a funcionarle de nuevo, querida —dice la señorita Higgs con voz chillona—. La última vez fui muy educada y permití que usted entregara nuestros escritos. Supongo que para ganarse unos puntos de más de cara al próximo reparto de méritos. Pero ahora no. Es mi función, no la suya. Lo lamento. Usted ya tiene sus días asignados para el trabajo extra.

La señorita Higgs se aleja de ella con una sonrisa llena de autosuficiencia y con el documento en el que ella se ha desahogado contando La Verdad mientras Jo es incapaz de moverse.

Cuántos pensamientos, cada uno más aterrorizado que el anterior, pasan por su cabeza. No. No puede moverse, tampoco puede ir tras la señorita Higgs. No puede hacer nada, simplemente, porque avanzar e intentar arrancarle esos papeles a la fuerza sería quizá mucho peor: atraería todas las miradas, llamaría la atención y, si lo hace, tendría que confesar el porqué de su *malacción*. Pero Jo permanece inmóvil por una razón más. Parece que el peso de la furia en ella se ha desvanecido para ser ocupado por un terror que ahora llena su mundo entero.

Todo lo que ha escrito en ese arrebato de rabia parece difuso en su memoria, como si ella no fuese la autora a pesar de que esas palabras haya salido muy hondo de sí misma. ¿Por qué lo ha hecho? ¿Por qué? ¿Por qué se ha dejado llevar por la rabia?

Jo habría dado todo, su existencia incluso, cada uno de sus bienes más preciados, para poder gritar.

En vez de eso, recoge sus posesiones diligentemente. Son muy pocas: su abrigo, su bolso, el sombrero que se anuda concienzudamente bajo la barbilla, siendo aquel día el primero, seguramente en toda su vida, en que la lazada le queda perfecta.

Josephine March sale del secretariado de Bienestar Moral tal como ha entrado: siendo una buena ciudadana, una muchacha de buena casa, de una reputación excelente, que saluda a sus conocidos y que, al cruzarse con el señor Cowell, que se atiende una de las ventanillas de atención al público, se toma su tiempo para dedicarle una gran reverencia.

Apenas se ha alejado unos pocos metros cuando Jo echa a correr con todas sus fuerzas.



Aunque haya hecho sonar la sirena que indica el final del período lectivo, Amy March, en contraposición a lo que suele suceder cada día, permanece en su puesto. No porque lo desee, sino porque hay algo en ella que hace sus movimientos más lentos. La limpieza de los pinceles en la palangana que hay al fondo de la sala le está llevando más tiempo del acostumbrado, nota las piernas agarrotadas cuando traslada su caballete al almacén y, finalmente, cuando se queda sin nada más que hacer, se siente vacía. Desnuda.

Debería estar tan orgullosa.

Mira por la ventana del aula. La luz invernal del atardecer, con esos tonos que van desde el ocre más apagado hasta fantasmagóricos grises y azules, produce sombras heladas e inmóviles. Pero no fija la vista en la atmósfera de silencio y recogimiento que genera el atardecer, no. Lo hace en ese elemento que, por primera vez en la vida, oculto entre las ramas desnudas de los abedules que rodean la Academia, percibe como discordante: la cámara, enfocando directamente hacia el interior del aula, con su luz verde parpadeante y su objetivo como un ojo ciclópeo capaz de captar hasta el menor de los movimientos. Salvo un rincón: el que siempreocupa Oliver Müller.

Por fortuna, las cámaras que protegen a los ciudadanos de Concordia solo captan los actos, las buenas o malas acciones. Ahora mismo, bajo su sonrisa perfectamente dibujada, los bucles rubios impolutos, la espalda recta y las manos en el abdomen, existe un cúmulo de sentimientos confusos que Amy March está tratando de esconder muy hondo en su interior.

—¿No se marcha, señorita March?

Amy gira la cabeza hacia el lugar desde donde ha escuchado la voz. Es Oliver Müller de nuevo, como si ese día se haya empeñado en ser omnipresente, casi como las cámaras. Lleva la camisa de algodón arremangada hasta el codo, que deja a la vista sus antebrazos y sus manos. Son unas manos de palmas ancha y dedos largos, no exactamente de pianista, como se ha fijado que tiene Teddy, sino de dedos más gruesos, capaces.

—Pronto terminará el suministro eléctrico de la Academia.

—¿Y usted? —le pregunta ella. El tono de voz que utiliza le sale automático, altivo, de interrogantes muy marcados y acordes melodiosos, pero, como está acostumbrada, no sin una pequeña dosis de veneno. Se

arrepiente al instante. No le es necesario ese tono, ya no. Oliver, esa misma mañana, lo deseara ella o no, la ha visto desfallecer. Ya no será capaz de engañarlo. Así que suspira antes de continuar—: Si aquí no hay luz, nada más podremos hacer usted y yo.

—Se equivoca.

Oliver camina hacia ella con una sonrisa que a Amy March le resulta una mueca distinta mientras la luz del atardecer a través de la ventana incide de forma desigual en su rostro. Inconscientemente, Amy da un paso atrás.

—¿Qué pretende?

Oliver se detiene y el germen de una carcajada, idéntica a la que ha soltado esa misma mañana, cuando el profesor Smith la ha reprendido, escapa por sus fosas nasales. Se acerca a la mesa de dibujo que tiene más cerca y, de un salto, ayudándose de esas manos amplias y esas muñecas anchas en las que Amy se ha fijado tan solo unos segundos atrás, se sienta sobre la superficie. Ahora, quedando de espaldas a la ventana, su silueta se dibuja oscura contra el cristal y Amy retrocede otro paso.

—¿No se fía de mí? —pregunta él.

Esas palabras le llegan a Amy como un jarro de agua helada. Plantear ese tipo de cuestiones está mal visto. Por supuesto que ella no puede responder con la verdad: es cierto, no se fía de él. ¿Cómo va a hacerlo? Solo los buenos ciudadanos, los que pueden demostrarlo con sus acciones, con los sellos del gobierno en su Libro, son dignos de tal bendición. Y ella sabe no sólo su origen sino que, a través de sus pinturas, también sabe qué pensamientos, imposibles de captar por esas cámaras, acechan en su interior.

Que, casualmente, sean idénticos a los que Amy March ha descubierto dentro de sí misma, no los pone al mismo nivel. Ni mucho menos.

—Puedo hacerle esa misma pregunta yo también, señor Müller —contesta ella, de nuevo altanera—. Y, como sabe, la respuesta difiere. Usted puede fiarse de mí, puedo demostrárselo con mi Libro en cualquier momento. Yo, sin embargo…

—¿Usted no puede fiarse de mí por el lugar donde vivo y por lo que dice mi Libro del Buen Ciudadano? ¿Justo lo que no ha querido delatar?

Amy aprieta los dientes pero no retrocede más. No entiende tal desfachatez. ¿Cómo se atreve Oliver Müller a replicarla, a poner en su boca cosas que no ha dicho? Si no lo ha hecho, es… es… Por primera vez en la vida, Amy March se encuentra bloqueada. Como si el suelo que pisa se tambalease. Porque, en realidad, no sabe por qué finalmente no ha delatado Müller.

De pronto, allí, sentado sobre esa mesa con las mangas de la camisa vieja y desgastada arremangadas hasta el codo y ese tono de voz en susurros, como si

a él también le diera miedo que los escucharan siendo tan francos y directos, Oliver Müller le parece la persona más inofensiva del mundo.

Precisamente porque dice lo que piensa.

—No es… —intenta justificarse Amy.

—¿No se cansa, señorita March? —le pregunta él bajándose de la mesa de un salto y caminando hacia la ventana—. ¿No se cansa de que sean otros los que le digan qué tiene que sentir?

Amy quiere levantar la voz, replicar ante esa pregunta que es, a todas luces, una ofensa, una falta de *malpensamiento* insinuar que no son los buenos ciudadanos los que eligen sus actos. Son ellos, los… Ni siquiera se atreve a pensar en la palabra… Los infelices y desahuciados como Oliver Müller los que no saben qué es mejor para ellos.

—Acérquese —le pide él.

Amy no está acostumbrada a seguir órdenes como esa. Cuando lo hace, es simplemente por su propio interés, por esa curiosidad que siempre ha tenido. Se acerca a Oliver Müller mientras él camina con paso relajado hacia la ventana del aula y se coloca a su lado.

—¿Qué es lo que ve desde aquí, señorita March?

Al principio, Amy no entiende la pregunta. ¿Qué ve desde ahí? Desde la ventana se puede contemplar el parque anular que hace las veces de frontera natural entre los buenos y los malos barrios. Se ve el parque, sí, y un atardecer pintado en una plétora de tonos violáceos, naranjas y azules.

—No sé qué quiere que vea, señor Müller —le dice Amy por fin.

—¿Es que acaso tengo que decirle yo lo que tiene que ver, señorita March? —Oliver le hace la pregunta bajando la voz hasta que apenas es un susurro muy similar al roce de las sábanas y Amy gira la cabeza para mirarlo—. Solo le he preguntado qué es lo que ve. Simplemente eso.

A la luz de ese atardecer, Amy March se da cuenta por primera vez de la constelación de pecas que reposan sobre la nariz y las mejillas de Oliver Müller. Como si se percatara de que lo está mirando, Oliver levanta la cabeza y Amy detiene su mirada en su boca entreabierta. Una boca, de labios carnosos, que quizá sea más larga que ancha, le cruza la cara como un trazo rápido de pincel, pero Amy ahora mismo no puede confirmar si lo que dibuja su rostro es una sonrisa o una mueca de descontento.

Podría decirle que no sabe adónde quiere llevarla con sus preguntas. Que no entiende la naturaleza de tales afirmaciones. Pero no lo hace. Se sentiría estúpida fingiéndose la niña inocente y bienintencionada que lleva interpretando desde que tiene memoria. No, con Oliver Müller no le sirve porque, por primera vez, Amy siente que, al permitirle mirar sin un objetivo determinado, ha sido él quien realmente la ha visto a ella.

No hace falta que Amy March se mire en el reflejo del cristal de la ventana para saber que se ha ruborizado, la temperatura que acaban de alcanzar sus mejillas se lo confirma.

—A veces… —comienza Oliver sin atreverse a continuar. Ella le hace un gesto de asentimiento para que siga—. No sé si le ha pasado a usted alguna vez, ciudadana March. Y si no lo ha hecho, le ruego disculpe mi atrevimiento, pero…

Amy parpadea. ¿Por qué está Oliver Müller siendo amable con ella? ¿Qué oscuro objetivo ocultan esas palabras tan amables? ¿Acaso ella no le ha jurado venganza? ¿Acaso no amenazó con delatarlo?

Pero Amy March, por mucho que trabaje en disimularlo, por encima de todas las bondades, es curiosa y cuando algo capta su atención es imposible que lo deje estar.

—Continúe —le pide.

—¿Nunca se le ha parado la respiración ante un atardecer como este?

A Amy March le parece la pregunta más extraña que le hayan hecho nunca. Y vive con Jo, que de preguntas extrañas está llena, por lo que sorprenderse por lo que le acaba de plantear Oliver le resulta, cuanto menos, llamativo.

—No —contesta ella con su acostumbrado tono altanero del que, inmediatamente y sin saber por qué, nuevamente se arrepiente—. ¿Qué tiene de especial la vista de esta ventana? —pregunta—. Es un atardecer. Ayer hubo uno. Mañana habrá otro.

Pero las palabras saliendo por su boca le resultan insípidas, completamente ajenas. Amy March está convencida de lo que acababa de decir. No podía ser más cierto, pero, al mismo tiempo, le parece… mentira.

—¿No le gustaría pintarlo? —le pregunta él con un tono de sorpresa que no sabe disimular—. ¿No le gustaría pintarlo todo? Tal y como lo ve, tal y como lo siente, no como nos dicen que lo hagamos. Esta mañana me dio la impresión de que…

Entonces, llega. Lo hace de repente, como una bofetada o una corriente de aire helado a través de una puerta entreabierta: el miedo. Da un paso atrás.

—No sé qué impresión debo de haberle causado esta mañana pero, en cualquier caso, está equivocado. No se engañe, señor Müller. Yo estoy por encima de usted. No importa que usted también haya sido seleccionado para la muestra de arte. No voy a consentir que me infecte con su infelicidad. —Amy March ya se está poniendo los guantes de lana y ajustándose la bufanda al cuello mientras habla. El aula, por momentos, le está resultando cada vez más pequeña—. Y le ruego que no siga por ese camino o me veré obligada finalmente a denunciarlo. Recuerde que tengo conocidos y lazos familiares

poderosos. Buenas tardes, señor Müller.

Amy March no mira atrás cuando sale del aula pero no porque no quiera hacerlo. A una parte de ella le gustaría que Oliver Müller volviera a usar ese tono de voz de roce de sábanas en invierno para contradecirla o que, por todas las bondades, se atreviera a sujetarla del brazo para evitar su marcha. De ese modo, al menos, Amy tendría un motivo para contrariarlo.

Porque la realidad es muy distinta: ese día Oliver Müller ha abierto en ella una compuerta que lleva conteniendo desde que Amy tiene memoria. No puede ni quiere permitírselo. Amy March es una persona feliz, complacida, quizá sea un poco suspicaz, a veces curiosa en demasía y en no pocas ocasiones vanidosa. Pero son faltas leves, faltas que sabe ocultar sobre sí misma como sabe hacerlo con las imperfecciones de una pintura.

Esa compuerta que Oliver Müller ha tratado de derribar esa tarde es algo más, mucho más. Algo que Amy conoce muy bien pero que, precisamente por ello, no está dispuesta a sacarlo.

Levanta la barbilla, acelera el paso y se encamina hacia su casa donde, seguramente, ya la esperan sus hermanas.

14

Ha comenzado a nevar. El crepúsculo tiñe los edificios de púrpura cuando Josephine March baja los grandes escalones de la entrada del secretariado sorteando a unos pocos ciudadanos que se dirigen en dirección contraria a la suya y que le dedican una mirada de desagrado: se ha olvidado de pedir disculpas.

La joven se detiene ya en la plaza. Si no ha calculado mal el tiempo, en ese momento la señorita Higgs estará llegando a la sala de procesado.

Josephine mira hacia las ocho calles que, como radios de una rueda, surgen desde la plaza de la Paz. Avanza unos pocos pasos más. La señorita Higgs ya habrá depositado los papeles en el mostrador. ¿Qué va a ocurrir ahora? ¿Qué ocurrirá cuando los textos que debe de haber entregado la señora Higgs se incorporen al circuito de información pública?

Nota una creciente debilidad en las piernas pero la muchacha se rebela contra sí misma. Al fin y al cabo, ya lo ha hecho contra todo lo demás y se obliga a cruzar la plaza. Eso, cree, le dará tiempo para pensar. Cada paso le proporcionará unos instantes para decidir hacia dónde dar el siguiente. Cruza el centro exacto de la plaza de la Paz, por el espacio desde donde emergen las resplandecientes horcas durante los actos de contrición y lo hace con el gesto calmado que se espera de ella.

Y, mientras camina, no puede quitar la vista de las pantallas, cada palabra como una espada de Damocles tambaleándose sobre su cabeza. Aparecen citas del Libro, recomendaciones y consejos. Estadísticas. La guerra, que sigue siendo una gloriosa empresa que traerá la paz y la prosperidad al país. Noticias de que cada día los ciudadanos de Concordia son más felices.

«A quien pueda interesar.» Esas palabras, entonces, esas, le hielan la sangre. Por fin (y es un «por fin» porque se trata de algo inevitable y cuanto antes ocurra, antes dejará Jo de sentir que se ahoga) sucede. Sus palabras han llegado a las emisoras y estas las están escupiendo a la ciudad, como lo escupen todo: indistintamente.

«A quien pueda interesar», reza el texto que Josephine ha escrito para sí misma, para desahogarse y que ha acabado en las pantallas por un fatal error, «se hace saber que, el pasado día de envío, las misivas que tan diligentemente han escrito nuestros conciudadanos, madres, padres, hermanas y hermanos de nuestros soldados…»

Mientras aparecen las palabras, ella va leyendo aunque no le sea necesario, porque recuerda exactamente cada palabra.

«no han llegado a sus destin»

En un primer momento Josephine no sabe qué ocurre. Nunca ha visto algo semejante. Ni ella ni sus hermanas ni seguramente nadie en Concordia: la pantalla se queda fija y luego se vuelve negra, como una bombilla fundida. De golpe, se siente extraña. Se siente, de algún modo, huérfana. Nunca antes ha visto la pantalla apagada.

Las noticias van y vienen. Jo lo sabe bien. Pero la imagen se ha detenido. A su alrededor, Josephine ve expresiones que oscilan desde la extrañeza al desamparo. Escucha, lejos, el llanto de un bebé y los murmullos de un grupo de mujeres que se habían detenido cerca de ella y que, como todos, observan la pantalla.

Allí sigue, un agujero negro después de que se haya cortado el mensaje que se estaba emitiendo. Solo puede significar una cosa: alguien lo ha detenido y, por lo tanto, ese alguien ha leído lo que dice.

No era un simple mensaje, sino una acusación.

De repente, la pantalla deja escapar un destello rapidísimo, todavía en negro y, a los pocos segundos, parece como si todo volviera a la normalidad: surgen eslóganes, estadísticas y noticias, pero ya no queda rastro de las palabras de Josephine. Los transeúntes avanzan de nuevo, el grupo de mujeres que cuchicheaban continúan haciéndolo mientras se alejan.

Ella, sin embargo, permanece inmóvil. Por más que lo desee no logra apartar la vista de la pantalla ya sea por descubrir si aparece el resto de su mensaje, ya sea por no distinguir las puertas del Secretariado de Higiene Social por donde pueden salir los agentes a detenerla. Porque la detendrán, eso supone la muchacha cerrando los puños con fuerza. Tarde o temprano descubrirán quién es la autora del crimen si no lo saben ya.

Se le está haciendo cada vez más difícil mantener la compostura. Piensa, quizá, que lo mejor es sentarse, de modo que lo hace en uno de los bancos al fondo de la plaza, cerca de los parterres de flores que tanto admiran los transeúntes. Allí, Josephine se derrumba muy discretamente y da rienda suelta a sus pensamientos. No sabe qué hacer, dónde ir. Lo primero que piensa es en una huida. Una carrera hacia delante, a la desesperada.

Entonces una nueva pregunta la asalta: ¿existe realmente algún lugar al que

ir? Aprieta los dientes. Recuerda cuando Teddy, Amy y ella se quedaron mirando el horizonte más allá de Concordia por primera vez. Josephine March sabe quiénes son sus vecinos, rumores y chismes, pero no conoce cosas tan sencillas como qué puede haber más allá de la ciudad.

Pero existe algo. Existe la guerra en las fronteras. Josephine piensa, y es una idea fantasiosa, pero por un momento tan atractiva, que quizá pueda huir al frente como hizo la señora Hobbs unos días atrás; tal vez pueda unirse a la lucha, hombro con hombro con su padre.

—¡Señorita March! —Jo da un respingo—. ¡Josephine!

Se da media vuelta, dispuesta a huir. Tan asustada está que tarda unos instantes en darse cuenta de que si los agentes del secretariado quisieran prenderla, no gritarían su nombre. Casi de inmediato reconoce también la voz y, después, la figura que se acerca corriendo hacia ella.

Es Frida. Frida Bhaer, su querida amiga Frida, que, probablemente, ya sea capaz de ver el terror en su mirada.

—¡Frida!

Pronuncia su nombre. No añade adornos, no le salen. Se olvida de todo eso porque su cuerpo necesita un abrazo, un sostén, algo que le diga que todo lo que está pasando no es más que un mal sueño.

—¿Qué ha sucedido, señorita Josephine?— Josephine se levanta cuando su amiga llega hasta donde está. Querría tocarle las manos, apretarlas. Esas manos ásperas de lejía y productos químicos de limpieza que usa para desinfectar cada rincón del secretariado de Bienestar Moral.

—He cometido un error— solloza Jo. Ojalá las manos de su amiga pudieran limpiar también sus faltas— Yo no quería…

De nuevo, como había ocurrido en la sala de redacción, las palabras salen de Jo como un torrente. Es una confesión que la joven hace todavía aferrada a su amiga, temiéndose hasta el último instante que vaya a zozobrar.

Al fin, Frida la mira con expresión grave. Josephine también lo hace, mantiene su mirada durante lo que son apenas segundos. Y algo debe de ver Frida en esos ojos cuando, entonces, tira de ella y Josephine, a trompicones, la sigue. Concordia a su alrededor continúa viviendo; las pantallas parpadean y vomitan datos, noticias, estadísticas y sentencias pero, para Josephine March, de pronto, el mundo se ha reducido a esas manos ásperas que la arrastran hasta el poste de cámaras que queda en el extremo más alejado de la plaza.

—Huya —le susurra Frida al oído.

Josephine quiere dar un paso atrás, pero Frida continúa sujetándola, como si no le acabara de sugerir una infamia, como si tan solo fueran dos amigas que no se ven, intercambiando recuerdos, confidencias y bondades.

—Si saben que es usted quien ha escritor esas palabras, escóndase. Voy a

contarle una cosa. Voy a contarle un secreto, señorita Josephine. Así quizá gane un poco de tiempo.

«¿Tiempo? ¿Tiempo para qué?», piensa Josephine mientras levanta la cabeza y vuelve a mirarla con esos ojos de terror, ahora ya lo sabe, que hablan más que las palabras. Quizá sea tiempo para pensar, para saber qué hacer, cómo reaccionar. Para llorar en privado.

Para ver a su madre y a sus hermanas por última vez.

—¿Cómo? —susurra ella.

—Mire hacia arriba, señorita Josephine. ¿Lo ve? —Josephine obedece, pero no sabe qué hay de particular en el ramillete de cámaras que hay encima de sus cabezas—. Gírese un poco —vuelve a susurrar Frida. Y lo hace como si estuviese admirando la tela del vestido que lleva. Josephine obedece—. ¿Ve ese símbolo amarillo? ¿Minúsculo?

Josephine, entonces, lo ve. Un triángulo de color amarillo en lo alto del poste, justo donde comienza el cableado de las cámaras. Asiente.

—Búsquelos. Ese símbolo quiere decir que las cámaras del poste no funcionan y apuntan en la dirección en la que se encuentra el siguiente. Están repartidos por Concordia. Búsquelos. No permita que la encuentren si es que han de apresarla. Dese tiempo. Y si consigue llegar a los suburbios, entonces…

Frida Bhaer, entonces, la suelta. Un grupo de ciudadanos, ajenos a todo, se acercan paseando. Con una mirada llena de dolor Frida se aleja.

El corazón de Josephine March late tan fuerte que agradece que las cámaras, averiadas o no, no puedan escucharlo. Después, observa el símbolo amarillo. Apunta hacia el este. Hacia una de las ocho avenidas que surgen desde la plaza de la Paz.

Con el mayor esfuerzo que ha hecho nunca por contener sus deseos, Jo echa a andar en esa dirección con las manos contra las piernas, la espalda recta y el semblante tranquilo. Tiempo. Le ha dicho Frida. Al menos, piensa Josephine, podrá despedirse de su familia. Quizá, de ese modo, sin que ella exista en el seno de su hogar, su madre y sus hermanas puedan, por fin, ser felices y vivir más tranquilas.



Teddy Lawrence nunca presta atención a las pantallas de Concordia. Las lee, por supuesto que las lee, pero no les presta atención.

Él mira las pantallas como quien contempla el vuelo veloz de una bandada de pájaros. En un momento están ahí, pero luego desaparecen. Igual que los datos, las noticias y las informaciones que proporcionan.

Teddy Lawrence no suele prestar atención a lo que dicen las pantallas, pero hoy no le queda más remedio que hacer una excepción.

«A quien pueda interesar, se hace saber que, el pasado día de envío, las misivas que tan diligentemente han escrito nuestros conciudadanos, madres, padres, hermanas y hermanos de nuestros soldados…»

A pesar de estar recostado en la calesa, porque encontrarse en casa cuando llega el abuelo del secretariado se le hace insoportable a causa de los reproches, las amenazas y el desdén, el cuerpo se le tensa por sí solo y se inclina hacia delante cuando la pantalla se apaga. La toma de conciencia de lo que acaba de suceder le llega como un impacto directo al cerebro.

«no han llegado a sus destin»

Ha sido Jo.

Solo puede haberlo escrito ella.

Toma las bridas y azuza al caballo que, al instante, lo obedece. Tiene que regresar a casa. Allí es donde habrá ido Jo, está convencido.

Teddy se había refugiado de las iras de su abuelo en un parque cercano a su casa, de modo que no le lleva más de diez minutos regresar, pero son diez minutos que se le hacen eternos.

¿Qué puede hacer? ¿Qué va a pasarle a Jo si alguien se entera de lo que ha hecho? Teddy Lawrence, aun sabiendo cuál es su cometido en Concordia, jamás ha estado más confuso que en ese momento y solo piensa en encontrar a su amiga.

—¡Corre! ¡Maldita sea! ¡Corre!

En la distancia, descubre a Jo cerca de su casa ya visible en el horizonte.



Josephine no sabe si alegrarse o asustarse por ver a Teddy acercarse a ella en su calesa. Está tan cerca su casa. Está tan cerca… No sabe si debe detenerse o salir corriendo y esperar en el interior a que vengan a apresarla.

Al final, es su garganta la que actúa por sí sola.

—¡Teddy!

Desde que lo conoce, jamás lo ha visto sin una ligera mueca de

despreocupación en el rostro. Ahora, mientras su amigo se acerca a paso firme una vez que se ha detenido y ha bajado de la calesa, brilla por su ausencia.

Josephine se aproxima a su amigo también, cada vez más alterada, de modo que acaban prácticamente chocando. Cuando ya están muy cerca, Teddy la sujeta por los antebrazos, y así la muchacha puede dejar que, por un momento, el peso que lleva encima desde que saliera del secretariado sea compartido con él.

—Lo he visto… Lo he visto, Jo. En la pantalla. Bondad bendita, he venido todo lo rápido que he podido hasta aquí.

—Yo no quería —balbucea Jo. El joven la aferra todavía con más fuerza —. Te acuerdas… Te acuerdas… de lo que dijiste esa vez…

—Digo muchas cosas, Jo.

—Sobre marcharte de aquí. —Jo ve y siente con alivio que el muchacho la suelta. Al mismo tiempo, a Teddy se le abren mucho los ojos y su expresión se vuelve cada vez más grave—. Ya lo sé, ya sé…

—¿Tú conoces a alguien que haya logrado escapar?

—¡Que no lo sepamos no significa que no haya ocurrido, Teddy! ¿Crees que nos habríamos enterado de algún modo? Nos hablan… Nos llenan la cabeza de palabras. Siempre he creído en la verdad, Teddy… pero La Verdad no existe. No así. La verdad en nuestro país, ¿no lo ves? La verdad depende de la gente… de personas como yo. De lo que escribe la gente como yo, que alimentamos las pantallas con ello. Y nos dicen que eso es La Verdad, pero…

Jo desea acurrucarse, cubrirse la cara con las manos para esconderse un momento de todo y de todos, como cuando era niña. Los niños hacen eso. Cuando juegan al escondite, se tapan los ojos pensando que nadie los ve. Ojalá pudiera hacerlo. En vez de eso, se vuelve hacia la cámara que tienen a la izquierda. También descubre un triángulo amarillo en ella. No se había dado cuenta hasta ahora de esas marcas.

—No sabes lo que has hecho, Jo. Te has condenado. Has condenado a tus hermanas, a tu madre…

Jo deja escapar un gemido que, en su propia cabeza, suena como el chirrido que hacen las horcas de la plaza. Se aparta de Teddy. Cabezota, impulsiva, salvaje. La han llamado tantas veces de ese modo que, hasta ese momento, ella siempre lo ha aceptado casi con orgullo. No ahora. Qué inconsciente ha sido, qué cabezota, impulsiva y salvaje…

Teddy tiene tanta razón que le duele el pecho. La joven, de repente, se vuelve a apartar de su amigo. Las ha condenado, sí. Sin su ayuda, sin su contribución, acabarán en los suburbios o algo peor. No puede aceptarlo. Se niega. Solo tiene que encontrar la manera de redimirse, de hacer que su familia esté bien…

—Vas a cuidar de ellas, ¿verdad, Teddy? Prométemelo. ¿Vas a hacerlo, como un hermano?

No tiene sentido huir. No en Concordia. Diga lo que diga Frida Bhaer, no es posible huir en Concordia ni de Concordia.

Por el gesto de su amigo, Jo no tiene dudas de que él ya ha descubierto lo que pretende hacer. Está segura de que lo ha adivinado en el mismo instante en que ha escuchado su pregunta y, por eso, Teddy no le da ninguna respuesta excepto un intento desesperado por sujetarla; pero Jo ya se ha apartado.

Teddy llega a tocarla una vez antes de que ella eche a correr. Es tarde. No sabe si la tía March va a seguir en el secretariado.



Mientras regresa a casa, Amy March no quiere seguir pensando ni en Oliver Müller ni en el calor que sienten sus mejillas cuando lo hace. Es furia, seguro que es eso, se dice mientras un viento helado le sopla en la cara. El viento hace que ese calor que nota sea mucho más perceptible.

Pero, a pesar del calor y de la discusión y de que se haya marchado entre amenazas, se siente calmada, en control. Aunque piensa que esa calma puede ser falsa, la que se crea en el ojo de un huracán.

Pero no debe darle importancia, se repite mientras sigue deslizando sus pensamientos al margen de Oliver Müller. Ha sido seleccionada para la exposición más importante de Concordia. Ella lo vale, ella lo merece: es Amy March y no puede ser de otra manera. Imagina cómo reaccionará Meg, qué dirá Marmee cuando se lo comunique y eso la hace acelerar el paso.

Sabe que se le ha hecho tarde en la Academia y que su hermana (o más bien sus hermanas, aunque Amy no suele pensar en Beth. Es mejor así para todos) y su madre la estarán esperando y ella debe regresar a la hora convenida.

Ella, sí.

Un pensamiento un tanto ruin, uno de esos que no debería tener (¡una señorita jamás los tendría!) pero que Amy deja que campe a sus anchas, le recuerda que Jo hace lo que le da la gana argumentando que, según el Libro, el carácter es como un trozo de barro: cuando es joven y nuevo, es suave y maleable, pero que, a medida que envejece, se vuelve más rígido. Lo que Josephine siempre olvida es que el Libro también dice, y además claramente, que el barro viejo también se puede moldear con un cincel.

Pero Amy llegará a tiempo. Está segura de ello. Tiene una hora de camino, y faltan apenas cincuenta minutos para que deba estar en casa. Amy siempre ha tenido muy buena cabeza para calcular esas cosas pero, solo para asegurarse, dirige la vista hacia una de las pantallas. Ve la hora escrita en una esquina, comprobando satisfecha que tiene razón y luego se detiene con extrañeza.

Las pantallas, por un instante, han parpadeado y se han vuelto negras. No ha llegado a leer lo que anunciaban, pero no sucede nada. Al contrario que la mayoría de ciudadanos de Concordia, los alumnos de la Academia de Buenas Artes están exentos de presenciar el noticiario de la tarde por coincidir con la salida de clase.

Nunca antes ha visto negras las pantallas y la sensación es extraña, casi de libertad, pero al instante vuelven a parpadear y, de nuevo, esa ristra de datos, mensajes, consignas y buenos consejos se deslizan ante sus ojos y Amy March, como hace casi siempre aunque nunca lo diga, aparta la mirada. La aburren. Ella sabe muy bien qué es lo que debe hacer y cómo comportarse. Quizá sea un poco vanidoso por su parte y, por supuesto, no lo reconocerá nunca; pero ella no necesita una pantalla para saber qué es lo correcto y lo que no.

Además, poco espacio hay hoy en sus pensamientos para nada que no sea el arte, los colores, las formas, ese deseo sordo y mudo que está descubriendo dentro de sí y que la frustra y la quema a partes iguales, ese secreto nuevo, excitante y maravilloso, solo suyo.



Mientras cruza el vestíbulo del Secretariado de Bienestar Moral, a Josephine le viene a la cabeza la primera vez que puso los pies en ese lugar.

Le pareció impresionante. Es un edificio que transmite grandeza y seriedad, arquitectura convertida en un manifiesto ideológico. Sus pasos, mientras avanza, resuenan de forma extraña y el sonido le viene devuelto a los oídos creando un efecto inquietante. Con el tiempo se ha acostumbrado pero esa vez, la última que cruzará esos corredores, Josephine vuelve a experimentar la misma sensación confusa.

Poca gente queda ya en el ministerio, pero espera encontrar todavía a la tía March. Ella es la primera en llegar y también la última en marcharse. Se acera, cada paso más pesado que el anterior, al despacho que su ilustre

pariente tiene en el secretariado.

Aun así, la decisión está tomada. Josephine solo se detiene un segundo frente a la puerta cerrada para respirar profundamente y, así, reunir fuerzas para entrar de un empujón.

Y allí está, la tía March. Su expresión es extraordinariamente grave, como si ya estuviera al corriente de todo.

—Tía March. Tía March —comienza. Está preparada.

Entonces, Jo se detiene, porque su tía no es la única ocupante de la sala. Allí está la señorita Higgs, de pie junto al gran escritorio que preside la habitación. Su rostro como de roedor está contraído en una mueca ufana. Nada más verla, Jo tiene la certeza de que su compañera la ha delatado. ¿Por qué estaría aquí si no? Al otro lado del despacho ve uniformes de color azul, agentes del secretariado vecino, el de Higiene Social, y sabe que deben estar ahí por ella.

Se le acaba el tiempo. Va a confesar. No tiene más salida que esa. Va a confesar y tratará de redimirse con la muerte o la guerra, eso es algo que ya tiene asumido, pero necesita la palabra de su tía. Josephine va a marcharse, pero quiere hacerlo con la tranquilidad de saber a su familia protegida.

—Tía March, tengo que…

—Justo a tiempo.

Intenta hablar otra vez:

—Tía, escucha…

Pero su tía le posa una mano en el hombro y se lo agarra con fuerza.

—Gracias por hacer ese pequeño recado para mí, querida —dice en un tono más que afable.

Eso no es lo más extraño, ya que la amabilidad no se cuenta entre las muchas virtudes de la tía March, sino que sus palabras resuenan con fuerza en la sala, lo suficientemente altas como para que estas lleguen a todos los presentes.

Josephine no tiene la menor idea de a qué recado se refiere su tía, pero no tiene tiempo de preguntar, ya que la mujer tira de ella alejándola de la puerta. Al mismo tiempo, los agentes avanzan.

—Tía March… Mi madre, mis hermanas…

Eso es lo único en lo que a esas alturas piensa ya la muchacha. La tía March tira todavía con más fuerza de ella, haciendo que tropiece. Los agentes se acercan aún más. Lo hacen con paso tranquilo y una sonrisa, porque siempre sonríen. Al fin y al cabo, su único cometido es el de ayudar a que su sociedad sea lo mejor posible y eso es siempre bueno.

—Sáquenla de mi vista —ordena la tía March—. No puedo soportar la visión de esta infeliz ni un minuto más.

Josephine intenta protestar desesperada. Para ella todo se está torciendo. Debe dejar claro, sin lugar a dudas, que se entrega y que se arrepiente antes de que la apresen. Tiene que asegurarse de que su sacrificio va a exonerar a su familia.

Pero, en cuanto abre la boca, una mano, helada a pesar del calor infernal que siempre reina en el ministerio, se la tapa.

Los agentes están prácticamente encima de Josephine. Entonces, pasan de largo. La expresión de horror y de sorpresa de la joven no es remotamente comparable a la de la señorita Higgs cuando los agentes se detienen a su lado y, con gesto cortés, la invitan a acompañarlos.

15

Se han marchado. Los agentes, la señora Higgs, han desaparecido a través de la puerta dejando a Jo con una sensación de zozobra en el estómago.

Todavía está mirando hacia la salida cuando la tía March la sujeta y prácticamente la lanza al suelo.

—¿Se puede saber qué pretendías, insensata? —le pregunta la mujer en un siseo.

Josephine aprieta los dientes para permitir que, como agujas en sus rodillas, pase el dolor que le ha provocado la caída. Del golpe, el recogido de Jo se ha aflojado y unos cuantos mechones de cabello castaño le cubren la frente. No habría ocurrido si aquella mañana Amy o Meg la hubieran ayudado a peinarse, como han hecho toda la vida.

—Ha habido un error, tía March —logra balbucear todavía en el suelo.

Los agentes se han llevado a la señorita Higgs, pero esta es inocente. Cuando se la llevaban, ha estirado un dedo acusador hacia Josephine, ha comenzado a hablar, pero no ha tenido tiempo de decir palabra alguna porque se lo han impedido.

—Es mi culpa y debo aceptarla. Estoy confesando, tía March. Es todo por mi culpa, solo mía. Lo único que pido es que mis hermanas y mi madre no se vean perjudicadas en su sus méritos. Ellas no son una manzana podrida como yo. Un día, estaba en el patio, escondida, y vi cómo quemabais las cartas. Tú dejaste la que yo había escrito sobre la pila y no lo entendí, ni antes ni ahora, pero…

No ve venir esa mano helada de la tía March, que le cruza la cara de un bofetón.

—Calla. Cállate de una vez, estúpida.

Jo se palpa la mejilla, que nota ardiendo no solo de dolor, sino también de vergüenza por el golpe y el insulto.

—He sido yo —murmura entre dientes.

—¡Basta!

Josephine levanta la mirada asustada por el grito. La tía March está de pie junto a ella con la mano extendida dispuesta a golpearla de nuevo pero no lo hace. En vez de eso, la mujer se pasa esa misma mano por el cabello cano y deja escapar un resoplido controlado.

Luego, aun bajo la atenta mirada de la joven, la tía March se aparta y se acerca al gran escritorio, donde una montaña de papeles, amén de una pequeña pantalla, ocupa todo el espacio.

Entonces, la mujer se lleva las manos a la cara. Jo ve, horrorizada, como su tía clava los dedos en su cuenca ocular derecha. Luego, un sonido de succión le hace rechinar los dientes.

Todas esas veces que Jo se había preguntado si serían ciertos los rumores sobre el ojo mecánico de su tía, tienen respuesta por fin. Además, por si quedaba alguna duda, se trata del ojo derecho.

Allí, en la palma de la mano de su tía, el ojo oscila levemente.

—Pensé que eras más lista, Josephine. Me has decepcionado profundamente. Al marcharte de esa manera tan precipitada ya he sospechado que habías cometido alguna estupidez, pero nunca habría imaginado hasta qué punto… Tienes suerte, jovencita, de que haya logrado detenerlo a tiempo. Como también tienes suerte de que la ciudadana Higgs haya venido a contarme sus sospechas precisamente a mí…

—Era su deber, yo…

Ignorándola, tía March se acerca al escritorio. Con una mano, aparta los papeles que lo cubren, dejando al descubierto una serie de cables, brillantes, de aspecto cobrizo. Sin muchos miramientos, la tía March sujeta uno de los cables y lo clava el centro de la pupila.

Josephine ahoga un grito, primero de horror y luego de sorpresa al ver que la pantalla sobre el escritorio acaba de encenderse. A los pocos segundos, en la pantalla ven el escritorio y la puerta de ese mismo despacho.

Tiene una cámara. El ojo mecánico de la tía March oculta una cámara en su interior.

—Deberías preocuparte más por ti que por tu compañera, niña. ¿O acaso crees que ella lo hizo?

La tía March está inclinada sobre el escritorio. Jo sabe, aunque no quiere verlo, que está manipulando de un modo u otro el ojo. De repente, la imagen en la pantalla cambia. Aparece la señorita Higgs con una expresión en perfecto equilibrio entre la alarma y el orgullo. Apoya las manos en el escritorio hasta quedar muy cerca de la tía March.

La señora Higgs no solo la acusa; la señora Higgs enumera con voz cargada de bilis las faltas que ve en Jo, sean verdaderas o no.

«Sin embargo», dice la señora Higgs en la grabación «me he dejado llevar

por mi buen corazón y en vez de denunciar a la señorita March ante los agentes de Higiene Social he decidido avisarla a usted para que tome cartas en el asunto. Y no, desde luego no pido ninguna recompensa. Aunque es una virtud ser agradecido, supervisora March…»

La tía March detiene la grabación de un manotazo violento contra la pantalla. Con dos zancadas largas, de corte marcial, la mujer se sitúa junto a Josephine con tanto ímpetu que la muchacha se encoge sobre sí misma esperando otro bofetón que no llega. Lo que hace la tía March es sujetarla con fuerza por la barbilla y obligarla a que la mire.

Ella no quiere hacerlo. Sabe que la vista se le irá al vacío que hay en el rostro de su tía donde debería estar su ojo.

—¿Tú sabes quién soy yo, niña? ¿Tú sabes el esfuerzo, la disciplina, necesarios para llegar al lugar que ocupo? Eres como tu padre: una desagradecida y una inconsciente. —Algo en las entrañas de Josephine da un vuelco ante la mención de su progenitor. Quiere decir cualquier cosa, replicar a la tía March, avasallarla con preguntas, pero esta la sujeta con más fuerza todavía—. Estás despedida. Márchate. Y no vuelvas, no después de lo que he tenido que hacer por ti…

La aparta con desdén. Aun así, Josephine se queda en su sitio. No lo hace tanto por su proverbial cabezonería, sino por puro desconcierto.

—Márchate —ordena la tía March.

Jo retrocede. Todo se está desmoronando, todo.

—Tía March…

Ni siquiera sabe qué quiere decir. La tía March, tan recta, una de las más altas funcionarias del gobierno y, en consecuencia, alguien que debe seguir uno de los mayores estándares de integridad, de pureza moral, del país, le está reconociendo sin rubor haber acusado falsamente a la señorita Higgs para ocultar su falta y ahora la despide de su trabajo y pretende ocultarlo con otra mentira.

—Lo único que te está salvando es que no puedo permitir que mi nombre quede asociado al tuyo, muchacha.

De golpe, recuerda ese papel que fue el inicio de todo, ya que empezó a sembrar la duda en ella. La frase. Que la bondad no se encontraba en las páginas de un libro. Esa frase anónima tiene razón, desde luego. Y la bondad tampoco se encuentra en el corazón de la mujer que, con un último resoplido de fastidio, le abre la puerta para que se marche.

Josephine sale a la calle, al frío intenso. No sabe adónde ir.



Cuando nació la hija mediana de su hermano, tanto él como su esposa Margaret decidieron llamarla Josephine en su honor. Josephine March sénior, secretaria de Bienestar Moral de Concordia, luz, guía y camino de rectitud para los buenos ciudadanos de la ciudad, sintió cómo algo cálido nacía en su pecho cuando se lo comunicaron.

Por su temprana viudedad, que la impidió tener hijos, siempre centrada en que, ya fuera a su alrededor o lejos de ella, se hiciera lo correcto, Josephine March sénior sintió, de alguna manera, que uno de los grandes logros en la vida para una mujer se había cumplido: proveer a la ciudad de descendencia.

Recuerda acunar a la pequeña Jo, como comenzaron a llamarla sus padres para diferenciarla de ella, a los pocos días de su nacimiento. Josephine March sénior, que había sido incapaz de sostener por más de dos minutos seguidos a la mayor de sus sobrinas, Margaret, sintió al instante una conexión casi espiritual con aquel bebé de piel rosada y manitas juguetonas.

Se prometió a sí misma que la convertiría en alguien digno, en una líder, en la mejor y más íntegra de las ciudadanas.

En su despacho, segundos después de que su sobrina Jo se haya marchado, Josephine March sénior se sienta al escritorio. Apaga primero la pantalla, desconecta su ojo mecánico, un pequeño capricho muy útil para llevar con mano férrea todo el secretariado, y se lo vuelve a colocar en la cuenca ocular con una leve presión.

Ahora, la tía March parpadea lentamente. Todo ha pasado ya. Sobre la mesa están los documentos que acaban de llegar desde el secretariado de Higiene Social para ratificar la denuncia a la ciudadana Higgs. No siente pena, no siente remordimientos al estampar esa firma de trazos rectos y afilados sobre el papel.

A veces, de una manera tan natural que no comprende cómo su propia sobrina no es capaz de verlo, el bien solo se consigue por la fuerza.

Cuando estampa su firma en el último de los documentos, toma aire y vuelve recordar al bebé de piel rosada y manitas juguetonas que después se ha convertido su sobrina Josephine, mucho más parecida a su hermano (a fin de cuentas es su progenitor) que a ella, y no puede evitar sentirse un fracaso.

Ordena el fajo de documentos y se pone en pie. Rechaza el dolor que nota su corazón ante la mirada de su sobrina, su falta, su culpa, pero ella ha hecho

todo lo posible por Jo. Un buen ciudadano se rige por sus actos y ella ha sido lo mejor posible para su sobrina. Ha llegado el momento de dejarla volar.



Josephine llega a las escaleras del porche de la casa March y, finalmente, allí sus rodillas se doblan.

¿Dónde iba a ir si no? Después de que la tía March la despidiera, Jo salió del secretariado a trompicones. Ni siquiera había llegado al otro extremo de la plaza cuando escuchó primero las sirenas y, luego, el chirrido metálico.

Sí, ¿dónde va a ir después de ver aquello salvo al único sitio donde realmente se siente a salvo? Su casa.

Porque, después de escuchar las sirenas y el chirrido, vislumbró a los agentes azules de Higiene Social escoltando a la señorita Higgs frente a los que, con tan poco tiempo de aviso, se pudieron reunir en la plaza. Contempló una horca solitaria emerger del suelo. El metal reflejaba la luz de las pantallas que lanzaban mensajes, acusaciones furiosas contra la señorita Higgs que, más que nunca, le pareció una ratita asustada, a juego con aquella voz estridente que tenía. Los agentes entonces se detuvieron. Uno de ellos sujetaba a su compañera por los brazos y ella… ella…

En las escaleras del porche, Josephine está manchándose el vestido con la nieve pisoteada y sucia, pero la muchacha no siente frío. Al contrario. Esa carrera desesperada que la ha llevado desde el secretariado hasta estos mismos escalones, hasta las puertas de su querida casa, la ha abrasado por dentro. Le duele el cuerpo entero, como si cada una de las fibras de su ser fuera a rasgarse de un momento a otro y tiene la sensación de que, por mucho que respire, no logrará que le entre suficiente aire en los pulmones.

La muchacha, en un intento desesperado por respirar, deja escapar un sollozo.

Vio a la señorita Higgs resistirse mientras los agentes la sujetaban con fuerza. Y es algo que nunca había observado antes, aunque hubiese presenciado decenas de actos de contrición, centenares de penitencias resueltas en las horcas de la plaza.

Que ella recuerde, los penitentes siempre se han subido a esa plataforma de cromo brillante con dignidad y serenidad. La multitud, los ciudadanos presentes solo los acompañan, un acto que no es de rechazo: al contrario, acompañar en la penitencia a un conciudadano era aceptar su sacrificio y, por

lo tanto, aceptarlo de nuevo dentro de la sociedad, aunque lo vaya a hacer tras la muerte. Pero Josephine ya no podrá sacarse de la cabeza que con la señorita Higgs ha sido distinto. Que ella se resistió y que, en un impulso afortunado, consiguió zafarse de los agentes.

Pero lo hizo solo para caer en manos de la gente. Unas pocas docenas, la mayoría trabajadores del ministerio y los secretariados, que al escuchar las sirenas acudieron a la llamada. Estos sujetaron a la señorita Higgs, que gritó. No la acompañaron a la horca: la arrastraron hacia allí y, mientras ella luchaba, ellos mismos fueron los que le pusieron la soga al cuello.

Josephine March ha cometido muchos errores en su vida o, por lo menos, siempre ha habido una cosa u otra por la que sus padres y sus vecinos, incluso sus hermanas, la han amonestado. Hasta entonces, ella ha aceptado las críticas con buen ánimo, una sonrisa franca y el convencimiento interno de que no hay para tanto, pero lo sucedido hoy es distinto. Esa culpa que sintió mientras veía morir a la señorita Higgs cree que no la abandonará jamás.

La señorita Higgs falleció casi al instante. Cuando los ciudadanos la empujaron para que cayera de la plataforma, se pudo escuchar desde el otro extremo de la plaza cómo su cuello se partía, puesto que el diseño de la plaza permite una acústica perfecta. Ese es el único consuelo que siente Josephine. Ha sido lo único que la ha ayudado a mantener una serenidad, por lo menos, de cara al exterior.

Luego, los buenos ciudadanos reunidos allí se alejaron del cuerpo de la señorita Higgs, que todavía se balanceaba, y siguieron con sus quehaceres. Si alguno recordaba ese extraño mensaje que había aparecido apenas una hora antes en todas las pantallas, ese sobre las cartas a los soldados, no lo demostraron. Josephine huyó entonces, incapaz de quedarse más tiempo frente al cadáver de su ya excompañera.

Por mucho que lo intente no logra respirar, pero, a pesar de todo, Josephine se levanta. Es cabezota, de eso no hay duda. Con una mano crispada se recoge el faldón del vestido, arruinado completamente de barro y lodo, y entra en su casa.

—¡Marmee! —grita porque, aunque sea ya una joven mujer, sigue necesitando a su madre—. ¡Marmee! ¡Graciosa bondad, Marmee!, ¿dónde estás? —Pero no recibe respuesta. Josephine se frota los ojos y atraviesa el vestíbulo de la casa dejando un rastro de lodo y agua tras de sí—. ¡Marmee!

Se da cuenta con amargura, tan intensa como la hiel, que su llamada no será respondida. Marmee no está en casa. Josephine aprieta los dientes, los puños. La falta de aire, la carrera, el terror y la culpa comienzan a nublarle no solo la vista, sino también el entendimiento.

Josephine se echa hacia delante, las manos se le aferran a la puerta del

sótano como si las moviera una voluntad ajena a ella. La puerta está cerrada, pero ella la abre girando la gran llave y se precipita hacia abajo.

—¡Beth! ¡Beth!

Baja los escalones a trompicones, tanto que llega a tropezar, a maldecir, y tiene que sujetarse con ambas manos contra las paredes estrechas de las escaleras para no caerse.

Allí está: su hermana. Jo se lanza hacia ella. Pretende abrazarla. Es eso lo que hace siempre: ser la hermana mayor, proteger a Beth, tan frágil como un pajarillo, pero esta vez es Beth quien la envuelve entre sus brazos.

—Marmee ha salido. —La voz de Beth ha sido siempre suave, un bálsamo —. Ha ido a ayudar a Meg.

En esa cabeza nublada de Jo entra, de repente, una nueva preocupación. Piensa en lo que puede haber sucedido en la futura casa de Meg para requerir la presencia de Marmee a esas horas. Entonces, se detiene. Esa sensación de ahogo la atenaza mucho más fuerte si cabe y lo hace por una buena razón.

—Beth —dice—, ¿qué haces levantada?

Josephine ha sido más que cautelosa con sus palabras. Beth no solo se ha puesto en pie. Lo cierto es que, aun estando débil, tan frágil, hay ocasiones en las que Beth se levanta. Lo hace en frenéticos arrebatos durante los que parece gozar de una fuerza y una salud impensables. Por eso siempre cierran la puerta del sótano al salir. Por eso se ha convertido en algo tan importante, tan básico.

—Solo estaba desentumeciendo los músculos, ¿verdad, señor Bigotes? — le pregunta al gatito blanco, que se relame en un rincón.

Como si se hubiera dado cuenta de algo, o quizá no, Beth pone la mejor de sus sonrisas, una mueca inocente a más no poder. Quizá sea verdad porque sus fuerzas se desvanecen de pronto y Beth se tambalea. En cuanto su hermana se interpone para sujetarla, la sonrisa de la muchacha ya ha recuperado su dulce mansedumbre.

—¿Qué ocurre, Jo? ¿Ha sucedido algo? Nunca bajas a esta hora…

No necesita completar la frase, ya que Jo sabe muy bien la respuesta: no baja porque es peligroso. No debería haber bajado siquiera. Se da cuenta de inmediato de que ha convertido la situación todavía en más peligrosa. Josephine pierde todo el color de su cara.

—Sí. Ha ocurrido algo, Beth. Me caigo, Beth, me caigo. Necesito…

—Tranquila, Jo, tranquila…

Beth, tan pequeña, tan frágil, la sujeta al tiempo que Josephine se desmorona definitivamente.

Entonces, Jo se lo cuenta todo a Beth. Lo deja escapar absolutamente todo en un torrente de palabras tan grande que no sabe cómo ha podido guardarlo

dentro sin ahogarse. Y lo hace acurrucada en su regazo, por una vez ella convertida en la hermana débil, la que necesita protección y cuidados, mientras que Beth la conforta en silencio.

—¿Sabes qué? —musita Beth al cabo de muchos minutos, cuando Josephine ya no tiene nada más que contar y se ha quedado estancada en un llanto silencioso. Jo levanta la barbilla con un gesto mínimo, no desea moverse—. Creo que ese… ese papel que encontraste… tenía razón. Eso que me estás contando… Eso no es bondad. Eso es otra cosa. Lo que hay en el Libro no es bueno.

—Beth…

Tres golpes secos de alguien que espera sin mucha paciencia la obligan a levantar la cabeza hacia los tablones del techo.

Se suceden tres golpes más. Es la puerta de entrada. Una fina película de polvo se derrama encima de ambas hermanas. Josephine entonces se toca el pelo, aunque lo encuentra igual de enredado que horas antes. Se levanta. Es un gesto que se produce a medias porque puede notar perfectamente la mano helada y temblorosa de su hermana posándose sobre su hombro.

—Jo, ¿y si son…?

—Ahora vuelvo, pajarito —dice conjurando una sonrisa calmada.

Beth abre la boca para comenzar a hablar, pero Josephine ya está subiendo. Imagina qué ha querido decirle su hermana, lo imagina porque ella ha tenido exactamente la misma idea: que cuando abra la puerta de la casa verá dos agentes del secretariado de Higiene Social vestidos de ese tranquilizador azul cielo, que vienen a buscarla.

Con las manos temblando cierra la puerta del sótano tras ella y luego la atranca con la gran llave, aunque está segura de que Beth no tiene intención de escaparse.

Otro golpe en la puerta, que se tambalea. Josephine se tapa la boca con ambas manos.

—¿Hola? ¿Hay alguien?

Jo corre hacia la puerta. La abre de golpe con tanta fuerza que la muchacha considera que podría haberla arrancado de sus goznes.

—¡Teddy!

—¡Jo! —No son agentes con uniforme azul, sino un Teddy Lawrence despeinado, con una expresión de mayúsculo alivio en sus ojos oscuros—. ¡Jo! ¡Jo! ¡Estás bien! He visto luz en la casa y he pensado… he pensado…

—Estoy bien, estoy… —Aterrada, todavía llena de culpa, pero esa es la verdad —. Estoy bien.

Nada más escucharla, Teddy se echa hacia delante. Lleva a cabo algo impensable, inesperado, tanto para él como para ella: sujeta a Jo, la levanta en

volandas y, tras dar una vuelta sobre sí mismo, le da un sonoro beso en la mejilla que, en la quietud de esa noche, suena como una deflagración. Ninguno de los dos parece darse cuenta de lo que acaba de ocurrir. Teddy deja a Jo en el suelo, ella mueve la cabeza.

—No sabía qué hacer, pero… pero he estado atento. Por si regresabas. Me alegro… me alegro de que no lo hicieras. —Se acerca para susurrar—. Que no cometieras la estupidez de confesar.

Para Josephine esa frase es doblemente dolorosa: primero porque le recuerda que ha confesado, aunque eso no haya servido para evitar un daño a otra persona y, segundo, por la expresión rota de Teddy cuando le dice, en un tono igualmente bajo, pendiente de las cámaras, aunque ya no tenga claro si funcionan o no:

—Lo hice. Confesé, Teddy.



Como siempre, Amy March tiene razón. Tras los consabidos cincuenta minutos de caminar con la barbilla levantada, ni muy lentamente como si quisiera que la admiraran (la modestia, Amy, la modestia) ni con pasos largos como si anduviera con prisas, la muchacha llega a su zona del barrio residencial. Se cruza con algunos vecinos e inicia el consabido ritual de intercambio de saludos, de cumplidos y reverencias. Apenas si la retrasará unos minutos. Seguirá llegando a tiempo.

Seguramente Marmee ya esté en casa y Meg, también. Ambas afanándose en preparar una cena que nunca será tan suculenta como las mesas y viandas que ella suele pintar en la Academia ni tan sabrosas como recuerda. Llegará, se quitará los guantes, se lavará las manos y, tras dar las gracias por todas las bendiciones que han recibido durante el día, las tres se pondrán solas a cenar mientras, en la mesa, un plato vacío espera a Jo.

Lo que Amy March no se figura hoy es que Jo ya está en casa. Pero, por supuesto, no está ayudando a preparar la cena tal y como se espera de ella. Amy March sabe, no le hace falta que nadie se lo diga, que si fuera ella la que no está ayudando, Marmee la reprendería inmediatamente.

Y, sin embargo, ahí están: Josephine y Teddy, Teddy y Josephine. Siempre juntos y, cómo no, en el exterior de la casa. Desde luego, no se puede afirmar que estén lejos, pero se encuentran fuera, en un lado, justo en el espacio que separa la casa March de la lujosa propiedad de los Lawrence. Puede ver la

espalda de Teddy, puede apreciar su traje, la curva ajustadísima a su figura como solo puede conseguir una prenda nueva, y también puede distinguir a Josephine gesticulando.

Quizá no sea lo correcto, tal vez solo esté canalizando con Josephine el cúmulo de sensaciones que lleva sintiendo desde que llegara a la Academia esa mañana. Pero hoy está cansada, está harta de hacer siempre lo correcto (sentirlo es, sencillamente, otra historia) sin perder esa hambre atroz por algo que ni ella misma es capaz de identificar. Por eso se acerca a ellos, porque quiere decirle a Josephine, delante de Teddy, por supuesto, la fatalidad de lo que está haciendo, lo egoísta que es por no estar ayudando a su madre y a su hermana, y lo terriblemente irresponsable que es.

Se relame ante las palabras que, seguramente, va a decir cuando un grito más alto de Jo la detiene.

Y el relato de lo que empieza a escuchar la deja paralizada. Escucha cada vez más horrorizada el relato de su hermana sobre cómo se ha puesto en peligro, a ella y a todas. Suerte que está escondida, suerte que nadie puede verle la expresión desencajada mientras Josephine va desgranando todos los pasos hacia su caída. Una carta, un remordimiento, unas palabras que ha escrito en pleno ataque de locura y luego…

—Una muerte sobre mi conciencia —dice en ese mismo instante Josephine encorvada. En su voz se puede escuchar perfectamente un dolor lacerante que a Amy, aunque le da una cierta pena, pues, al fin y al cabo, se trata de su hermana, le parece de lo más merecido—. Todavía no puedo creer que la tía March…

Su hermana Josephine March es salvaje y cabezota. Pero Amy sabe que estas características que afean su conducta han quedado siempre compensadas por una candidez y una inocencia propias de la más bondadosa de las ciudadanas. Al contrario que a Jo, a Amy no le sorprende en absoluto la actuación de la tía March para salvarlas a todas.

—No sé qué hacer, Teddy, no lo sé…

—¿Cómo puedes decir que no lo sabes, Jo? —Amy observa a Teddy volverse hacia Jo, sujetarla por los hombros con una fuerza que, desde la distancia, hace que Amy frunza los labios—. Vas a aceptar de buen grado la ayuda de tu tía, y el despido, ¿verdad? ¿Qué más opciones te quedan? ¿La penitencia y la horca?

—No… No lo sé, Teddy… —Jo comienza a sollozar. Un sollozo horrible, desesperado y con hipidos intercalados. Es una cosa de familia que a las hermanas March, cuando lloran, sus narices adquieran un feo color rosado y tengan la molesta tendencia de moquear. Amy March jamás llora si puede evitarlo—. No lo sé… —susurra Jo de nuevo.

Amy duda un segundo sobre si marcharse. Al fin y al cabo, aunque horrible, aunque sea terrible lo que su hermana está diciendo, no deja de ser una conversación privada.

—Has sido… Has sido… ¡¿Cómo has podido ser tan estúpida, Jo?! —Teddy le sujeta las manos—. De veras, pensaba que eras mucho más inteligente que eso…

Amy vuelve a dudar, pero esta vez se trata de una duda de vida tan efímera como la llama de una cerilla y tan rápidamente descartada.

No le gusta lo que está diciendo Teddy Lawrence, ni cómo sujeta a su hermana, por grave que haya sido su falta. Amy se descubre frunciendo el ceño.

Comienza a caminar como lo haría una dama, con el convencimiento de que el mundo es una alfombra tendida a sus pies. Hace ruido, pero no puede importarle menos. Al contrario, la nieve cruje bajo sus pisadas con suficiente fuerza como para que Teddy calle abruptamente y Jo palidezca bajo una expresión de sorpresa.

—Jo, cierra la boca o te entrarán moscas —dice confiriendo a su voz toda la fuerza de su movimiento. No ocurre a menudo que su hermana mayor haga caso de sus consejos pero, en esta ocasión, Jo obedece—. A quién se le ocurre estar hablando de estos asuntos tan desagradables aquí, donde os podría escuchar cualquiera. Sí, *cualquiera* —afirma.

Con eso basta. No va a ensuciarse la lengua verbalizando las locuras de Jo. Las manos, en cambio, son otra historia. Amy pasa limpiamente entre Jo y Teddy, obligando a que el muchacho se desprenda de su hermana. Cuando ve que él se aleja, Amy siente el alivio derramándose por entre las costillas.

En ese momento, Jo aprovecha para moverse. Se aparta de Teddy, de ella también. Está muy afectada y eso mismo hace que Amy mire a su alrededor en busca de espías en las ventanas, pero, por suerte, no ve ninguno. No les ayudaría nada la curiosidad de los vecinos. Entonces, vuelve a hablar:

—Ahora dices que ya está solucionado, ¿verdad? ¿Verdad? —Jo no responde la primera vez, Amy tiene que insistir acercándose un poco más, aunque decide respetar esa especie de necesidad de espacio que su hermana, con los brazos extendidos, parece transmitir—. ¿Verdad?

«Menos mal que lo ha solucionado la tía March, bendita mujer», piensa Amy. Lo cierto es que muy poco le agradecen todo lo que lleva haciendo por su familia en los últimos años.

Josephine respira hondo. La llegada de Amy no ha hecho más que agitarla, ya que ella coincide con Teddy: que es una suerte que la tía March haya intervenido, que todo se haya solucionado, mientras que Jo siente dentro un agujero tan profundo, tan doloroso, que hace que dé un paso hacia atrás. El

único sentimiento que la embarga en ese momento es el rechazo, con todo y contra todos, especialmente contra sí misma.

—Querría… Quiero descansar. Teddy, vete a tu casa —dice Jo, añadiendo apresuradamente un «por favor» al final.

Aun así, con palabras amables, Teddy las mira como si haberle pedido que se marchara fuera una gran traición.

—No. Quiero quedarme contigo, Jo. Estás muy alterada… ¿Por qué no entramos en la casa? ¿Te parece?

Jo entonces escucha un chasquido. Resulta, y la muchacha no puede estar más sorprendida al comprobarlo, que ese sonido ha salido de la boca de su hermana, aunque no creía que Amy fuera capaz de generar un sonido tan vulgar.

—Señor Lawrence, es usted muy amable, pero mi hermana necesita descansar. Sé que es usted un caballero y por eso no quiere dejarla sola, pero puedo asegurarle que está en muy buenas manos.

Poco a poco, Amy ha ido imponiendo su presencia física entre Teddy y Jo, con una sonrisa que quiere recordar a la de Marmee, tan maternal, pero que arrastra toda la firmeza de la que ella es capaz. Theodore Lawrence la mira a los ojos. Pero Amy, en vez de bajar la cabeza dócilmente, que es lo que se esperaría de ella, hace lo mismo. Debe de reconocer que Lawrence tiene unos ojos oscuros, atractivos.

En ese momento, Jo aprovecha para marcharse. Entra en la casa a toda velocidad y deja una puerta cerrada tras de sí como símbolo y demostración empírica y muy visual de su estado de ánimo. Eso es un triunfo para Amy, y por otro lado, la deja ante la delicada situación de enfrentarse a un muchacho que no solo está muy contrariado, sino que además es el nieto del secretario de Higiene Social.

—¡Jo! —grita el joven mientras trata de acercarse a grandes zancadas a la puerta de la casa.

Amy se mantiene convenientemente en medio. La necesidad de mantener al muchacho lejos de su hermana se hace más acuciante. Había algo en cómo miraba a Jo, en cómo la estaba tocando, que le produce un absoluto rechazo.

—Gracias por preocuparte por Jo, Teddy. Eres un buen amigo. Seguro que por la mañana se sentirá mejor.

—Déjame entrar.

—Estarías solo con dos muchachas indefensas, además de jóvenes y, si me permites que te lo diga, encantadoras. ¿Qué diría la gente?

La maestra de su escuela decía siempre que la mejor respuesta era una sonrisa. Desde luego, la profesora Davis nunca seguía sus propios consejos, según recordaba Amy de su tiempo al cuidado de la mujer, pero ella sonríe a

pesar de todo porque siempre le ha funcionado. Le funciona incluso cuando Teddy la sujeta por los hombros. No lo hace con intención indecorosa, de eso Amy está segura, sino para apartarla.

Aun así, Teddy no acaba de completar el gesto. Solo llega a ladear ligeramente a Amy antes de bajar la cabeza de puro agotamiento, algo que le sucede a la gente a menudo tras lidiar con la tozudez de alguna de las hermanas March.

—Solo quiero saber si va a estar bien. Hoy Jo ha hecho…

—Ha hecho algo muy estúpido, sí. Lo he escuchado —dice ella.

Por fin, Teddy se da cuenta de que todavía está sujetando a la tercera de las March con las manos. En eso, además, Amy lleva razón: ¿qué diría la gente? De modo que se aparta con un respetuoso paso hacia atrás.

—Estará bien —dice Amy entonces. La sonrisa no la ha abandonado hasta ese momento, en que cabecea con expresión contrita— Estaremos a su lado.

Y la sonrisa, tal y como decía la profesora Davis, gana esa batalla también, ya que sigue impertérrita en los labios de Amy cuando Teddy baja la cabeza. Parece que en ese momento se haya dado cuenta de la escena que ha organizado y de lo poco apropiado de sus maneras porque se pasa una mano por el pelo y se endereza.

—Yo… yo solo quería…

—Lo sé. —Eso no lo excusa, desde luego. Amy también quiere muchas cosas y no por eso se comporta como una energúmena, pero es precisamente su buena educación lo que la lleva a elegir las palabras más suaves—: Mañana estará mejor. Mañana habrá pasado todo.

Pocos segundos después, Teddy asiente. No le queda otra, si no quiere quedarse a pasar la noche frente a la puerta cerrada y, además, Amy, tan joven, tiene mucha razón.

El muchacho, con una reverencia mínima, apenas un movimiento de cabeza que a Amy le hace fruncir ligeramente el ceño, se excusa. Da media vuelta y, a pesar de que los primeros metros hacia la mansión Lawrence los haga caminando, acaba de superar los últimos pasos que le separan de la vivienda a la carrera.

Amy no entra en su casa hasta asegurarse de que el Teddy se queda en la mansión que le corresponde. Mira a su alrededor. La calle está tranquila, sin siluetas espiando en las ventanas. Las cámaras están lejos también así que se siente razonablemente segura de entrar en su hogar.

Cierra la puerta con cuidado. Cuando lo hace, Jo no está en el salón. Tampoco la escucha en su habitación del primer piso. Entonces, Amy March se detiene con un nudo en el estómago en la puerta que conduce al sótano. De allí provienen voces, los susurros de una conversación apresurada, una charla

que parece la de dos personas al borde del naufragio.

Amy da un paso dispuesta a bajar ella también, pero se detiene. Ha visto la expresión desencajada de su hermana y su miedo. Sabe que Jo ha ido a buscar consuelo donde más lo va a recibir: con Beth. Ya desde niñas, sus hermanas buscaron compañías que las ayudaran, que les fueran afines. Josephine y Beth han sido inseparables desde siempre. Antes de ponerse enferma, de hecho, Beth era tan o más endiablada que Jo, cosa que había contribuido a su afinidad. Por otro lado, Meg siempre ha sido… como una segunda madre. Tan recta y tan perfecta. Meg, más que ninguna de las cuatro, personificaba los ideales de la buena ciudadana, y su hermana mayor siempre ha tenido una inclinación más natural hacia Marmee, siempre ha sido una pequeña mujercita. Ella, sin embargo…

Desde el sótano se escucha un largo sollozo. Amy apoya la mano en el quicio de la puerta, de nuevo dudando entre bajar o no. Al final, retrocede. Se frota las manos, nerviosa. Es algo positivo que al entrar en la casa no se haya quitado el abrigo, de ese modo es mucho menos engorroso volver a la calle. Ya es casi noche cerrada, pero Amy no tiene que ir muy lejos, solo hasta las afueras del barrio residencial, cerca de la barrera que la separa de los otros barrios menos agraciados.

Regresa apenas una hora después. A su lado, una figura camina erguida y digna como solo sabe hacerlo la señora March. Su hermana mayor las acompaña. No ha tardado mucho tiempo, el indispensable para ir a casa de Meg y del señor Brooke, contarle a Marmee con la máxima brevedad posible lo que ha ocurrido y seguirla a casa de vuelta. Nada más cruzar el umbral de la puerta, la seriedad de Marmee se descompone. Cruza el vestíbulo a toda prisa y se precipita escaleras abajo, de donde proviene todavía un gran concierto de llantos. Unos lloros que quedan rotos por un «¡¡Marmee!! ¡Oh, Marmee! ¡Has venido!»

La joven March se queda allí escuchándolos un buen rato, todavía dudando entre si bajar o no. Se imagina el viejo diván de Beth a punto de sucumbir, a su madre sentada allí. Beth apoyada en su regazo, Jo a sus pies. Meg, detrás. Una escena encantadora a todas luces. Decide, por fin, no bajar.

Ajusta la puerta que lleva al sótano. Alguien tiene que preparar la cena.

Y eso hace Amy mientras las conversaciones se suceden en el sótano con susurros rápidos; voces, especialmente la de Marmee, que han perdido su natural dulzura y que resuenan llenas de amargor. Amy, aun queriéndolo, es capaz de ignorarlas y, a pesar de todo, solo reúne unas mínimas fuerzas para estar con su familia unos pocos minutos, cuando baja las escaleras hacia el sótano con una bandeja: proteínas rehidratadas, sopa instantánea de cebolla y unas escasas verduras frescas que han recibido pocos días antes. Deposita la

bandeja sin que Marmee, Jo, Meg y Beth se percaten de su presencia, permanece allí unos pocos segundos mientras su madre y su hermana siguen discutiendo y luego regresa al piso de arriba. Allí cena sola, en silencio. Solo cuando ha lavado los platos, Amy, con un mohín de disgusto, se da cuenta de que no le ha contado a nadie su éxito, su elección como parte de la exposición para el Recuento.

Se dice, por supuesto, que no ha tenido tiempo. ¿Cómo? Si la tarde entera ha sido una sucesión de malas noticias, de gritos y de locuras de su hermana Jo… Pese a eso, hasta entonces, Amy jamás ha tenido problemas para encontrar un hueco en las conversaciones ajenas, por pequeño fue fuera, para hablar de sí misma.

—Estoy orgullosa —se dice mientras frota afanosamente los cacharros que ha usado para preparar la comida—. Es un *honor*. Un honor haber sido seleccionada.

Amy March siempre ha aborrecido el trabajo de fregar platos por cómo afea sus manos pero, en ese momento, se dedica con energía renovada a frotar una mancha rebelde que queda en el mango de la sartén. Para su desagrado, las manos se le empiezan a arrugar y a entumecer. Debe fregar con agua fría, no hay otra.

—Un gran honor, y la muestra… —repite—. La muestra va a ser un éxito. Sí.

La sartén cae de sus manos en cuanto escucha tres golpes secos contra la puerta de entrada. Amy siente una oleada de terror, ni la hora es apropiada para recibir visitas de cortesía ni sus hermanas ni su madre están presentables. Por lo menos han dejado de discutir, ya que la casa ha quedado repentinamente en silencio. Entonces Amy escucha tres golpes más, se seca las manos arrugadas con el delantal y se acerca a la puerta.

—¿Quién es?

—Abre, muchacha. —La inconfundible voz de la tía March resuena por el vestíbulo incluso con la puerta cerrada.

Al mismo tiempo que lo hace, Amy escucha pasos apresurados subiendo por las escaleras del sótano. Oye un ruido de estampida, que no es más que Jo subiendo los escalones primero hacia el rellano y, luego, hacia su habitación en el piso superior. Luego, aparece Marmee con una expresión que quiere a todas luces parecer serena, aun teniendo las mejillas teñidas de un color rosa furia. Meg sube lentamente, se sienta en la butaca frente a la chimenea y toma su labor de costura. Marmee entonces extiende la mano, quizá, para detenerla, puesto que Amy está a punto de abrir la puerta.

Amy abre sin más. En cuanto la hoja de la entrada queda abierta, aunque sean solo unos pocos milímetros, una gran fuerza la empuja. La muchacha

tiene que apartarse a toda velocidad mientras la tía March entra en el vestíbulo de la casa haciéndolo si cabe más diminuto con la fuerza de su presencia.

—Margaret —dice la tía March con los brazos cruzados y la espalda muy erguida.

Ella jamás llama Marmee a Marmee. Siempre usa su nombre completo. Marmee, por su parte, hace una cosa más extraordinaria todavía, que es llamar a la tía March por su nombre. No «tía March» como hacen sus hijas, ni «supervisora March» como hacen todos los demás. Marmee dice:

—Josephine.

Amy ha pintado tempestades y mares embravecidos, así como ejércitos luchando por la victoria y por la gloria, pero jamás ha visto un choque de energía tan fuerte ni tan hostil como el que se produce entre Marmee y la tía March. Ella permanece inmóvil, tan quieta como, imagina, estará Beth en el sótano. Ambas mujeres se miran. Amy no recuerda la última vez que la tía March estuvo en su casa. Esta visita solo puede tener relación con el terrible desliz de Jo, porque las pocas veces que han intercambiado visitas de cortesía han sido ellas quienes han ido a la gran casa de la tía March cerca de la zona residencial.

—Tomaré un poco de té —anuncia la tía March entonces, quitándose los guantes de cuero y dejándolos sobre la consola del recibidor.

La mujer se vuelve un instante hacia la puerta. Entonces pasa junto a Amy casi sin verla y entra en el salón de la vivienda.

Amy se frota las manos, que siente secas, tirantes por el agua fría y el fuerte jabón. No puede bajar al sótano, no se ve con fuerzas de subir a su habitación para hablar con Jo porque… ¡Santo cielo! ¡Si sube, Amy lo único que podrá hacer es amonestar a su hermana! Y, desde luego, sería de una mala educación extraordinaria acercarse sigilosamente a la puerta del salón para escuchar sobre qué discuten Marmee y la tía March.

Ante todo esto, Amy acaba por salir fuera. En la calle, justo frente a la residencia March, hay un carruaje esperando. El cochero ni siquiera la mira y a Amy le parece apropiado dispensarle exactamente el mismo trato. Cruza los brazos frente al regazo. Se escucha música.

Amy ladea la cabeza. En la mansión Lawrence hay luces encendidas. Luz eléctrica, a juzgar por cómo es: nítida, fija y brillante. Amy se permite un segundo, apenas un atisbo de envidia, antes de permitir que la melodía del piano que proviene de la mansión la embargue. Quién sabe cuánto tiempo lleva Teddy tocando. Quizá desde que ella se enfrentara a él y lo mandara a su casa para tranquilizarse. Es un buen muchacho, piensa Amy, aunque un tanto alocado. No. «Perdido» es, cree, la palabra adecuada.

Amy nunca ha prestado mucha atención a la música como tal. Al fin y al

cabo, la melómana de la familia siempre ha sido Beth. Amy escucha la música, la usa de guía, por ejemplo, para bailar, aunque lamente profundamente que no haya tantos bailes en Concordia como ella desea, pero Beth siempre dice que no la *siente*.

Aun así, esa noche, expulsada fuera de su propia casa por los acontecimientos, sola y pasando frío, Amy cree encontrar en esa música que viene de la mansión Lawrence una melancolía que resuena en la suya propia. No logra, de ningún modo, alegrarse por su éxito en la Academia de Buenas Artes, y comienza a pensar que lo que ha ocurrido con su hermana no es la causa de ello. Durante un fugaz instante, recuerda a Oliver Müller y, luego, resopla con indignación.

Al final, la joven cruza el pequeño jardín de la propiedad y se acerca al carruaje de la tía March. Quizá el cochero la haya ignorado, pero uno de los caballos que tiran del vehículo levanta las orejas hacia ella, y la joven lo recompensa acariciándolo suavemente en la quijada.

Un tiempo después, aunque a Amy, ensimismada con la música, no sabría decir cuánto, la tía March sale de la casa. Eso provoca que la joven se aparte un paso del carruaje y que el cochero se yerga. El único que sigue impasible es el caballo, feliz y ajeno a los asuntos de los seres humanos.

Cuando la tía March llega a su lado, Amy hace una complicada reverencia: el torso inclinado cuarenta y cinco grados, la cabeza baja y las manos detrás de la espalda. En la mayoría de ocasiones eso habría bastado y la tía March la habría despedido con un ademán, pero esta vez su pariente se detiene justo ante ella. Amy luego jurará que sintió la mirada de su tía clavada en el pescuezo.

—¿Tú no eras solo una niña?

Amy duda un segundo antes de levantar la mirada, aunque mantiene la reverencia unos instantes más. Solo se yergue ante un chasquido de lengua impaciente y lo hace con la barbilla levantada y las manos a la espalda.

—Tengo dieciséis años, tía March.

Al escucharla, su pariente levanta una única ceja, la correspondiente a su ojo sano.

—¿Dieciséis ya?

Ella asiente.

Amy está acostumbrada a que muchos le digan que a esa edad ya es una mujercita, pero la tía March parece sopesar esa información en silencio. A unos pasos de distancia el cochero hace un ruido extraño, quizá de impaciencia, porque es tarde y cualquiera desearía estar en casa, a resguardo, pero la tía March le lanza una mirada fulminante y luego se vuelve a centrar en Amy.

—¿Vas a trabajar antes de buscarte un marido?

La pregunta es a traición y la mención de un marido, aunque este sea hipotético y un tanto lejano en el tiempo, hace que Amy se ruborice. Por supuesto que ha pensado en esa posibilidad, como cualquier buena muchacha. Amy siempre ha fantaseado con algún joven respetable, bien situado, con una larga lista de méritos en su Libro del Buen Ciudadano y un trabajo importante. Oliver Müller aparece de repente en sus pensamientos, haciendo que se sonroje todavía más; pero Amy entonces levanta resuelta la barbilla.

—Voy a trabajar. En la Academia de Buenas Artes…

—Necesito una nueva asistente —la corta la tía March.

A cualquier otro, Amy le recordaría que eso es muestra de una pésima educación, pero, en esta ocasión, la joven decide hacer la vista gorda. Además, la propuesta, si es una propuesta y no una simple afirmación de la tía March, la acaba de dejar sin aliento.

—No una simple redactora en las oficinas, como Josephine. —El enfado de la tía March se puede escuchar en cada una de sus palabras—. Sino una asistente que me acompañe a todas partes. Quizá me equivoqué eligiendo a tu hermana para ello. Es una gran tarea. Un gran mérito.

Oh, la hoja de méritos de Amy ya está llena de sellos, pero la joven siente una punzada de expectación en el bajo vientre. La tía March es todo lo que puede desear para su futuro. Es una mujer respetada, una de las más altas ciudadanas de Concordia, hasta el punto de que su nombre suena cada vez con más fuerza para ocupar un puesto entre los Optimates. Estar a su lado, ayudarla en todo, es más de lo que Amy podría desear jamás dadas sus circunstancias. Jo ha sido muy necia en echarlo todo a perder, todo por su carácter impetuoso. Amy se remueve. Mira hacia la mansión Lawrence; de golpe, la música se ha detenido.

—He sido seleccionada para exponer una obra durante el recuento de méritos, tía March —dice.

Lo hace con los puños apretados y un tanto molesta, porque la voz le tiembla. Por fin, lo ha dicho, ya lo sabe alguien de su familia, aunque sea su aterradora tía. Pero merece saberlo y Amy merece que alguien también lo sepa.

—¿Eso significa que rechazas mi oferta?

Se siente como si una nueva música sonara frenética dentro de ella. Nota, con espanto, como si el suelo temblara bajo sus pies. ¿Es eso lo que ha querido dar a entender? Con impaciencia, la tía March la mira, sin aparentemente considerar su logro.

—No —responde Amy—. Sería estúpido rechazarlo, y puedo ser joven, pero no estúpida, tía March.

No, no lo es. Oh, Amy conoce perfectamente sus defectos. Es una buena ciudadana y sigue las recomendaciones del Libro que la animan, de forma regular, a reflexionar sobre sus propias faltas para tratar de enmendarlas. Amy es vanidosa, a veces tiene poca paciencia, pero no es estúpida.

—Después de la exposición —dice al fin—. Apenas quedan unas pocas semanas.

La tía March hace algo tan nimio, tan sencillo como respirar profundamente, pero el ánimo de Amy flaquea un instante mientras se pregunta por qué ha dicho eso, por qué no ha aceptado sin peros y sin condiciones. Aún con la penumbra de la calle, se da cuenta de que la expresión de la tía March se tensa.

—El día de la exposición, pues —asiente la tía March—. En cuanto acabe. Soy una mujer muy ocupada y una asistente es vital.

La tía March la deja con la palabra en la boca. Se da media vuelta. Es la señal que necesita el cochero, que muy inteligentemente se ha mantenido callado y medio oculto en su carruaje, para saltar sobre el pescante. El caballo piafa una vez y, cuando la tía March entra en la cabina, el vehículo se pone en marcha.

Si alguien le pregunta a Amy, puede decir que ha salido a admirar la luna y las estrellas que brillan en el cielo sin nubes. Si alguien le pregunta, también, quizá por fin pueda mencionar su éxito en la Academia de Buenas Artes y su selección para el día del recuento. Amy encoge los hombros.

16

El tiempo no se detiene. Esa es, en realidad, una de las verdades irrenunciables en la vida, una que nada ni nadie puede corromper: que el tiempo pasa, siempre con la misma cadencia. Eso sí, la percepción de la velocidad a la que eso ocurre sí que es algo subjetivo, sujeto a los caprichos de cada uno. Para la pequeña Beth, la menor de las March, el tiempo hace años que se ha detenido y, ocurra lo que ocurra, incluso esa locura que ha afectado a su hermana, nada puede cambiarlo.

Esa mañana, unos pocos días después de que Jo bajara al sótano llorando, después de que Marmee y ella discutieran acaloradamente por aquel crimen, porque Jo había cometido, sin duda, un crimen, en el fondo no ha cambiado nada. No es la luz del sol, tan añorada, lo que la despierta, sino la actividad frenética de sus hermanas en el piso superior, como ocurre cada día.

Sí. Cada día es exactamente como el anterior y el anterior a ese.

Como es costumbre, Beth se levanta de ese diván que es su silla, su cama y prácticamente todo su mundo con un dolor creciente en los huesos. Al principio de su enfermedad, apenas lo percibía. Ahora no puede olvidarlo. Se acicala tan bien como es capaz, con esos dedos de las manos cada vez más retorcidos e inmóviles, y luego regresa al diván.

Escucha los pasos y los gritos por encima de su cabeza, cada vez más cerca de la puerta de entrada de la casa. Entonces, contiene el aliento. Tres golpes, rápidos, tres taconazos dados en una especial cadencia indican que Jo está pensando en ella y que le manda su saludo. Durante mucho tiempo eso ha sido uno de sus pocos consuelos: saber que su hermana se acuerda de ella siempre le ha provocado una gran calidez en el pecho que suele durarle hasta bien entrada la mañana. Sin embargo, dos cosas nuevas se encargan de amenizar las mañanas de Beth. La primera se despereza en ese momento en una cesta que la joven ha colocado en un rincón de la sala y luego deja escapar un maullido.

—Buenos días, Señor Bigotes. —Se ríe Beth que, con un nuevo esfuerzo,

se levanta.

«No es nada», dijo la primera vez que ese gesto que, hasta entonces, había dado por sentado, algo tan inherente a ella misma que nadie podría quitárselo, le costó más de lo esperado. «Se me pasará.»

Pero no sucedió. Al contrario. En ocasiones, Beth piensa si no habría sido más fácil para ella, para todas, que se hubiese entregado. El Libro es claro al respecto: solo hay lugar en Concordia para aquellos completamente sanos. Es el esfuerzo de la guerra: solo los sanos y fuertes, los que no sean una carga, tienen un lugar en la ciudad. «Se me pasará», dijo. Beth sonríe como si se tratara de una broma.

El gatito, todavía poco más que una cría, maúlla en cuanto la ve acercarse. Beth lo levanta con esas manos que le tiemblan y el animalillo se acurruca contra la tela de su bata de dormir.

Beth regresa a su diván con las piernas ardiéndole por el esfuerzo. Con el gatito entretenido sobre su regazo, espera la segunda de esas novedades que le hacen su encierro (porque es un encierro, una condena) más soportable.

La música llega cada día, a una hora u otra, pero escucha esos añorados acordes. Los primeros días Beth la percibió entre lágrimas. Cuando ese día, por fin, la música llega, una melodía triste de piano que parece emanar de la mismísima tierra, Beth ya hace tiempo que ha aprendido a disfrutarla. Al fin y al cabo, sabe, y nadie puede convencerla de lo contrario, que es para ella.



No solo Beth siente que su vida está arrastrándose sin remedio. En realidad, otra de las hermanas March se encuentra en una situación similar, frustrada, harta de esperar quién sabe qué.

Esa noche, la noche que Josephine March pasó en el sótano de su casa, acurrucada con su madre y su hermana, fue sin lugar a dudas una de las peores de su corta vida. Está en tercer lugar después de la noche en que su padre, sereno, como si solo fueran a ser unos pocos días, preparó todas sus pertenencias para marcharse al frente. También está por detrás de la noche en que toda la familia le contó a Beth, una Beth que estaba aparentemente sana, aún con los primeros síntomas de su enfermedad, que a partir de entonces debía quedarse en casa y no salir jamás. Esa noche Beth lloró. No, fue más que un llanto. Durante tres días con sus tres noches salió de su hermana un sonido desgarrado cada vez más ronco por culpa del cansancio y de un cuerpo

que comenzaba a debilitarse por la enfermedad. En algún momento de esos tres días Beth les dijo: «Me enterráis en vida», una frase terrible para una muchacha que por aquel entonces tenía trece años recién cumplidos. Sí, la noche en que Josephine March mató a Charity Higgs, porque directa o indirectamente había sido culpa suya, una falta imperdonable, fue una de las peores de su vida.

Tras esa noche, han llegado días de remordimientos y desasosiego. Pero, aun así, el mundo ha seguido girando. El sol ha salido cada día por el este, cada día se han levantado al son de las sirenas y han visto el informativo obligatorio de primera hora de la mañana.

Y, oh, cuánto ha odiado Josephine, con una intensidad de proporciones gigantescas, esos días porque no han cambiado nada cuando ella sí lo ha hecho.

—Buenos días, señorita March.

Josephine sonríe.

—Buenos días —saluda con la cabeza baja y la mirada dócil.

Es la segunda vez que el anciano caballero pasa por allí, quizá por aburrimiento. El hombre, que vive unas casas más abajo, prosigue con su camino y ella se limpia la frente sudada con el dorso de la mano sin darse cuenta de que, en el proceso, se ha dejado una mancha de tierra en la frente.

—Solo unas pocas más —se anima mientras el vecino ya desaparece tras la siguiente esquina.

Jo toma un bulbo de narciso de una caja que horas antes ha estado rebosante y lo sumerge en la tierra recién removida. Hace lo mismo con otro, en una hilera que espera que esté recta, hasta acabar. Cuando llegue la primavera, el jardín de la casita estará hermoso y Josephine tiene el primer pensamiento alegre que ha conseguido formar en todo el día.

Por fin se levanta, limpiándose las manos en un delantal prestado. El trabajo físico es bueno, lo sabe. Pero eso no la hace sentir mejor. Hay un capítulo entero dedicado a los beneficios del trabajo físico en el Libro del Buen Ciudadano, pero también hay capítulos dedicados a la verdad y a la mentira, a la culpa y a la bondad. Y Josephine ya no está tan segura de que esas palabras que, hasta hace poco, han sido el motor de su vida no sean más que meros garabatos vacíos.

Al principio, esos días horribles Jo los pasó en casa y, en el proceso, casi se volvió loca. Tenía la compañía de Beth, pero su hermana se fatigaba pronto y lo último que Jo deseaba era causarle algún inconveniente.

Eso le dejaba mucho tiempo para pasarlo con Marmee.

Jo, de indomable imaginación, jamás pensó que llegaría un momento en su vida que no quisiera hablar con Marmee, ya que su madre siempre le

recordaba: «Lo único cierto es el pasado. El futuro es inescrutable». Esos primeros días no solo trató de evitar a su madre, aun viviendo en la misma casa, sino que su madre también la evitó a ella. Para Jo fue mucho mejor, ya que sus palabras y sus reproches todavía resonaban fuerte en su cabeza.

Jo está acostumbrada a recibir reprimendas de Marmee, muchas más de las que han recibido nunca Meg o Amy, pero las de esa noche fueron palabras crueles aunque ciertas, al menos algunas de ellas. Quién sabe de qué hablaron Marmee y la tía March esa velada. Su madre también le prohibió salir de la casa y le prohibió escribir, porque eso era lo que aparentemente le había puesto ideas extrañas en la cabeza, como castigo.

Amagó con prohibirle ver a Teddy, pero nunca llegó a hacer efectivo aquel castigo quizá, porque Marmee, a pesar de todo, es compasiva. En cualquier caso, castigo o no, después de evitar hablar con Teddy durante esos días que pasó en casa, esto último está a poco de solucionarlo.

Mientras duró su castigo, Jo decidió dedicar sus energías sobrantes a arreglar su casa, pero la pobre Marmee, al regresar de sus tareas, se encontraba con muebles cambiados de sitio o con las alfombras colgadas en la calle porque Jo había considerado que era un buen día para sacudirles el polvo. La pobre mujer encontró también todos los libros del señor March apilados en el suelo, pendientes de que su hija, en un arrebato, los colocara en orden aunque ya lo estaban. Allá donde fuera, Jo iba dejando un rastro de caos y de desazón, de modo que Marmee, exasperada, la envió al único lugar en el que, quizá, su hija no causara problemas.

—¿Señor Brooke?

Este es su destino, el que Marmee ha elegido para ella: la futura casa de su hermana Meg. Muy pronto se celebrará la boda entre Meg y el señor Brooke y, dado que el pobre John, todavía débil y desorientado por la guerra, no puede trabajar, alguien debe conseguir dinero. Así pues, mientras Meg trabaja, Josephine se dedica a hacerle compañía a su futuro esposo, ayudando en lo que puede para que la vivienda esté perfecta para el día señalado.

La casita está ya casi irreconocible. Hay papel nuevo en las paredes y las baldosas relucen. Va camino, a pasos agigantados, de convertirse en algo parecido a un hogar. Porque el señor Brooke, a pesar su convalecencia, vive únicamente para esa casa. «Es lo normal», le dijo Meg. Esa casa albergará su futuro, en esa casa se enlazarán sus vidas para siempre.

Jo admira esa dedicación que el señor Brooke pone en el lijado de cada pieza de parqué, en la minuciosa reconstrucción de cada mueble, en la reparación de esa escalera que, hasta hace unos meses, amenazaba con derrumbarse. Una mañana, según le contó Meg, cuando ella llegó para comprobar cómo se encontraba, ya estaba trabajando, sin haber pegado ojo en

toda la noche.

—¿Señor Brooke? —repite mientras atraviesa ese vestíbulo un tanto sombrío del que Meg tanto se queja.

—¿Necesita algo? ¿Puedo ayudarla, Josephine?

John Brooke aparece en lo alto de la escalera que conduce al primer piso calmado y apacible. Como es habitual en él.

—He… he acabado de arreglar las flores —dice ella.

Otra vez baja sumisa la cabeza. A medida que han ido creciendo el enfado y la duda en su interior, más dócil se muestra de cara a los demás, pero, en esta ocasión, el gesto se le hace cuesta arriba.

—Muy bien. Se lo agradezco, Josephine. —El señor Brooke baja un peldaño y luego añade—: «El buen ciudadano siempre se ofrece aunque esté exhausto».

La voz de John Brooke suena serena pero extraña. Desde que regresara de la guerra, siempre tarda unos segundos de más en responder a cualquier cosa como si, antes de hacerlo, dejara que las palabras se formaran dentro de su cabeza. Tiene, también, la mirada permanentemente perdida, llorosa a veces. Josephine, igual que hacen todos, lo ignora. Nadie lo comenta, porque tampoco hay necesidad de hacerlo. La guerra deja secuelas, heridas en el cuerpo y en la mente.

—¿Puedo hacer algo más por usted?

John Brooke niega con la cabeza y una mueca amable aparece en su rostro durante un espacio de tiempo, un segundo, una fracción más de lo que debería.

—Creo que…

Jo espera pacientemente a que el hombre cierre la boca, se mire las manos y luego continúe. A veces, el sonido y la imagen de las pantallas de información no van juntas y Jo, de pronto, piensa que esa es la misma sensación que en ocasiones le provoca John Brooke: un desasosiego en el velo del paladar al ver que algo no acaba de encajar al cien por cien.

—Voy a arreglar las vallas del jardín trasero.

Después de que el señor Brooke baje lentamente la escalera y coja su caja de herramientas, Jo vuelve sobre sus pasos a través de ese recibidor que todavía necesita reformas, pasa junto a la puerta del salón, pulida y barnizada de nuevo, y junto a un cuadro que ha donado Amy para la causa.

Todavía está en el recibidor, casi en penumbra, cuando escucha dos golpes discretos en la puerta.

—¡Voy! —grita con impaciencia.

¿Cuántas veces Meg, y también Amy, han intentado corregir esa frase, que consideran tan vulgar? Sin embargo, hoy no están ninguna de sus hermanas

para reprenderla por lo que Jo, aprovechando los coletazos de energía que todavía tiene dentro, se abalanza contra la puerta. Ni siquiera deja que Teddy entre. Lo empuja hacia fuera con su propio ímpetu, hacia el jardín delantero donde, al menos, Jo siente que puede respirar.

—¡Has venido! ¡Tarde!

Ante el asombro del muchacho, Jo está a punto de lanzarle los brazos al cuello prácticamente derribándolo. No lo hace, sin embargo. Jo puede controlar su impulso, puede incluso ignorar un rubor traidor que ha aparecido, de repente, en las mejillas de su amigo. Se separa de él, alerta por si algún vecino decide en ese preciso instante pasar a saludar.

—Te pido disculpas —dice él alisándose el traje oscuro que lleva—. Tenía algo importante que hacer…

En ese momento Teddy no es solo su amigo. Es su único amigo, de modo que Jo está dispuesta a perdonárselo todo. Podría abrazarlo de nuevo. Podría decirle lo agradecida que le está porque él no la ha abandonado a pesar de todo. No lo hace, sin embargo. En vez de eso, aparta la mirada, se aleja unos pasos a través del jardín, mientras aparenta una calma que no tiene.

—Tampoco iba a marcharme a ninguna parte… —responde ella mientras encoge los hombros.

Querría sonreír, darle a sus palabras un tono distendido, pero no es capaz de hacerlo. En cuanto se escucha a sí misma, su sonrisa se vuelve triste y le arranca un suspiro. Teddy, no obstante, parece no fijarse porque se acerca a ella con expresión resuelta.

—¿Quizá porque me estabas esperando? —pregunta con una sonrisa indolente y un gesto elegante que Jo recibe con un titubeo.

O lo que, al menos desde el exterior, parece un titubeo. Porque, sin saber por qué, al escuchar esa pregunta sin malicia de su amigo, algo se ha encendido en su interior. Rabia, como poco. ¿Cómo puede pensar Teddy eso de ella? ¿Cómo puede… bromear con lo que ella está sufriendo e insinuar eso?

—¡Porque no puedo hacer otra cosa que no sea estar aquí! —lo amonesta Jo finalmente.

Para enfatizar sus palabras le da un empujón en el hombro, un empujón con intenciones claramente fraternales. ¡No hay otras desde luego! Ese tono extraño que ha usado Teddy no le ha gustado en absoluto y no tiene la mínima intención de seguirle el juego. No. Hoy no. Hoy tiene cosas mucho más importantes de las que ocuparse.

—No soy como tú. Marmee me lo ha dejado muy claro: nunca voy a tener la misma libertad que tienes tú…

Teddy no responde inmediatamente. De pronto, le ha desaparecido esa

sonrisa socarrona con la que ha hecho su último comentario. Da un paso atrás mientras se frota el hombro allí donde ella le ha golpeado. Si no fuera porque Jo es muy consciente de haberlo hecho sin ninguna fuerza, hasta podría parecer por su expresión que le ha dolido.

—Sí, libertad… —Lo pronuncia con una amargura que sorprende a Josephine, pero no pregunta el motivo porque, como si él mismo también se hubiera dado cuenta, recupera al instante su expresión entre risueña y altanera—. Será un placer para mí entretenerla en lo que sea necesario, señorita March. Usted pida y le será concedido.

Jo se le acerca. Le tiende la mano a Teddy y este se la queda mirando. Solo al cabo de un segundo, el joven se fija en que Jo está ofreciéndole la mano para estrechársela.

—Eres mi más querido amigo, Teddy.

—Eres mi más querida… —Jo no se da cuenta de la pequeña, casi inexistente vacilación que hace Teddy tras el «querida»; pero él sí que lo hace cuando termina la frase—: *amiga*.

Se estrechan la mano. La de Teddy está fría, ligerísimamente sudada, aunque no lo bastante como para ser desagradable. La de Jo está caliente, seca y, todavía, algo sucia de tierra.

—Lo primero que voy a necesitar, señor Lawrence, es que me ayude a traer mi máquina de escribir.



Los días de Amy March, aunque mucho menos tumultuosos que los de su hermana Jo, tampoco están siendo fáciles. Se han sucedido tal y como se espera de ellos pero Amy, por tantas razones que prefiere no llevar la cuenta, siente cómo una pátina grisácea cae sobre ella impidiéndole disfrutar de lo que, hasta el momento, siempre han sido sus pequeños placeres.

Atrás ha quedado esa tradición matutina que tanto la hacía disfrutar delante del espejo: las tenacillas al rojo vivo en la mano y una sonrisa cuando comprobaba la perfección a la que había sometido su cabello rubio en su habitual cascada de tirabuzones. Atrás las preocupaciones por el tamaño de su nariz, el conteo exhaustivo que realizaba del número de pecas que decoran sus mejillas en los escasos días en los que brilla el sol en Concordia, la elección del complemento perfecto, el cuidado casi obsesivo con el que guarda cada lazo, cada guante, cada broche que aún conserva de tiempos mejores, cuando

la familia March tenía privilegios de sobras.

Esa mañana se ha puesto un vestido gris de lana heredado de Meg. Así es cómo se siente: gris, sin definición, cuando debería ser buena, su interior debería ser de un blanco luminoso como todas las cosas puras.

Esa mañana ni siquiera ha esperado a que Teddy se acerque a la residencia March para acompañarla a la Academia en su calesa. Su cuerpo casi la ha obligado a caminar y ella, más temprano de lo habitual, se ha marchado a pie.

Ha llegado, como pretendía, antes de tiempo. Oliver ya estaba allí, en su rincón oculto de las cámaras, pintando en silencio. Su camisa, de buena calidad pero tan vieja y tan lavada que también presenta en sus hilos y tejidos esa tonalidad grisácea que ella tan bien conoce tiene varios botones desabrochados a la altura del pecho, que se eleva con cada inspiración de gusto y con cada suspiro de frustración. Desea saber qué está pintando pero, desde ese día en el que hablaron y ella salió huyendo, no se ha atrevido a acercarse a él. Y él, por supuesto, tampoco lo ha hecho con ella.

A pesar de todo, desde entonces, llevan pintando juntos todas las mañanas antes de que comiencen las clases. Aunque cada noche Amy se dice que no va a volver a asistir a la Academia antes de tiempo, cada día se despierta y, sin saber por qué, lo hace.

Amy se limita a observarlo, a pensar y a dejar que sus pinceles la lleven por esos paisajes en los que nunca había reparado antes de que Oliver se los mostrara. Por supuesto, siempre se deshace de su dibujo a carboncillo minutos antes de que, al toque exacto de la sirena, entren en el aula el profesor Smith y el resto de sus compañeros. Nunca antes de esos días ha sentido Amy March pena por deshacerse de una obra, pero, claro, nunca antes de esos días había pintado sin que le dijeran qué motivo ilustrar.

Siente zozobra, como si algo en su interior se hubiera rasgado igual que lo ha hecho el pliego donde ha esbozado en carboncillo ese paisaje tormentoso que, antes de aparecer en el papel, solo ha existido en su cabeza.

La sensación la acompaña toda la mañana. Desde que acude a pintar con Müller por las mañanas ha desaparecido esa certeza de hacer lo correcto, por la pulcritud de sus trazos y bosquejos, por la perfección y delicadeza de sus proporciones y texturas que, hasta hace muy poco, la han hecho mantenerse orgullosa de sí misma. Como si un gusano le recorriera las venas por debajo de la piel, Amy March lleva sintiendo toda la mañana que, al deshacerse de ese paisaje, ha perdido algo muy valioso.

Levanta la cabeza y mira hacia atrás, hacia ese rincón apartado del aula donde Oliver siempre se sitúa. Como si le estuviera leyendo el pensamiento, el muchacho también la mira. Solo tarda un par de segundos en asentir, como si supiera exactamente lo que ella está sintiendo.



Después de que Jo haya pedido ayuda a Teddy para trasladar su máquina de escribir desde la residencia March hasta la casa de John Brooke, este, naturalmente, ha querido saber el porqué. Josephine no le puede negar nada así que se lo ha explicado. Sin ambages. Ha expuesto sus razones como si, de ese modo, sus intenciones fueran a resultar menos peligrosas o arriesgadas.

En cuanto Jo termina su relato, el rostro de Teddy pasa sucesivamente de un saludable color rosado a una palidez de muerto y luego a un color incluso más indefinido y maldito. El joven permanece un buen rato en silencio antes de preguntar:

—¿Podría pedirte un té o alguna cosa de beber?

Quizá Teddy necesite un tiempo para, con una taza de té en las manos, reflexionar sobre la propuesta y las intenciones de su amiga. El caso es que, tras esa taza de té y, luego, tras otra segunda, con la bebida enfriándoseles en la tetera mientras están sentados en el porche de la casa, Teddy finalmente le pregunta:

—¿Solo lo haces por ella? ¿Por esa muchacha que ha muerto?

—La asesinaron. Las pantallas habrán dicho que tuvo una buena muerte, pero no es cierto. Trató de escapar. La multitud la obligó.

Teddy debe de intuir que, en eso, Jo no cederá, de modo que reformula la pregunta:

—¿Solo lo haces por la muchacha que ha sido asesinada?

Jo asiente. Ese «solo» de Teddy le ha dolido, sin embargo. Como si la pérdida de una vida, de cualquier vida, no fuera capaz de remover el interior de su amigo tanto como el suyo. La vida de la señorita Higgs, Charity Higgs, fue valiosa. Toda vida es sagrada, única en su naturaleza y bondad, y esa es una de las pocas cosas del Libro que Jo no está dispuesta a olvidar.

—También lo hago por mí —afirma con voz solemne—. Por motivos egoístas, por quitarme la culpa de dentro. ¿Qué importa eso? —Quizá Marmee le haya ordenado, con voz seria, que no vuelva a meterse en problemas, que se comporte, pero lo que se ha resquebrajado dentro de ella en las últimas semanas no se lo permite—. Necesito tu ayuda, Teddy. Eres un Lawrence. A ti nadie va a juzgarte ni va a mirarte dos veces. Te necesito. Eres mi mejor y mi más fiel amigo.

Josephine deja su taza, floreada a juego con la tetera, sobre los escalones de

la entrada y se dirige hacia el camino empedrado que da a la calle. Teddy no tarda en seguirla. En cuanto la alcanza, Jo se detiene.

—Podría intentar detenerte o quitarte esa idea de la cabeza, pero no va a servir de nada. ¿Me equivoco, Jo?

—Estás en lo cierto.

Se van alejando de la casa donde su hermana Meg anhela construir su nueva vida. Se alejan codo con codo, amigos inseparables, hasta ese poste coronado con un racimo de cámaras negras, y un triángulo amarillo que las marca como defectuosas. Jo lo ha decidido, sí.

Con la ayuda de Teddy, ha llevado su máquina de escribir a la casa. Al fin y al cabo, John Brooke no le supone demasiado trabajo. A veces, incluso piensa que ella misma es un estorbo ante el frenesí de actividad que presenta su futuro cuñado. No se queja, no le habla por iniciativa propia. Más bien es ella quien tiene que hacerse notar. Marmee le ha dicho que ayudar a Meg y al señor Brooke a preparar su casa para la boda es un acto de caridad, un acto de contrición y de reflexión ante todo lo que ha hecho. Y eso espera hacer Josephine March: pensar, reflexionar.

Aprovechará todas las horas que tiene que pasar allí para escribir.

¿Sabe Josephine *qué* espera? ¿A qué puede realmente aspirar? Lo cierto es que no, pero Josephine duda que haya vuelta atrás.

Mira a Teddy con un acceso repentino de ternura y en ese momento él le devuelve la mirada.

—No quiero ponerme en peligro, ni a mí ni a nadie.

Pasar de la ternura al miedo solo le lleva un paso. Josephine March, si hace memoria, ha vivido más vidas dentro de su cabeza que en el mundo real y la que está a punto de iniciarse quizá sea demasiado intensa, demasiado peligrosa.

—Todavía estás a tiempo —le susurra Teddy.

Y del miedo pasa a la ira. Así, sin más, como si todas esas sensaciones no fueran más que distintas caras de la misma moneda.

—¡No puedo! —La voz le sale seca, arrastrada. Jo siente las palabras como un rastrillo por su garganta mientras intenta no gritar en ese susurro doloroso —. ¿Qué es lo correcto, Teddy? ¿Qué es…?

Josephine March no lo espera y quizá Teddy tampoco, pero lo más natural para ambos es que Jo dé un paso adelante y Teddy la estreche entre sus brazos en ese punto ciego de cámaras defectuosas como si, por primera vez en la vida, ambos estuvieran verdaderamente solos.

Teddy no dice nada. Se limita a estrecharla con fuerza y ella siente la calidez de su abrazo como lo mejor que le ha pasado en semanas. Qué sonrisa más mínima aparece en ese momento en los labios de Jo, que apoya la cabeza

contra su pecho, como si, por un segundo, todo volviera a estar en su sitio.

—Gracias —susurra Jo mientras se separa lentamente. Por mucho que estén bajo las cámaras que no funcionan, continúan en la calle, sigue habiendo vecinos, transeúntes, ejemplares ciudadanos que no verán con buenos ojos ese acercamiento tan físico—. Quizá… No, quizá no, Teddy. Gracias. Necesitaba tu apoyo.

En la cara de Teddy se dibuja una sonrisa que Jo no le ha visto nunca. Es ancha, pero a Jo le da la sensación de que tiene una dimensión distinta a la que tan acostumbrada está a verle, esa sonrisa de seguridad y algo de orgullo. Esta, cree Jo, parece una invitación, una reverencia hecha sonrisa que no sabe muy bien cómo interpretar. Instintivamente, da un paso atrás. Está, también, a un paso de sonrojarse.

—Necesito sacarme esta culpa de dentro —dice ella, más bien porque cree que tiene que comentar algo, quizá justificarse, aunque no tenga muy claros los motivos por los que lo está haciendo. Ante esa sonrisa de Teddy sus palabras suenan a excusa. Aunque no lo son, no—. Creo… creo que cuando lo haga, cuando haga todo esto, creo que así es como seré buena, como seré mejor.

Sin perder la sonrisa, Teddy replica:

—Tú ya eres buena, Josephine March.

Pero en la cabeza de Jo esas palabras suenan distintas. Cargadas de un mensaje que no se ve capaz de traducir. No es el momento. No lo es, no. Y, en realidad, Jo no sabe si ese momento llegará alguna vez.



A Theodore Lawrence le gustaría decir más. O hacer más. Pero acaba de sonar la sirena que marca la hora en punto y eso significa que, en poco rato, llegará del trabajo la señorita Meg.

Se despide con una reverencia tras prometerle que la ayudará y es consciente de la pena que siente al hacerlo. Desearía acompañarla, continuar sintiéndola tan cerca como hasta hace apenas unos minutos. También, eso es cierto, le gustaría ver a la mayor de las hermanas March, a Meg. Siempre tan dulce, tan suave. Suave.

Es que, en realidad, no se trata solo de Jo, aunque Jo decididamente ocupe un lugar de prestigio en su corazón, sino que ha aprendido a admirar de un modo u otro a todas las hermanas March y es eso lo que, en realidad, le está

trayendo tantos dolores de cabeza.

Son problemas más bien temporales. Acabará haciendo lo correcto, de eso está seguro. Tarde o temprano. Teddy, al fin y al cabo, conoce su lugar en el mundo o, al menos, conoce lo que se supone que tiene que hacer. Y, por supuesto, como se encarga de mencionar el abuelo siempre que puede, Teddy Lawrence *recuerda*.

Montado en su calesa, el caballo al trote alegre, Teddy cruza una de esas avenidas rectas que, como rayos de sol, se extienden desde la plaza de la Paz hacia los suburbios, cortando cada uno de los círculos perfectos de calles de Concordia. Empieza a hacer calor, cosa extraña. Quizá, piensa, se acerca la primavera. Al pasar por su lado, algunas cabezas se levantan. El vehículo no es más que otro privilegio de los muchos que tiene. Un honor que pertenece al abuelo Lawrence, pero que disfruta él. Tardará poco tiempo en llegar a su destino.

La megafonía siempre lanza a los cuatro vientos lo grande, lo importante que es su ciudad, pero Teddy ha comenzado a pensar que se debe a que la gente, salvo unos pocos privilegiados como él, debe ir a pie a todas partes. Incluso una simple bicicleta cuesta una cantidad inmensa de méritos. Que la gente vaya a pie les da esa perspectiva, que su ciudad y su mundo son infinitos, cuando en realidad las distancias en carruaje se hacen insignificantes.

Al llegar a la mansión Lawrence, tras dejar la calesa en manos de los mozos, el silencio lo recibe como una losa. Lo cierto es que, en realidad, Teddy casi siempre está solo. El abuelo, eso no puede negarse, es un ciudadano muy trabajador, pero la consecuencia es que ese silencio pesado, lleno de partículas de polvo en suspensión, lo ha acompañado desde que tiene memoria. Y esta, a veces, se entretiene en juegos extraños porque, de pronto, Teddy siente una necesidad irrefrenable de cruzar el vestíbulo de la gran mansión y acercarse al piano, como si se lo pidiera cada músculo del cuerpo, como si los dedos le ardieran de ganas por tocar ese gran instrumento, que ha sido su único compañero de juegos durante años.

Teddy todavía recuerda la primera vez que acarició sus teclas. Era muy pequeño y, harto de verlo tapado permanentemente con una sábana blanca, la quitó de un tirón. Luego, levantó la tapa del piano con cuidado de que esta no se le resbalara, temiendo el estruendo que podría producir en medio del silencio de la mansión Lawrence. Tocó una tecla. Un fa sostenido que sonó como una colisión astronómica. El abuelo montó en cólera aquella tarde, pero Teddy volvió a tocar el piano otro día. Y otro. Y otro, hasta que el abuelo, simplemente, dejó de reprenderlo. Aunque es cierto que, como aceptando su parte de una especie de acuerdo tácito, Teddy siempre lo deja tapado después

de usarlo.

Quizá fuera por ese silencio opresivo por lo que le atrajo tanto la casa vecina, la residencia de las March. A pesar de no contar con los mismos lujos de los que dispone él, como el suministro diario de luz eléctrica, nunca se ve oscuridad a través de sus cristales. Y las risas. Esas carcajadas veladas que se dejan escuchar a través de las contraventanas al joven Lawrence le proporcionan más luz que todas las lámparas encendidas de su mansión. Lleva conviviendo con las hermanas desde que tiene memoria. También ha escuchado sus llantos, sus discusiones. Hasta hace unas semanas, tan solo han sido sombras chinescas contra el escenario de su vida.

Por eso, la anticipación y el deseo fueron más intensos que la sorpresa el día en que el abuelo Lawrence le ordenó acercarse a ellas. Siempre había deseado formar parte de aquella familia, de sus idas y venidas, de sus risas y discusiones. No se negó. A pesar de lo que le estaba pidiendo el abuelo, no se negó a hacerlo porque, de ese modo, aunque fuese por tiempo limitado, quizá pudiera agarrar un poco de esa luz que nunca se apagaba. Lo deseaba con tanta fuerza que era aquello, más incluso que lo que había empezado a sentir por Josephine, lo que estaba minando su trato con el abuelo.

Mira por la ventana. No hay nadie en la residencia March, pero, a pesar de todo, no percibe una sola dosis de silencio. El edificio en sí parece vivo también. Marmee, trabajadora como una hormiguita, ha salido a primera hora de la mañana y no regresará hasta más tarde. Amy sigue, sin lugar a dudas, en la Academia de Buenas Artes. Sus horarios siempre han sido regulares, aunque hace días que se marcha más temprano de lo habitual y que se demora en regresar. Lo que sí sabe Teddy es que tardará todavía. Finalmente, acaba de dejar a Jo en casa de su hermana Meg, por lo que está seguro de que ninguna de las dos se presentará pronto.

Nunca lo han descubierto, de modo que, aunque siempre hay un cierto riesgo, sale de la mansión y cruza el selvático caminito hasta la residencia March con paso rápido.

Solo piensa una vez más en el abuelo. Un pensamiento que viene tan rápido como se va, aunque al abuelo se lo deba todo. Le debe que lo recogiera tras la muerte de sus padres, le debe su educación, su estatus, su vida.

Con un suspiro de tiempo que se acaba, entra en la residencia March. La puerta nunca está cerrada, como no debe estarlo ninguna casa en Concordia. Da unos pocos pasos a través del vestíbulo, evitando esa tabla suelta que la primera vez le hizo dar un vuelco al corazón, y gira la llave que cierra la puerta del sótano. Escucha ruido y, después, ausencia de él, el tipo de silencio que proviene de un movimiento interrumpido o de una respiración que se contiene, mientras baja los escalones.

—Beth, no te asustes.

Al llegar abajo sus ojos ya se han acostumbrado a la penumbra. Llega a tiempo para ver cómo Beth deja sobre su diván al gatito blanco que se ha convertido en su compañero. Sin zapatos, solo con unos gruesos calcetines hechos con más cariño que verdadero talento para el punto, sin duda algún regalo de Jo, baja al suelo y corre a abrazarlo.

—He vuelto a escuchar el piano esta mañana. Muchas, muchas, muchas gracias, Teddy.

17

Jo, ¿dónde está tu máquina de escribir?

Jo no le ha mentido jamás a Marmee. Cuando era niña, aprendió el concepto de «mentira blanca» pero nunca lo ha llegado a comprender.

—La tiré, Marmee.

Jo hace un gesto brusco con la mano, como si lanzara algo. Seria y altiva, intenta copiar la pose de la tía March, esa con la que gobierna férreamente el departamento de redacción y todas las dependencias del Secretariado de Bienestar Moral. Josephine está razonablemente segura de que, si esa mentira que acaba de decirle a Marmee tiene algún color, no es el blanco. Vacila un momento, como si esperase que su falta fuera señalada con sirenas y luces, como sucede durante los actos de contrición, pero en un instante se siente con fuerzas para continuar:

—La máquina me recordaba a mi trabajo como redactora y mi trabajo como redactora me recordaba mi falta. Soy más feliz así, ahora.

Marmee debería alegrarse, aunque Josephine en ese momento no le da excesiva importancia. Desea marcharse cuanto antes. Lo necesita.

—Pero… ¿Y tus historias?

Debería alegrarse por ella. Cuántas veces la matriarca del clan March ha resoplado, desesperada, por el modo en que su hija mediana se aferraba a aquel armatoste, rescatado de algún despacho polvoriento del ministerio en el que había trabajado su padre.

—Mis historias eran cosas de niñas, Marmee —susurra Jo con una mansa inclinación de cabeza.

El ambiente en la casa de las March se ha ido suavizando poco a poco con el paso de los días. Sí, desde luego, la discusión entre Marmee y Jo, sus palabras hirientes, el castigo, todo sigue en pie, pero ha pasado a doler con un daño frío, una cicatriz imposible de cerrar, pero que solo lastima en momentos determinados. Quizá como el que ahora está viviendo Jo.

—He aprendido, Marmee. Y al aprender me he vuelto mejor.

Pero esto último, cree Jo, no es una mentira. Es la única certeza que tiene clara.

Marmee levanta esa proverbial ceja suya, esa que habla por sí misma, y que en este instante transmite un profundo desconcierto. En un arrebato, Josephine se acerca a su madre. Le besa esa mejilla que siempre huele a lavanda. Marmee huele a lavanda, pero no a perfume, sino a flor fresca. Antes de separarse, quiere darle un apretón a las manos para transmitirle fuerza, afecto, sentimientos más que palabras, pero en el momento de apartarse, su madre la retiene.

—Todo lo que he hecho… —Podría parecer que la voz de Marmee tiembla, que esa mujer menuda que, a pesar de todo, Jo siempre ha visto como una montaña, se derrumba como un alud a comienzos de primavera. Sin embargo, no lo hace. Sujeta a Jo del brazo con tanta fuerza que ella misma creería que la intención es dañarla si no fuera porque la está mirando a los ojos. Unos ojos muy parecidos a los suyos que, en ese momento, están cubiertos de lágrimas que se niegan a salir. Marmee suspira y Jo le aprieta también el brazo—. Todo lo que he hecho, lo que hago, lo que hizo tu padre… lo hemos hecho por vosotras.

Es una situación extraña entre ellas. Una realidad anómala que queda rota por pasos apresurados en las escaleras. Si semanas atrás les hubieran preguntado, ¡quizá incluso unos pocos días!, ninguna de las habitantes de la casa March habría creído que en algún momento pudiera ser Amy, la siempre elegante, la siempre impoluta Amy, el origen de todo el escándalo.

—¡Es tarde!

Amy está alterada, aunque ni su hermana ni su madre, que la conocen mejor que nadie en este mundo, puedan adivinar que sus mejillas sonrojadas y su prisa no son fruto únicamente de su inflexible disciplina moral y una no menos importante aversión a la impuntualidad. La muchacha pasa entre ambas y se detiene en la puerta.

—La puntualidad es la virtud de los previsores, querida Amy.

Meg March aparece de repente. Acaba de salir de la cocina portando una cesta de mimbre cuidadosamente tapada con un trapo rojo. Sus palabras han sonado tranquilas a pesar del alboroto de Amy. Ninguna de las hermanas March recuerda haber visto a Meg alterada o enfadada. Cada palabra que sale de su boca lo hace en el tono apropiado. Sin embargo, esa mañana, Amy March no aprecia en lo más mínimo el sabio consejo de su hermana. Tiene que tomar aire y contener sus pensamientos, pues lo primero que se le ha pasado por la cabeza es que Meg, seguramente, se haya tragado el Libro del Buen Ciudadano para desayunar.



Hace más de veinte años que no se representa una obra de teatro en Concordia. Por supuesto, el joven Lawrence jamás ha ido al teatro.

Ha escuchado, probablemente más veces que nadie en la ciudad, cómo se cerró el último, la manera en que los guardias azules, por órdenes de su abuelo, deshicieron el escenario tabla a tabla, arrancaron las butacas de la platea, y las transformaron en leña para calentar los hogares de los buenos ciudadanos de Concordia. En tiempos de guerra, no hay lugar ni para el ocio ni para el entretenimiento. Cualquier esfuerzo es poco.

Y, sin embargo, ahí está él, tocando su piano frente a la ventana, sintiéndose el actor de una obra cuyo final está intentando alargar lo máximo posible. Lo hace cada mañana. Se sienta en la banqueta, abre un poco las cortinas y toca. A veces, elige una partitura, de esas que una vez encontró perdidas en un baúl ajado en el desván. En otras ocasiones, toca de memoria o simplemente acaricia las teclas. El piano es el instrumento más agradecido del mundo, con solo un roce se produce un sonido agradable.

A Teddy le gusta cambiar el ritmo de la melodía que toca dependiendo de quién sale por la puerta de la residencia March. Un ritmo pausado, lento, al compás de sus gestos para la señorita Meg. Uno plagado de graves para Marmee y otro rápido, en escalada para Amy. Al menos la música, como no gasta recursos para la guerra, no ha sido prohibida. Teddy no sabría qué hacer con tanto tiempo libre entre sus manos de no ser por ese piano.

Deja que los dedos acaricien de nuevo las teclas y contiene la respiración. Porque ahí está Jo con su vestido granate, ese que, de tan remendado, a veces parece rosa cuando le da la luz. Los mechones de ese cabello rebelde se le escapan por la frente por culpa de un recogido mal ejecutado, probablemente fruto de las prisas y de la desidia. Teddy prefiere que Jo lleve el pelo suelto, esa melena que prácticamente le llega a la cintura y que refleja ese carácter indomable que, sin saber cómo, él ha llegado a adorar.

Porque Jo es más que su mundo reducido a una ventana. Es una puerta a emociones que, hasta entonces, han sido desconocidas para él. Es vértigo en la boca del estómago, una sonata ascendente que se acompasa con los latidos de su propio corazón. La echa de menos. Desde que Marmee la castigara, sus encuentros han sido furtivos, sus conversaciones, veladas. El estómago le dio un vuelco el día que le pidió su ayuda para trasladar la máquina de escribir y le tiemblan las piernas a diario ante la perspectiva de ayudarla en todo lo

demás.

No debería. Teddy lo sabe. No tiene que sentir todas esas cosas ni seguirle la corriente. Se está poniendo en un peligro del que no sabe si él mismo va a ser capaz de salvarla. Aunque, quizá por eso, siente lo que siente: porque Jo no necesita ningún tipo de salvación.

Desde la ventana, todavía tocando el piano, Teddy ve cómo, una a una, cada hermana le da un beso a Marmee en la mejilla antes de que separen sus caminos en la desvencijada verja que rodea la casa.

Teddy ve cómo desaparecen de su campo de visión, pero él continúa tocando. A fin de cuentas, no toca solo para él. Tampoco lo hace para ellas, aunque está seguro de que pueden escucharlo. Lo hace para Beth, para esa cuarta hermana que, a pesar de pasar sus días en el sótano de la casa, para el resto de Concordia ya no existe más que en recuerdos y conversaciones disimuladas y en esa despedida matutina que Jo le dedica con taconazos contra la tarima del porche.

Poco imaginaba Teddy que esa cuarta hermana que no existe para nadie también llegaría a ganarse su corazón con sus piernecitas delgadas, prácticamente piel y huesos. Igual que su rostro, todo pómulos y ojeras, enmarcado por ese cabello raquítico, apenas unos mechones castaños que, poco a poco, van desapareciendo de su cabeza. Regalarle ese gatito fue más un acto de cobardía que de puro cariño. Cobardía porque sabe perfectamente cómo terminará esa obra de teatro de la que él, involuntariamente, acabará convirtiéndose en el villano.

Cuando deja de tocar y cierra con cuidado la tapa, respira hondo. Un día más. Un día menos. La función debe terminar, pero el joven Theodore Lawrence no está preparado. Sin embargo, piensa mientras se pone el abrigo, las tormentas, la mayor parte de las veces, llegan sin avisar. Igual que llegó él al sótano y a la vida de Beth aquel día en que, por fin, se atrevió a abrir la puerta y bajar las escaleras de la leñera de las March. Estaba siguiendo las órdenes del abuelo, sí. Pero, en realidad, solo seguía los dictados de su corazón porque, a ciencia cierta, lo que más deseaba en el mundo era convertirse en actor principal de la vida de las March. Que su papel sea el de villano es simplemente una circunstancia que, al menos hoy, está dispuesto a obviar.



El té está amargo. Josephine March lo prefiere más dulce, pero no se atreve a decírselo a su hermana Meg, que se lo ha preparado con esa sonrisa que parece siempre cincelada. Jo no sabe por qué, pero le da la impresión de que, si se queja del té, la sonrisa de su hermana se resquebrajará y su corazón no está listo para provocar una decepción más. Ya ha tenido suficiente en los últimos días. A pesar de comprenderla, todavía resuenan en su cabeza las palabras de Marmee y la manera en que ella ha decidido ignorarlas. Josephine March se está creando una coraza alrededor de su pecho porque es muy consciente de que el dolor es necesario, pero el sufrimiento, quizá, es opcional.

—¿Está demasiado caliente? ¿Lo quieres con leche? Tenemos una poca, pero, si lo deseas, puedo echarte unas gotas. Nos la ha traído la amable señora Jennings. ¿Sabes que su hija Charlotte finalmente tuvo gemelos? Está muy dichosa.

—El té está perfecto, Meg.

La mentira, una nueva mentira blanca, le sale sin pensar. La sonrisa con la que la acompaña le cuesta un poco más. Está nerviosa. Ansía que Meg, por fin, se vaya a trabajar y la deje a solas, pero, al mismo tiempo, ese deseo que le hace taconear inquieta contra la alfombra del saloncito adjunto a la cocina le hace sentir una culpabilidad que jamás ha notado antes. En las últimas semanas hay muchas cosas que Jo no ha experimentado antes y se siente permanentemente en el filo de un precipicio. Se halla más llena de contradicciones que de costumbre, su cabeza y su corazón pugnando por sobreponerse constantemente ante esas palabras, tan aprendidas de memoria que a veces duda si son sus propios pensamientos o los que la han obligado a adquirir, de ese Libro que hasta no hace mucho ha marcado su vida.

—John ha terminado ya de arreglar la valla del jardín. He pensado que, si hace buen tiempo, podríamos celebrar ahí la ceremonia. ¿Qué te parece?

Jo responde con una afirmación, pero al instante se arrepiente de lo vaga que ha sido su respuesta. A fin de cuentas, Meg está hablando de su boda, uno de los momentos más importantes de la vida de toda señorita de bien, la puerta hacia la maternidad, la prueba irrefutable de cumplir con la bondad esperada para con sus conciudadanos.

—Es… es una magnífica idea, Meg —añade a su afirmación, aunque, una vez más, las palabras le quedan deslucidas pues ha escuchado ruido en la alacena.

Tratando de disimular su nerviosismo, Jo toma su taza de té y se levanta. Primero va hacia la ventana. Efectivamente, el señor Brooke ha abandonado el jardín. Después, como para desentumecerse, camina alrededor del saloncito fingiendo admirar el acabado en ébano del rodapié. El día anterior, Brooke se

lo pasó agachado mientras lo barnizaba. No se quejó ni una sola vez. Pero no tenía por qué hacerlo, claro, piensa Jo. Al fin y al cabo, el trabajo duro llena el espíritu y en la labor encuentran los buenos ciudadanos su verdadera senda.

Vuelve a escuchar ruidos y el corazón le da un vuelco de nuevo. Se asoma a la puerta y, efectivamente, es el señor Brooke.

—Bendiciones, Josephine —le dice mientras saca la azada de uno de los armarios de la alacena. A Jo vuelve a darle un vuelco el corazón—. Grato es saber que tu voluntad nos acompaña en estos días.

—Bendiciones, señor Brooke —responde ella sin perder de vista cada uno de sus movimientos—. Grato me es cumplir con mi voluntad.

Un nuevo movimiento del señor Brooke, un nuevo vuelco del corazón de Jo. Se está acercando.

—Querida Meg, ¿no habrás visto el saco de clavos que tan amablemente nos trajo el señor Potter?

Meg no dice nada. Simplemente se levanta de su asiento y camina también hacia la pequeña alacena. Jo aprovecha para dar un paso atrás, luego da otro, esta vez hacia el lateral, la espalda apoyada contra la pared y, finalmente, un tercero para colocarse justo delante de ese pequeño armarito, disimulado bajo la escalera, que descubrió el día en que su madre la envió por primera vez a casa de Meg. No dispone de tirador y ella misma se ha encargado de disimular su existencia mediante un trozo de papel pintado que, con más esfuerzo que maña y la ayuda de Teddy, ha logrado colocar: un escondite perfecto para todo eso que estaba ya desbordando su interior y que no puede mostrar a nadie. Mucho menos al señor Brooke o a su hermana.

Se tranquiliza cuando Meg, por fin, le tiende a su futuro marido el saco de clavos. Ha estado todo el tiempo delante de él, en el estante superior del armario que el señor Brooke lleva minutos mirando sin apenas pestañear.

¿Qué es eso que le ha parecido ver a Jo cuando Meg le ha ofrecido el saco? ¿Una caricia por parte de Meg?

Desde luego, lo es. Y también algo más, pues su hermana se ha puesto de puntillas y se ha inclinado hacia su prometido muy levemente, como una amapola al viento en primavera. Meg no cierra del todo los ojos porque ese beso entre ambos que parece inevitable nunca llega. Como si el señor Brooke no se hubiera dado cuenta, se gira en dirección al porche para seguir trabajando.

Jo podría decir que a Meg se le congela la sonrisa, pero sería una nueva mentira blanca o quizá una verdad a medias, no lo tiene claro. Porque Meg siempre tiene congelada la sonrisa, es su respuesta ante cualquier cosa que ocurra en la residencia March. En esta ocasión, es una sonrisa triste con la que abandona la alacena de vuelta a la cocina. Jo camina detrás de ella.

—¿Estás bien, Meg? —pregunta con cautela. Meg no dice nada, friega su taza de té como si le fuera la vida en ello. Restriega con el cepillo de esparto cada oquedad de su taza y Jo teme que vaya a arrancarle el esmalte. Por eso, repite—: ¿Estás bien?

Su hermana se da la vuelta y, por supuesto, lo hace con una sonrisa.

—John ha decidido construir una cuna. ¿No te parece una idea maravillosa, Jo?

Por muy maravillosa que sea la idea, lo único en lo que piensa Josephine March es en lo enrojecidos que su hermana tiene los ojos, en la manera con la que aprieta la taza entre los dedos, lo que le tiembla el labio superior, casi negándose a colocarse en posición sonriente, la que debe, la que siempre ha estado ahí. Meg está a punto de echarse a llorar, Jo lo sabe. Y también sabe que no acabará haciéndolo, que esa sonrisa obligada terminará por vencer.

Pero una sonrisa falsa no es mucho mejor que una mentira blanca.



Son azules. Los ojos del Honorable Lawrence son azules y Amy March se está fijando en ellos. Quizá porque, que ella recuerde, esos ojos azules la están mirando fijamente por primera vez. Puede que sea algo más, reflexiona Amy mientras siente que esas pupilas la taladran. Puede que sea porque hoy, no sabe el motivo, no ha bajado azorada la cabeza, no ha juntado las manos en su regazo ni ha sonreído de esa manera que, no por estudiada delante del espejo, resulta menos natural.

Hoy es uno de los días señalados en la Academia, pero Amy no se lo ha dicho a nadie de su familia. A fin de cuentas, no la escucharían. Hoy se celebra la jornada en que los Optimates, acompañados de altos cargos de los ministerios y secretariados, visitan la Academia de Buenas Artes de Concordia para homenajear a los seleccionados para la exposición del día del recuento. Es un momento solemne, tradicional desde hace años en la institución. No en vano, ese instante marcará sus días como futuros artistas al servicio de la patria y del gobierno, los encargados de mostrar la grandiosidad de la ciudad y de reflejar los logros y las bondades de sus buenos ciudadanos.

Oh, qué orgullosa se habría sentido Amy en otra ocasión de haber notado esa mirada azul y fría sobre sí misma tiempo atrás. Qué sonrisa tan maravillosa habría dibujado en sus coquetos labios, qué postura tan correcta, la cabeza en un ángulo humilde, los ojos mirándose la punta de los zapatos y

el corazón vibrándole como un enjambre.

Pero son humanos. Eso es lo primero que piensa al verlos atravesar el recibidor de la Academia de Buenas Artes a primera hora de la mañana, mientras el alumnado abre un pasillo ante ellos y la luz de ese día soleado de invierno se derrama por las cristaleras haciendo que sus abrigos blancos refuljan todavía más. Son humanos, como ella, como sus hermanas. Incluso como Oliver Müller. Y no es un pensamiento agradable, no. No lo es porque duele. ¿Qué hace a los Optimates mejores que ella? ¿Lo que dice un Libro?

—Es el arte. —Una de las Optimates, que va envuelta en un abrigo de piel de armiño, con el cabello recogido en un moño que, probablemente, le haya llevado horas a ella o a su criada, toma la palabra—. El arte, el arte con mayúsculas, solo puede ser obra de los buenos ciudadanos, de los mejores alumnos de la Academia de Buenas Artes de Concordia. Solo los mejores son capaces de reproducir la belleza y la grandiosidad de nuestra ciudad.

—El arte nos impide olvidar —continúa el Optimate que tiene a su derecha. Se dejan ver en muy pocas ocasiones, fruto de la humildad y el decoro que representan. Solo en actos como este, próximos al día del recuento, abandonan el barrio donde viven. Es un hombre con una barba algo puntiaguda, cuidada y engrasada hasta la perfección—. La memoria es una de nuestras mayores virtudes. Recordando de dónde venimos es más fácil emprender el camino de nuestra bondad, tal y como nos *recuerda* el Libro.

Tiene que reprimir un resoplido. Otra vez el Libro. El Libro del Buen Ciudadano. Amy March se lo sabe de memoria. No en vano, la han obligado a ello. Recuerda a la profesora Davis, siempre preocupada cuando ella era pequeña por que recitara aquellos versos que Amy, cuyo único interés era recoger las acuarelas que siempre estaban guardadas en el armarito del rincón de la clase, se empecinaba por no memorizar.

Pero la profesora Davis lo consiguió. Con dolor, pero lo consiguió. Porque «el dolor sana, es el camino hacia la conciencia. En la sumisión ante el dolor, para sí mismo y para sus semejantes, el buen ciudadano logra alcanzar la plenitud de su bondad». Pero a los diez años, Amy March no descubrió nada de eso. Simplemente llegó a la conclusión de que, si se aprendía aquellos versos, la profesora Davis no la castigaría más, golpeándola en las palmas de las manos con aquella regla de madera que tantas veces había visitado sus pesadillas.

El dolor también es una virtud y Amy March, desgraciadamente, sabe de él más que nadie. Recuerda las tardes en que llegaba a casa con las palmas ensangrentadas y su padre se las vendaba lentamente mientras ambos recitaban aquellos versos del Libro que Amy se había negado a estudiar. Las manos le escocían, pero hoy en día le escuece más el recuerdo. Le viene le

viene a la memoria la época en que tuvieron que ocultar a Beth y perdieron a su padre. Amy March, sin embargo, no lloró. Se aferró a aquel verso como si fuera lo único que existía sobre la faz de Concordia.

«El dolor sana, es el camino hacia la conciencia.»

Porque si el Libro lo decía, si la profesora Davis lo decía, si incluso Marmee y su padre y Meg y Jo lo decían, tenía que ser cierto. Quizá por eso todas piensan que Beth es la mejor de las cuatro.

Los días pasaron, pero el dolor no remitió. Si acaso, se hizo más sordo. Es un dolor que Amy March ha sido capaz de esconder todo este tiempo bajo el vientre igual que, desde entonces, ha sido capaz de esconder todo aquello que se lo provoca. Ha aprendido que una sonrisa le abre más puertas que una orden, ha aprendido a decir «Sí, señora», «No, señora» y «Por supuesto, profesor», incluso aunque por dentro esas palabras le quemen las entrañas. Ha descubierto el valor de la mansedumbre, la tranquilidad que le da cada noche antes de acostarse. Pero no porque ella sea o haga lo correcto, sino porque, simplemente, se comporta tal y como se espera de ella.

Y, aun así, a pesar de todos sus esfuerzos, su familia parece no darse cuenta, más pendientes de las faltas de Jo que de sus logros.

Pero ahí está Amy Curtis March, ha logrado lo que siempre deseó: ser una alumna destacada de la Academia de Buenas Artes de Concordia. Quizá porque, con el paso de los años, se ha vuelto experta en disfrazar la realidad, en mostrarla como los demás quieren que sea, no como realmente es y, quizá por eso también, Sus profesores la han elegido *a ella*, entre otros pocos privilegiados, a ella, para representar todo lo bueno en la exposición más importante del año.

—Señorita March…

Amy parpadea dos veces, consciente de haberse abandonado a sus pensamientos durante demasiado tiempo, y hace regresar esa sonrisa encantadora a sus labios.

—Querido señor Lawrence —dice engolando la voz con ese tono cautivador que tan bien ha aprendido a perfeccionar—. Su presencia aquí es un honor para todos nosotros.

No espera que el señor Lawrence le ofrezca el brazo, pero esta acción que días atrás le habría hecho sentir dichosa y afortunada no lo hace. Sencillamente, no siente nada. Pero Amy obedece. Con una sonrisa hipnotizadora, su especialidad, se agarra del brazo del señor Lawrence mientras comienzan a caminar por la galería.

Se ha servido un refrigerio en honor a los Optimates y Amy nunca ha visto la Academia tan atestada. A pesar de eso, tanto los alumnos como el profesorado se mueven en grupos pequeños, siempre en voz baja, la espalda

recta. Ni siquiera hay curiosos asomando sus cabezas por las escaleras, como quizá hubiera hecho ella algún año anterior, deseando fervientemente ser una de las afortunadas cuando le llegara el turno. Las obras que los alumnos seleccionados han ido realizando a lo largo del curso cuelgan de las paredes y el señor Lawrence se va deteniendo delante de cada una de ellas. Por último, lo hace ante un cuadro enmarcado en pan de oro. Definitivamente, una de las mejores obras que han salido de su aula. Se trata de una interpretación alegórica de la bondad.

—¿Es suya? —le pregunta el abuelo Lawrence.

Amy deja escapar una carcajada encantadora, se tapa la boca con la mano y permite que sus tirabuzones dorados bailen al son de su risa.

—¿Qué le hace pensar eso, señor Lawrence? —pregunta divertida, pues la firma es bien visible en una esquina del lienzo.

—La bondad… —responde él mirándola de nuevo a los ojos con esa mirada azul—. Se parece a usted.

El primer instinto de Amy es volver a soltar su carcajada, pero lo que hace es fijarse un poco más en el cuadro. Representa a la bondad personalizada en la forma de una mujer. Es rubia, de cabellos largos que le llegan por debajo de los hombros. Viste un traje blanco, del mismo tipo de corte que llevan los Optimates. Y la mirada, los ojos de la figura representada en aquel cuadro traspasan más allá de lo que tiene delante. Pero es la boca lo que realmente llama la atención de Amy porque la ha visto incontables veces, delante del espejo. Es exacta a la suya. También la forma de los carrillos y el puente de la nariz. El señor Lawrence tiene razón.

—Ojalá, señor Lawrence —dice Amy con el tono de humildad más exagerado que es capaz de impostar—. La bondad es demasiado grande para caber en un solo cuerpo. Somos todos nosotros al unísono, los buenos ciudadanos de Concordia, quienes realmente podemos hacerle justicia.

—Sabias palabras, señorita March —corrobora el señor Lawrence sin apartar la vista del cuadro—. En cualquier caso, se trata de una obra exquisita.

Amy observa el cuadro de nuevo, consciente de que el señor Lawrence ha clavado sus pies frente a él. Una parte de ella desea llevarlo, sin parecer que lo hace a propósito, por supuesto, a contemplar sus propias obras. Como un animal hambriento, Amy necesita esas palabras de valor, alabanza y orgullo. Lleva esforzándose toda la vida por alcanzar esa perfección deseada y anhela su propia ración del pastel. Es lo justo. Se lo merece.

Sin embargo, un vistazo más profundo a esa alegoría de la bondad, la mayor de todas las virtudes y el fundamento y base de toda la sociedad de Concordia, provoca que se le detenga la respiración por un segundo. Esos trazos cuidadosos, pero que reprimen una fortaleza y una brusquedad tan solo

visible a través del acabado. El cuadro, si bien transmite la paz y el sosiego esperados de La Bondad, trasluce fuerza, rabia incluso. Un autocontrol que ella misma se ve incapaz de conseguir. Y los colores, la tonalidad del cuadro Amy March la conoce. Esos ocres, dorados y matices de blanco. El rojo de los labios, a juego con las sombras que origina el cabello sobre el cuerpo de la bondad. Amy March los ha visto más veces y, cuanto más los observa, más segura está de su autoría. Al mismo tiempo, las mejillas se le inundan de un calor volcánico que no sabe identificar: ¿vergüenza? ¿Se siente halagada, quizá?

—Querido señor Lawrence, ¿desea conocer al autor del cuadro? Es mi compañero y, por supuesto, uno de los mejores ciudadanos de Concordia que conozco: el señor Oliver Müller.

Amy reprime una sonrisa. Desde luego, lo que está a punto de hacer va a sentarle mejor que las palabras vacías del señor Lawrence. ¿El mejor de los ciudadanos? ¿El Libro lleno de méritos?

Amy March, ahora sí, a medida que se acerca a Oliver del brazo del señor Lawrence, sonríe. Porque las grandes lecciones se aprenden observando, no leyendo las páginas de un Libro. Y ahora ella lo sabe.



En las últimas semanas, Josephine March ha sentido que el mundo giraba o muy rápido o muy lento, sin término medio y, por supuesto, el tiempo que su hermana Meg tarda en terminarse el té y prepararse para ir al trabajo no es una excepción de deshonrosa lentitud.

Bajo la mesa, Josephine mueve rítmicamente el tacón contra la recién puesta tarima del suelo cuando Meg se ata su sombrero a la barbilla. Al final, se levanta con más fuerza de lo estrictamente decoroso y la silla de metal chirría mientras la arrastra y se ofrece rauda a colocarle a su hermana la capelina sobre los hombros.

Prácticamente la empuja hacia la salida, donde John Brooke ultima los arreglos del porche de la entrada y, cuando Meg cierra la puerta, contiene el aliento. Es el momento, por fin está a solas, por fin puede dedicarse a lo que realmente le tira del estómago con la fuerza de siete mares. Pero no lo hace, el corazón le bombea a la altura de los oídos y es incapaz de moverse. Tanto tiempo esperando, tan larga ha sido la espera que, de pronto, desde ese mismo estómago que la empuja hacia esa pequeña fresquera escondida, le sube un

sabor amargo de culpa.

Da un paso en dirección a la fresquera. Es lo máximo que puede hacer sin girarse hacia la ventana. Porque ¿quién sabe si lo que tiene en realidad es miedo y no culpa? A veces, para Jo, ambos sentimientos han ido de la mano, como uno solo. Miedo a no hacer lo correcto. Culpa por hacerlo de todos modos.

A través del cristal ve que Meg le está hablando al señor Brooke. Meg gesticula y hace aspavientos, pero no de enfado, sino de emoción. Jo parpadea porque esa no parece Meg, su Meg, tan perfecta siempre que a veces ella misma tiene que decirle que hable más alto, que no la escucha. Aunque el que parece no escucharla es su futuro marido, afanado en martillear unas púas contra el quicio de la puerta del porche. Meg le sigue dos pasos por detrás cada vez que se mueve. Jo no puede escucharlos, pero sabe que solo es su hermana la que habla porque es la única que mueve los labios. Y también la única que se pone de puntillas cuando John Brooke se detiene y se gira para mirarla. Quiere besarlo y un rubor inesperado cubre las mejillas de Jo al ser consciente de estar espiando un momento tan íntimo.

Pero quizá no lo sea tanto. Quizá no lo sea tanto porque el beso nunca llega. John Brooke mira a Meg, las manos a los costados, la espalda erguida, los ojos perdidos en la distancia, como si no tuviera a nadie delante de él. A Jo le parece que Meg sea invisible a los ojos del señor Brooke, tan enajenado, tan frío y distante (extraordinariamente educado, pero distante) que ese estómago tan lleno de contradicciones vuelve a bailarle debajo del pecho. Antes no era así, el señor Brooke ha cambiado desde que regresara de la guerra y se pregunta si Meg también se ha dado cuenta cuando, derrotada, su hermana finalmente baja la cabeza y, con los hombros hundidos, se marcha a trabajar. Atraviesa, eso sí, la recién arreglada puerta del porche.

Y John Brooke se queda quieto. No se ha movido de donde estaba, no ha cambiado un ápice su posición ni cuando Meg ha bajado decepcionada los hombros ni cuando, seguramente, le ha susurrado un hasta luego. Sigue así, con los brazos pegados a las piernas y la mirada perdida, cuando Jo, que no debería hacer caso a ese estómago que tan malas decisiones toma por sí mismo, sale al porche y se detiene frente a él.

—Se esfuerza mucho, ¿sabe? —dice primero con un hilo de voz—. Meg siempre se preocupa por todas nosotras, mucho más que por sí misma —continúa—. Quizá también necesita que se preocupen por ella… Seguramente sea la primera en sentirse culpable por marcharse a trabajar y dejarlo solo, aquí conmigo, sin poder ayudarlo en sus quehaceres. Únicamente le pido que le muestre un poco de amor. Nada más que eso.

Jo no sabe qué ha dicho, pero, en ese momento, John Brooke la mira, como

si hasta entonces, tampoco se hubiese dado cuenta de que Meg ya se ha marchado y ella ha ocupado su puesto sobre el piso. Josephine se detiene, la mirada de Brooke cambia y se vuelve turbia un instante y hay algo más, algo en la manera en la que contrae las sienes, las mandíbulas.

—¿Qué…? —Es la primera vez que Jo lo escucha con un tono que no es monocorde. Con inflexión en la voz. Es solo una pregunta a medias, una palabra entre interrogantes que se le clava en el pecho—. ¿Por qué dice eso, Josephine? ¿Por qué? Yo…

Y se lleva las manos a la cabeza. John Brooke pierde el equilibrio. Da un paso atrás y luego otro y se tambalea y parece que vaya a caerse, pero Jo es más rápida que él y lo sostiene. Lo agarra de ambas manos. Es indecoroso, piensa mientras lo hace. Es el futuro marido de su hermana. No está bien sujetarlo cuando se supone que es él quien tiene que sostenerla a ella, a todas las March ahora que es el único hombre de la familia y, sin embargo, ahí está ella, aguantándolo a él, que la mira a las manos, que parece que vaya a continuar hablando. Aunque, finalmente, el señor Brooke no lo hace.



—¿Por qué lo ha hecho?

La voz de Oliver le llega clara desde la puerta del aula, donde la señorita Amy March, seleccionada entre las seleccionadas, acaparadora de las atenciones del señor Lawrence, se ha recluido con la excusa de recoger sus pertenencias. Sin embargo, solo está mirando por la ventana, esa abertura cuyas vistas no ha sido capaz de sentir hasta hace tan poco.

—Ha sido una venganza… —susurra sin apartar la mirada del cedro que crece en el jardín y que se tambalea con cada ráfaga de viento.

Ha acompañado sus palabras con un gorjeo cantarín. Incluso se ha llevado la mano a la boca mientras movía la cabeza y sus bucles rubios, tan primorosamente ondulados, se han movido al compás, como si a ella también la estuviera agitando una invisible racha de viento. Pretendía ser encantadora, jocosa, jovial, pero Oliver no responde. Es más, por el reflejo de la ventana, Amy observa que Oliver da un paso atrás, que mira hacia el pasillo.

—No tenía usted derecho… —le dice él.

—¿A vengarme? —pregunta ella, ya sin sorna en la voz o en su mirada—. Igual que usted no tenía derecho a pintarme a mí. A mí. Como si yo me hubiera prestado a ello.

—Fue…

—¿Una venganza? —completa ella.

—No… es eso. ¿Por qué tendría que vengarme de usted, señorita Amy?

Hay desconcierto en la voz de Oliver, que, salvo el día que se encontraron y ella descubrió su situación, siempre la ha hablado con tal seguridad y aplomo que ella incluso ha llegado a creerlo con derecho a estar allí, con ella, en la Academia de Buenas Artes. Aunque, es cierto, ahora lo cree. Oliver tiene talento y, de pronto, a Amy le resulta ridículo que no pueda mejorarlo por haber nacido donde lo ha hecho, porque otros decidieran por él que no era lo suficientemente valioso para la ciudad de Concordia. Pero ahora parece que ni él mismo lo crea, esa persona que la enseñó semanas atrás no solo a ver y admirar la pintura sino a sentirla. Ha notado cierta confusión en la voz de Oliver y eso, por un instante, hace que su mundo se tambalee porque, ¿desde cuándo le importa tanto a ella lo que piense o sienta el señor Müller?

—Tiene usted razón, señor Müller. Yo he sido con usted todo lo buena que se podía esperar de mí.

Podría continuar hablando. Podría preguntarle entonces por qué la ha pintado, por qué la ha usado como modelo para su versión de La Bondad, pero, al mismo tiempo, siente como si se le cerrara el estómago. Puede que Amy March no tenga mucha experiencia de la vida, pero ha observado y ha visto mucho. No hace falta que Oliver conteste para que ella sepa la respuesta.

La sabe también por el rubor que sube por sus mejillas cuando la mira. Cuando vuelve a dar un paso atrás, cuando se esconde las manos tras la espalda y después vuelve a sacarlas como si no supiese qué hacer con ellas, como si le sobraran. Pero aún más cuando le responde:

—Por eso… por eso quizá lo hice, señorita March. Porque nunca antes, alguien que fuera de… bueno, usted ya sabe de dónde, había sido tan buena conmigo. No sé si se lo he dicho alguna vez, pero le agradezco mucho que no me delatara.

Hay algo cálido y casi acuoso que, de pronto, explota en el bajo vientre de Amy. Es algo tan nuevo que, de hecho, tiene que parpadear y apoyarse contra el marco de la ventana, como si las piernas le temblasen, como si no le respondieran. Amy March, que siempre ha sabido hacer el comentario perfecto en el momento más oportuno, no sabe qué responder. Y quizá no sea porque carezca de palabras o porque no se le ocurra ninguna coletilla zalamera o afectada que la haga brillar, no. Quizá Amy March no sabe qué responder porque, a lo mejor, lo único que se le ocurre sea la verdad. Y la verdad es algo a lo que la tercera de las March no está acostumbrada.

Se da cuenta de ello. Por supuesto que lo hace, de un modo descarnado y directo justo cuando Oliver la mira a los ojos. No es costumbre en Concordia

mirar a la gente a los ojos, mucho menos cuando quien te mira es un desahuciado y tú eres una buena ciudadana. No es costumbre en Concordia, de hecho, si quiera que un desahuciado y un buen ciudadano se miren. Pero Amy March acaba de descubrir, o quizá ya lo sabía desde antes, que la bondad no se encuentra en un Libro y que, quizá, se siente en otra parte: en el estómago, en el corazón.

Nunca antes, ni en los buenos barrios de Concordia, ni en los malos, tampoco en las calles y mucho menos en su propio hogar, alguien había pensado que Amy March fuese, simple y llanamente, buena.

—Yo… —dice en cuanto se da cuenta de que el silencio ha durado demasiado tiempo—. Lo siento. No debí presentarle al señor Lawrence, no me di cuenta de los riesgos que usted corría haciéndolo.

—Hay muchas cosas que usted no comprende, señorita March.

Y es un arrebato, algo inesperado incluso para ella cuando se separa de la ventana y le pide:

—Entonces, muéstremelas.

Lo lógico sería que Amy se arrepintiera de lo que acaba de decir. Pero no lo hace. En todo caso, se arrepiente del tono de súplica, de deseo, con el que lo ha hecho. Amy March está acostumbrada a los imperativos sobresalientes, a las sentencias lógicas, no a la súplica y mucho menos al deseo. Pero ambas son ciertas: quiere verlo. Quiere ver con sus propios ojos ese mundo tan supuestamente horrible que solo hablar de él produce escalofríos. Pero es que, piensa Amy March en otro arrebato, no le cabe en la cabeza que un lugar tan horrible haya engendrado algo tan bello como Oliver Müller.

—¿Está segura?

—Del todo.

18

Cómo pudo haber sido tan impulsiva!, se lamenta Josephine March, sentada en la mesa de la cocina de la futura casa de su hermana Meg. A pesar de que el repiqueteo constante que le llega desde el jardín y que indica que su futuro cuñado ya ha vuelto a sus quehaceres, ella todavía siente el desastre en cada poro de la piel.

Le ha costado tres tazas de té (dos para ella, una para el señor Brooke) serenarse, pero el remordimiento, como si su propia existencia en los últimos días no fuese más que un listado interminable de arrepentimientos y contriciones, sigue ahí, en la boca de ese estómago traicionero. Porque ¿a quién se le ocurre? ¿A quién se le ocurre enfrentarse a un retornado? Solo a ella. Solo puede habérsele ocurrido a ella.

«La señorita Higgs no merecía morir. Ella no cometió la afrenta.»

Los dedos se mueven raudos sobre las teclas de la máquina de escribir y agradece los martilleos de Brooke. Así, al menos, no podrá escucharla teclear y pensará que se está encargando de la colada blanca, como se supone que tiene que hacer.

«La señorita Higgs no merecía morir. Su acusación fue falsa.»

Con este último, si las cuentas no le fallan, ha llegado a la treintena de mensajes escritos. Todos con La Verdad de lo que ocurrió, esa Verdad que le quema tanto en el pecho que no ha sido capaz de sacarse salvo de este modo, de la única manera con la que Jo sabe hacerlo: contándolo. Porque su padre siempre se lo decía cada vez que la veía contarle aquellas historias de duques inventados y piratas aventureros a Beth, que contar servía para sanar el espíritu, que aquello que no se escondía dejaba de doler.

Pensar en su padre hace que, de nuevo, tras el trigésimo mensaje escrito, levante la vista de la máquina de escribir y la dirija hacia John Brooke. ¿Qué habría pasado si en vez de enfrentarse a Brooke se hubiera enfrentado a su padre? El corazón se le encoge por un instante porque no es la primera vez que lo piensa, pero ahora, después de lo sucedido, permite que el pensamiento

y las sensaciones que lo acompañan aniden en su pecho más tiempo del adecuado.

Y, de nuevo, le sobreviene la culpa.

Porque desear que sea su padre en lugar del señor Brooke el retornado de la guerra está mal. Es un mal con mayúsculas, peor que cualquiera de las faltas que ha cometido, pero no puede evitarlo porque, además, eso no puede contarlo, debe guardárselo hondo, muy profundamente en el pecho.

Por un instante, uno que dura menos que el aleteo de un colibrí, casi se alegra de que no haya regresado. Así no la vería, porque su padre siempre fue capaz de verla de verdad, como si supiera qué había detrás de cada mirada, en la situación en la que está, en esa tormenta de la que se siente incapaz de escapar y que ha hecho que, por todas las bendiciones, le imprecara a un retornado. ¿Cómo se habría sentido si en lugar de enfrentarse a Brooke lo hubiera hecho con su padre? Eso sí que no habría castigo ni condena que le permitiera perdonárselo a sí misma.

«La muerte de Charity Higgs fue injusta. Ella nunca quiso morir. Era inocente de su falta.»

Trigésimo primer panfleto cuando, de pronto, escucha un nuevo ruido fuera. No son los martilleos de Brooke ni los postigos de la ventana golpeando la pared por el viento. Ha llegado un momento en que Josephine March reconocería el sonido de la calesa de Teddy Lawrence incluso bajo el agua.

Por eso, se levanta apresuradamente y recoge la máquina de escribir, la traslada con prisa, pero con cuidado, hacia esa pequeña fresquera que descubrió hace unas semanas y, ordenando los papeles en su inocente bolsa marrón, se vuelve hacia el mostrador de la cocina, donde finge limpiar unas tazas que, de tanto que brillan, reflejan la luz que entra a borbotones por los cristales de las ventanas.

—Llegas tarde.

—Me he entretenido tocando el piano.

Jo deja escapar una leve carcajada mientras le ofrece el té.

—No hay nadie que te esté esperando para escucharte tocar, podrías hacerlo en cualquier momento en vez de obligarme a esperar a mí.

Teddy, claro, le dedica una sonrisa. Josephine cree incluso que su amigo ha hecho un chascarrillo, pero la verdad es que no le presta atención porque lo que Jo escucha realmente son los latidos de su corazón y la sangre corriéndole presurosa por las venas ante la expectación por lo que van a hacer.

—¿Estás segura? —le pregunta Teddy finalmente, cuando ella misma ha relegado el momento de salir a las calles perfectas de Concordia saboreando el té en silencio todo el tiempo que ha podido.

—Ya te dije que no tenía otra opción —responde ella mientras aprieta con

fuerza la bolsa de loneta marrón que se acaba de colgar sobre el hombro derecho—. Lo que importa no es si yo estoy segura sino si, ahora que vamos a hacerlo, estás seguro tú.

Por única respuesta, Teddy Lawrence le abre la puerta de entrada y le hace una reverencia para que sea ella la que pase primero.



Todo tiene una razón de ser. Hay muchas formas de llegar a la bondad: mediante buenas acciones y buenos pensamientos, dice el Libro. Mediante la supresión de los *malos pensamientos* y de las *malas acciones*, también. El orden es otro de esos modos que en Concordia y en todas las ciudades del país sirven para mantenerse en el recto camino. Orden moral, orden social y, también, orden geográfico.

—Ahora viene el control, señorita March. ¿Está preparada?

A Amy le duelen increíblemente los pies, los zapatos que lleva. Los recibió con el último reparto de suministros y hasta hoy no se ha dado cuenta de que no están preparados para las largas caminatas. Amy no puede evitar pensar, ahora que está a punto de cruzar un punto, quizá, de no retorno, que los fabrican así, de una piel tan dura y poco maleable, precisamente para eso, para que los buenos ciudadanos no se alejen. Sí, le duelen increíblemente los pies y no está asustada simplemente porque su propio empeño se lo impide. Ella nunca se ha venido abajo con facilidad.

Concordia es un círculo, una forma perfecta, los ministerios y el gobierno en el centro y las grandes avenidas radiales que se despliegan alrededor. En torno a ese punto administrativo se encuentran las zonas residenciales muy parecidas a donde viven ella y sus hermanas, zonas con algunas comodidades, tranquilas, de casitas con jardín y dos plantas. Allí habitan los buenos ciudadanos acreditados, cuanto más cerca del centro, mejor. Ese conocimiento, ella lo lleva grabado a fuego.

Hoy Amy, en cambio, se está alejando del centro del círculo cada vez más. Puede recordar la vez en que ella, Teddy Lawrence y Jo llegaron hasta los límites de la ciudad, pero no se siente igual, aquel día fue distinto. Iba acompañada de uno de los apellidos más honorables de Concordia, sentía que, a su lado, todo le pertenecía y que no estaba más que recorriendo todo aquello que era suyo por derecho, porque su propio comportamiento y actitud se lo hacían valer. En este momento, sin embargo, en este mundo de calles torcidas

y basura en los rincones al que la está llevando Oliver, se siente ajena a todo.

Al fin, unas pocas casas más allá, se levanta una barrera de maderos rectos unidos por redes de malla metálica con una puerta en el centro. Pese a la distancia, Amy adivina también dos siluetas vestidas de azul por entre toda la gente que comienza a acumularse en la calle.

En un gesto automático saca su Libro del Ciudadano del bolsillo interior de la chaquetilla, el más próximo al corazón. Oliver, a su lado, la imita. No tienen que esperar mucho. La cola se mueve, de hecho, sorprendentemente rápido y Amy se congratula de ello hasta el momento de darse cuenta del porqué y entonces, instintivamente, aprieta las manos alrededor de su pequeña bolsa de mano.

—Pase… pase, usted —le dice a una mujer extrañamente parecida a su propia madre, aunque mayor, con las facciones cansadas y ni un atisbo de esa dulzura en la mirada.

La mujer les adelanta sin darle las gracias siquiera, algo impensable en cualquier otro lugar menos en ese porque, desde luego, la cola avanza rápido porque no es un control cualquiera. Tanto ella como Oliver están saliendo de la parte buena, literalmente buena, de Concordia: la zona de calles limpias, de ciudadanos honrados. Por esa misma razón, la cola va tan rápido, porque al fin y al cabo si alguien quiere ir hacia los suburbios no es un problema y, por eso, a pesar de su convencimiento, también Amy se ha detenido un segundo con el corazón en un puño. Oliver, a su lado, no dice nada, como si la comprendiera, mientras ella está tentada de dejar pasar a más personas delante para tener un respiro, un momento para aclararse la cabeza, pero ya está aquí. Amy March tiene demasiadas preguntas como para detenerse.

Quizá la tercera de las March no es tan responsable como su hermana mayor, y desde luego no tiene el genio ni el carácter impulsivo de Jo, pero cuenta con su belleza y su encanto innatos, y eso es lo único que realmente va a necesitar.

La sonrisa que le dedica al guarda deslumbra casi tanto como su hoja de méritos estampada en el Libro cuando se lo enseña.

—Señorita… March —dice el guarda que, en realidad no la mira a ella, sino a Oliver—. Usted vive en la zona residencial.

—Así lo pone en mi Libro, sí.

El guarda boquea como si intentara formar las palabras antes de pronunciarlas.

—¿Tiene algún negocio aquí, señorita? ¿Algún conocido que la acompañe de vuelta al control?

—El ciudadano Müller es mi compañero de clase —responde ella señalándolo con la barbilla altiva, ciñéndose a la más estricta verdad.

—Pero… —Por vez primera, el guarda levanta la vista y la mira a ella mientras insiste—: Usted vive en la zona residencial.

No es acusación sino sorpresa. Amy, sin embargo, asiente con vehemencia.

—¿No dice el Libro que todos somos ciudadanos, desde los Optimates al desahuciado más insignificante? ¿Qué peligro corro en algo que es parte de Concordia y, por lo tanto, eminentemente bueno?

El guarda la observa de nuevo. Tiene los ojos abiertos, una mirada dócil como la de un gran animal rumiante.

—Bendiciones, ciudadana March —dice al fin mientras se aparta para dejarlos pasar.

—Bendiciones a usted también, agente.

En cuanto Oliver y ella pasan el control, el orden de la cola desaparece por completo y queda sustituido por muchas otras cosas: suciedad, por ejemplo. Un tipo de inmundicia que no se ve muy a menudo en el barrio medio, porquería por dejadez, como si alguien hubiera decidido que ya no valía la pena limpiar. Las casas allí son de ladrillo rojo, viviendas unifamiliares adosadas. Ristras de fachadas idénticas se extienden en todas las direcciones, casas de dos plantas estrechas, con tres escalones en la entrada, un patio diminuto en la parte de atrás. Tienen ropa allí colgada, de colores terrosos, verdes, que seguramente provenían de algún día de reparto, como a si nadie le importara que sus vecinos la vieran. También Amy y Oliver se cruzan con gente y ruido, más del que ella está acostumbrada. Quizá es por las calles, tan estrechas y pequeñas como las casas, por lo que las personas se ven obligadas a hablar entre ellas por puro contacto físico, quién sabe.

Inconscientemente, porque Amy March no puede dejar de ser Amy March a pesar de todo, arruga la nariz con desagrado, la misma nariz que se apresura a tapar con una mano. Todo el mundo la observa mientras camina. Lo hacen directamente y sin ningún tipo de disimulo. Miran su vestido blanco y rosa pálido, su sombrero con una pluma de faisán y los zapatos estrechos, ahora está segura, fabricados para caminar distancias lo más cortas posible.

—Todavía puede volverse atrás, señorita March —susurra Oliver a su lado.

—No —responde ella con la nariz aún tapada—. Hay cosas sobre arte que no nos enseñan en la Academia. Y usted, de algún modo, las conoce. Quiero que me las enseñe. No soy tan buena como cree. Habría podido denunciarlo y no lo he hecho. Me lo debe.



No se atreve. Josephine March, desde que ha salido de la futura casa de su hermana Meg, no ha dejado de apretar la bolsa marrón que tiene colgada del hombro y que contiene ni más ni menos que La Verdad.

Ha estado esperando junto a Teddy hasta que bajara el sol. No pueden hacerlo antes, no.

Los remordimientos los tiene aparcados en el bajo vientre, aunque los nota igualmente. Remordimientos por lo que hizo ella misma, por lo que permitió que hiciera la tía March, por ese cadáver que a todo el mundo en Concordia le parece bello, justo, adecuado por la falta cometida y por la innata bondad que implica el sacrificio. Remordimientos, también, por lo que está a punto de hacer.

—Podrías haber escogido otro momento —le dice Teddy cuando van acercándose a su destino.

—¿Ahora vas a decirme que tienes miedo, Teddy Lawrence? —le recrimina ella tratando de disimular el que ella misma siente.

—¿Miedo? ¿Yo? —se jacta él dándose un leve golpecito en el pecho—. Nunca.

—¿Entonces por qué piensas que otro momento habría sido más adecuado?

Teddy Lawrence se encoge de hombros y Jo comprende por qué lo hace.

El parque del Buen Arraigo se encuentra en el círculo más externo de la ciudad de Concordia, no está exactamente más allá de los controles que llevan a las barriadas más lejanas, pero nadie que viva en los barrios residenciales suele poner un pie allí. Al menos, oficialmente.

Nadie habla del parque del Buen Arraigo, como tampoco se habla de la falta de cuidado que ostenta, sus cedros y álamos y sauces enredándose sin control, sus ramas ocupando todo el espacio que pueden, sedientas de contacto. O de su hierba creciendo alta, sin nadie que la cuide a diario, los pasos húmedos y fríos a medida que alguien se adentra.

Tampoco se habla de lo que muchos ciudadanos, tras el atardecer, acuden a hacer al parque. Y piensa Josephine March que tiene lógica, porque en Concordia de lo que no se habla, no existe.

Pero Josephine ya no sabe lo que es cierto, y lo que no lo es. Porque ella sí que ha escuchado muchos comentarios sobre ese parque, que acuden sucios maleantes por las noches, que mugrientos y vagos se reúnen allí, que en Concordia ya no hay sitio para un lugar como ese.

Quizá sea por eso por lo que Josephine ha decidido comenzar ahí lo que está dispuesta a hacer, a pesar del miedo, de las habladurías y de las medias verdades, o precisamente por ello.

—¿Despediste a tu padre aquí? —le pregunta Teddy cuando ambos atraviesan un puentecito de ladrillo sobre el riachuelo congelado que cruza la

entrada.

—No —responde ella sin poder evitar que se le retuerzan las entrañas—. Nunca pudimos despedirnos de él.

Porque también hay otras voces, mucho más vagas, como canciones escuchadas en la distancia, que dicen que lo que ocurre en el parque es otra cosa y que por eso ha sido olvidado o no se cuida o no se habla de él. Porque fue el lugar donde, mucho tiempo atrás, los primeros ciudadanos de Concordia que se sacrificaron para ir a una guerra que les salvaría a todos anunciaron su decisión.

Y pese a que ahora sean héroes, fueron a la guerra porque esa fue su penitencia.

Como lo es en el caso de su propio padre.

Llegan a una pequeña colina en el extremo este del parque y las sombras de los árboles dan la sensación de ser mucho más tarde de lo que es.

—¿Estás segura? —pregunta Teddy.

Jo no responde. A su derecha, un crujido de hojas la sobresalta. Aprieta con fuerza la bolsa contra el pecho mientras su imaginación se pone a trabajar frenética. ¿Serán los agentes del secretariado de Bienestar Moral que estaban vigilando? ¿Serán los maleantes de los que todos hablan?

—Teddy… —susurra Jo mientras se aferra con fuerza al brazo de su amigo.

¿Por qué será tan cabezota? ¿Qué tiene en la testa que, por una parte no desea poner a nadie en peligro pero, por la otra, la impulsa a hacerlo una y otra vez?

De nuevo el crujido, pasos que se acercan. En este instante las ramas de los árboles entrecruzándose sobre sus cabezas no le parecen en absoluto bucólicas, sino tristes y tenebrosas. Se detienen. Más bien es Jo quien frena a Teddy apretándole del brazo mientras ambos contienen la respiración. Están en penumbra, pero, al mismo tiempo, destacan como dos gotas de sangre sobre la nieve blanca y la luz del atardecer. No hay sitio donde esconderse, ya no hay escapatoria y la imaginación de Jo sigue trabajando, miles de escenarios posibles, a cada cual más aciago, sucediéndose en su cabeza sin control.

Pero un nuevo paso les muestra, por fin, quién los da. La mujer viene de la derecha del parque, la zona que linda con los barrios más pobres. Va relativamente bien vestida, con una falda larga y azul que seguramente haya visto tiempos mejores pero que, desde luego, es de buena calidad. Así como también es de buena calidad el pañuelo estampado con el que cubre tanto su cabeza como su rostro. Sin mirarlos, llega al sendero por el que ellos están caminando y los adelanta.

Al mirar cómo lo hace, Jo se percata de su aliento, bocanadas heladas de vaho que se deshacen en dirección a la mujer. Quizá, al final, la verdad del parque es la que sospechaba: que buenos ciudadanos, sin importar donde vivan, simplemente acuden a ese lugar a recordar a los que se fueron.

Con un nuevo tirón, Jo indica a Teddy que continúen, que avancen detrás de la mujer. Lo hacen con cautela, a una distancia prudencial, hasta que la mujer se detiene. No está sola cuando lo hace, pero tampoco parece que conozca a los demás. Apenas son seis, siete personas con la mujer, y en el pecho de Jo se enciende por primera vez en ese día una llama de esperanza. Exactamente eso es lo que necesitaba.

La mujer se agacha y deja un ramo de flores en un montículo donde, medio cubierto por la nieve, ya descansa un grupo de objetos de lo más diverso: una maquinilla de afeitar, una chaqueta azul, un muñeco de trapo, un diario.

Josephine, cuando la mujer se aparta, se separa de Teddy. No mira a los que hay a su alrededor como tampoco ellos parecen mirarla a ella. Con mucho cuidado, saca el fajo de papeles de la bolsa. No los ha traído todos, apenas una decena, pero será suficiente.

Le late el corazón con un ímpetu que Jo siente a la altura del pecho y en los oídos. Va a hacerlo. Necesita hacerlo. Respira hondo y se agacha. A ojos de los demás, a ojos de cualquiera que sepa o crea saber que ocurre en ese parque, Josephine March solo estará dejando una ofrenda a los sacrificados por la guerra.

En realidad, lo que hace Josephine, por primera vez en su vida, es contar la verdad. Esta vez no solo para ella, sino para quien quiera leerla.

No mira atrás cuando se levanta y se dirige hacia donde la está esperando Teddy. Solo continúa apretando la bolsa, ahora vacía, contra su cuerpo. Trata de caminar despacio, erguida, como caminan todas las señoritas de buena familia de Concordia y, cuando Teddy le tiende el brazo, ambos siguen andando juntos.

Cuando están seguros de quedar ocultos por las sombras y los árboles, echan a correr. Primero en silencio, tratando de hacer el menor ruido posible, pero, entonces, casi a la salida del parque, Jo no puede reprimir un pequeño grito de júbilo.

Lo ha hecho. Sí, ha contado la verdad a quien quiera leerla y siente, aunque sea un poco, que esa culpa le pesa menos sobre las espaldas. Nunca podrá hacer justicia, a la señorita Higgs ya le han arrancado la vida pero, al menos… al menos podrá contar su relato.

Se detiene, el pecho ardiéndole por el esfuerzo de la carrera, las mejillas sonrojadas y el vaho de su aliento deshaciéndose delante de ella como volutas de algodón. Entonces levanta la vista y se da cuenta de que Teddy la está

mirando.

—¿Qué ocurre, Teddy?

Él no responde, pero a ella le da la impresión de que esa mirada es la única respuesta que necesita porque, al instante, todo su cuerpo se pone en una alerta que jamás ha experimentado y siente ganas de escapar pero, al mismo tiempo, de quedarse porque, al lado de Teddy, no puede pasarle nada malo.

—Vámonos. Tengo que regresar a casa de Meg.

Jo vuelve a lanzarse a la carrera, pero hay algo que se lo impide. Teddy le acaba de sujetar la mano y, con un golpe seco, tira de ella. No es un gesto agresivo, ni siquiera con fuerza, pero Jo igualmente se siente como una muñeca de trapo al quedar a su merced.

De pronto, siente a Teddy muy cerca, sus alientos como humo mezclándose en la penumbra del crepúsculo. Y quiere escapar, pero siente que no puede hacerlo, no, que no debe hacerlo, que sería descortés, incorrecto. Josephine March siente demasiadas cosas y piensa demasiadas cosas tan al mismo tiempo que no puede reaccionar cuando Teddy Lawrence primero inclina la cabeza y luego aproxima sus labios a los suyos y la besa.



Amy no tiene muy claro cuánto tiempo ha transcurrido desde que pasara el control hasta que ha salido de la casa de Oliver Müller. Porque nota que el tiempo se ha detenido desde el momento en que el muchacho le ha enseñado una habitación en una de esas casas diminutas del círculo exterior, un cuarto lleno de pinturas. Algunas eran suyas, Amy ya ha aprendido perfectamente a reconocer su estilo, pero otras eran impresiones, recortes de libros que Amy jamás había visto y que el muchacho no ha querido, ni quiere en este momento tampoco, explicarle de dónde las ha sacado.

Ahora caminan raudos de vuelta porque, definitivamente, por mucho que a Amy le dé la impresión de lo contrario, el tiempo se les ha echado encima y ella no quiere, ni puede permitirse, al contrario que Jo, llegar tarde. Le duelen los pies en los zapatos y el pecho le arde ante los recuerdos de lo que ha visto, ese mundo que se supone que es malo, pero que guarda cosas como las que encierra esa habitación. De repente, Amy March siente una sed terrible o algo muy parecido a la sed que también nota en la garganta y en la boca y en el velo del paladar: insatisfacción.

—¡Oliver!

Oliver se detiene y Amy gira la cabeza. Hay alguien mirándolos. Amy March, como todo el mundo, está acostumbrada a que la observen. A fin de cuentas, es en los ojos de los semejantes, de los buenos ciudadanos, donde uno debe verse para no caer en deshonra, pero nunca antes la habían mirado con tanta intensidad. Cerca, apoyada en el gran poste que sostiene una pantalla de propaganda a pocos metros, hay una joven un poco mayor que ella con el ceño fruncido, semblante serio y brazos cruzados cuyos ojos miran a los suyos sin pudor ni disimulo. Es la que ha gritado el nombre de su compañero.

Al instante, la chica hace un gesto para que la siga y Oliver da un paso. Amy, por puro instinto, lo agarra del chaquetón que lleva y tira de él. No debería tener miedo, no, porque Amy verdaderamente cree en las palabras que le dijo al agente en el control: nada tiene que temer de sus buenos conciudadanos. Nada. Pero, pese a todo, cuando Oliver se dirige hacia la muchacha, ella trata de retenerlo de nuevo.

—Debo volver a casa… —Oliver la mira y asiente. Le hace un gesto a la muchacha, que probablemente quiera decir que ya se verán luego, y Amy, no sabe por qué ni cómo, de pronto siente regresar esa sed (que es de color rojo, está segura) a su garganta. ¿Por qué de pronto le molesta tanto que Oliver Müller vaya a encontrarse con esa chica de aspecto mustio y descolorido? Levanta la barbilla—. Aunque es descortés no atender una llamada… —susurra.

Da igual lo que sugiera Amy o que Oliver haya decidido acompañarla primero al control, porque la muchacha de pelo oscuro ya se les está acercando. Y, un poco más allá, un hombre de mediana edad y bien parecido hace lo mismo, igual que una mujer mayor que viene desde el control.

—La profesora nos está buscando, Oliver.

Su compañero, entonces, levanta las cejas. Es un gesto fugaz pero claramente visible. Poco a poco, la mujer, el hombre bien parecido, la propia muchacha que ha increpado a Oliver se ponen a su altura, los rodean y ella, una vez más, por puro instinto, vuelve a apretar el chaquetón de su compañero. Llegan más, en silencio de todos los rincones. Lo hacen caminando despacio, como si tan solo pasaran por allí. Pero no lo hacen, no. En pocos minutos Amy se encuentra rodeada de toda esa gente, todos quietos, todos esperando… algo.

Algo que llega muy sutilmente. En forma de papel. Uno a uno se lo van pasando como quien se pasa una servilleta. Amy no comprende nada hasta que posa la vista en el papel que va de mano en mano.

Lo reconoce, lleva el sello del Secretariado de Bienestar Moral en una esquina. Jo solía traer a casa los papeles que en el trabajo desechaban por

estar arrugados o mal cortados para escribir sus historias.

—¿Es por esto? —pregunta Oliver a su lado, aunque ella siente como que le escucha bajo el agua, como si su cuerpo estuviera, realmente, ahí pero su mente a kilómetros de distancia—. ¿Es por este papel por lo que nos está buscando la profesora? Yo no he sido.

—Yo tampoco —dice la muchacha.

—Entonces, ¿quién? Hace mucho que no hacemos nada de esta índole —añade el señor de mediana edad que también los rodea.

Claro que no. No ha sido ninguno de ellos. Eso lo sabe bien Amy March que, al mismo tiempo, se plantea cómo es posible que pueda seguir pensando, que sus razonamientos sigan teniendo algo de lógica cuando el mundo, desde luego, la ha perdido.

—Oliver… —susurra.

Quiere decirle que vuelve a casa, que se ha hecho tarde, que tiene que hacerlo ya, que no puede quedarse. Pero, entonces, levanta la vista y la ve.

En su dirección camina una muchacha que parece mayor que ella, pero que Amy intuye más o menos de su edad. Lleva un vestido azul que parece de buena calidad a simple vista, pero que está demasiado remendado, Amy lo sabe bien. La toca con la que se cubre los hombros se ve de mejor calidad, aunque de colores desvaídos y ajados por la cantidad de lavados a la que ha sido sometida. Hay algo en su cara, en su rostro que a Amy quiere decirle algo, pero quizá sea porque es uno de esos semblantes comunes, de personas tan grises, tan parecidas los unos a los otros que a veces da la sensación de conocerlas.

—Profesora… —dice la muchacha que ha increpado a Oliver cuando por fin llega hasta ellos.

—Profesora —dice él. Pero la profesora no está mirando a su compañero, la mira a ella, directamente a ella. No es la única que se ha dado cuenta porque, casi al instante, Oliver añade—: La señorita March es una de mis compañeras en la Academia de Buenas Artes, no se alarme.

«¿Por qué debería alarmarse?», se pregunta Amy, que se limita a observar cómo la profesora asiente.

—Parece usted —dice la profesora— un tanto desubicada…

Su voz es peculiarmente áspera, pero sigue calmada, incluso cuando Amy chasquea la lengua para interrumpirla.

—Bueno, desde luego le agradezco mucho su preocupación —Aunque no es tal cosa, de eso está segura—. Pero, es cierto, ya me iba.

—Este no es su lugar, señorita March —dice la profesora y Amy está de acuerdo, está completamente de acuerdo porque, cuando se fija, ve que la profesora lleva otro documento muy parecido al que ha visto en manos de los

demás. Y algo dentro de ella la anima a leerlo también, a estar segura de que… Porque no puede ser cierto, no. ¡Por todas las bondades que no puede ser cierto lo que piensa!

Sin pedir permiso siquiera, arranca el papel de manos de la profesora y lo lee. Ha sido un impulso, un arrebato, pero es que necesita saber que lo que sospecha no es real. No puede serlo, Graciosa bondad, no puede serlo.

«La señorita Higgs no merecía morir», reza el documento con esa tipografía tan familiar y ese sello oficial que ella tan bien conoce. «Ella no cometió la afrenta.»

«No puede ser», piensa Amy mientras trata de contener las lágrimas que son tanto de terror como de furia. «No puede ser.»

Amy lee el papel que ha arrebatado de las manos de la profesora una, otra, y otra vez. Lee la historia allí escrita y es como si cada palabra ya le fuera familiar. Le es, en realidad, familiar. Tanto en la forma como en el fondo. No en vano ha pasado horas, ¡horas!, sentada a la lumbre del fuego en la casa March, arropada entre sus hermanas escuchando las historias que escribe Jo. Las palabras de Jo, cómo se unen las unas con las otras, conforman un ritmo y una música inconfundibles. Y además, ya conoce, esa historia. Es la misma que contó Jo entre lágrimas días antes. Es, al fin y al cabo, una historia de redención, pero su hermana está siendo tan, tan, *tan* incauta. Tantísimo.

La profesora la está mirando. Oliver, también. A su alrededor, los suburbios parece que cobren vida a medida que se va la luz del atardecer y cae la noche. Cree escuchar que Oliver le pregunta si está bien, pero ella no sabe si se lo está imaginando. A pesar de todo, asiente, arrugando el papel entre los dedos.

—Tengo que irme —dice, aunque las palabras se le aturullan en la lengua.

No mira atrás cuando lo hace. Ni siquiera cuando la profesora le grita algo que ella no entiende. Es que tiene que marcharse, debe confrontar con su hermana lo que ha visto en ese papel, lo que está escrito en él. Necesita escucharlo de labios de Jo. Su hermana, Jo. ¿Dónde se habrá metido?

19

Cuando Teddy le roba ese beso, Jo retrocede, primero sorprendida, luego culpable. No se lo esperaba. Aún con los comentarios y las miradas de los suyos, la ha tomado completamente por sorpresa. ¡Teddy la ha besado! ¡La ha besado en la boca, como lo hacen los amantes! Y tras sentir esa sorpresa inicial, Jo se ha descubierto, más que sorprendida, avergonzada. Una vergüenza enorme, y después otra cosa más.

—¡Jo! —No puede dejar que Teddy la retenga, no. Josephine se aparta de él un poco más. Teddy se le acerca, y cuando lo mira, hay algo que no le cuadra, algo que a Josephine se le escapa porque su amigo parece contento. Parece, por lo menos, satisfecho, trata de agarrarla de la mano—. No esperaba que fuera a ser así…

¡Y mucho menos lo esperaba Josephine! La joven abre la boca, anonadada. Ya sabe qué es esa otra sensación que la embargaba. Tendría que haberle gustado ese beso robado. ¿No es así? ¿No debe ser así? Tendría que haber sentido una explosión en su interior, cosquillas y mariposas, porque cuando un joven, y más uno como Teddy, bueno, bien posicionado, inteligente, con clase, se fijaba en una, había que sentirse halagada. Más todavía cuando la joven en la que se ha fijado Teddy es ella, quien desde luego jamás sería considerada una belleza.

—No, no… yo tampoco —atina a decir.

Cada vez duda más. Cada vez se pregunta con más fuerza por qué está poniéndole tantas pegas al beso y a esa cosa que tiene en la mirada o ese interés de Teddy, fijo solo y absolutamente en ella. Por tercera vez, su amigo trata de acercarse y entonces Jo se lo permite, aunque lo hace bajando la cabeza.

—No he podido evitarlo. ¿Me perdonas, Jo? ¿Verdad que me perdonas? ¿Por favor?

—Sí… —Es lo primero que se le pasa por la cabeza, ese «Sí». O quizá lo ha dicho porque Jo sabe que esa es la respuesta que su amigo espera escuchar.

Ha perdido la práctica para hacerlo, ya que Teddy es su amigo, y con los amigos, con él, Jo nunca ha fingido ser alguien que no es; pero esta vez Jo tiene que esforzarse en erguir la espalda, en sonreír, en demostrar con su actitud física y sus palabras que es buena. Aun así, llega a arrepentirse porque Teddy se muestra inmediatamente aliviado, mientras que ella se siente cada vez más turbada—. Teddy, tienes que irte.

—¡Te has enfadado! ¿Por qué te enojas? ¡Te he pedido perdón!

Ella intenta reflexionar, rápido.

—No, no. —Aunque eso no le quita parte de la verdad—. Es lo que hemos hablado, ¿recuerdas? Los dos juntos ahora llamamos más la atención. Es mejor que cada uno siga por su camino. Lo hemos planeado, ¿verdad? —susurra—. Tú tenías que regresar a tu casa, yo a la del señor Brooke…

Aguanta la respiración mientras la expresión de Teddy se muda de alivio. Teme por un momento que Teddy trate de besarla de nuevo pero su amigo solo le dirige una mirada arrebatada. La coge, eso sí, de la mano.

—Ve con cuidado.

Jo asiente. «La buena ciudadana es serena y tranquila. Jamás da un "no" por respuesta», se puede leer en ese momento en las pantallas.



Amy March no tarda en llegar. Al fin y al cabo, la casa del señor Brooke está más cerca de los barrios malos de Concordia que de la zona residencial, como Amy recuerda cada vez que se acerca por allí. No se detiene hasta que abre la puerta y entra en el vestíbulo, cerrándola luego detrás de ella. Entonces, respira hondo.

—¿Quién anda ahí? ¿Josephine? ¿Ha vuelto?

Escucha la voz de John Brooke primero lejos, pero, a los pocos segundos, el hombre aparece en lo alto de las escaleras del primer piso. Si necesita alguna confirmación, ahora está claro: Josephine no se encuentra en la casa.

—No, soy Amy, señor Brooke.

Puede ver claramente cómo el hombre mueve los labios. «Amy», le parece que murmuran, como si necesitara recordar de qué Amy se trata. El hombre no se mueve de donde está y Amy decide entender ese silencio como un permiso para hacer lo que quiera. Así pues, sube apresuradamente las escaleras. Pasa junto al señor Brooke, que se frota los ojos. El izquierdo suele

lagrimearle, como si se le hubiera metido algo dentro. No se atreve a entrar en la habitación que hace la función de dormitorio, pero como piensa que Jo tampoco lo habrá hecho, se conforma con examinar el otro cuarto, donde apenas hay una cómoda, un armario para la ropa de la casa y poco más. No tiene que inspeccionar mucho para asegurarse de que allí no está lo que busca.

Pero tiene que estar en la casa, eso sin duda. Amy vuelve a bajar las escaleras, preguntándose frenéticamente dónde. Mira hacia arriba, el señor Brooke se ha retirado un poco, pero sigue con los ojos fijos en ella hasta que, de repente, se da la vuelta. Está convencida de que Jo no ha guardado su máquina de escribir en el salón ni en la cocina, lo habría visto o ella o, seguramente, Meg.

—Oh…

Como impulsada por una fuerza superior Amy se dirige al fondo de la cocina, a la alacena, y busca con manos que le tiemblan ese panel que sabe que está suelto bajo el hueco de la escalera. En cuanto se da cuenta del papel pintado, recién puesto, sabe que está ahí. El poco tiempo que tarda, pequeño, nimio, en localizar la apertura es suficiente como para ponerla nerviosa. Amy tiene que obligarse a parar un segundo, escuchar si acaso el señor Brooke que permanece en el piso de arriba la está escuchando, pero luego ya puede examinar el interior de aquel pequeño escondite.

Recuerda que el día en que Jo lo encontró mientras limpiaban, les pareció un espacio interesante, incluso misterioso, como si mil historias de esas que escribe (o escribía) Jo pudieran ocurrir allí. Y, en efecto, eso es lo que tenía pensado su hermana.

Oh, Amy nota enseguida cómo el enfado se adueña de ella. Ahí está la máquina de Jo. Quién habría dicho jamás que ese inocente regalo sería la causa de tanta desgracia. Al lado hay una pila de papeles con el mismo membrete, ¡qué desfachatez!, del secretariado de Bienestar Moral. Cada papel, rasgado en cuatro cuidadosamente con algún tipo de instrumento, quizá un abrecartas, para transformarlo en tarjetas de tamaño regular. En cada una de ellas, hay escrita una frase similar a las que ha visto Amy en la calle.

Lo acaba confirmando. Lee unas pocas. No muchas, las lee no sin antes mirar hacia el exterior de la calle. No hay nadie. Son los mismos que ha visto antes. Idéntico papel, igual tipografía. Los papeles que Oliver y la profesora y el resto de gente de los suburbios han estado examinando solo pueden provenir del lugar en el que ella se encuentra ahora.

Al pasar uno tras otro con manos cada vez más temblorosas, Amy procura que las palabras no calen realmente en su persona, son un peligro, son cantos de sirena en el sentido más fatal del término, cuanto más lee menos lo entiende. ¿Por qué Jo ha hecho todo eso? ¿Por una compañera de trabajo que

la había *denunciado*? ¿Por una carta? Pueden escribir docenas. Miles. No le cabe en la cabeza a Amy, de verdad. No. Es tan poco práctico, tan idiota, en definitiva.

Respira hondo. Josephine quizá sea mayor que ella en edad, pero no sabe nada, nada de la vida. Nada. Es una suerte que esté ella para ayudarla.



¿Cuál es su problema? ¿Cuál es, *realmente*, al cien por cien, su problema? Josephine se apresura a acompasar su paso al del resto de personas que caminan en dirección a la zona residencial donde se localiza la casa del señor Brooke. Es ya tarde. Han pasado quizá dos horas desde que se separara de Teddy y no logra quitarse de la cabeza lo que ha ocurrido entre ellos.

Continúa sintiéndose incapaz de sentir nada que no sean una vergüenza y un desconcierto profundísimos. ¿De verdad Teddy piensa en ella en esos términos? ¿De veras su amistad, lo que por lo menos ella siempre ha interpretado como amistad, solo ha sido un cortejo?

La muchacha pasa al lado de un gran edificio del gobierno, es una junta de distrito. Junto a la entrada hay una larga cola, posiblemente sea día de reparto de comida y otros enseres básicos en esa zona. Si se parece al distrito donde se ha criado ella, las colas pueden durar el día entero y no puede dejar de admirarse por la paciencia, la entereza de toda esa gente que podría con toda seguridad asaltar el lugar o, quizá, por lo menos protestar vehementemente y no lo hace.

«Respeten las colas», dice precisamente una pantalla cercana, como si necesitaran algún tipo de recordatorio. Ella misma también necesita recordarse que ha perdido demasiado tiempo, observa el gran reloj del frontón de la junta de distrito: si no se apresura, Meg llegará a casa y se dará cuenta de que no está en ella cuidando del señor Brooke, aunque Jo piense que el prometido de su hermana no necesita ningún tipo de cuidado.

¿Llegará a tiempo? Mira a la luz menguante del sol y acelera el paso. No puede evitarlo: mientras cruza, recto hacia el centro de la ciudad para después volver a alejarse hacia las afueras, en dirección a la casa de Brooke, acercándose a edificios un poco más regios, vuelve a preguntarse qué es lo que realmente está mal en ella. En qué se han equivocado sus padres al criarla, en cómo puede ser tan desagradecida. En cuál es su problema para ser incapaz de ver todo lo bueno que tiene Teddy.

Es tan distinto a lo que ocurrió con Meg…

Porque, al contrario que ella, Meg entró corriendo, con las mejillas arreboladas, un día en la casa March. Todavía estaban todos. Se encontraban Marmee y papá, incluso Beth. Fue muy poco antes de que se dieran cuenta de su enfermedad. Ella fue la primera en toparse con Meg cuando esta entró en la casa. Por supuesto, Jo no se dio cuenta de nada, ni del azoramiento de su hermana ni de sus mejillas inflamadas. Amy, aun siendo tan jovencita, una niña de catorce años entonces, sí se percató de ello.

«¡A Meg le pasa algo extraño!»

Y señaló a Meg con un dedo acusador.

Cuando su hermana mayor confesó, con la mirada baja, que el señor Brooke la había cogido de la mano, que le había declarado su afecto, no cupieron en sí de alegría. Había sido un cortejo largo y difícil (¡y cuántas dificultades más tendría que superar aún!), pero toda la familia estaba convencida de la bondad del señor Brooke, de su integridad. Y Meg estuvo aquella tarde, una vez se le pasaron el sonrojo y la vergüenza, radiante. Dichosa y tan feliz que no se atrevía a demostrarlo por miedo a que fuera demasiado intenso.

No, eso no es nada parecido a lo que siente ella, pero Josephine niega con la cabeza. Quizá le falte tiempo. Desde luego, Teddy le ha dado su espacio para que se lo piense. Le ha dicho que lo entendía…

Con la cabeza dándole vueltas cada vez más rápido, Josephine March cruza los suburbios hasta llegar, por fin, a entrever las primeras casitas de los buenos ciudadanos, sus jardines cuidados con esmero, aunque todavía apagados por el invierno, y sus chimeneas humeantes.

Tiene que llegar muy cerca para ver que de la chimenea de la casa del señor Brooke también brota humo, pero que este, de repente, se ha vuelto negro.

El humo negro no es bueno. Nunca lo ha sido. Es color de bombardeo, de luto y de penitencia.

Josephine comienza a correr, el resto de sus cavilaciones quedan olvidadas por un momento. Corre con las faldas firmemente agarradas en la mano derecha sin fijarse apenas por dónde pisa ni en cómo su carrera ha atraído las miradas de los curiosos.

A pesar de sus miedos, al llegar a las inmediaciones de la casa todo parece tranquilo. Es un cuadro idílico, una casa perfecta para una pareja. El jardín recién plantado pronto florecerá, la fachada pintada de un blanco brillante emana paz, pero Josephine no puede dejar de mirar ese humo negro que sale por la chimenea.

Sube las escaleras del porche. Tarda un suspiro en cruzar ese vestíbulo

diminuto que Meg odia tanto. Al fondo, a través de las dos puertas acristaladas del salón se percibe un vivo resplandor. Fuego en la chimenea. Es algo que cabe esperar, algo necesario, toda la casa de hecho parece helada, pero Josephine tiene un mal presentimiento, ya que, al final, a Meg todavía le falta media hora para llegar, lo ha calculado. Puede ser cosa del señor Brooke, pero decide inmediatamente que no. El señor Brooke, al menos ese que ha vuelto de la guerra, no cree que vaya a hacer algo tan cotidiano, tan femenino de hecho, como encender el hogar de la casa.

No. Otra persona la espera junto al fuego, pero Josephine ni se da cuenta ni de su expresión severa ni de su figura estirada. Únicamente se fija en los papeles que se consumen con muchísima rapidez dejando solo un fantasma hecho de ceniza, como ceniza y metales enroscados y al rojo vivo se está volviendo su propia máquina de escribir.

—¡Mi máquina!

Es un gran grito, casi un alarido, un gemido de dolor hecho palabras. ¿Cómo no va a gritar Josephine? ¡Su máquina de escribir se está quemando! ¡Su voz, su compañera! Se inclina hacia delante sin más, observando que las teclas se retuercen por efecto del calor y se echaría de cabeza al fuego porque no es capaz de pensar, si no fuera por dos manos pequeñas pero firmes que la sujetan.

—¡Suéltame! ¡Se puede salvar todavía! ¡Suéltame! —grita; pero aún y con esas Amy no solo no retrocede sino que, de un empujón, la echa hacia atrás.

—¡Buena la has liado!

Afortunadamente, la joven tiene la previsión de colocarse entre el fuego y Jo, de modo que es capaz de apartar a su hermana cuando esta vuelve a chillar y hace un último intento, uno desesperado y, en opinión de Amy, que aborrece los comportamientos impulsivos en general, muy precipitado, para acercarse a las llamas.

Pero ya es tarde. Las teclas de la máquina que, hasta ese momento, han estado cubiertas de una fina capa de material plástico ya se han fundido y amalgamado entre sí, la cinta de tinta se ha consumido y las finísimas barras de metal donde descansaba cada letra lista para ser usada se han doblado por el calor. Oh, ¡qué ira! ¡Qué rabia! ¡Qué dolor siente Jo! Esos sentimientos por su máquina de escribir, su preciada posesión, su vía de escape. Era su todo, y Jo nota que desea gritar hasta desgañitarse o golpear lo que tiene a su alrededor, las paredes y el fuego hasta apagarlo, y quiere a su hermana, desde luego que la quiere, pero en ese momento también la odia.

A Amy, el bofetón que le da su hermana, con la palma abierta, le duele más por la humillación que por el golpe, que le deja cuatro marcas rojas en la mejilla y que escuecen pulsantes y al rojo vivo.

Todo se queda aparentemente quieto: una hermana, Jo, que comienza a arrepentirse de lo que ha hecho, aunque no puede hacerlo del todo, todavía no, y la otra, la viva estampa de la dignidad herida, que se lleva una mano a esa mejilla que duele al ritmo de los latidos de su corazón.

—No te lo perdonaré nunca —sisea Jo con los dientes apretados. La rabia al final ha ganado a todo lo demás y se contiene a duras penas. No solo el bofetón, quiere agarrar a Amy, zarandearla como no lo ha hecho jamás, hasta que le duela tanto como a ella, tanto. Ha empezado a llorar de pura frustración —. No te lo perdonaré, Amy. Nunca. Por el resto de mis días.

A Amy March lo único que le tiembla es la voz cuando dice:

—Eres como una criatura. Eres inmadura. Eres una inconsciente, Jo.

—¡No! —Sin pretenderlo, sin moverse de su sitio siquiera, su mundo reducido a esa pequeña tabla que pisa frente a Amy, la vista todavía clavada en la chimenea, Jo aprieta los puños—. ¡Eres tú la inconsciente! ¡Yo ahora soy más consciente que nunca!

A Jo le han dolido muchas cosas de su hermana, la mayoría han sucedido esta misma noche, pero no puede creerse que la medio carcajada que suelta Amy, con la barbilla alzada de superioridad, y la mirada fría, tan fría como la nieve que acaba de empezar a caer, le duela tanto.

—Lo he hecho por tu bien. Alguien tenía que ponerte freno, Jo.

—¿Más frenos? *¿Más*?

Josephine March nunca se ha caracterizado por pensar antes de hablar pero, quizá, esta noche menos que nunca.

—¿Es que no eres consciente de tu suerte? —La voz de Amy, no por sosegada y tranquila o quizá por transmitir precisamente esas cualidades, le produce a Jo en el estómago una furia que no sabe explicar, continúa apretando los puños y siente las uñas sobre la piel de sus palmas en carne viva —. Primero, tía March. Fue ella la que te salvó de la ruina. Ahora ha sido gracias a mí. ¿Qué pasará la próxima vez, Jo?

—¿Gracias a ti? Amy *Curtis* March, no necesito que nadie me salve de nada. —¿Por qué Jo, al decir estas palabras, de pronto nota en la parte de atrás de su cabeza como si Teddy la estuviera observando? ¿Por qué, de repente, vuelve a pensar en ese beso y por qué, de golpe, vuelve a rechazarlo como si no tuviera cosas mucho más importantes de las que preocuparse?—. Todo lo que ha pasado ha sido por mi culpa. Déjame a mí que lo arregle como quiera.

Amy siempre ha sido su hermana pequeña, la que nació un año justo después de que lo hiciera ella. Jo no lo ha pensado nunca, o quizá nunca se ha permitido pensarlo, pero Amy ha sido siempre ese añadido molesto en los bajos de un vestido, algo que siempre ha estado ahí, ocupando espacio con su presencia. La ha querido en todo momento, por supuesto, cómo no iba a

hacerlo, ¡es su hermana! Pero hoy más que nunca siente que ese amor ha sido impuesto, sin haberlo elegido. Y suma una cosa más a la montaña de todo aquello que la ahoga, con lo que ya no puede lidiar, ni tragar ni sentirse bien. No, Josephine March percibe que ha abierto los ojos y que ya no los puede cerrar.

—No lo estás arreglando, Jo —dice Amy, por fin, apartándose del fuego y caminando hacia la butaca zurcida de Meg con ese paso elegante que tanto la caracteriza y tanto desespera a Jo—. ¿Qué sucederá cuando no estemos ni la tía March, ni Marmee ni yo para protegerte? ¿Seguirás pensando lo mismo?

—¡Te he dicho que no necesito protección!

Entonces, Amy se gira para mirarla. El brillo rojizo del fuego en la chimenea acentúa sus facciones y, aunque Jo está segura de que su hermana tiene los ojos azules, ahora a ella le parecen tan incandescentes como la lumbre cuando le replica con una voz que parece de papel de lija:

—¿Y a nosotras? ¿Quién nos protege a las demás… de ti? —Jo no quiere hacerlo, pero se sienta en la butaca que tiene detrás. Es tan vieja como el resto, pero el dolor que siente al notar los muelles contra su espalda no es ni comparable al que siente cuando Amy, con esa voz tranquila, cortante, como del mundo oprimiéndole el pecho, continúa—: Si ahora tienes un cargo en tu conciencia, ¿cómo será el que adquieras cuando te hagan matarte, cuando nos hagan matarnos a nosotras detrás de ti, solo por tu culpa?

A Jo la vista se le va de nuevo a su máquina de escribir, ahora destruida. De pronto, siente como si tomara aire por primera vez en muchas horas, como un jarro real de agua fría contra el rostro. Pero es solo contra el rostro porque el enfado sigue ahí, aposentado en su pecho. Ha sido un día largo, extraño. Comenzó tan bien, con ella escribiendo en la casa, pero luego se ha torcido tanto… Primero con Teddy y ahora con su hermana.

Quiere decir algo, pero no puede, miles de pensamientos, excusas, razonamientos y lógica, pura lógica para Josephine March, agolpándose no solo en su cerebro sino también en su garganta. Mira a Amy que continúa con la vista fija en ella con esos ojos rojos que Jo percibe que la están viendo por dentro, como si estuviera desnuda de ropajes, piel y todo lo demás.

—Hoy no lo entiendes, pero he actuado bien. *Siempre* lo hago —puntualiza y a Jo vuelve a punzarle un segundo la rabia en el corazón—. Alguien tiene que hacerlo en esta casa. Te prohíbo que vuelvas a ponernos en peligro, Josephine March. La vida tiene que seguir su curso.

Y quizá sean estas últimas palabras, esta última frase la que hace que Jo se levante de la butaca como un resorte porque… porque…

—¿La vida, Amy? —Jo da unos pasos, más bien zancadas ahora que no va a permitir que nadie la reprenda por sus andares masculinos y desafiantes,

alrededor del pequeño saloncito. Necesita ordenarse, concretar sus pensamientos, convencer a su hermana de que, no, ni por todas las bondades del universo ni por las gracias ni por las virtudes, no ha hecho lo correcto. Ni por asomo lo ha hecho—. ¿Esto es la vida entonces? ¿Un peregrinaje de días grises, haciendo una y otra vez lo mismo a pesar de que no encajemos, a pesar de que algo dentro de nosotras nos diga que está mal? ¡Porque está mal, Amy! Este mundo no es bueno, ¿es que no te das cuenta? Por mucho que nos digan que sí, que se *pinte* así, por muchas consignas que nos den, por muchos mensajes que aparezcan en las pantallas… ¡Está mal, está mal, *está mal*!

—Por más que lo repitas no va a dejar de ser cierto ni vas a poder cambiarlo. Las palabras no tienen esa función, Josephine.

—¿C… Cómo?

Jo detiene su andar en círculos. Mira a Amy. Amy no ha dejado de mirarla a ella y tiene en sus labios una sonrisa que conoce bien. Es la misma sonrisa que utiliza cuando le dice que camine erguida, la misma con la que le dijo que no sabía dónde estaba la bufanda de su padre. Y no puede ser, porque no puede ser, que Amy crea que sabe más que ella, porque Jo es la hermana mayor, solo por edad ha vivido algo más que Amy y tiene claro lo que es correcto y lo que no.

Pero ¿por qué tiene la sensación de que Amy cree lo contrario? ¿Por qué esa sonrisa de Amy tiene tanta fuerza que incluso le hace dudar de sus propias convicciones?

—Has tardado en darte cuenta, Josephine March —responde Amy mientras, por fin, se sienta, espalda erguida, manos sobre las rodillas, barbilla en alto, sobre la butaca que Josephine tiene delante.

Hay algo oscuro y tenebroso en la expresión de su hermana que hace que a Jo se le enfríen las manos de golpe. Siente un escalofrío, uno que nace en las raíces de su cabello y que se extiende al mismo tiempo lento y presuroso por cada fibra de su piel, que la paraliza y le corta la respiración.

Porque lo que acaba de decirle su hermana no es cierto, no, no puede ser cierto. ¿Cómo es posible que le haya dicho tan tranquila que ella tampoco cree en el mundo en el que viven? ¿Desde cuándo lleva pensándolo? ¿Por qué nunca lo ha comentado? ¿Por qué nunca *ha hecho* nada?

—¿Cómo puedes quedarte tan tranquila diciendo eso? —sisea.

—Porque es la verdad, Jo. Es el mejor mundo que puede habernos tocado. Tú piensas siempre en tonalidades blancas y negras. Pues bien, la realidad no lo es.

—¡Pero es que no llevas razón, Amy! ¡No la llevas por mucho que tengas la actitud de tenerla! ¡Es un mundo falso, lleno de mentiras, con guerra, con muerte, con muertes injustas, Amy! ¡Injustas! —Y aquí ya no puede evitarlo

porque las lágrimas y las ganas de llorar le reptan tan fuertes por la garganta que, al comenzar a gemir, siente que el llanto le destroza la boca estrellándose contra el velo del paladar cuando dice—: ¡Es un mundo que se ha llevado a papá!

Y Josephine, por fin, se echa a llorar. Amargamente, porque el llanto en su caso no puede ser más que amargo, un llanto que seguramente avergüence a Amy, a la tía March, a Meg, a Marmee y que, a pesar de todo, a ella le parece injusto porque la única vez que vio llorar así a alguien, con esa desesperación húmeda de lágrimas y saliva, de comezón en los párpados y aristas como malla electrificada en la garganta fue cuando Beth lloró tres días y tres noches seguidas en el sótano, cuando se quedó allí presa por primera vez.

—¿Sucede algo, querida Josephine? ¿Por qué están hablando de la guerra?

Cuando las miles de palabras de reproche que siente Jo subiéndole por la garganta amenazan con estallar, escucha un ruido a su espalda. Inmediatamente se gira. Amy también lo hace y ambas se dan cuenta de que hay alguien más con ellas en el salón. La quema de la máquina de escribir y los papeles ha subido terriblemente la temperatura, es un horno, con un calor que se mezcla con el que tiene dentro mientras ve que bajo el quicio de la puerta está John Brooke.

De nuevo Josephine, al mirarlo entre lágrimas, vuelve a sentir que algo no encaja en él. Quizá sea una mueca demasiado seria, casi cincelada, mientras les hace la pregunta. Un pequeño tambaleo contra la puerta, una inspiración desacompasada. Jo no sabe qué hacer porque, sí, sí, ¡por todas las bondades que sí!, están hablando de la guerra, de las mentiras, de las constricciones y los castigos y todo ese castillo de naipes que es Concordia y que ella no soporta más y necesita, de veras que lo necesita, que todo el mundo se dé cuenta de ello y que griten y que corran y que quemen edificios oficiales del mismo modo en que hoy está ardiendo su máquina de escribir. Y va a decírselo a John Brooke, no, va a gritarlo, esa furia roja tan ardiente como el calor del saloncito la aboca a ello cuando, entonces, Amy se adelanta un paso.

—No hablábamos de la guerra, señor Brooke. Decíamos que hace tanto calor en este salón que bien parece que se ha librado una batalla. —Amy se acerca a él y, lentamente, lo sienta en la butaca frente al sofá—. Discúlpenos la expresión, por favor. Ha sido completamente desafortunada.

Jo calla. El señor Brooke, más que nadie, ha sufrido en su propia piel las injusticias de este mundo absurdo que ella no comprende. Y decide ser buena, decide mover las brasas con una pala, allí donde quedan los restos de su máquina de escribir, y con las lágrimas y la frustración de nuevo atenazándole la garganta, con el rencor y el resentimiento dándole punzadas de dolor en el pecho cada vez que mira a su hermana y trata de asumir lo que ha hecho

mientras ella, indolente, se pone el abrigo y los guantes y le dice antes de marcharse:

—Más vale que limpies todo esto, Josephine. O Meg se va a llevar un disgusto cuando vuelva.

20

Igual que la calma sigue irremediablemente a la tempestad, los días posteriores a aquella terrible pelea entre hermanas son plácidos; pero se trata de una placidez eléctrica, una tranquilidad que podría desembocar en otra tormenta de un momento al otro. Aun así, ni Josephine ni Amy han mencionado la discusión a nadie, ni siquiera a su madre o a sus hermanas. No lo han hecho por miedo, por cautela y porque hablar de esas cosas siempre es desagradable. Quizá, tampoco lo han hecho por una última razón: por Meg. Meg, que siempre ha sido como una segunda madre para ellas, una versión en pequeño de Marmee, siempre tan responsable. Sí, con toda seguridad ha sido el amor y la gratitud que sienten Josephine y Amy por ella lo que ha hecho que firmen una breve tregua esos días, porque la boda de Meg ya es inminente.

Para más señas, es al día siguiente. Todo está preparado, todo el mundo está nervioso pero feliz. Lo que nadie sospecha es que las tormentas a veces no llegan con truenos, con lluvia y vientos que anuncian el desastre con sus aullidos. A veces, el único augurio son nubes negras pero silenciosas, como la que se está fraguando dentro de la siempre callada, siempre atenta, siempre *siempre*, servicial y responsable Margaret March.

—«El nacimiento. Los ojos de un nuevo ciudadano se abren a la luz —va repitiendo esa mañana Meg, atareada junto a los fogones—. La infancia. Tiempo de crecimiento interior y exterior. La infancia es una etapa feliz, porque en la infancia hay inocencia y en la inocencia hay bondad. Llega, así, la vida adulta, cuando hay que seguir el camino justo.»

Meg conoce esas palabras de memoria, como las conocen sus hermanas, como las conoce toda Concordia.

Ha pasado tan rápido el tiempo y ya apenas faltan unas horas para el día más feliz de su existencia. Para su boda con el querido John Brooke. Lo lleva esperando toda la vida.

Una música ligera, que parece ser de baile, proviene de la casa de los

vecinos. Sin duda, el joven Lawrence está tocando aún sin saber que con ello alegra la mañana a las hermanas March.

—¿Ya tienes todo lo que necesitas? —pregunta Marmee.

—Pronto lo tendré listo. —Meg levanta la mirada de la cesta que está preparando. Ha colocado cuidadosamente varios paquetes de comida liofilizada según el color del envoltorio y un termo de agua caliente—. Es una pena que no tengamos alimento fresco hasta que recibamos los víveres correspondientes a nuestra posición. Pero creo que al señor Brooke le hará bien si salimos un poco. Al aire libre. Justo antes de…

Su madre, con un gesto de cabeza, parece decidir alguna cosa. Marmee no es una mujer pronta a los arrebatos. ¿Cómo podría serlo, teniendo que gobernar una casa habitada por un ejército de hijas? Pero, por esta vez, decide permitírselo. Abre la puerta de la alacena y de allí saca una naranja. La última de esas que, unas semanas antes, les regaló Teddy. La piel de la fruta ha perdido lustre pero ese cítrico, casi como una metáfora de la vida misma, es más dulce con el tiempo. Meg no sabe qué decir cuando Marmee deja la naranja en el centro del cesto. Un regalo de nupcias avanzado. Tampoco sabe qué decir porque la embarga la emoción, aunque no hace falta: su madre se le acerca, le da dos besos en la mejilla y la sujeta amorosamente por los hombros.

—Hija…

Esa preciosa estampa queda interrumpida de repente por los pasos de Amy y de Jo en el piso superior de la casa y también por sus reproches. Meg vuelve a sus quehaceres mientras Marmee ya se apresura a poner paz, porque Marmee opina que es mejor apagar diez pequeños fuegos que no un incendio.

—«La vida adulta, cuando hay que seguir el camino justo. Mujer. —Meg vuelve a recitar en un soniquete grave los pasajes del Libro para sí—. Mujer, sé buena y complaciente. Mujer, tu camino es difícil, pero tu convicción es como la de un gran océano, infinita, imbatible.» —Jamás ha visto el océano y nunca lo verá. Está lejos, demasiado lejos, pero no por ello esa cita deja de ser su favorita, porque Meg sabe que las mujeres son tan débiles como sus convicciones y pese a todo en el Libro se las alaba—. Como un gran océano, sí. —Va a casarse con el señor Brooke tal y como debía. No en vano, el resto del pasaje del libro reza así:

«Tres atributos visten la vida de una mujer: caridad, amor, abnegación. Por esa razón, la máxima expresión de la vida de la mujer, su mayor logro, está en el matrimonio y en la maternidad.»

Debe casarse cuanto antes. El tiempo se le está agotando.

Escucha un golpe de puerta. En cuanto levanta la cabeza ve a Amy alejándose a través de la ventana. Luego, tras una concatenación de pasos

apresurados en las escaleras, Jo también se marcha. Meg duda si ir tras ellas. Hace tiempo que no habla con sus hermanas. Fueron inseparables de niñas, siempre juntas, compartiendo secretos y juegos, pero ahora Meg siente que las separa un abismo. Siente, en realidad, que sus hermanas se están desviando del camino marcado, del camino en el que ella cree con devoción, y eso la aterra.

—«Mujer —recuerda—, si tu vecino comete una falta, tu bondad tendrá que valer por dos.»

Al poco, Marmee también se marcha. Meg continúa en el salón, poco acostumbrada a ser la última, poco acostumbrada a esa casa tan vacía. Incluso la música que le ha hecho la mañana más llevadera enmudece. Entonces Meg decide cerrar la cesta que tan cuidadosamente ha estado preparando.

—«El matrimonio es la mayor de las bendiciones. —Los dos años que el querido John Brooke ha estado en la guerra no han sido más que un pequeño contratiempo, nada más—. Un matrimonio feliz es un matrimonio fructífero.»

Cesta en mano, Meg sale de la cocina. Se asegura, por ser la última en marcharse, de que la puerta del sótano esté bien cerrada y por fin se va. Cuál es su asombro cuando se encuentra a Teddy Lawrence justo en la puerta.

—¡Señorita March! Aunque pronto será señora Brooke, ¿verdad? ¡Qué sorpresa!

Mayor sorpresa siente Meg por haber estado a punto de chocar con ese muchacho risueño que hace poco ha aterrizado en sus vidas.

—Josephine se ha marchado hace un rato, señorito Lawrence —dice apretando las manos contra el cesto.

El joven hace un aspaviento de lo más exagerado, entre la extrañeza y el fastidio.

—No sabe lo consternado que estoy, estaba seguro de que me había citado con ella aquí a esta hora… Pero es una suerte que la haya encontrado a usted aquí… —Entonces, Teddy parece reparar en su cesto—. Veo que ha preparado un verdadero festín, señorita March. ¿Acaso planean el banquete de bodas antes de tiempo? ¿O es algún otro tipo de celebración previa?

Al día siguiente será una mujer casada pero, como ese momento todavía no ha llegado, Meg se sonroja y baja la cabeza.

—Compórtese, señorito Lawrence —le regaña, aunque no puede reprimir media sonrisa ante la cara del muchacho, que parece la viva imagen de la inocencia—. Voy a comer con el señor Brooke, eso es todo.

Meg tiene una sonrisa tímida en los labios, pero cuando entorna los ojos recuerda una tarde, dos años atrás. Habían salido a comer fuera, era algo que a su querido John le gustaba. Decía que, en los parques, rodeado de verde, se olvidaba de todo lo demás. Sí, estaban en un parque, con la misma cesta y el

mismo mantel de cuadros que ahora tiene Meg cuando vinieron los agentes del secretariado de Bienestar Moral para llevarse a John.

—¿Y van a ir sin ningún tipo de acompañante ni supervisión?

—Simplemente a comer —repite, incapaz de entender el tono de burla de Teddy. Los recuerdos, de repente, la abruman.

Después de que a John se lo llevaran vino la ordalía de la confesión pública: la que afirmaba que él había sido tan culpable del incendio como lo había sido su padre y, luego, el castigo. Ella estaba con John también, cuando su prometido decidió asumir que su futuro estaba en la guerra. Lloró tantísimo esa jornada que, hoy, a pocas horas de su ceremonia de compromiso, Meg busca un nuevo comienzo. Busca otro picnic, con la misma cesta, el mismo mantel y su prometido, para que estos años se olviden lo antes posible.

—¿Señorita March? —Meg parpadea rápidamente para disipar la humedad que se ha acumulado en sus ojos—. Señorita March.

Teddy Lawrence la observa con preocupación.

—Ha sido muy agradable verle, señorito Lawrence.

Es todo lo que consigue articular Meg mientras, con su sempiterna sonrisa, esa que es ligera, incluso un tanto maternal, comienza a alejarse. Teddy no solo la deja pasar, sino que le dedica una florida reverencia que hace que el ánimo de Meg se alegre un poco mientras camina calle abajo, sin darse cuenta de que Teddy se ha quedado quieto junto a la puerta de su casa.

¿Cómo va a darse cuenta si tiene la cabeza en el día de mañana, cuando se convierta, por fin, en la señora de John Brooke? Está demasiado ocupada con sus vacilaciones y preguntas, propias, sin duda, de una futura novia, nerviosa por ese cambio que se avecina en su vida.

—¿John? —pregunta al llegar a la casa. Una mirada rápida, pura costumbre, le indica que hay algunos vecinos observándola con interés desde sus ventanas—. ¿Señor Brooke?

En ese vestíbulo tan pequeño, decorado con un papel pintado de alegres flores, Meg se inclina brevemente en señal de respeto.

La casa ahora es mucho más bonita, más acogedora.

Desde que regresara, su prometido ha pintado las habitaciones y también el exterior de un blanco inmaculado, el color ideal para comenzar una nueva vida. Ha arreglado molduras, puertas y ventanas, siempre con una sonrisa y buen ánimo. Hasta que no le requieran para el ministerio, como todos los que regresan de la guerra, no tiene nada más a lo que dedicar el tiempo. Cuando Meg entra en la casa ya escucha ruidos en el piso superior, el trajín de herramientas y un canturreo bajo.

—¿Señor Brooke? —pregunta mientras sube las escaleras.

Nada más llamarlo, el canturreo se detiene y el sonido de las herramientas

también. Meg llega a la habitación del piso superior donde está John Brooke, su amado John Brooke.

—Meg, querida, qué dicha verte —dice él mientras le dedica una breve reverencia.

Ella le corresponde adecuadamente y descubre qué tiene a su prometido tan atareado.

—Es… muy bonita, señor Brooke.

El Libro dice: «Un matrimonio feliz da pronto sus frutos». El Libro también dice: «El mayor regalo que puede hacer una mujer a su marido es darle hijos». John Brooke observa la cuna a medio construir en el centro de la habitación. Está prácticamente acabada, la madera clara, recién lijada, impregna con su olor resinoso toda la planta superior de la casita.

Meg sonríe. Experimenta una tirantez desagradable en las mejillas.

Quiso tanto a John Brooke. Era un hombre bueno, amable. Quizá no era el mejor conversador, ni el más ingenioso, ni el más apasionado de los pretendientes, pero ella tampoco lo era.

—Pensaba que debía hacer una.

—Por supuesto, cuanto antes mejor —añade ella, aunque solo pensarlo la aterre.

Meg conoce *qué* ocurre durante la noche de bodas o, al menos, sabe qué debería ocurrir en teoría, porque lo ha escuchado entre susurros y cuchicheos a otras muchachas de su edad; pero prefiere no pensarlo.

—Un matrimonio feliz da pronto sus frutos —murmura el querido John. Se frota los ojos, como si llorara—. El mayor regalo que puede hacer una mujer a su marido es darle hijos.

A Meg no le sorprende que John cite los mismos pasajes del Libro que ella. Al fin y al cabo, pasa las noches consultándolo. Nunca antes de la guerra le había visto hacerlo. Oh, John *conocía* el Libro del Buen Ciudadano, como todos, y seguía sus preceptos con rectitud, pero la guerra lo ha cambiado.

Frenética, Meg intenta apartar ese pensamiento de su cabeza.

—John, querido. —Le enseña la cesta de mimbre, primorosamente preparada—. He pensado que podríamos ir a comer juntos. Al parque.

—Al parque —rumia él. Toca con delicadeza la cuna—. ¿Por qué?

A John solía agradarle mucho el parque. A su John.

—Por mañana.

El hombre levanta la cabeza. Su ojo izquierdo, ese que parece estar llorando, se entorna en un pequeño espasmo.

—Mañana es la boda.

Meg sonríe. Cómo no va a hacerlo, si su prometido ha regresado.

—Sí, querido.

Su prometido, John Brooke. Lo quería tanto.

No, se amonesta Meg, lo *quiere* tanto.



—Sea lo que sea en lo que está pensando, señorita March, no es en su obra.

—Eso no es cierto, Müller —responde ella rápidamente.

El joven encoge los hombros y sigue concentrado en su propio trabajo mientras Amy se mantiene firme porque lo importante es demostrarle a Oliver Müller que no tiene razón aunque, a decir verdad, en el lienzo acaba de dar una pincelada de lo más antiestética justo en lo que debería ser el rostro de Meg. Amy hace un mohín apesadumbrado y se dispone a arreglar el estropicio.

Al cabo de unos pocos minutos, Oliver, mientras limpia uno de sus pinceles a conciencia, repite:

—Sigue sin tener la cabeza puesta en el cuadro.

Esa vez, sí, Amy deja que el fastidio no solo tome las riendas, sino que también la delate:

—Pero ¿acaso es tan grave? Estoy pensando en otras cosas…

En ella, en que ahora está de lo más natural con Oliver Müller en la misma habitación, como si el hecho de visitar donde vive hubiera cambiado algo en su interior, en su hermana Jo que a saber qué está haciendo y en el dolor que todavía siente por la discusión que tuvieron, por mucha razón (y eso Jo también lo sabe) que tuviera ella. Piensa en la boda de Meg del día siguiente. En ese cuadro que está pintando también piensa por mucho que Oliver diga lo contrario. Amy sabe que no es el que debería estar creando para la exposición pero, a pesar de todo, lo está haciendo. Siente una mezcla de orgullo, vértigo e hipocresía en la boca del estómago. Porque no puede ir diciéndole a Jo que no se meta en líos y, de pronto, decidir pintar su voluntad para que todos la vean.

—No, no. —Oliver agita las manos para enfatizar su gesto, manos manchadas de todos los colores del arcoíris que, cuando él se da cuenta se dispone a limpiar con la tela del pantalón. Amy lo observa atentamente, con algo de desaprobación al principio porque, ¡a quién se le ocurre limpiar la pintura en la ropa! Si fuera ella la encargada de limpiarle la ropa al muchacho, está segura de que le enseñaría algunos modales, piensa enfadada. Aunque ese

sentimiento queda rápidamente relegado cuando Oliver se levanta para acercarse—. No quería decir eso, señorita Amy —dice con voz suave.

Oliver tiene ese modo de moverse, cargado de fuerza contenida, como si cada uno de sus gestos estuviera preparado para la inmediata confrontación, y Amy descubre que le es realmente difícil apartar los ojos de él, y que cuando el joven se detiene a su lado, se le entrecorta el aliento.

Amy mueve la cabeza.

—¿Y qué quiere decir, pues?

—Que tiene usted un control exquisito de la pincelada pero que, esta vez, está distraída y está haciendo algo distinto. Algo diferente e interesante.

Al escucharlo Amy se ve obligada a fijarse, ahora de verdad, en su obra. Allí están sus hermanas. Marmee en el centro, ocupando la posición central. A fin de cuentas es la *mater familias*. A sus pies Amy ha esbozado ya a Beth. Dudó al comienzo, le habría gustado pintarla como la niña alegre que fue pero, al final, decidió pintar a la Beth real, a esa Beth enferma, de rostro demacrado que vive en el sótano y que se aferra a su Libro del Buen Ciudadano. Detrás de Marmee está Jo, a quien Amy ha tratado de plasmar quieta pero, a la vez, también ha querido dejar claro en su rostro tenso, en la mano que posa sobre el hombro de su madre, que está a punto de saltar.

Nada más ver a Jo, incluso a esa Jo pintada por ella misma, Amy resopla. Hasta un retrato de su salvaje hermana consigue sacarla de quicio.

Completa el cuadro ella misma, detrás de Meg, un poco alejada. Ni siquiera tiene rostro todavía, solo es una silueta expectante.

—No, no es posible. Estoy segura de que lo he hecho bien. *Siempre* lo hago bien —afirma rotunda.

Tras un segundo de pausa, Oliver se aproxima.

—No creo que lo haya hecho peor; pero mire.

Se fija, como le ha sugerido Oliver, que en ese momento está todavía más cerca, hecho que ella se obliga a olvidar, en sus últimas pinceladas. Son trazos rápidos, descuidados y gruesos, cosa que sería impensable en la Academia, pero por mucho que lo intente negar efectivamente tiene la cabeza en otra parte. Y, a pesar de todo, sus pinceladas también son, como ha dicho Oliver, interesantes. Con solo verlas Amy nota una punzada de urgencia, como si la velocidad con las que las ha trazado se le contagiara a través de la retina.

Cómo no, la parte del cuadro donde esa nueva forma de pintar es más evidente es en el rostro de Jo, realizado con el mismo trazo grueso, un tanto anguloso, que, desde luego, no refleja realmente cómo es su hermana y, por otro lado, de un modo extraño, sí que lo hace. Sí. Jo, que tiene la mala costumbre de creer que el universo gira en torno a sí misma, a sus convicciones y necesidades. Jo, que nunca jamás atiende a razones que no

sean las suyas.

Amy no puede evitar un resoplido indignado que llama la atención de Oliver. El joven se ha colocado a su lado y Amy, de todas las cosas en las que puede fijarse, lo hace en que su compañero tiene una mancha de pintura azul en la mejilla.

Cruza las manos al frente, tratando de convencerse de que actúa llevada por la casualidad, y no porque desee limpiar esa mancha.

—El profesor Smith jamás aceptaría algo así —masculla la joven con desidia.

Ya se imagina la expresión severa del profesor tornándose todavía más agria. Puede imaginar incluso sus palabras de desdén o hasta las acusaciones de que ese cuadro es arte degenerado.

—¿Qué sabe Smith de arte? —pregunta Oliver.

—¡Es el profesor!

—Es un maestro, uno de tantos. Uno que no hace más que decirnos que lo que debemos transmitir con nuestros cuadros es nuestro patriotismo, que tenemos que pintar para educar, pero ¿pinta usted por eso, señorita Amy?

De nuevo, ahí está esa pregunta de Oliver. Se la había formulado de muchas maneras pero Amy no ha llegado nunca a ninguna conclusión ni ha sido capaz de darle respuesta alguna.

¿Hace unas semanas? Hace unas semanas le habría dicho que Amy pintaba porque ese es su mejor talento y una buena ciudadana tiene que poner lo mejor de sí misma para el bienestar de los que la rodean, tal y como establece el Libro del Buen Ciudadano. Y Amy no habría mentido porque no decir una verdad al completo no implica mentir, ya que Amy también lo hacía por la distinción, por la gloria, por las alabanzas. Es incapaz de creer que nadie en la clase pinte solo por razones tan poco egoístas. A fin de cuentas, a todo el mundo le gusta un halago.

¿Hace unos días? Hace unos días quizá Amy le hubiera dicho que pintaba porque le gustaba. Porque lo hace bien. Porque la llena y porque muy pocas veces se siente tan completa como cuando está pintando. Incluso a pesar de lo que la obligan a plasmar en un lienzo, aunque a veces sienta que esos cuadros están vacíos, agujeros negros que no dejan traslucir nada o que, aún peor, absorben todo lo que hay a su alrededor como falsos ídolos.

¿Hoy? Hoy Amy está menos segura que nunca de qué responder. Pero Oliver insiste:

—¿Por qué se ha dejado usted para el final? —Amy arruga el entrecejo pero, enseguida, se arrepiente. Siempre ha leído que cuando una señorita pone caras raras corre el riesgo de quedarse así para siempre; por eso, suaviza el rostro cuando lo observa con un interrogante en los ojos—. No es lo común.

Normalmente cuando uno se retrata quiere quedar tan bien, y usted no creo que sea una excepción, y pone tanto empeño que comienza siempre por sí mismo.

Amy vuelve a observar el cuadro y trata de recordar por cuál de sus hermanas empezó a dibujar. No fue Jo, no fue ella en absoluto, eso lo tiene claro. Quizá fuera Meg que, a fin de cuentas, es la mayor. O tal vez Beth, ya que su enfermedad cambió tantas cosas… No lo recuerda pero, al mismo tiempo, siente que Oliver tiene razón, la figura que representa a Amy March no es más que un borrón.

Y quizá sea cierto. Porque Amy March lleva interpretando el papel que se espera de sí misma tanto tanto tiempo que, a lo mejor, no sabe pintarse, que a lo mejor no sabe cómo es su verdadera persona y, por eso, por la duda, por el miedo, por no saber a cuál de las Amy March retratar, se ha dejado para el final, apartada de sus tres hermanas, como si no formara parte de ellas.

¿Quién es Amy March? Una voz, una que se parece demasiado a la de su hermana Jo, empieza a decirle tantas cosas en su mente que, de pronto, Amy experimenta una sensación de asfixia y debe marcharse del aula.

«No pasa nada», se dice. No pasa nada por salir porque, al fin y al cabo, han prestado esa y otras aulas a todos los seleccionados para que creen las obras que expondrán en el día del recuento y no hay nada de malo en tomarse un descanso. No. No lo hay. Pero ella, igualmente, se siente culpable mientras la voz de su hermana Jo dice en su cabeza algo muy parecido a: «¿Ves? *¿Ves*? Yo tengo razón y tú no».

Quizá Amy necesite alejarse físicamente de ese dibujo, de sus hermanas. Quizá necesite también el aire fresco. Lo que ya no ayuda en tanta medida a la paz mental de la pobre joven es que Oliver, caballeroso pero inoportuno, aparentemente ha decidido seguirla.

Amy se detiene. La Academia de Buenas Artes de Concordia posee, en su opinión y en la de la mayor parte de estudiantes, los más bellos jardines de toda la ciudad, y ellos los usan como fuente inagotable de inspiración para bodegones y naturalezas muertas. Oliver Müller se queda a su lado junto a los parterres de crisantemos. Un ceño fruncido le ensombrece ese rostro, esas facciones redondeadas suyas. Amy ya está preguntándose qué le ocurre, si se ha enfadado con ella como lo ha hecho Jo, que lleva sin hablarla desde hace días, pero el joven, pasándose ambas manos por un cabello que ya traía irremediablemente despeinado de casa, dice:

—No quería cuestionar su modo de pintar ni su inspiración. Quería que lo supiera.

—Puede cuestionarme todo lo que quiera, ciudadano Müller. —Nada más abrir los labios, Amy ya se está arrepintiendo de lo que dicen pero,

igualmente, no puede evitarlo porque, quienquiera que sea Amy March, nunca podrá dejar de serlo—. Sabe que haré lo que considere oportuno. Como siempre.

Las últimas palabras, sin embargo, las pronuncia con un tono de duda que a ella misma le sorprende porque han sonado demasiado parecidas, aunque con una dicción y una elección de vocabulario completamente distintas, a lo que diría Jo. Oliver Müller debe notar su vacilación porque se acerca todavía un poco más a ella.

—¿Por qué ha decidido pintar a sus hermanas para la exposición? Es una elección que me ha sorprendido, si le soy sincero.

Lo que sorprende a Amy es la pregunta de Oliver porque parece más la cuestión que plantearía un amigo que... que…

En realidad, y ya está bien de negarse a la evidencia, Amy no sabe qué representa Oliver Müller para ella ni qué es ella para él porque, efectivamente, quizá desde que visitara los suburbios y, por fin, pudo comprobar de dónde venía Oliver Müller, qué escondía y por qué (y este pensamiento la sorprende todavía más) opina ella que es el mejor artista de su generación en toda la Academia, parece que ese secreto que guardan les haya hecho acercarse.

Y a ella, de nuevo, vuelve la sorpresa, no le molesta en absoluto. Es más, reconoce que ha estado buscando su compañía en las últimas semanas, como si Oliver Müller, y este pensamiento y esta actitud sí las reconoce como de Amy March, fuera lo único que pudiera alejarla de todo.

—Yo tampoco lo sé —responde finalmente—. Solo siento que tengo que hacerlo. ¿Cree que es indecoroso?

Porque a Amy no se le olvida, aunque esté pintándola sana, aunque no sea la verdadera Beth, una vez que no existe y que no tiene lugar en Concordia, precisamente por eso, su mero recuerdo ya podría considerarse un mal pensamiento. Pero, por supuesto, Oliver Müller niega con la cabeza. Él no cree que pintar a sus hermanas tal cual las ve sea algo indecoroso, pero si ella no lo preguntara, si no dudase al menos verbalmente, ¿no sería ella tan infeliz como él?

Oliver continúa negando con la cabeza mientras ambos pasean por esos jardines inmaculados, una especie de naturaleza domesticada, con los arbustos tallados de formas caprichosas, hasta que se aproximan a una pequeña parte del lugar, la zona de las flores de invierno que se abren con fuerza (dalias, crisantemos, petunias y pensamientos de colores inalcanzables) que, en opinión de Amy, sí es un sitio que parece salvaje, quizá sea lo único que parece salvaje en todo el jardín, en todo Concordia, con sus cámaras y sus pantallas y sus vecinos que observan por los visillos, lo único que es totalmente libre.

Se quedan en silencio unos minutos. Amy March porque, por primera vez en su vida, no sabe qué decir y Oliver Müller, con el ceño fruncido y las mandíbulas apretadas, como si estuviera pensando en algo con mucha mucha intensidad.

—Entonces… —rumia él finalmente—. Repito mi pregunta, si su pintura responde a sus sentimientos, ¿por qué le está quedando un cuadro tan violento?

—Porque así es como me siento.

Ya está. Ya lo ha dicho. Y, cuando lo hace, de pronto siente que no puede parar y Amy March le explica, a trompicones, con latidos que se entremezclan con sus palabras, con sus suspiros y dudas, la razón por la que se marchó tan apresuradamente de los suburbios, lo que ha hecho Jo, lo que hizo ella, lo que continúa haciendo su hermana. Amy March se lo cuenta todo (todo lo que puede contarle, claro) y se siente distinta a cómo esperaba hacerlo porque, de pronto, se nota más fuerte y, al mismo tiempo. más vulnerable. Y es una contradicción tal que imagina que puede salírsele el corazón del pecho de un momento a otro.

Oliver Müller no la interrumpe, la escucha en silencio, mirándola a los ojos y prestándole tanta atención que Amy se siente abrumada. Quizá porque atención es lo que lleva buscando toda la vida y, de pronto, en el lugar menos indicado, ha ido a encontrarla.

—Si la estuviera escuchando el profesor Smith —dice Oliver cuando Amy termina su relato—, a lo mejor le daba un patatús. Nunca ha sabido apreciar su verdadero talento para el arte.

—No le estoy hablando de arte, señor Müller —responde ella sin poder evitar una punzada de ofensa en el pecho, pues creía que él la había estado escuchando.

—Todo es arte, señorita Amy. El arte es la expresión de nuestros más hondos sentimientos. Y usted lo sabe. El profesor Smith, simplemente, no. Para él, el arte ha de quedar en la superficie. El resto es una infamia.

—Si eso que usted dice es arte —susurra Amy de pronto pensando en esa vulnerabilidad, esa cosa que hace que Oliver le pueda ver el alma a través de las pinceladas—, no sé si lo quiero.

—Podrá usted negarlo tanto como se le antoje, pero sus pinturas dicen lo contrario.

Amy, de niña, lloraba. Lloraba como lloran todos los niños pero, en su opinión, ella lo hacía demasiado. Lloraba cuando estaba contenta y también triste, lloraba de frustración y cuando se peleaba, situación que ocurría demasiado a menudo, con Jo. Hasta que un día Amy levantó la barbilla y dejó de hacerlo. Esa no era la Amy March que quería ser.

Amy March no llora, pero siente cómo un par de lágrimas cálidas corren por sus mejillas heladas. No tiene palabras para expresar lo que está experimentando y, quizá, no le hagan falta cuando se inclina hacia él y, haciendo caso omiso a todo lo que piensa su cabeza, lo besa en los labios.

Es, definitivamente, un arrebato. Una de esas acciones por las que, probablemente, la penitencia sea grave. Pero ahora mismo a Amy March todo eso no podría importarle menos porque siente el sonrojo subir por sus mejillas, nota la mano de Oliver entrelazarse con la suya mientras ella languidece un poco cuando él la sujeta y es, definitivamente, un beso que ven un par de estudiantes desde el otro lado de los jardines amén de unas cuantas cámaras.

En el mundo de Amy March no existen los besos así. Simplemente no existen. ¿Cómo van a hacerlo? En el mundo de Amy March no existen ni la pasión, ni la espontaneidad, ni el deseo, porque el deseo es una falta, el deseo es infelicidad y allí todos son felices. Entonces, ¿de dónde ha salido ese beso que le ha removido las entrañas?

Por mucho que lo piense, no logra saberlo porque si hay algo que realmente siente Amy mientras está besando a Oliver Müller sin importarle que la estén mirando es, precisamente, felicidad. Se siente la persona menos infeliz de Concordia.

21

Ya anochece. Se trata de un anochecer rojo, como todos los que han tenido a lo largo de ese mes, un color que augura frío y viento, como si el invierno fuera a ser permanente.

Ha sido un día extraño para Jo. A diferencia de su madre y sus hermanas, Jo no ha salido hoy de casa para compartir un picnic con su futuro marido, como ha hecho Meg, porque la perspectiva de un futuro marido a Josephine la sigue desconcertando, ni tampoco ha ido al trabajo, como Marmee, porque Jo ya no tiene trabajo.

Lo cierto es que Jo ha salido de su casa porque no concebía bajo ningún concepto quedarse allí, y lleva horas, literalmente horas, caminando por la ciudad con paso enérgico y el abrigo abrochado hasta el cuello.

Si camina, no piensa en su tremenda pelea con Amy. No piensa en la otra cosa, esa que ocurrió con Teddy. Ni siquiera piensa, mientras da un paso tras otro, con la vista fija en los adoquines colocados de forma geométrica en el suelo, en que está cometiendo una falta terrible.

Algunos de los transeúntes se la quedan mirando y Josephine, sí, primero abre mucho los ojos, aterrorizada, pero luego se da cuenta de que no la están mirando porque sospechen de ella, de lo que ha estado haciendo durante todo el día.

No, la observan con curiosidad porque es joven, porque debería estar trabajando, nada más.

Está a salvo, se dice. Ni siquiera es la primera vez a lo largo del día que ha sentido ese miedo cuando los vecinos la observaban; pero el miedo siempre acecha. La primera vez que hizo esto, Teddy la acompañaba. No deja de ser un crimen pero él, su amigo («¿Es mi amigo todavía?», se pregunta), lo hacía parecer una excitante aventura.

—Buenas tardes —saluda a una mujer que la examina con inusitada intensidad. No puede controlar que la voz le salga seca. Agresiva incluso.

—Que tenga usted unas buenas tardes también —responde la mujer,

claramente escandalizada, mientras se aleja.

Jo se reprende por su genio y este estúpido arrebato porque ¿y si alguien, irritado por su actitud, la denuncia? La penitencia por vagar sin rumbo no debería ser muy grande, pero aun así… no desea tantos ojos interesados en ella. No, porque entonces corre el peligro de que alguno se fije en lo que lleva bajo el abrigo.

Lleva la Verdad.

Puede que Amy destruyera su máquina de escribir, ese viejo artilugio, largamente lamentado, pero eso no es más que un pequeño contratiempo. Hay más máquinas de escribir en el mundo y, en cualquier caso, Jo podrá hacerlo a mano cuando se le acaben las hojas, un buen grueso de ellas, que al haber guardado a buen recaudo se han salvado del fuego.

Un buen grueso, sí, pero Jo se siente cansada, precisamente porque ha hecho grandes esfuerzos para que el pliegue de papeles esté en franco retroceso. Apenas le quedan unos pocos, cuatro o cinco hojas. El resto han sido cuidadosamente depositados en rincones de la ciudad, en buzones y huecos entre los árboles y en bancos del parque.

La bondad quiera que realmente ninguna de las cámaras marcadas con una señal funcione, tal y como le enseñó su amiga Frida.

Jo piensa muy a menudo en Frida pero lo hace muy quedamente.

Ha seguido repartiendo verdades hasta que la megafonía pública ha anunciado las cinco de la tarde, el momento en que las calles se han llenado, cuando todo ya es bullicio. Ha acabado más que cansada: agotada, pero también siente que hay una cosa menos rondándole la cabeza. Quedan muchas, desde luego, pero esta es una pequeña victoria.

Josephine, ahora, se detiene. Al hacerlo, fragmentos de su discusión con Amy le vienen a la mente como cristales afilados en las sienes. Todavía nota una rabia profunda contra su hermana menor. ¿Cómo pudo hacerle algo así? Todavía recuerda cómo fue una niña caprichosa, un tanto boba, o quizá solo era su percepción, como si jamás hubiera querido conocerla en profundidad a pesar de los lazos fraternales que las unen.

Todavía le quedan, como decíamos antes, unas pocas hojas. Son cuatro, cinco, fragmentos de esa verdad que Jo ha necesitado arrancarse del pecho para ofrecérsela a quien quiera escucharla, y sabe que no puede regresar a su casa con ellas. ¿Dónde puede dejarlas? ¿Dónde?

Camina unos minutos más. La calle ahora está llena de un bullicio apresurado. De los edificios que hay a su alrededor, grandes moles de cemento desnudo, salen decenas de personas, hombres y mujeres en perfecta armonía y Jo, con sus pasos vacilantes, es un obstáculo incómodo en medio de la calzada. Sumida en un creciente nerviosismo, no es de extrañar que Jo dé un

gran suspiro al encontrar el lugar indicado para dejar los últimos papeles: un anfiteatro cívico, idéntico al que frecuenta ella con su familia y, por el momento, desierto.

Ella va a sentarse, con la mayor de las devociones, en la grada superior. Lo hace como la han enseñado, con las manos recogidas en el regazo y las rodillas juntas. En la pantalla de momento solo se reproduce la información pública. Todavía falta casi una hora para que familias enteras se sienten en perfecto orden, en reverencial silencio, para escuchar a sus líderes.

«¡Ciudadano! ¡Ten cuidado con los lobos con piel de cordero!»

Allí se queda. Tiene los ojos abiertos, aunque se esfuerza en desenfocar la vista, en ver solo manchas de colores cambiantes.

«Noticias del frente: tras una cruenta lucha, las tropas de Concordia han combatido contra un enemigo muy superior y, valientemente, lo han derrotado. ¡Hurra por nuestros heroicos soldados!»

Le tiemblan las manos, heladas después de estar todo el día fuera, al extraer los papeles del interior de su abrigo. Definitivamente, no hay nadie. Ni siquiera es capaz de distinguir alguna cámara cerca.

Deposita los papeles en el suelo, con cuidado. Alguien, con suerte, los encontrará. O los leerá incluso. Pronto conseguirá una máquina de escribir nueva, se dice, entrelazando los dedos entumecidos, o escribiría a mano. Siempre le ha sido mucho más fácil expresarse así que con palabras, porque estas a menudo salen de su boca como un torrente, sin orden ni concierto, sin pensar en las consecuencias que puedan tener. En cambio la escritura, por rápida que sea, invariablemente es un acto más reflexivo.

Jo comienza a levantarse. Aún con todas las preocupaciones, se siente ligera.

Un momento después se sienta de nuevo, toda ella presa de una emoción indescriptible, un estremecimiento como si cayera en un abismo.

—¿Qué hace usted aquí?

Frida Bhaer solo desvía la mirada de la pantalla un segundo, pero eso basta para que a la joven le tiemble el cuerpo. Josephine no entiende por qué.

—Estaba paseando cuando la he visto.

—No es cierto —le replica aun contradiciéndola—. No me lo creo. Eso que me está diciendo es una mentira, ¿verdad? Usted vive en los suburbios. Y ni siquiera estamos cerca del secretariado. Estoy convencida de que es una mentira, sí.

Todavía tiene que acostumbrarse a ese concepto, a la seguridad de que la mentira es una parte más de sus vidas.

—Puede que la estuviera buscando —admite su amiga al fin con la cabeza ladeada y los ojos, esas pupilas oscuras, fijados intensamente en ella como si

quisiera examinarla no solo por el exterior, sino por dentro, hasta el fondo de su alma.

Entonces Jo observa con horror cómo Frida se inclina ligeramente. Sus manos enguantadas, manos pequeñas y delicadas, recuerda, buscan bajo los bancos del anfiteatro cívico hasta encontrar uno de los papeles.

Josephine hace grandes esfuerzos por respirar profundamente mientras su amiga, o alguien que creía su amiga por lo menos, aunque a la vista de los últimos acontecimientos quizá es alguien distinto a lo que ella pensaba, lee las pocas líneas allí escritas.

—Esto que está haciendo es muy peligroso, ¿sabe?

—Lo sé, yo… —Josephine se gira hacia su amiga. Lleva un abrigo de fieltro de un marrón triste, y un sombrero a juego, pero aun así sus facciones angulosas le parecen tan hermosas como siempre—. Tenía que hacerlo. ¿Qué más podía hacer?

Frida, en vez de responder, deja el papel donde lo ha encontrado, bajo las gradas.

—Al final veo que no se ha marchado. Pero que ha usado igualmente la información que le di.

Josephine entorna los ojos. Recuerda lo que le aconsejó Frida; que se marchara, que huyera, y no lo ha hecho. Pero también le habló de las cámaras apagadas, con sus triángulos amarillos. En realidad, toda esa tarde nefasta es una amalgama de evocaciones borrosas. Pensó en hacerle caso, y sabe, eso sí, que luego decidió no seguir esa idea.

—Intenté hacer lo correcto. —Vuelve a ella el viejo dolor, el viejo remordimiento de haberse salvado a costa de la vida de otra—. Fue mi tía, fue la supervisora March, cuando intenté confesar ella ya…

—Entiendo.

Aquello es como una absolución, una sensación parecida a la que ha experimentado las veces que se ha confesado públicamente ante sus conciudadanos, pero más natural, más hermosa. Otro de los pesos que aplastaba a Jo de repente se hace añicos, dejándole los hombros libres, el pecho ya listo para volver a respirar sin reservas. Jo baja la cabeza. Escucha un ruido, el roce de una tela con otra, cuando la mano de la señorita Frida se posa sobre la de ella. Es el más breve de los contactos.

—Usted y yo tenemos que hablar. No ahora. No aquí —añade con una mirada de soslayo hacia la gente a su alrededor.

La mano de Frida, cálida y seca, busca la suya otra vez y le da un apretón que a Jo le hace temblar las piernas, aunque la muchacha piensa que bien que podría ser de cansancio.

—¿Cree que podemos encontrarnos…? ¿Mañana? Tengo que hablar con

unas pocas personas antes. ¿Mañana puede dedicarme unos minutos?

—Se casa mi hermana —responde a pesar del extraño escalofrío que acaba de recorrerle la espalda al escuchar las palabras de Frida—. Mi hermana Meg. Se casa con el señor Brooke. Mañana no puedo.

—¿Es mañana?

Y esa mano que suavemente sujeta la suya se tensa. Maravillosa mano, tan sensible a cualquier cambio. Jo se aparta, dejando que sus dedos resbalen por la piel de su antigua compañera de trabajo.

—Sí, no quieren retrasarlo más…

—Esto es… Me alegro mucho por usted y por su hermana, señorita Josephine.

—¿Sobre qué quiere hablar conmigo?

Frida Bhaer de repente tiene una mueca de determinación en el rostro.

—Ahora no. Aquí no. En casa del novio, ¿dice?

La mujer se levanta. Le dedica a Jo una ligera sonrisa, como si recordara que debe hacerla en el último momento, y comienza a apartarse.

—¡Espere!

Josephine sabe de dónde ha salido ese grito, aunque quizá venga de una necesidad acuciante, aunque sorprendente, de retener a la mujer junto a ella un poco más.

Frida Bhaer se para en seco, y su pose de perfecta ciudadana flaquea un segundo mientras añade:

—Sea paciente, Josephine. Vuelva a casa. No llame la atención.

Oh, aunque la paciencia se cuenta entre las siete virtudes, Josephine March no destacaba por tener demasiada. Observa cómo la mujer se aleja, más y más, hasta internarse en la corriente de ciudadanos que regresan a sus casas.

Jo todavía no se levanta. Para disimular, fija la mirada en la pantalla durante unos minutos. Lee cada titular y cada eslogan, una buena ciudadana más entre tantas. Esto, contra todo pronóstico, la hace sentir bien. Son palabras familiares, que llegan y resuenan dentro de ella y en todo lo que ha sido su mundo hasta ahora. Son palabras que no necesita cuestionarse, ni reflexionar.

Cuando considera que ya ha pasado un tiempo prudencial se pone en pie. Es hora de regresar a su casa, y eso mismo hace. Está cerca, unos pocos minutos caminando en los que intenta no pensar en esta conversación tan breve, tan extraña con Frida. Procura también no pensar en su mano, aunque es ciertamente difícil, y no sabe por qué.

Ya está llegando a su casa cuando siente un pellizco de alarma en el corazón: hay una figura cerca de la vivienda, y resulta ser Teddy. ¿Qué hace él

ahí? ¿Quizá la está esperando a ella? Al fin y al cabo, Teddy y Jo tienen una conversación (y una que, Jo se teme, va a ser difícil) pendiente. Por fortuna, el muchacho se escabulle rápidamente hacia la mansión Lawrence y Jo puede seguir su camino hasta su hogar.



Josephine, esta tarde, no solo regresa a su casa. Esta tarde, es como si por unas horas nada hubiera pasado, como si entre las cuatro paredes de la residencia familiar las últimas semanas hubieran sido un espejismo.

Después de que llegara Jo, lo han hecho Amy, Meg y, finalmente, como siempre tarde, como siempre agotada, ha regresado Marmee. Jo y Amy, durante unos minutos, han mantenido aquella frialdad que las ha separado en los últimos días, tratando de no hablarse, no mirarse, y de no estar nunca la una en el camino de la otra, mientras que Meg ha estado nerviosa, con la cabeza en otra parte.

Pero ya al anochecer, entre el noticiario nocturno y la hora de la cena, todo ha comenzado a cambiar. Ha sido un cambio gradual, como una lluvia que cala poco a poco, que ha hecho darse cuenta a las mujeres March que esa noche, una velada que parecía ser menos fría que las anteriores, era la última antes de que todo se transformase. La última con Meg viviendo bajo el mismo techo. A partir de ahí, mucho o poco, su pequeña familia tendría que variar, que adaptarse.

Esa noche Marmee y Meg preparan un pequeño festín. Con un poco de proteína y grasa alimenticia, la ayuda de pan seco humedecido con agua, han cocinado unas exquisitas albóndigas, y con una sopa deshidratada, unas pocas especias, alguna verdura que había sobrevivido desde el último reparto, han podido elaborar una salsa sabrosísima. Mientras la casita se llena de un delicioso aroma, Jo sale del sótano tras visitar, como siempre, a Beth. Nada más atravesar la puerta, se choca de cara con Amy.

Como ha sucedido en los últimos días Jo deja escapar un suspiro de fastidio, Amy otro lleno de indignación, y ambas deciden apartarse del camino de la otra. Sin embargo, tras dar un paso hacia atrás, las dos se detienen.

No solo eso: Jo, al igual que Amy, se queda muy quieta.

Josephine March es demasiado tozuda para pedir perdón, más cuando la muchacha está convencida de no haber hecho nada malo *per se*.

Es Amy, en realidad, quien tras un largo suspiro, dice:

—Esta es la noche de Meg. —Por las bondades habidas y aunque le cueste tragarse su orgullo, Amy sabe perfectamente que su hermana no cederá. No lo ha hecho en toda su vida, no lo hará ahora—. Y vamos a romperle el corazón si no tiene una velada especial.

Josephine, ante esas palabras, frunce el ceño no solo porque, mal que le pese, cree que Amy tiene razón, sino que… ¿Cuándo ha sido que Amy se ha hecho mayor? ¿Desde cuándo Amy, aun siendo tan vanidosa, aun preocupándose por cosas vanas como sus vestidos, su nariz, o lo que digan los demás, ha desarrollado un lado sensato?

De la cocina les llega el sonido de cuatro manos hacendosas y de voces cuchicheando.

—Me duele todavía lo que hiciste, Amy —susurra Jo con el ceño fruncido —. No tenías derecho a destruirlo todo. No tú. Tú deberías entenderlo. Tú sabes lo que…

Amy inspira aire por la nariz, levantando la cabeza. Sus bucles rubios tiemblan de indignación, pero se contiene.

—No te atrevas a mencionar tus… tus actividades aquí —le espeta—. No. Podemos pelearnos mañana si tanto te apetece, Jo, pero no hoy. Por Meg.

Y es la noche de Meg. En la alta sociedad, las muchachas se reúnen con sus pares la noche antes de sus bodas. En esas reuniones a la futura novia se le suele desvelar entre cuchicheos, sonrojos y pastelillos de azúcar, los misterios del matrimonio. Las hermanas March están al borde de una solemne pobreza pero, aun así, si alguien merece una noche de despedida, de fiesta antes de atarse de por vida, esta es Meg.

—Lo que hiciste… —repite Jo, obstinada.

—Hecho está —insiste Amy, que decide adoptar el papel de Jo: ser tozuda, cerrar con fuerza la boca y plantar ambos pies, pies delicados, como de muñeca, en el suelo.

Jo cruza los brazos. Baja la barbilla con el ceño fruncido pero, por esta vez, es Amy quien consigue que Jo asienta con un gesto brusco pero sincero.

—Por Meg.

—Por Meg —sentencia de nuevo Amy, como si fuera un juramento.

A partir de ese instante, del mismo modo que lo hace un reloj al que le dan cuerda, todo comienza a funcionar de nuevo. Amy se acerca a la cocina donde Marmee y Meg hacen grandes esfuerzos por demostrar que no habían estado escuchando su discusión y las ayuda de modo que la cena está lista en unos pocos minutos. Mientras tanto, Jo acondiciona la mesa del salón. Coloca el mantel blanco de las grandes ocasiones y copas de verdadero cristal, un regalo de bodas de algún pariente lejano cuando sus padres se casaron.

Al poco rato, Marmee, Meg y Amy salen de la cocina con la solemnidad de una procesión.

—Vamos a sentarnos alrededor de la mesa —las apremia Marmee.

Como es su costumbre se sientan, murmuran las bendiciones y agradecimientos por todos los manjares que tienen delante. Durante la cena hay una especie de complicidad que creían perdida entre ellas que hace que la conversación pase naturalmente de un tema al otro, que hablen de recuerdos de la infancia, de su querido padre, de sus travesuras de niñas y de lo sabrosa que está la comida. En alguna ocasión, las tres hermanas se ríen con una risa inocente, reminiscencia de un pasado más feliz.

Todo el tiempo, su madre las observa con una sonrisa triste. Marmee March atesora estos momentos como algo precioso, pero acabada la cena decide que va a hacer un sacrificio y se levanta.

—Estoy muy cansada, hijas. —Todas contemplan su sonrisa triste y quieren preguntar a qué se debe—. Creo que me voy a acostar.

—Marmee, ¿te encuentras bien? —se apresura a preguntar Jo, casi levantándose de la silla.

Desde que papá se marchara, Marmee ha trabajado por dos sin abandonar todos sus actos de caridad y ahora la muchacha cae presa de un súbito terror, de la sospecha de que su madre también esté enferma, y que a ella no puedan esconderla en el sótano.

—Quiero descansar, mañana nos espera un día muy atareado. Buenas noches, mis queridas hijas. —Marmee, como había hecho años atrás, besa la frente de cada una de ellas. Cuando le llega el turno a Meg, que cierra los ojos, se demora un poco más de la cuenta y al incorporarse, añade—: Sabéis que tengo el sueño ligero. Quizá podríais buscar algún lugar de la casa lo bastante alejado como para que yo no escuche vuestras charlas.



Ese regalo, porque decididamente Marmee se sacrifica para regalar una noche memorable a sus hijas, no está libre de peligro. Para mantener a Beth a salvo esta tiene que desaparecer, no debe ser ni mencionada, pero cuatro muchachas hablando, riéndose en el sótano de la casa March desde luego que podrían llamar la atención de cualquiera.

Aun así, lo hacen. Cargadas con platos y bandejas repletas con los postres se dirigen hacia el sótano. Todo vale la pena por ver la expresión de Beth:

¡Júbilo! ¡Asombro! El rostro, flaco, anguloso de la más joven de las March se llena de esa luz que la hacía siempre tan especial mientras ese primoroso mantel blanco acaba cubriendo el suelo del sótano. Cuando aquellas copas de un cristal verdadero, lo acompañan, todo vale la pena.

Habían sido niñas tan felices, las cuatro hermanas March, cada una distinta, pero unidas por un vínculo que había parecido inquebrantable…

—¡Meg, Meg! —susurra Amy, nerviosa—. Meg, ¿te sientes preparada?

—Oh, Amy, cómo puedes preguntarle esto, qué vergüenza… —la regaña Beth, que, después de comer golosa los postres, está como una reina con el Señor Bigotes en el regazo. En poco tiempo, el gato ha pasado de ser un cachorro enclenque a una diminuta pantera que salta sin parar, maullando para llamar la atención.

Definitivamente, Meg se ha sonrojado. Baja la cabeza con decoro y, al fin, toma con ambas manos una pastita diminuta.

—Creo que sí. Es… es mi deber como esposa. No —rectifica— como ciudadana. Además… el señor Brooke ya ha acabado de construir una cuna para cuando la hayamos de menester.

—¿Por qué debería ser tu deber? —Al mismo tiempo que Jo habla, Amy le lanza una mirada llena de alarma, una mirada que quiere recordarle su tregua de hoy, pero ella no se detiene—. ¿No es su deber como esposo amarte y respetarte? ¿Y no es el mayor de los respetos que… que…?

—Pero Jo, si piensas así, no vas a casarte nunca… —la interrumpe Beth, que al ver la expresión alarmada de su hermana mayor deja escapar una risita.

—He oído que… —comienza. Se arrepiente en seguida. Cómo no va a hacerlo cuando todo su cuerpo se llena de un cosquilleo y sus mejillas se enrojecen. Está tentada a no acabar la frase para mantener el decoro, pero es su responsabilidad arreglar el desaguisado que ha provocado Jo con sus palabras—. He oído que es bastante… agradable. Lo que ocurre. Entre marido y mujer durante la noche de bodas.

Amy no solo acaba la frase a toda velocidad, sino que lo hace con la cabeza llena de ideas, de dudas, y de un pensamiento efímero hacia cierto compañero suyo de la Academia que la muchacha se esfuerza por ignorar.

Por lo menos, pasa vergüenza por una buena razón, ya que Meg parece momentáneamente aliviada.

—Además… —de todas ellas, Beth, la pobre Beth, es la que parece más envalentonada— ... seguro que antes, cuando te cortejaba, habíais estado a solas. Lo habéis estado, ¿verdad?

Ahora es Meg quien alcanza un color encendido en los pómulos.

—Ya sabéis que ha sido un cortejo difícil… —comienza, dolorosamente tímida—. Sí, ya lo sabéis, ¡no pretenderéis que os cuente la historia de nuevo!

¿Cómo? ¡Al contrario! Una cascada de risas y de confidencias la coge por sorpresa. Incluso una voz, cree Meg que se trata de Jo, le pide por piedad que les vuelva a contar la historia, aunque la saben de memoria.

Explica que fue un cortejo lento, ya lo saben. Que John Brooke y ella se conocieron a través de su padre, ya que John trabajaba con papá en el ministerio. Fue un galanteo largo, pausado, en el que John Brooke primero la miraba de lejos, aunque muy intensamente, y luego se atrevió a hablar con ella en un acto público. Fue precisamente durante el recuento de méritos.

—Pero por lo menos os habéis besado, ¿verdad?

—¡Beth! —Todos los colores suben a las mejillas de la mayor de las March pero, aun así, responde—: Es… muy agradable.

Esa revelación da paso a un coro de risitas porque, al fin y al cabo, son jóvenes y hablar de besos, de cortejos, es excitante. Una que se tuerce para Jo cuando de repente Beth se gira hacia ella.

—¿Y a ti? ¿Te ha besado Teddy?

—¿Teddy? Por qué tendría él que…

Y en este instante la expresión de Jo pierde el color, y su rostro se queda lívido. Beth se remueve, incómoda, como si se diera cuenta de que con sus palabras ha alterado de algún modo a su hermana.

—Hace semanas que hablas de él, que vas con él en su carruaje… Es lo que se hace durante un cortejo, ¿no es cierto?

Jo levanta la mirada, desesperada. ¿Es eso lo que se hace? ¿Ha estado Teddy cortejándola todo ese tiempo? ¿Por eso la besó? ¿Y por qué, se pregunta la joven, por qué ella ha tenido que enterarse tan tarde de lo que Teddy pretendía? ¿Acaso no podía decírselo él?

—Me ha besado —dice al fin.

No explica dónde, ni en qué circunstancias, pero, a pesar de la vergüenza lacerante que la embarga, Jo les cuenta a sus hermanas lo que ocurrió, es decir, el beso, y el rechazo que ella experimentó de inmediato. A medida que lo hace, se siente más tranquila, la hace bien sacarse todo lo que percibe en su interior, pero de ahí pasa a la decepción cuando sus hermanas se emocionan primero, y luego, Meg, con pose satisfecha, le dice:

—No seas tan dramática, Jo. Fue solo un beso. Vas a acostumbrarte a ellos, todo el mundo lo hace. Incluso yo lo hice, al principio lo consideraba…

—Pero no está diciendo que se le hiciera extraño, Meg. Ha dicho que no quería que se lo diera —puntualiza Amy de repente.

Josephine se la queda mirando, sorprendida, porque de Amy siempre habría esperado menciones a su familia, quizá un gesto de emoción al pensar en los contactos y la posición social de Teddy, no que saliera en su defensa.

Aunque ya lo hizo, recuerda Jo. Aquella noche, cuando la tía March la

despidió.

Aún aturdida, Jo levanta las manos. Este es el momento elegido por el Señor Bigotes para saltar sobre su regazo y, de ahí, al suelo.

—Dejémoslo estar, ¿no os parece? Al fin y al cabo, esta es la noche de Meg. No deberíamos hablar de mí…

Quizá intuyen que, realmente, el tema de los besos, por lo menos los de Jo con Teddy, pueden generar conflicto. Josephine aprieta los labios, se muerde la lengua. Además, se recuerda, Meg es la protagonista. Y no hay más que hablar. En seguida Beth, que no está habituada a tener tanta compañía junta, comienza a parlotear, empieza a preguntarle a Meg por los preparativos de la ceremonia del día siguiente, por su vestido de novia y el traje del novio.

Esta acaba siendo, incluso con algún altibajo, una noche memorable para las hermanas March. Se ha convertido en una velada hermosa, llena de risas, de instantes para atesorar, y es una maravilla que sea así, porque también será la última.

22

El día siguiente amanece con tintes de cambio. Ya la noche ha sido la más cálida de los últimos meses y, como si realmente la fortuna fuera a sonreír sobre la ciudad de Concordia, el día amanece de un pálido color rosado que se vuelve rápidamente azul.

En el sótano de la casa March, se desarrolla una escena bucólica: cuatro muchachas, cuatro jovencitas como cuatro soles, duermen. Se fueron quedando, una a una, dormidas sobre las mantas y los cojines que habían colocado en el suelo para su picnic pero, ahora, despiertan.

Lo hacen al son de una música alegre.

Josephine March es la última de las hermanas en abrir los ojos, la última en desperezarse y la que lo hace con más entusiasmo.

—¿Viene de la mansión Lawrence? —pregunta, asombrada. Ya tiene la boca abierta en una mueca de sorpresa cuando exclama—: ¡Tenías razón!

Beth, en ese momento, mueve la barbilla arriba y abajo, orgullosa.

—Os dije que se escuchaba la música perfectamente…

¿Cuántas veces lo había hecho? ¿Y cuántas veces Jo había creído que su hermana exageraba? Jo lanza una mirada rápida hacia Beth, que tiene una expresión más plácida y contenta de lo normal. Es más, se la ve ensoñada, atenta a esa música fantasmagórica que se cuela por los cimientos de la casa mientras rasca detrás de las orejas al Señor Bigotes, que ha dormido en el sótano con ellas.

—Beth, yo… —comienza a disculparse, pero su discurso es interrumpido por un torbellino fraternal:

—¡Hemos dormido demasiado! —exclama Amy.

—Quedan muchas cosas todavía por hacer… —Meg se lleva las manos a la cabeza.

Hay un proverbio que afirma que una boda trae una dicha equivalente a las horas de preparación que se han necesitado para celebrarla. Si es así, la boda de Meg con el señor Brooke será maravillosa. Tendrá lugar, como es

costumbre, en la nueva casa de la familia Brooke, en ese jardín que tan primorosamente preparó Jo y, como es costumbre también, todo el mundo está invitado.

Es un momento importante, una boda. Un buen enlace puede cambiar la reputación de un buen ciudadano, para bien o para mal.

—No podéis… —Una vocecita, la de Beth, hace que las hermanas se detengan cuando se disponían a salir del sótano—. ¿No podéis quedaros un poco más? Ha sido una noche tan maravillosa…

—No, querida —se apresura a explicarle Meg con tono dulce—. No podemos. En realidad, hemos pasado demasiado tiempo aquí, es peligroso…

A un gesto suyo, una seña tan firme que incluso resulta rara en Meg, Amy y Jo comienzan a subir las escaleras. Poco se esperan que Beth, en uno de esos arrebatos de energía que a veces la poseen, se lance tras ellas.

—¡Esperad! Esperad, os lo suplico…

Sus palabras quedan súbitamente interrumpidas por un acceso de tos que la dobla y la hace caer hacia delante aunque, por suerte, Amy está allí y la sujeta.

Así, el día que ha comenzado con cuatro sonrisas radiantes, se torna en llanto, el de Beth, que se queda atrás, a los pies de la escalera, y el de sus hermanas, que suben apresuradamente, que cierran la puerta del sótano con fuerza tras ellas.

A pesar de todo, el tiempo no perdona y tienen tantas, tantísimas cosas que hacer que la terrible escena y los sollozos de Beth quedan atrás, engullidos por una actividad frenética: hay que ayudar a Meg a vestirse con su vestido de novia, que pertenecía a Marmee y que realza si cabe su belleza. Amy se viste con su vestido rojo, el de las grandes ocasiones, ese que tiene unos bordados maravillosos en los puños y cerca del escote, mientras que Jo, por una vez, se enfunda sin rechistar ese vestido verde que tanto aborrece.

Como si Teddy hubiera estado espiando sus movimientos, en cuanto las hermanas y la madre están listas, reunidas en el vestíbulo, la música de la casa de al lado deja de sonar.

Eso permite escuchar el sonido de cascos de caballos. Es la tía March, que llega en un carruaje del secretariado de un blanco inmaculado. La mujer, por su posición y estatus viene a actuar de paterfamilias. Con su cabello gris recién cortado y porte majestuoso, entra en la casa para alabar a Meg. Le dice que está radiante, que está hermosísima. La presencia de Jo, en cambio, queda convenientemente ignorada y ningún vestido verde que lleve la muchacha puede arreglarlo.

—Es el momento, querida —le dice la tía March a Meg, ofreciéndole un brazo—. Tu gran día.

—Mi gran día —musita ella, convertida en la viva imagen de la modestia.

Así, de esta guisa, tía y sobrina salen de la casa seguidas de Marmee, de Amy y de Jo, que antes de marcharse golpea el suelo, como hace siempre, y le parece escuchar un sollozo fantasmagórico.

La familia al completo se acomoda en el carruaje, más grande y más espléndido, sin duda, que el de Teddy Lawrence, y comienza su trayecto, casi una procesión. A medida que avanzan, cada vez más rostros surgen de las ventanas, los siguen con las miradas. ¿Quién puede culparlos? ¿Quién va a perderse ese espectáculo de radiante orgullo en la cara de la madre de la novia, de expectación en la afortunada futura señora Brooke, de felicidad, aunque manchada de un punto de envidia y también de tristeza en las más jóvenes, seguro prontas a seguir el camino de su hermana mayor?

Un observador sagaz, sin embargo, vería cómo mientras se alejan de la casa de la colina, la expresión de Josephine March flaquea un segundo al darse la vuelta para observar su propio hogar. Allí ha quedado Beth, llorando todavía, y Jo no tiene claro si explicarle las aventuras del día y traerle, si puede, alguna golosina robada del banquete nupcial, bastará para consolarla.

También observa la mansión Lawrence al otro lado de la calle. No ha visto a Teddy desde el día anterior pero, por alguna razón, imagina que saldrá al mismo tiempo que ellas, incluso que acompañará el desfile nupcial, pero la residencia parece un paisaje pintado, nada se mueve allí, ni en su interior ni en el jardín.

—¿Creéis que..? —La pregunta de Meg hace que Jo gire la cabeza. Tiene esa sonrisa helada, de muñeca que sonríe porque así la han creado, no porque sienta algún tipo de felicidad, tan distinta a la que tenía Meg la noche anterior cuando hablaba de cómo conoció a John Brooke, de cómo se enamoró de él —. ¿Creéis que va a haber mucha gente?

No se atreve a contestar porque no sabe qué respuesta querría escuchar Meg. Ante la duda, se inclina hacia su hermana y le sujeta la mano con fuerza.

Por supuesto, Amy, mucho más dada a ese tipo de cosas lo soluciona con un «Va a ser un momento inolvidable, Meg. Vendrá el vecindario entero, todo el mundo», ante lo cual su hermana se relaja visiblemente.

Amy también pone una mano sobre la suya y Jo se da cuenta de que, por el momento, la tregua sigue en pie.



Beth, desde niña, ha sabido qué le ocurría a la gente enferma. Era algo no solo

bueno, sino celebrado doblemente en su casa por el beneficio que reporta a la sociedad y por ser su padre funcionario en el Ministerio de Sanidad. Por eso mismo, cuando enfermó, la primera vez no sintió miedo.

Había visto innumerables veces las comitivas de autopropulsados que recogían a los afectados por mala sangre y los llevaban una de las Casas de Salud de Concordia mientras los niños y niñas más pequeños los despedían con la mano; la sociedad no se podía permitir más cargas, era otro esfuerzo de la guerra como los racionamientos y los cortes de electricidad.

Años más tarde, cuando la enfermedad regresó y Beth comenzó a experimentar las náuseas, la debilidad en las extremidades, supo que no superaría otro examen y aceptó su destino con valentía.

Luego, claro, vino el plan. El sótano. Su familia cometió un crimen y mintió: dijeron que había muerto y entregaron un cadáver que no era el suyo a las autoridades para que fuera incinerado.

Beth se frota los ojos, que siente en carne viva, pero, aun así, logra levantarse. Desde que sus hermanas se marcharon, se ha quedado postrada en las escaleras del sótano, derrotada.

—Qué envidia siento de usted, Señor Bigotes —susurra inclinándose un poco hacia el animal, que se ha acercado a consolarla—. Usted sale y entra, va donde le place. Al fin y al cabo, es un gato.

El Señor Bigotes deja escapar un maullido suave y de repente levanta las orejas. Se aparta de Beth y, como si hubiera decidido hacer lo que de él envidia su joven ama, sale corriendo escaleras arriba al tiempo que se escucha un sonido seco: la puerta. Primero, la de la entrada. Después, oye un chasquido que proviene de la entrada del sótano.

El corazón de Beth se acelera a un ritmo irregular, ella nota que se le seca la boca aun sabiendo perfectamente la identidad del visitante que llega, más elegante de lo que lo ha visto nunca, precedido del esquivo minino.

—¡Teddy! —Beth, desconsolada, se lanza en su dirección. Es tan poca cosa, piel y huesos, que a Teddy no le cuesta apenas sujetarla, retenerla con firmeza, pero delicadamente a la vez mientras Beth vuelve a sollozar—. Oh, Teddy, has venido…

—Por supuesto que he venido… —responde él, dándole el más fraternal de los abrazos. Teddy entonces se carga de paciencia. Espera a que Beth se calme, a que pare de llorar, y la ayuda a sentarse entre los cojines de su diván. Con sus dedos finos, de pianista, aparta un mechón de pelo húmedo que le ha quedado pegado a la mejilla—. ¿Cómo no iba a venir?

—Pero te vas a marchar como todos. A la boda de Meg.

—Tengo que ir, aunque nada me gustaría más que quedarme aquí contigo…

—No deberías decir mentiras, Teddy.

El gesto de Teddy se tuerce unos instantes, al igual que su sonrisa.

—Eres demasiado lista para esas cosas —reconoce al fin. Apartando al gato a un extremo, que se ha hecho amo y señor de un lado del diván, Teddy acaba por sentarse—. Por supuesto que tengo ganas de ir a la boda de Meg. Va a ser un gran acontecimiento, la celebración que Meg se merece…

—¡Oh, lo sé, lo sé! ¡Y daría lo que fuera por poder ir!

—Es peligroso, Beth… —comienza el muchacho pero, para Beth, esas palabras ya están vacías de significado.

—Es tan horrible estar aquí sola…

El llanto regresa tan virulento como lo hizo antes, aunque esta vez hay un brazo amigo que le rodea los hombros, que la acuna, y una voz suave que le miente:

—No estás sola, Beth. Tienes a tu madre y a tus hermanas, y me tienes a mí… Te acompaña la música que toco cada día para ti…

La joven ahoga un sollozo, trata de levantar la barbilla con entereza.

—Sí, hoy también la he escuchado, gracias… Me alegro de que me encontraras —añade.

Él aprieta la mandíbula, le acaricia un mechón de pelo como si no le disgustara su tacto a paja seca.

—Y yo de que me encontraras tú a mí, Beth.

Fue esto lo que ocurrió. Hace semanas, o meses quizá, ya que el tiempo parece transcurrir tan lentamente aquí abajo. Todo el mundo se había marchado ya a sus distintos quehaceres cuando Beth escuchó, aterrorizada, la puerta del sótano. Teddy bajó las escaleras con paso vacilante, y allí la encontró. Esa primera visita, Teddy la pasó disculpándose por haberla asustado, le dijo que había entrado en la casa buscando a Jo…

Desde ese momento, las visitas se fueron multiplicando, siempre cuando la casa quedaba desierta y, cuando Teddy no podía ir a verla, tocaba para ella.

—Pero estoy muy triste, Teddy. Y también muy enfadada. ¿Te has dado cuenta de que lo estoy? —Ella misma, todavía apoyada en Teddy, se responde —: No, no te has dado cuenta. Porque soy callada, porque me he visto obligada a estar aquí escondida y entonces todo en mí se oculta también, incluidos mis sentimientos, aunque aquí abajo no es como arriba. Aquí podría dar rienda suelta de ellos, y no lo hago. —En este momento, sí, un poco de esa rabia de la que habla Beth aflora en sus facciones, en forma de sonrisa—. Voy a morir pronto de todos modos, lo siento en los huesos, y… ¡y lo odio! Porque sé que no debería estar aquí, que soy una carga para mi familia, y querría marcharme y a la vez me gustaría hacer tantas cosas…

¿Qué puede hacer Teddy ante esta conversación que se está volviendo tan

truculenta? El muchacho hace lo poco que se le ocurre; abrazar con fuerza, pero no demasiada, a Beth, y susurrar:

—No digas eso, Beth.

—¡Pero es verdad! —Se zafa de él. Evidentemente, si Teddy quisiera podría retenerla pero no lo hace, deja que Beth se levante con gesto brusco, y deja también que dé dos pasos hacia la puerta sombría del sótano—. Teddy, desearía tanto poder salir de aquí... —pide entonces en un tono casi inaudible.

—Tengo que marcharme ya, Beth.

—No, por favor, quédate un poco más…

Él se levanta, pasa junto a la muchacha de camino a la salida.

—Teddy…

—Me esperan en la ceremonia, Beth.

—Por favor…

Teddy hace oídos sordos, endurece su corazón. Sube los peldaños hacia la superficie guiándose con una mano en la pared. Ojalá pudiera transmitirle a Beth cuánto le duele dejarla allí. No, piensa, no es necesario comparar; su dolor no tiene nada que envidiar al de la joven, de eso está convencido.

Pobre Beth… Cuanto más conoce a las hermanas March más admirado se siente por ellas, por su entereza. Quizá no por su bondad. Al fin y al cabo, hace tiempo que comprobó que no eran tan rectas como querían aparentar. Beth es un gran ejemplo de ello. Han mentido por ella, la han ocultado y eso es un crimen, aunque sea por amor.

Sí, las admira, aun con eso. Admira la rectitud de Meg, el saber estar de Amy junto a esa firmeza de roca, y también, y es algo más que admiración, a Jo.

Llega a lo alto de la escalera y se da la vuelta un momento. No ve a Beth, no la escucha, y eso es garantía segura de que la muchacha lo está oyendo a él.

Al fin, Teddy sale. Cierra la gran puerta del sótano tras él, que suena como una losa. Entonces, Theodore Lawrence se detiene.

Allí está la gran llave puesta en el picaporte, la que sella el sótano y la existencia de la menor de las hermanas March, pulida por el uso.

Teddy se marcha sin girarla.



Todo el mundo coincide en decir que la novia está radiante. La viva imagen de una buena esposa, como recién salida del Libro, como si hubiera emergido de uno de los cuadros de la pinacoteca nacional de Concordia.

La boda ha comenzado a la hora señalada. Meg ha caminado entre miradas llenas de admiración, alguna incluso de envidia. Lo ha hecho apoyada en el brazo de su tía mientras algunos susurraban: «¿Verdad que es una idea encantadora?». «Debido a la ausencia de su padre —comentan otros después —, bendito sea en su redención y su sacrificio, él y todos los soldados, la tía de la muchacha, con su pose regia, es la mejor opción para llevarla hasta la casa.» Sí, es una visión encantadora ver a tía y a sobrina avanzar hasta el templete que tan cuidadosamente ha preparado John Brooke, y que ya ha florecido. El novio ya las espera allí, rodeado del aroma de las rosas de invierno.

Luego, algunos dirán que han visto a Meg caminar con la cabeza gacha, símbolo inequívoco de modestia, y al señor Brooke aguardar bajo el baldaquino con creciente expectación aunque lo cierto es que los pasos de Meg han sido más bien dubitativos, y el señor Brooke tenía la mirada perdida, como fija en un horizonte lejano. La pareja se ha dado la mano y la honorable ciudadana March se ha colocado frente a ellos, Libro en mano, dispuesta a leer algunos pasajes para la reflexión de los novios y de todos los asistentes.

«El matrimonio es un deber sagrado. El matrimonio es amor y abnegación», ha leído la tía March con voz que no es solo alta y clara, sino que transmite una indiscutible autoridad. «El matrimonio es deseable para el hombre, imprescindible para la mujer —ha declamado luego—. Es el matrimonio un reflejo de la propia sociedad; el paterfamilias como líder, como cabeza de la familia, protector y preceptor. La madre, amorosa, al cargo de los cuidados y de la organización, y los hijos que, como los buenos ciudadanos, aspiren a crecer como personas.»

Prácticamente ha transcurrido una hora y la tía March sigue desgranando consejos, citas y recomendaciones del Libro a un auditorio que escucha con atención, a John Brooke que sigue con su mirada perdida y a Meg, tan hermosa, pero Meg no escucha. No, ella es consciente de cometer una falta, pero lo cierto es que conoce de memoria todos los versículos que va desglosando su querida tía y se permite que su mente divague un tanto fijándose en los pequeños detalles que la rodean: las flores, sus hermanas, sus vecinos y conciudadanos que han querido acompañarla en ese momento tan especial de su vida, el momento en que toda mujer, cree Meg con fiereza, culmina toda su existencia.

Posa la vista también sobre John Brooke y se siente como si se hubiera tragado un puñado de sal. Se nota la boca seca, la garganta árida, de modo que

Meg le aprieta la mano y sonríe, aunque parezca imposible, un poco más.

Sí, luego dirán que ha sido la novia más radiante que ha visto Concordia en décadas. ¿Cómo no va a ser feliz? ¿Cómo podría, ni por un segundo plantearse, algo distinto? ¿Cómo puede pensar Meg que el señor Brooke…?

Se da cuenta, reprimiendo un respingo, de que la tía March ha terminado de hablar. Que los mira. Se percata también, por la expresión vagamente interrogativa en sus ojos de un azul gélido, que les ha planteado una pregunta.

… Que el señor Brooke…

Meg contesta sin vacilar. Esa es la parte de la ceremonia en la que tanto ella como el señor Brooke, o por lo menos el hombre que tiene delante, van a formalizar su nueva familia.

—Yo, ciudadana Margaret March, acepto que este es el camino a la felicidad, a la bondad y a una sociedad mejor.

No es él. No es el hombre que conoció, aquel muchacho que la cortejó. Incluso sus ojos son distintos. El derecho es un matiz, un tono de castaño más claro que el otro…

—Yo... —dice su ya inminente marido unos segundos después. Meg quiere ver, en esos ojos desiguales, una chispa del antiguo amor y de la complicidad que habían sentido el uno por el otro—. Yo, ciudadano John Brooke, acepto que este es el camino a la felicidad, a la bondad y a una sociedad mejor.

Meg estira los labios hasta que le duelen los pómulos, incluso se sonroja, para que todo el mundo sepa que es feliz.



La vida en Concordia está llena de rituales. La gente los ama por ser un modo de alejarse de la rutina diaria aunque estos, también, estén controlados y ordenados. Un ritual no es más que una rutina que ocurre solo muy de vez en cuando.

Observada desde lejos, como a vista de pájaro, la vida de los buenos ciudadanos se parece a un río, del nacimiento a la muerte. Dice el Libro que en ese fluir de su vida, para un ciudadano los rituales hacen la función de cada meandro, cada accidente geográfico en su curso vital. Los hay pequeños y privados, como la acción de gracias antes de cada comida, como las pequeñas reverencias que siempre hay que hacer ante los ojos vigilantes del ministerio. Los hay también tristes, como los funerales, y necesarios, como las contriciones públicas. También las bodas.

La de su hermana no es la primera boda a la que asiste Josephine. En realidad ha asistido a muchas, la mayoría antes de que su pequeña familia quedara en el borde de lo socialmente aceptable, y siempre le han parecido ocasiones alegres. Hay cosas que le hacen fruncir el ceño, por supuesto. Las lecturas del Libro, todas esas admoniciones a que la mujer no solo desea el matrimonio, sino que lo necesita como un pez precisa el agua, por ejemplo. Al fin y al cabo, para ella el matrimonio con un hombre jamás le ha parecido algo vagamente deseable. Tampoco la noción del paterfamilias protector y proveedor, y la madre dedicada a los cuidados, ya que aunque quiera locamente y admire a su padre, Marmee, ella y sus hermanas se las han arreglado para salir adelante con suficiente desahogo dadas las circunstancias.

Ahora tiene que apartar la mirada de donde se encuentran Meg y el señor Brooke. Se aleja incluso, situándose cerca de la larga mesa que ocupa gran parte del jardín. Apenas queda comida ya, aunque logra atrapar una peladilla de azúcar y metérsela en la boca. Por un momento Jo empuja el caramelo hacia su mejilla, aunque sabe que no tendrá suficiente paciencia como para no morderlo antes de que se disuelva. Con fuerzas renovadas, vuelve a mirar a todos los invitados. Amy con su vestido rojo destaca entre la gente reunida. Identifica también a algunos de sus antiguos amigos y vecinos, los Smith, los Gardiner, los Brown, los Rivers, el señor Tuttle e incluso un retazo de cabello rojo como un incendio, Ned Moffat que, por suerte, no la ha visto.

Finalmente, se fija en Meg y en el señor Brooke. Tras la ceremonia y el banquete, la pareja está sentada frente a la puerta abierta de su casa.

Él tiene la espalda recta y la mirada en el horizonte en contraste con Meg, que parece doblada hacia delante, como si por primera vez en la vida se hubiera olvidado de los beneficios que reporta una buena postura. Jo daría todo lo que posee por poder acercarse y quitarle algún peso de encima, pero tiene que conformarse con resoplar. Delante de ellos una fila de gente espera para dar la enhorabuena a los recién casados. ¿Quién sabe qué le estarán diciendo a Meg para que se la vea tan abatida?

Jo muerde el confite que tiene en la boca. Le rechinan los dientes, pero poco le importa. Acaba de fijarse en alguien más que está entre la multitud. Esa persona solo parece tener ojos para ella. Cómo no. No lo ha visto al salir de su casa por la mañana y tampoco durante la ceremonia, aunque lo cierto es que ha estado tan ocupada con todo lo demás que no habría sido raro que Teddy pasara por su lado sin que ella ni siquiera se diera cuenta. Cómo no, el muchacho no solo la ve, sino que, tras hacer un ademán decidido, se dirige hacia ella.

Uno podría pensar que con el tiempo que ha pasado ya, Josephine March sería capaz de afrontar esa conversación tan largamente pospuesta, pero la

realidad es muy distinta.

Su padre siempre decía que a los peligros había que afrontarlos con la cabeza alta y el corazón alegre. Puesto que Jo se considera no solo valiente, sino también impulsiva (y salvaje, suele añadir su madre), todo apunta a que la muchacha esta vez sí se enfrentará a sus temores, a ese beso que Teddy le robó sin su permiso. En vez de eso, Jo se da media vuelta y se escabulle entre la gente.

A ella, menos que a nadie, se le escapa la ironía puesto que conoció a Teddy del mismo modo, escapando de Ned Moffatt en una fiesta. Jo pasa junto a tres señoras, todas vecinas, que están sentadas en el centro geográfico del banquete criticando los vestidos y los modales de todos los asistentes.

—Esa niña, la pequeña de los Strauss —está diciendo una de ellas— ni siquiera sabe hacer una buena genuflexión. Es vergonzoso.

—Ya recibirá su merecido —dice otra con la vista puesta en la calle y en los postes de vigilancia que hay al otro lado—. Faltan pocos días para un nuevo recuento.

—¡Más cuidado, criatura! —exclama la tercera.

¡Y con razón! Jo acaba de pasar por su lado a toda velocidad, que no es mucha por culpa de su odiado vestido verde. La joven no se olvida, por lo menos, de hacer una reverencia.

—Perdón —dice avanzando un par de pasos—. Perdón. Disculpen.

Reverencias y sonrisas, genuflexiones, *plongeon*.

«No seas chiquilla», se regaña en un punto de su huida. Lo que debería hacer es detenerse, hablar con Teddy para reconciliarse y recuperar su amistad, que es algo precioso que siente haber perdido. Aun así, Jo se aleja unos pasos más. Quizá ella no crea, porque no puede creer, en los cuentos de hadas que escribe para Beth sobre amores verdaderos, pero quiere tener voz en su elección, y Teddy, al parecer, ya ha elegido por ella.

Se da la vuelta para comprobar si Teddy la sigue y descubre, alarmada, que no solo lo hace, sino que está muy cerca.

Vuelve a mirar al frente, dispuesta a huir con más energía, pero no llega muy lejos.

—¡Tía March!

Da gracias a todas las bendiciones que solo haya chocado un poco con ella. Los labios de la tía March forman una línea recta, perfectamente delineada, aunque se mueven un instante antes de actuar.

—Se puede saber qué estás haciendo, Josephine —es lo primero que la tía March le dice en días—. Todo el mundo te está mirando.

Eso no es, ni remotamente, cierto. Lo puede comprobar Jo fácilmente echando una mirada a su alrededor. Solo una persona se está fijando en ella,

una de las señoras que en medio del paso, sentadas con las amplias faldas de sus vestidos como pasteles de nata derritiéndose al sol, la observa con gesto de desaprobación. La otra persona que no le quita los ojos de encima es, por supuesto, Teddy.

Pero en ese momento, Teddy se detiene, y lo hace, claramente, al advertir la presencia de la tía March. Casi en el mismo instante, la mujer chasquea la lengua y cruza sus brazos largos, acabados con unos dedos flacos. La tía March siempre ha sido imponente, de un modo especial. No por su altura, que está en consonancia con la media de la población, incluso un poco por debajo. La tía March infunde respeto con su propia presencia, como si su voluntad se le derramara más allá de la piel para doblegar todo lo que la rodea. Quizá solo sea en aquella tozudez de diamante en lo único en lo que se parecen las dos Josephine March.

—¿Todavía vas con ese muchacho?

—No, ya no, tía March

Otro chasquido de lengua, como un látigo.

—Bien. Es un alivio comprobar que por una vez haces lo correcto, muchacha.

—Que la Providencia me permita mejorar, tía March

Con una sonrisa dócil se aleja de ella, de Teddy y de sus problemas, y siente una profunda satisfacción por ello, pero la dicha es breve. A unos pocos pasos de ella, Jo ve a una inconfundible silueta en la cola para hablar con los recién casados.



Durante dos años, Beth ha escuchado ese sonido y, si el Libro tiene razón con que dentro de cada uno, palpitante y frágil como un pájaro herido, hay un alma, Beth ha odiado aquel sonido con todas sus fuerzas.

Es el sonido de la cárcel. Del abandono, pero ese día, cuando Teddy se marcha, escucha sus pasos subiendo los escalones, oye cómo abre la pesada puerta y cómo la cierra. Y nada más.

Tarda horas en llegar hasta la puerta, en parte porque no se decide a hacerlo, y por otra porque, en cuanto se atreve, el ascenso se le antoja un trabajo hercúleo. A pesar de todo, Beth acaba por detenerse frente a la puerta cerrada.

Un sonido suave la hace mirar hacia abajo. Nota una presión sobre las piernas y al gato blanco que se ha convertido en su compañero de fatigas restregarse contra sus tobillos.

—Teddy se ha dejado la puerta abierta, Señor Bigotes —susurra Beth, presa de la emoción.

¿Lo habrá hecho a propósito? ¿Habrá sido un despiste? Beth, entonces, apoya la mano sobre la hoja de metal.

Por un segundo, teme estar equivocada. Todo su cuerpo la ha traicionado poco a poco, el oído solo será un sentido más, tras la vista y el tacto.

¿Y si intenta abrir pero no lo logra?

No está haciendo nada malo.

—Usted no se mueva de aquí —le dice al gato, que se ha sentado a su lado y se relame los bigotes.

El picaporte está helado al tacto. Lo sujeta con su manita como de cristal.

—Solo serán unos minutos, nada más quiero salir fuera —le dice al felino —. Bueno, usted no, usted quédese aquí, Señor Bigotes, y espéreme, porque es un gatito muy pequeño y podría perderse.

Ha intentado abrir aquella puerta innumerables veces, pero siempre, al girar el pomo, este se ha quedado a medio camino. Esta noche, en cambio, la manecilla gira completamente. Beth contiene el aliento.

Abre la puerta hasta que queda una pequeña rendija.

Entonces, haciendo oídos sordos a sus consejos, el Señor Bigotes se escabulle a toda velocidad, con la cola tiesa y pasos rápidos como solo saben hacerlo unos animales convencidos de ser los amos de la creación.

Beth sale después. Lo hace con una mano sobre esa tan odiada puerta porque necesita un punto de apoyo. Con la otra se cubre los ojos.

El aire es distinto incluso.

«Es más limpio», se dice mientras da otro paso. «Es un aire más libre», piensa, a falta de un modo mejor para definirlo.

No puede atravesar el vestíbulo. Tras la ventana está ese ojo vigilante que tanto teme todo el mundo, de modo que Beth pasa directamente al salón. Nada ha cambiado allí, como si hubiera estado años congelado. El mismo papel pintado, la butaca de papá junto al hogar y, en ella, un abrigo dejado allí de cualquier manera.

Lo coge. Por supuesto, no le pertenece, porque hace años que no ha necesitado ninguno, pero a Beth le parece identificar el leve olor de su hermana favorita: jabón y tinta.

Llegar al fondo del salón le parece una gesta similar a subir las escaleras. El dolor le atraviesa las plantas de sus pies descalzos, pero Beth no se rinde.

A pesar del frío que reina fuera, una de las ventanas está abierta. Toda la casa está sumida en un cierto desaliño. Sus hermanas y su madre, claro, han tenido que marcharse apresuradamente.

—Cuando una puerta se cierra, se abre una ventana. —Se le escapa una sonrisa al decirlo—. Esto debe ser una señal.

Ve una mota blanca pasar por su lado como una exhalación.

—¡Señor Bigotes!

¡El intrépido Señor Bigotes salta a la repisa de la ventana y Beth no es lo bastante rápida como para detenerlo! Da un paso apresurado mientras el animal se pierde entre las azaleas del jardín, un acto que casi le cuesta una caída. Beth se da cuenta entonces de lo débiles que nota las piernas, del dolor, y no solo eso, sino también de un entumecimiento en las rodillas, como si tuviera las articulaciones llenas de arena.

Beth cierra los ojos, mareada. El abrigo, indudablemente de Jo por cómo está arrugado por los codos, ya que su hermana tiene la manía de arremangarse los vestidos y los abrigos para usar las manos con más comodidad, le pesa horriblemente.

Sabe que hay más cámaras frente a la casa, pero por suerte no enfocan a este lado del salón. Podría salir. Podría apoyarse con cuidado en el alféizar de la ventana, dejarse caer poco a poco y luego, ya en la calle, duda que alguien fuera a reconocerla.

Sí, lo duda. Y es esa incertidumbre, por encima de las punzadas crueles en sus extremidades mientras comienza a salir por esa providencial ventana, la que consigue que Beth se eche a llorar. Nadie la va a reconocer, está convencida de ello, porque está muerta. O al menos para todos, excepto para sus hermanas y su madre y su padre, Beth March es un nombre en el registro de defunciones. Podría cruzarse con la gente como lo haría un fantasma, sin temor a nada y eso, que *a priori* parece bueno para sus propósitos, lo siente como un peso que le agarra las entrañas y la arrastra.

Beth, por fin, se deja caer al suelo. Lo hace de rodillas, creando una pátina nueva al dolor constante que ya siente por todo el cuerpo. Abre los ojos al escuchar un maullido. El gatito blanco está sentado justo en el caminito pavimentado que conduce a la calle y la mira como preguntando que es lo que ella va a hacer.

23

La boda, en opinión de Amy, transcurre sin ningún incidente remarcable.

La novia está radiante, el novio apuesto, señal de una cierta rectitud física además de moral. Que la tía March oficiara la ceremonia le ha dado una apariencia de respetabilidad a todo el conjunto.

En realidad, lo único que preocupa a Amy es Jo. Acaba de verla hablar con la tía March, y también cómo esta se quedaba con la palabra en la boca, lo cual es una idea pésima.

—Disculpen…

Deja su taza de té en el correspondiente platito con un tintineo que indica que es de porcelana y no vidrio plástico barato. Luego, se acuerda de sonreír a las mujeres con quienes estaba hablando.

—No pida disculpas usted, señorita March. Es joven, tiene que divertirse —dice la primera, la señora Dench.

Por la expresión furiosa de su tía, alguien tiene que ir a apagar el fuego.

—Ya hemos podido disfrutar de su compañía y de una agradable charla —corea la segunda de las mujeres, la señora Smith.

Amy se pone en pie. Mira de nuevo en dirección a la tía March, una mirada rápida, porque bajo ninguna circunstancia quiere delatar qué está atrayendo su atención.

—Ha sido, desde luego, muy agradable. Les doy las gracias, señoras. —La «agradable charla» que ha mantenido con las Dench, las Smith y las Mirren ha estado salpicada de rumores y chismorreos, una de aquellas cosas que todo ciudadano de bien debería aborrecer, pero que suelen tolerarse. Entonces Amy se inclina, doblando la rodilla y echando la pierna hacia atrás para hacer una breve genuflexión, como corresponde—. Acaben de disfrutar de la celebración, por favor.

Amy resopla, resuelta. Con las manos sosteniendo el vestido para no tropezar cruza la estancia, el jardincito de la casa, toda la calle se ha llenado de gente que ha venido a ver el hogar de Meg, y con ganas de hablar con ella,

a consumir las vituallas que ha mandado por la mañana el gobierno para la ceremonia. La tía March, con toda seguridad, ya la ve venir, pero ella lo ignora. Amy se acerca con toda naturalidad a su tía y le hace la acostumbrada reverencia.

—Tía March, espero que todo esté de tu agrado. Ha sido una ceremonia muy hermosa. Sé que Meg ya te ha agradecido tu ofrecimiento a oficiar la las nupcias, pero…

—Sí —musita la tía March con los ojos entronados—. Me lo ha agradecido, y no es para menos. Haré lo mismo por ti cuando sea menester. No sufras, niña.

Amy baja la cabeza, de modo que los bucles rubios que le rodean la cara ahora le cubren la frente.

—Será un honor para mí.

«Y es un honor», se repite Amy para sí misma. Un gran honor para todas ellas estar emparentadas con la supervisora March y el caso es que, quizá pocos meses antes Amy se hubiera henchido de orgullo ante el ofrecimiento de su pariente. Ahora, la sensación es agridulce, una especie de rechazo a pensar en sus perspectivas de matrimonio la embarga porque Amy siempre había imaginado que se casaría con alguien de un estatus superior al suyo y…

«Amy March, deja de pensar», se amonesta al darse cuenta de hacia dónde va el hilo de sus pensamientos.

La joven, azorada, mueve la cabeza. Se percata entonces de que la tía March le estaba hablando.

—De todos modos, sospecho que debes estar preparándote a contrarreloj para la gran exposición en la Academia.

«Amy March, no seas así», vuelve a reprenderse porque como no podía ser de otro modo, la mención a la exposición la hace pensar en Oliver Müller. En el cuadro que está pintando, ese que Amy sospecha que no va a ganar, pero que es el que el alma le pide pintar.

—Sí, tía. El Libro dice que el trabajo es el pilar sobre el que se sostiene un mundo feliz.

—Así es. Así es —repite la mujer, como saboreando las palabras de la joven—. Recuerda, entonces, tu promesa. Que vendrás a verme cuando acabe la exposición.

—Cuenta con ello, tía —dice ella, dócil, pero a estas alturas la cabeza ya le bulle con esa especie de rebeldía que no reconoce como propia. ¿Dónde están la alegría y el orgullo que debería sentir ante tal reconocimiento a su esfuerzo, a su trabajo?—. No voy a defraudarte —añade, pero ahora es la tía March quien no la escucha a ella.

La mujer está observando con una dura expresión la cola de gente que está

esperando para intercambiar unas pocas palabras con la pareja de recién casados. Justamente, las personas que acaban de hablar con la pareja son Teddy Lawrence y, al lado, su abuelo. El señor Lawrence destaca entre todos por su pose regia, por su barba del color de la nieve, pero la mirada de Amy se desvía rápidamente hacia otro punto en la misma cola, justo hacia el final.

Amy cierra los puños ante ese rostro que es conocido, pero que está fuera de lugar.

Es esa mujer. Esa a la que Oliver llamó «profesora». Amy ya está experimentando una sensación de alarma mayúscula sin saber que todavía la cosa puede ser peor. Puede ocurrir que Jo, que es especialista en estar siempre en el sitio equivocado haciendo cosas equivocadas, se detenga junto a esa intrusa.



—Frida, ¿qué hace usted aquí?

Incluso le ha costado reconocerla. No porque no recuerde sus facciones. En realidad, podría evocar esos pómulos altos, la nariz afilada y las cejas pobladas en cualquier momento con tan solo cerrar los ojos. Le extraña que su amiga esté aquí, esperando pacientemente como tantos otros para hablar con su hermana, se le hace tan increíblemente raro que por unos segundos no había logrado ubicarla.

Se coloca a su lado y, luego, la agarra delicadamente por el brazo. Su amiga no lleva el vestido negro de viuda, sino que lo ha cambiado por otro de un verde esmeralda que logra que Jo olvide su odio atávico hacia ese color.

—Usted misma me contó que su hermana se casaba, ¿no lo recuerda? He llegado al parque anular, he pasado el control y aquí estoy.

Mano sobre mano, la de Frida se coloca, fría, encima de sus dedos en un gesto cargado de familiaridad.

—Claro…

La sonrisa tranquilizadora de su amiga hace que Jo respire mejor, incluso…

La hilera avanza un paso. Jo parpadea, como si acabara de despertar y no puede evitar fijarse en la expresión de su hermana. Al igual que antes, Meg parece estar al borde del desmayo mientras que el señor Brooke podría estar hecho de cera. Entonces, vuelve a centrar toda su atención en Frida.

—Solo quiero presentar mis respetos en recuerdo de mi difunto marido…

Al hablar del esposo fallecido, a Josephine la asalta de nuevo esa revelación de que su amiga no viste luto, sino ese vestido verde, una ropa de fiesta, color esmeralda y color negro.

—Disculpe, ha sido muy grosero por mi parte preguntar por qué ha ven… —La disculpa de Josephine es aniquilada por la mirada comprensiva de su amiga. Por si fuera poco, se le ha secado la garganta—. Seguro que el señor Brooke está contento de verla.

Y, ahora, vuelven a avanzar. Jo ya caza al vuelo retazos de información, frases sueltas de los invitados. «… Enhorabuena, querida niña», escucha, y «¿De qué van a vivir? ¿El señor Brooke está..?». La frase que más claramente oye es: «¿Y cuándo planean ser bendecidos con un hijo?».

Jo frunce el ceño.

—¿Cómo se encuentran? A su hermana, me refiero. Y al señor Brooke.

Hay genuina preocupación en eso, en cómo Frida la observa y en cómo se inclina hacia ella. Jo traga saliva, nerviosa.

—Bien. Es… difícil para ella, supongo. Todo el mundo ha sido muy bueno con Meg, la han ayudado mucho. Y el señor Brooke…

El señor Brooke, querría decir Jo, no está bien. Y, en consecuencia, Meg tampoco lo está.

Jo se muerde el labio inferior. Es su turno y dejan de hablar para dar el último paso hasta situarse justo en frente de la pareja.

Frida Bhaer se adelanta. Si lo hubiera hecho una fracción de tiempo después, ya no habría podido porque en ese momento llega Amy como un torbellino, pero Frida Bhaer ya se encuentra delante de la pareja.

—Buenas tardes, John, espero que se acuerde de mí…

Frida masculla su nombre de repente. Toda la inmovilidad previa del novio y su mirada perdida desaparecen.

—Frida, qué…

—Vengo a presentar mis respetos a la nueva familia. De mi parte y del pobre señor Bhaer que en paz descanse…

—¿El señor Bhaer? ¿Está...? —farfulla John Brooke.

—Murió. Falleció antes de ir a la guerra. Hábleme de la guerra, John…

Solo un ojo atento es capaz de ver lo que ocurre a continuación. Frida mueve la mano derecha frente al rostro de John Brooke en un ademán fluidísimo, casi como un gesto de prestidigitador, si estos estuvieran permitidos en la ciudad. Y en esa mano fugaz, lleva algún tipo de aparato electrónico. Nadie lo ve, nadie lo identifica, ni siquiera Josephine porque quiere la providencia que sea ahora cuando Amy la sujeta para hablar con ella.

—¿Qué haces? —sisea Amy sin poder evitar que sus dedos se agarren con demasiada fuerza en el brazo de Jo. Entonces se vuelve hacia Frida. Quiere detenerla también, pero es Jo quien se lo impide.

—¿Qué haces tú? —pregunta Jo, visiblemente molesta.

—¿Qué haces hablando con esa mujer?

—¿Y por qué no? Es mi amiga, es mi compañera de trabajo…

—No puede ser tu amiga. —De pronto, hay algo dentro de ella que se asusta, se estremece muchísimo. Mira de reojo a la mujer, que se aparta un paso de John Brooke, y, definitivamente, este no pone buena cara—. No puede ser tu amiga porque la conozco. Es… —Se arriesga, se inclina hacia el oído de Jo—. Es una de los infelices.

En este momento, John Brooke comienza a gritar.



Ha necesitado unos minutos para acostumbrarse de nuevo a caminar, a ver más allá de cuatro paredes, a escuchar y a oler. ¿Había sido quizá así su nacimiento? ¿Había abierto, como lo ha hecho hoy, los ojos al mundo y había visto y sentido tanto, todo a la vez, que su primera bocanada de aire se había convertido en un grito? Beth, por descontado que no lo recuerda, pero experimenta que ha nacido de nuevo y le duele todo, el cuerpo y la vida y tiene muchas ganas de gritar.

Beth avanza a trompicones por las calles invernales. Poco a poco, también, su memoria comienza a reconocer lugares por los que había transitado: las calles, las casas de algunos vecinos, varios recodos, y, finalmente, un parque encantador, apenas si una manzana de casas ajardinada, al que solía ir con sus hermanas cuando eran niñas.

Es precisamente esa excitación de recuperar retazos de su vida lo que mantiene a Beth en movimiento, pero es bien sabido que, cuanto más alto, más grande es la caída. Y Beth, cae o, al menos, sus fuerzas flaquean, y ese instante de debilidad hace que todo le vuelva a la mente de golpe: el dolor que siente en las extremidades y en el pecho, la respiración que a duras penas le entra en el cuerpo. Tiene que sentarse en ese mismo parque al que ha llegado, a orillas de un estanque que en lo más crudo del invierno se helaba, lo que había permitido que alguna que otra vez fuera a patinar con sus hermanas. Allí, se arrebuja en el abrigo prestado.

Otro recuerdo le viene a la cabeza, otra realidad olvidada: los postes de

vigilancia, esos ojos que todo lo vigilan están por todas partes. Acostumbrada a no tener cámaras cerca, ahora Beth se siente como abrumada por un peso invisible.

Descubre a lo lejos algunas figuras, tres mujeres que caminan muy juntas y ni reparan en ella. Ya desde el comienzo de su aventura se ha cruzado con algunas personas por la calle, pero trata de convencerse de que no pueden verla. Nadie puede verla, ni siquiera las cámaras. Ella, se dice, no es más que un fantasma, un espectro y, aunque esa idea antes la había llenado de terror, ahora incluso le parece tranquilizadora.

A los pocos minutos, su respiración se ha vuelto regular y el dolor solo es algo que la acompaña, pero que no la domina.

—Vamos a ver a Meg. Adelante, no te entretengas… —murmura para sí misma mientras se levanta.

Sí, va a ver a Meg. Eso es lo que ha decidido nada más salir del jardincito de su casa. Va a ver a su hermana en el día más importante de su vida, solo echar una ojeada y luego promete que regresará a la seguridad, sí, pero también a la soledad de su escondrijo.

Por fin, se incorpora del todo, vuelve a caminar con paso vacilante porque tiene la impresión de que sus extremidades se han vuelto de piedra. Deja atrás las calles y su sector residencial y entonces vacila. La memoria le falla. ¿Dónde está la casita del querido John Brooke? ¿Dónde?

Beth avanza unos minutos más, entre casas que ahora ya le son desconocidas. Lo hace por pura fuerza de voluntad porque está agotada, al límite incluso, después de tanto tiempo sin caminar más que unos pocos pasos al día. Aun así, cuando se cruza con un caballero de avanzada edad y aspecto respetable, es capaz de hacerle una reverencia mientras el cuerpo se le llena de terror.

Espera, después de la reverencia, que el caballero se marche por su camino. Tiene una barba larga que a Beth le recuerda de algún modo a la de su padre, y se mueve un tanto encorvado.

Pero no se marcha. Al contrario, el anciano la escudriña con los ojos entornados.

Ella, se recuerda, es un fantasma. No existe. No la pueden reconocer.

—¿Qué hace aquí sola, niña?

Ella no es una niña. Tiene quince años, de modo que ya ha pasado de largo la infancia, aunque quizá parece más joven por su palidez, por lo delgadas que son sus extremidades. Beth, el corazón latiéndole como el de un pequeño roedor, murmura:

—Buenas tardes, señor…

Entonces, el hombre levanta la mirada y se le iluminan las facciones.

—¡Oh! Usted debe ir a la boda, ¿verdad? A la ceremonia del señor Brooke y la señorita March. Dónde, si no, iría una muchacha tan encantadora…

—¡Sí! —Beth incluso da un pequeño respingo mientras recobra las fuerzas casi al instante. ¡Eso significa que está cerca!—. ¿Voy en buena dirección?

—Por supuesto que sí. —El hombre le hace un gesto con sus dedos nudosos para que se acerque—. Yo soy el señor Shumann. El señor Brooke siempre ha sido un vecino muy querido para mí.

—Entonces… ¿sabe dónde está la casa? —No hay nada amenazador en ese anciano. Si cabe, parece incluso más frágil que ella misma, de modo que Beth piensa que dar un paso en su dirección no le supondrá ningún problema—. Debo reconocer que me encuentro un poco perdida, si fuera tan amable de indicarme…

Al instante, esos dedos nudosos la sujetan. Lo hacen con delicadeza. El señor Shumann fue, sin duda, un galán en su juventud, porque toma la mano de Beth y la coloca caballerosamente sobre su brazo.

—Qué feliz coincidencia de que yo mismo vaya a la ceremonia también. Un poco tarde, pues he tenido que atender unos negocios, pero ahora podemos ir juntos.

Quién sabe si todo lo que ocurriría después hubiera sido distinto de haber tomado otra decisión. Si Beth hubiera sido más valiente, si Beth hubiera sido, como a veces deseaba, más como Jo, se habría apartado del hombre con cualquier excusa.

Pero ni Beth es su hermana mayor ni parece capaz de apartarse de aquel hombre, temerosa de levantar sospechas.

—En marcha, señorita. Seré su acompañante —dice él con una expresión extremadamente cortés.

Beth, pues, tiene que asentir. Solo se dejará acompañar hasta la casita, se recuerda para darse ánimos, verá a Meg desde lejos, la contemplará radiante y hermosa, seguro, y luego regresará a su cárcel en el sótano.

Al poco tiempo, al girar por la siguiente calle todavía del brazo del señor Shumann distingue mucha gente con ropas elegantes, y una casita encantadora.

—Muchas gracias por acompañarme, señor… —dice con una dulce sonrisa que parece encantar al anciano, porque parece diez años más joven.

—No hay de qué, señorita. Pero venga conmigo, no sea tímida.

El anciano caballero tira de ella, y Beth no atina a apartarse.

En cuanto llegan a la humilde casita de los Brooke, sus temores se demuestran infundados por el momento: nadie la ve, nadie se fija en ella.

Nadie repara en esa jovencita macilenta que se detiene en el jardín del brazo del señor Shumann porque todo el mundo está mirando a John Brooke.

John Brooke que grita a la nada y a nadie en concreto, que se acerca a la mesa donde quedan los restos del banquete nupcial y la empuja, derribándola. Meg está detrás de él, tan hermosa como Beth imaginaba, pero tiene el rostro contraído de horror.

—¡Pregúntenle a otro! —exclama en ese momento con voz de papel de lija —. Yo no lo sé, yo solo vi la guerra, solo guerra…

Y allí están Amy, y Marmee, y Jo, pero por el momento ellas también tienen toda su atención puesta en el querido John, que ha perdido el control, que se araña la cara con ambas manos.

El caballero que hasta ahora ha escoltado a Beth vacila ante ese terrible espectáculo y la muchacha aprovecha la ocasión para alejarse de él. No había pensado, tan atribulada como está, que al perder el apoyo su cuerpo se tambalearía.

Entre la gente también ve a Teddy, y Teddy la ve a ella, a juzgar por su expresión lívida.

John Brooke sigue gritando. Sus alaridos aumentan más y más hasta que, de golpe, se calla.

¿Por qué lo ha hecho?

¿Por qué abre la boca, los ojos, hasta que estos le quedan desorbitados?

Pobre Beth, descubre demasiado tarde lo que está ocurriendo.

John Brooke farfulla, avanzando hacia ella:

—Beth. —Se le acerca. Los invitados a la ceremonia se apartan a su paso como si no quisieran tocarlo, como si no quisieran que nada de lo que está alterando tanto a John Brooke pudiera afectarlos a ellos—. Beth, Beth, Beth, Beth…

24

El ejercicio moderado beneficia al cuerpo y al alma, beneficia al ciudadano y, por lo tanto, a la ciudad. Quizá este mensaje haya aparecido en algún momento del día a través de las pantallas informativas y es por esta razón que, al caer la tarde, las calles bullen de familias que pasean por las avenidas radiales que atraviesan Concordia, entre jardines y setos primorosamente cortados con la forma de la paloma de la paz.

Por allí no puede haber deambulado Beth, se dice Josephine, tratando de no resollar. De haberlo hecho, seguro que se habrían producido habladurías, algún tipo de revuelo, pero todo es demasiado plácido. Un paisaje perfecto para una tarde perfecta.

Están paseando. Eso le dirán a cualquiera que se extrañe de verlas: que han salido a dar un paseo después del alboroto ocurrido durante la boda de su hermana. La realidad, claro, es terriblemente distinta, porque lo que hacen Josephine y Amy es buscar a Beth.

Porque Beth se ha escapado. Cómo ha podido ocurrir, cómo lo ha conseguido, esas y un millar de preguntas más se agolparon en la cabeza de Jo al tiempo que descubrió esa figura fantasmal emerger entre la gente. A la luz del día parecía todavía más enferma. Ha escapado dos veces: una, del sótano. Solo la providencia sabe cómo ha logrado abrir la puerta siempre cerrada, y ha conseguido escapar una segunda vez entre el revuelo cuando John Brooke ha perdido el control.

Jo necesita detenerse un segundo, pero al hacerlo se siente, si cabe, todavía más cansada, como si aquella breve pausa la hubiera hecho tomar consciencia de todos sus músculos doloridos. Entonces siente la mano de Amy sobre el hombro.

—Vamos. Hace un día muy bonito. Paseemos un poco más.

Y mientras lo hacen, la una junto a la otra, Jo entorna los ojos, con la cabeza en plena ebullición.

La llegada de Beth, esa aparición de piel pálida, de ojos tristes, ha

conseguido eclipsar del todo algo que también había ocurrido en el jardín de la nueva casa de su hermana.

Frida, su querida amiga Frida Bhaer forma parte de los infelices. No solo se lo ha dicho Amy (y si Amy conoce a los infelices es una prueba de que Jo conoce a su hermana mucho menos de lo que creía), sino que Jo ha visto con sus propios ojos cómo Frida se acercaba a John Brooke, cómo le hablaba y, acto seguido, este perdía por completo los papeles.

—¿Cómo crees que estará? —pregunta Josephine. Luego, aprieta los labios en una mueca preocupada al ver la alarma en los ojos de Amy, pero rectifica en seguida—: Me refiero al señor Brooke, claro.

No. Beth, para ellas, no debe existir, porque su hermana está muerta.

Quizá sea eso precisamente lo que las ha salvado. No solo a Beth, a todas ellas. La han reconocido, está segura de ello, pero en ese momento los asistentes a la ceremonia se han repuesto de la sorpresa inicial y han corrido a detener al pobre señor Brooke. Mientras él gritaba todavía más fuerte, alterando a todo el mundo, nadie ha pensado en quién podría ser esa extraña joven que ha aparecido entre los invitados, mucho menos han sospechado (o eso espera Jo) que sea la difunta hermana March.

—Estará bien —sentencia Amy al fin. Está extrañamente serena dada la situación, posiblemente porque todo se ha vuelto tan extraño, tan irreal, que no le queda otra que reaccionar con entereza—. El señor Brooke va a estar bien, y Meg va a estar bien.

Las hermanas, en su tenso paseo, llegan frente a un gran edificio cúbico, hecho con el mismo hormigón visto que se usó para construir la mayor parte de los edificios públicos de la ciudad. En las paredes rectas, sin apenas más aberturas que unas ventanas estrechas de cristales tintados, lucen grandes lonas publicitarias que ya amarillean, puesto que no se han cambiado desde que el teatro cerrara, años atrás. Por alguna razón, las hermanas habían pensado que Beth podría haberse refugiado en este lugar, donde pasaron tantas horas de niñas viendo representaciones teatrales, musicales, pero Beth se encuentra entre la gente que pasea.

Tanto Jo como Amy se detienen, ahora sí, de mutuo acuerdo.

—Qué paseo más agradable.

Jo saluda con el mentón, aun sabiendo que es un gesto apenas aceptable, a una pareja que se cruza con ellas. Amy, para su sorpresa, no la reprende. En vez de eso, solo musita:

—Es una pena regresar ya a casa, con el buen tiempo que hace.

Amy, pues, no se rinde. No. Tiene la barbilla levantada en ese gesto heredado del lado materno de su familia, aunque como siempre dice Marmee, el ser tozudos nunca les había servido para nada bueno.

Jo toma la determinación de hacer lo mismo. Por Beth. Por ellas, ya que si alguien la reconoce, o si la identifican…

Sí, vuelven a caminar con los pies no solo doloridos, sino ya helados después de pasar horas a la intemperie, con el sol a punto de caer. Las hermanas, la una junto a la otra, unidas por la necesidad y por esa tregua inestable, vagan por los suburbios interminables de Concordia, se acercan también al gran monumento a los soldados que hay tras el secretariado de protección, a los parques y jardines, y todo es en vano.

¿Qué les queda? ¿Qué más pueden hacer dos muchachas agotadas, asustadas y al borde de la desesperación?

Deciden regresar a casa. No se rinden. No está en la naturaleza de ninguna de las dos rendirse, pero aplican el sentido común: si Beth no está en ningún rincón de la ciudad, puede que haya vuelto al hogar.

Es un trayecto penoso el que emprenden Jo y Amy. Si antes habían hablado poco entre ellas, ahora lo hacen menos. Caminan, eso sí, más juntas que antes, apoyándose la una en la otra para cuando se les hace demasiado cansado dar el siguiente paso.

Hay alguien esperándolas, impaciente, cuando llegan a su vecindario. Alguien que sigue vestido para asistir a una boda, con un traje hecho a medida, un pañuelo de seda al cuello, pero que tiene el cabello revuelto de haber estado mesándoselo, y dando vueltas a la espera de que regresaran las hermanas March.

—¡Señoritas! —exclama en cuanto las ve, aunque de inmediato baja la voz—: ¡Amy! ¡Jo!

Definitivamente, ese no es el Teddy que conocen; va desaliñado, tiene la frente cubierta de sudor. El joven se detiene, jadeando, a su lado. Tiene un aspecto de lo más desastroso, tanto que hay que hacer un esfuerzo para mirarlo.

—Teddy —lo apremia Jo, olvidando por el momento los motivos por los que su amistad se ha enfriado— Teddy, ¿qué ocurre?

Busca un pañuelo limpio para prestarle a su amigo, pero al no encontrarlo se vuelve hacia Amy, que ya le está tendiendo el suyo. Teddy da una gran inspiración y se yergue al tiempo que las personas que los rodean pierden interés en ellos. Se está poniendo el sol, momento de recogimiento y de preparación para acercarse a los anfiteatros comunales.

—Gracias. Yo…

—Qué casualidad que nos hayamos encontrado, ¿verdad, Jo? —Interrumpe Amy para quienquiera que los esté escuchando—. Justo cuando estábamos paseando para despejarnos un poco. Ha sido un día muy intenso con la boda de Meg, y ese pequeño altercado al final, aunque claro, el pobre señor Brooke

todavía necesita mucho descanso…

—He venido a ayudaros.

Amy se calla de golpe. Jo se tapa la boca con una mano para que no la traicione su gesto de sorpresa. Ambas miran a Teddy con un recelo nuevo del que el joven no hace caso, ya que se inclina un poco hacia ellas. Aún con el pañuelo que le acaban de prestar, su frente de nuevo está cubierta por una película de sudor.

—Sé que era Beth, sé que…

—¿De qué nos está hablando, señor Lawrence? —La voz de Amy March ha adquirido una dureza de roca. El corazón le late tan desbocado, como sin duda le ocurre a su hermana, que ha perdido el color en la cara. Beth, su querida Beth y a la vez su secreto más terrible, resulta no ser tan secreto—. Si se trata de una broma, le advierto de antemano que está resultando muy pesada.

—No, no… —susurra Lawrence en un tono casi imperceptible. ¡Pobre Teddy! Desde que ocurrió todo el alboroto durante la boda ha estado luchando consigo mismo por si hacía lo correcto, por si confesaba la verdad—. Por favor, escuchadme. Puedo explicarme, fue a los pocos días de conocernos…

Pretende por lo menos revelar una parte de la verdad, algo que pueda redimirle a los ojos de las hermanas March, pero aún con todas sus buenas intenciones, Jo se aparta de él.

—Déjanos, Teddy. —Cuánto le duelen a Jo esas palabras, ya que no habla con Teddy desde hace semanas y cuando lo hace es para alejarle más de él, pero ¿qué más puede hacer?—. Déjanos —insiste, al ver que el muchacho abre la boca para protestar—. Márchate, Teddy.

Ahora, los ciudadanos que pasean comienzan a fijarse en ellos, y eso resulta de lo más peligroso. Llamar la atención lleva a los rumores y estos a que el secretariado de Bienestar Moral mande un requerimiento para una confesión pública. Ni siquiera Teddy, que siempre ha pensado que es intocable, querría eso, así que se calla.

—Lo siento, señoritas. Disculpen mi error.

Hace una larga reverencia. Mientras está inclinado, nota cómo la presión de la sangre se acumula en el cuello y en las orejas, cuenta cuatro segundos, dos por cada una de las hermanas March.

—Que tengan una buena tarde.

Se refleja un gran arrepentimiento en su mirada, real o fingido, pero ese sentimiento no logra conmover a las hermanas March, ni logra que cambien de opinión. Mientras se aleja definitivamente, una triste figura entre otras tantas que aprovechan los últimos rayos de sol, es Josephine quien se agarra a su hermana. Lo hace sin disimulo, con fuerza, siempre instinto antes que

cabeza. Jo se inclina hacia su hermana, hacia su oído, donde sabe con seguridad que ninguna cámara ni vecino indiscreto puede llegar.

—Sabe que Beth está viva. ¿Qué vamos a hacer, Amy?

Su hermana menor junta las manos frente al regazo. Poco pueden hacer. Y ni siquiera sabe qué opciones les quedan si encuentran a su hermana.



Una herida de muerte no le hubiera dolido tanto. Theodore Lawrence está convencido de ello. No, una lanza clavada en su costado, directa al corazón, habría sido más benevolente que el rechazo, porque ahora esa culpa de Teddy, esa terrible culpa que anida dentro de él no tiene vía de escape. Es más, ha comenzado a hacer morada en sus entrañas como una alimaña que elige un hueco dentro de un árbol y lo acomoda a zarpazos a su gusto.

El joven escapa de las hermanas March a trompicones, caminando por entre la gente de un modo torpe, sorprendido cada pocos pasos de encontrar a alguien en su dirección. Unos instantes después, Teddy se gira, deseando perderlas de vista, pero ahí están, las dos, apoyadas la una con la otra, aun cuando son tan distintas, incluso cuando su día a día es una pugna continua.

Por fin, al cabo de mucho, se da la vuelta y ya no las ve más. Al girarse de nuevo, está a punto de chocar con una dama que lo mira francamente mal.

«Recuerda quién eres», tiene que decirse. El suyo es un linaje perfecto, una demostración empírica de que la sociedad en la que viven produce mejores ciudadanos, más virtuosos, más trabajadores. «Créetelo», se ordena.

Esas son las cosas que el abuelo siempre le dice, siempre le recuerda, día tras día. Son las cosas que alimentan la voluntad y la fuerza del abuelo, lo que le abre todas las puertas, lo que atemoriza y admira a todos por igual.

Teddy llega a la mansión Lawrence a trompicones, le flaquea ya la voluntad y esto hace que sus pasos se vuelvan más lentos y reticentes.

Desea tener otro lugar al que ir, lo desea con todas sus fuerzas, antes de abrir la puerta.

Y todavía lo desea más, aunque parezca imposible, al adentrarse en la mansión y llegar a su particular refugio en la casa: la sala de música.

—Querría creer que las has encontrado, Theodore. Y que por eso estás aquí. Que has venido a avisarme.

Teddy se yergue. Coloca los brazos perfectamente a los lados, con las

manos relajadas. Comienza a contar sus respiraciones para tranquilizarse. Uno, dos, inspira, y luego espira, en tres segundos.

—Lo siento, abuelo.

—¿Entonces qué haces aquí?

Teddy inspira de nuevo, más profundamente. Ante la mentira, Teddy siempre duda, siempre calla.

—Al ver que me era imposible localizarlas en la calle, he decidido venir aquí por si regresaban a su casa.

Como respuesta es el anciano Lawrence quien respira, y luego, expulsa el aire en un bufido furioso.

—Es una buena idea, desde luego. Aunque una buena idea no hace bueno el fracaso.

El hombre hace un movimiento brusco, algo parecido a un espasmo, antes de comenzar a dar pasos largos por la alcoba. Cada una de sus pisadas resuena de un modo casi armonioso, amplificada a la perfección por la cúpula que corona la sala de música. Teddy sigue cada uno de sus movimientos, cómo rodea el salón y cómo se acerca al piano, a su piano. Cada vez que lo hace, en el pecho de Teddy nace una nueva oleada de ansiedad al ver cómo llegados a un punto, el anciano coloca una mano nudosa, aunque todavía elegante, sobre el instrumento.

Lo ha hecho, Teddy está seguro, a propósito.

En una ocasión, a raíz de una travesura, el abuelo ordenó al servicio que abrieran la tapa del instrumento. Luego, le dio a elegir: o bien cortar cinco de las largas cuerdas o bien desafinar diez de ellas unas pocas fracciones de tono. Teddy, confiando en su ingenio infantil, eligió lo que le había parecido menos terrible y desafinó él mismo el instrumento. Pronto descubrió que aquellos mínimos cambios producían una música odiosa, cuando la música era lo que Teddy más amaba, y aun así el abuelo lo obligó a seguir practicando horas y horas como siempre hacía.

El abuelo había usado aquella situación para enseñarle una valiosa lección sobre cómo una sociedad debía funcionar como un instrumento bien afinado. El aprendizaje desde luego había hecho mella en Teddy, pero también le ha dejado dentro un terror atávico cada vez que alguien que no es él se acerca a su piano.

—Todavía no me has respondido, muchacho —insiste el abuelo—. ¿Qué haces aquí?

Teddy se muerde con fuerza el interior de la mejilla hasta que la carne cede y se hace sangre. No quiere hablar. Necesita darles más tiempo a las hermanas March, a sus queridas March. Que lo usen para encontrar a Beth, o para esconderse, lo que les sea posible.

El abuelo Lawrence deja la marca de sus dedos en la superficie lacada del piano al tamborilear un ritmo sincopado. Parece, de repente, furioso.

—Porque era ella, ¿verdad? La menor de las March no está muerta —dice para sí mismo, justo antes de volverse hacia Teddy, acercarse dos pasos largos, y darle con un dedo justo en el pecho—. Has pasado días con esas muchachas. Semanas. ¿Te tienen prácticamente como uno de los suyos y no has logrado descubrirlo?

El dedo se clava, directo, en su pecho. Justo entre las costillas. Teddy calla de nuevo. Sella la boca, apretando las mandíbulas con tanta fuerza que teme que se le vayan a partir los dientes.

—No lo sé. Si han logrado ocultarlo delante de mis propios ojos, no tengo disculpa, señor. He fallado. He fracasado y merezco un castigo.

—Desde luego que sí —responde el abuelo rápido como un latigazo. Se le escapa una mirada hacia el piano que casi reduce a Teddy a un mar de lágrimas, pero el hombre entonces parece cambiar de opinión—. Y un castigo tendrás, muchacho. No debí haberte salvado —repite el anciano, acercándose —. Pero te acogí en mi casa, te di mi nombre, te di mi futuro. Y de ti solo he conseguido fracasos y vergüenza.

—Lo siento, señor.

Teddy se dobla casi en un ángulo de noventa grados, una reverencia larga, la más grande, por duración y significado, que se pueda hacer.

Levanta la cabeza, enrojecida de tenerla hacia abajo. El abuelo ya pasa por su lado lo bastante cerca como para que él note su fuerza, que el anciano afirma que es consecuencia directa de su rectitud moral, de su fe, pero que Teddy sabe que también se debe a los cuidados médicos, a los reemplazos biónicos a los que puede acceder por el mero hecho de ser un ciudadano honrado.

—Bien —murmura para sí el anciano—. De todos modos, vamos a comprobar si tengo razón o no. Si esa familia son las pérfidas manipuladoras que creo que son…

—¡Señor!

El grito de Teddy es tan inesperado que su abuelo lo mira alzando las cejas. El joven entonces boquea, intentando buscar una manera de detener a su abuelo, cualquier minuto cuenta, cualquier segundo. Se plantea suplicarle, provocarle. Se propone, incluso, abrir la tapa del piano y comenzar a tocar. Todas sus cábalas resultan en vano, puesto que el anciano se encamina ya hacia el fondo de la mansión, hasta la entrada, que uno de los sirvientes se apresura a abrir para él.

Teddy va detrás. Si el abuelo cruza ese minúsculo jardincito de casa de las March, si llega a la habitación del sótano…

Pero el abuelo no va hacia allí, sino que se acerca a su cochero, siempre esperando en la puerta de la mansión, y se monta en el carruaje.

Teddy está a tiempo de llegar cuando la voz del abuelo Lawrence ordena al cochero que se dirija hacia el ministerio. El vehículo entonces se pone en marcha.

«¿Por qué al secretariado de Bienestar Moral? —se pregunta Teddy, frenético—. ¿Por qué?»

Se da cuenta, en ese momento, de que su abuelo no ha llegado a donde está menospreciando a sus enemigos. Puede que las hermanas March no sean un oponente para él, pero su tía… su tía… Sí, si el abuelo quiere ir en contra de la familia March, puede necesitar un buen permiso, y luego suficientes hombres para ello.

Eso le da algo precioso: le concede tiempo.

—Pero no demasiado.

La frase se le escapa ajena, como si otra persona le diera un consejo. Teddy entonces da unos pocos pasos hacia la casa March. En la ventana del salón se ve una luz. ¿Habrán llegado ya Amy y Jo? ¿Habrán encontrado a Beth por fin?

Ha cruzado tantas veces aquella distancia irrisoria entre la mansión Lawrence y la casa March, pero en esta ocasión siente que está atravesando un océano. Le aterroriza ver rechazo en la mirada de Jo, le parte el alma. Tiene que conseguir de algún modo ser menos villano de lo que realmente ha sido hasta entonces.

No consigue llegar hasta la puerta de entrada. Se detiene en el caminito empedrado, inseguro de si ha escuchado un rumor a su espalda. Algo se acaba de mover detrás de él.

Se da la vuelta.

—¡Señor Bigotes!

El gato maúlla en brazos de su ama.



—No vamos a tener tiempo —masculla Meg.

Todas levantan la mirada hacia ella salvo Marmee. Su madre, cuya fama de trabajadora incansable es más que merecida, sigue plegando piezas de ropa gastada, metiéndolas en cajas. La mira, sí, pero no dice nada.

Tras regresar a la casa, perdidas y abrumadas por no haber encontrado a Beth, Marmee las ha recibido con el ceño fruncido, las mangas del vestido dobladas hasta los codos. Les ha dado una orden muy sencilla: «Vamos a hacer un poco de limpieza».

Ni siquiera han asistido al informativo vespertino en el anfiteatro comunal, han decidido correr el riesgo de ganarse una amonestación.

—Digo que no vamos a tener tiempo —repite Meg incluso con mayor énfasis.

Es cuestión de tiempo que alguien se haga preguntas, que alguien ate cabos. Entonces, vendrán hasta ellas. Si no han podido encontrar a Beth para esconderla en un lugar seguro, por lo menos deben de ocultar su rastro.

Meg, cuando se cansa de esperar una respuesta, mueve la cabeza. Ese, el que debe ser el día más feliz de su vida, en el que debería ser ella el centro de todas las miradas y pensamientos se ha torcido hasta niveles insospechados y, aunque lo intente con verdadero fervor, le cuesta seguir el ejemplo de los santos y los dóciles.

—En qué momento pensamos que… —comienza a decir con la más espléndida de las sonrisas aunque en el sótano no haya nadie que las vigile—. Y el pobre señor Brooke solo en casa. Aunque ya se haya tranquilizado, yo no debería estar aquí por una falta que no…

—No sigas, Meg —la corta su madre, pálida de furia—. No sigas, porque quizá en un futuro te arrepientas de dudar ni por un segundo de por qué ocultamos a tu hermana, y apresúrate. Apresuraos todas —repite a sus otras hijas, que han dejado de guardar todas las cosas de Beth, de borrar su presencia, para seguir la discusión entre ella y su hija mayor.

Unos golpes frenéticos en la puerta de entrada las sorprende discutiendo qué hacer con el diván del sótano.

En ese momento, frente a la realidad de verse descubiertas, Jo siempre había pensado que sentiría miedo, pero no es así. Jo experimenta un frío que se le derrama de las entrañas a la garganta, y un entumecimiento en su interior, como si ya nada la pudiera afectar y todas las heridas hubieran creado una especie de tejido cicatrizado, duro y correoso, que la protegiera.

—¿Qué hacemos? —pregunta Amy muy pausadamente.

Todas observan a su alrededor donde todavía hay tantas cosas de Beth, tanto de su vida, de su cautiverio. Tiene que ser Marmee quien vuelva a guiarlas, como la madre que es.

—Vamos a… —Los golpes resuenan con más fuerza. Marmee se calla, entorna los ojos como buscando fuerzas, y acaba por decir un simple—: Adelante.

Suben las cuatro lentamente por las escaleras del sótano con Marmee a la

cabeza sosteniendo un candil. Jo no puede evitar pensar en una procesión fúnebre.

Por tercera vez la puerta de la casa se estremece, ahora bajo un toque frenético. Jo, al escucharlo, levanta una ceja, y se da cuenta de que Amy también lo hace, porque los agentes del secretariado jamás darían un toque tan desacompasado, pero ¿quién puede ser? ¿Una visita de cortesía a aquellas horas? ¿Un vecino bienintencionado que, al enterarse del desatino que había habido durante la boda de Meg, viene a dar su apoyo moral y a enterarse de primera mano de los chismes?

—Jo —implora Meg, llevándose las manos al pecho—, abre tú. Solo tú puedes hacerlo.

Así lo hace. Sin pensar, un impulso, y al abrir la puerta suelta un pequeño grito cuando sobre ella se abalanzan primero un gato de color blanco y luego Teddy.

—Está aquí. —El Señor Bigotes, el gato, ya se ha escondido en algún punto de la casa mientras Teddy jadea por la carrera—. Aquí mismo. En el jardín de mi casa… Lo siento, lo siento mucho…

Aun cuando su disculpa va destinada a todas ellas, porque ¿cómo no iba a disculparse con la madre, con las hermanas de Beth al completo?, la pronuncia mirando a Jo, pensando en Jo, aunque la muchacha no hace ningún gesto para reconocérselo. ¿Cómo es eso, después de lo que acaba de decir él?

Beth está cerca.

En fila ordenada, sin correr aun cuando es lo que más desean, salen las tres hermanas y la matriarca de las March. Teddy las guía a través del gran portón de entrada de la mansión, de los parterres de rosales de invierno, que florecen siempre con el frío.

En el otro extremo de esos jardines gigantescos, se levanta un templete redondo, un cenador para cuando llega el buen tiempo.

Y Beth está ahí. Parece una aparición sentada en los escalones del templete que es la joya de los jardines en verano.

Al escucharlas, Beth levanta la cabeza lentamente y susurra con una voz tan baja, fruto de haber estado tantas horas fuera, a expensas del frío del jardín:

—Teddy, te he pedido que no…

—¡Lo has estropeado todo! —la corta Meg—. Criatura inconsciente, qué has hecho…

—Yo solo quería… quería estar en tu boda, Meg…

—Beth, Beth…

Marmee se acerca a la muchacha, primero manteniendo la compostura y luego arrodillándose a su lado. Al instante, Beth se zafa de ella con mucha

vehemencia, por no llamarlo rabia.

—¡Dejadme!

Beth extiende los brazos, no quiere que su madre se aproxime, no quiere que lo hagan tampoco sus hermanas. Está jadeando por el esfuerzo y su voz apenas se escucha más allá de un murmullo.

—Te pedí que no les dijeras dónde estaba, Teddy…

—¡Cómo es que conoces a Teddy! —exclama Meg, casi tan lívida como su hermana menor. Luego, se vuelve hacia el muchacho y su semblante, a pesar de la oscuridad, sin duda culpable.

—Yo…

No es capaz de acabar la frase. Cierra la boca cuando Jo pasa como una exhalación por su lado para llegar junto a Beth.

—Ya lo aclararemos luego. ¡Ahora tenemos cosas más importantes que hacer! Debemos… debemos… esconderte, ¿verdad? —La duda no va dirigida a nadie en concreto. Jo se gira, suplicante, hacia su madre y sus hermanas—. Tenemos que esconder a Beth para que no la encuentren, ahora más que nunca… Oh, oh, no.

Un carruaje se acerca. Está lejos, en el otro extremo de los jardines, pero los dos faros eléctricos que se vislumbran en la parte delantera no dejan lugar a dudas. Por un momento mantienen la esperanza de que pasará de largo, pero no es así: el vehículo se detiene justo delante de la casa de la familia March.

De él, desciende una silueta inconfundible con su pelo corto, su cuerpo estilizado.

Al alivio de comprobar que se trata de la tía March, se une un desasosiego profundo en las mujeres de toda la familia. Resulta impensable que se trate de una visita de cortesía, no a esas horas.

—Voy a ir yo. —Marmee se yergue con una dignidad de emperatriz—. Voy a averiguar qué quiere.

No les deja tiempo a reaccionar, ni a protestar. Con una mirada triste para Beth, Marmee recoge el borde de su vestido para no arrastrarlo por la hierba del jardín.

—Marmee… ¿Y qué hacemos? —pregunta quedamente Jo, pero su madre ya se aleja—. ¿Qué hacemos? —repite para sí misma, para Teddy que lo observa todo desde la distancia, para Amy y para Meg, y para Beth, que ahora parece que esté a punto de derrumbarse de nuevo.

—Dejadme… dejadme marchar —dice ella con voz finísima—. Os lo suplico.

—Pero no podemos hacerlo.

Esas palabras, que Amy acaba de pronunciar, parecen tener el poder de fulminarla. A Beth se le doblan las rodillas al tiempo que unos gruesos

lagrimones comienzan a resbalarle mejillas abajo.

—Pero… —comienza a decir.

—Ya sabes lo que has hecho —continúa Amy, solemne—. Te han visto, Beth… El señor Brooke te ha reconocido… Tenemos que buscar un lugar seguro para ti. Hemos de pensar un modo de…

—¡No! ¡No pienso volver! No después de esto, de apreciar de nuevo los colores, de sentir el sol… ¿Para qué voy a regresar a la oscuridad? —Beth se gira entonces hacia esa hermana que, seguramente, la comprenderá. La hermana que mejor la conoce—. Jo, díselo… No puedo hacerlo…

Pero Jo no dice nada. No puede, ahogada bajo el peso de tanta responsabilidad. Tiene que girar la cabeza, huir de la mirada implorante de Beth, de su Beth sin reconocer que aún enferma, aún débil, esto es lo más viva que ha visto a su hermana desde hace años.

—Tendríais que haber dejado que se me llevaran —sisea Beth. Sus palabras caen sobre sus hermanas como una lluvia de granizo—. No sirvo para nada. Soy un lastre, soy una aberración, lo sabéis y aun así todas hemos cometido el pecado de negarlo…

—¡No! —grita Jo, con lágrimas en los ojos.

—No, Beth, no… —Amy consigue mantenerse serena, pero a duras penas.

—No volveré a esconderme, ya no… No lo voy a permitir. Si me encerráis, lo haréis por la fuerza. Y me escaparé —dice entonces levantando la voz como si esa mera idea le diera alas—. Hasta que muera, porque voy a morir, trataré de escaparme una y otra vez…

Beth se levanta de repente con esa fuerza que, de vez en cuando, todavía consigue sacar sin que nadie sepa de dónde. Se aleja, subiendo a trompicones las escaleras de ese templete que se ha convertido en escenario involuntario de una tragedia. Los pies de Beth, descalzos a pesar de un frío que tiene colmillos y garras esa noche, la alejan unos pasos más. Es ese movimiento lo que logra que sus hermanas por fin reaccionen. Jo, también Amy, se lanza hacia ella. Beth consigue esquivarlas llevando hasta el límite su desesperada huida. Cruza el templete convertida en un fantasma entre las columnas blancas.

—¡Dejadme! ¡Dejadme! Dejadme ir, por favor… —grita de nuevo, pero su voz se convierte en un quejido cuando su cuerpo decide que es el momento para rendirse otra vez.

Beth cae hacia delante, y lo habría hecho de bruces contra el suelo de no ser por Meg, que logra llegar hasta ella, deteniendo el golpe con su propio cuerpo y así, abrazándola, se derrumba en el suelo amortiguando la caída.

Ya no es solo Beth la que está llorando. Meg también lo hace mientras la sujeta entre sus brazos.

La sujeta tan fuerte que Beth se estremece. Tanto que Beth, con un gemido al ver que comienza a faltarle el aire, trata de liberarse en vano.

Ni Amy, ni Jo, tampoco Teddy, que poco a poco ha retrocedido mudo de horror, se dan cuenta al principio de lo que está ocurriendo.

Meg aprieta su abrazo cada vez más, un brazo alrededor de los hombros de Beth pero el otro, alrededor del cuello.

Beth se agita unas pocas veces más durante un minuto, dos como máximo. Mueve los brazos como lo haría un pájaro herido. Pero Meg no la suelta.

Amy es la primera en reaccionar. Lo hace con un grito ahogado, abalanzándose hacia el frente. Jo se demora unos segundos en imitarla, pero ya es tarde. Mientras se acercan, Meg suelta a su hermana que, convertida en un cuerpo inerte, resbala hacia el suelo.

—¿Qué has hecho?

Jo se encuentra frente al dilema más horrible de su vida, dudando entre si descargar su rabia, una rabia al rojo vivo, que la consume, contra su hermana mayor, o bien lanzarse sobre el cuerpo de Beth.

Acaba haciendo lo segundo. Cae de rodillas sobre el mármol helado. No quiere mirar a Meg, que ha pasado del llanto silencioso a un gimoteo. Jo centra toda su atención en el cuerpo caído de su hermana, en tratar de reanimarla. No existen para ella las súplicas de sus hermanas mientras estimula aquel pecho frágil, ni existen el templete ni los jardines de la mansión Lawrence cuando intenta que el aire entre de nuevo en los pulmones. Todo resulta inútil. Beth ya no es más que un peso muerto entre sus brazos.

No es consciente, ni siquiera, de que alguien se le acerca.

—Jo… —Una mano menuda, blanquísima y delicada se apoya sobre su hombro. Jo, cada vez más frenética, el corazón desbocado, el cuerpo temblándole, trata de apartar a Amy de un empujón—. Jo… —insiste Amy—. Ya no…

—Espera, podemos seguir intentándolo. Beth…

—Basta ya, Josephine.

Ante esa voz, Jo levanta la mirada y, aunque al principio las lágrimas no la dejan ver apenas, reconoce las dos siluetas. Una, la tía March. Majestuosa y terrible con su cabello corto, con su uniforme del ministerio. La otra, Marmee, menuda, siempre tan fuerte, pero ahora con la expresión convertida en una máscara de dolor.

Pero ninguna presencia, ningún elemento de su entorno logra atravesar las capas y capas de dolor que comienzan a formar una mortaja a su alrededor.

—Tenía… tenía que… —balbucea Meg—. Beth estaba diciendo que… Nos habría condenado a todas…

—Calla, no te atrevas… —le responde Jo en voz baja, aunque ella habría

querido gritar. Habría querido zarandear a Meg, hacerle sentir un dolor que a ella la está ya devorando, pero no puede. La ira, la pena, la han dejado entumecida—. Calla…

—Silencio, todas. —La tía March finalmente se detiene delante de Jo—. Los vecinos, tarde o temprano, comenzarán a sentir curiosidad con tantos gritos y se van a preguntar qué ocurre, o van a mandar a alguien del ministerio para averiguarlo. Te lo avisé, Margaret. Os lo avisé a ti y al inconsciente de tu marido, de que, tarde o temprano, esto iba a ocurrir. —Le dirige una mirada severa a Marmee, que sigue de pie, una estatua con forma humana—. Y ahora más vale que nos pongamos manos a la obra, porque alguien va a llegar, ¿verdad, chico?

Al sentir la mirada de la tía March repentinamente sobre él, Teddy suelta un gemido horrorizado, uno de tantos ya. Comienza a hablar con un frenético balbuceo que nadie entiende al principio.

—Vendrán, sí, señora, vendrán.

Se detiene, como si fuera a tomar una gigantesca bocanada de aire, aunque a la hora de la verdad no lo hace. Solamente se dobla sobre sí mismo, el tipo de gesto que uno haría si deseara reducirse a la mínima expresión, y asiente.

La tía March aprieta sus labios finos hasta que son poco más que una línea más oscura que las otras en su rostro.

—Hay que apresurarse.



Una de las cosas que siempre se anuncia en las pantallas, algo sobre lo que a Jo siempre la ha animado a escribir es el trabajo en equipo. El individualismo, al fin y al cabo, siempre ha sido uno de los grandes problemas del antiguo mundo, ese que les llevó a una guerra y del que tuvieron que renacer de sus cenizas.

También es una de las cosas que siempre les decía su madre. Jo puede recordarla claramente de pie, justo en la puerta de la cocina, lamentándose por todo lo que podrían conseguir sus hijas si lograran ponerse de acuerdo. Y tiene razón, desde luego, porque en las ocasiones en las que las hermanas March trabajan juntas, realmente son imparables.

En el sótano ya no queda ni rastro de Beth. Ni de su existencia, ni de que alguna vez hubiera estado allí.

En muy poco tampoco no quedará ni su cuerpo. Nada. La muerte de Beth

acabará siéndolo de forma retroactiva. Cuando todo finalice, quedará para la posteridad la idea de que Beth murió dos años atrás y, poco a poco, esta será la única verdad sobre el asunto.

Jo despliega una alfombra raída sobre las tablas de madera del suelo. Ha pasado ya cerca de una hora y el odio y la rabia han formado una costra a su alrededor. Jo, mientras mira alrededor de la sala sin reconocer la habitación, odia a todo y a todos. Odia a Meg, oh cuánto odia a Meg, y a Teddy, porque él conocía la existencia de su hermana y nunca le dijo nada, y Jo no sabe por qué.

También es un misterio la tía March.

La tía March siempre ha sido un gran enigma, de eso no hay duda. Una figura permanentemente medio en sombras, con su semblante serio, con sus gestos austeros, pero cada vez que Jo la recuerda llegando al templete, tomando las riendas de la situación, también la odia, pero más todavía se pregunta qué sabe ella.

—Ya hemos acabado aquí —le dice Amy.

Bien habría podido clavarle un puñal entre las costillas y le habría dolido exactamente igual.

Jo asiente.

Han trabajado en equipo como solo ellas saben, sí; Amy y ella, que no se entienden, que jamás lo han hecho, pero que, cuando es necesario son capaces de prever los movimientos la una de la otra, de anticiparse a problemas, a dudas y a necesidades.

El resultado es perfecto. En una hora han desaparecido las alegres telas que colgaban como cortinajes para disimular las feas paredes de ladrillo ennegrecido. El diván está desmontado y convertido en leña; han limpiado la gran estufa de hierro y la han arrinconado: los libros, las pinturas y las partituras musicales que fueron el entretenimiento de Beth se han convertido en pasto de las llamas en la chimenea del piso de arriba.

No puede sentir pena al ver cómo desaparece ese lugar. Beth aborrecía esa habitación con toda su alma.

—Espera —le pide Amy deteniéndose a su lado. Cuando Jo se queda inmóvil, su hermana le coloca con cuidado un mechón de cabello rebelde—. Ahora.

Suben, Amy en cabeza, por aquellos escalones que se quejan a cada paso que dan, hasta el piso superior. A cada zancada de Jo, más le pesa el cuerpo y necesita asirse a las paredes con las manos crispadas.

—¿Ya está?

La tía March está esperándolas en el rellano. Ella ha dado las órdenes pertinentes: ha mandado a Teddy, «Sé algo útil, muchacho», y a Meg a que

cavasen la tumba, a Jo y a Amy al sótano, a Marmee a adecentar el resto de la casa. Jo ha obedecido porque con la muerte de Beth todavía en las retinas habría hecho cualquier cosa para mantenerse a flote. Hace tiempo que ha dejado atrás la pena y la confusión. Le queda una rabia inconmensurable contra todo, especialmente contra esa mujer que ha tomado tan fríamente las riendas de la situación.

Previendo una escena, Amy le pone una mano en el brazo. Sirve de bien poco.

—Ya está, no queda nada. —A Josephine March sus palabras la queman como si estuvieran hechas de magma—. Ha desaparecido todo, es como si mi hermana nunca hubiera existido, pero ahora quiero preguntarte, tía March, ¿por qué si sabías que Beth seguía viva no has dicho nada hasta ahora? ¿Por qué?

Repara entonces en Marmee, que está junto al quicio de la puerta, con una expresión cuidadosamente neutra. No ve luto en ella, no ve apenas sentimiento de nada, tampoco, claro, sorpresa. Ni la había habido cuando vieron llegar el carruaje de la tía March.

—¿Por qué? —insiste Josephine con la respiración acelerándose entre sus costillas—. ¿Marmee? ¿Puedes contestar tú, quizá?

Pero no encuentra más que silencio. La casa, se vuelve a decir, está de luto, un duelo imposible porque en la última hora han volcado todos sus esfuerzos en eliminar todo rastro de Beth.

—Jo, cálmate. Estás montando una escena.

—¡Una escena! —Sí, sí, lo sabe: una buena ciudadana no debe dejar que sus emociones la dominen, debe ser educada y comedida. Al fin y al cabo, una sonrisa siempre es la mejor compañía—. ¡Ojalá pudiera hacer algo más que montar una escena!

Tiene que marcharse. Es la única alternativa que le queda.

Se detiene con tal brusquedad que todo su cuerpo se tambalea. Allí está Meg, sentada, con las manos pulcramente colocadas sobre el regazo, mirando el fuego que ha encendido en la chimenea.

Ya la han enterrado pues. Esa es la orden que les ha dado la tía March a Meg y a Teddy, de quien no hay ni rastro en la casa. Que enterraran a Beth, allí mismo, junto al templete. Nadie se atreverá a buscar en la finca de los Lawrence. Pero Meg, tan tranquila, tan quieta, no parece recién llegada de un asunto tan lúgubre. Incluso va bien peinada, como siempre. La hija, la hermana, la ciudadana perfecta.

—Jo —dice. La voz de su hermana le parece odiosa—. Tienes mala cara. Voy a preparar un poco de té.

Jo intenta retroceder, incapaz de enfrentarse a todo aquello ahora, pero se

da cuenta de que está entre la espada y la pared, ya que en el vestíbulo siguen estando su tía, Amy, y su madre. En ocasiones así habría ido al sótano, a lanzarse a los pies de Beth para contarle qué era aquello que la atormentaba.

Allí inmóvil, bien podría ser que se abriera un pozo sin fondo bajo sus pies y se la tragara. Así se siente, por lo menos. Abrumada, sin aire, perdiendo pie en medio de Amy, de Meg, de Marmee incluso con sus expresiones serias y serenas, como si no se hubiera producido un crimen aquella noche.

Antes de que pueda gritar de pura frustración, unos golpes violentos hacen tambalear la puerta de la entrada.

Parte 3
Malacción



25

Una de esas verdades innegables es que el ser humano es malvado por naturaleza.

En la Antigüedad, algunos sabios hablaban sobre eso. Unos abogaban por una bondad innata, pensando que la mente de un niño, al nacer, es bueno por naturaleza y que es la sociedad, la competencia, el deseo… lo que le impulsa a cometer actos nada modélicos. Pero ¿cómo, entonces? ¿Cómo se entiende que en la sociedad perfecta de Concordia ocurran cosas malas? La respuesta está más que clara: los antiguos se equivocaban. El ser humano no es bondadoso por naturaleza. Es, por definición, humano y, como tal, tiene sus defectos y sus virtudes y debe ser guiado hacia las segundas y alejado de los primeros.

Esa misión es responsabilidad de todos. De los ciudadanos, también del Libro y, en última instancia, del secretariado de Bienestar Moral y de sus agentes.

Al escuchar los golpes en la puerta, todo, absolutamente todo, el dolor y la ira incluidos, pasan a un segundo plano. Estos golpes son algo que la familia March lleva temiendo tanto tiempo que, sin decir una palabra, cada miembro con vida de la familia sabe qué hacer.

Entran en la casa con un impulso tan impetuoso que Amy juraría que, de no haberles abierto la puerta, la habrían echado abajo. De cerca, sus uniformes parecen algo de otro mundo: son de tela sintética, ni una arruga, que a la luz de la lumbre adquiere un extraño matiz metalizado. Entran en la casa, dos en el recibidor, dos en las escaleras, dos en el saloncito y, tras ellos, el abuelo Lawrence.

—Ciudadano Lawrence, no son horas ya para visitas de cortesía. —La voz de la tía March les llega claramente desde el recibidor.

Amy reprime con todas sus fuerzas las ganas de levantar la mirada o de incorporarse ligeramente. En vez de eso, le sonríe a uno de los guardias y coge su labor de punto con más fuerza.

—Apártese —dice entonces el abuelo Lawrence—. Apártese, repito —

insiste el anciano cuando la tía March aparentemente no quiere moverse.

Amy escucha pasos y, al instante, la silueta del anciano caballero aparece en el salón.

Ellas se levantan. Primero, Marmee. Después, Amy y sus hermanas, como en una estudiada coreografía.

—Señor Lawrence, qué agradable sorpresa. Nos honra con su presencia —dice Marmee con su voz más melosa.

Amy, Meg, Jo, las tres hacen entonces una reverencia al mismo tiempo. Es fácil por un momento dejarse llevar por la costumbre y la práctica. La reverencia, sin embargo, acaba truncada cuando el abuelo Lawrence avanza como un torbellino los dos pasos que le permite la estrechez de la sala y se detiene frente a Marmee: una torre de hombre inclinado sobre la figura menuda de la señora March.

—¿Dónde está? Sé que la tienen escondida. La hemos visto todos. ¿Dónde?

Llega incluso a colocar sus grandes manos sobre los hombros de Marmee como si tuviera la intención de zarandearla, aunque al parecer se lo piensa en el último momento. Los guardias lo están observando y la tía March, desde el recibidor, también. Durante un segundo, Marmee mantiene admirablemente la compostura, pero de pronto su gesto se descompone, mira hacia ambos lados, un gesto de paloma indefensa que sus hijas, que tan bien la conocen, descubren al instante que es fingido.

—Tendré que pedirle que me disculpe, señor Lawrence. No, no… ¿De quién me está hablando?

—¡De su hija!

—Mis hijas están todas aquí, ya las conoce usted. Han sido invitadas a su casa y…

El señor Lawrence, quizá dándose cuenta de que él mismo está provocando un altercado, acaba apartándose ligeramente, aunque todo su cuerpo destile rabia.

—Me refiero a la otra. A su cuarta hija, Elizabeth. Tengo motivos para creer que la niña, una aberración, no fue realmente entregada a ninguna casa de salud en su momento.

Del recibidor les llega un sonido que bien podría haber sido el de un fusil a punto de disparar, pero que, en realidad, es la tía March chasqueando la lengua.

—Eso que dice es una fantasía, Lawrence. —La mujer pone sus pies en el ya abarrotado salón y, al hacerlo, los guardias azules se encogen visiblemente —. No solo eso: es una ofensa y un ataque. Me sorprende que mi querida cuñada y mis adoradas sobrinas sean capaces de mantener su entereza. —En

ese momento, la tía March hace algo: las mira, a Jo, a Meg, a Amy. A las tres les dirige una mirada penetrante y un movimiento de mentón que es a la vez casi imperceptible y apremiante—. Todas queríamos mucho a la pequeña Beth —insiste la tía March—. Y usted viene a esta casa, el día de la boda de mi sobrina, con estas terribles acusaciones…

—¡Oh! —Es Amy la primera en entender qué ha querido decirles la tía March y junto a su exclamación hace un amago de desmayo con una teatralidad admirable. Cuando uno de los guardias se gira hacia ella y Amy lo ve tan joven y tan preocupado, parpadea repetidamente y se lleva las manos al pecho—. ¡Oh, nuestra querida Beth! Cuánto la echamos de menos… Se lo ruego, señor Lawrence, no mencione su nombre en esta casa. No lo haga, por piedad…

Tras ella, Marmee se une a su lamento y Meg se echa a llorar. La única de las hermanas March que parece serena es Jo: su rostro es una máscara, aunque en su interior todo esté tambaleándose.

La escena, a todas luces, incomoda lo suficiente al señor Lawrence como para dar un paso atrás. Los guardias responden a su movimiento y se acercan a él aún reticentes.

—Si no les importa, tenemos que examinar la casa.

Amy siente una amenaza no tan velada en su voz.

—No podemos negarle nada, señor Lawrence —le responde Marmee secándose los ojos con un pañuelo que ha sacado discretamente—. Usted solo tiene que pedir.

Lawrence hace una mueca, el labio se le curva hacia abajo. Tras un segundo de pausa, quién sabe esperando qué, les hace una señal a los guardias. El salón es inspeccionado, tras las cortinas, bajo la alfombra que trajo el señor March tantos años atrás. El piso de arriba también es sometido al minucioso escrutinio del señor Lawrence mientras la familia March en pleno, en el salón, finge una gran calma, escucha los ruidos, el estrépito de cortinas rasgadas, de cajones siendo arrancados de sus cómodas, el sonido de las tablas del suelo al crujir.

Por fin, los pasos vuelven a bajar las escaleras. Se detienen.

Lo hacen, claro está, frente a la puerta del sótano.

Tras intercambiar una mirada rápida, Amy se levanta. Marmee, también. Y Jo. La tía March se les une en el recibidor. Llegan al tiempo que los guardias comienzan a descender las escaleras. Allí abajo no caben más que unos pocos. Es Amy, que va en cabeza y, por lo tanto, puede aprovechar la ventaja, la única que los acompaña. Quién sabe por qué lo hace. Su cuerpo mismo la empuja. Necesita estar delante, comprobar si están a salvo o no. Permanece apoyada al final de las escaleras sin llegar a entrar en el sótano.

—Busquen bien —dice en ese momento el abuelo Lawrence.

Amy siente un cambio exponencial en su voz, en su actitud, en su mirada escrutadora que le lanza al escucharla llegar. Desde que lo conoce, Amy siempre ha pensado en él como un anciano con carácter, pero afable al fin y al cabo.

—Sé que la ocultan. La hemos visto todos.

El señor Lawrence dice eso último hacia ella. No solo hacia ella, *para ella,* acusándola con su mirada de ojos azules como el hielo.

Amy respira. ¿No tiene una vida entera de experiencia?, se dice. ¿Acaso es el señor Lawrence más terrible que las señoras con las que toma el té su madre los días de fiesta? ¿Más que el profesor Smith, sus compañeras y compañeros de la Academia, siempre ávidos de poder y reconocimiento?

—¿Todo este alboroto es por eso? —La voz le sale aguda. Es por los nervios, pero cualquiera podría haber confundido su tono con indignación—. ¿Por esa muchacha que apareció de la nada y arruinó la boda de mi pobre hermana? Es… —Amy querría haber continuado, pero, de golpe, se le seca la garganta y se le termina la voz.

Uno de los guardias se está acercando a uno de los rincones del sótano. Han hecho un gran trabajo: se ven las paredes desnudas, el suelo de triste tierra prensada, sucio, pero en ese rincón descansa el diván que ha servido de asiento, de cama a Beth. Está roto en pedazos, convertido en leña para la estufa, pero claramente reconocible.

El guardia toma uno de los trozos de madera. Lo hace girar entre sus manos enguantadas y, con un gesto extrañado, se vuelve hacia sus compañeros. Amy siente entonces una punzada en el bajo vientre, un estremecimiento de terror porque esos pocos trozos de madera puedan llevarlos a descubrir que alguien ha estado durmiendo en el sótano y, en consecuencia, todo lo demás.

Poco más le queda por hacer, pocas armas además de sí misma, su ingenio y la compasión que puede despertar en los guardias una buena ciudadana embargada por el dolor.

—¡Oh! ¡Oh, Señor Lawrence! —exclama Amy de repente. Del piso de arriba le llega el sonido de alguien conteniendo un grito—. ¿De veras piensa que esa joven era Beth? ¿Nuestra Beth? ¡Qué horror! Sería, quién sabe, una pobre muchacha desahuciada. Quizá vino atraída por la música, por la comida… Oh, sí, quizá esa joven, podría ser, se pareciera a nuestra pobre Beth…

Se da cuenta, mientras entorna los ojos y finge tambalearse, que el guardia la está mirando. Amy sabe que no puede detenerse ahora, de modo que continúa lamentándose, habla de Beth, de cuánto la echan de menos, del dolor

que le provocan tales acusaciones.

A la mitad de su discurso, el guardia ya ha depositado en su sitio el fragmento de diván. Poco después, el señor Lawrence deja escapar un sonido como el que haría una bestia furiosa, un león de melena blanca que golpea el suelo del sótano y luego, apenas sin darle tiempo de apartarse, regresa al piso de arriba.

Mientras los pasos coléricos del anciano hacen crujir las tablas del suelo, Amy todavía necesita unos pocos segundos para recuperar la compostura, para poder respirar sin que los nervios le aprisionen el pecho. Mira, con expresión cuanto más neutra mejor, a los guardias que siguen en el sótano.

—Si me disculpan… —les dice subiendo ella también.

Quién iba a decir que han estado tan cerca de descubrirlo todo cuando el señor Lawrence por fin sale por la puerta seguido de los guardias vestidos de azul.



Mientras un alivio indescriptible embarga sin lugar a dudas a todas las habitantes de la casa March, el señor Lawrence atraviesa el jardín de su mansión y sube las escaleras blancas del porche.

Entra en su casa como un torbellino, abriendo las puertas con fiereza y dejando que la propia inercia o, en su defecto, alguno de sus subordinados las cierre tras él.

—¿Dónde está? —pregunta sin molestarse en comprobar si hay alguien escuchándolo—. ¿Dónde está?

Encuentra a Teddy en la sala de música, sentado en la banqueta frente al piano, pero el muchacho no está tocando. Ni siquiera ha abierto la tapa del instrumento.

Poco sabe el señor Lawrence sobre lo sucedido realmente cuando se abalanza sobre su nieto y lo obliga a levantarse. No tiene la menor idea de que esa camisa está blanca e impoluta porque Teddy acaba de cambiársela por la que llevaba manchada de tierra. También se ha lavado la cara, las manos, ha borrado cualquier rastro sospechoso de lo que ha hecho.

—¡El ridículo! ¡Hemos hecho el ridículo!

Lo suelta en seguida. El señor Lawrence no deja nunca que sus accesos de rabia duren demasiado. No, jamás permite que sus impulsos tomen el control,

pero sabe que debe consentir que escapen de vez en cuando y, en ese momento, siente un impulso irrefrenable de zarandear a su nieto, de transmitirle, aunque solo sea una fracción, la vergüenza que experimenta él.

Al soltarlo, el muchacho trastabilla y tiene que sujetarse en el piano para no acabar cayendo.

—No entiendo qué ha ocurrido, señor —dice el chico. Está asustado, y el anciano cree que eso le viene bien para enseñarle un poco de humildad y de rectitud.

—No hay nada en la casa de las March. No hay nadie.

Teddy, con la mano todavía sobre el piano, aunque vaya a dejar allí una marca, levanta la mirada hacia su abuelo.

—Es lo que le dije, señor.

Se han salvado pues. Teddy suspira con alivio. Han valido la pena el esfuerzo y el dolor que siente por todo el cuerpo tras cavar esa tumba en apenas unos minutos de trabajo frenético, tras enterrar a la pequeña Elizabeth March sin mortaja ni ataúd ni ceremonia.

—¡Habrás cometido algún error! —insiste el abuelo. No vuelve a tocarlo, pero se inclina hacia él.

—Señor… si he cometido algún error, intentaré…

—¡No lo vas a intentar! ¡Vas a hacerlo! —No hay nadie más en la sala de música, aunque Teddy sabe que habrá guardias y personal de la casa a pocos metros, escuchando tan atentamente como ignorando el ataque de rabia del hombre—. Te han engañado, muchacho, estoy seguro… Algo ocultan. No lo sé todavía, pero algo ocultan… y tú vas a descubrirlo. Es tu deber.

—Sí, señor.

Lo es. Eso no se puede cuestionar. Es el deber de cualquier buen ciudadano.

—Recuerda, muchacho, *recuerda*.

El abuelo Lawrence nunca dice qué debe recordar, pero no hace falta. Teddy lo sabe sin lugar a dudas. Es su frase preferida, a la vez consejo y amenaza. Que recuerde cuánto le debe. Que recuerde que el abuelo cometió una gran falta por él que de saberse les manchará a los dos.

—Lo recuerdo, señor. *Lo recuerdo*. Puedo intentar entrar en la casa, buscar más…

—No, no. En la casa no hay nada, lo hemos comprobado. Quizá incluso sea cierto lo que dicen, que durante la boda de la hermana mayor lo que hemos visto es una niña desahuciada, quién sabe. Esa gente, al fin y al cabo, no aprende nunca… —El abuelo por fin parece más calmado. Se aleja de Teddy, pensativo—. Pero vas a seguir conviviendo con las hermanas March. Vas a ganarte su confianza todavía más. Todo el mundo tiene secretos,

Theodore.

Teddy baja la cabeza en un gesto de aceptación.

—Sí, abuelo. Señor. Sí, señor.

La mantiene así, en parte para ocultar su gesto de alivio.



—Era la única opción. Era lo único que podíamos hacer.

Acabado el peligro, queda la rabia.

Josephine, ya que todas las normas de comportamiento y también el sentido común desaconsejan que grite, tiene que conformarse con pasear energéticamente por el saloncito.

Aunque, oh, sí, le gustaría gritar. Lo desea con toda su alma porque, en cuanto el señor Lawrence se ha marchado y ellas se sienten seguras, Jo continúa exigiendo respuestas. Por qué la tía March parece al tanto de todo, por qué su madre se lo ha ocultado.

Y no solo no le han contestado a sus preguntas. De repente, Meg ha salido de esa especie de sopor en el que parecía inmersa y le ha dicho eso. Que era la única opción. Que era lo único que podían hacer.

—No digas «podíamos». No me incluyas. Me niego a que me incluyas en lo que has hecho. En lo que has hecho tú. Tú, Meg, tú…

Meg entonces se levanta.

—Creo que todas agradeceríamos un poco de té.

Josephine sabe que su madre, que Amy, que la tía March… que las tres comparten por lo menos una fracción de su horror; pero ella es la primera, y la única, en verbalizarlo:

—Has matado a tu propia hermana, Meg. ¡La has matado con estas mismas manos con las que vas a preparar la tetera!

—Basta, Jo, basta, por caridad… —implora Amy. Con razón.

Josephine se da cuenta de que con esas últimas palabras su madre y su hermana se han echado a llorar, igual que ella, pero la rabia en su interior vuelve a rebelarse. Hacen bien llorando a Beth, no tienen ni que avergonzarse ni que evitarlo. ¿Acaso por eso tiene que refrenarse? A los muertos hay que llorarlos.

—No, no —dice Jo sintiendo cómo esa última idea le da fuerzas. Cruza el saloncito hacia Meg, que todavía no lo ha abandonado, y ante sus ojos

sorprendidos la sujeta por las muñecas—. Estas manos, Meg. Tú hablas de té y no parece que…

—Ha sido una buena muerte —dice con tono tranquilo. Más que eso: con un tono desprovisto casi completamente de emoción—. Ha sido rápida.

Jo se estremece. Cierra los ojos y la imagen le regresa a la mente. Quizá Beth al principio pensara que Meg la estaba abrazando. ¿Cómo debió de ser el momento en que, con aterrorizada claridad, se dio cuenta de lo que realmente estaba ocurriendo?

—¿Cómo puedes decir eso? Cómo puedes… —solloza Amy, ya inclinada sobre la falda de su madre para ocultar el llanto.

—Una buena muerte es aquella que llega sin dolor. Una buena muerte es aquella que previene el dolor. —Se dan cuenta entonces de que la voz de Meg es la misma con la que cita los fragmentos del Libro. Ni siquiera intenta zafarse de la sujeción de Jo, sino que pronuncia, con media sonrisa dulcificada —: Una buena muerte hace la sociedad mejor.

Quizá eso sea demasiado incluso para Marmee, que ha mantenido la calma durante todo el rato. La señora March se levanta y se acerca a su hija.

—Ya basta, Meg. Basta.

Pero Meg, imbuida de fervor patriótico, no parece dispuesta a obedecer. Al contrario.

—Lo que hicimos fue un gran error. Peor todavía: fue una gran falta. Beth estaba enferma y, como tal, nuestro deber habría sido avisar al ministerio…

—¡Para matarla!

No podía aguantarlo más, ya no. El chillido de Jo hace que reinen unos instantes de silencio. Incluso el fuego, que sigue ardiendo en la chimenea del saloncito para iluminarlas y darles calor, parece crepitar con menos entusiasmo.

Meg la mira con esa misma expresión tan neutra, tan distante.

—Claro. Era nuestro deber como ciudadanas y lo incumplimos, incluso… —Meg se vuelve entonces hacia la tía March—. Incluso tú, tía March, por lo que veo. Voy a preparar el té ahora, visto que nadie más ha pensado en ello, ¿de acuerdo? Y luego iré…

—Calla.

Ya no puede más. Jo todavía sujeta las muñecas de Meg y aprieta fuerte, zarandeándola, pero ella no desiste:

—… Donde debo…

—¡Calla! ¡Calla, Meg!

Aun zarandeándola, aun con esos gritos que son peligrosos, pero que Jo no puede reprimir, Meg continúa hablando, como si estuviera leyendo un guion,

como si todas sus palabras y reacciones estuvieran ya planificadas de antemano:

—… Que es junto a mi marido.

Jo, al borde de la desesperación, suelta a su hermana. No sirve de nada. No han variado ni su cara ni la entonación en su voz. En ese momento, siente una presencia firme a su lado, una figura alta, la tía March que se ha puesto en pie para llegar a su lado.

—Déjala, Josephine.

—Ya no trabajo para ti, tía March. Si quieres dar órdenes, dáselas a Amy —suelta ganándose de propina una mirada herida de su hermana menor. Está perdiéndolo todo definitivamente. La situación se ha hecho ya tan insoportable… y, como si no ocurriera nada, Meg sale del salón con paso brioso—. ¡Ha matado a Beth, tía March! ¡Ha…!

Jamás habría creído que su tía pudiera moverse a tal velocidad. Quizá porque sus gestos siempre son medidos y dignos, quizá por su cabello blanco, que apunta a una edad no avanzada pero sí respetable, pero a medio chillido la mano de la tía March cae sobre la boca de Jo para evitar que continúe.

—Y tiene razón cuando dice que debería haber ocurrido hace mucho —objeta la mujer, lejos de apiadarse de la voz ya silenciada de la muchacha—. Mira qué precio habéis pagado: habéis pagado con el dolor, el vuestro y el suyo, con las manos manchadas de sangre de tu hermana. —Se vuelve, entonces, hacia Marmee—. Habéis pagado vuestra tozudez con la libertad de mi querido hermano.

Josephine retrocede un paso, Amy se incorpora de golpe. De repente, algo ha cambiado en el rumbo de la conversación. La tía March ha mencionado a su padre. No solo eso; ha insinuado… ¿Qué ha insinuado exactamente?

Antes de que nadie pueda preguntar, ni siquiera reaccionar, la tía March añade:

—Quizá sea una buena noche para contárselo todo, Margaret —sugiere la tía March.

La mujer, entonces, recoge sus guantes blancos, que había dejado sobre la butaca en el salón. Se despide de Jo y de Marmee con media inclinación de cabeza, de Amy recordándole que la verá pronto en el trabajo, después de la exposición. Sale de la casa al tiempo que, en la cocina, Meg canturrea una melodía de cuando eran niñas mientras prepara el té.

Tras escuchar el sonido de la puerta cerrándose, Jo se gira hacia Marmee en busca de respuestas. Lo mismo ha hecho Amy. Las dos observan a su madre que se ha puesto en pie. Marmee es una mujer menuda, puede parecer frágil, pero no es así. Allí, en esa hora tan terrible, la expresión de Marmee parece un precario equilibrio entre la derrota y la más profunda satisfacción.

Entonces, sacude la cabeza.

—Era un riesgo que él estaba dispuesto a correr.

—¿Papá? ¿Te refieres a papá? —pregunta Amy.

Marmee asiente levemente. El canturreo de Meg se detiene un segundo. Así pues, ella también está escuchando.

—Éramos conscientes de que, después de enfermar, Beth tendría secuelas. Lo sabíamos. Vuestro padre se había hartado de ver niños así en el ministerio.

Lo recuerdan. Sí, ambas hermanas recuerdan cómo a veces su padre llegaba taciturno, cómo las abrazaba y después, tras unos minutos de silencio, les contaba qué había visto para que lo hubiera afectado tanto. Muchas veces el señor March les hablaba a sus hijas de la gente que llegaba al Ministerio de Sanidad para entregar los papeles en los que se solicitaba la recogida de algún familiar enfermo por parte de las casas de salud.

Ni siquiera es algo nuevo. Lo que les cuenta Marmee ahora es una información que ya conocían, pero hay una tristeza nueva en su narración, algo que indica que hay más, que la historia no acaba ahí.

—Todo iba… bien —continúa entonces Marmee. Tiene la cabeza baja y se mira las manos como ausente—. Según la documentación oficial, Beth había fallecido, la habíamos enterrado…

—¿Qué ocurrió, Marmee? —pregunta Jo, no puede evitarlo, cuando, de repente, la voz de su madre se quiebra.

—Que no fue tan bien como esperábamos. Que comenzó a haber rumores. Para fingir la muerte de Beth vuestro padre tuvo que falsificar algunos papeles, tuvo que manipular los registros…

—El incendio. —Amy tiene el ceño fruncido, y en esta ocasión ni siquiera le importa que vaya a quedársele una arruga—. ¿Fue él? ¿Él provocó el incendio en su departamento? ——

Siempre habían pensado que el incendio que terminó mandando a su padre a la guerra fue un accidente desafortunado. Se perdieron centenares, miles de documentos en ese incendio y su padre, como responsable, asumió las culpas.

Josephine mira hacia la puerta, por donde se ha marchado la tía March unos pocos minutos antes.

—¿Y qué tiene que ver la tía March con todo esto? ¿De qué modo está implicada?

—Si hubiera asumido las culpas solo por un accidente, la pena habría sido menor. Pero los rumores estaban ahí, y muchos sospechaban de él. Necesitábamos asegurarnos de que el nombre de vuestro padre quedara limpio y todas las maledicencias silenciadas —dice Marmee lentamente. Poco a poco, la matriarca de las March parece empequeñecer bajo el peso de tanta verdad mientras sus hijas parecen cada vez más embargadas por sentimientos

de lo más dispares, que van del asombro al enfado.

La conclusión a partir de ese momento es bien sencilla.

—La tía March.

Jo está segura de tener razón. Nadie más salvo la tía March podría haber ocultado aquello. Nadie más excepto la tía March tiene no solo el poder sino la (Jo decidió llamarla así) *flexibilidad moral* para hacerlo.

Se imagina a su madre, que siempre ha sido en cierto modo tan orgullosa, o a su padre, visitando a esa mujer que durante toda su infancia fue prácticamente una desconocida, para pedirle ese terrible favor.

—No le dolió sacrificarse por Beth. —Marmee se aleja lentamente. Acaba sentada en su butaca, junto al fuego, y es en ese momento cuando decide hacer algo que debería haber hecho mucho tiempo atrás: confiesa ya todo lo poco que le quedaba por revelar—. Aunque jamás quisimos que este asunto acabara afectando también a…

—Al pobre John, ¿verdad? Al fin y al cabo, era su ayudante.

Meg ya no está en la cocina, sino en la puerta del salón con, como ha prometido, una bandeja con una tetera y cuatro tacitas. Marmee baja la mirada en un gesto de absoluta culpa. Sí, también el ayudante de su padre, su más estrecho colaborador y, además, prometido de Meg, acabó pagando la falta de la familia March al ocultar a Beth.

—Ya veo. —Con cuidado exquisito Meg deja la bandeja sobre la mesita de costura que hay junto a la butaca de Marmee—. Me alegro de que papá haya tenido a alguien que le hiciera compañía en el frente.

Comienza a servir un té negro, aromático, en una de las tacitas, la que solo tiene un pequeño desconchón en el asa. Meg entonces levanta la cabeza al escuchar cómo la puerta de la casa se cierra con fuerza.



No hay lugar al que huir. Si echa a correr en cualquier dirección, Jo sabe que tarde o temprano se encontrará con la ciudad y más ciudad, y luego con la nada. Solo tropezará con esos campos semiáridos, salpicados de grandes máquinas que nadie, o al menos nadie que ella conozca, ha podido atravesar.

Por eso, Jo no va muy lejos. Sale, sí, quedándose en la parte trasera de su casa. Allí respira hondo. El frío y una oscuridad excepcionalmente profunda, señal de que ha habido algún corte de luz, en cierto modo la ayudan a

serenarse. Puede respirar. Eso es más de lo que puede hacer dentro. En el saloncito creía capaz de ahogarse entre tanta mentira.

La mentira ha sido la gota que ha colmado el vaso en este macabro día.

Josephine se frota los ojos. Se los nota irritados, a la vez húmedos y terriblemente secos. Nadie ha salido a buscarla. Eso es bueno puesto que quiere estar sola. No desea ver ni a sus hermanas ni a su madre, tampoco a Teddy.

En una ocasión así habría corrido a encontrarse con Beth en busca de consuelo, pero su hermana está muerta.

No, rectifica Jo al instante. A su hermana la han matado. Enferma o no, Beth tenía la voluntad de vivir y se la han arrebatado.

Josephine se pone en pie. Es una noche no solo fría, sino que los árboles y las pantallas se agitan al son de un viento cada vez más intenso. Ponerse en pie, caminar, la hace bien. Le calienta las extremidades, le desentumece el cuerpo.

Aun así, su cabeza está en otra parte. Se encuentra en esa escena macabra, las manos de Beth aleteando como las alas de un pajarillo, porque siempre la llamaba así, pajarillo. En un primer momento no se había dado cuenta de nada, y Jo no para de preguntarse cómo pudo ocurrir.

Pero tampoco se da cuenta, por ejemplo, de que con pocos pasos ha sobrepasado el pequeño jardín de la casa March. Nadie puede culpar a Jo, nadie con un poco de compasión puede extrañarse de lo que le está sucediendo, ni de que sus pasos la lleven de regreso a ese templete lúgubre.

—¿Dónde está? —se pregunta apenas con un hilo de voz.

La tumba de Beth tiene que estar allí. Teddy y Meg han debido enterrarla justo en ese lugar para que nadie sospechara. Tiene que ser allí, pero, por mucho que busca, no logra ver cambios en la textura ni en la forma del césped por culpa de la oscuridad.

—¿Dónde está? —repite mientras hunde las manos en el césped húmedo. Arrodillada en el suelo, Jo comienza a palparlo, pero no logra encontrar ningún lugar en el que la tierra le parezca menos dura—. Lo siento, lo siento Beth, lo siento tanto…

Encuentra, eso sí, las herramientas de jardinero que probablemente Meg y Teddy hayan utilizado para cavar la tumba, para disimular su presencia allí. Las manos se le tensan y se las lleva a la cara, donde lágrimas y saliva se mezclan con el barro y la nieve. Entonces, llora. Llora como si no hubiera un mañana, llora sin que le importen esas emociones que lleva tanto tiempo guardando en su interior igual que todas las mentiras que hasta esa noche ha escondido la casa March.

Josephine March nota entonces cómo el pelo le cae por la cara y se le pega

a las mejillas con tanto barro, con tantas lágrimas, con tanto dolor.

No lo piensa realmente. Más que un pensamiento es un deseo, un arrebato de esos que tanto y tan a diario le critican a Josephine March, la impetuosa, la salvaje. Elizabeth March, su hermana, ya no existe y, en realidad, no ha existido nunca y Josephine March, ahora que lo piensa, tampoco. No puede ser cierta entre tanta mentira y podredumbre. No puede ser cierta después de la muerte de su hermana Beth.

Josephine March se incorpora, solo un poco, las manos todavía sobre esa tierra húmeda de nieve y rocío y lágrimas hasta que da con las tijeras de jardinero. Elizabeth March no existe y, por tanto, Josephine March tampoco.

Jo nunca ha sido muy ducha en peinarse, tarda muchas horas y, al final, siempre es su hermana Meg (esas manos manchadas de sangre, piensa también Jo) o Amy quienes acaban recogiéndole el cabello los días en que, a pesar de todo, Josephine March decide arreglárselo. Esta noche es distinto. Esta noche coge su melena con una mano, la aprieta con fuerza, se asegura de que todos los mechones quepan en su puño cerrado y, entonces, se la corta.

Es un corte simple, uno sencillo que hace que, de pronto, esos cabellos que ya no está sujetando y que han dejado de formar parte de sí misma, se esparzan por ese jardín en cuanto se levanta una corriente de aire.

Ahora, piensa Jo, esté donde esté Beth, podrá sentir sus cabellos como hacía siempre que se acurrucaban juntas en ese diván que tampoco existe ya y que, a ojos de todos, nunca ha existido.

Sus manos se crispan de nuevo sobre la tierra húmeda al escuchar, de pronto, las sirenas.

Se avecina un bombardeo.

De inmediato, el instinto y también la costumbre comienzan a tomar el control de su cuerpo. Debe levantarse y buscar refugio cuanto antes. Es lo que ha hecho toda su vida y en cada segundo que no lo hace nota un nudo apretándose en su estómago.

Llega a ponerse en pie. Ve que en la mansión Lawrence las luces se apagan. En su casa, también. Su madre y sus hermanas se estarán preguntando dónde está, debe apresurarse si quiere bajar con ellas al sótano, al refugio.

«Si quiere bajar con ellas al refugio.»

Esta vez, la frase se formula en su cabeza como una pregunta.

A lo lejos ya ve los haces de luz que escudriñan el cielo nocturno en busca de aviones. Las sirenas se hacen cada vez más potentes a medida que aúllan por toda la ciudad. Siente ese momento como un instante en que depende de lo que elija, su vida irá en una dirección u otra. Es la misma sensación que sintió semanas atrás cuando decidió contar la verdad de las cartas quemadas en el secretariado.

Por entre las sirenas escucha otro sonido. Una puerta grande, pesada, abriéndose. Teddy y su abuelo deben de haber abierto la puerta de su propio refugio. Está al otro lado de la casa, recuerda Jo tranquilizándose de inmediato. No pueden verla.

¿Realmente quiere bajar al sótano con sus hermanas?

Jo se frota los ojos, sigue llorando casi sin darse cuenta, porque el llanto en las últimas horas parece su estado natural. No se siente capaz de nada. No se siente capaz, por ejemplo, de afrontar el día siguiente, de ver a Marmee que le ha mentido, de ver a Meg, que ha cometido un gran crimen y ni se ha dado cuenta. Le resulta irónico que, de hecho, con la única persona con la que Jo se vea capaz de mantener una conversación civilizada sea con Amy.

Entre el graznido de las sirenas escucha otra puerta abriéndose. Esta es familiar y querida. Oye voces también de su madre y de sus hermanas, aunque no logra adivinar qué dicen. No hace falta, seguramente la estén llamando a ella.

La decisión, cuando tiene que tomarla, lo hace rápidamente.

Se incorpora.

Ya debe de estar todo el mundo en los refugios. Allí, como les han enseñado, esperarán una hora, a veces dos, a que finalice el bombardeo.

Cuando de niña, y no tan niña, Jo se escondía con su familia en el sótano, imaginaba que durante los bombardeos caía sobre la ciudad de Concordia una lluvia de fuego. La simple idea de estar fuera, vulnerable, le provoca un pánico indescriptible, pero logra sobreponerse. Puede hacerlo, porque ya lo ha hecho antes, y porque ella, hace tiempo solía repetírselo a menudo, no le teme a nada.

Llega a la verja de la finca de los Lawrence con solo una mínima duda dentro del pecho y luego sale a la calle.

Hace unos minutos, cuando pensaba en estar en el refugio con sus hermanas y Teddy y su madre, aunque le dé vergüenza reconocerlo, sí que ha pensado en alguien con quien, a pesar de todo, no le importaría sentirse acompañada.

26

Quizá haya ido al refugio de los Lawrence —dice Marmee por enésima vez.

Son solo tres en el sótano de la casa donde antes solían ser cinco, jamás les ha parecido tan amplio ni tan frío.

—Se ha resguardado a tiempo, seguro —insiste Meg con la misma seguridad del que afirma que la Tierra es plana y el cielo azul—. Solo necesita despejarse un poco. Tiene un carácter muy explosivo nuestra Jo. Y espero que el señor Brooke también esté bien, él solo en el sótano de nuestra casa.

—Estoy convencida de que sí, querida. De todos modos, el bombardeo solo durará unos pocos minutos más con un poco de suerte. Y entonces deberías ir con él. Es tu noche de bodas.

La sonrisa de Meg es correspondida con otra, tensa, como a punto de rasgarse por la mitad, que aparece de repente en la cara de Marmee. Al verla, Meg asiente satisfecha para sí. Después se acerca a un rincón del sótano. Allí descansa una mesita con una labor de punto a medio tejer. La coge entre sus manos ignorando fehacientemente que le tiemblan. Tejer es, al fin y al cabo, una de sus mayores aficiones, a la par de resultar tanto útil como entretenido. Va a sentarse a la luz de un quinqué cubierto de polvo que han colocado en aquel lugar para dar el efecto de que el sótano solo se ha usado durante los bombardeos, pero se detiene.

—¿Qué es eso?

Amy también está centrada en sus quehaceres. Poco más puede hacer allí abajo, encerrada mientras el mundo retumba encima de sus cabezas.

—Me estás tapando la luz —replica de inmediato. Al instante, escucha un «Amy» de advertencia que proviene, claro está, de su madre, pero lo cierto es que a Amy le da igual. No desea estar cerca de Meg esa noche, pero su hermana se inclina, a pesar de todo, por encima de su hombro.

—¿Somos nosotras?

A regañadientes, Amy asiente con lentitud.

Quizá Amy no tenga esa misma rabia explosiva de su hermana Jo, pero, desde luego, no quiere hablar ni ver a Meg aun sabiendo que (porque Amy puede ser joven, pero tiene los pies muy buen puestos en el suelo) la vida de Beth habría acabado mal de una forma u otra. A pesar de eso, Beth era su hermana menor, la quería y habría deseado para ella una muerte más digna que la que ha tenido.

No desea estar cerca de Meg, pero, como siempre, Jo se ha salido con la suya y se ha marchado, quién sabe dónde y quién sabe con quién, mientras que ella ha tenido que quedarse para no dejar a Marmee sola.

—Tienes mucho talento —dice Meg al cabo de unos segundos.

Eso es algo que hace a menudo; Meg siempre tiene una palabra de aliento, un cumplido. Amy la mira con aprensión: a su hermana convertida de pronto en villana.

Fuera continúan las sirenas, de modo que todavía tienen que quedarse más tiempo en el dichoso refugio en el sótano.

—Gracias.

No tiene sus telas ni sus pinturas a mano, pero ha tomado un cuaderno para trabajar en el detalle del retrato familiar, el que está preparando para la exposición de la Academia. Se da cuenta en ese momento de que las caras de las cuatro hermanas están medio emborronadas, como si se sintiera incapaz de visualizarlas a las cuatro juntas en su cabeza.

Amy desea con todas sus fuerzas que el bombardeo acabe de una vez.



Al mismo tiempo, a una distancia cada vez mayor, Josephine March desea lo contrario, que el bombardeo dure todavía unos minutos más. No porque quiera causarle mal a nadie, no. Es un pensamiento egoísta, es consciente de ello. Ella jamás querría eso, pero las calles están desiertas y la iluminación pública apagada para no delatarle las formas de los edificios a la aviación enemiga y ella solo necesita unas pocas manzanas de casas hasta llegar a su destino.

«Busque el refugio más próximo», rezan las pantallas en letras parpadeantes. «No corra. No por correr llegará antes.» «Peligro de muerte.» «Bombardeo.»

Se para. De pronto, tiene la impresión de escuchar las explosiones cada vez más cerca. La invade ese terror teñido de urgencia tan familiar, ese que le

mueve a esconderse y a buscar refugio.

—Vamos, Jo.

Se obliga a avanzar unos pocos pasos más. Advierte que casi no hay luz, excepto unas estrellas tenues y los haces luminosos que escudriñan el cielo, pero ella avanza segura. Su silueta no quedará plasmada en las cámaras y, en realidad, resulta fácil orientarse en las calles regulares de Concordia, incluso a oscuras.

«Cuanto más feroz es el enemigo, más unido ha de estar el pueblo.»

Hacia los barrios bajos, hacia allá va Jo. A la periferia de Concordia a sabiendas de que no hay vuelta atrás, a sabiendas también de que su familia, su familia…

Es consciente del egoísmo de sus acciones y de que las pone en peligro a todas ellas, pero era o la huida o perder definitivamente el control de sí misma. Tienen, ese es el consuelo al que se aferra Jo, a la tía March. Esta tiene suficiente poder como para que su huida no tenga consecuencias graves. Además, ya nada le ata a su familia. Nada. Su madre la ha engañado, su hermana es un monstruo. La ha traicionado Teddy también. Teddy, su mejor y más fiel amigo. Aun así, estarán a salvo.

Eso lo espera fervientemente, por lo menos. Si no, Jo está segura, se va convenciendo a cada paso que da, de que ya encontrará la solución.

Todavía han de pasar unos pocos minutos más, y tiene que atravesar ella unas cuantas calles. Casi ha logrado ignorar el sonido estridente de las sirenas cuando la ve. La verja. Un poco más allá hay un puesto de control y después, allí, en alguna parte, encontrará a la única persona con quien se siente segura. Amy se lo dijo, que había visto a Frida, a su buena amiga Frida, en los bajos fondos, que allí todo el mundo la conocía y que la llamaban «la profesora». Jo está segura de que, si pregunta, podrá encontrarla.

Mientras huye, Jo reflexiona largamente sobre qué hacer. Ha pensado en que puede intentar saltar la valla o pasar por uno de los muchos agujeros que hay, pero se sorprende al comprobar que no hay guardias vestidos de azul en la puerta ni en la garita cubierta desde donde revisan y sellan los documentos.

En esa zona de la ciudad los refugios son comunales, uno cada pocas manzanas de casas. Los guardias seguramente estén acurrucados bajo una de esas grandes bóvedas de cemento que se extienden debajo de las casas. Si accede a alguno de esos refugios y pregunta por la profesora, Jo está segura, podrá encontrar a Frida sin llamar la atención.

Así es cómo Josephine March cruza la barrera que separa los barrios residenciales de los suburbios: simplemente caminando. Debe ser inconcebible pensar en que alguien camine por la ciudad durante un bombardeo.

Entra por una calle ancha. Ya no hay ristras de casitas de dos plantas, con jardín y porche delantero. Los edificios se han convertido en bloques cuadrados, construidos sobre grandes pilastras para separarlos de la humedad del suelo. Deambula entre esa arquitectura sombría con el corazón en un puño, consciente ya de que pocas barreras hay que no haya saltado. Las sirenas rugen y rugen, es algo insoportable, pero el ruido no es capaz de amortiguar las sombras que, de pronto, Jo percibe a lo lejos.

¿Qué tipo de sombras pueden esperarse en medio de esa noche?

Sombras apresuradas. Sombras como las que ella y Teddy debieron generar aquella noche en una vida atrás (al menos, a Jo le parece que haya sido en otra vida) cuando se encontraron en medio de la calle sin ayuda, sin lugar al que ir durante un bombardeo.

Jo se aparta de la calle, se acerca a una de las pilastras que sostienen esos bloques de casas tan feos, tan impersonales, y se esconde detrás.

Aguanta la respiración. Entre el sonido de las sirenas puede ver cómo las sombras se acercan. Al principio le han parecido menos, pero comprueba que, en realidad, son muchas, todas ellas perfectamente coordinadas. El tipo de sombra que originaría, por poner un ejemplo aproximado, un pelotón de personas acostumbradas a ir al mismo paso.

Se aproximan cada vez más inequívocamente.

Jo no solo se esconde detrás de las pilastras, se apoya en ellas, trata por todos los medios de fundirse contra el cemento de grano grueso, de convertirse en una mancha más de oscuridad.

Y entonces cuando, ante sus ojos abiertos de sorpresa, descubre una miríada de luces. Luces blancas, purísimas. Josephine tarda unos segundos en comprender que se tratan de linternas eléctricas, similares a los haces que examinan el cielo en busca de atacantes, pero en miniatura.

Se detienen no muy lejos de ella. De vez en cuando, una de esas linternas ilumina un retazo de tela oscura, pero brillante. Josephine reconoce esa tela. Jamás las ha visto en acción, pero han estado siempre, casi formando parte del escenario en que, se da cuenta, ha sido su vida. Son los mismos uniformes que, en balcones y columnas, desde sus carteles, adornan las fachadas de los edificios gubernamentales. Los mismos que, está segura, ha visto dibujar a Amy una y otra vez. Los mismos que se supone que están fuera de Concordia, en el frente, protegiendo a la ciudad y a todos los que viven en ella. Los mismos que, Jo lo percibe horrorizada, probablemente lleve su padre en la guerra.

Es comprensible, llegados a este punto, que Josephine ahogue una exclamación de sorpresa.

Por suerte, no la escuchan. En cambio, ella sí puede oírlos a ellos.

—¿Es aquí? —pregunta uno. Su voz ha sonado como una bocina, como si estuviera resfriado o como si en algún momento de su vida le hubieran roto el tabique nasal y no se hubiera recuperado del todo.

Percibe movimiento en el grupo de agentes, las linternas, por un momento, enfocan a lugares dispares, al suelo y al cielo y a los arbustos que les rodean. Se da cuenta de que no llevan las linternas en la mano, sino que van montadas sobre… los fusiles. Los soldados sujetan lo que Jo está segura son fusiles o, al menos, un tipo de arma, con un cañón largo y estrecho, un mango sólido y algo parecido a un depósito en el centro. Solo los soldados llevan armas, al menos eso pone en la propaganda estatal.

Josephine podría marcharse, pero no lo hace.

—Sí —responde otro. Sus palabras quedan eclipsadas un segundo por las sirenas—. Aquí. Tiene que ser por esta… —Otra sirena, de nuevo—. Por lo menos estas han sido las órdenes de nuestro superior. A las casas de este sector. Estaba muy enfadado con los desahuciados.

Josephine, sin saber cómo, ha ido inclinándose hacia delante. No entiende nada. No comprende por qué esos soldados se encuentran ahí, qué es lo que pretenden si se supone que deben estar en la guerra. No entiende por qué están ahí ni de qué hablan, pero quiere saber. Necesita saberlo.

La garita de los guardias de la verja está desierta porque tienen que bajar a los refugios. ¿Qué hace un grupo de soldados por la calle? No, para ser más exacta, piensa Jo una vez más, ¿qué hace un grupo de soldados en Concordia si se supone que están en el frente?

—Va a comenzar de un momento a otro —dice el primer soldado, el de la voz nasal. No es muy alto, aunque es de complexión fuerte—. Todo el mundo preparado.

Una parte del pelotón, entonces, se desvía. Josephine ve con el corazón en un puño cómo se internan entre las casas. Están cerca, apenas unos cincuenta metros. Puede distinguir sus siluetas entre el bosque de pilastras, pero a ella la oscuridad le sirve de parapeto.

Una explosión la hace dar un respingo, ha tenido lugar muy cerca. Jo gira sobre sí misma, aún sin apartar las manos de la pilastra que no solo la está ocultando, sino que, en caso de otra explosión, podría servirle de defensa. Está buscando fuego, llamas, humo, ruinas, pero no encuentra nada. Quizá no ha sido tan cerca como imagina.

Mira hacia los soldados, que permanecen inmóviles. ¿Cómo es posible que ellos no reaccionen? ¿Cómo pueden estar allí, en medio de la calle, sin reaccionar lo más mínimo?

Otra explosión más, ensordecedora. A pesar del pitido que hiere sus orejas, Josephine escucha:

—Manos a la obra.

Los soldados, todos al mismo tiempo, se ponen en marcha. Resultan una visión extraña, un reducto de orden dentro de tanto caos. En perfecta sincronización avanzan por una callejuela lateral.

Entonces Josephine, por fin, ve ese resplandor tan temido, fuego, pero se trata de una docena de lucecitas titilantes que se han encendido en el extremo de las armas de los soldados.

Una nueva deflagración la coge por sorpresa. Josephine detiene el golpe tapándose los oídos, pero solo con el primero. Llegan más explosiones. Explosiones atronadoras, capaces de derrumbar edificios, de minar su confianza. Por un segundo le parece escucharlas por todas partes. Josephine se vuelve a tapar los oídos con ambas manos. Al final, el instinto la vence. Retrocede unos pasos, después unos pocos más, horrorizada. Trata de alejarse de las casas porque su mente, apenas consciente, todavía es capaz de discernir que estar junto a aquellos edificios es lo más peligroso. Se interna entre el parterre de césped, flores y árboles que flanquea uno de los bloques ignorando el cartel de «No pisar el césped» que sabe que todo el mundo en Concordia obedece. Se encuentra en lo más cruento del bombardeo, en el epicentro, escucha las bombas caer, caer, y caer, y ese silbido es lo único que conforma su existencia ya.

No se espera que, de pronto, una de esas llamas ilumine algo más que lo que la rodea. Ilumina caras. Y una de esas caras es conocida para ella: John Brooke.

Jo tropieza, cae sobre un suelo de césped mullido.

Está a punto de salir corriendo a pesar de todo. Está dispuesta a arrastrarse si hace falta, pero no hace nada de eso. Josephine se queda quieta, mirando.

El objeto con el que ha tropezado es negro, cuadrado. Apenas se ve entre la espesura.

Es un altavoz. De allí surgen los estallidos de la guerra. De un altavoz.

Quién sabe cuánto tiempo se queda mirándolo. Desde luego, Jo no lo sabe. Del miedo ha pasado al estado de sorpresa más absoluta. A la incredulidad máxima.

Es una grabación. Esa idea, esa única, simple, idea, se va abriendo camino entre sus pensamientos. Es una grabación. Lo que escucha: los silbidos, los golpes y las explosiones ahora apenas tienen importancia, ni siquiera la suficiente como para que su cerebro las registre. Son solo ruido blanco en su cabeza. Es falso. Todo completamente falso. No hay ni fuego, ni humo, ni escombros, porque no hay bombardeo.

«Pero eso no es del todo cierto», se cuida de decir su propia conciencia. No es cierto porque ella ha visto las consecuencias de los bombardeos con sus

propios ojos. Ha visto casas convertidas en ruinas humeantes, calles con los adoquines arrancados.

El pulso se le acelera de repente. Los soldados se han alejado unos metros de ella. Sobre sus fusiles siguen brillando esas llamas como de vela. Unas llamas que, de repente, crecen.

—¡Vamos, vamos! —grita el líder de los soldados, el que tiene la voz nasal, de resfriado permanente—. ¡Ahora!

Josephine observa cómo los hombres se separan. Se tapa la boca con las manos para ahogar un grito: están apuntando hacia las casas con sus armas coronadas por llamas.

Llamas que, de repente, se convierten en lenguas de fuego monstruosas, obscenas, que surgen desde sus fusiles y se dirigen en dirección a las casas.

Al instante, las paredes de las construcciones prenden, al igual que los tejados. Todas las casas de ese lado de la calle están ardiendo.



Es propio de la naturaleza humana acostumbrarse a todo. Amy siempre ha supuesto que es una pura cuestión de supervivencia. Se puede una adaptar a nuevas circunstancias, a nuevas penurias. Con el tiempo, cualquier cambio o novedad pasa a formar parte del paisaje y, por lo tanto, desaparece.

—¿Han dejado de sonar las sirenas? —pregunta la joven mientras alza la mirada. Sobre el regazo tiene el boceto en el que ha estado trabajando, por suerte para ella, sin tener que aguantar más cháchara de Meg, y está casi acabado a pesar de que las caras de sus hermanas siguen borrosas.

Su madre y Meg levantan la cabeza también. Han estado cada una enfrascada en sus quehaceres desde que comenzara el bombardeo, no saben cuánto tiempo ha durado. No vale la pena contabilizar cuánto duran los ataques. Es uno de los consejos que más se repite en la prensa, ya que saber los minutos solo añade mal humor, pero, desde luego, no los acorta.

Al escuchar más atentamente, Meg se da cuenta de que está en lo cierto. Fuera, en la calle, solo se escucha silencio.

—Sí —corrobora Marmee cerrando el Libro del Buen Ciudadano. Al instante, el rostro se le transforma en una mueca preocupada. Mira hacia las escaleras con aprensión, mientras Amy hace lo mismo que su madre sin tener la valentía de contarle que no es la primera vez que pierden de vista a Jo durante un bombardeo.

Salen, por fin, del sótano. Allí, sin perder más tiempo, Meg da unos pasos rápidos hasta la entrada donde está colgado su abrigo.

—Voy a marcharme —dice con tono alegre, aunque en seguida se ensombrece—. Es mi noche de bodas y es mi deber estar con mi marido.

Tanto Marmee como Amy fallan estrepitosamente a la hora de responder. Se han olvidado completamente de la boda, ese acontecimiento que ha sido excusa para todo, la causa última de los problemas. Al final, cansada de esperar una respuesta, Meg sonríe graciosamente.

—Buenas noches, Marmee, Amy —se despide y cierra la puerta tras de sí con un cuidado exquisito.

Los pasos de Meg todavía se escuchan al otro lado cuando Amy piensa que le parece mentira que, en una sola noche, la casa haya pasado de tener cinco inquilinas (sin contar a Teddy, que con su animosa presencia valía a veces por una tropa de parientes) a tener dos.

Amy y su madre, cada una en un extremo del pequeño recibidor, levantan la mirada. Quizá por la intimidad del momento o por esa ausencia de las sirenas que ha contagiado a toda la ciudad de silencio, ese es el único instante que Marmee elige para demostrar un resquicio de debilidad. La mujer se apoya contra la pared de papel pintado con la cabeza baja y el llanto está a punto de tomarla por la fuerza. Antes de cubrirse la cara con las manos, le hace un gesto a Amy para que no se acerque.

Amy, pues, se queda donde está. Entiende las razones de su madre para querer pasar por lo menos ese primer duelo a solas, pero ella no tendría remilgos si Marmee le pidiera un abrazo que las consolase a las dos. No dice nada.

—Ahora que ya ha pasado todo —murmura con cuidado. Marmee llora, pero Amy sabe que está escuchándola—, saldré a buscar a Jo, ¿de acuerdo? Aunque estoy convencida de que está de camino.

Sale. Ni siquiera ha pensado en descolgar el abrigo del perchero de la entrada, pero se arrepiente nada más sentir el frío de la calle. Con los brazos cruzados para darse cierto calor, Amy cruza el jardincito de la entrada y flanquea el gigantesco árbol que lo domina.

Sería todo mucho más fácil si en este instante viera a Jo llegando por la avenida o atravesando la finca de los Lawrence con el vestido manchado de nieve y barro como tiene la mala costumbre de hacer. Para desgracia de Amy, que deja escapar un suspiro de fastidio ahora que nadie la ve, está sola en la calle.

Avanza un poco más y, de repente, tiene una idea terrible. Si Jo está en alguna parte, ya sospecha cuál puede ser.

Amy suspira otra vez con resignación y sujeta con fuerza el borde de su

vestido.

Sí. Sabe, o sospecha por lo menos, que si Jo está en alguna parte, se encontrará en ese lugar. Amy avanza respirando por la nariz, soltando el aire muy controladamente por entre los labios, cada vez más cerca de su objetivo. A pesar de sus esfuerzos, sabe que se ha manchado los botines y también los bajos del vestido.

Distingue al cabo de poco la silueta del templete en la parte trasera de la finca Lawrence. Allí tiene que estar Jo, en la tumba de su hermana. Y allí ve Amy una silueta encorvada.

Teddy también la contempla a ella. Levanta una mirada empañada de lágrimas y comienza a caminar en su dirección.



Ha acabado el bombardeo también en el otro extremo de la ciudad.

Todo está ya en silencio.

Queda el fuego. Los edificios a los que los soldados (¡y John Brooke con ellos!) han prendido fuego siguen ardiendo. No lo hacen ya con tanta virulencia como antes, aunque lo cierto es que tampoco queda mucho más que quemar porque, antes de marcharse, los soldados han lanzado algo al incendio, seguramente algún tipo de producto químico, que ha terminado por derrumbar las casas entre grandes explosiones. No queda mucho, no, excepto cascotes y brasas.

Josephine no puede apartar la vista y su pensamiento se ha atascado en una sola idea: es una gran mentira. La más grande de todas las que le han contado hasta ahora.

¿Cómo puede ser real una guerra si ha visto con sus propios ojos a los soldados, con esos mismos uniformes con los que aparecen en cuadros, propaganda y carteles, destruyendo las casas en lugar de protegerlas? ¿Si ha descubierto que el estruendo de los bombardeos que la han aterrorizado toda su vida (que han aterrorizado, también, tantas vidas ajenas) salía de altavoces ocultos entre la maleza?

Se frota los ojos, la cara. Allí se ha quedado, resguardada entre los árboles de ese parterre ajardinado, incapaz de reaccionar, de moverse.

La pared de una casa, próxima a ella, comienza a combarse y acaba cayendo entre un estrépito de chispas y de ascuas.

Apenas unos segundos después, Josephine escucha golpes, un chirrido estridente. Voces. Docenas de personas comienzan a llenar las calles. Acabado el bombardeo, salen de los refugios comunitarios que hay en esa parte de la ciudad y algunos se acercan a comprobar los desperfectos.

Lo hacen con expresiones serias y actitud pragmática. Así reacciona todo el mundo durante los bombardeos. Al fin y al cabo, es casualidad, es algo que sucede y solo queda recuperarse poco a poco con la ayuda de los vecinos.

No.

«No», se dice Jo mientras observa. Eso está mal. No puede callar, no. Ver a la gente detenerse frente a los escombros le ha devuelto de algún modo el control de sus extremidades. Apoya las manos en el césped y, mientras se incorpora, mira de reojo ese altavoz escondido entre la maleza.

Echa a correr hacia la muchedumbre. Tiene que hacer algo, contarlo, contarlo todo. No necesita panfletos. La urgencia puede con ella, lo hará persona a persona, uno a uno, lo explicará todo, no puede…

¿Es ella la primera en descubrir algo así? ¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible que nadie, en años, en generaciones enteras quizá, haya tenido la necesidad o la iniciativa de desobedecer, de estar fuera de los refugios durante un bombardeo?

Piensa entonces en esos soldados que, seguramente, no sean soldados y en lo que habría ocurrido si la hubieran descubierto allí. Piensa en la señorita Higgs. Piensa en las horcas de la plaza de la Paz.

Está a punto de gritar cuando una mano la sujeta.

—¡Señorita March!

No, no grita, pero eso no disminuye toda la confusión que reina en su interior.

Frida. Frida Bhaer, su amiga, pero también, por lo menos eso ha afirmado Amy, una infeliz. La profesora. Claro. Ella es una entre tantos que se han acercado a ver el incendio y la destrucción del bombardeo. Eso que creen que ha sido un bombardeo.

Como un náufrago que descubre una tabla salvadora en medio del mar, Josephine se abraza a su amiga.

—Frida. Oh, por todas las bondades, señorita Bhaer…

Es, por suerte para Josephine, un abrazo correspondido. Los brazos de Frida Bhaer la rodean, la anclan al aquí y ahora y, por un instante, Jo siente que aún con todo lo que sabe, a pesar de que todo lo que forma su mundo se está tambaleando, ella se mantiene firme.

El abrazo acaba con una suavidad inesperada. Frida Bhaer la aparta con exquisito cuidado y la mira con esos ojos grandes, grises y preocupados.

—Señorita March, ¿se puede saber qué hace aquí? ¿Y qué se ha hecho en

el pelo?

Su amiga es una muchacha menuda, pero eso no importa lo más mínimo. En esa ubicación el incendio ya se ha apagado, y la gente tampoco las observa con una mezcla de curiosidad y horror. Se produce un abrazo cálido que la envuelve y poco más. Josephine inspira hondo.

—Tengo que contárselo —dice entonces, y luego añade—: ¡Tengo que contárselo a todos!

—¿Qué tiene que contar? Señorita March, está muy lejos de su casa…

Ahora es ella, *motu proprio*, quien se aparta de su amiga como si ese abrazo hubiera sido solo un pequeño paréntesis y la realidad viniera corriendo tras ella y la alcanzara.

—Es sobre la guerra. La guerra…

—Chisss —la chista su amiga con expresión sombría.

Ella, en otra ocasión, habría hecho lo mismo: hay ojos, oídos por todas partes, las cámaras vigilan, aunque *sabe* (porque fue Frida misma quien la informó) que la mayoría no funcionan, pero ya no está dispuesta a callar.

—Frida…

—Aquí no —suplica su amiga. Con firmeza, incluso con cierta amabilidad, le da un tirón, la atrae hasta su persona. Josephine la mira muy cerca a los ojos, esos ojos color tormenta de su querida amiga—. Vamos. Sígame.



—Amy, ¿eres tú?

A Amy, Teddy siempre le ha parecido apuesto. Siempre de un modo abstracto, prácticamente desde un punto de vista profesional, puesto que si se lo preguntaran, Amy contestaría que esa opinión depende por completo de su vena artística y de sus años de formación. Ese Teddy que se levanta, que se acerca unos pocos pasos a ella, dista mucho de ese joven que se ha convertido en parte de su familia, no tiene nada que ver con el Teddy Lawrence risueño que conoce… Su pelo está desarreglado y mantiene una expresión seria, macilenta. No hay rastro de su sonrisa despreocupada ni de los ademanes de caballero en el Teddy que tiene delante. Nada de esa elegancia innata que proviene de la cuna. Solo una desesperación que le hunde los hombros, un cuello adelantado y un andar torpe, casi de infante.

Amy decide no retroceder ante esa visión.

—¿Jo está contigo?

Plantea la pregunta, pero, en realidad, ya se imagina que la respuesta será negativa. Teddy ni siquiera responde, aunque se detiene un segundo, como si sopesara la cuestión y no le interesara, como valorando las palabras de Amy, pero decidiendo que las suyas son más importantes.

—Está aquí. No Jo. Jo, no sé dónde está. Pero Beth… —Mira hacia un punto indeterminado frente al templete. La tumba no está señalizada. Ni siquiera se puede distinguir una sola marca en el césped y así es como debe ser—. Tengo que hablar… Necesito hablar contigo. Con cualquiera de vosotras. Es importante, Amy, muy importante…

Por segunda vez, Amy decide no moverse de donde se encuentra mientras Theodore Lawrence, porque ese definitivamente no es Teddy, el Teddy de todas las March, incluso de Beth, se le acerca. Teddy se arrodilla. Cae con un ruido pesado sobre el césped, derrotado, con la cabeza gacha y las manos suplicantes hacia arriba.

—Tengo que confesar. Debo hacerlo o me volveré loco, Amy. Sí, me confesaré y luego… luego cuando lo haya hecho me vais a perdonar, ¿verdad? ¿No es un deber, el perdón? ¿No es una de las virtudes?

Amy, que no está dispuesta a discutir sobre ética teológica, hace una mueca.

—Señorito Lawrence… —No. No puede llamarlo Teddy, piensa Amy mientras se aparta cuando él trata de agarrarla del borde del vestido. Seguramente tenga las manos sucias, considera, porque se ha encargado de cavar la tumba Beth—. Claro que lo vamos a perdonar sea lo que sea, lo dice el Libro, por supuesto. Y nosotras, como bien sabe, somos buenas hermanas, buenas ciudadanas…

—¿Sea lo que sea? —insiste Teddy inclinándose hacia ella. Al no poder tocar su ropa, el muchacho acaba con ambas manos apoyadas en el césped.

Amy asiente. Cruza incluso los brazos, expectante. Se puede perdonar de palabra, por supuesto que se puede, ella lo ha hecho en incontables ocasiones, tal y como propugna el Libro. El corazón es otra historia. Pero el corazón… Amy cree tenerlo ya tan negro que nadie será capaz de ver lo que guarda dentro.

—No he… No he sido muy sincero antes. No lo he sido y lo siento… —La voz de Teddy tiembla tanto como sus manos. Amy lo observa sin cambiar de actitud—. Lo siento de veras. Es culpa mía, pero estos tiempos son tan malos… No es que tuviera otra opción. El abuelo me obligó…

—Señorito Lawrence… —lo interrumpe ella con el corazón latiéndole de repente con más fuerza, con vértigo en la boca del estómago cuando se escucha a sí misma pronunciar su nombre—. Te… Teddy, ¿qué estás

diciendo?

Él entonces levanta la mirada como si se hubiera olvidado de que ella está allí, delante de él.

—Fue el abuelo —repite el muchacho—. Sé… sé que hoy por la tarde os he contado que descubrí a Beth por casualidad. La pobre Beth siempre estaba tan contenta de verme, y ahora… —Su gesto se ensombrece al mencionar el nombre de la malograda Beth.

Temiéndose que está perdiendo el hilo de sus pensamientos, Amy toma una decisión rápida: aun cuando se arrepentirá al ver las manchas de barro en su vestido, acaba arrodillándose frente a su vecino.

—Theodore Lawrence, por… —No ha acabado de decir ese «por favor», sino que ha rectificado. Es todo demasiado urgente, algo le tira del pecho hacia fuera. Llega incluso a sujetarlo. Lo hace con suavidad, una suavidad fingida, una contra la que Amy tiene la necesidad cada vez más grande de rebelarse por lo que le está contando Teddy, pero se contiene en el último momento—. Cuéntame ahora mismo qué quieres decir con que fue tu abuelo.

—Cuando murió el honorable Horatio Breda.

—Uno de los Optimates.

Teddy asiente y Amy, por imitación, también.

—Cuando murió —continúa Teddy—, quedó su silla vacante.

—Y solo los funcionarios de mayor rango pueden acceder… —Solo un funcionario de alto rango tiene, al fin y al cabo, las cualidades demostradas, las virtudes. Y el señor Lawrence como jefe en el secretariado es un gran candidato. Pero el señor Lawrence, claro, no es el único—. Mi tía, la tía March, también podría ser elegida.

Amy mueve la cabeza. De nuevo, lo que sabe y lo que ha aprendido de niña es antagónico; según repite todo el mundo, los Optimates son los mejores ciudadanos, son los más rectos, los más sabios. Se supone que un candidato a *Optimus* es tan puro, tan honrado y humilde que jamás *desearía* ser uno de ellos. Solo una vida de total virtud puede llevar a la ostentación de ese cargo. Aun y así, Amy sabe que la realidad es distinta, como lo es la naturaleza humana, y que al poder no se llega sin la lucha.

—El abuelo me pidió… —Ese «pidió», en labios de Teddy, suena como «ordenó»—. Me pidió que me acercara a vosotras. A tu familia. Me sacó de la Academia Nacional de Música para que volviera a vivir con él, para que me acercara, para que descubriera… para que descubriera cualquier falta escondida.

—Porque todo el mundo tiene faltas… —murmura Amy.

—Porque todo el mundo tiene faltas —la imita Teddy levantando la mirada —. Incluso vosotras. Y Beth, aun siendo tan dulce, aun siendo tan buena…

¡Yo también la quería, Amy! ¡Yo también la quería y ahora… ahora…!

—¿Qué has hecho, Teddy? —lo corta ella, atenta al mal presentimiento que siente en la boca del estómago.

—La descubrí un día. Un día entré en vuestra casa, no había nadie, escuché un llanto… pero no la denuncié en ese momento. No, te lo prometo. Decidí no hacerlo. ¡Habría podido denunciaros en cualquier momento, ¿no te das cuenta?! ¡Y no lo hice! ¡No lo hice!

A Amy se le va la memoria, inmediatamente, a esas idénticas palabras pronunciadas por ella misma semanas atrás, delante de un Oliver Müller que la temía más que a nada en el mundo a ella y a lo que sabía. Teddy, sin embargo, se está poniendo nervioso, frenético. Él puede permitírselo mientras que Amy se ve obligada, por la situación, por cómo la han educado, a mantener la calma.

—Teddy.

—Yo solo… comencé a visitarla, y a tocar para ella. Incluso cuando el abuelo me insistía… Me decía continuamente que ocultabais algo, que algo había. Yo no soy el villano aquí. Amy tienes que creerme. Tenéis que creerme… Fue un error…

—¿Qué error?

—La llave. —Teddy se mesa el cabello—. Esta mañana, antes de la ceremonia, fui a visitar a Beth. La pobrecilla tenía tantas ganas de ver la boda, de asistir a la ceremonia que pensé…

Amy March, entonces, respira hondo. Clava la mirada en el chico, en su vecino, en ese que se ha convertido en una suerte de primo simpático para todas ellas.

—Oh, Teddy. Oh, oh, Teddy.

—Has prometido que me perdonarías… —Aprovechando que están cerca, que ella se ha puesto a su altura, Teddy estira las manos hacia la muchacha con avidez en un gesto de súplica—. Lo has prometido, Amy: que me perdonaríais fuera lo que fuera.

Amy se levanta. Como ya imaginaba, al hacerlo, comprueba que su vestido, esa prenda amarilla, el que eligiera para la boda de Meg por ser el más elegante, ha quedado cubierto de limo marrón. Aún a sabiendas de que lo empeorará, intenta limpiarlo con manos frenéticas y luego da un paso hacia atrás. Después, otro. Teddy continúa arrodillado, mirándola con expresión lívida.

—Sé que solo los infelices rompen sus promesas, Teddy.

Se aleja, pasa junto al templete y por ese punto indeterminado que es el lugar de descanso eterno de su hermana fallecida. Necesita, de repente, un abrazo de su madre.

Se marcha sin recordar que todavía no ha descubierto dónde está Josephine.

27

No, esa noche terrible, la noche de la boda de Meg, la noche de la muerte de Elizabeth March, una muerte secreta por la que sus seres queridos no podrían llevar luto, esa noche Amy no encontró a Jo.

Ni a la siguiente.

Ni tampoco a la noche después de esa.

No la encontró porque Josephine, simplemente, no quería regresar.

—Gracias —dice—. Gracias por todo.

Es la enésima vez que se las da. También son incontables las ocasiones en que Frida Bhaer levanta la barbilla y, con una media sonrisa extraña, una que a Jo siempre le ha parecido un tanto enigmática, la mujer responde:

—No me las dé.

Aun así, a Josephine March le han enseñado con firme convencimiento que dar las gracias no cuesta nada, además de ser de buena educación, y ella lleva días bajo la protección y el cobijo de su amiga.

De hecho, pronto hará una semana.

Josephine se acaba de abrochar los botones de la manga de su vestido y luego, con ambas manos, se alisa la falda. Se lo ha prestado su amiga, quién sabe de dónde lo habrá sacado, pero le queda a medida.

—Esto está prácticamente listo —le dice Frida con dulzura, a lo que Jo quiere responder «Gracias» de nuevo, pero, recordando las palabras de su amiga, se reprime. Tiene que conformarse con esperar con paciencia a que Frida acabe de arreglarle el cabello. Solo fue un corte seco, hecho con tijeras de jardinero, la noche en que murió Beth, un corte que no solo la despojó de su cabello largo y castaño hasta la cintura, sino que también, de un solo tajo y sin que fuese consciente, seccionó los pocos hilos que la mantenían unida a su familia.

Frida tiene manos pequeñas, dedos cortos y finos. Ha sido ella quien ha insistido en ayudar a Jo con su nuevo peinado, quizá sabiendo que la joven lo haría pésimamente, y durante todo ese proceso Jo se lo ha pasado dándole las

gracias y sintiendo cómo dentro de ella se revolvía una colmena de abejas.

Es una sensación que no entiende, pero a la que se ha ido acostumbrando con el transcurso de los días.

—¿Ya? —pregunta Jo al percibir que Frida se aparta un paso.

—Sí —responde ella. Tiene un matiz de orgullo en la voz y Jo se siente inmediatamente azorada—. Sí, ya está. ¿Quiere mirarse al espejo?

Eso mismo hace Jo; se acerca a un pequeño espejo que hay al fondo de la habitación, una de las dos que forman el apartamento. El espejo es tan pequeño que para verse entera tiene que hacerlo por partes; el borde de ese vestido prestado color berenjena, la cinturilla con bordados que se aferra con elegancia a su figura. Luego, se inclina para ver su rostro, que le parece más delgado, pero que tiene las mejillas sonrojadas. Y ese cabello corto, tan corto que parece el de un muchacho, que Frida ha arreglado con horquillas y nuevos tijeretazos para que las puntas no le hagan parecer eternamente recién levantada.

Es tan distinta a cómo se veía la noche que llegó.

Ah, esa noche.

Frida la acogió. La sacó, prácticamente a rastras a pesar de ser tan menuda, de esa calle donde esos soldados que se suponía que debían protegerlos, que debían velar por su bienestar personal, emocional, moral, destruyeron toda una manzana. La acogió entonces en su casa, un espacio diminuto al final de cuatro tramos de escaleras en un bloque de apartamentos. También la ayudó a sentarse en un sillón orejero, le apartó los mechones recién cortados y desmarañados de la cara y le trajo una bebida. Jo cree recordar que fue un té de regusto floral, para que se serenase.

Esa noche Frida se sentó en una silla frente a ella y escuchó todo lo que Jo tenía que contarle.

—Tiene un cabello muy hermoso. Un poco rebelde ahora que está corto, pero hermoso.

Jo da el más minúsculo de los respingos. Estaba perdida en sus propios pensamientos y las palabras de su amiga la han cogido completamente por sorpresa. Sonríe, un gesto avergonzado que es nuevo para ella.

—No sé si voy a ser capaz de…

Frida Bhaer, por fin, acaba de colocar una horquilla en un mechón de pelo más rebelde que los demás. Luego, ladea la cabeza, como si no la entendiera.

—Claro que va a ser capaz. Ha sido capaz de cosas mucho más difíciles que esta, ya lo verá.

No está muy convencida, pero Josephine tiene que asentir de todos modos. La expresión decidida de Frida, como cincelada en roca, no le deja otra.

Frida ha llegado de su trabajo en el secretariado y le ha dicho que hoy era

el día. Cuando Jo buscó refugio en ella, solo tenía una obsesión: necesitaba hacer alguna cosa, necesitaba sentir que todas sus desgracias no serían en vano, pero Frida le pidió paciencia.

Esta nunca ha sido una de las cualidades de Josephine March.

Acaban de preparar las pocas cosas que les faltan; sus abrigos y guantes, dos pequeños bolsos para guardar su Libro del Buen Ciudadano y para guardar, también, las apariencias.

Salen a esas calles tan distintas a las que Jo siempre ha considerado suyas. Ya no están en los barrios de casitas de dos plantas con jardín de los buenos ciudadanos. La gente que pasa cerca de ellas: hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, son simples vecinos sin las insignias ni los sellos apropiados en su Libro.

Antes, un antes muy reciente en cuestión de paso del tiempo pero que Josephine piensa en magnitudes geológicas, habría sentido algo en su interior, como una especie de placer culpable, pero placer al fin y al cabo, de creerse mejor que toda esa gente.

Odia con tanto ahínco que un rastro fantasmal de ese placer siga ahí, dentro de ella, que le rechinan los dientes, la avergüenza como nada la hubiera avergonzado en toda su vida.

Por eso, Josephine baja la cabeza. Esa va a ser su penitencia, se dice mientras se mueven por entre los bloques de formas regulares, sostenidos sobre pilares para alejarlos de la humedad y del frío. Quizá, con suerte, logre redimirse de verdad algún día.

Ahora, Frida le toca el brazo para que gire por la siguiente calle. A esta hora los habitantes de los suburbios ya han terminado su jornada laboral. Los que, como Frida, trabajan en el sector centro de Concordia ya han regresado hace un tiempo, mientras que los que tienen sus puestos en las fábricas y en los grandes invernaderos de la llanura exterior lo hacen ahora, justo a tiempo para que suenen las sirenas llamando a todo el mundo.

—¿Hacia dónde vamos exactamente? —se atreve a preguntar Jo en voz muy baja. No ha podido evitar fijarse en que Frida guía sus pasos observando con atención los postes de vigilancia. Quizá, piensa la muchacha, lo hace observando esas marcas amarillas que indican cuándo una de las cámaras está estropeada.

—No está lejos. Nos dirigimos a un lugar seguro.

—Su apartamento es seguro —responde Jo.

Ha aprendido a apreciar esa especie de caja de zapatos en lo alto de la escalera, aunque solo sea una pequeña fracción de lo que era su casa.

—En mi apartamento no cabemos todos —contesta Frida.

Ella, entonces, abre mucho los ojos.

—¿Vamos a ser…? ¿Cuántos vamos a ser?

Frida se toma su tiempo antes de responder:

—No lo sé.

—No sabe cuántos están… están en su… —Jo entreabre los labios buscando una palabra para definir lo que piensa y que no resulte inapropiada—. ¿Organización?

—Es más seguro así. Vamos a informar. A quien desee escucharnos.

—¿Van a ser suficientes?

Frida ladea la cabeza con expresión seria.

—Algún día lo serán.



Esas jornadas tras la muerte de Beth también ocurrió alguna cosa en la mansión Lawrence. Algo ha cambiado, piensa Amy mientras regresa a su casa, y lo hace a pie. Teddy ya no viene a acompañarlas en su calesa ni a desarmarlas con sus sonrisas. Teddy no viene ya a regalarles pequeñas chucherías, ya sea una flor de pétalos llamativos, o esas galletas de verdadera mantequilla que tanto revuelo causaron meses atrás. Ahora, Amy se da cuenta de lo alegre que era la casa con él allí. Ni siquiera han vuelto a escuchar el piano.

Amy sospecha que no es solo porque Jo se haya marchado, aunque claramente tenga algo que ver. Más bien tiende a pensar que es todo cosa del señor Lawrence. Al fin y al cabo, Teddy era su agente. Es posible que, desde que la tía March ahuyentara al anciano de su casa, haya decidido dejarlas en paz. O quizá esté verdaderamente arrepentido. Accidente o no, hecho que Amy depende del día no tiene claro al cien por cien, todo ha sido por su culpa.

Por esa misma razón, se sorprende tanto al ver que, cuando está a punto de llegar a su casa, la puerta de sus vecinos se abre de par en par. Teddy sale con paso decidido. Se ha vuelto a acicalar, se ha cortado el pelo y las patillas, lleva un traje a su medida y tiene la vista clavada en ella.

Amy podría, perfectamente, seguir por su camino. Es tarde. Hay luces en la mayoría de las ventanas del vecindario y se imagina a sus moradores preparándose para la reunión vespertina, lo mismo que debería hacer ella, aunque se haya retrasado porque el plazo de entrega y el día de la presentación están cada vez más cerca. Hoy ha pasado muchas horas en la

Academia de Buenas Artes dando los últimos retoques a su lienzo para la gran exposición. Se encuentra cansada, todavía triste, y más triste estará, seguro, al llegar a la casa y encontrarse solo a su madre. Aun así, cuando Teddy se acerca con paso resuelto, ella no se mueve de donde está.

—Teddy, buenas noches y bendiciones.

—Bendiciones —repite él. Su voz suena como un jadeo, como alguien que tiene mucha sed, pero no puede beber—. Gracias por esperarme. Lo cierto es que quería hablar contigo.

Así pues, Teddy no salía de su casa en ese momento por casualidad. Amy dirige la mirada hacia la mansión, preguntándose desde qué ventana estaba observándola.

—Como puedes imaginar yo no quiero hablar —murmura Amy con la mejor de sus sonrisas, una que Teddy, como recordando viejos tiempos, corresponde con una de su propio repertorio, aunque se trate de una sonrisa triste.

—Me merezco todas las frases hirientes que quieras dedicarme.

«Culpa suya», se repite Amy una y otra vez. Fue culpa suya. Sí, y también la de su abuelo. A él es a quien odia más, al viejo Lawrence, tan distante, tan orgulloso siempre, el más honrado de los ciudadanos, tanto que está a un paso de formar parte del colegio de los Optimates… pero dado que es Teddy a quien tiene frente a ella, toda su hostilidad tiene que centrarse solo en él.

—No me ganarás convirtiéndote en un mártir, Teddy.

—Sé que no —responde él. Como si quisiera ganársela de otro modo, accediendo a todos sus deseos, Teddy se aparta. Aun con esa nueva humildad y tacto, Teddy sigue siendo Teddy, con sus pensamientos, sus impulsos y su habilidad más bien escasa para entender cuándo no es un buen momento para abrir la boca—. No ha regresado, ¿verdad?

—No todavía. Si es que vuelve…

De eso último no está segura. Por el momento, a los vecinos les han contado que Jo ha encontrado trabajo en el otro extremo de la ciudad, pero pronto tendrán que pensar en algo mejor para cubrir sus ausencias en las reuniones vespertinas.

—Tiene que volver… —masculla Teddy, con voz ronca.

—Si averiguas dónde está, puedes decírselo tú mismo.

Dando la conversación por terminada, musita un «Si me disculpas…» y se dirige apresuradamente a su casa, sin importarle el desplante que acaba de hacerle a su vecino.

Amy empuja con ímpetu la puerta y descubre una vivienda a oscuras. Pero escucha ruido.

—¿Marmee?

Encuentra a su madre en el salón, ha colocado la butaca orejera junto a la ventana, para ver la calle.

—Hola, querida. —La mujer completa el saludo ladeando la cabeza en un gesto dulce—. Mi pequeña Amy.

Sí, al verla entrar, Marmee esboza una sonrisa dulce y parece incorporarse, pero, acto seguido, vuelve a su posición anterior.

—Marmee, te vas a resfriar —le dice, aunque en la casa la temperatura sea altísima. Desde que Beth no está, ya no tienen que dirigir todo el calor de las estufas hacia el sótano—. ¿No has ido hoy a tus reuniones?

—Hoy no. No me sentía con fuerzas. No se sabe nada de tu hermana, ¿verdad?

Amy respira muy hondo.

—Absolutamente nada. Pero, Marmee, se fue por su propia voluntad, de eso estoy seg…

Marmee cabecea en un gesto de resignación. Y Amy, aún a sabiendas de que es totalmente inútil, y que no la hará sentirse mejor, más bien al contrario, se pregunta si, en el caso de desaparecer ella, los demás se preocuparían tanto.

No. Está siendo egoísta. Su madre ha perdido a tres hijas de un plumazo: una muerta, otra huida y otra casada, pero Amy no puede ignorar la bilis que se le acumula en la garganta. Jo, incluso habiendo huido, continúa siendo el centro de su vida familiar.

A falta de otra reacción posible, Amy mueve la cabeza y luego, en un arrebato de lo más inesperado, se acerca a la puerta de nuevo.

–¿Adónde vas? —Ahora sí, Marmee parece reaccionar con algo más que con una mirada lánguida.

—Acabo de recordar que tengo que regresar a la Academia.

—¿Todo va bien? Es muy tarde.

—Sí, sí. Se me olvidó… dar una última capa de barniz.

Marmee asiente pensativa, pero Amy aprovecha su falta de objeciones para volver a salir de la casa.

Ni siquiera le ha dado tiempo a quitarse el abrigo y la bufanda.

En la calle comienza a caminar a pasos rápidos. No hay ni rastro de Teddy por los alrededores, ni de nadie más, puesto que es tarde y la noche es momento de recogimiento.

La Academia de Buenas Artes le da la bienvenida apenas una hora después. Amy sube apresuradamente la escalinata que rodea el edificio y pasa al lado de las columnas que sostienen la fachada. El guardia de la puerta la saluda con una inclinación rápida de cabeza.

No se siente tranquila hasta llegar a su estudio y detenerse frente a su obra.

Allí, Amy deja escapar un gran suspiro.

Con más calma procede a quitarse el abrigo y a ponerse una bata blanca, limpia, y cuando ya siente el cuerpo centrado, cuando su interior ya no zozobra, Amy se acerca a la tela para examinarla. Allí están. Esa imagen nunca le ha parecido más real, más fiel. No, el cuadro no sigue las estrictas normas de proporción, de color, de composición que enseñan en la Academia, pero tiene algo que atrapa la vista, algo que va más allá de las propias pinceladas sobre la tela.

Amy frota el pincel entre los dedos índice y pulgar, y luego… ¡luego deja escapar un chillido cuando un brazo la rodea por la cintura!

—¡Oliver! —Es él, por supuesto. El mismo que, ante su grito, baja la cabeza en actitud que primero es dócil, pero acaba convertida en una mueca divertida—. ¿A qué has venido tan tarde? —le pregunta sin darse cuenta de que el trato que acaba de darle podría resultar de lo más indecoroso a cualquiera que les escuchara.

—No he llegado a marcharme. No cuando tenemos tanto trabajo y tan poco tiempo. ¿Y usted? ¿Qué hace aquí, señorita March?

Ella de repente siente vergüenza. Oliver conoce toda la historia. Se la contó al día siguiente de la muerte de Beth, y desde entonces Oliver se ha convertido además de en su compañero, en su confidente. Pero ahora duda si revelarle la verdadera razón de su huida porque la considera poco importante, incluso un tanto infantil. Escapar porque su madre está más preocupada por su hermana de lo que estará jamás por ella, de pronto, le parece más bien una pataleta.

—Como bien has dicho, quedan muy pocos días ya para la exposición y he pensado que…

Encoge por fin los hombros, mirando el cuadro. Oliver no se ha apartado de ella, ni siquiera ha quitado el brazo alrededor de su cintura y así, los dos, hombro con hombro, observan la pintura.

—Se os ve muy… humanas. —Ella levanta esas cejas extraordinariamente expresivas que ha heredado de su madre. Oliver se da cuenta y, entonces, sigue hablando—: Con fallos, con debilidades. Se os ve humanas no solo de forma, sino también de esencia. Eso es lo que nos enseñan a no mostrar, ¿no crees? Nos enseñan a pintar caras perfectas, cuerpos perfectos, pero nadie es perfecto, ni siquiera tú…

—Es el mejor cumplido que me han dicho en mucho tiempo —responde ella. Sabe que en este momento ya ha comenzado a sonrojarse, le cosquillea el cuerpo y con razón, porque un segundo después Oliver se inclina hacia ella.

—Puedo pensar en cumplidos incluso mejores.

¿Cómo le puede estar ocurriendo esto? ¿Cómo, se pregunta Amy, ha

llegado a este punto de sentirse flotar por alguien como él?

—Me gustaría escucharlos…

—¿Ahora? —Oliver no solo se ha inclinado hacia ella, sino que el brazo alrededor de su cintura la sujeta con más firmeza.

—Cuando tú quieras.

No está preparada para el beso que le da él, como no lo estaba para el primero ni para los que, espera, vendrán en un futuro.

Y llegan los cumplidos susurrados a su oído, solo para que ella los escuche. En la Academia desierta, las palabras de Oliver Müller hacen que el mundo de Amy March sea más excitante, más bello, más luminoso. Si se detuviera a pensarlo, se asustaría.

—Ahora tengo que marcharme —dice él pocos minutos después. Tiene la respiración acelerada, tanto como la de ella. Justo en ese momento escuchan el sonido de la megafonía llamando a los ciudadanos a sus anfiteatros comunales. Solo quedan unos minutos para que comiencen las reuniones informativas—. Nos vemos mañana, señorita March.



A Josephine siempre le han contado que los barrios de los desahuciados eran lugares ruidosos, porque los vecinos, acorde con su estatus social, carecían de modales, de discreción, pero en realidad solo se escucha el zumbido de las pantallas y el bramido de la megafonía.

Sí, aquellos a los que Jo siempre había llamado «los desahuciados» no son tal. La palabra siempre le había evocado sótanos oscuros, callejones infectos, sombras reunidas en lugares escondidos, prohibidos. Incluso ella misma, cuando trabajaba como redactora, había escrito algunas noticias sobre ello. Ahora, sin embargo, Frida y ella caminan por esas calles flanqueadas por edificios grises con la cabeza gacha, como hacen todos los demás.

Desde hace unos pocos minutos la calle se ha ido llenando. La megafonía ya ha mandado el aviso de la inminencia de la información vespertina y muchos se apresuran a ir ya hacia los anfiteatros ciudadanos.

—Por aquí —la apremia Frida. Tira de Jo, con la mirada puesta en un poste de vigilancia cercano. En ese hay la marca amarilla que Jo ha aprendido a identificar.

—¿Cómo lo averiguasteis? —pregunta entonces ella—, señalando con la

barbilla en la misma dirección.

Ambas jóvenes pasan justo por debajo de las cámaras antes de seguir hacia delante.

—Gracias a uno de los nuestros —dice entonces Frida. Apenas le ha hablado, en todos estos días, de su organización, de esos infelices a los que hoy van a conocer—. Trabaja en Higiene Social, reparando las cámaras que se estropean, pero se dio cuenta de que muchas no se arreglan por falta de materiales de repuesto. Faltan, como falta de todo. Así abrió los ojos, cuando se dio cuenta de que lo que hace funcionar a las cámaras es que la gente cree que lo ven todo…

Por fin, la arquitectura va cambiando. Los exteriores de las casas dejan atrás el cemento y se vuelven ligeramente más elaboradas. Todavía no es la zona residencial, nada se parece a su casa, con su tejado a dos aguas y su porche, pero tiene un aire familiar que a Jo le produce un arrebato de nostalgia.

—Creo que es aquí —dice Frida Bhaer entonces. Al hacerlo, le pone una mano en la muñeca. Como si hubiera algún interruptor allí escondido, Josephine se estremece. Es algo que le ocurre cada vez más a menudo, pero ella sacude la cabeza, se centra en lo que tiene delante: un edificio modesto, y en ruinas.

Frida observa los alrededores, mira hacia atrás, asegurándose de que nadie las haya seguido y de que nadie las tenga en cuenta mientras se detienen cerca de un montón de cascotes ennegrecidos.

—¿Qué ocurrió? —pregunta Jo entonces. Había comenzado muy tranquila el trayecto, pero los nervios comienzan ahora a hacer mella. De repente, nota que se le seca la garganta—. ¿Un bombardeo?

Aunque saben, claro está, que no son bombardeos reales. Lo saben y a veces Jo todavía al pensar en ello le viene esa sensación de horrible desamparo, de conocer que hay tanta gente tan engañada durante quién sabe si generaciones enteras. Observa, expectante, a su amiga. Ojalá su Frida volviera a sujetarle la muñeca para tranquilizarla, piensa, de refilón. Ojalá la toque o le diga que se calme.

Frida, eso sí, entorna los ojos

No la mira a ella. Miraba a una mujer que se aproxima.

La mujer entonces varía su camino. Se interna, como si aquello fuese algo natural, entre las ruinas sin decirles nada.

—Es de los nuestros —dice Frida entonces, segura—. Vamos —la apremia con energías renovadas.

—¿Cómo lo sabes? —El cuerpo de Jo, mientras pregunta, comienza a resistirse, se queda atrás, pero Frida ahora la sujeta—. ¿Cómo puedes estar

segura? No la conoces.

Eso mismo le dijo unos días atrás. Que no se conocen. Que los infelices no son una asociación, ni un peligroso grupúsculo de disidentes como creía, o como le habían hecho creer. Frida, no obstante, lo definió más como una cadena.

«Una cadena de gente. Cada uno solo conoce a la persona que le hizo abrir los ojos, y a las personas a las que ha abierto los ojos a su vez. Así, si atrapan a uno…», dijo, sin acabar la frase, porque no hacía falta comentar qué ocurre si uno de los infelices es descubierto.

Les ocurre lo mismo que a todos: la contrición y luego la redención en la plaza de la Paz.

—¿No te has fijado? Llevaba un traje negro de luto y un tocado de plumas en la cabeza que la delataba. No pertenece a esta zona de la ciudad y lo más seguro es que su Libro esté lleno de sellos de buena ciudadana —cuando lo dice, la mirada se le escapa, y se posa en Jo—. Y ha ido al lugar de encuentro.

Frida se gira un segundo. Detrás de ellas, una pantalla ha pasado a fundido a negro. Con unos enormes números blancos se indica la cuenta atrás. Faltan unos pocos segundos para el informativo diario, de modo que ciudadanos de todas las edades ya se acercan. Frida le ha contado, mientras se preparaban, que van a aprovechar este momento, esta escasa media hora.

—Podría ser alguien a punto de delatarnos —murmura Jo.

Aun así, cuando Frida da el primer paso hacia las casas en ruinas, ella hace lo propio. Los escombros tienen las aristas redondeadas, los colores lavados por lo que seguramente sean años de lluvia y de exposición a los elementos. Advierte en seguida la tranquilidad de ese lugar. El silencio. Sobre todo se da cuenta del silencio.

No hay nada allí que emita ni ruido, ni luces. Se están adentrando en un fragmento de la ciudad del que el gobierno se ha olvidado y la sensación resultante es una especie de vértigo en las entrañas.

De reojo, Jo ve cómo se acerca otra silueta, esta vez de un hombre que se detiene y las observa, tan o más receloso que ellas. Detrás de él, dos más que no puede reconocer, vienen en la misma dirección. Vislumbra en seguida que proceden de partes distintas de la ciudad por sus ropas, por su porte. Da un respingo involuntario, un muchacho joven, de su edad, le resulta familiar, pero no logra ubicarlo. Ella entonces se aprieta más contra su amiga, cuya presencia la ayuda a tener los pies en el suelo y a mantenerse centrada en el aquí y el ahora.

Entre las casas derruidas queda un espacio del que se ha adueñado la vegetación. Una enredadera cubre parte de una pared, arbustos de aspecto rudo han colonizado el rincón más soleado. Al final, las ruinas han tomado el

aspecto, irónicamente, de un pequeño anfiteatro donde se van reuniendo personas que no se conocen, que definitivamente, como decía Frida, nunca antes han tenido contacto. Son todos desconocidos, por lo menos dos docenas, que se observan como si al más mínimo cambio estuvieran dispuestos a echar a correr y a la vez con una complicidad fuera de dudas.

Y es en ese preciso momento, cuando la expectación entre las ruinas llega a su punto máximo, mientras la gente se mira y reconoce unas experiencias comunes, cuando Frida Bhaer le da a Jo un empujón. En realidad, es poco más que un toque de ánimos que hace que la muchacha se adelante un paso justo en el instante en que esa mujer del tocado de plumas pregunta:

—¿Alguien va a decirnos por qué nos hemos reunido aquí?

Un anciano de barba cana, con la ropa de los colores tristes de los ciudadanos de menor rango, mueve la cabeza.

—Esto es una locura. Nos vamos a meter en un lío. Estamos cometiendo un delito. Las reuniones de más de cinco personas —recuerda el hombre— son el germen de la disidencia.

Jo abre la boca.

—Acaso… —«¿Acaso no somos eso?», querría decirle. ¿Acaso no han venido a eso?

Entonces, el hombre repara en Jo. Cierra la boca y lo mismo hacen otros. De repente es como una de esas fiestas, un baile de debutantes como tantos a los que Jo ha ido y se ha sentido fuera de lugar.

Otra vez siente ese desequilibrio dentro de ella, como si su cuerpo estuviera suspendido en un larguísimo traspié. Ya por su cuenta, Jo da otro paso hasta quedar casi rodeada por toda esa gente a la que le une tan poco y a la vez tanto.

—¿Acaso no hemos venido a eso? —dice, ahora con más seguridad.

En un parpadeo Frida se pone a su lado y, otra vez provocándole un cosquilleo interior, le coge la muñeca para darle una fuerza que Jo agradece, pero que no necesita: tiene la suya propia, la nota como un torrente dentro que quiere salir. Es así. Va a explicar la verdad. Va a hacerlo otra vez y como en todas las anteriores, vuelve a salir sin esfuerzo.

Josephine habla rápido y por lo bajini. No puede hacer más, porque están en esa pequeña isla que parece segura, pero quién sabe. A pesar de todo, es suficiente. Mientras habla, las miradas se clavan en ella y las personas se acercan. Acaban siendo un pequeño corrillo, dos docenas de cabezas apretadas las unas junto a las otras. A los que están más al exterior del círculo, sus compañeros les transmiten las palabras de Jo en susurros.

El relato de los últimos días, su huida, los altavoces y la revelación de que esa guerra perpetua en la que viven no es cierta, provoca las primeras

exclamaciones de sorpresa, de incredulidad, que se ahogan rápidamente mientras la apremian a que continúe.

Curiosamente, cuando Jo acaba el relato todos están en silencio. Es un silencio incrédulo, expectante, como si aquellas personas esperaran que ella de golpe y porrazo lo desmintiera todo.

Poco a poco, se separan, quedan repartidos en ese anfiteatro hecho de ruinas con idénticas expresiones de sorpresa.

—Entonces, si no hay guerra… —Ese comentario, pronunciado con tono incrédulo, hace que los asistentes se giren hacia quien lo ha emitido, Jo incluida. Es un muchacho alto, de cabello rubio enmarañado, facciones recias. Josephine se fija casi por casualidad en que tiene las manos manchadas de pintura—. ¿Quiénes son esos soldados que usted ha visto? Y más importante: ¿adónde va toda la gente que se llevan? ¿De dónde vienen los que regresan? Incluido su cuñado, señorita March.

Josephine en ese momento siente cómo la garganta se le estrecha, necesita con urgencia un vaso de agua.

—Eso, Oliver —responde Frida—, quizá logremos averiguarlo pronto.



Puede decir, sin ningún atisbo de duda, que está acabado. Amy observa cómo cada una de las figuras del cuadro le devuelve la mirada. Pensaba que sentiría un peso menos cuando acabara la obra, pero lo único que logra sentir es un vacío en su interior.

Con mucho cuidado, deja a un lado tanto la paleta donde ha ido mezclando los colores al óleo como su pincel, que seguramente se beneficiaría de una buena limpieza, pero Amy tiene las manos agarrotadas y dispone de más pinceles en casa. La joven, entonces, se estira.

Y, después de desperezarse, hace una cosa que no es en absoluto apropiado para una señorita de su rango y edad, pero lo hace de todos modos porque sabe seguro que está a solas: se sienta. Lo lleva a cabo con un gran suspiro, en el suelo, ignorando el polvo y la suciedad, y que está manchado de pintura, y lo hace a una distancia suficiente del cuadro como para apreciarlo en su totalidad.

Está orgullosa de su obra. Es un pensamiento que viene rondándole por la cabeza desde hace tiempo, pero, por fin, ha salido a la luz. Está satisfecha de ese cuadro y se da cuenta, de repente, de que es un sentimiento nuevo. Pero,

en realidad, eso no tiene sentido, ¿no es cierto? Piensa Amy, agitándose. Ha pintado decenas de cuadros a lo largo de su vida, desde que era una niña hasta que pudo entrar en la Academia de Buenas Artes.

Amy esboza un mohín de disgusto. Es un gesto que, pocos años atrás, habría derivado en una sonora pataleta.

Sabe a qué se debe; ese cuadro lo ha pintado ella siguiendo sus instintos y sus conocimientos. No ha tenido el aliento del profesor Smith sobre su coronilla, vigilándola, ni su voz, ni la de sus compañeras y compañeros.

Esa es su familia. Para ella es hermosa, aunque sabe que cada pincelada transpira debilidad, y dudas, porque al contrario de lo que conoce, de lo que posiblemente Amy vaya a decir si le preguntan, al contrario de todo su entorno, sabe que la imperfección sí puede ser bella.

Beth, por ejemplo, era imperfecta a los ojos de los demás. Era una aberración, era un lastre para la sociedad, pero cuando Amy se fija en su rostro pintado, incluso con sus facciones macilentas y los pies descalzos, la echa de menos.

Amy comienza a incomodarse. Siente un frío gélido que le recorre las extremidades.

La joven, entonces, hace un puchero. Hay otra revelación que repercute en su ánimo; se da cuenta de que el cuadro no va a ganar. No es nada nuevo, de hecho; ya lo sabía, o por lo menos lo intuía, pero estaba dispuesta a vivir con ello y a convertir su derrota en una especie de manifiesto.

No, en este caso la novedad es que Amy sabe ciertamente que no va a ganar, pero se da cuenta de que querría hacerlo y no por vanidad, aunque la vanidad es un sentimiento demasiado fuerte a veces para ignorarlo. Necesita hacerlo por venganza.

Sí, venganza. No es una idea que haya aparecido en su cabeza de la nada. Al contrario; lleva muchos días con ella en el fondo de la mente, rumiándola, paladeándola. Ella no es como Jo, no es todo fuego y palabras gruesas, pero su rabia no es menos intensa.

Con un cuadro perdedor, su nombre quedará olvidado, se convertirá con suerte en una artista a sueldo del gobierno y pasará el resto de su existencia pintando murales y retratos de oficiales de segunda, o si tiene suerte encontrará un marido a quien no le importe su breve carrera artística. Pero, ah, ganar es ya otra cosa. Si venciera, su vida se desarrollaría entre pasillos y despachos, entre ciudadanos honrados, como la tía March, como el señor Lawrence y los Optimates.

—Y la fama es poder —se recuerda no sin un cierto aire de tristeza.

Entonces, un impulso frenético parece tomar el control de la muchacha, que se levanta, que sujeta sus pinceles. Amy tiene el ceño fruncido y los

labios apretados. No hay margen de maniobra, no hay marcha atrás. ¿Quiere vencer? Sí, lo desea, lo decide mientras asiente con la cabeza, y para ello, para tener una posibilidad, sabe lo que debe hacer.

Únicamente muchos años de práctica hacen posible que, en un instante, sepa qué es lo que tiene que cambiar. Conoce los gustos de sus maestros y del público que, en dos días («¡Dos días!», exclama en su interior una voz de alarma), van a llenar los pasillos y los salones de la Academia.

Amy entorna los ojos. Tiene ganas de llorar y, sin embargo, se esfuerza para dejar el llanto para después.



Se marchan en direcciones opuestas, de uno en uno. Desaparecen la mujer del tocado de plumas y el anciano con aspecto de trabajador agrícola. Incluso lo hace ese muchacho al que Frida ha llamado Oliver, el que ha preguntado sobre la guerra y sobre qué pueden hacer al respecto.

Josephine no sabe por qué Frida ha esperado hasta ahora, delante de todos y no en la tranquilidad de su casa, para contarle ese asunto sobre el pobre John Brooke.

«¿Adónde va toda la gente que se llevan? ¿De dónde vienen los que regresan? Incluido su cuñado, señorita March», ha preguntado el muchacho.

Para Jo la sorpresa ha sido mayúscula al escuchar que Frida decía: «Eso, Oliver, quizá logremos averiguarlo pronto».

Entonces les ha enseñado algo. Una cajita de metal pintada de negro, que es algún tipo de aparato tecnológico. En un lateral, la caja tiene una luz roja, pulsante, que recordaba a las cámaras de vigilancia. Nada más verla, a Jo le ha venido a la memoria la boda de Meg, el momento justo antes de que John Brooke se pusiera a gritar.

Esa cajita es una especie de detector. Un mecanismo para confirmar que John Brooke todavía tiene el implante en un ojo, ese ojo que a Jo le ha inquietado desde que regresó. «John Brooke», ha dicho como si, aunque por seguridad ninguno de los infelices conociera las identidades de los demás, ni tampoco la del marido de Meg. «Si podemos acceder a él, podremos llegar a su implante. Va equipado con una cámara, lo sabemos a ciencia cierta.»

Parece ser que los infelices reunidos en las ruinas no están muy dispuestos a hacer nada. Ni siquiera después de escuchar las encendidas palabras de Jo, después de que Frida les contara que podían conseguir una prueba.

—¿Por qué no me lo ha dicho antes? —pregunta Jo, por fin. Ahora, entre las ruinas, no quedan más que ellas dos—. ¿Por qué no me ha contado que John Brooke tiene… tiene…?

—Un ojo electrónico. —Frida, con la mandíbula apretada, permanece con el cuello en tensión. A Josephine le parece que es por vergüenza—. Es su cuñado. No quería que pensara que nuestros métodos…

—Creo que hay métodos peores —le responde ella, pensando en todas las cosas terribles del mundo que la rodea—. ¿Nos vamos?

Hace un buen rato que no queda nadie más que ellas, de modo que Jo se levanta, resuelta, y le ofrece el brazo a su amiga, por si acaso quisiera sujetarse.

Para regocijo de Jo, Frida acepta su ofrecimiento. Así, de esta guisa, salen ambas jóvenes de las ruinas y se integran entre las últimas personas que abandonan los anfiteatros urbanos, dos caras más en esa multitud silente que regresa a sus casas y apartamentos.

—John Brooke lo aceptó, ¿sabe? Fue él mismo quien se ofreció para el experimento cuando supo que su única salida era ir a la guerra. No es usted, Jo, la primera en darse cuenta de que algo extraño ocurre con los que regresan. Es la primera en descubrir algo tan importante sobre la guerra, eso sí, pero no la única.

—¿Se lo implantó su marido?

De lo poco que recuerda Josephine, sabe que el marido de Frida trabajó en el hospital como ingeniero biomédico.

Frida, antes de hacerle una seña para que doblen la siguiente esquina, esboza una mueca de orgullo.

—Como ya le he dicho, no es usted la primera en darse cuenta de que algo extraño ocurre con los soldados, el estado en el que se encuentran cuando regresan… Cuando John tuvo que elegir el exilio, le pidió a mi estimado Gabriel que hiciera la operación. —La voz de Frida se ha vuelto más dura—. Pero cuando mi marido murió, nuestra casa fue precintada, fue asignada a otros, y perdí cualquier tipo de aparato que pudiera reproducir las grabaciones… Hoy tenía la esperanza de que alguien nos ofreciera su ayuda.

La expresión de Frida cambia de nuevo, va de la dureza a la amargura.

—Pero han venido —dice Jo con la voz llena de optimismo.

Frida asiente.

—Sí. Han venido, y han escuchado, pero luego…

Después de esa intervención del muchacho, Oliver… Después de eso todo ha quedado en nada.

—Creo… He estado pensando… ¿Qué esperábamos? No —insiste Jo hinchando las mejillas en un resoplido—. Tras generaciones siendo así, siendo

dóciles, buenos ciudadanos, cuando nos han inculcado con tanta fuerza según qué creencias, no es fácil cambiar… pero me niego a creer que estemos perdidos.

Tienen que detenerse un segundo antes de cruzar la siguiente calle. Es durante ese segundo de pausa que ambas mujeres intercambian una mirada que comienza siendo de mutuo apoyo y acaba convertida en algo más que hace que a Josephine le duela el estómago.

Llegan por fin a los apartamentos grises, al piso en lo alto de la escalera. Allí Jo da unos pasos atravesando el saloncito, aunque ni con ello logra separarse mucho de su compañera. Pasea la mirada por la abigarrada acumulación de figuras de porcelana, de fotografías enmarcadas y de libros en las estanterías en un intento de distraer su pensamiento de lo que realmente la preocupa. Hay que reconocer que hace un pésimo papel, porque la cabeza le bulle.

—Pero podemos hacer algo, ¿verdad? No podemos dejarlo así, ya no. —Se vuelve hacia su amiga, suplicando, aunque qué más querría Frida Bhaer que tener la potestad para decidir—. No podemos dejar las cosas así.

Frida Bhaer se mantiene un segundo en silencio, un silencio severo, con los ojos entornados y los labios convertidos en una línea recta que contrastan en su rostro rubicundo.

—Cálmese, Josephine, por favor.

—No me apetece calmarme, si no le importa —replica Jo apretando los puños. Le da la espalda y busca desesperadamente una vía de escape para toda la frustración que la atenaza. Como siempre, le parece que su propio cuerpo no es suficiente para contenerla. Comienza a moverse arriba y abajo por el saloncito diminuto. Cada vez que lo piensa recuerda que ha contado a los infelices lo que sabe y estos están demasiado asustados como para actuar… Se gira de nuevo hacia Frida, incapaz de reprimirse—. ¡Cómo puede se...!

Josephine se detiene al notar las manos de Frida Bhaer sobre sus mejillas. Ni siquiera se ha fijado en que su amiga anduviese tan cerca, y el movimiento (levantar las manos, esas manos delicadas) ha sido tan rápido que la ha cogido totalmente por sorpresa, le ha secado la garganta de golpe.

—Las paredes de este apartamento son tremendamente finas. Como todas las casas pobres está hecha de poco más que ladrillos y cartón parafinado. Siento decirle que aquí tiene que ser incluso más cuidadosa con lo que dice que en la calle, querida.

Ante las palabras de ella, Josephine boquea, pero ya no grita.

Pero Frida no aparta las manos hasta unos segundos después y cuando lo hace, aún es con un cierto reparo.

Josephine no se atreve a preguntar qué acaba de ocurrir y, por su lado,

Frida Bhaer no sabría qué responder. Lo que es innegable es que queda un recuerdo eléctrico en el aire.

—Pero tiene razón —prosigue Frida Bhaer al cabo de unos segundos, cuando ese cosquilleo fantasmagórico que le ha recorrido la espalda se disipa por fin. Se mantiene cerca de Josephine. Si alguien le preguntara por qué lo hace, respondería que es para no tener que gritar. Puesto que, como ya ha dicho, las paredes son finas y los vecinos curiosos—. No en lo de que no le apetece calmarse, claro. De hecho, creo que a las dos nos iría muy bien un poco de té. —La mujer mueve la cabeza y luego se aparta—. Tiene razón en que no podemos dejarlo así. Ya no. Unos pocos han acudido a nuestra llamada, pero tenemos que llegar a muchos más. A los que no conocemos.

Ahora Frida se acerca al hornillo de gas que constituye toda la cocina de la casa. Jo frunce el ceño. Durante unos instantes, observa los pequeños movimientos que hace con las manos mientras llena una jarra del depósito de agua reciclada de la casa, la coloca sobre el hornillo y, mientras espera que el agua se caliente, saca dos tazas descascarilladas de la alacena que hay debajo del fuego. Los movimientos de Frida, de algún modo misterioso, logran calmarla. Esa es, lo ha descubierto hace poco tiempo, una constante, una realidad. La mira y ya es capaz de respirar profundamente.

—Solo hay que conseguir llegar a más gente, ¿no es así? —En un principio las palabras se le escapan inseguras, pero al poco que las ha dicho las paladea, le parecen de algún modo acertadas—. Usted misma me lo ha dicho tantas veces, no se conocen porque cada persona solo confía y tiene contacto con aquella que le abrió los ojos y con las personas a quien ella o él ha abierto los ojos. Pero deberíamos ser más. Podríamos ser más —añade con esa rabia de la que todavía no se ha desprendido.

—Por seguridad, ya sabe…

—Por seguridad —la corta Josephine—, están las cámaras y las casas abiertas, por nuestro bien. Todo por nuestro bien, ¿no es así? Es por nuestro bien que estamos cautivos.

Acaba su frase con un resoplido, aunque el efecto, ciertamente, queda empañado porque el diminuto tamaño del apartamento no le permite pasear como una fiera enjaulada, ni marcharse dando un portazo, ya que de hacerlo saldría al rellano de la casa. Como último recurso, Josephine cruza los brazos, y así permanece hasta que tras unos minutos de un incómodo silencio Frida Bhaer se aproxima, conciliadora, con una bandeja entre las manos.

—Tenemos que pensar en lo que debemos hacer. —Su voz melodiosa, pero con un trasfondo áspero, traiciona la aparente calma en la que se mueve. Frida Bhaer le ofrece una taza de té y luego con una mirada de advertencia hace que Josephine, al menos, coja una pasta también—. Quién lo habría imaginado esa

noche, cuando llegó aquí, que me causaría tantos problemas…

Josephine se queda lívida solo un segundo, el tiempo que necesita para interpretar la sonrisa, ni burlona ni irónica, sino toda ternura, de su amiga.

En ese momento, Josephine March, impetuosa, alocada, de humor explosivo y verbo rápido, no sabe qué decir. Toma un sorbo de té sin haber soplado antes por precaución, y se abrasa la lengua. No se queja, por supuesto, o se moriría de vergüenza.

—Como ha dicho, tenemos que pensar en el siguiente paso. En un movimiento, en algo. Una acción. Lo que sabemos ahora es tan importante, usted misma lo ha afirmado, los demás lo han entendido… Es todo tan grande, el engaño es tan gigantesco que necesitamos contarlo.

—Más importante todavía —añade Frida—, necesitamos que se nos escuche.

—Necesitamos tantas cosas…

28

Que el Libro del Buen Ciudadano es el mejor de los libros, el único que contiene la verdad, la llave para la completa felicidad, no es solo *vox populi*, es dogma de fe. Siempre lo ha sido para Amy March, que hojea su ejemplar. Durante años lo ha mantenido impoluto, libre de arrugas y, a pesar de todo, las páginas y las tapas de cuero teñido de blanco se han vuelto más suaves, más flexibles por el uso. ¡Qué orgullosa estaba el día que se lo regalaron! Como todas las niñas, Amy recibió su Libro con siete años, momento en que una criatura comenzaba a leer y, por lo tanto, a razonar. Los años, empero, han transcurrido. Ahora Amy acaricia por enésima vez la cubierta y lo hace con las manos manchadas de pintura. En el centro aparece el símbolo de la paloma repujado. La estampilla siempre ha resaltado con pintura dorada, pero esta se ha ido perdiendo al mismo tiempo que la rigidez de las páginas.

El suspiro que escapa de los labios de Amy debe de ser uno de los mayores que han presenciado esas escaleras en décadas. No es difícil: nadie se debe haber sentado en décadas en esas escaleras por ser algo improductivo y sospechoso de *malacción*.

Ella, sin embargo, no ha tenido más opción. Está agotada.

Vuelve a mirarse las manos. Una parte de la pintura ha manchado las tapas blancas de su libro. En su interior, en el pecho, Amy siente una punzada de angustia, pero, aun así, su cuerpo es incapaz de reaccionar. No frota la piel con desespero, frenética por borrar la mancha. Tiene muchísimo sueño.

—¿Señorita Amy?

Parpadea tratando de despejarse y la mirada entonces se le ilumina. Todo se ilumina y es, se da cuenta de repente, porque está saliendo el sol.

—¡Oliver! —Se levanta a la vez que el muchacho se le acerca. Ahí está, tiene esa expresión taciturna que tanto lo caracteriza, aunque, al estar ya junto a ella, sonríe.

—Hay algo que tengo que contarle —dice con un matiz de preocupación en su voz áspera—. Ha llegado muy temprano. Antes que yo.

—No he dormido —masculla Amy. Quizá porque sus palabras le recuerdan el sueño que tiene, se le escapa un bostezo que se apresura a disimular.

—¿No? —Oliver se inclina peligrosamente. Peligrosamente porque Amy lo contempla de cerca y a la luz del amanecer se le perfilan mejor las facciones, los ojos se le ven más claros y, al mismo tiempo, más profundos.

Ella se remueve. Incluso tratándose de él, de repente le da vergüenza que la vea sentada en las escaleras, como una cualquiera. Intenta levantarse, sujetando su vestido que seguramente se habrá manchado de polvo, pero antes de que pueda hacerlo, es Oliver quien se sienta a su lado.

—He acabado —dice. Ni siquiera lo pronuncia para él, sino para sí misma.

—¿De veras? —La alegría no es la única emoción en sus palabras. Hay también un cierto orgullo no solo en su voz, sino también en cómo la mira. Ojalá, piensa Amy, dejara de hacerlo. Ha acabado el cuadro, sí, y es un cuadro lo bastante bueno como para ganar, pero…—. ¿Puedo verlo?

—¡No! —exclama ella de pronto—. No… Prefiero que no lo veas. No hasta el día de la exposición.

—Pero si ya lo he…

Él calla cuando Amy le coloca un dedo índice, suavemente, sobre los labios.

—Por favor.

Con ese gesto pretende retrasar el momento de las confesiones. Aún no se siente con fuerzas, porque Amy ha pintado un cuadro que podría ganar, pero lo ha hecho traicionándose a sí misma y ahora no se siente con fuerzas de contárselo a Oliver.

—Sabe que podría prometerlo. —El muchacho besa con devoción esa punta del dedo que le pide silencio—. Y verlo en cualquier momento que se distraiga, ¿verdad?

—Pero no vas a hacerlo, Oliver —responde ella, porque, a pesar de sus faltas, a pesar de su baja adscripción social y sus opiniones incendiarias, sabe que en eso Oliver va a ser honrado y le duele todavía más.

—No voy a hacerlo, señorita Amy —le da él la razón con una sonrisa bobalicona.

Como si se tratara de un movimiento irremediable, fruto de la gravedad más que de su propia voluntad, el muchacho ladea la cabeza hasta apoyarla en el hombro de ella. Evidentemente, Amy no habría esperado jamás este gesto, pero le produce un cosquilleo bajo las costillas.

Permanecen unos pocos minutos en silencio mientras la ciudad comienza a desperezarse. A las siete suenan las sirenas; cualquiera que siga dormido a esta hora, debe despertar. Esa señal hace que se aparten un poco el uno del

otro.

—Oliver… —Ella abre los ojos. No sabe cuándo los ha cerrado—. ¿No tenías algo que contarme?

Se le había olvidado por completo y eso, en Amy, no es lo habitual. Es la presencia de Oliver, sus caricias, sus palabras, lo que hace que pierda la perspectiva y por un instante Amy se asusta.

Él la observa con esos ojos enormes y expresivos.

—Sé dónde está su hermana.



Las sirenas. Las odiadas sirenas son lo más democrático de Concordia porque suenan a la misma hora y despiertan a todos por igual. Mientras se tapa los oídos con las manos primero, después con un almohadón completamente plano por el uso y por la pérdida de plumas del relleno, Josephine piensa que el odio común hacia las alarmas hace más por el sentimiento de unión y fraternidad entre los ciudadanos que todas las frases bonitas del Libro y todas las ceremonias juntas.

Además de taparse los oídos ahora cierra los ojos con fuerza, pero la memoria muscular y la costumbre la obligan a incorporarse. Entre lamento y lamento de la megafonía, escucha como su amiga hace lo mismo.

El apartamento de Frida Bhaer es pequeño, pero aun así, entre la pared y la cama del único dormitorio del piso, han logrado encajar un colchón tan gastado como la almohada. Están tan cerca que, extendiendo el brazo, Jo podría tocar a su amiga y precisamente eso es lo que hace: estira el brazo derecho, tantea hasta encontrar la muñeca de Frida. Lo hace cada mañana, se ha convertido en un pequeño ritual; al despertar de la primera noche que pasó fuera de casa, la primera en toda su vida que no dormía entre las cuatro paredes de la casa familiar, Jo se despertó desorientada, muerta de miedo, todavía presa de aquella especie de frenesí que la había llevado a marcharse. Entonces, en medio de la zozobra, sintió una mano que sujetaba la suya, que la ponía sobre una muñeca fina, pero firme. Era Frida, dándole un lugar al que asirse.

—Buenos días. —La voz de su amiga arrastra las vocales como un carro enganchado en el fango. Josephine no quiere reírse de ello, pero, que no le quepa ninguna duda a nadie, lo hace.

—Buenos días —acaba diciendo Jo, todavía con media sonrisa.

Se levanta, pasado ya el primer mal momento, con energía a pesar de que la noche anterior estuvieron despiertas hasta muy tarde, sentadas en el minúsculo salón del apartamento de Frida Bhaer.

La reunión con los infelices no les dejó más que un mal sabor de boca y una frustración de proporciones antológicas. Entre susurros, con sucesivas tazas de té entre las manos, Josephine y Frida decidieron que no iban a rendirse, que buscarían la manera de seguir adelante.

Al fin y al cabo, tienen algo a lo que agarrarse, un hilo finísimo: John Brooke, que ha regresado de la guerra. John Brooke y el secreto que guarda ese implante que colocaron en su cuenca ocular. John Brooke al que ella misma vio cómo quemaba plantas y edificios, vestido con ese uniforme negro que, hasta ese momento, siempre había sido motivo de orgullo.

Se visten con presteza, todavía medio a oscuras a la espera de que termine de salir el sol. En la habitación hace un frío de muerte, pero Josephine no lo nota. Al contrario, las mejillas le arden.

Y continúan rojas cuando salen del apartamento de Frida a una calle en completa efervescencia y también al llegar junto al control. Una cola de aspecto infinito serpentea por el parque anular que hace las veces de límite entre los barrios humildes y todos los demás.

—Hace frío, ¿verdad? —musita Josephine al ver que el calor que irradia de sus pómulos no ha menguado ni un ápice. Al fin y al cabo, el frío produce estos efectos y el viento corta y se queja al pasar de un extremo al otro.

—Parece que la primavera no quiera llegar nunca —le responde Frida mientras la observa de arriba abajo, mejillas incluidas, pero no menciona nada del tema—. Aunque tenga su particular belleza, parece imposible ser optimista en un lugar así.

—Pero debemos serlo.

—Lo somos. Yo, por lo menos, lo soy un poco más desde que llegó usted.

No es el momento. Ni acaban de despertarse ni están en ese instante entre el sueño y la vigilia donde todo es posible, pero Jo busca la muñeca de su amiga hasta que ese contacto le sirve de punto de referencia para todo lo demás. Respira hondo.

—Van a ser unas pocas horas.

Se incorporan a la parte final de esa cola que parece no querer acabar nunca. El sol ya asoma entre los edificios y entonces vuelven a sonar las sirenas, un último aviso para los más rezagados. Es el momento elegido para que la megafonía pública se encienda con un estertor casi humano y luego comience a resonar una marcha alegre por toda la ciudad. Las pantallas parecen brillar con fuerzas renovadas, empieza un nuevo día.

—Voy a estar aquí cuando regrese —le dice Jo mientras Frida ya saca su

Libro del bolsillo junto al corazón. Eso es lo que han hecho todos los días desde que Jo buscara refugio en los suburbios. Frida se marcha a trabajar mientras ella se queda esperándola.

—¿Está segura de se encuentra usted bien? —insiste Frida entonces, con gesto preocupado. No es para menos: Josephine tiene el rostro ojeroso, triste. Es la viva imagen de la derrota—. Podría… podría ausentarme del trabajo.

—Sabe perfectamente que no puede hacer eso —le responde ella—. En el mejor de los casos, si lo hiciera, sería una falta en su Libro. En el peor, si sospecharan que le ocurre algo, se arriesga a una revisión médica o a una amonestación de Higiene Social.

Para reforzar sus palabras, Josephine yergue la cabeza, trata de parecer más animada para ocultar que, aun convencida, furiosa y desesperada, su cabeza no para de repetirle que está cometiendo una falta de pensamiento, de palabra y de acción. Y no sabe si esa comezón dentro de sí desaparecerá jamás.

—Pero… —Un carraspeo educado detrás de ellas indica que la cola ha avanzado unos pasos—. Pero podría hacerlo…

—Estaré aquí esperándola. Y, cuando usted regrese, seguiremos pensando en qué camino seguir.

La cola avanza todavía más, ahora alarmantemente de una forma rápida, pero Frida parece reticente a moverse. Sigue observándola con esa mirada que a Josephine siempre la ha atrapado, tan profunda, tan sabia incluso. La muchacha entonces deja que la embargue esa sensación tan familiar, la que le hace inclinarse siempre hacia Frida como si se tratara del centro de todo su universo, y le planta un beso en la mejilla.

—Márchese, o llegará tarde.

Mientras su amiga, con una expresión indescifrable en el rostro, se aleja, los pómulos de Josephine entran en combustión.



El cuadro que está pintando Oliver Müller en la Academia de Buenas Artes no es hermoso. No es, en el sentido más común de la palabra, estéticamente agradable. No es un cuadro con colores que se complementen ni con figuras de proporciones áureas. Oliver Müller da otro trazo. Rabioso. Es una diagonal de abajo arriba que cruza todo el lienzo.

El cuadro no es bonito ni armonioso, pero Amy no puede apartar la mirada de él.

Oliver Müller, en cambio, sí es armonioso a su manera. Eso no debería pensarlo Amy March, porque Amy es una señorita y las pasiones de la carne no deberían ocupar lugar alguno en su mente; pero lo hace. En realidad, para Amy esta situación no es ningún inconveniente: de apartar la mirada del cuadro (o de Oliver, todo sea dicho), la joven pensaría en cosas mucho más desagradables como, por ejemplo, en su hermana Jo.

Oliver le ha revelado su paradero esta mañana y Amy sabe ciertamente que su deber es correr hasta su casa, cruzar el jardín y entrar en el saloncito, caer en brazos de su madre y decirle, ya sin aliento, dónde puede encontrar a su hija pródiga.

Sin darse cuenta, Amy hace una mueca de desagrado.

—¿Qué ocurre?

No lo ha hecho. No por causas mayores, por una orden de sus profesores o algo similar. Simplemente allí, en las escaleras, con Oliver frente a ella, tan cerca, Amy March ha respirado muy hondo y ha decidido no avisar a su madre.

Está segura de que en el Libro eso se debería considerar una *malacción*, y le quedará pendiente la penitencia.

—Estás muy pensativa.

Amy contiene otra mueca, consciente del peligro real que supone para su piel de porcelana, pero lo piensa por dentro. Decide, animosa, que puede explicárselo luego. Aunque Jo no lo merezca, no. Josephine, en opinión de Amy, no merece que la vayan a buscar hechas un mar de lágrimas. Debería regresar ella. Al fin y al cabo, es *ella* quien se ha marchado y sabe perfectamente dónde encontrarlas.

—Está tan pensativa que ni siquiera me escucha, señorita March.

Es oír su nombre lo que hace que Amy levante la mirada, por fin de vuelta a la Tierra. Oliver ha dejado de pintar en el momento en que se ha dado cuenta de que ella estaba en otra parte. Ahora solo la observa. La está mirando con la intensidad de uno de sus trazos.

Amy mueve la cabeza y recuerda que un cumplido es siempre la mejor respuesta.

—Me gusta mucho.

—No es a usted a quien debo impresionar. ¿Se lo imagina?

—Imaginarme, ¿qué? —responde Amy cuya cabeza vuelve irremediablemente hacia Jo y hacia esa imaginación desbordada de la que siempre ha hecho gala su hermana.

—Que fuera yo el ganador.

Sucede un segundo, uno solo, en el que Amy piensa que ojalá fuera así, que de pronto fuera un desahuciado (¡y un infeliz!) como Oliver Müller quien

resulte premiado durante el recuento, el día posterior.

Hay veces en las que uno piensa algo y siente que el mundo se instala en su cabeza. En el caso de Amy March, el mundo ante ese pensamiento no se introduce en su cabeza sino un poco más abajo, entre el corazón y el bajo vientre, porque si Oliver Müller resultase ganador, dejaría de ser un desahuciado. Sería un escándalo, sí. Porque jamás se debería haber permitido a un desahuciado entrar en la Academia en primer lugar. Pero esto pronto pasaría. A fin de cuentas, el Libro es claro respecto a los premios y las bendiciones que otorga el trabajo duro. Otra cosa es que a los desahuciados se les permita desempeñarlo. Y si Oliver dejara de ser un desahuciado para ser uno de los artistas más codiciados de Concordia, entonces ella… ella y él…

No.

La sensación cálida y placentera en el pecho de Amy se rompe como un vaso que cae al suelo y se hace añicos.

—¿Cómo logró entrar en la Academia, Oliver? —le pregunta de pronto.

Él la mira como si llevara esperando a que le hiciera esta pregunta desde que se encontraran en el día del intercambio y ella lo amenazara con denunciarlo. Un guiño jocoso precede a sus palabras que, en realidad, pronuncia henchido de orgullo:

—El talento no solo sirve para pintar estos cuadros que nos pide el profesor Smith. Los sellos son muy fáciles de imitar si uno encuentra la tinta adecuada.

En otro momento, Amy se habría llevado las manos a la cabeza. Porque esa *malacción* es flagrante, peligrosísima. En otro momento no habría esperado de Oliver Müller otra cosa que no fuera la contrición. Solo la contrición podría perdonar su falta. Busca esa sensación de escándalo en su interior, de todas formas. La busca con ahínco porque debe de estar ahí, escondida en alguna parte de su cuerpo. Pero no la encuentra. Como si su cabeza y sus sentimientos fueran por caminos opuestos.

—Sabe que eso es…

—Peor es saber que no tienes oportunidad de nada. Es como la muerte en vida.

Amy no sabe si Oliver continúa la frase o se calla porque la sirena que marca el comienzo de la jornada empieza a sonar atronadora. Como seleccionados para la exposición, están exentos de acudir a las lecciones diarias, pero como ciudadanos de Concordia no pueden faltar al saludo institucional diario, por lo que Amy se pellizca las mejillas levemente para que adquieran un tono rosado, claramente tratando de impedir que se note su noche en vela y, después de que Oliver, sin lavarse las manos de pintura siquiera, le haga un gesto cortés, sale del pequeño atelier donde están.

—¡Santa Bondad! —Amy podría jurar que, a estas horas de la mañana y

sin haber dormido, la voz de Fidelity Gardiner es todavía más estridente que las sirenas. Amy la mira y se da cuenta de que tiene muy abierta la boca mientras se lleva una mano al pecho cuando ve que tanto ella como Oliver han salido juntos de la misma habitación. Desde luego, de existir todavía, la señorita Gardiner habría brillado mucho más en la Academia de Artes Escénicas que en la de Buenas Artes—. ¡No lo habíamos creído posible!

—¿Posible el qué, señorita Gardiner?

Amy no es estúpida. Sabe perfectamente a qué se refiere su compañera, pero prefiere comprobar si esta se atreve a decir algo, claramente, tan desagradable. A los pocos segundos, queda claro que la ha subestimado.

—Me sorprende, querida Amy, que no quiera esperar a mañana cuando les confirmen a usted y a su familia que están viviendo por encima de sus posibilidades en el barrio residencial—. Fidelity Gardiner ahora sonríe. Tiene todos los dientes, y son muy blancos, de modo que su sonrisa parece hermosa y sincera, y por esa misma razón, porque la sonrisa no casa con sus palabras, se vuelve también detestable—. Vemos que ya está codeándose con los suyos.

—Ah, sí, desde luego que sí, señorita Gardiner. Tenemos que prepararnos muy bien para mañana —le responde ella mientras le demuestra que nadie, absolutamente nadie en la ciudad (y en cualquier otra) es mejor que Amy Curtis March esbozando falsas sonrisas encantadoras—. Al fin y al cabo, el señor Müller y yo hemos sido seleccionados para la exposición del día del recuento, por si no lo recuerda. Realmente, hasta que mañana no expongamos delante de los Optimates, de los funcionarios del Ministerio de Sanidad y de los artistas oficiales, el ciudadano Müller es de los pocos en toda la Academia que está a mi altura.

Amy comienza a bajar la guardia, satisfecha con cómo le ha quedado la respuesta, cuando escucha:

—A su altura… —Amy no sabe distinguir si se trata de la voz de Fred Vaughn o de su hermano Frank, ambos insoportables, pero lo que sí logra distinguir es un tono en la frase que presagia una burla de mal gusto y, a todas luces, un mal pensamiento—. Más bien parece que a March lo que le gusta es estar *por debajo de él*.

Fidelity y el grupito que la acompañan se ríen. Ella lo hace tapándose la boca con el dorso de la mano, pero los demás se permiten una carcajada.

Amy no reacciona, simplemente se queda callada. Piensa en lo atrás que han quedado los tiempos en que Fidelity la invitaba a soirées privadas, con el propósito de codearse con Teddy Lawrence, y también piensa que, quizá, en realidad sus carcajadas no le importan. De hecho, es esta sensación de indiferencia lo que más atribula a Amy, puesto que jamás se habría imaginado que fuese capaz de sentirla.

Pero ahí está, bien cierta y bien acomodada en su pecho.

Porque está segura de que, al día siguiente, ella ganará y será elegida como mejor artista de Concordia en el día del recuento y todo cambiará para ella.

Espera también que los pedazos de su corazón roto sean fáciles de recomponer.

Las carcajadas no cesan hasta que Amy siente un movimiento a su lado. Es Oliver, por supuesto, que parece que vaya a saltar sobre los gemelos Vaughn. A pesar de todo, Amy no podría permitirse un escándalo por lo que ella lo agarra de la manga y ríe despreocupada, como todos los demás. No es hasta que termina el saludo institucional cuando ambos regresan a su atelier y Oliver estalla. No contra ella, no. A Amy le da la sensación de que Oliver estalla contra el mundo con los puños y los dientes apretados, igual que una botella de vino espumoso descorchada.

—¿Por qué no les ha replicado, señorita Amy? —le pregunta cuando cierra la puerta.

—¿Para qué? —Y ahí está. Tan auténtico que Amy March ya ha asumido como propio ese tono altanero una escala más alta que se trunca en cuanto se gira hacia Oliver para continuar con su explicación—. ¿Te acuerdas de lo que me dijiste? Me enseñaste que no necesitaba a nadie para ver las cosas. Ellos ven la realidad como quieren verla, no como es.

Parece que su voz calmada surte efecto sobre Oliver, que pasa de rodear el minúsculo atelier como un animal enjaulado a, por supuesto, detenerse ante el cuadro de Amy, cubierto con una sábana.

—Te he dicho que no puedes verlo aún, Müller.

En realidad, piensa Amy March, quizá pudiera. Quizá pudiera enseñárselo antes de la exposición porque, en definitiva, la traición ya está hecha. No ha pintado lo que dictaba su corazón, sino lo que la alta sociedad de Concordia quiere admirar. Se ha traicionado a sí misma y, por lo tanto, también ha traicionado a Oliver. Sucederá tarde o temprano, se dice Amy, consciente de que esa traición será algo que Oliver puede que no le perdone nunca.

Por eso ha decidido no enseñárselo, para alargar, aunque solo sean unas horas más, lo que sea que existe entre ambos. Por eso, también se acerca a él y tira de la pechera de su camisa, se inclina, porque Oliver es más alto que ella, y al hacerlo puede descubrir la mirada de sorpresa en los ojos del chico. No ve nada más, no obstante, porque Amy cierra los ojos y, entonces, lo besa. De nuevo es ella quien lo besa a él aunque no sea muy decoroso, todo sea dicho.



Un recuerdo se abre paso en la mente de Josephine March mientras observa la calle desde una de las dos ventanas que hay en el apartamento de Frida Bhaer. A este lugar ha regresado tras despedirse de su amiga y lleva aquí todo el día, horas enteras que han transcurrido con exasperante lentitud. El recuerdo que la asalta en este momento está teñido de un naranja cálido, parece un atardecer de primavera. Era una niña con lazos en las trenzas. En el recuerdo, Josephine está sobre los hombros de su padre. Es un momento alegre o, por lo menos, en ese instante creía que era alegre. Un desfile. Centenares, miles de personas esperaban de pie en las avenidas radiales. Una funcionaria muy joven repartía banderas con la paloma de la paz a los niños para que las agitaran al paso de las carrozas, los aviones y los carros blindados que desfilaban frente a ellos.

Cree que el desfile era la conmemoración de una gran victoria, aunque el recuerdo no es lo bastante nítido. Ya no se celebran acontecimientos así en Concordia. Eso también es cosa del pasado, como los teatros y la música.

Casi al final de la comitiva iban los *retornados*, los soldados que habían sobrevivido para contarlo. En ese momento, Jo, una niña aún pidió a su padre que la bajara. Poco esperaba el pobre señor March que nada más tocar el suelo Jo echara a correr primero entre la gente y luego por la avenida en dirección a los soldados.

La guerra siempre ha sido algo omnipresente en sus vidas. El hambre sucede porque la guerra provoca escasez, los cortes de electricidad se producen porque la guerra exige que toda la producción de energía vaya a la defensa y a las fábricas de armamento. Los ciudadanos tienen que ser siempre rectos, buenos, prudentes y dóciles porque el caos es el enemigo interno, pero, aun así, la guerra exige cada vez más y más y más.

Pero, Jo se pregunta, y lleva preguntándoselo días enteros, durante horas y horas, la duda convertida en una comezón insoportable bajo la piel: «¿Qué sentido tiene todo si la guerra es una mentira?».

Josephine, esa Jo pequeña del recuerdo, se detuvo frente a los *retornados* con la mirada ilusionada, pero ninguno de ellos se giró en su dirección, ninguno la miró. Tenían, de hecho, la vista perdida en el horizonte. Allí se dio cuenta del silencio, centenares de personas conteniendo el aliento a la vez. Al mirar a su alrededor, vio a una docena de agentes con sus uniformes azules que se acercaban. Hasta entonces los guardias jamás le habían dado miedo.

Su padre llegó en ese momento. La levantó en volandas, la apretó contra su

pecho con fuerza, pero Jo no fue capaz de quejarse. Los agentes se detuvieron y, al poco, el desfile continuó.

Cuando su padre, ya de regreso entre la gente, le preguntó por qué se había escapado, Jo respondió, con un soniquete que la hacía parecer mucho mayor de lo que en realidad era: «Son héroes. Quería darles las gracias».

Sí, eran héroes que los protegían de un mundo hostil.

Todo era tan claro entonces. Todo tenía tanto sentido.

Ha tardado demasiado tiempo en darse cuenta de que el Libro miente, como mienten los secretariados sobre tantas cosas: la guerra, las cámaras. Para que abriera los ojos, ha tenido que perder a una hermana, a su familia y su posición. Ahora, una culpa que es a la vez por no haber abierto antes los ojos y por no ser capaz de hacer nada al respecto, se le hace cada vez más insoportable.

«John Brooke», se dice. John Brooke es la clave.

Un sonido odioso hace que Jo regrese al presente. Las sirenas de nuevo. Han sonado ya muchas veces desde la mañana, anunciando el paso del tiempo y ahora marcan el fin de la jornada laboral.

Los días anteriores Jo ha recibido ese alarido de tonos metálicos con esperanza, porque significan que Frida regresará al poco tiempo, pero esta vez solo consigue llenarla de inquietud. Sin pensárselo, la muchacha se aleja de la ventana y se pone un abrigo prestado como el vestido que lleva. A lo largo de toda la jornada, el tramo de la calle que controlaba desde la ventana ha estado prácticamente desierto. Solo ha visto unas pocas mujeres con niños todavía pequeños como para poder ir a la escuela comunal y los omnipresentes agentes vestidos de azul que vigilan la recta moral de los desahuciados, pero ahora los primeros trabajadores comienzan a ocupar las calzadas. Algunos la miran mientras Jo avanza con paso decidido.

El parque anular, cerca de la zona de control, es ya un hervidero de gente. Es difícil avanzar a contracorriente, pero Josephine lo hace de todos modos con la mandíbula apretada, sin pedir disculpas cada vez que choca con alguien.

Busca a Frida y su nerviosismo no hace más que aumentar cuando por fin la distingue entre la gente.

—Josephine, ¿qué hace usted aquí? Habíamos quedado en que me esperaría en casa. ¿Ha ocurrido algo?

—John Brooke —susurra ella, acercándose a Frida—. John Brooke.

Pensar en él le recuerda a Meg y pensar en su hermana le abre un agujero de angustia en el estómago. Pese a ello, a lo largo de todo el día, sus reflexiones han revoloteado alrededor de su cuñado, de lo que vio durante el bombardeo, de todo lo que contó Frida.

—¿Ha ocurrido algo nuevo con John Brooke? —pregunta por fin su amiga.

Entonces, Jo la sujeta por los hombros

—Venga, acompáñeme. —Todavía hay decenas de personas que están entrando en los suburbios a través del control, el bullicio es insoportable y no ayuda que toda la zona esté llena de pantallas que aprovechan la gran concurrencia para lanzar sus mensajes con alegre patriotismo. Josephine empuja ligeramente a su amiga lejos, hacia el interior del parque entre árboles torcidos, de ramas desnudas—. John Brooke —repite, por enésima vez, cuando cree que se han apartado lo suficiente—. Si conseguimos saber qué vio John Brooke en la guerra… Por qué ahora se dedica a…

Destruirlo todo. Quemar casas y jardines y calles, querría decir Josephine, pero no tiene valor para hacerlo. Afortunadamente, Frida está, como siempre, mucho más serena que ella. Asiente, no solo escuchando sus palabras sino también entendiendo las que pronuncia y las que se calla.

—¿Acaso se le ha ocurrido un modo de lograrlo? No tenemos acceso a la tecnología necesaria.

—Pero usted la tenía, ¿verdad? Disponía de ella. ¿Cómo, si no, su marido consiguió el implante de John Brooke? ¿Dónde hizo la operación?

Frida responde primero para sí misma, únicamente moviendo los labios, y luego susurra:

—En nuestra casa.

Se refiere, seguramente, no al cochambroso apartamento de los suburbios, sino a la que compartió con su difunto marido.

—En su casa —asiente Jo lentamente, para darse impulso—. ¿Cree estará ocupada?

Como única respuesta, Frida aprieta los labios.

—Por lo que yo sé, todavía no han reasignado a ninguna familia allí. Quizá después del recuento, si alguien es lo bastante afortunado como para ascender.

Josephine da un paso hacia atrás.

—Entonces, vamos. Démonos prisa —insiste, regresando de una zancada al lado de Frida cuando ve que su amiga no se mueve—. Lo he estado pensando. Desde ayer, cuando hablamos, y todo el día de hoy. ¿Acaso el pobre John no se presentó voluntario como usted me dijo? ¿Acaso no quiere saber qué secretos nos puede revelar? Quizá así… ¿Se imagina? Quizá así logremos abrir los ojos a más personas, a las suficientes como para…

—No podemos ir allí —la corta Frida, tajante. Sus manos, pequeñas, sujetan las de Jo y tiran de ella con una brusquedad inusitada. A Jo ese gesto le recuerda a esta mañana, a cuando se ha despedido de su amiga con un beso en la mejilla—. Puede que ni siquiera quede nada del laboratorio de mi difunto marido. Debieron llevárselo todo.

—O no. Dijimos que lo íbamos a intentar. ¿No está cansada, Frida?

Josephine todavía no está segura de cómo ha logrado convencerla. No han obrado el milagro ni sus súplicas ni sus argumentos, de eso está segura, pero después de preguntarle por su cansancio, Frida al fin ha asentido con gesto calmado y ha dicho: «Como desee».

Han tenido que pasar el control en dirección a los barrios residenciales. Lo han hecho con los nervios a flor de piel. Mientras se acercaban a la puerta, un rasgón abierto entre vallas metálicas flanqueado de luces y de pantallas informativas, Jo se ha sentido desfallecer, convencida de que en cuanto mostrara su Libro a los agentes saltarían todas las alarmas, todas las sirenas del mundo. No ha sido así. A Frida la han dejado pasar con un gruñido y, a ella, con una reverencia. Jo ha odiado a esos agentes con toda su alma.

Josephine también odia la expresión, tan triste, de Frida cuando por fin llegan a su antiguo hogar.

Todavía no se atreven a acercarse demasiado. Observan la casita, sus dos plantas con tejado a dos aguas y un porche de madera oscura desde la esquina. Aquí, Frida vivió momentos felices, Josephine está convencida de ello.

—No parece que haya nadie.

No solo la casita está completamente a oscuras. La calle también está desierta. Para Jo, acostumbrada estos últimos días a los bulliciosos suburbios, tanta quietud le resulta enervante. Ni siquiera se ve a gente preparándose para acudir al noticiario vespertino.

Josephine duda. Da un paso minúsculo hacia Frida, luego otro.

—Supongo que le traerá muchos recuerdos…

—Sí, desde luego —responde ella con la misma dulzura.

Jo aparta la mirada porque no lo entiende. No comprende por qué no está enfadada. ¿Triste? Sí, se la ve triste, hasta el punto que Josephine estaría más tranquila si pisaran hielo a medio derretir. ¿Cómo se mantiene tan serena? ¿Cuál es su secreto?

A ella, sin lugar a dudas, la beneficiaría tanto conocerlo…

—Parece que no hay nadie —dice con una voz que suena más bien a un jadeo—. ¿Qué hacemos?

Aunque ha planteado una pregunta, el cuerpo de Jo se inclina hacia delante de pura anticipación. No parece haber nadie. Los ciudadanos han regresado a sus casas hace mucho, pero en la calle las imágenes cambiantes de las pantallas generan sombras por doquier, de modo que no puede estar segura.

—Cualquiera podría vernos, señorita March. Los vecinos…

—No deberíamos perder esta oportunidad —la apremia Jo. Han llegado hasta aquí y ahora, cree, que no pueden echarse atrás. No pueden hacer como el resto de infelices, esconderse cobardemente y fingir ser buenos ciudadanos

hasta el día de su muerte. Por lo menos, ella siente que no puede—. Estamos aquí, no hay nadie. Estarán cenando, o dormidos —insiste ahora, dándose la vuelta hacia su amiga—. ¿Cuándo vamos a encontrarnos en unas circunstancias así? ¿Cuánto hasta que su casa sea asignada a una nueva familia?

—El reparto es mañana…

Aguarda, con la respiración agitada, a que la expresión de su amiga quede a merced de la duda y, entonces, insiste:

—Esta fue su casa, Frida. Y se la arrebataron. Su hogar, su vida, su trabajo de maestra. ¿No fue eso lo que hablamos? ¿No fue eso lo que decidimos? Tenemos que actuar, como sea. Si en su casa hay alguna cosa que nos ayude a desentrañar el misterio que oculta John Brooke, entonces, ¿no es nuestro deber? ¿No es nuestro deber abrir los ojos a cuantos podamos?

—Usted gana —la corta Frida con los labios blanquecinos, fruto de tenerlos apretados con fuerza—. Y que la providencia me asista, porque estoy permitiendo que esto ocurra.

Recorren los pocos pasos que las separan de la casa, las dos mujeres hombro con hombro. Justo antes de llegar, se detienen. Frida tira de la manga de Josephine y señala con la barbilla un poste de vigilancia que queda a poca distancia de ellas.

—Mucho cuidado ahora —advierte señalando de nuevo el poste con la barbilla.

En un segundo, la mano de Frida rodea la de Josephine. Cualquiera pensaría que Jo se ha acostumbrado a estas alturas, pero en realidad es todo lo contrario: un rayo lanzado directamente sobre su cabeza no sería más electrizante que esos dedos sobre su muñeca. Josephine toma una bocanada de aire profundísima, que queda interrumpida cuando los dedos de su amiga le aprietan la mano con fuerza.

—Quizá no logremos nada. Todavía no sabemos cómo podemos actuar y quizá no lo sepamos nunca —murmura Frida, como si de repente quisiera echarse atrás, aunque entonces añade—: Con eso no quiero decir que no vaya a intentarlo.

Con reticencia, Jo asiente. El Libro miente, sí, aunque entre sus páginas haya algo de verdad. Le viene a la cabeza un capítulo en particular del que su padre solía extraer numerosas citas sobre que el tesón y la voluntad son el único camino hacia el éxito.

Intercambian una nueva mirada, tan angustiada como decidida.

De las cámaras solo se ven intactas las que vigilan la calle. En cambio, aquellas que enfocan hacia la casa, parecen haber sufrido algún tipo de percance. Una de ellas cuelga indolente de un cable de color rojo. La otra

tiene la esfera protectora del objetivo resquebrajada por una miríada de grietas, como una tela de araña. Parece rota de un golpe, quizá de una pedrada furiosa.

En realidad, si Josephine pudiera, ella también la habría emprendido a pedradas con todo.

Permite que Frida la guíe, todavía sin soltarla, hasta la parte trasera de la vivienda. Allí contempla un extenso jardín que debió ser la envidia de los vecinos en su momento de esplendor. Por último, Frida no conduce a Jo hacia el edificio principal, sino hacia un cobertizo de madera y planchas de metal que hay en un rincón de la finca, el lugar donde esperaría encontrar los aperos de jardinería, las palas y los rastrillos y las tijeras de podar.

Eso y muchísimo más es lo que descubren cuando Frida abre la puerta con expresión seria. El cobertizo es una amalgama de cajas precintadas, herramientas de jardinería y algún que otro mueble carcomido. Frida apenas si ha dirigido una mirada doliente hacia la casa, como si no hubiera vivido allí, como si el lugar le fuera ajeno, y es la misma expresión que mantiene al entrar en el cobertizo. Tras encender una lámpara de queroseno, Frida Bhaer no pierde el tiempo, comienza a rebuscar entre las cajas, en los cajones y armarios del cobertizo con ese gesto de adusta eficiencia mientras que Jo, a pesar de su fuerza de voluntad, empieza a perder los nervios.

—Déjeme que la ayude… —susurra lanzándose hacia un grupo de cajas acumuladas en un rincón en cuanto no puede contenerse más—. Dígame cómo o dónde encontrar lo que estamos buscando…

—Justo después de que mi marido falleciera guardé todos sus objetos personales, sus herramientas, sus aparatos tecnológicos y los dejé aquí. Escondidos —añade Frida sin detenerse siquiera a mirar a Jo—. Pero ahora está todo mezclado. Quién sabe, quizá algunas de sus pertenencias acabaron expuestas en la calle para quien quisiera llevárselas o bien las confiscaron los funcionarios del Ministerio de Sanidad. Busque cualquier cosa de aspecto mecánico. Electrónico. Solo pude salvar una parte ínfima antes de que me asignaran a los suburbios…

—No se preocupe, yo voy a ayudarla. Frida, ¿me escucha? —pregunta cuando le parece que su amiga queda sumida en sus pensamientos.

Frida asiente. Sí, la escucha y, sí, Jo va a ayudarla. En perfecta sincronía, eligen un lateral del cobertizo y se acercan a las pilas de cajas y de desperdicios. Metódicamente las cajas son abiertas, los cajones revisados y los papeles leídos con avidez.

Por desgracia, todo ese trabajo resulta en vano. No solo porque nada de lo que examinan tiene el más mínimo interés, sino porque, a los pocos minutos, Josephine se detiene abruptamente. Un instante después lo hace Frida, al

tiempo que las dos escuchan un jadeo asustado y unas pisadas en ese jardín que debería estar desierto.

—¡¿Quién anda ahí?!

Es una voz femenina que tiene la doble cualidad de sonar aterrada y acusadora a la vez. No pueden quedarse donde están. Ganas no les faltan. Jo, al escuchar la voz, se ha quedado petrificada. Consigue, y eso a duras penas, dirigir una mirada hacia su amiga mientras esta asiente con una lentitud exasperante.

—Frida, no, no… —Sus palabras, aunque susurradas con muchísimo sentimiento, no sirven para retener a su amiga, que con esa expresión serena que Jo tanto admira, se dirige hacia la salida del cobertizo—. ¡Frida!

No puede hacer más que seguirla.

Justo en el momento en que va a cruzar la puerta para salir, la voz insiste:

—¿Quién es? ¡Muestre su rostro!

Jo gira frenética la cabeza hasta que localiza el origen de tales voces. Resulta que tanto escándalo procede de una figura que espera prudentemente en el límite del jardín. Es una mujer muy alta, muy delgada, como si al hacerse el apretado moño que culmina su coronilla se hubiera estirado ella entera.

—Señora Moishe. —Frida levanta la voz alta y clara. Incluso avanza unos pasos hacia delante, hasta que se detiene en una zona del jardín mejor iluminada por la publicidad institucional. Lo hace para que la señora Moishe, a quien claramente conoce de algo, la identifique—. Soy la profe… la señora de Bhaer. Solo hemos venido a…

—¡No se acerque! —le grita la señora Moishe. La mujer extiende ambos brazos hacia el frente, en un gesto de absoluto rechazo—. ¡Fuera! ¡La he reconocido desde el primer momento, pero no puede estar aquí, señora Bhaer! ¡Usted ya no pertenece a este lugar!

—¡Vivió aquí durante muchos años! —No, Jo no ha podido morderse la lengua. Ni la mirada de horror de esa tal señora Moishe, sin duda la típica vecina que pasa el día espiando desde los visillos para criticar a los demás, ni tampoco la de Frida logran detenerla. Ya no—. ¡Cómo se atreve a decir que es extranjera en esta casa!

Frida la sujeta. No solo eso; tira de ella hacia atrás.

—Josephine, basta.

—¡Es usted una mentirosa! —grita ella ignorando a su amiga. La señora Moishe se lleva una mano al pecho en señal de sorpresa y quizá de un ataque de nervios inminente—. ¡Mentirosa! —repite Jo con más fuerza. ¿Quién es esa mujer de rostro enjuto y mirada de animal enjaulado para decir cosas tan terribles de su amiga?

—Jo, basta —pide Frida precisamente en ese momento. Primero lo hace con esa voz calmada de siempre, aunque enseguida sus palabras adquieren un matiz mucho más urgente, tan urgente como el tirón que hace que Josephine trastabille hacia atrás—. Tiene razón —admite—. Esta casa ya no me pertenece.

—Pero… —insiste Jo, aunque un nuevo tirón, una nueva mirada la hacen ver más allá del jardín, de Frida y de la quisquillosa vecina que sigue en el mismo sitio donde estaba antes. La vista de la muchacha se dirige ahora al resto de ventanas que las rodea. En muchas de ellas se distinguen siluetas recortadas a contraluz, silentes, vigilantes. La muchacha nota un escalofrío.

—Vámonos —le dice Frida mientras, envalentonada, la señora Moishe sigue increpándolas—. Marchémonos de aquí antes de que no sean solo los vecinos quienes se pregunten a qué ha venido tanto escándalo.

—Pero… ¿Y lo que hemos venido a buscar? ¿Qué me dice de…?

—No va a poder ser, Josephine. No. Lo siento… ¿Y si llega alguien más? ¿Y si aparecen los agentes de Higiene Social?

—¡No me diga que lo siente! ¡No me diga que no va a poder ser! ¡No usted!

Pero de poco sirve la indignación de Jo, los gritos y las súplicas. Frida no solo se marcha del jardín bajo la atenta mirada de sus vecinas, sino que también a ella la arrastra lejos. La arrastra a calles distantes por un itinerario errático que les marcan los postes de vigilancia marcados. No hay más vecinos que las increpen, tampoco aparecen agentes de uniforme de detrás de ninguna esquina, aunque el miedo permanece.

—Lo lamento —dice Frida al fin, cuando llegan al parque anular que las separa de los suburbios—. Lo lamento tanto, Josephine… Si le sirve de consuelo…

—No —suelta ella, tratando de alejarse, pero Frida no se lo permite—. No me sirve…

—No creo que hubiéramos conseguido nada en ese cobertizo. No. Creo que era algo a lo que aferrarnos, nada más…

—Entonces, ¡¿por qué estamos aquí perdiendo el tiempo?! —exclama la joven de repente—. ¿Por qué? ¿Acaso me está gastando algún tipo de broma cruel? ¿Es eso?

Los ojos de Frida se abren de par en par. Es lo único que ve claramente de ella. Sus ojos, o más bien el reflejo de las luces que se contemplan en las afueras del parque.

—Yo no le gastaría jamás una broma así, no…

—Entonces, ¿por qué? ¿Por qué?

—Por sus palabras, señorita Josephine. Por su pasión y por su valentía.

—¿Qué tiene eso que ver con…?

—No quiero decepcionarla. No puedo decepcionarla.

Y de pronto parece que a Frida no le importe que haya cámaras, que puedan verlas los vecinos, como si la proximidad a los suburbios la imbuyera de una valentía que, hasta ese momento, no tuviese. No mira a los lados cuando, a pesar de ser más bajita que Jo, la sujeta por las mejillas. Tampoco lo hace porque, de hecho, cierra los ojos cuando besa a Jo suavemente en los labios.

29

Tengo que marcharme. —Como respuesta, Amy March recibe una frase íntima entre susurros que la hace sonrojar—. Tengo que marcharme, de veras —insiste, quizá con menos convencimiento en la voz.

Él aún trata de retenerla una última vez en el mismo rincón del atelier en el que llevan horas, mientras sus compañeros están en clase, entre sacos de arpillera y telas por pintar. Le pone las manos en las caderas, en la cintura, manos delicadas de pintor. A Amy le cuesta separarse, pero no porque él haga fuerza, sino precisamente por todo lo contrario.

—¿Por qué?

—Porque tengo cosas que hacer. Por lo que me has dicho sobre mi hermana.

—Tendría que haberme callado.

—No. No digas eso, sabías que la estábamos…

—Sí, estaba al corriente. Pero es desesperante ver cómo ese resentimiento que tienes hacia tu hermana te domina. ¿Crees que eso es bueno para ti?

—No es bueno para nadie —le responde Amy.

Puede que tenga una obsesión, pero no deja que la ciegue. Ya sabe que no es bueno, no necesita a Oliver para que se lo recalque.

Se aleja, tiene el corazón convertido en el mayor solo de percusión de la historia. Oliver tarda unos segundos en ir tras ella mientras se abrocha esa camisa eternamente manchada de pintura que, Amy no sabe cómo, ha terminado desabrochada. Él también con las mejillas carmesí y un brillo en los ojos que raya la indecencia.

—¿Te arrepientes? ¿De lo que acaba de pasar?

De pronto, Amy se da media vuelta, por lo que acaba chocando con Oliver justo detrás de ella. De nuevo, una mano de lo más inapropiada se ciñe a la cintura de la joven y se desliza en una caricia suave.

Para sorpresa de ambos, a Amy se le escapa una carcajada tan floja que el sonido apenas arranca el eco en los rincones de la sala. Es una risa

metamórfica que contiene a partes iguales llanto, incredulidad y asombro. Acaba ahogada contra el pecho de Oliver cuando Amy, sin pensárselo (ya que lo más probable es que si fuese consciente no lo hiciese), lo abraza.

Y, después, cuando el llanto amenaza con salir, Amy deja que corra libremente por sus mejillas. Amy March creía que nunca lloraba, que hasta ese punto había llegado a controlar lo que veía en los demás, pero hoy se deja llevar. Llora. No lo hace por lo que acaba de ocurrir, por esos besos interminables que, de haber durado algo más, las bondades saben hacia qué más caminos les habrían conducido.

Nota un desorden en su interior. Nunca antes de ese día se ha dejado llevar hasta tal punto y, por ende, se siente extraña. Ha sido hermoso también, si a algo tan torpe puede llamársele hermoso. El llanto de Amy tiene, en cualquier caso, muchos otros motivos y el principal es que ese abrazo no es más que una despedida. Definitivamente, tiene la sospecha de que, a partir de aquí, sus caminos, el de ella y el de Oliver, se separan y es como un dolor abierto en medio del pecho.

Él, mientras Amy llora, hace lo que buenamente puede: la observa como si de repente Amy se hubiera convertido en una bomba de relojería, se aparta ligerísimamente y pregunta si puede hacer algo para ayudarla. No es culpa suya. Él, como tantos hombres de su entorno, se ha criado pensando que las emociones son algo ajeno, casi peligroso y, desde luego, *femeninas*. Pese a todo, Oliver Müller le acaricia el cabello, busca un pañuelo limpio y trata de no hablar, por si acaso dice algo inapropiado.

Pasan los minutos; quizá no todos los que Amy necesita para serenarse completamente, pero son los suficientes. Al fin, la muchacha se separa. Lo hace con la entereza de alguien mayor y menos enamorada que ella.

—No me arrepiento. No me arrepiento —repite, como si la primera vez lo hubiera dicho para sí misma, para convencerse, y la segunda ya para Oliver. Elige ese momento para ponerle ambas manos en las mejillas y hacer que él se incline. Él no sabe que seguramente sea un beso de despedida.

—Voy a verte mañana, ¿verdad?

—No podríamos perdérnoslo.

Por un momento la pena se desvanece. Hace años que ambos se preparan para lo mismo, para ese día. Para brillar.

—Mañana van a ver nuestro arte. Van a tener que admirarlo. Y lo van a entender todo.

Solo que, en el caso de ella, no ocurrirá así.

Un último beso, desea Amy, y es tan convincente que acaba por sujetar a Oliver por el cuello de la camisa, poniéndose de puntillas con los ojos entornados. Nadie le negaría un último beso a la pobre muchacha y ella

misma no es una excepción.

Concluido el beso, Oliver entorna los ojos en un gesto de pura satisfacción.

—Gracias, señorita March.

Amy no entiende por qué le da las gracias ahora, de modo que responde con lo que, ella sabe, siempre debe tener a mano una señorita perfectamente educada: una sonrisa y una reverencia.

Cuando se marchan, ambos lo hacen dejando un reguero de besos desde el atelier, el pasillo de las aulas, las escaleras hasta justo la salida.

Al fin, cuando Amy se queda a solas, tiene las mejillas, los labios y el corazón llenos de los besos que ella y Oliver se han dado. Presenta también un calor nuevo en su interior, que crece. Camina por la calle con el temor de que la gente con la que se cruza se dé cuenta de que, tras tantos besos y caricias, haya *alguna cosa* distinta en ella y, a la vez, con ganas de que sus vecinos la observen de reojo, que se den codazos entre ellos, que cuchicheen porque, *definitivamente*, hay alguna cosa distinta en ella.

Por desgracia para Amy, cada poco tiempo, tiene que repetirse:

—Ya ha pasado. Ya ha pasado.

La joven no desea hacerse ilusiones con lo contrario. Cierra los ojos y visualiza a Oliver, los cierra otra vez y contempla su cuadro, el engaño. Qué más querría ella que estar equivocada; pero siente su interior como una catástrofe a punto de ocurrir.

Pobre Amy. Pobre, *pobre* Amy, ella que siempre ha pensado que se casaría con un caballero respetable, un ciudadano honrado, lo bastante joven para seguir luciendo su persona a su lado, lo bastante mayor para tener su vida y sus propios intereses acomodados. La palabra amor era tan ajena a sus planes y ahora la tiene tan cerca del corazón, clavándose en él.

Por fin llega a su barrio, a su calle. «Ya ha pasado, basta ya», se repite una y otra vez. Tiene tantísimas cosas que hacer que necesita concentrarse. Sacude la cabeza mientras cruza la siguiente calle y una familia se la queda mirando como si estuviera loca.

Cada vez está más cerca y cada vez duda más sobre qué pasos seguir ahora. La cabeza le bulle con fuerza y toma una decisión precipitada pero que, de algún modo, le parece la correcta. Cuando quiere darse cuenta ya ha extendido la mano, ya ha golpeado el pesado picaporte de madera dos veces.

Una tonada, cómo no, melancólica, proviene del interior de la mansión. Antes Teddy interpretaba canciones alegres, pero, claro, antes lo hacía para una niña enferma y aburrida. Ahora toca para sí mismo.

Por el amor, por el que sabe que siente Teddy por su hermana, va a hacerlo. Va a contarle a él antes que a todos dónde se encuentra Jo. Quizá, si es un amor correspondido, Teddy logre que Jo regrese a casa.

Espera con la respiración contenida. Los Lawrence tienen sirvientes. Supone que será uno de ellos quien le abrirá la puerta.

Pero Amy, de hecho, se equivoca. Todos podemos errar tarde o temprano, aunque eso no es ningún consuelo para la joven.

—¿Qué hace usted aquí?

La mirada furiosa del señor Lawrence hace que dé un paso hacia atrás. Una garra helada le atenaza el corazón. No, desde luego que no esperaba que el señor Lawrence abriera la puerta de su propia casa.

—Disculpe, señor Lawrence. —Otra vez la reverencia, la sonrisa dócil que todo lo arregla, que todo lo suaviza—. Sé que no les he avisado formalmente, pero desearía hablar con Theodore, si se encuentra disponible.

Y esa sonrisa dócil que todo lo arregla, que todo lo suaviza, se le trunca. El señor Lawrence avanza un paso. Es un hombre alto. Su barba cana no se corresponde con la fuerza mucho más joven que presenta en sus extremidades, que hace que Amy se encoja.

—¿Con Theodore? ¿Hablar? ¿De qué quiere hablar con él?

A pesar del miedo que, de repente, le recorre las entrañas, Amy no claudica. Sonríe. El hombre que tiene delante, graciosa bondad, agita las manos como si fuera a agredirla. Siendo como se supone uno de los más honrados de Concordia, debería ser más listo. Pero, por suerte, Amy sí que lo es. El señor Lawrence debería ser más listo porque hay vecinos, hay ojos que espían y ella es solo una muchacha.

Esa es su seguridad. Ese es, de hecho, el único poder que tiene ella ahora: juega a este juego desde niña, conoce sus reglas y sus límites.

Amy se da cuenta de que la música que provenía del fondo de la mansión se ha detenido.

Quizá el señor Lawrence piense lo mismo que ella. Quién sabe. Es un gato viejo y él también debe de haberse dado cuenta de que estaba perdiendo los papeles. Amy juraría que puede identificar el momento en el que el anciano respira y toma el control de sí mismo. Le cambia incluso la mirada, se afila.

—Todas ustedes lo han engañado. Se han burlado del tonto de mi nieto. Caras bonitas, cuatro palabras amables y lo tienen comiendo de la palma de su mano.

—Eso son acusaciones muy graves, señor Lawrence. Lamento que piense así.

—Encontraré pruebas —susurra él. Tiene el semblante serio, destila pureza e integridad. Si hubiera que juzgar si es un buen ciudadano, si es un hombre honrado, nadie tendría duda de ello—. Demostraré también que ese ser degenerado que tienen por hermana sigue con vida en alguna parte.

—Oh, señor Lawrence. Mi tía March nos ha asegurado que todo ese asunto

ya estaba zanjado…

—Esto se acabará cuando yo lo diga. Cometí un error confiando en que el inútil de mi nieto lograría desenmascararlas. Es como el necio de su padre, igual que la desahuciada de su madre.

—Eso que dice del pobre Theodore es muy feo, señor Lawrence.

La calma es fundamental. Pero, al contrario que tantas otras veces que ha interpretado ese mismo papel, Amy está aterrada. El señor Lawrence, al fin y al cabo, tiene el tipo de poder e influencia capaces de cambiar el destino de una vida, de la suya.

—Cállate, niña.

Aunque el poder no es lo único; hace falta tener la voluntad. Un hombre honrado no descargaría toda su rabia contra una muchacha de dieciséis años, pero el señor Lawrence no es un hombre honrado. Amy lo sabe.

—Disculpe. Discúlpeme, se lo ruego. Ha sido una *malacción* por mi parte.

Hace una reverencia que quizá no consigue aplacar del todo al señor Lawrence pero que, por lo menos, le hace levantar extrañado el mentón.

Al erguirse de nuevo, Amy mantiene su expresión neutra. Sabe que el señor Lawrence no es un hombre honrado, y Teddy, al que descubre al final del vestíbulo de la casa, detrás de su abuelo, medio escondido, ahora también lo sabe. Es una verdadera lástima que Teddy haya estado ahí todo el rato a tiempo de escuchar todas las cosas horribles que ha dicho su abuelo sobre él.

—Márchese de aquí, niña —ordena el anciano con los dientes apretados—. Fuera de mi casa. Fuera.

—Disculpe, señor Lawrence. Lo siento. —Amy da un paso hacia atrás en el transcurso de su reverencia y, luego, otro—. No volverá a saber de mí.

Suena más sincera de lo que realmente es mientras piensa, una y otra vez, que su hermana murió por la ambición de ese hombre. Si el señor Lawrence no hubiera codiciado el puesto de Optimate por encima de la tía March, si no hubiera mandado a Teddy a recabar información, Beth seguiría viva y a salvo.

Esta es otra de las razones por las que la presencia de Oliver (sus besos y sus caricias) tiene que ser ya cosa de su pasado. Es una distracción. Antes de Oliver está ella, está su familia.

El Libro siempre advierte en contra de las tentaciones mundanas, de las distracciones.

Amy abandona tan rápido como puede la propiedad de los Lawrence, aunque le baila en la cabeza esa mirada de Teddy, observándola desde el fondo del vestíbulo.



Amy se aleja. Theodore Lawrence la ve hacerlo desde la ventana del vestíbulo y, a cada paso que da, a él se le rompe un poco más el corazón.

Puede que el período más feliz de su vida haya sido el que ha pasado con las hermanas March. Es un pensamiento horrible. Es una idea que haría sufrir enormemente al abuelo. O, por lo menos, cree que le haría sufrir. Últimamente no está tan seguro. Últimamente, cuando el abuelo le dice, le repite, que todo lo que ha hecho en la vida ha sido por él, que todo lo que ha sacrificado ha sido por él, a Teddy se le hielan las entrañas.

Amy ya ha cruzado el jardín de la mansión.

Teddy está a un suspiro de salir tras ella. Llega a apoyar la mano en el marco de la ventana, calcula si llegaría a detenerla antes de que la muchacha entre en su casa.

Todo se trunca cuando escucha la puerta de la entrada cerrándose con violencia. Levanta la mirada y se encuentra con la de su abuelo, tan furiosa. Por fin se ha dado cuenta de que ha estado en esta habitación todo el tiempo, que lo ha escuchado todo.

Teddy se muerde el labio para controlar el miedo que se ha acumulado en él.

—Mira lo que está ocurriendo por tu culpa —gruñe el anciano—. No supiste ni seguir unas pocas indicaciones.

—Yo lo intenté… —comienza y, de repente, se calla.

Se muerde la lengua. No metafóricamente, no. Teddy nota cómo sus dientes se clavan en el músculo blando y la boca se le llena de sangre. Es un castigo merecido, que diría el abuelo. Ese argumento, el bienintencionado «Lo intenté», es solo una excusa para ocultar que uno no es lo bastante listo, o lo bastante bueno, o lo bastante comprometido con su causa.

—Todo lo que he hecho… —comienza el abuelo. Se marcha, pero no va a dejarlo tranquilo. Lo sujeta por el brazo y lo arrastra con él vestíbulo abajo, atravesando la sala del piano y luego un amplio corredor que conduce a la escalinata que lleva al piso de arriba. Teddy no puede, pero, sobre todo, no quiere resistirse—. Por qué, por qué la providencia me maldijo con mala sangre. Suerte tienes de mí. Muchísima suerte. Deberías estarme agradecido porque todo ha sido por tu culpa. Lo que hice por ti ha empañado el resto de mi vida, eres una mancha. Una mancha que no voy a poder borrar.

Cuando el abuelo lo suelta, a los pies de las escaleras, Teddy no solo se siente pequeño. Ojalá pudiera sentirse pequeño para poder buscar un lugar oscuro y escondido en el que refugiarse y sanar. Teddy se siente una carga. Se siente, como dice el abuelo, una mancha con forma de persona, algo degenerado que no debería existir.

—Lo siento. Lo lamento muchísimo.

—Mañana voy a ser el elegido de todos modos. A pesar de tu falta. Pero te perdono. Trabajarás para mí en el ministerio…

—¡No! ¡Lo prometiste! ¡Prometiste que podría dedicarme a lo que quisiera! ¡Que podría dedicar mi vida a la música!

—Lo prometí a cambio de algo que no he recibido. No, muchacho. No te confundas.

El abuelo se aparta y Teddy agacha la cabeza jadeando. Siente una terrible presión en el pecho y no logra regular la respiración por mucho que lo intente. Apenas se ha movido y, a pesar de todo, se está quedando sin aire.

Es tan distinto a como se sentía con Jo, con sus hermanas.

Todavía con la cabeza dándole vueltas, se le pasa una idea por la mente. Algo que haría feliz al abuelo y, por ende, le haría feliz a él. Una confesión. Teddy trata de tragar saliva y se encuentra la garganta hecha de arena.

¿Va a mejorar su condición si confiesa? Como un acto privado de contrición…

El abuelo se detiene nada más comenzar a subir las escaleras hacia el piso de arriba.

—Estaré en mi despacho. Tengo muchísimo trabajo, Theodore. Mañana va a ser un día importante para nuestra familia. Todos los errores quedarán enmendados pero hasta entonces no quiero que se me moleste. ¿Ha quedado claro?

—Abuelo…

Se imagina a sí mismo corriendo hacia el abuelo, se imagina subiendo los escalones hasta caer a sus pies.

—¡¿Ha quedado claro, muchacho?! —repite el anciano con una voz atronadora.

Teddy se siente como si el abuelo lo hubiera sujetado por los hombros y lo hubiera zarandeado. La boca se le sigue llenando de sangre. Le deja un sabor acorde a cómo se siente. El abuelo ha dicho que no podrá dedicarse a la música. Lo va a retener junto a él en el Secretariado de Higiene Social.

—Ha quedado claro, señor.

La voz de Teddy parece la de otra persona más derrotada, más triste. Ha hablado entre dientes, no quiere abrir la boca y no lo hace hasta que el abuelo Lawrence se adentra en el piso superior, allí donde tiene su despacho, una sala

sombría, de decoración austera, donde el Honrado Ciudadano Lawrence atiende sus quehaceres, recibe sus visitas y aterroriza a los sirvientes (y también, claro, a su nieto) cuando su comportamiento se desvía de sus estrictas normas.

Teddy entonces escapa. Corre hasta la puerta respirando cada vez con más dificultad por la nariz. Tiene la impresión de que le va a estallar el corazón de un momento a otro, igual que su cara. En el exterior, ya en los jardines, Teddy se inclina, escupe. Una bola de saliva, sangre y una hiel excesivamente amarga que le arruga el gesto sale disparada de su boca. Cae con un sonido sucio entre el césped perfectamente cortado.

Lo más seguro es que no haya nadie en este mundo que se sienta tan miserable, que tenga tanta compasión por sí mismo como Theodore Lawrence. El joven acaba por sentarse, se mesa ese cabello escandalosamente largo que lleva. Qué vacía le parece ahora esta pequeña rebeldía, tan vacía como su mirada altanera, como sus carreras por las calles de Concordia en el coche de caballos que hacían que a Jo le subieran los colores a las mejillas.

Tiene que pensar cuidadosamente qué va a hacer ahora. ¿Qué? Por entre los dedos, que todavía le cubren la cara recordándole a una jaula, distingue la casa de la familia March. Ve dos siluetas que se mueven, que gesticulan como en un teatro de sombras chinescas.



Ojalá, piensa Amy, poder hacer lo mismo que Jo. Ojalá ella pudiera ser tan egoísta como para dejarlo todo atrás y marcharse sin dejar rastro. Abandonar su familia. Al fin y al cabo, su familia es desesperante. A ella también la saca de quicio.

—¡Suéltame! ¡Me haces daño!

¿En qué mundo esas palabras no hacen que Marmee se detenga, fulminada por la gravedad de su significado?

Todo ha comenzado bien. Todo lo bien dada la situación con su padre ausente, su hermana mayor una viuda en la práctica, otra una fugitiva y la tercera… Amy rehúsa claramente mirar en dirección al jardín de los Lawrence y la figura fantasmagórica del templete en el extremo del mismo. Su otra hermana, la mejor de entre todas ellas, muerta.

—Tenemos que ir.

Marmee, por fin, se aparta de ella. Entonces se vuelve hacia la puerta,

exaltada. Está hablando seriamente. Amy no da crédito.

Todo ha comenzado bien al principio cuando ha entrado en la casa. Amy ha depositado un beso en la mejilla de su madre mientras esta permanecía inmóvil en el salón. Luego, la joven se ha dirigido a la cocina para preparar un té. Con una infusión, las noticias, todas sin excepción, se digieren mejor.

Se ha sentado al lado de Marmee. Desde que muriera Beth, desde que Jo se marchara, esa quietud en su madre ha ido a peor. Las horas que pasa sentada en el salón se han hecho más largas, los silencios más profundos.

Por eso, Amy ha dado un sorbo a su té, notando el sabor terroso de las hierbas pulverizadas sobre la lengua, y ha dicho: «Marmee, creo que sé dónde está Jo». Ha omitido, claro está, la participación de Oliver en todo el asunto. De hecho, la total existencia de Oliver es algo de lo que no querría hablar ni en este momento ni en un futuro próximo.

Esperaba alguna reacción de Marmee. Que despertara de ese sopor que la ha tenido atrapada en los últimos días, pero… su madre ha ido incluso más allá de lo deseado.

«Dónde», le ha preguntado Marmee. Se ha inclinado hacia ella rodeándole las muñecas con ambas manos.

La ha sujetado con tanta fuerza que, ahora, mientras se aparta de ella hasta permanecer en el otro extremo de la habitación, a Amy todavía le escuece la piel enrojecida en las muñecas.

—¿No sabes nada más? —sigue insistiendo Marmee—. La periferia es muy grande, si queremos encontrarla…

«¡Dónde!», ha exclamado finalmente. Hasta donde Amy recuerda, Marmee jamás había gritado de ese modo a ninguna de sus hijas.

En ese momento, por fin, el control de su madre ha tomado un punto de lucidez y la ha soltado.

«No lo sé. No tengo tanta información. Se encuentra con los desahuciados, Marmee. Con los desahuciados.»

Amy tendría que haberse marchado en ese instante. Era el idóneo. No sabe por qué se ha quedado. Quizá lo ha hecho con la esperanza de que Marmee le conteste a las preguntas que a ella le bullen dentro,

—¿De veras quieres ir a buscarla? ¿No te vale con la información que he conseguido? ¿Qué la hace tan especial? Marmee, explícamelo, te lo suplico. No soy capaz de entenderlo. —Bondad providencial, piensa al ver que Marmee boquea, pero al fin no dice nada. Su madre vive en un mundo que no es el mismo que en el que habita Amy. No puede explicárselo de ninguna otra manera—. Todo lo que ha hecho…

—Tu hermana es así —dice al final Marmee. Tiene la mirada llena de remordimiento—. Siempre ha sido así, no puedo quererla menos por meterse

en líos, por hacer cosas que…

—Por hacer cosas que ni a Meg ni a Beth ni a mí se nos hubiera pasado por la cabeza. Papá y tú no nos lo habríais permitido jamás. Y ahora … que hace algo terrible, innombrable, sigues defendiéndola.

—Siempre os hemos tratado a las cuatro por igual…

—No es cierto. Eso no es verdad, Marmee. —Amy no cree que jamás se haya enfadado tanto con su madre. Desde luego que ha habido pataletas de chiquilla; al fin y al cabo, Amy ha dejado de ser una niña recientemente, pero ahora todo lo que siente es una calma furiosa y una profundísima decepción —. De veras. No lo entiendo. ¿No lo ves?

—¿No lo ves tú? ¿No te das cuenta de que no puedo perder a *otra* hija?

Se hace un silencio en el saloncito, el mismo tipo de mutismo que se produce durante una respiración profunda, cuando se toma aire para pronunciar una última y lapidaria frase:

—Pero ya la estás perdiendo, Marmee.

Amy toma rápido la decisión: se marcha de la casa. Lo hace sin mirar hacia atrás porque, por mucho que ahora aborrezca la idea, sabe que va a regresar más tarde. Amy es una hija demasiado perfecta como para no hacerlo, al parecer.

Mientras sale, desea escuchar a Marmee pidiéndole que se quede, pero su madre no pronuncia ninguna palabra.

Patea el suelo por la simple y pura razón de saber que va a salpicarse los bajos del vestido. Eso hace que se sienta mejor, aunque no sabría adivinar el porqué.

En su fuero interno, Amy sabe que Marmee no lo ha hecho con mala intención. No hay malicia en ella. Marmee las quiere a todas por igual. Quiere a Meg, a Jo, a ella, y quería a Beth, Amy está segura, con todo su corazón, y por lo tanto no puede hacer distinciones en la cantidad de su amor. Pero, aunque su amor sea igual en términos absolutos, hay distinciones.

Las diferencias son tan humanas como los errores, como las *malacciones*.

Amy comienza a detenerse, quizá con un paso menos impetuoso a medida que la cabeza se le va enfriando.

Y al cabo de unos pasos, levanta la barbilla, su nariz un tanto respingona apunta con decisión hacia el cielo plomizo, y se aleja a grandes zancadas.

Solo una figura encorvada, sentada en el bordillo que delimita un parterre ajardinado, la hace detenerse. No lo hace para amonestarlo (aunque estaría en su derecho: técnicamente, ahí sentado está pisando el césped) sino porque cree que si hay alguien que se sienta más miserable que ella en este momento y lugar del mundo, ese es Teddy Lawrence y dos siempre son compañía.

Teddy tiene los ojos ribeteados de rojo, la nariz hinchada. Ha estado

llorando y Amy, sin poder evitarlo, esboza una mueca de fastidio.

—¿No crees que estarías mejor en un banco?

Amy espera pacientemente a que su vecino levante el mentón y luego cabecee, aunque no llega a moverse.

—No creo que esté mejor en ninguna parte.

Eso es, objetivamente, incierto, pero Amy no tiene ni tiempo ni manera de rebatírselo. Ni tampoco energías. Está exhausta y daría cualquier cosa por tener de nuevo esa energía, fruto puramente de la excitación, de hace unas pocas horas. Oliver ahora queda lejos. Lejísimos incluso, como producto de una vida completamente distinta.

Finalmente, Amy acaba por tocar el pie de Teddy con la punta de sus botines.

—No eres el único que ha tenido una discusión terrible. Por favor, no me mires con esta cara —dice al ver que a Teddy le cambia la expresión, como si el suelo se deslizara por debajo de sus pies—. También mi familia se pelea.

—Eso no son peleas. Eso no. No tiene ni punto de comparación.

Amy suspira. Reprime las ganas de hacerle saber a Teddy que su opinión sobre su familia ni es bienvenida en este momento ni es, necesariamente, acertada.

Un segundo después, abre la boca:

—¿Sabes? Tu opinión sobre mi familia y sobre las peleas que pueda tener con ella ni es bienvenida en este momento ni es, necesariamente, acertada. Que tus peleas sean terribles no hacen de menos las mías. Esto, al contrario de lo que puedas pensar, no es una competición.

Acaba mirándose las manos a la espera de una respuesta que no llega. No, definitivamente, Teddy calla, Amy espera que de vergüenza. Ella sigue viéndose en el dorso una marca que no estaba allí hace unos días. Puede ser fruto de las preocupaciones o de su trabajo frenético, pero la observa como si su propia piel hubiera cometido la más grande de las afrentas. Tiene el ceño fruncido y los labios también.

—Antes has venido a hablar conmigo. Lo sé —dice Teddy de repente. Se echa hacia delante, con los codos apoyados sobre las rodillas. Ahora las lágrimas se le resbalan por las mejillas a un ritmo alarmante, preludio quizá de algo que está por llegar.

—Ya me he dado cuenta. Te he visto en tu casa.

—¿Deseabas algo? ¿Querías decirme alguna cosa?

En vez de contarle la verdad, de revelarle el paradero de Jo, Amy le pregunta:

—¿Por qué te has peleado con tu abuelo?

La razón por ese rápido cambio en la conversación es muy sencilla: conoce a Teddy. Sabe que si menciona a Jo, este podría hacer como Marmee: marcharse, sin más, a buscarla. Correría a sus pies y, por una vez en la vida, no está dispuesta a cederle a su hermana todo el protagonismo.

—Por vosotras. —Al ver que Amy levanta una ceja, Teddy traga saliva, esa saliva todavía con un regusto metálico, y continúa—: Le he fallado. Y a cambio, a cambio, Jo…

—¿A cambio, Jo, qué?

—A cambio, Jo, nada.

No sabe cómo interpretar esta frase. Es tremendamente ambigua, de modo que Amy solo espera. A pesar de ser unos años mayor que ella, es Teddy quien refleja una mirada de indignación infantil en los ojos que Amy aborrece desprecia al instante. No le gusta, como no le ha gustado nunca, esta idea de que los favores, las atenciones, incluso el hecho de que no denunciara a Beth («¡Hay que tener redaños! ¡Fue culpa suya! ¡Fue culpa suya, por él murió!») tiene que ser correspondido de algún modo.

Todas esas ideas, todas esas amonestaciones, se le pasan por la cabeza un segundo, pero, entonces, Teddy deja escapar un gran suspiro, se cubre la cara con las manos y comienza a llorar. Es un llanto lastimero, con sollozos nasales. Amy arruga la nariz y sopesa si marcharse, pero acaba por darle unas pequeñas palmaditas en el hombro.

Esos ánimos surten el efecto contrario al que esperaba Amy pues Teddy, al percibir su tacto, se encorva como si hubiera impactado en él algo al rojo vivo. Luego, la mira lleno de desesperación y, entonces, cuando va a abrir la boca, cuando seguro va a decirle algo, mueve la cabeza y se levanta. A Amy no le da tiempo a reaccionar antes de que el muchacho salga corriendo.

No hay nadie en las calles de Concordia, todo el mundo está seguramente leyendo el Libro en su casa, preparando la conciencia para el día posterior, el día del recuento, cuando los meses de buen comportamiento registrados por las cámaras, confirmados por vecinos y amigos, den su fruto. Amy se levanta sin perder de vista a Teddy, que corre, y ella, aunque a paso ligero, lo sigue no sin algo de fastidio. Está cansada de que nadie sepa comportarse como debe. Con lo fácil que sería todo.

Cuando la inercia de la carrera de Teddy se acaba, la muchacha se detiene. Estira la espalda, se coloca recta por pura memoria muscular y respira hondo. Nota los pulmones llenos. Cada vez que inspira aire, expulsa esas ganas de llanto que venían acompañándola desde que llegara a su casa. Entonces se da cuenta de adónde les ha llevado la carrera de Teddy: al anfiteatro vecinal. Y Amy March lo ve, lo entiende, conoce el dolor que siente Teddy en su interior, también es consciente de sus remordimientos. ¿Adónde iba a ir si no?

Quién sabe qué habría ocurrido ahora si Amy, hastiada, hubiera pasado de largo. Al fin y al cabo, anhela encontrar a Oliver y dejarse caer en sus brazos una última vez más antes de la exposición. De haberlo hecho, entonces, todo sería muy distinto. Pero no pasa de largo y, cuando se acerca y ve que hay una figura solitaria en el pequeño escenario del anfiteatro, incluso llega a acelerar el paso.

Teddy, porque es Teddy; alto, delgado, con esa melena desmarañada que prácticamente roza lo prohibido, con el rostro marcado de lágrimas, que está ahí de pie.

—¿Qué haces? —Las palabras que se escapan en voz alta de la boca de Amy resuenan en el anfiteatro vacío.

Amy se detiene en el borde de la tarima que hace las veces de escenario. Un mal presentimiento la embarga y en ese momento se da la vuelta. Hay unas pocas figuras curiosas en la esquina superior del graderío, ciudadanos que han visto actividad en el pequeño odeón y se han acercado a investigar, cuales moscas a la miel.

Este es justo el momento en que Teddy da un paso hacia delante y extiende las manos.

Está él solo. Esa es la palabra, solo, parece tan solo, tan joven.

—He cometido innumerables faltas —proclama entonces Teddy en voz alta. Incluso echa la cabeza hacia atrás, un gesto de total abandono, mientras la pequeña multitud que se está congregando murmura entre sí—. Las he cometido de pensamiento… —Aquí, la voz se le trunca. Comienza a llorar con ese mismo desgarro que Amy ha visto hace unos minutos, con la cara arrugada y el cuerpo tenso—. Las he cometido de palabra también.

Pensamiento, palabra y acción. Este es el orden, esta es la jerarquía. El pensamiento lleva a la palabra, la palabra a la acción. El pensamiento es el más rápido. El pensamiento siempre va primero, pero es más débil y la falta, por lo tanto, es menor. La palabra viene después. Se la lleva el viento, pero a la vez, se puede expandir, propagar, como la ponzoña. La falta de palabra es mayor que la de pensamiento. Debe ser redimida públicamente, de viva voz.

La falta más grave siempre es de acción, porque la acción es voluntaria, y la acción permanece, como una mancha. La *malacción* debe ser confesada y, luego, castigada. La *malacción*, como la mala hierba, debe ser extirpada de raíz.

Amy se da cuenta entonces de que una persona de las que está observando, una anciana regordeta, se aleja del grupo. A veces, ocurre. En diferentes ocasiones, los vecinos se van a buscar a sus conocidos si la confesión es lo bastante sentida.

—Soy una mancha —afirma Teddy.

El grupo se inclina hacia delante, contiene la respiración mientras mira en silencio en dirección a Teddy.

Por desgracia para ellos, van a quedarse sin confesión, sin espectáculo y sin contrición porque Amy sube a la tarima con paso decidido.

—¿Se puede saber qué haces?

Teddy no responde. La mira desafiante.

—Buscar una escapatoria. Una sola.

Cuando Amy se da cuenta de que Teddy va a volver a echarse a llorar, sin miramientos, porque hoy no tiene tiempo ni paciencia, lo arrastra fuera, poniendo distancia entre la tarima y ellos y, por fin, lejos de las gradas y de las miradas de esas personas que no se mueven del sitio al verlos alejarse.

—Tiene razón —comienza Teddy cuando Amy lo obliga a mirarla—, siempre ha tenido razón. Mi sangre es mala. Por eso, soy incapaz de hacerle sentir orgulloso, de seguir sus pasos…

—Tu abuelo y tú sois muy distintos. —Ella sabe lo difícil que es complacer a los tuyos—. No significa que tu sangre sea mala.

Pero cuando él vuelve a mirarla, Amy sabe que hay algo más, que solo conoce una parte de la historia. Teddy hace algo tan indecoroso como sujetarla por la pechera del vestido, pero lo hace con desesperación. Lo más seguro es que ni siquiera se esté dando cuenta.

—Nada más quería formar parte de una familia de nuevo. ¿Me dejaríais, Amy? ¿Podría ser un miembro más de vuestra familia? ¿No me habéis dicho tantas veces que era, para vosotras, como un hermano? ¿Acaso era mentira?

—Pero tú ya tienes una familia, Teddy…

—¡No! Tengo a mi abuelo, pero mi abuelo no es mi familia. Él los mató.

Amy se yergue como si hubiera recibido un golpe en medio del pecho. Todo resuena demasiado fuerte, demasiado cercano todavía. Teddy entonces hace un sonido horrible, aspira aire, lágrimas y todo lo demás, no se molesta en usar un pañuelo. Le cambia la expresión, se vuelve igual de triste, pero con más determinación.

—Ellos querían marcharse, ¿sabes? Eran unos cobardes. Como yo, supongo —añade Teddy con media sonrisa—. Llegaron a escapar hasta los suburbios, pensaban que así nadie los encontraría. No lo parece ¿verdad? No parece que yo naciera allí, que creciera en aquel lugar, entre la inmundicia… Quizá por eso no soy capaz de…

—Teddy —lo detiene ella. Siente dentro una tensión que tira hacia delante, una expectación creciente.

—Nos encontraron el día que mis padres intentaban salir de la ciudad. Lo hizo el abuelo cuando todavía patrullaba con el resto de agentes. Él mismo los mató con sus propias manos, yo lo vi. Los enterró como hicimos con Beth.

Para que nadie supiera… Para que nadie se enterara de que su propia hija… su propia hija…

—Pero tú siempre has contado que tus padres murieron de *malasangre*.

—Es lo que contó siempre el abuelo. Pero no es la verdad. A mí me dejó vivir y ni siquiera sé por qué.

—Pero esto es gravísimo, Teddy. —Amy mueve la cabeza. Le bulle, tiene pirotecnia dentro—. ¿Dices que intentaron salir de la ciudad? —Amy recuerda fugazmente un campo baldío salpicado de enormes máquinas de cultivo, como arañas gigantescas. ¿En qué estarían pensando los padres de Teddy? Todo el mundo sabe, todos sin excepción, que no hay nada más allá. Que solo se encuentran los enemigos, que es la muerte segura—. ¿Qué él los mató? ¿Qué ni siquiera los denunció ante el Ministerio de Sanidad?

—No lo logramos. —Suspira Teddy. Sigue llorando desconsolado, aunque es un llanto para sí mismo, no expansivo como antes—. Y, aunque me dejara vivir, no he sido capaz de nada. No le he servido de nada. Él tiene razón. Pero… pero… Amy, Amy, Amy. —Como si se diera cuenta de que ella está allí, no como simple oyente, sino como parte activa de la conversación, levanta la cabeza y ella siente que la mira por primera vez—. ¿Qué voy a hacer ahora? El abuelo me prometió que si lograba encontrar alguna falta en tu familia me dejaría vivir en paz. Permitiría que disfrutara de mi música, sin preocupaciones. Yo no sirvo, ¿sabes? No sirvo para lo demás. ¿Qué puedo hacer? Por eso… quería confesar. ¿Qué me queda si no? ¿Y qué puedo perder si lo hago?

—Nada, en realidad. —Amy lo tiene claro mientras un regusto a bilis le sube por la garganta—. Tendrías que haberte ido con tus padres. Tendrías que haber acabado como ellos. —Amy ignora la mirada asesina que le lanza Teddy, aunque lo que está diciendo sea completamente cierto—. Es completamente cierto —insiste. A Teddy, aún mudo, se le empañan los ojos —. ¿Qué habría ocurrido? ¿Qué habría sucedido si tú hubieras acabado como tus padres? ¿Estaría Beth todavía en este mundo? Tu abuelo es un hipócrita —dice ante la expresión culpable de Teddy. Como si el señor Lawrence estuviera escuchándolos—. Busca faltas en mi familia cuando tiene el mismo pecado viviendo en su casa.

—Lo odio —susurra Teddy que, acto seguido, vuelve los ojos hacia el anfiteatro. Esa ha sido una falta de palabra.

En el graderío todavía quedan unas pocas personas. Quizá, vista la hora, han decidido permanecer en su asiento hasta la hora del informativo vespertino.

—No los mires. No pienses en ellos… —Amy, agotada, cierra los ojos—. Teddy —lo llama cuando el muchacho rompe a llorar de nuevo.

Seguramente esté lo más agotada que ha estado en su vida y mañana, apenas a unas horas de ello, la aguarda todo su futuro. Al menos, ha hecho todo lo posible para conseguir el futuro que ella desea.

Pero, ahora, Teddy, un Teddy triste y desesperado, le ha contado una cosa que, con total seguridad, no estaba destinada a sus oídos. Ni siquiera cree que estuviera hecha para oídos de nadie. Conocer ese secreto, en realidad, la pone en serio peligro.

—Tu abuelo te ha hecho muy desgraciado. Nos ha hecho muy desgraciados a todos, en realidad. Pero esto ha sido posible porque tiene poder.

El señor Lawrence, y por cómo se lo ha contado, quizá Teddy no sea consciente siquiera, cometió una falta, la misma de la que las ha acusado a ellas. Una *malacción*, y grave.

—Pero podemos arreglarlo… —dice de repente—. Podemos, creo. Los dos juntos. Podemos vengarnos. Y si me ayudas, no tendrás que preocuparte por él nunca más.



Cuando regresan de vuelta a casa y Teddy entra en la mansión, a ese cuarto que ella, desde lejos, a través de los cristales de la ventana, ve pintado de dorado y azul, Amy se queda unos instantes en su propio porche. Marmee todavía sigue en la vivienda, no se ha marchado a buscar a Jo. Al final, tanto correr, tanta amenaza y ella sola no ha sido capaz de hacer nada.

Se entristece. Por supuesto que toda la conversación que ha tenido con su madre, escupirle de palabra cómo se siente, eso la entristece, pero no más que, en realidad, ver a su madre en ese estado.

Amy mueve la cabeza.

La calle está desierta. Mientras hablaba (y hablaba, y hablaba) con Teddy en un rincón del anfiteatro, mientras se retransmita el informativo vespertino, ha caído la noche y Amy piensa que ojalá esta noche, gracias a algún milagro, fuera más larga de lo que debiera. Con unas pocas horas, ella, que es de buen conformar, estaría satisfecha. El día ha sido demasiado largo. Si lo recapitula entero, le cuesta recordarlo todo, absolutamente todo lo que ha ocurrido. Cosas buenas, cosas extraordinarias, y otras malas que le han dejado un sabor agridulce.

Con desagrado, se aleja lentamente de la casa hasta detenerse al final de la

calle, que se divide en una bifurcación. Así se siente. En una encrucijada. Esta es la última oportunidad, se da cuenta. Es el momento final. Ahora sí. Ahora, si se balancea, puede notar el vacío ante ella, en la punta de sus pies.

Cree saber qué hará en este momento. Los últimos acontecimientos, la charla *in extremis* con Teddy, ese Teddy tan distinto al chico risueño y pagado de sí mismo de siempre, le ha marcado el camino. Sí. Sabe qué es lo que va a hacer. Está decidido. No le queda otra. Sería desperdiciar una oportunidad de oro.

Amy desconoce que, a poca distancia de allí (al menos, a poca distancia física, aunque parezca un mundo completamente distinto) su hermana Jo se encuentra ante un dilema similar. Al fin y al cabo, las hermanas se asemejan.

Amy March ladea la cabeza. Se sorprende, incluso deja escapar un chasquido contrariado cuando un bucle rubio le cae, desordenado, sobre la frente. Vacila un último instante. Sí, es el último. ¿Hacia dónde ir ahora? ¿Hará lo que debe, lo que es mejor para sí misma, para su madre, para la cabezota de su hermana? ¿Hará algo distinto? ¿Se dejará llevar por lo que desea?

¿Por qué, se pregunta, por qué es responsabilidad de ella y solo de ella?

Nunca la ha pedido. Esto va mucho, muchísimo más allá de esos planes que tenía Amy. Esos sueños de niña, del marido, de la posición social. Nunca pidió tanta responsabilidad. Amy comienza a caminar de pronto, a sabiendas de que es mejor hacerlo de golpe para no tener la tentación de parar.

Es una caminata no muy larga y no muy bonita. Ha habido otro corte de luz, otro de tantos, de tantísimos, y todo está bañado con el rojo de las luces de emergencia. Amy acaba por detenerse frente a una puerta ricamente labrada a unas pocas calles del centro.

Llama con los nudillos. Quizá sea culpa de la penumbra, pero no ha logrado encontrar ni rastro de la campanilla.

Llama otra vez y luego espera. Lo hace con aire resuelto, con la mirada firme.

Al fin escucha pasos apresurados detrás de la puerta.

Sabe que hay sirvientes, como en todas las grandes casas, pero quien le abre la puerta es la tía March. Hasta en eso es idéntica al abuelo Lawrence.

No parece contenta de verla. No parece sorprendida. Ni fastidio, muestra.

—Sobrina.

Amy respira profundamente mientras hace la reverencia que la tía March espera. Intercambian unas pocas frases de cortesía que suenan vacías. Ambas saben que no son más que eso, un preludio. Al final, la tía March se cierra en un silencio puramente circunstancial, uno para invitarla a hablar.

—Solo venía a decirle, tía March —comienza Amy como quien se arranca

los vendajes de una herida: de un tirón, con los dientes apretados y sabiendo que va a doler—, que a partir de mañana… —En la expresión de la tía March algo cambia. Parece haber una cierta expectación en sus ojos fríos—. A partir de mañana, acepto el trato. Tu oferta de trabajo. La acepto.

Un nuevo silencio persigue sus palabras. Amy inspira, hincha el pecho y el cuello.

—¿Eso es todo, muchacha? —Al acabar la frase, la tía March cruza los brazos.

La tía March no es estúpida. Al contrario. No se llega a conseguir el estatus de la tía March así como así. Hay que ser recto, hay que ser fiero y hay que saber interpretar a los demás, y la tía March lee la duda en ella y chasquea, como hace siempre que algo la fastidia, la lengua.

—Tengo algo que contarle, tía.



Es tarde. La tía March ha mandado llamar a su cochero personal para que la lleve de vuelta a casa. Porque Amy ha regresado a casa, evidentemente. No había duda de ello, no la ha habido en ningún momento. Las buenas hijas regresan al hogar familiar. Baja del carruaje casi lamentándose de que no la haya visto nadie; ya es noche cerrada, además de oscura.

Amy empuja la puerta. Entra.

Esta noche, cuando Amy se plante en el saloncito donde ya arde un alegre fuego, su madre va a fingir que no ha ocurrido nada. Que todo está igual y que la palabra «conflicto» es tan desconocida en la casa de las March como en la ciudad de Concordia. Amy va a hacer lo mismo, aunque estará un tanto distraída; tiene lógica, tendrá mucho que pensar sobre lo que ha hablado con la tía March en su casa, con una taza de té caliente entre las manos.

Esta noche Amy March va a peinarse, va a lavarse como siempre, y se irá a dormir temprano. Mañana le espera un largo día.

Todo esto lo piensa Amy mientras cruza la puerta de entrada, mientras avanza a través del vestíbulo decorado con paneles de madera oscura, pero sus pensamientos se truncan al escuchar un sonido, de llantos y de risas, todo junto.

Sabe lo que ha ocurrido. Reconoce las voces. Aun así, nada más llegar al salón de la casa escucha a su madre que le anuncia:

—¡Amy! ¡Amy, mira, Jo ha vuelto!

30

Amanece un día prístino, como si el firmamento mismo se hubiera engalanado para la ocasión. ¡Y qué ocasión! Es día de fiesta en Concordia y se espera que todos sus ciudadanos, sin importar origen ni clase social, desde los Ciudadanos Honrados hasta los desahuciados, participen y se regocijen del orgullo de vivir en la ciudad, y también que lo hagan vestidos con sus mejores galas.

—¿El chaleco verde o el chaleco azul?

—El que tú prefieras, querida.

Han sopesado durante mucho tiempo si John debía llevar su uniforme negro, el de los retornados que trabajan para Higiene Social, pero hay algo, Meg no sabría explicar por qué, que les ha hecho desistir.

—Yo preferiré el que te guste más a ti, querido.

Meg ignora la quemazón que siente en los brazos de tanto sostener en alto los chalecos de la discordia, y también otra en las comisuras de los labios. Al fin, el señor Brooke levanta la mirada. Está mucho mejor. Al menos eso cree Meg tras semanas de convivencia.

El señor Brooke se muerde la comisura derecha del labio, duda, y al fin señala el chaleco azul.

Está mejor, definitivamente. El día de su boda, un día que ahora Meg se esfuerza en recordar con regocijo, mucha de la gente que se tomó la molestia de hablar con ella, de darle consejos, le dijo que estos primeros meses de vida marital serían los más felices de su vida.

—Vamos a llegar a tiempo, ¿verdad? —pregunta el querido John de repente, como si acabara de despertar. Ocurre en ocasiones, pero cada vez menos. Apenas si unas pocas veces al día—. No podemos perdernos el desfile. No podemos perdernos nada.

—No nos perderemos nada —insiste ella mientras le tiende el chaleco azul. El señor Brooke lo observa receloso un segundo pero acaba tomándolo.

—¿Seguro?¿Y si llegamos tarde? —añade, rápido—. ¿Y si no encontramos

un lugar desde el que ver los actos? —Su voz va ganando en velocidad, en urgencia—. ¿Y si nadie nos ve allí?

Calma. Otra cosa que Meg ha aprendido en estos meses tan felices es que a veces el señor Brooke necesita frenar. Necesita parar, volver a colocarse en sus railes y seguir.

A veces basta con posarle una mano en el hombro. Al instante, el señor Brooke se tranquiliza. Meg le limpia con gesto amoroso ese ojo que siempre le lagrimea y lo manda al piso de arriba para que acabe de vestirse. Así, y Meg sonríe divertida ante su ingenio, estará entretenido durante el poco tiempo del que disponen.

Meg usa los minutos que tienen de margen antes de salir para terminar de arreglarse. Puede que un poco de la urgencia de John sí que se le haya contagiado; pero eso se debe a la importancia del evento, no solo para Amy porque aunque cualquier éxito de su hermana sería un éxito para la familia, para John esta será su presentación en sociedad.

Está acabando de retocarse el cabello cuando llegan Marmee y Amy. ¡Y qué agradable sorpresa! ¡Jo también está!

—¡John, querido! —lo llama. La emoción en su voz la traiciona al tiempo que corre hacia su madre y sus hermanas—. ¡Josephine! Oh, ¡Jo! ¡Qué alegría verte! ¿Qué has hecho con tu pelo? No tendrías que haberte marchado. Aquello era contra natura. Marcharte de casa, así, tú sola…

Jo sonríe pero tiene la cabeza en otra parte. Piensa en Frida Bhaer. No solo en ella. No. Tiene la cabeza en un momento muy concreto, en un lugar muy concreto, en cuando su amiga se puso de puntillas y la besó.

Jo ha besado a muchas mujeres a lo largo de su vida: amigas, conocidas. Besos llenos de afecto, sí, pero no las había besado en los labios y, desde luego, no le habían despertado ese torrente magmático bajo las costillas.

Ahora Meg también la abraza, la besa en la mejilla y ella siente un rechazo tan profundo que a duras penas logra evitar que se le refleje en los ojos.

—Sabía que regresarías… —murmura Meg—. Estoy tan feliz… Sí, sabía que lo harías.

Quizá Meg lo sabía, pero Josephine no. Lo decidió el día anterior. Después de ese beso que la hizo regresar a los suburbios sintiéndose como en una nube, Frida y ella llegaron al apartamento que había sido su hogar esos últimos días. El espacio, ya de por sí minúsculo, se le hizo insoportable. A cada paso que daba, a cada uno que daba Frida, como si de un baile mudo se tratara, Jo sentía la imperiosa necesidad de sujetar a su amiga por los hombros con toda la delicadeza de la que fuera capaz y besarla a ella a su vez.

Aunque no fue esa la razón por la que, mientras Frida estaba ocupada preparando un poco de té, Jo se marchó.

Jo salió del apartamento y bajó apresuradamente a la calle porque había fracasado en todo. En la reunión, los infelices habían rehusado ayudarla y tampoco habían conseguido recuperar nada de la antigua casa de Frida que les permitiera descubrir qué ocultaba el ojo de John Brooke. Pero el fracaso ya no era opción, no para ella. Estaba dispuesta a actuar al coste que fuera.

Marcharse le dolió como si se hubiera arrancado una parte de sí misma.

Ahora, la joven levanta la mirada. Meg está radiante, colgada del brazo de su marido, y Marmee tiene su expresión dulce de siempre. Solo Amy la observa con gesto suspicaz. Su hermana se inclina hacia ella en un amago, quizá, de hablarle, pero dos palmadas enérgicas, de cierto timbre maternal, las interrumpen.

Marmee, consciente de que en un segundo todas las miradas se han posado en ella, sacude la cabeza. Su tez pálida y su cabello rojizo hermosamente trenzado la hacen parecer más joven de lo que en realidad es, pero, aun así, tiene un aspecto infinitamente cansado.

—Si no nos apresuramos vamos a llegar tarde y la tía March se enfadará.



El día de recuento es, con toda seguridad, el más dichoso de todos los del calendario. Más que los repartos mensuales, más que el día de la Paz, cuando se recogen ropa y regalos para los soldados que están en el frente, más incluso que el día del Libro, cuando grandes y pequeños, familias enteras, pasan un día y una noche de recogimiento leyendo citas del Libro del Buen Ciudadano.

Es un día de esperanza porque quienes se hayan esforzado lo suficiente pueden ver cómo su vida cambia para siempre.

Sí, algunos podrían afirmar que también es un día aterrador porque los méritos tanto pueden darse como quitarse, pero ningún ciudadano decente pensaría en una posibilidad tan terrible.

En concordancia con este día tan especial, todo parece vibrar con notas nuevas. El aire parece más limpio incluso, más azul y más puro, mientras la familia March se acerca al centro de la ciudad. Allí están las guirnaldas de claveles blancos y rojos que han preparado grupos de voluntarias de las mejores casas, allá ondean las banderas de Concordia, con la paloma blanca portando la rama de olivo en su pico, y las pantallas y los postes de vigilancia brillan recién pulidos.

Cuando llegan, la plaza ya es un hervidero de actividad. Como solo ocurre

en las grandes ocasiones, un graderío se alza cerca de los edificios gubernamentales y se extiende hacia la principal de las avenidas radiales de Concordia, la que cruza la ciudad de norte a sur, a la espera del desfile. La tía March las está esperando, sobresale de entre la multitud vestida con sus mejores galas, su cabello blanco primorosamente peinado. Dirige a Jo una mirada como el filo de un cuchillo.

Ella, al instante, se encoge y detiene sus pasos, aunque enseguida Meg, todavía agarrada del brazo de su marido, la apremia.

—¿Qué haces, Jo? ¡No podemos esperarte eternamente!

La expresión de la tía March se agrava por un instante, pero no dice nada mientras se acercan hasta el espacio vacío que les ha reservado en la grada. Jo no se atreve a preguntar ni a su madre ni a sus hermanas si la tía March sabe de su huida, o incluso de su regreso.

Se sienta. No le negará el mérito a su tía: las localidades que les reserva siempre son las mejores. Desde donde están tiene una magnífica visión de la plaza y de las avenidas que en ella desembocan. También ve, entre la gente, cinco sillas situadas en una suerte de tribuna por encima de todos los demás, cinco sillas de las cuales una ha quedado y quedará vacía durante toda la ceremonia: pertenecen a los cuatro Optimates en activo. El nuevo miembro del colegio se elegirá este mismo día, tras hacer público el recuento.

Presa de un repentino sobrecogimiento, Jo sigue paseando la mirada por el graderío. No tarda en localizar al señor Lawrence, que lleva sombrero y un abrigo forrado de una tela negra que brilla como si fuera seda. Muchos lo observan de reojo porque, según rumores cada vez más insistentes, será él quien definitivamente ocupe el puesto vacante entre los Optimates.

Sabe que detrás de su abuelo estará Teddy. Por eso, no se sorprende en absoluto al descubrir que él también las ha localizado y que mira en su dirección.

Aún en la distancia se da cuenta de la mirada suplicante que le lanza su otrora amigo, pero no logra conmoverla.

Una sucesión de fogonazos provenientes de las pantallas informativas la obligan a dirigir la vista hacia el frente. Suena entonces el himno, distorsionado por la amplitud del espacio y por el volumen al que lo escupe la megafonía. El programa de actos para hoy es de lo más completo: desfiles y demostraciones de baile de banderas, música patriótica y discursos, y eso solo por la mañana, antes del recuento.

Josephine se dedica a trazar un plan mientras frente a ella pasan bailarines y carrozas, legiones de funcionarios y escolares que cantan canciones sobre las siete virtudes. Se trata de un plan rudimentario y desesperado, sí, pero no tiene más a lo que aferrarse.

Ese sol que se obstina en no calentar está alto en el cielo cuando el volumen de la música disminuye y las calles quedan vacías. Los miles de ciudadanos que ocupan las gradas y también los que se encuentran a ambos lados de la avenida se levantan. Los menos afortunados, que han seguido el acto de pie, se agitan. Josephine March aprieta los puños y, mientras su familia y ella se dirigen hacia la Pinacoteca Nacional, no se aparta de John Brooke.



Amy esperaba encontrarse más nerviosa. Eso sería lo apropiado: un cosquilleo en el estómago, las mejillas arreboladas de anticipación conforme se acercara por fin el gran momento; y, sin embargo, siente dentro de ella un glaciar que se mueve lentamente pero con una fuerza imparable.

Ella siempre ha vivido los recuentos como días señalados. Más aún: días sagrados, en que esa utopía que es Concordia se muestra en su máximo esplendor. Y, sí, siente admiración por el despliegue de patriotismo, por la música y las coreografías en las que han participado centenares de personas, y se ha sentido llamada por los mensajes en las pantallas, pero el frío dentro de sí misma permanece.

Están ya llegando a la Pinacoteca Nacional. Aquí, en los altos salones abovedados, es donde se van a exponer las obras. Es un edificio atípico en Concordia, parece un recuerdo de otro tiempo: una fachada de orden monumental, con ocho columnas que sostienen un gran frontón triangular, se abre al cuerpo central del edificio. A ambos lados, dos alas idénticas de la pinacoteca ocupan las dos manzanas de casas colindantes y, arriba, sobre el ático del edificio, un seguido de esculturas representa a los grandes artistas de la ciudad, aquellos que con su arte han inspirado generaciones enteras.

Amy siempre ha soñado con que su efigie pétrea se codeara con la de los grandes maestros. Ahora, sin embargo, no logra saborear su futuro triunfo. Solo tiene ojos para su hermana Jo, que camina unos pasos por delante de ella. Cuando ya comienzan a subir por los escalones que conducen a la entrada, Amy se da impulso sujetándose la falda del vestido que lleva, el mejor que tiene, para no tropezar. Alcanza a su hermana en lo alto de las escaleras y aunque Jo finge que la ignora, ella no piensa permitírselo.

—Jo, espera. —Cuando estén dentro y comience la exposición no podrá hablar con ella, de modo que, cuando su hermana hace amago de seguir con

su camino, le pone una mano en el brazo.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué quieres que espere? ¿No querrás perderte tu gran momento? —le responde ella con una inocencia más que fingida. Está nerviosa. Ella, sí. Jo nunca ha sido muy hábil escondiendo sus sentimientos.

—Quiero hacerte una pregunta. —No vale la pena perder el tiempo con rodeos. Ni siquiera *disponen* de tiempo porque, mientras habla, a Amy se le va la vista a su alrededor. Al tiempo que lo están haciendo ellas, otras caras conocidas se dirigen a la pinacoteca aunque no logra atisbar a Oliver por ninguna parte. En todo caso, cuando estén en el interior del edificio y comience la exhibición, ya no podrá hablar con Jo—: ¿Dónde has estado realmente estos últimos días?

—Ya se lo conté a Marmee. Tú estabas presente.

Y no pudo haberlo contado con menos detalle. Ante el interrogatorio de su madre la noche anterior, en que le preguntaba con insistencia sobre dónde había estado, Jo contestó un vaguísimo «Con una amiga. Una amiga del trabajo», que aparentemente bastó para Marmee, pero no para Amy.

Amy sabe que Jo es amiga o, por lo menos, conoce a esa mujer. A la profesora, la que estaba con los infelices de Oliver.

—¿Por qué has vuelto, Jo?

Esta vez, la mueca herida de Jo es más que real. La muchacha se repone pronto, agita la cabeza y sigue caminando con gesto resuelto y la vista puesta en Marmee, Meg y el señor Brooke, que se les han adelantado.

—Fue una chiquillada, no debí de haberme marchado. Estaba triste, asustada y confundida, pero he aprendido de mi falta.

—No me lo creo. No puedo creérmelo, Jo. —No se lo cree ahora, ni tampoco lo hizo ayer, cuando su hermana pronunció prácticamente estas mismas palabras al cruzar el umbral de la puerta con aspecto alterado y ese corte horrible de cabello. La mano de Amy, que todavía sujeta a Jo, se crispa sobre su brazo—. Jo —Le insiste. Un mal presentimiento empieza a incubársele dentro al ver cómo la expresión de su hermana se endurece—. Escúchame. Teddy me contó…

—No quiero saber nada de Teddy —la interrumpe Jo. Ya están pasando por debajo de la columnata del atrio, el tiempo se acaba—. Nada, ¿me oyes? Déjame. Dónde estaba, por qué he regresado, no es asunto tuyo.

Otra mentira. Y aun así tan obsesionada está Jo con su verdad.

—Lo es. Oh, Jo, claro que lo es. Si solo me escucharas…

Jo se zafa de ella con un fuerte tirón y, sin mirarla siquiera, se escabulle entre la gente. De repente, Amy se encuentra sola con ese frío bajo las costillas que sigue expandiéndose todavía más.

Respira y, cuando ya tiene los pulmones llenos, se recuerda que debe

erguir la espalda y levantar la barbilla.

Amy Curtis March entra en la pinacoteca como la señorita respetable que es.

Nada más cruzar el umbral, todo sucede a una velocidad asombrosa: en el amplio vestíbulo del edificio ya esperan algunos de sus maestros de la Academia, amén de los otros seleccionados. Allí está también Oliver, con los hombros ligeramente hundidos, vestido con una ropa que solo es marginalmente elegante, pero aun así el brinco que da su corazón le hace pasar por alto todos esos defectos. Eso y que él, al verla, se yergue y le dedica una sonrisa orgullosa.

—Todo está listo. —El profesor Smith se remueve nervioso. Al fin y al cabo, su reputación está en juego tanto como la de sus alumnos, a los que apremia a moverse—. Debemos estar en la sala de la exposición inmediatamente.

Entonces el profesor les guía por los pasillos de servicio. Es un trayecto corto y apresurado durante el cual la mano de Oliver roza la de Amy media docena de veces, y no lo hace precisamente de forma casual. Finalmente llegan a un salón de paredes policromadas en verde esmeralda, bermellón y oro. Está desierta todavía, el público espera tras las puertas dobles, de aspecto macizo, que hay al fondo. En la pared contraria, las obras seleccionadas esperan cubiertas por un velo de terciopelo rojo.

Ahora Amy siente que el frío la ahoga y, por fin, se da cuenta del motivo: está preparándose para lo que va a ocurrir, para ver la reacción de Oliver cuando se descubran las obras y él comprenda que lo ha traicionado.

—Ustedes, quédense aquí —les apremia el profesor Smith. Una gruesa capa de sudor, ajena a la temperatura en la sala, le cubre la frente—. En unos minutos se abrirán las puertas y debe estar cada uno al lado de su obra para el momento de mostrarlas, ¿entendido? —No espera a que nadie le responda antes de sentenciar—. No me decepcionen.

El hombre, con ese paso nervioso que recuerda al de una gallina, se vuelve por el mismo pasillo de servicio por el que han llegado.

Oliver no tarda más que unos segundos en, ahora sí, tomarla de la mano.

—Ven —susurra ignorando al resto de seleccionados, que solo tienen ojos para esas puertas tras las cuales ya se escucha el murmullo de centenares de personas—. Ven, por favor. Todavía tenemos unos minutos.

Amy debería soltarse. Sería lo correcto y, sin embargo, decide olvidar la corrección por una vez porque sabe que estos minutos pueden ser los últimos que pase con Oliver. Sí, está convencida, la joven se deja guiar con cuidado hasta una de las esquinas del gran salón. Todavía pueden verlos sus compañeros pero eso tampoco le importa.

—Oliver… —Quiere tenerlo cerca, quiere sujetarle esas mejillas cubiertas de pecas con las manos enguantadas y pedirle que se incline hacia ella.

Lo hace.

Sus labios se unen con una avidez que Amy no había previsto. Ella, como deseaba, le sujeta las mejillas mientras que él la envuelve con esos brazos fuertes, las manos siempre manchadas de pintura. En algún momento de ese beso a Amy le parece escuchar murmullos. Podría tratarse de sus compañeros; pero los ignora y sigue besando a Oliver hasta que siente que no puede más, que necesita respirar, porque el hielo de su interior ha comenzado a derretirse.

Entonces aparta la mirada, baja la cabeza en un gesto que él, seguro, interpreta como avergonzado.

—Vamos a hacer historia, Amy —susurra él—. Van a tener que verlo.

—Estas palabras son propias de los infelices, Oliver.

Una mano, tierna, un tanto torpe, se coloca bajo su barbilla y la invita a levantar el mentón.

—No es posible. Yo me siento muy feliz.

No sabe cómo reaccionar a las palabras del muchacho. Tampoco puede hacerlo. Un golpe seco que proviene de las puertas hace que primero se den la vuelta y que luego se separen. Amy y Oliver, al igual que lo hacen sus compañeros, se apresuran a colocarse junto a sus respectivos cuadros. Segundos después, los grandes batientes de madera se abren dando paso a los asistentes a la inauguración. En cabeza, los Optimates, cuatro figuras de porte regio, vestidos de un blanco inmaculado. Amy, que siempre se ha jactado de conocer a todo el mundo que merecía ser conocido en Concordia, identifica a una serie de altos funcionarios del Ministerio de Sanidad y de los diversos secretariados. La tía March está entre ellos y, aunque no han hablado desde el día anterior, Amy es consciente de que ahora mismo es su mayor aliada. También está el señor Lawrence, acompañado de un Teddy que se mueve con gestos lánguidos pero que dirige una mirada rápida hacia ella.

Es la directora de la Academia quien toma las riendas ahora. Se adelanta y ejecuta, como es costumbre, una reverencia de cortesía hacia los Optimates, a la vez que se detiene frente a las obras de la exposición, todavía ocultas tras el velo rojo.

El discurso que da a continuación tiene la doble cualidad de alabar con entusiasmo el talento de sus estudiantes y de ser lo bastante breve como para no volverse tedioso.

—Ahora, sin más dilación…

Aunque lleve varios minutos recordándose cuál es la pose correcta que debe adoptar, de repente Amy se encuentra con que no sabe dónde poner las manos, ni hacia dónde mirar (porque, cree, todo el mundo la está mirando a

ella). El cuerpo se le ha decretado en rebeldía y ahora nota las piernas temblorosas.

Los Optimates avanzan entre una multitud que les abre paso. Son ellos los encargados de desvelar por fin las obras a un público ávido de belleza.

Amy siente que su cuerpo se niega a responder ante sus órdenes, aguanta la respiración y hace que se encoja.

Caen uno a uno los velos de terciopelo que ocultan las obras y, al mismo tiempo, el público deja escapar una exclamación de asombro.

Amy March, aun consciente de la presencia de su madre y de sus hermanas, de su tía, de amigos y conocidos, solo tiene ojos para Oliver.

Y Oliver Müller, bendito Oliver, solo los tiene para ella. Primero, con esa mirada de orgullo, como si de todas las cosas buenas y bellas en el mundo, ella fuera la principal. Pero, entonces, cuando los murmullos de los asistentes al acto se tiñen ya no de asombro, sino de admiración, Oliver se gira un instante a observar los cuadros.

Allí está el cuadro de Amy, ese retrato que debía representar lo que ella deseaba, a sus hermanas como son, con sus defectos, completamente humanos. Iba a ser una obra que abriera ojos y que removiera conciencias, pero ya no lo es. En esa noche de retoques frenéticos, la joven lo convirtió en algo al gusto de sus profesores y, por lo que puede escuchar, también del público.

Entonces, la nueva mirada del muchacho es como un zarpazo en las entrañas, un abismo abierto repentinamente bajo los pies. No hay pintor lo bastante talentoso en la ciudad como para reflejar la decepción y el dolor que atenazan el rostro de Oliver.

Aún derretido con besos, dentro de Amy sobrevive algo de ese hielo que lleva sintiendo desde la mañana, así que recurre a él para que le hiele las lágrimas y no las deje salir. Es lo único que puede hacer. Fue su decisión, no puede culpar a nadie más que a sí misma, a sus ambiciones y sus objetivos.

Se zambulle ahora entre toda la gente que se ha acercado a admirar los cuadros. Hay manos que la tocan, que buscan detenerla e intercambiar aunque sea unas pocas palabras. Ella responde a las felicitaciones y a los bienintencionados comentarios sobre su obra de forma automática aunque cortés.

Esto es lo que quería, se dice para infundirse ánimos. No solo eso, es lo que debe hacer ahora. La fama, se recuerda, es poder. El reconocimiento es poder y ella, una muchacha de dieciséis años, con un padre en la guerra, una hermana enterrada y otra que va a cometer, seguro, alguna locura, necesita todo el poder posible.

A su espalda, un incipiente alboroto le hace girar la cabeza. Se siente

desmayar. ¡Es Oliver! El profesor Smith, la directora y unos pocos profesores más lo han rodeado y su cuadro, ese paisaje como solo él sabe hacerlos, de colores rabiosos y formas angulosas, se tambalea. Se lo están llevando ante las miradas asombradas de algunos asistentes.

Oliver ni siquiera hace amago de detenerles. Tiene la expresión ausente.

—¡Amy! ¡Oh, Amy! ¡Qué maravilla! —La voz de Meg por una vez se eleva por encima de la de los demás, está llena de emoción y de asombro—. No nos mencionaste que tu obra iba a ser… así… —Amy ve a su hermana pasar hábilmente por entre la gente para ir a saludarla. Está radiante y no es para menos, porque ella es una de las protagonistas del cuadro. Ella, Jo y Amy, tres hermanas como tres soles, pequeñas mujercitas que encarnan lo mejor de su sociedad. Beth, ahora, es solo un borrón en el fondo negro del cuadro apenas perceptible. Fue lo primero que eliminó en sus retoques.

—Gracias. Gracias, querida. —Los trabajadores de la pinacoteca que se están llevando el cuadro de Oliver ya han llegado casi al fondo del salón, a las grandes puertas de entrada—. Gracias, me alegro de que te haya gustado —repite Amy convencida de que su hermana entenderá que tienen que acabar aquí esta breve conversación.

Y lo hace, sí, pero no porque Meg se dé cuenta de sus intenciones, sino porque en ese momento cuatro figuras vestidas de blanco se le acercan.

—Un trabajo excelente, señorita —la voz del primer Optimate, la reconocería en seguida, es grave, de timbre rasposo. Se trata de Pullham. Lo conoce. Los conoce a todos como benévolas figuras paternales, los ha visto cada día de su vida, ha escuchado ávidamente sus palabras.

—Es la perfecta alegoría de los valores y aspiraciones de nuestra sociedad como tal —musita entonces la única mujer entre los Optimates, Grace Wedgwood. De inmediato, Amy tiene que contener una carcajada al escuchar eso de «alegoría de los valores morales y aspiraciones de nuestra sociedad», cuando en el cuadro aparecen una asesina, una infeliz y ella misma, que ha mentido, que ha traicionado a quien ama y que planea *malacciones* más graves si cabe.

—Nada refleja el alma humana como un buen retrato —añade un tercero, el anciano Turner. Será, con toda seguridad, el siguiente en dejar un sitio vacante en el colegio.

—Excelente. A alguien capaz de crear imágenes tan hermosas, tan inspiradoras, siempre le auguro un brillante futuro, señorita March. Con suerte, prestará su arte al servicio del ministerio.

El cuarto Optimate, Jones, tras hablar, observa a Amy. Y no es el único. Con un estremecimiento, de repente la joven se da cuenta que muchos de los ocupantes de la sala tienen la atención fija en ella. Incluso las voces de los

asistentes, que resuenan contra los techos abovedados de la sala, se han aquietado. La gente no ha dejado de hablar, sino que lo están haciendo en susurros frenéticos.

Tras unos instantes, los Optimates parecen olvidarse de ella y siguen su camino, aunque a nadie le pasa desapercibido que no se acercan a hablar con ningún otro de los artistas que ha debutado en la exposición. Finalmente, las cuatro figuras vestidas de blanco se reúnen en un corrillo cerrado justo en el espacio que ha dejado el cuadro ausente de Oliver.

No logra localizarlo. O se ha marchado o se lo han llevado, pero Amy espera que su venganza sea lo bastante dulce como para apaciguar su dolor, porque no puede ir a buscarlo ahora. Está atrapada. Alejados los Optimates, es el momento para todos los demás de intentar arrancarle unas palabras o un gesto, como si el mero contacto con la joven fuera a mejorar sus méritos en el inminente recuento. Es verdaderamente agotador atender a todos, responder sus preguntas con una sonrisa que parezca convincente, pero aun así su buena educación y años de práctica la ayudan.

Entonces, entre la gente, Amy ve a la tía March. El corazón comienza a latirle desenfrenadamente en cuanto su tía hace un breve asentimiento con el mentón y, justo después, desde el exterior del edificio se escuchan las notas de una marcha musical.

—Le pido mil disculpas —le dice a la anciana señora Dench, con quien ya coincidió en la boda de su hermana—. Tengo que marcharme.

La mujer asiente con gesto magnánimo. Al hacerlo, las perlas de sus pendientes y de su collar entrechocan alegremente.

—No pida disculpas, querida niña. Yo a su edad también estaba ávida por presenciar el recuento de mis méritos. Váyase, vaya hacia la plaza…

Allí es donde, en las grandes pantallas y durante horas, van a aparecer los resultados del recuento, esos que pueden cambiar, para bien o para mal, la vida de todo ciudadano, pero a Amy no le podría importar menos. Tampoco le importa que, justo antes, esté previsto el anuncio del nuevo miembro del colegio de los Optimates. Tiene otra misión en mente y la tía March le acaba de dar la señal para que se pongan en marcha.

Es el mejor momento para hacerlo. La fama, se recuerda, es la clave para el poder.

Encuentra a Teddy. Este, como le prometió, no se ha separado de su abuelo.

Cuando la ve, el anciano frunce las cejas blancas y pobladísimas en una mueca de desaprobación. Aun así, le dedica una reverencia. Están en público y el señor Lawrence no se arriesgaría a mostrar su desdén más abiertamente ahora que, además, tiene la admiración de todos los que los rodean.

—Teddy —dice Amy primero, esperando a ver cómo el anciano se enerva de rabia—. Señor Lawrence. Es un honor que estén aquí. Espero que estén disfrutando de la exposición.

—Enhorabuena, señorita March —la felicita Teddy atropelladamente. Todavía parece que vaya a desmayarse de un momento a otro pero, por lo menos, tiene un aspecto más decidido—. Su cuadro…

Un chasquido de lengua le hace dar un respingo.

—Puede ahorrarse las cortesías, jovencita. Ese cuadro es igual de falso que toda su degenerada familia. Nos vamos —le ordena a Teddy, sujetándolo con una mano férrea. El muchacho no abre la boca para protestar pero se resiste a que su abuelo lo arrastre el tiempo suficiente como para que Amy, con su mejor sonrisa, se coloque a un lado del anciano.

Durante unos cuantos segundos, no hace más que caminar junto a su flanco derecho, como si lo acompañara hacia la salida del salón, mientras que Teddy ocupa el izquierdo. Salen con relativa facilidad, ya que muy pocos se atreven a cortarle el paso a un Ciudadano Honrado como el señor Lawrence, y atraviesan varias de las habitaciones de la pinacoteca. ¡Cuántas horas ha pasado Amy aquí, admirando a los maestros de antaño! Ahora, sin embargo, solo se permite mirar al frente. Cuando ya están cerca de la salida, siente cómo el señor Lawrence hace amago de empujarla para apartarse de la pinza en la que lo han atrapado ella y su nieto, pero la joven se mantiene firme.

—Tenga cuidado, señor Lawrence.

Están en medio del torrente de buenos ciudadanos que se dirige de vuelta hacia la plaza de la Paz.

De nuevo la tía March aparece en su campo de visión. La está observando, aunque enseguida la mujer se da la vuelta y sigue caminando junto a Marmee y Meg.

—Señor —dice entonces Teddy. Su voz comienza siendo un murmullo, pero entonces comienza a ganar en cuerpo y seguridad—. Tiene que saber una cosa. —El Honrado Lawrence deja escapar un gruñido. Amy, de nuevo, se resiste a dejarlo escapar y, en un gesto de total atrevimiento, coloca una mano sobre el brazo del anciano, como si este se hubiera ofrecido amablemente a escoltarla—. En realidad —continúa Amy, aunque entonces vacila. Tras atravesar un nuevo salón lleno de bucólicos paisajes rurales, ya pueden entrever la puerta. Allí ya han llegado su madre, su hermana y su tía, pero la joven siente un estremecimiento—. En realidad —repite para recuperar el hilo de sus palabras—, lo cierto es que ha sido el querido Teddy quien me ha hecho saber una cosa a mí.

Mientras el señor Lawrence se gira hacia ella con una expresión llena de rabia, sí, e indignación, aunque también con un atisbo diminuto de miedo,

Amy se da cuenta de lo que la inquietaba unos instantes atrás: no ve a Jo por ninguna parte, pero tampoco al señor Brooke.



—¿Pero va a venir?

—Sí, no se preocupe en lo más mínimo, vamos a reunirnos con Meg en unos minutos.

El rostro del pobre señor Brooke se relaja visiblemente.

—En cuando la haya ayudado a usted, señorita Jo.

—En cuando me haya ayudado, señor Brooke —repite ella como quien le habla a un niño pequeño. Sabe que lo que está haciendo no es ni justo, ni ético. John Brooke no está en situación de acceder a ayudarla, pero aun así no se detiene.

Entonces, John Brooke sentencia: «Ciudadano, la servidumbre es una de las virtudes más preciosas, no lo olvides». Parece que con eso se sienta satisfecho, ya que continúa caminando sin oponer más resistencia.

Josephine, mientras tanto, trata de convencerse de que nadie se va a percatarse de su ausencia con todo el bullicio que genera el recuento. Y, de todos modos, su hermana y su madre tampoco tendrían motivo para sospechar nada si vieran que el señor Brooke y ella se han separado un poco del grupo.

—Por aquí —le apremia con voz dulce, empujándolo en una dirección ligeramente distinta a la que está tomando el resto de ciudadanos. John Brooke balbucea algo ininteligible y da un pequeño respingo que Jo no comprende hasta que ve, entre abrigos elegantes, sombreros y tocados de señora, un retazo de uniforme azul.

Jo sujeta a su cuñado del brazo y lo hace cambiar de rumbo durante unos pocos metros para esquivar a los agentes, aunque todavía no hayan hecho nada que les ponga en peligro.

—Ya ha pasado —susurra—. Solo un poco más.

A John Brooke le gustan los guardias de Higiene Social tan poco como a ella, aunque haya empezado a trabajar precisamente para ese mismo secretariado. Jo sospecha que estas reacciones, tan impropias de un buen ciudadano, tan viscerales, solo pueden desvelar que, de espaldas a su hermana y a todos, se contaba entre las filas de los infelices.

Quién sabe por qué no recuerda más que unas pocas reacciones instintivas,

pero el marido de Frida (y en cuanto piensa en Frida, a Jo la embarga una tristeza como una tenaza helada en las costillas) le implantó un ojo mecánico. Una cámara. Mucho más sofisticada que las que son omnipresentes en Concordia.

Y esa cámara, si lo que cree Jo es cierto, contiene una verdad que ella está decidida a encontrar.

Josephine, al fin, levanta la mirada. El secretariado de Bienestar Moral está tan engalanado como el resto de la ciudad, con guirnaldas y grandes pancartas estampadas. Acercarse al edificio y, además, hacerlo en dirección opuesta a los muchos que ya van hacia el centro de la plaza, es una verdadera proeza, pero la muchacha persevera. Llega por fin a la entrada, sube las escaleras de acceso con John Brooke detrás de ella, y en apenas unos pasos más Josephine se encuentra frente al guarda.

—Su Libro, señor Brooke —susurra hacia su cuñado y él, tras un segundo de duda, toma el Libro del Buen Ciudadano del bolsillo de su chaleco azul. Jo hace exactamente lo mismo, y confía que la inercia con la que ha ejecutado ese gesto centenares de veces la permita ocultar lo aterrorizada que se siente. Sin embargo, ya se lo dijo Teddy una vez: mientras tenga los sellos adecuados, todas las puertas se abrirán para ella, y hasta que no acabe el recuento de hoy, tiene todos sus sellos intactos.

—Hoy el secretariado está cerrado, señorita.

—Soy una de las redactoras. —Sus sellos todavía lo corroboran y Jo sabe, y el guarda también, que siempre hay un equipo de redactoras creando nuevas frases e informaciones, veinticuatro horas al día, cualquier día del año.

El guarda la deja pasar con una media reverencia. Luego se centra en John Brooke con una disposición menos amistosa.

—Y este es mi acompañante —dice Jo mucho más nerviosa de lo que pretendía—. Es uno de los retornados. De la guerra —añade por si necesitara especificar. La cabeza le bulle mientras el guarda observa el Libro del señor Brooke. Él también tiene los sellos apropiados, es un ciudadano de intachable reputación, antiguo funcionario público, pero aun así, el joven que tiene delante y que les bloquea el paso, duda—. Ha venido a dar su testimonio sobre la guerra para que las señoras de la sala de redacción tengamos una fuente de primera mano a la hora de escribir nuestras noticias.

Josephine jadea, ha hablado muy rápido y sin respirar. Luego da un paso adelante, arrastrando a John Brooke con ella.

—He venido a ayudar —musita John Brooke, manso como un cordero.

El guarda se aparta. De no haberlo hecho, Josephine le hubiera dado un fuerte pisotón para entrar.

Ya dentro, la muchacha se siente sobrecogida por el lugar, tan vacío,

cuando siempre lo ha visto rebosante de activad. Es mejor así, piensa, menos obstáculos, menos distracciones. Con el señor Brooke a la zaga, que mira a su alrededor admirando esa imponente arquitectura que es orgullo de tantos, Jo se dirige hacia el único lugar donde sabe que podrá desentrañar, al fin, el misterio que oculta sin saberlo su pobre y bendito acompañante.

El despacho de la tía March tiene la puerta abierta. Cómo no. No hay puertas cerradas en Concordia porque no existen ni el crimen ni la maldad. La joven se acerca al gran escritorio, donde hay una pantalla y una miríada de cables, y duda.

Se gira hacia el señor Brooke, que parpadea repetidamente. Como siempre, el ojo izquierdo le lagrimea.

Cuando la tía March se arrancó su propio ojo pareció algo fácil, pero ahora Jo vacila por primera vez. No lo hizo cuando decidió dejar a Frida, ni siquiera cuando se ha llevado a John Brooke sin importar el castigo. Y habrá un castigo. Es posible que muchas de las cámaras ya no funcionen, con la confianza de que sean los propios ciudadanos quienes se vigilen los unos a los otros, pero algunas habrán captado su huida y su entrada en el secretariado.

—¿Qué ocurre, señorita Jo? —pregunta él. Hasta ese momento la ha seguido sin cuestionarle nada; pero su expresión se ha tornado suspicaz de repente, como si tuviera un repentino ataque de lucidez.

—Nada, John. No ocurre nada. Pero necesitamos tu ayuda. —Por la puerta entreabierta del despacho, de repente, entra una figura conocida—. Te acuerdas de mí, ¿verdad? Ha pasado mucho tiempo pero estoy segura de que, si lo intentas, sabrás quién soy. Fuimos amigos una vez. Compañeros de causa.

Josephine siente una vergüenza infinita por haber escapado de la casa de Frida, a la vez que la embarga una alegría inconmensurable por ver a su amiga de nuevo.

A duras penas consigue frenar el impulso de besarla, tiene que conformarse con que su amiga corra hacia ella y le sujete las manos con fuerza.

—Tendría que haberme esperado. Prométame que en el futuro tratará de ser menos cabezota e impulsiva para que yo pueda seguirle la pista. Prométamelo, Jo.



Amy March sabe de inmediato que el Honorable Lawrence sénior jamás ha

experimentado miedo, miedo de verdad, hasta este mismo instante. Lo sabe por cómo el terror se mezcla con una creciente incredulidad, desconcierto e, incluso, desprecio hacia sí mismo, pues una persona que no ha experimentado nunca el miedo lo considera una debilidad y no un motivo para volverse más fuerte.

—No tenéis pruebas —farfulla pero inmediatamente se gira hacia Teddy, porque lo sabe, sabe lo que el muchacho va a decir.

—Yo soy la única prueba necesaria, abuelo.

El Teddy que habla es un muchacho nuevo, más seguro de sí mismo, más serio. Parece incluso más alto y, por un instante, Amy lo observa con admiración.

Con Amy a un lado y su nieto al otro, el señor Lawrence ha escuchado todas las acusaciones. Lo ha hecho con la tez cada vez más pálida y el paso cada vez menos firme. Llegados a un punto, cerca del centro de la plaza de la Paz, el anciano prácticamente ha colapsado y Teddy ha tenido que sostenerlo para que no se caiga.

—Pero tú también vas a sufrir. Tú. —En un arrebato desesperado, el hombre sujeta a su nieto por las solapas de su elegante abrigo. Es la primera vez que Amy se fija en sus manos, flacas y sarmentosas, y le producen un ligero rechazo—. Tú eres el culpable de todo. Eres una mancha en esta ciudad, *malasangre*…

—No me importa. Ya no.

Hay un movimiento extraño en la plaza. Se hace, también, un silencio repentino. A unas decenas de pasos se adivinan las figuras blancas de los cuatro Optimates avanzando entre la multitud que ha venido a seguir el recuento de méritos, con la esperanza de que alguno de ellos haya hecho lo suficiente para prosperar en la rígida escala social de la ciudad.

Ahora, Amy se da cuenta de que se acerca el momento en el que los Optimates elegirán al nuevo miembro de su selecto grupo, y este, está cada vez más segura de ello, será el señor Lawrence.

Y ha sido esa obsesión por ganarle terreno a su más directa competidora, la tía March, por lo que la familia de Amy ha tenido que sufrir tanto. La venganza, piensa ella, va a merecer la pena.

—¿Qué queréis? ¿Qué me estás pidiendo, niña? —El señor Lawrence resopla intentando recomponerse.

Amy abre la boca, pero es Teddy quien se apresura a contestar.

—Confiesa. Confiesa tu *malacción*, el asesinato de mis padres y tus mentiras. Confiesa y asume la culpa, puesto que yo asumiré la mía.

Entonces el honrado ciudadano se gira hacia Amy.

—Confiese, señor Lawrence. Sus crímenes y su ambición han causado un

gran dolor a mi familia.

Como si los estuvieran escuchando, las pantallas de la plaza refulgen con energía. A través de la megafonía pública se llama a los ciudadanos de Concordia para que se acerquen y miren hacia la tarima que, como siempre que hay una ocasión especial, emerge del suelo de la plaza. Allí ya están los Optimates listos para que sus palabras sean retransmitidas para todos. Es en medio de este bullicio cuando el anciano Lawrence deja escapar un rugido que pasa desapercibido para todos salvo para los que están más cerca. Amy, por ejemplo, lo escucha con la misma claridad con la que siente esa mano pálida, pero llena de fuerza, cerrándose alrededor de su garganta.

—Pero tu familia, niña, sí que ha cometido crímenes de gravedad. Aunque tú eres la peor de todas. Tú lo has manipulado, tú lo has vuelto en mi contra…

A la vez que la muchacha deja escapar un gemido ante el firme agarre del señor Lawrence, que la ahoga como ya lo hizo con la madre de Teddy, y como Meg ahogó a su hermana, el primero de los Optimates se dirige a los presentes en la plaza.

Es un buen discurso, cada palabra está elegida con cuidado, la cadencia de su voz es firme pero tranquilizadora mientras habla de la importancia del orden en la sociedad, de que para los Optimates es el mayor de los honores servirles de guía. A Amy se le nubla la vista. Aun así, siente una sacudida: Teddy se ha abalanzado contra su abuelo.

Hay gente que mira en su dirección. Los ve aun con ojos llorosos y por un momento espera que alguien más intervenga. Sin embargo, en un instante de frenética lucidez se da cuenta de que no lo harán. No contra el honrado ciudadano Lawrence que, como todo el mundo sabe, es un ejemplo a seguir y cuya vida es pura y sin mácula.

—¡Entonces confesaré yo! ¡Es lo que siempre me enseñaste! A ser recto y honrado, a seguir el Libro y a asumir mis culpas…

La garra que aprisiona a Amy se afloja a la vez que la palabra «confesión» sí logra atraer unas cuantas miradas curiosas hacia Teddy, quien, al darse cuenta de ello, retrocede un paso, jadeando, y luego se vuelve hacia la tarima donde están los Optimates.

—Voy a subir allí, delante de toda la ciudad, y cuando lo haya confesado todo tú seguirás siendo culpable, pero habrás perdido tu oportunidad para redimirte ante los ojos de tus conciudadanos.

La garra, por fin, suelta a Amy. Le queman la garganta y el pecho por la falta de aire. Se dobla sobre sí misma, tosiendo, y está a punto de a punto de perder el equilibrio cuando una mano firme la sostiene.

—Ciudadano Lawrence, si yo fuera usted pensaría muy bien cuáles son las pocas opciones que se presentan en su camino —dice con voz serena la tía

March, que acaba de llegar junto a ellos como guiada por la mismísima providencia.



Frida se ha encargado de todo.

Ahora que por fin han conseguido acceder a las imágenes captadas por la cámara de John Brooke, Jo desearía no haberlo hecho.

La joven, como hace siempre en las contriciones públicas, ha relajado la vista hasta que todo ha quedado borroso mientras escuchaba las palabras tranquilizadoras que Frida dedicaba a John Brooke. Le ha hablado de un pasado en que su marido aún vivía, en el que los dos hombres eran amigos. Un pasado en el que, ha susurrado Frida, decidieron que valía la pena cambiar el mundo para salvarlo. Luego, Frida le ha pedido que no se moviera.

Ojalá, piensa Jo, ojalá no lo hubiera hecho. Ojalá esta última verdad hubiera seguido siendo un misterio para ella.

Jo no ha podido ignorar el chasquido que ha escuchado justo después, un sonido horrible de succión, pero por fin ha podido fijar de vista de nuevo. John Brooke estaba tranquilo, aunque se tapaba la cuenca ocular con una mano, sorprendido, y Frida tenía un objeto de color lechoso y con forma de huso en la mano.

—Y dice que su tía —ha preguntado entonces Frida con cautela— lo conectó a uno de esos cables.

Tras explicarle que sí, Frida se ha detenido un segundo a examinar la docena de cables que, en efecto, reposaban sobre el escritorio de la tía March. Ha elegido uno mientras Jo se pregunta si su amiga todavía recuerda cómo lo hacía su difunto marido o si ha sido puro azar. El caso es que Frida, tras respirar profundamente, ha conectado ese cable a la superficie gomosa del ojo.

La pantalla, del mismo modo en que ocurrió el día que la tía March la echó del secretariado, se ha encendido al instante. Frida, el señor Brooke y ella se han inclinado hacia la luz.

Jo no sabe cuánto tiempo ha pasado desde entonces, pero sigue sin poder apartar la mirada, ni siquiera para secarse las lágrimas.

Son grabaciones cortas, de apenas unos minutos, como si la cámara solo registrara durante un tiempo limitado al día. Aun así, cuentan una historia. Lo primero que han visto en la pantalla ha sido a Meg, su hermana Meg. Ha sido un instante fugaz, como si la cámara se hubiera encendido justo al final de su

despedida. Luego la grabación ha seguido con John Brooke mientras lo guían fuera de algún edificio gubernamental de paredes de cemento liso. Las imágenes eran mudas, pero no han necesitado sonido para entender lo que estaba pasando. Al final de ese primer fragmento de vídeo, aparecía uno de los vehículos autopropulsados del ministerio, listo para cargar con los nuevos voluntarios para la guerra.

La guerra. La siguiente tanda de imágenes les ha mostrado la verdadera guerra, el lugar donde van los voluntarios tras confesar sus faltas y aceptar su penitencia: un enorme descampado, un secarral salpicado de matorrales donde, aunque no puedan escucharlo, un viento inmisericorde sopla entre una serie de barracones de madera alargados.

Han visto en la pantalla cómo John Brooke giraba la cabeza, incrédulo, y han visto, en un momento que a Jo le ha arrancado una exclamación de sorpresa, al señor March. Estaba hablando con el pobre John Brooke, caminaba a su lado. No es ninguna sorpresa.

Ya sabían que la guerra era una farsa. Una mentira para controlar a los ciudadanos, ya que cualquier sacrificio en libertades y en privacidad, cualquier manipulación parecía aceptable si era en pos de la seguridad y del estado.

Las imágenes solo son un eslabón más en todo ese horror. Poco a poco, las escenas que ven a través de la mirada de John Brooke se vuelven extrañamente cotidianas. Los soldados vestidos con el mismo uniforme negro de los retornados duermen en los barracones, en camas de apariencia mugrienta. Se levantan en orden, comen en orden vigilados por funcionarios vestidos del azul del secretariado de Higiene Social. Las escenas parecen corresponder a momentos distintos del día. Los soldados, aunque Jo se da cuenta de que no son soldados, sino prisioneros, van apareciendo cada vez más flacos, más macilentos, a medida que el tiempo avanza. En algunas de las imágenes Jo ha visto a su padre con la barba y el cabello más largos, con la expresión cada vez más vacía, pero ahora hace ya muchos minutos que no aparece. No quiere pensar en lo que significa.

Y les hacen algo más. El señor Brooke, a su lado, ha dejado escapar un gemido de terror.

Los hacen sentar en salas pintadas de negro donde lo único que hay es una gran pantalla y en esta, como si se abriera una ventana en medio de una tormenta, aparecen imágenes a toda velocidad, eslóganes parecidos a los que ve todos los días en las pantallas de información pública.

Hay un momento en el que Jo tiene que apartarse. En la pantalla, John Brooke mira frenético hacia todos los rincones de una sala blanca. Hay aparatos mecánicos a su lado con luces y botones y cables de color cobrizo.

Un funcionario, vestido con el mismo uniforme que los guardias de esa cárcel donde está, va colocando pacientemente los cables sobre el pecho, la cabeza y las extremidades del querido John y, mientras lo hace, un sentimiento de angustia cada vez más profundo va embargando a Jo hasta que no es capaz de seguir y se aleja hacia el otro extremo del despacho de la tía March, buscando un respiro.

—Nos hicieron… nos ayudaron a hacernos buenos.

John Brooke también se ha alejado de la pantalla. Su rostro, deformado grotescamente por ese hueco que tiene donde debería estar su ojo izquierdo, se contrae en una mueca asustada.

—Ya hemos visto suficiente —sentencia Frida entonces. Está más que pálida, lívida. Como en un arrebato, desconecta el ojo mecánico de la pantalla y esta se oscurece de inmediato.

Jo asiente. Frida lleva razón, como ya viene siendo habitual, pero de inmediato algo dentro de la muchacha se rebela. Estas imágenes son un peso más en su conciencia, un nuevo abrir los ojos a una verdad que cada vez se vuelve más clara.

—Nosotros, sí. Pero alguien más tiene que verlo. No, alguien no —rectifica —: todo el mundo. Toda la ciudad. Ahora… ahora tenemos pruebas. Esto es una prueba de que el Ministerio de Sanidad ha estado mintiéndonos desde hace… desde hace quién sabe cuándo. Que no hay guerra, que no hay soldados, que las penurias y el hambre y… ¿Por qué? ¿Por qué lo hacen? ¿Cómo hemos llegado hasta el punto de no querer oír, no querer ver, de no cuestionarnos nada de lo que aparece en las pantallas? Frida, por favor.

Ella se aparta lentamente del escritorio, todavía sujeta el ojo mecánico sujeto con fuerza entre los dedos. Respira hondo. Jo teme lo que va a decir, lo mismo que los infelices cuando se reunieron con ellas: que es peligroso, que son demasiado pocos y que, por mucho que lo intenten, la gran mayoría de las personas no les creerá.

En cambio, Frida murmura como si lo hiciera para sí:

—Fuera está reunida prácticamente toda la ciudad, esperando el recuento. ¿Cuántos ojos podríamos abrir si lo hiciéramos público ahora? ¿Cuántos de los que piensan que sus familiares están en la guerra se rebelarían al saber que es todo una farsa, que son prisioneros?

Entonces, una voz dubitativa, añade:

—Por esto lo hicimos, ¿verdad?

Las dos mujeres se vuelven hacia John Brooke, asombradas. Por un instante, Jo ve al hombre que cortejó a su hermana, tímido pero despierto, con una mirada inteligente en los ojos. Él, con cautela, se toca la mejilla justo debajo de ese ojo ausente, porque a eso se refiere. Por eso accedió a que le

implantaran ese apéndice extraño en el cuerpo.

A lo largo de su vida, Jo ha sentido que dentro de ella había un gran desequilibrio, que si se inclinaba demasiado, toda su existencia acabaría deslizándose en tromba hacia adelante. Era una sensación que la avergonzaba, algo que debía mantener oculto a toda costa. Sí, podía tener sus arrebatos, podía gritar a veces, comportarse como una chiquilla, siempre y cuando al final del día solo fuera «alocada», «cabezota», «esa chica de los March, un poco salvaje». Ahora tiene esa misma sensación multiplicada por cien, por mil, los pies al borde de un precipicio invisible, pero esta vez Jo decide caer sin reservas. Al fin y al cabo, hace tiempo que siente que no hay vuelta atrás.

—No sé a cuántos podríamos abrir los ojos —habla mientras se dirige ya hacia la puerta del despacho—; pero aunque solo sea a uno o a diez o a cien… ya son muchos. Ya son más de los que somos ahora.

Y frente a esa innegable realidad, Frida Bhaer asiente.

Un sollozo las hace detenerse en la puerta. John Brooke no se ha movido de donde está, parece que su momento de lucidez haya desaparecido del todo.

—Señor Brooke —musita Frida con cautela.

—No podemos llevarlo con nosotras. —Jo no sabe si sus palabras encierran compasión, al no querer implicar más al pobre hombre, o simple crueldad pues, al fin y al cabo, ahora ya no es más que un estorbo para ellas —. Vamos —insiste suplicante.

Sabe que Frida duda y que ella sí que lo hace por compasión. Eso solo hace que la admire todavía más pero su amiga, al fin, asiente. Como si se diera cuenta de que su compromiso pone en marcha un mecanismo que ya es imposible detener, las dos salen del despacho de la tía March.

Vuelven a atravesar el secretariado casi desierto y salen, ya sin aliento, por la puerta que da a la plaza. No cabe nadie más ni en la misma plaza ni en las calles adyacentes. Centenares de miles de personas, quizá incluso el millón de habitantes de la ciudad, llenan el centro y corazón de Concordia.

Toda la plaza es una cacofonía de susurros, de chisporroteos de interferencia que son escupidos entre frase y frase por la megafonía pública.

—Señorita Jo —murmura Frida. Uno de los Optimates acaba su discurso y se pone en pie la única mujer, la última en hablar—. Señorita Jo. —Cuando ella no responde, Frida la coge de la mano y tira de ella con fuerza—. No sé si será posible, pero, ¿lo ve? ¿Ve las cámaras que hay en la tarima? ¿Ve las pantallas? Quizá… quizá si lográramos acercarnos lo suficiente podamos repetir lo que hemos hecho en el despacho de su tía pero, esta vez, reproducir las imágenes delante de todos…

—¿Y funcionaría? —La mano con la que Frida ha tirado de ella sigue entrelazada con la suya.

—No lo sé, quizá.

—«Quizá» es más que un «no». —Y, porque es más que un «no», y, al fin y al cabo, la vida de Josephine March ha estado siempre llena de negaciones, de imposibles y de faltas, se deja arrastrar todavía más por esa inercia a la que ha sucumbido—. Disculpe —dice mientras avanza ya entre la gente. No tiene intención alguna de soltar la mano de Frida.

La tarima donde los Optimates están hablando queda lejos, en el centro de la plaza. Es una isla de metal reluciente entre un mar de sombreros y de tocados elegantes.

—Permiso —dice Jo un poco más adelante. Las filas de ciudadanos están prietas, las cabezas todas vueltas hacia la tarima y hacia las pantallas que desde el centro de la plaza lo transmiten todo—. Si fueran tan amables de dejarnos pasar… —Algo llama su atención, una mirada que se vuelve hacia a ella. Una mirada que reconoce de inmediato: se trata de una de las personas que asistieron a la reunión en aquellas ruinas enterradas. El anciano de ropa de trabajo, que no dice nada, que gira la cabeza de nuevo hacia las pantallas, ignorándolas—. Gracias y disculpen…

Es un avance lento, agónico incluso, pero la tarima cada vez está más cerca, cada vez es más audible el zumbido de las grandes pantallas, las filas de ciudadanos que escuchan con avidez están más apretadas.

—Debería marcharse, Frida.

—Sé que debería, señorita March. —Pero que deba no significa que lo vaya a hacer. No. Esa mano, la misma que la ha sujetado desde la puerta del secretariado, sigue allí, tan firme que para Jo podría ser el eje alrededor del cual gira todo el mundo, toda su existencia.

La tarima no parecía tan grande, pero lo es. Pueden ver a los Optimates, cámaras y mecanismos muy cerca, como si pudieran tocarlos con tan solo alargar la mano, pero ya es casi imposible avanzar. Los que son lo bastante afortunados como para haber conseguido un sitio a los pies de la tarima no se apartan ya con buenas palabras. Ni siquiera cuando lo intenta con empujones y codazos.

Pero, en ese preciso instante, ¿qué es lo que hace que la multitud levante la vista no ya hacia la información pública, sino hacia los graderíos de las autoridades en el extremo de la plaza? ¿Qué hace que esa misma multitud, filas prietas de ciudadanos, se remueva? ¿Y que luego se aparte?

Sea lo que sea, para Jo es una ventana de oportunidad. Se lanza hacia adelante en dirección a ese pasillo que la providencia ha abierto delante de ella, todavía arrastrando a Frida con ella. Entonces, en un último momento de lucidez, se detiene. Soltar a su amiga es como dejar atrás una parte de ella misma, la piel le duele en contacto con el aire frío de la plaza.

En un movimiento brusco, le arrebata ese ojo de textura horrible, gomoso, que parece algo vivo al tacto. Escucha cómo su amiga sisea en protesta pero ella ya se aleja, recorta los pasos que le quedan hasta la tarima y entonces sube ayudándose de toda la inercia, todas las fuerzas que le quedan.

Ve a los Optimates más cerca de lo que los ha visto en toda su vida.

Estos se apartan un paso. ¿Por qué? Se da cuenta en ese momento que es por miedo, pero… ¿De quién? ¿De ella? ¿De una muchacha de diecisiete años en caída libre? Miles de ojos la observan, millones, cuando se acerca al entramado de cables que hay desperdigados por toda la tarima mientras la plaza se llena de gritos y murmullos.

Tiene que elegir uno. Tiene que encontrar el que más se parezca al que han usado en el despacho de la tía March. Josephine jadea, frenética.

No ve venir el golpe hasta que de repente este la derriba. Múltiples manos la arrastran a la vez que una figura pasa regia por su lado. No es el golpe que ha recibido en la cabeza, realmente ve al Honorable señor Lawrence subir a la tarima con la mirada helada y vestido con sus mejores galas, porque cómo no va a llevar sus mejores galas en un día como este. El anciano también la ve. Algo en su expresión se contrae, un odio visceral.

Pero esas manos, enfundadas en uniformes de color azul la arrastran. El señor Lawrence, como si nada hubiera ocurrido, pasa junto al colegio de los Optimates hasta detenerse frente al micrófono que preside la tarima.

Sus palabras las escucha por partida doble, de su boca y a través de la megafonía, que parece querer llevarlas hasta el infinito.

«Me presento ante mis conciudadanos para confesar.»

Jo recibe un nuevo golpe. Todo se vuelve de color negro.



Todo se vuelve de color negro.

Poco a poco, a esa oscuridad se le añaden matices azulados, rojos, y luego una claridad hiriente atraviesa los párpados cerrados de Josephine March.

Abre los ojos.

Está en una habitación de paredes blancas, sobre un suelo rugoso que le hiere la piel incluso a través de las diversas capas de su vestido. La muchacha parpadea, se frota las mejillas con las manos manchadas de una suciedad que no sabe de dónde viene. Entonces escucha el carraspeo educado que viene de

un rincón de la habitación.

No sabe quién es. Una mujer de mediana edad, cabello estirado al máximo en un moño prieto. Tiene la mirada amable pero su uniforme de color azul no la engaña.

Jo, cuya imaginación siempre la ha desbordado, se imagina su destino, de confesión y muerte, mientras la mujer se acerca.

—¿Se encuentra bien?

Esa pregunta amable, tan fuera de lugar, la hace pensar que todo debe de ser un sueño. No lo es, por supuesto. Todo es demasiado real, desde el escozor en sus manos que han rascado el suelo hasta el dolor que siente en casi todo su cuerpo, pero ¿acaso no debería ser fruto de un sueño lo que ocurre a continuación, que la mujer se acerca y la ayuda a levantarse?

Jo sale tambaleándose de esa sala blanca que desemboca en un pasillo igual de blanco, igual de anodino. La ven pasar más agentes vestidos de color azul, lo que indicaría que se encuentra en el secretariado de Higiene Social. Ella ha cometido una *malacción* (además de faltas por *malpensamiento* y, cree recordar, maledicencia), de modo que ya sospecha qué sucederá a continuación. Sabe que a la hora de elegir su pena no le temblará el pulso y pedirá la muerte por encima de la guerra. Todavía tiene frescas en la memoria las imágenes de John Brooke y no quiere ir a un lugar así. Solo se arrepiente de no haberlo logrado, nada más. Ni siquiera tiene sus pruebas, el ojo del pobre John. Lo ha perdido.

Está en el secretariado de Higiene Social, ahora lo sabe seguro. La mujer que la ha acompañado todo el trayecto la conduce hasta una puerta de doble hoja y, tras abrirla de un empujón, salen al lateral ajardinado del secretariado. Es un remanso de paz, un espacio muy parecido al que Frida y ella solían ir para almorzar en el trabajo.

Ni siquiera se despide, pero a Jo no podría importarle menos. Desde aquí se ve, a lo lejos, la plaza de la Paz llena de gente. Las pantallas refulgen, ya ha empezado el recuento. Sin embargo, Jo no se fija en eso, sino en un ángulo de la tarima que sobresale por entre la gente.

Como sucede durante las contriciones, hay una horca altísima y metálica en la tarima, y en ella hay un cuerpo colgando.

Las piernas le responden a trompicones, pero Jo se aleja del secretariado sin que salga nadie a detenerla.

Llega, por fin, a la plaza, justo al borde de la multitud apiñada. Desde allí ya es capaz de identificar de quién es el cuerpo: se trata del señor Lawrence. Toda su furia, todo el respeto y el terror que infundía parecen ahora ajenos a ese cuerpo flaco, a las manos y pies desmadejados. Jo se detiene como fulminada.

—Estarás contenta. Todo el alboroto que has organizado. Y el pobre señor Brooke… Meg estaba enferma de preocupación, es una suerte que ya lo hayamos encontrado.

Tiene que ser un sueño, a la fuerza. Amy está allí y se le acerca a pasos cortos, comedidos, como solo ella sabe dar. También ve a Teddy. Está lo lejos y desde donde está no logra descifrar la expresión de su rostro.

Hay una arruga diminuta entre las cejas de Amy.

—Vámonos a casa, Jo. Marmee estará muy preocupada.

—No lo entiendes, Amy —susurra atropelladamente—. Lo he visto con mis propios ojos. Todo es una farsa —dice señalando al ominoso edificio del secretariado y luego a toda la plaza—. Si supieras… Si supieras lo que he intentado hacer me…

—Puedes contármelo. Luego. Ahora vamos.

—¡No! —Jo se tapa la boca. Algunas personas se han girado hacia ella, pero solo un segundo. Nadie quiere perderse los nombres que se suceden a toda velocidad en las pantallas y que señalan a aquellos que han reunido más méritos que en el recuento anterior—. No hay vuelta atrás.

—Sí la hay. La tía March, bendita sea, ha decidido que va a dejar pasar tu desliz otra vez. Pero ve con cuidado porque afirma que será la última. —La habitación blanca, la agente de azul que la ha acompañado tan amablemente hacia la puerta, piensa Jo, ¿es cosa de la tía March?—. Eso me recuerda que deberías felicitarla cuando la veas. La tía March es una de los Optimates ahora. Fue una decisión tomada de un modo un tanto apresurado pero el señor Lawrence no estaba disponible, como puedes ver.

Toda esta nueva información se acumula en la cabeza de Jo, que está cada vez más embotada. La joven da un paso hacia atrás con las manos en las sienes para apartarse de la gente.

—Tengo que irme, de veras. —¿Y si Frida la estuviera buscando? Debe de estar tremendamente preocupada—. Y tú… ¿Por qué no vienes conmigo? Tú, y Teddy, y Mar…

—Basta. Tienes que olvidarte de ellos. De los infelices —cuando Jo pone cara de sorpresa, Amy no pierde ni un instante en añadir—: ¿Te crees que no lo sospechaba?

—Entonces, si lo sabes, únete a nosotros…

—El árbol podrido hay que cortarlo de raíz, no podar unas pocas hojas. Siempre has creído que la única verdad era la tuya. ¿Crees que no veo los errores del mundo en el que nos ha tocado vivir?

—Entonces, ¡haz algo!

—¡Ya lo he hecho! —Asustada por su propio grito, Amy se tapa la boca con ambas manos—. Eso es lo que quería que entendieras. Hoy he sacrificado

mucho más de lo que crees. No se puede ganar al ministerio sin jugar con sus propias reglas. Eres muy egoísta, Jo. Puedes decir lo que quieras, pero no has sido tú quien ha vengado a Beth.

Jo vuelve la cabeza hacia las horcas. Una ráfaga inesperada de viento hace que el cuerpo sin vida del señor Lawrence se tambalee.

—Te equivocas, te equivocas, Amy —musita.

Ver al señor Lawrence muerto no le produce ningún consuelo.

—No. Eres tú quien te equivocas. Jo, por favor. —Ahora Amy, como presa de un arrebato, se abalanza contra Jo. Como han hecho tantas veces de niñas, abraza a su hermana mayor y desea ocultarse en su figura más alta, más robusta—. ¿Por qué tienes que ser siempre tan cabezota?

Jo no responde. En vez de eso, centra toda su atención en devolver el abrazo a Amy con fuerza, disfrutar de las cosquillas que sus bucles rubios le hacen en el cuello, de la respiración de su hermana menor que, poco a poco, se acompasa con la suya.

Se separan mucho tiempo después con el extraño convencimiento de que este gesto fraternal no va a repetirse más.

—Lo siento, Amy.

—Yo también. No sabes cuánto lo siento, Jo.

—Siempre serás mi hermana.

—Y tú la mía. Es una pena que no nos podamos poner de acuerdo en esta cuestión, ¿no crees?

Josephine tiene que reír, aunque sea una sonrisa minúscula, llena de nostalgia repentina por todas las riñas, todas las discusiones.

—No nos hemos puesto de acuerdo nunca, Amy.

—¿Tienes algún lugar al que ir?

Ella asiente con rotundidad. Frida la estará esperando, seguro.

Se despiden con un beso en la mejilla y una terrible sensación de pérdida, un agujero, una fosa abisal bajo el esternón.

Ahí va Josephine March, que comienza a alejarse de la plaza de la Paz con lágrimas en los ojos. Nadie se fija en ella, están demasiado ocupados con la información pública que seguirá apareciendo durante horas. Ella es, durante un buen rato, el único elemento en movimiento por las calles de Concordia. Con una naturalidad inusitada atraviesa el control en dirección a los suburbios.

Ha perdido las pruebas que tenían en contra del ministerio y de todo el sistema pero sabe en su fuero interno que encontrarán más y que, como grietas en los cimientos de un edificio, la revolución de los infelices crecerá. Ella, y no solo ella, sino también esa figura conocida (o, más que conocida, amada)

que se encuentra esperándola frente a un apartamento que ahora considera su hogar, van a encargarse de que esto ocurra. Frida, al verla, echa a correr en su dirección. Por fin, Jo puede darle ese beso con los labios entreabiertos y recorrer con las manos esa piel que tanto ansiaba.

Amy March se dirige en dirección contraria a la que ha tomado su hermana. Ella no derrama lágrimas, aunque eso no significa que no esté llorando. Cuando llega a su lado, Teddy le ofrece el brazo para que se apoye en él. Su victoria ha sido un trago amargo, piensa, de repente embargada por un cansancio del que no logra descifrar su origen exacto. Observa el cuerpo del malogrado señor Lawrence, que permanecerá colgado en la plaza hasta la noche.

El anciano, aún con todo su odio, con todo su desprecio, ha llevado a cabo un último acto bondadoso en su vida: ha confesado numerosas faltas, horribles, pero no ha mencionado a Teddy. Sí, Amy decide que pensará que lo ha hecho por bondad, no por vergüenza.

Habrá que pensar en un funeral digno del ciudadano honrado que fue. Ella ayudará a Teddy en todo lo que pueda: al fin y al cabo, parece que su asociación no ha hecho más que empezar.

—¿Nos vamos? —pregunta un buen rato después. No siente ninguna necesidad de permanecer en la plaza porque como dijo Jo, todo es una farsa y Amy March sospecha que el recuento solo es una mentira más, una esperanza lejana. De hecho, hace años que nadie hace méritos suficientes como para ascender de los suburbios a la ciudadanía.

—Sí, por favor —suspira Teddy. Algo ha cambiado en él, pero no sabe si se debe a que se ha librado de un peso o se ha añadido uno más sobre su espalda.

Ahora se alejan hacia los sectores residenciales. Pasan entre la gente poco a poco, para no molestar. En un momento dado, Amy se detiene. Le ha parecido reconocer a un muchacho de cabello pajizo y manos manchadas de pintura entre la gente y, por un momento, su corazón se ha desbocado.

—¿Todo bien? —pregunta Teddy.

Ella tarda un instante en asentir.

—Todo bien.

Con un poco de suerte, Marmee quizá quiera estar con ellos. Será mejor que esté en casa cuando le den la noticia de que Jo no pretende volver. Meg, de bien seguro, se quedará en la plaza hasta que, horas y horas después, quizá incluso hasta la mañana siguiente, no se acabe el recuento. Estará bien acompañada; tiene a su querido John y a la tía March, que ya se ha sentado orgullosa entre los Optimates en la tarima.

A Amy no se le olvida que su tía les debe a ella y a Teddy su posición.

Espera que la tía March lo recuerde también.

Fin

AGRADECIMIENTOS

Buenas hermanas es una historia de libertad, de reconocer quién eres en realidad y de decidir, pese a todo, en consecuencia. Como sabéis, las novelas no se escriben solas. De hecho, a veces, ni siquiera sus autores las escriben «a solas», sino que toman como base esas experiencias que les han hecho llegar hasta donde están. Por ello, nos gustaría agradecer su influencia a todas esas personas que se han cruzado en nuestra vida y que nos han servido de modelo para que nosotros seamos quienes hoy somos.

Entre esas personas, por supuesto, no pueden faltar nuestras familias, nuestras parejas, nuestras amigas y nuestros amigos (y, ¿por qué no?, nuestras mascotas). Muchísimas gracias por servirnos siempre de ejemplo, por darnos los mejores consejos y, sobre todo, por aguantarnos mientras estamos inmersos en la escritura. Sabemos que, en ocasiones, no solo es difícil para nosotros.

Muchísimas gracias a Helena Pons, que en cuanto le propusimos el proyecto se emocionó tanto como nosotros y que nos ha acompañado en todo el camino. Gracias a nuestra maravillosa editora, Anna López, porque no todo el mundo es capaz de aguantarnos en un grupo de WhatsApp en el que se nos permite emocionarnos. Gracias muy especiales a nuestro corrector, Marcos Poquet, porque su visión sobre el texto es inestimable. Gracias a Mercedes Palacios, que logra inspirarnos a diario con su trabajo y, sobre todo, con su ilustración para la portada. Y, por descontado, a todo el equipo de La Galera Young, donde sabemos que esta novela ha encontrado una casa preciosa.

Gracias a todas las lectoras y lectores que nos habéis acompañado desde *La segunda Revolución* y que nos habéis seguido hasta *Buenas hermanas.* Gracias, inmensas, enormes, a nuestro *squad* literario, porque escribir no tiene por qué ser una tarea en solitario. Gracias, Selene, Iria, Victoria, Marta, Clary, Nuria, Ana, Pablo, Ruth, Haizea.

Gracias, y es genial cómo, poco a poco, estas páginas se nos han ido quedando pequeñas, porque hay tantas personas a las que agradecer que no nos cabéis todas. A aquellos que os habéis cruzado con una de nuestras novelas y la habéis leído y nos lo habéis hecho saber. Cada una de vuestras palabras cuenta.

Y, por supuesto, gracias a ti que has llegado hasta aquí.

Primera edición: noviembre de 2019
Primera edición digital: noviembre de 2019

Diseño de cubierta: evostudio.com
Producción del ebook: booqlab.com

 ISBN EPUB: 978-84-246-6594-4